This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

UC-NRLF
$B 322 527

Digitized by Google

GIFT OF
J. C. Celrian

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII

EX LIBRIS

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS ESPAÑOLES EN ITALIA.

Digitized by Google

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Elementos de Matemáticas. *Sexta edición.* Dos tomos en 4.º, cada uno 6'50 pesetas.

Principios y ejercicios de Aritmética. *Segunda edición.* Un tomo, una peseta.

Vocabulario matemático etimológico. Un tomo, 2 pesetas.

Los diálogos del bachiller Juan Pérez de Moya. Un tomo, 75 cénts.

Manual de fotografía. Un tomo, 1'50 pesetas.

Calderón ante la ciencia. Memoria premiada en la Academia de Ciencias, 2 pesetas.

El universo en la ciencia antigua. Un tomo, 50 cénts.

Las frases célebres: estudio literario. *Segunda edición.* Un tomo, 1'50 pesetas.

La estética en la naturaleza, la ciencia y el arte. Un tomo, 1'50 pesetas.

Don Juan Tenorio: estudio literario. Un tomo, 2'50 pesetas.

Diccionario popular de la lengua castellana. Un tomo, 5 pesetas.

Biografía de Calderón. Obra declarada de relevante mérito por la Academia de la Historia. Un tomo, 50 pesetas.

Compendio de la Historia de España. *Segunda edición.* Un tomo, 4'50 pesetas.

Problemas de Física. Un tomo, 2 pesetas.

Digitized by Google

ESTUDIOS

SOBRE

LA GRANDEZA Y DECADENCIA DE ESPAÑA.

LOS ESPAÑOLES EN ITALIA

POR

D. FELIPE PICATOSTE.

TOMO PRIMERO.

MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle del Arenal, núm. 11

1887

J. C. Cebrian,
1891 Octavia St.,
SAN FRANCISCO - CAL.

Digitized by Google

ES PROPIEDAD

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.ª, calle de Ferraz, núm. 13

Digitized by Google

AL EXCMO. SEÑOR

D. CRISTINO MARTOS.

Mi siempre buen amigo: Al dedicar á V. este libro, no me mueve sólo un deber de atención ó de amistad personal, sino también un profundo sentimiento de gratitud por la benevolencia con que V. ha juzgado otros trabajos históricos de mi pobre pluma, en los cuales he pretendido introducir alguna novedad en la enseñanza.

Por otra parte, he encontrado en V. un aplauso tan sincero á muchas ideas sobre la historia de España, que tengo completa seguridad de que este libro no sólo ha de hallar en V. la misma benévola acogida, si no que hará más profunda aquella simpatía que nace de la identidad de opiniones.

Es preciso, como V. cree, reconstituir la historia de nuestra patria sobre sólidas bases; sobre un estudio detenido, minucioso y analítico de cuantos documentos nos legó el pasado; penetrar en lo íntimo de la vida y del pensamiento de nuestros mayores; y con estos elementos fundar síntesis y enunciar leyes históricas tal vez sólo aplicables á nuestra patria, que es verdade-

Digitized by Google

238283

ramente una excepción en muchos períodos de su vida; y no excepción absurda, como ha querido decir algún autor de allende el Pirineo, sino excepción honrosa y tanto más digna de estudio cuanto que quizás no haya otro pueblo de cuya historia puedan sacarse más útiles y más prácticas lecciones.

En efecto, esta exageración meridional que pone á prueba las teorías y los sistemas y deduce inmediatas consecuencias; esta viveza de imaginación que crea y destruye con tanta facilidad; este sol que quema y alumbra y pone de manifiesto con su escandalosa fuerza de luz hasta lo más oculto y diminuto; todas las condiciones de nuestro clima y de nuestro genio, producen en la historia sucesos inesperados, glorias repentinas y decadencias rápidas, que son la admiración de los historiadores extraños, que en vano pretenden someter á sus leyes los hechos de Castilla y Aragón, buscando para explicárselos razones falsas y suposiciones gratuitas, que después son traducidas y copiadas por nuestros mismos escritores, contribuyendo á que sea desconocida la propia historia.

No tengo para qué insistir en este punto dirigiéndome á V., que con su clarísimo y superior criterio concibe lo pasado con juicio tan severo como ajeno á toda preocupación; pero sólo consignaré aquí el error de aplicar á nuestra patria la filosofía histórica más en boga que supone

Digitized by Google

una necesidad y una ley imprescindible del desenvolvimiento social, el feudalismo y después el absolutismo con formas y procedimientos que apenas existieron en España. De este grave error proviene hasta la falta de noción de lo que fueron las monarquías anteriores á la unificación de España y el desconocimiento del resto de nuestra historia, así interna como externa, hasta el punto de que ilustres escritores de la misma Península Ibérica que han pretendido trazar recientemente el cuadro histórico de nuestra civilización, han gastado las fuerzas de su ingenio queriendo realizar el imposible de explicar las bases de una sociedad sometiéndola á principios que nunca tuvo.

Con la independencia de criterio que nace de estas convicciones, empiezo en este libro á estudiar las causas de nuestra grandeza y de nuestra decadencia, tomando uno de los períodos más importantes de nuestra historia. Si el tiempo me alcanza, publicaré estudios semejantes sobre otras épocas hasta venir á la presente; y si todavía me favorecieran las circunstancias, convertiría cada capítulo de este libro en una obra especial, porque materia hay para ello, por más que la conveniencia me haya aconsejado ahora presentar un cuadro completo pero de reducidas dimensiones.

Tal como es, se lo ofrezco á V. de todo corazón: podré haberme equivocado, pero aseguro

Digitized by Google

á V. que los móviles que me han guiado son nobles y patrióticos, y que si quisiera hacer alarde de una erudición que no está ya en moda, podría duplicar su volumen citando sólo lo que he leído y estudiado para redactarle.

La aprobación de V. compensaría el trabajo de su afectísimo amigo

Felipe Picatoste.

Digitized by Google

PARTE PRIMERA.

ESPAÑA É ITALIA.

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIV. OF CALIFORNIA

LIBRO PRIMERO.

COSTUMBRES, INSTITUCIONES Y CREENCIAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Analogías históricas y geográficas.

Dos naciones hermanas.—Semejanzas geográficas.—Carácter de los españoles é italianos.—Unidad nacional.—Amor á la patria.—Diferencias entre una y otra nación.—Olvido de España respecto de Italia.—Esperanzas.

Un capricho de la naturaleza, un efecto de aquellas portentosas fuerzas geológicas, que en los primeros días de la tierra ahondaron la cuenca del Mediterráneo y separaron la Europa del África, formó dos penínsulas gemelas, Italia y España, adelantándose la una hacia el Oriente, como esperando recoger su civilización, y extendiendo la otra su mirada por la majestad del Atlántico, como anunciando que en aquella dirección había de descubrir un mundo y abrir ancho campo á la sed de gloria de sus hijos.

Llamadas ambas por la misma naturaleza á formar nacionalidades independientes, están limitadas cada una por dos mares y por gigantescas cadenas de montañas que las separan del continente: los Alpes y los Pirineos. Cúbrelas un mismo cielo de límpido y envidiable azul, y las alumbra, y tal vez las abrasa, un mismo espléndido y ardiente sol, cómplice de sus vicios y de sus desgracias. Co-

Digitized by Google

ANDALUCIA

rren del mismo modo sus ríos, más desordenados que caudalosos, y se vierten en los mares que las circundan sin sufrir apenas sobre sus revueltas aguas el dominio de los barcos. Brotaron de la parte de sus costas que puede mirarse como orilla de un mismo lago, del *Mare nostrum* de la raza latina, multitud de volcanes que ocultan su fuego destructor bajo riquísimas campiñas de casi idénticas producciones, que se estremecen con los mismos latidos de los fenómenos internos de la tierra; y ofrece el suelo variedad infinita y bruscos cambios en la agricultura y en el clima, desde las más niveladas llanuras á las más escabrosas montañas.

Sus campiñas se cubren igualmente de alfombras pintadas de flores y de alfombras de oro, en la sucesión de idénticas estaciones en el año, y en ambas se encuentran reunidas por una fecundidad maravillosa, desde el fondo de los valles hasta las nevadas cumbres, las plantas de todos los climas y países. Sus montañas, en vez de ser mansión de seres fantásticos y origen de cuentos y leyendas de brujas, que disipa como la niebla un ardiente sol, sirven de asilo á románticos bandidos y son el teatro de sangrientas guerras civiles.

Reprodúcese en ellas la geografía. Nuestras provincias del Norte son aquella misma Lombardía, en que nacen los hombres austeros y virtuosos y en que brotan el castaño y el maíz; la Calabria es la Andalucía con sus Alpujarras; Florencia es el jardín de Italia, como Valencia es el jardín de España; Venecia es rival de Cádiz, aspirando al imperio de los mares, y Génova, rival de Barcelona en el comercio; Nápoles vive indolente, rodeada de bosques de olivos y naranjos como Sevilla; y Bolonia, Salamanca de Italia, funda su gloria en la fama de la universidad, adonde acudían de toda Europa sabios profesores y estudiantes á honrarse con sus títulos. Sólo descuella entre esta semejanza, como solitaria excepción, aquella campiña de Roma, triste como todos los países de los grandes misterios de la

Digitized by Google

humanidad: Roma, que como capital del orbe cristiano no tiene parecido con ninguna otra ciudad del mundo.

La naturaleza, que hizo hermanos los suelos, asemejó los caracteres de españoles é italianos. Sus mujeres aman tan profundamente como aborrecen, y saben poner en las miradas de sus ojos, más cantados por los poetas que los de ningún otro pueblo, el enérgico resplandor de las erupciones volcánicas, la fascinación que subyuga, el puñal que mata y la lengua que habla con rapidez incalculable y vigor infinito en todos los tonos del sentimiento. Los hombres, indolentes, como representantes y herederos del Oriente en Europa, en la normalidad de la vida; pero activos y fogosos hasta lo inconcebible en los momentos críticos, creciéndose en el peligro y abandonándose en el triunfo, como si los laureles que han orlado siempre sus sienes fueran letal beleño; capaces del mismo modo de las virtudes más austeras y de los vicios más funestos; dejándose arrastrar por lo que deslumbra, por lo que bulle, por lo que suena, por lo que hiere la imaginación y el sentimiento; acostumbrados á mirar la vida con tan profundo desprecio que la dan y la quitan por el menor capricho; indómitos en sus deseos y en sus pasiones que los arrastran á la rebelión y al crimen, haciéndoles pasar por rudas transiciones de bandoleros á magnates de la corte, y al contrario; altivos y orgullosos hasta la exageración, y demócratas hasta la llaneza; caritativos hasta la abnegación y crueles sin rival, según el momento de la vida; leones encadenados por la gracia y gigantes con corazón de niño; poco calculadores del porvenir y dispuestos siempre á sacrificar lo futuro ante la satisfacción momentánea de un capricho; creyentes hasta el fanatismo y soberbios ante lo sobrenatural, desafiándole serenos como D. Juan Tenorio; sacando á veces portentosas fuerzas de la postración y debilidad, como en la guerra de la Independencia, y haciendo los tristísimos tiempos de Enrique IV, preludio de los Reyes Católicos; convirtiendo los triunfos en origen de degra-

Digitized by Google

daciones y envilecimientos; constantes y tenaces hasta sostener guerras de ochocientos años y perseguir cinco siglos al través de todas las desgracias la idea de la unidad de la patria, realizando sueños y desconociendo á veces la realidad de las cosas; haciendo brotar en un momento las riquezas de la nada, como Moisés hacía brotar el agua de una árida roca; consumiendo otras veces los más ricos tesoros en estériles caprichos; habiendo sido los maestros del mundo en artes, letras y ciencias, y marchando hoy á la zaga de los pueblos, que no hacen más que aplicar la luz que ambas naciones les dieron con pródiga mano..... ofrecen en su historia un conjunto de contradicciones que sólo puede comprender, que sólo puede sentir el que haya nacido bajo su hermoso cielo y tenga en sus venas esta fervorosa sangre templada al sol del Mediodía.

No tienen ni una ni otra nación la vanidad francesa, ni el sórdido cálculo inglés, ni la constante y minuciosa paciencia alemana para llevar á cabo sus propósitos. Envían sus ejércitos á próximas ó lejanas tierras sin recursos, sin alimento y hasta sin municiones; cuentan sólo con la pasión y el heroismo; dicen que el brazo vale más que la espada, y la cabeza más que el dinero; y que las heridas y enfermedades se curan con aire, sol y corazón; sus casamientos son contratos de amor ó de capricho, sin previsión de las nuevas necesidades. En un momento dado brotan en ellas los héroes con asombrosa fecundidad: las naciones extrañas se admiran al contemplar su número y llegan á llamarle «monstruosidad de los tiempos,» sin que pueda decirse si al día siguiente serán dueñas del mundo y marcharán á la cabeza de la civilización ó á la cola del progreso.

Por su suelo han pasado las razas más privilegiadas y los pueblos más grandes de la tierra, dejando huellas luminosas: donde quiera que se excave el terreno se encuentran sucesivamente monumentos y objetos artísticos de todas las grandes civilizaciones; mientras que en otros pue-

Digitized by Google

blos no se descubren más que las cavernas primitivas y los utensilios de piedra de una edad bárbara. Todas las razas cultas han dejado en ambas naciones gérmenes y recuerdos que se rechazan mutuamente y que han contribuído no poco á las contradicciones de su carácter. La temperatura del clima y la temperatura del alma en uno y otro pueblo han fundido las creencias y las costumbres más opuestas. Un día unen la indolencia árabe y los recuerdos del harén oriental con la austeridad y la pureza del cristianismo; otro combinan la sensualidad del arte pagano con el idealismo de la ciencia que brotó en el Calvario, y otro asocian la rudeza del godo á la cultura del griego.

En la lucha con estas razas brota enérgicamente el sentimiento del amor á la patria, por la cual pelean más que ningún otro pueblo del mundo, hasta conseguir arrojar al extranjero; pero conservando en el fondo de su existencia y en lo íntimo de su organización el mayor enemigo de la unidad nacional; porque la gran confianza en el propio valer, la altiva independencia de sus ciudadanos, el excesivo número de héroes y de hombres notables, las antiguas constituciones, fueros y costumbres de cada provincia ó región, son elementos heterogéneos y difíciles de fundir en un solo sentimiento y en una aspiración común.

Venecia, Milán, Génova, Bolonia, Pisa, Parma....., se creían con vida propia y con elementos bastantes para formar un Estado independiente, un ducado ó una república, así como León, Castilla, Aragón, Navarra, se creían también con fuerza bastante para vivir, no sólo como reinos independientes, sino como potencias conquistadoras. Las rivalidades entre estos Estados eran tan profundas, que con frecuencia acudieron todos ellos á sus mayores y más constantes enemigos para hacer la guerra á sus hermanos, cumpliendo la ley inevitable que hace más terribles el odio y la intransigencia á medida que es mayor la afinidad. Por otra parte estos pequeños Estados debían temer-

Digitized by Google

lo todo de sus afines y colindantes; porque dominaba en cada uno la idea de la absorción del otro; y ni en España los castellanos ó navarros temían la perpetua dominación de los moros, á quienes pedían auxilio en sus luchas fratricidas, ni los venecianos y boloñeses suponían que los españoles, los franceses ó los alemanes pudiesen imperar de una manera estable en toda Italia. Un gran instinto superior é infalible les daba esta esperanza.

De este pensamiento perpetuo, de esta conducta constante, que consistía en aliarse hoy con el enemigo de ayer, previendo ya que había de volver la enemistad mañana; de esta política viciosa, que consistía en llamar al extranjero con el propósito de servirse de él para arrojarle al día siguiente, proviene la duración de la reconquista y de las interminables contiendas civiles en España, y la serie de guerras de que fué teatro Italia por espacio de tantos años.

España, lo mismo que Italia, gastan su sangre y sus fuerzas en luchas intestinas, en divisiones de Estados, de parcialidades y de familias: los Laras y los Cerdas en Castilla dan los mismos tristes ejemplos que los Colonnas y los Ursinos en Roma. Cataluña se divide en Cadells y Narros; Navarra en Beamonteses y Agramonteses; las Provincias Vascongadas en Oñacinos y Gamboinos, como Milán en Güelfos y Gibelinos y Florencia en Pafos y Médicis.

Y aunque á veces medien siglos entre sus hechos históricos y sean diversos los caminos que siguen, hay entre sus fines una analogía sorprendente.

Dividida Italia como nosotros en tantos Estados diminutos, con tantas capitales como Estados, realiza de un modo admirable y patriótico en el siglo XIX lo que nosotros realizamos en el siglo XV. Turín, Florencia, Nápoles, Parma, Módena, dejan de ser capitales para unirse bajo la capitalidad romana, lo mismo que Burgos, Valladolid, Toledo, Barcelona, León, dejan de ser también ca-

Digitized by Google

pitales para unirse bajo la capitalidad de Madrid, con un mismo pensamiento político. La humildad de nuestra corte no excita celos ni rivalidades entre las antiguas capitales de nuestros reinos; y la gloriosa é inmortal tradición de Roma apaga las quejas de Turín y Florencia, sofocadas en los labios por el sentimiento patriótico. Madrid sólo podía ser la unidad de España, como Roma la unidad de Italia. No era aquí posible poner una ciudad antigua en contra de otra sin herir su orgullo, ni allí era posible que ninguna de las antiguas cortes de pequeños Estados pretendiera tener mayor categoría que la capital del orbe cristiano, la señora del mundo y la cuna de los Césares y de los Papas.

Por esta razón sucumben todas las pequeñas ambiciones, todos los intereses locales ante la más humilde de las poblaciones en España y ante la más soberbia de las ciudades en Italia. Y si del mismo modo continuáramos la comparación entre pueblo y pueblo, habríamos de hallar asombrosas semejanzas, desde Milán, que es en la historia la suspirada Granada de los italianos, hasta Niza, que es el Gibraltar de nuestra hermana.

¡Y cuán difícil era realizar esta idea de la unidad nacional! Porque se forman fácilmente grandes imperios con los pueblos bárbaros, sin vitalidad propia, ó con los pueblos vencidos por la fuerza de las armas y sometidos por la superioridad de la cultura, pero no pueden fundarse sobre naciones ó Estados de casi idénticas condiciones y de casi iguales fuerzas, cuando cada uno va á perder su independencia.

Los historiadores, que mirando esta cuestión desde nuestro siglo, han culpado con alguna dureza á los reyes de nuestras antiguas divisiones y á los príncipes y repúblicos de Italia, por no haber tenido el pensamiento constante de la unidad nacional, son algo injustos, porque sólo en hombres superiores podía fermentar este gran pensamiento en épocas en que parecía imposible la sumisión de

Digitized by Google

un Estado á otro, y en que no era popular ni realizable este concepto moderno de la confederación, ni había más medio de unir los pueblos que la conquista ó los casamientos y herencias de los reyes. Venecia tuvo actividad, marina y dinero suficientes para hacer poderosa á una nación extensa; Florencia tuvo poetas, escritores y artistas para inmortalizar un siglo; Bolonia y Pisa pudieron honrar un imperio con su cultura y sus estudios. Del mismo modo Castilla dió de sí tantos hombres célebres en armas y letras, que hubieran podido ilustrar una nación de cuádruple territorio, y Aragón, que es una sola provincia de España, extendió sus armas más allá de los mares, hizo conquistas fabulosas en el Oriente, y creó reinos más extensos que la metrópolí, pudiendo decir aquellas altivas palabras: «Sabed que sin licencia de mi rey no ha de atreverse á nadar por el Mediterráneo flota ni nave; ¡qué digo nave! los peces mismos, si quieren levantar la cabeza fuera de las aguas han de mostrar las armas de Aragón en su escudo ó los exterminaré como rebeldes.....» ¿Cómo todos estos Estados, que todavía se creían poco siendo independientes, y que aspiraban á conquistas fuera de la patria, habían de someterse fácilmente á otro Estado, para ser una provincia ó una marca, sin vida propia?

El predominio de Castilla, creadora de la lengua nacional, como el predominio de Toscana, creadora de la lengua italiana, sólo podía ser resultado del tiempo: los hombres políticos no tenían más misión que acelerar lo posible este feliz término.

Se ha verificado en España é Italia la unidad nacional; y todavía al nombrar á cada hombre notable se pone al lado su patria; se dice si es aragonés ó castellano, napolitano ó florentino: costumbre que no conserva ninguna otra nación de Europa, cuya unidad se fundó sobre pueblos que jamás tuvieron la vitalidad de nuestros reinos ó de las repúblicas y ducados italianos.

Así la unidad nacional hace caer de su trono ciudades

Digitized by Google

importantes, que se lamentan todavía con amarga pena de lo que son, comparándolo con lo que fueron. Toledo, Valladolid, Segovia, León, en España; Génova, Pisa, Siena, Parma, en Italia, enseñan al historiador y al viajero los restos de su grandeza, los recuerdos de su gloria y la estadística de sus habitantes, de su comercio y de su industria y agitan siempre bajo los nombres de descentralización y provincialismo el recuerdo de su vida propia, de sus glorias, de su independencia, de sus fueros ó constituciones, de su traje y de su dialecto, amenazados de muerte ante la nivelación de derechos y de privilegios en que está fundado el régimen constitucional.

Cuando se reflexiona sobre las dificultades de crear la unidad nacional con tantos Estados independientes y sobre las causas que la detuvieron, se llega á descubrir que hay cierta justicia en la historia respecto de ambas naciones. Nosotros merecimos tener antes que Italia una patria común conquistada con tantos sacrificios, tanta sangre y tanta constancia en una lucha de ochocientos años; y tuvimos que pagar después con nuestro abatimiento el orgullo y la ferocidad que paseamos por toda Europa, así como la intolerancia religiosa, que produjo el vacío en nuestro derredor y la miseria en el cuerpo social.

Italia, entregada á los vicios más repugnantes, manchando con una perpetua orgía la vida de la poesía y del arte, había de sufrir por necesidad todas las degradaciones, y ser un pueblo dividido y dominado siempre por el extranjero; pueblo sin patria, sin hogar propio para la vida nacional, tardando tres siglos en conseguir la unidad, siempre premiada con glorias históricas, con progresos inmensos y con riqueza material, no menos que con el respeto y la consideración de los demás pueblos.

La industria fenicia fué arrojada de España por la codicia cartaginesa, que á su vez fué expulsada por la grandeza romana: los godos fundan sobre las ruinas del imperio romano una nueva monarquía que desaparece como el

Digitized by Google

humo ante el poder de los árabes. Pero un puñado de españoles á la voz de la patria crean la nación; y el día que terminan la reconquista, aparece de pronto nuestra patria con impulsos tales que sirve de base á la conquista de la mitad del mundo.

Italia fué en esta comparación mucho menos que nosotros: fué solamente el teatro adonde acudían las naciones de Europa á sostener sus guerras, sin que á los contendientes se les ocurriera pensar que aquel suelo era patria de alguien, que los italianos tenían derecho á poseerle y á vivir independientes; é iban allí, no á luchar con los naturales para conquistarlos, sino á pelear con extranjeros, sirviendo los italianos alternativamente á unos contra otros. Y cuando alguna vez la inspiración de un gran poeta ó el pensamiento de un político pronunciaba las sagradas palabras « Italia para los italianos, » tenía que comenzar por pedir auxilio á los mismos extranjeros para hacerse la ilusión de que trabajaba en pro de la patria, ó veía sofocado este noble grito por el servilismo de los más y por el espíritu de independencia, que hoy se llamaría cantonalismo, de las ciudades y provincias, espíritu opuesto siempre á la unidad nacional.

El sentimiento de la patria, unido al sentimiento religioso, fué siempre más poderoso, más eficaz y más noble en España, donde alimentado y exaltado por las grandes virtudes del honor castellano, dió ejemplos al mundo que tal vez no tenga ninguna otra nación. Bastaría para demostrarlo, en cuanto al sentimiento individual, el recuerdo de tantos hechos de lealtad en caballeros enemistados con el rey; y en cuanto á la política, aquél nunca bastante elogiado de los Comuneros, que, perseguidos de muerte, viendo derrocadas sus casas, degolladas sin piedad sus familias y confiscados sus bienes, acudieron presurosos y voluntariamente á defender la patria, cuando aprovechándose los franceses de la misma guerra de las Comunidades penetraron en España y llegaron casi por sorpresa hasta

Digitized by Google

Pamplona. Allí acudieron los jefes de la rebelión, los procuradores fugitivos de Valladolid y hasta los dispersos de Villalar, luchando con tal valor, que fué admiración de los mismos que los habían vencido en aquel día aciago y siempre de tristísima memoria.

Semejantes en muchas cosas, tienen ambas naciones cualidades distintas que se complementan mutuamente. Italia con menos fanatismo, pero con más vicios que España, con menos espíritu guerrero, pero con mayor constancia en sus propósitos de cultura; más acostumbrada por educación á la vida del arte, pero menos entusiasta en un momento dado; veleidosa en sus afectos y terrible en sus odios, pero no tan terrible como España en sus triunfos, cimenta sus obras sobre bases más estables, y no destruye hoy, como nosotros, lo que hizo ayer, aunque se duerme sobre sus laureles lo mismo que España; y, como esta nación, harta de dar al mundo su luz, sus ciencias, sus artes, la civilización y la cultura y todas las grandes ideas que nos han traído el progreso de nuestros tiempos, recibe en pago la ingratitud y el desdén de otras naciones interesadas y avarientas.

Doloroso es decir que en esta comparación de dos pueblos hermanos en tantas glorias y en tantos infortunios, cabe á España mayor responsabilidad en su atraso y en su decadencia; porque nuestra patria tuvo la unidad nacional y pudo labrar su propia fortuna, mientras que Italia, dividida por propios y extraños, teatro constante de las guerras de los demás pueblos, no ha podido ser dueña de sí misma ni tener política propia hasta nuestros días.

Hermanas en religión, parece que recibieron en el destino de las naciones la misión de arraigar y conservar el catolicismo, que era el progreso; y sin embargo, la crítica moderna les va culpando duramente de haber sido los dos pueblos que más se han opuesto al sincero espíritu católico; la una con su crueldad y sus persecuciones, la otra con su corrupción y sus crímenes; de tal modo que es

Digitized by Google

hoy un problema decidir quién ha hecho más daño al sentimiento religioso, si Felipe II ó Alejandro VI; si las hogueras de España y Flandes ó el veneno de los Borgias y el puñal de los Médicis; si la conspiración tenebrosa de España contra la bondad y la mansedumbre de los Apóstoles ó la conspiración pagana de Italia contra las máximas de virtud del Crucificado.

Y sin embargo, una y otra nación contribuyen igualmente á crear y sostener aquel gran poder, aquella suprema autoridad del Papa, que es la salvación de los siglos medios, y derraman generosamente su sangre peleando contra todos los enemigos del catolicismo.

La desgracia y la pobreza, así como el amor á las aventuras, arrastran á una y otra nación al borde del abismo. Cuando España se encierra en el aislamiento por un gravísimo error; cuando cada día recibe la noticia de una pérdida y se dice de Felipe IV que es grande como los agujeros, que son más grandes cuanto más tierra se les quita, se retira vencida y se envuelve en su manto como orgulloso enfermo que oculta sus llagas, parece que queda en el mundo un vacío y que cambia el aspecto de los sucesos de Europa, viéndose libre, dice un escritor, de aquella garra que la oprimía y de aquel obstáculo que se encontraba con invencible terquedad en todos sus caminos. Entonces nuestra pobre patria, que no había sabido crear nada para sí, cae en la mojigatería, cambia la poderosa fe de sus antepasados por la superstición, y llega á estar representada en todas las manifestaciones de la vida por aquel monarca fanático y débil, ignorante y enfermizo, á quien la historia ha calificado con el nombre de Carlos el Hechizado.

Italia no paga más suavemente sus pasados errores, pero sabe conservar en su decaimiento las artes, las letras y las ciencias; no pierde ninguna de sus glorias, ni rompe la tradición de la vida culta. Roma, Pisa, Venecia, enseñan hoy al viajero la historia de sus artes y de sus letras

Digitized by Google

en recuerdos venerandos, sus museos y bibliotecas, la biografía y los retratos de sus hijos célebres; Florencia hace una especie de templo del gabinete de Galileo, y reúne como objetos de culto sus libros, sus muebles y sus instrumentos; Ferrara enseña como preciosidades la prisión de Tasso y la casa de Ariosto, y en la Universidad conserva con adoración la silla, el escritorio y los originales de este último. España todo lo destruye, lo borra y lo aniquila; persigue su glorioso pasado con la hoguera y el desprecio, teme y censura sus mismas glorias literarias, prohibe la representación en el teatro, y cuando quiere levantar su cabeza desde el fondo de la ignorancia en nuestro siglo; tiene que preguntar á los extranjeros su propia historia, mereciendo que un ilustre italiano de nuestros días, escriba las siguientes frases, tan llenas de verdad como vergonzosas para nosotros: «Olvidando los españoles que fueron los primeros que lanzaron en Europa la lengua por campos desconocidos, han renegado de los altos ejemplos de otra edad, siguiendo las huellas de los extranjeros. ¡La última bajeza en que puede caer una nación es olvidar sus propias glorias y sus propias miserias!»

Con nuestro pasado olvidamos nuestro parentesco con Italia; olvido de sentimientos y deberes fraternales, que un escritor ha llamado criminal, ante los grandes destinos de la raza latina, y que nosotros calificamos además de vergonzoso.

En toda Europa el viaje á Italia forma parte de una buena educación: los sabios, los literatos, los artistas han sido llamados con gran oportunidad «peregrinos de Italia», hasta el punto de que será difícil encontrar un nombre respetable en la historia de la civilización, que no esté escrito en algún monumento ó en algún álbum de aquella patria del arte y de la ciencia. Sólo España forma una excepción en esta gran romería de la nobleza del talento; sólo España desconoce la moderna literatura italiana; sólo su armoniosa y rica lengua deja oirse desde los Alpes al faro

Digitized by Google

de Mesina; sólo ella olvida allí sus recuerdos y sus intereses (1).

Consignamos con placer, sin embargo, que en los últimos años casi todas nuestras notabilidades han visitado la Italia y han escrito sobre ella obras de verdadero mérito. Catalina, Pacheco, Castelar, Cánovas del Castillo y otros (2); y debemos manifestar la esperanza de que en el porvenir la afinidad de intereses de toda una raza amenazada por la soberbia de las potencias del Norte; la comunidad de

---

(1) El autor de este libro tuvo la gloria de iniciar en 1869, estando en el Ministerio de Fomento, el proyecto de unas nuevas relaciones con Italia, hallando sus deseos un eco profundo en dos personas, en el malogrado poeta D. Adelardo Ayala, ministro de Ultramar á la sazón, y en el embajador de España en Italia, Sr. Marqués de Montemar. El primero acogió con aplauso el pensamiento de nombrar un comisionado del gobierno, que hiciera una revisión y estudio de nuestras rentas y bienes en Italia, creándose con su producto y algún otro auxilio de la Comisaría de Cruzada una gran Academia en Roma, otra en Nápoles, reformando el Colegio de Bolonia, etc.

El Marqués de Montemar, á quien escribí sobre este asunto, le acogió con entusiasmo, y me contestó diciendo que el gobierno italiano, y especialmente el ministro de Hacienda, no pondrían obstáculo alguno, siempre que las rentas procedentes de la revisión se emplearan en Italia.

Desgraciadamente aquel proyecto padeció muchas vicisitudes, y por último algún tiempo después se nombró el comisionado sin darle las instrucciones convenientes. Además recayó este nombramiento en una persona de inmenso mérito, pero la menos á propósito para el caso: en el poeta D. José Zorrilla. Cuando el Sr. Castelar entró en el ministerio de Estado hizo un gran beneficio reformando el Colegio de Bolonia y creando los pensionados en Roma, por lo cual mereció el aplauso público.

(2) El Sr. Pacheco dejó sin concluir su magnífica y discreta obra *Ensayo descriptivo, artístico y político de Italia*. El Sr. Cánovas ha escrito magistralmente como historiador sobre el saco de Roma, la batalla de Pavía, la dominación española y otros asuntos, reuniendo estos trabajos en 1868 con el título de *Memorias de Italia*. El señor Castelar, más entusiasta, por ser más artista, ha escrito mucho sobre la Italia antigua y moderna, y especialmente sus *Recuerdos de Italia*, vertidos elegantemente al italiano. El Sr. Alarcón publicó su *Viaje á Nápoles*, y otros han escrito obras de viajes ó historia, entre las cuales citaremos *Del Ebro al Tiber* y el estudio sobre la rebelión de Nápoles, del Duque de Rivas.

Digitized by Google

aspiraciones respecto del dominio en el Mediterráneo y respecto de la influencia en Africa, así como la admiración que va produciendo en toda Europa la patriótica política de Italia, renovará vínculos fraternales que no debían haberse roto ni aflojado nunca, en bien de una y otra nación.

Italia es el único pueblo de Europa que, señalando en sus pasos un progreso inmenso, ha dominado por dos veces el mundo. Antiguamente le conquistó y le hizo esclavo suyo con el valor de sus ejércitos y la sabiduría de sus leyes, que después de tantos siglos se enseñan hoy en todas las Universidades con el nombre de Derecho romano. Y en los tiempos en que Europa estaba casi sumida en la barbarie por consecuencia de terribles vicisitudes históricas, volvió á hacer el mundo esclavo de sus letras, de sus artes y de sus ciencias, sentando los fundamentos de la cultura moderna y siendo preciso reconocerla como maestra universal.

En una y otra época se ha unido en su camino con España, como si un destino misterioso presidiese la fraternidad de ambos pueblos. España tomó mayor parte que ningún otro país de Europa en las glorias de la antigua Roma, hasta el punto de que hoy discretos autores discuten la influencia de nuestra literatura en el Imperio: y en la época del Renacimiento jamás dos pueblos se han unido, se han fundido de un modo tan íntimo, como resultará de todo este libro.

Hoy la observación minuciosa, el análisis delicadísimo, la fría paciencia de los pueblos del Norte, estudiando los torrentes de luz con que les iluminaron España é Italia, han roto la clasificación científica con un inmenso progreso, y los hombres más pensadores ansían y esperan una nueva clasificación, un nuevo modo de ser de las ciencias, una reforma en su disciplina, que se indica vagamente por todos ellos ha de nacer en Italia, al mismo tiempo que los italianos profetizan, como Libri, que el porvenir de las ciencias matemáticas se deberá á España.

Digitized by Google

¡Quiera Dios que se realicen estas predicciones, tan honrosas para nuestra raza, y fundadas en el atento examen de un pasado glorioso y en el carácter que siempre tuvieron los descubrimientos italianos y españoles, que el progreso apenas ha logrado modificar!

Digitized by Google

CAPITULO II.

Costumbres.

Objeto de este libro.—La moralidad pública y privada de España é Italia.—Costumbres, vicios y penitencias.—El orgullo y la ferocidad de los españoles.—El clero y los conventos.

No vamos á escribir una historia de España é Italia, ni á seguir todas las vicisitudes de unas relaciones políticas que se remontan á los tiempos de D. Alfonso el Sabio, cuando los soldados castellanos fueron por primera vez á Lombardía; ni siquiera á estudiar las asombrosas guerras y conquistas de D. Pedro de Aragón, que fué el primero que hizo estable nuestra dominación en Italia, y del cual arranca la monarquía siciliana y napolitana, teatro de tan heroicos hechos, que su más sencilla narración es una epopeya superior á cuantas ha ideado la fantasía de los poetas. Si la vida nos alcanza tal vez hagamos aparte este estudio para venir á explicar los orígenes de nuestra grandeza.

Tampoco vamos á seguir paso á paso los hechos históricos como podría hacerse en un curso didáctico. Suponemos que el lector conoce la historia general de su patria, y vamos á limitarnos á un período, que si bien es el más generalmente estudiado y aun suele decirse el más conocido de nuestra historia, se presta á observaciones siempre nuevas y cada día más importantes, á medida que se hace más juiciosa la crítica histórica y adquieren mayor extensión los estudios bibliográficos. Vamos sólo á limitarnos al período que comienza en el glorioso reinado de los Reyes

Digitized by Google

Católicos, cuando por tan múltiples causas, y con fines tal vez no muy conocidos, salieron de España nuestras invèncibles huestes al mando de Gonzalo de Córdova para intervenir en las cuestiones del reino de Nápoles.

Las valerosas hazañas de nuestros soldados exigen mención especial; pero antes debemos presentar al lector la situación relativa de España é Italia; examinar los vínculos que había entre una y otra nación fuera de la política y de las armas, poniendo en claro lo que los españoles llevaron á Italia y lo que encontraron en aquel hermosísimo país.

Italia estaba dividida en pequeños Estados, casi siempre rivales y con intereses encontrados, en que luchaban á un mismo tiempo los deseos de libertad con la prepotencia de ilustres familias y con profundos odios de localidad. Vivía entregada á las exageraciones del renacimiento pagano, á los delirios de la imaginación y al culto del arte y la belleza en todas sus manifestaciones. Reïnaban por do quier el vicio y la sensualidad, la prostitución y el crimen sin velo ni temor alguno, ante una opinión pública que todo lo disculpaba y bajo unas leyes cuya interpretación lo permitía todo.

La confusión de las potestades espiritual y temporal había producido también una confusión en la vida pública y privada, que parece imposible cuando se examina á la luz de nuestros tiempos, en que la moral social se ha impuesto de un modo indiscutible. La familia apenas existía entre la constante ruptura de la fe conyugal, aplaudida públicamente, el inmenso número de hijos del clero, que ocupaban los más altos puestos, y el desconocimiento de los vínculos filiales, que solían convertirse con facilidad en motivo de profundos odios y de indecibles escándalos.

Los más altos señores se casaban con las mujeres más envilecidas, y á veces las hacían asistir á orgías cuya torpeza no puede describirse. Llamábase accesible la mujer casada; era un axioma práctico que cada uno debía tener

Digitized by Google

por mujeres las de sus amigos; se consideraba el matrimonio como un acto bufo, y se designaba públicamente á las señoras, no por el nombre de su marido, sino por el de su amante.

Era tal la corrupción en este punto, que se miraba como asombroso, y era objeto de burlas, el matrimonio del marqués de Pescara y Victoria Colonna, ambos jóvenes, ambos poetas, ambos fieles mutuamente; y apenas se comprendía que mientras el marqués estuvo prisionero después de la desgraciada batalla de Ravena, escribiese el *Diálogo del amor*, dedicado á su esposa; que ésta le dedicara también en la ausencia sus sentidos versos y que conservara una virtud austera y un tierno recuerdo de su marido en el estado de viuda, rechazando las pretensiones de artistas como Miguel Angel, de poetas, príncipes y cardenales, siendo joven, bella é ilustrada.

Así los amores escandalosos tienen tal tradición en Italia, que el viajero se sorprende al oir que en todas partes le recuerdan sus escenas. Ya le enseñan la calle en que quisieron matar á Rafael por unos amores, ya en una capilla el sitio donde se arrodillaba la Fornarina; ya al entrar en Santa María *la Maggiore* de Roma le dicen: «Aquí conoció Boccacio á Fiametta.» Estos recuerdos amorosos se unen casi siempre á otros de horribles crímenes: en San Francesco de Rímini se enseña el monumento de Issota, manceba de Malatesta, que mató á tres mujeres empleando el veneno y la estrangulación, y en San Severino de Nápoles el sepulcro de los tres hermanos San Severini, envenenados en 1516 por su tío para heredar sus riquezas.

No diremos que, respecto de este punto, el estado de moralidad en España pudiera servir de modelo á otro pueblo, ni que en absoluto mereciera una calificación fundada sólo en la virtud.

España, á pesar del odio á la raza árabe, había tomado algo de sus costumbres. La gran fusión de la vida en común, poco después de la conquista, había contaminado mu-

Digitized by Google

tuamente á ambos pueblos, lo mismo respecto de los vicios que de las virtudes. Los moros aprendieron nuestra lengua y copiaron las leyes godas y las costumbres españolas; los vencidos aprendieron también la lengua y la escritura árabes, y se impregnaron de aquel aroma oriental que brotaba de todos los actos de la vida en los vencedores. Les impusimos el arte obligándoles á decorar sus obras con estatuas y retratos, con grupos y pinturas, contra las terminantes prescripciones del Alcorán, y nos enseñaron á su vez á modificar el arco ojivo y la arquitectura doméstica. Les contaminamos con el vicio del vino y los licores, y nos contagiaron á su vez con las costumbres de la poligamia.

De estas causas y del estado continuo de guerra provino cierta indolencia que, olvidando en gran parte la afición al trabajo, predisponía á una vida, mezcla de mística contemplación, de poética holganza y de arranques de soberbia, que contribuían, por un lado, á dejarse dominar por los atractivos del placer y por otro á satisfacerle caprichosa é imperiosamente, rompiendo los obstáculos que á ello se opusieran. Pero principalmente nació de la imitación de las costumbres árabes cierta flojedad en los severos deberes de la fidelidad conyugal por parte del hombre; la costumbre de mirar no ya como leve falta, sino como cosa lícita y aun plausible, dentro de ciertos límites, la distribución simultánea ó sucesiva del amor entre varias mujeres; la tolerancia respecto del número de barraganas que podía tener el clero, y otros defectos de nuestra educación que no hay para qué mencionar ahora. Aplicamos en cierto modo á la vida cristiana el recogimiento en la casa de la mujer árabe, y creamos como asilo de las solteras el convento, harén religioso del cielo, que no inspiraba el respeto de una posesión inmediata, como la del señor árabe, sancionada por graves penas, llegando á temerse menos robar una futura esposa de Jesucristo, que una esposa de un rey mahometano.

Unidas estas costumbres al carácter caballeresco de

Digitized by Google

los españoles, á su amor por las aventuras, á su natural guerrero y batallador, crearon ese tipo inmortal, aplaudido en toda Europa, que tan fielmente representa á nuestros caballeros, y que es una admirable fórmula de aquella época, D. Juan Tenorio.

Con esto queda indicado que no podía ser dechado de moralidad nuestra patria; pero las locuras de la juventud en España; la galantería con las damas, ocasión y motivo de tantos amores ilícitos; el apasionamiento por lo aventurero, lo difícil y lo peligroso; el seguro premio de todo cariño que se demostraba en riesgos y aventuras, producían necesariamente un estado moral esencialmente distinto y casi opuesto al que creaban en Italia la prostitución erigida en culto, la influencia del dinero en las relaciones amorosas y la admiración de los triunfos públicos de aquellas mujeres, que eran tanto más amadas y solicitadas cuanto mayor había sido el número de sus amantes y más ruidosos los escándalos de su vida.

Había por otra parte una diferencia profundísima entre los efectos de la educación ilustrada de la mujer en una y otra nación. La literatura, las artes estimulaban en Italia el sensualismo, teniendo casi exclusivamente este objeto; de tal modo que aquellas artistas, aquellas poetisas, aquellas mujeres cuyo nombre ha conservado la historia por su ilustración y que brillaban en los salones, en los palacios, en las academias, en las fiestas públicas y alguna vez en la política, eran con raras excepciones verdaderas cortesanas, mujeres del mundo que salían del recinto de la familia para tomar parte en aquella vida pública tan licenciosa.

En España sucedía lo contrario: se educaba á la mujer, cuando se pretendía que tuviera conocimientos superiores á los ordinarios de su sexo, para la vida de la familia, de la aristocracia, de la carrera literaria adaptada al profesorado ó para el convento. Así era frecuente en España que las más austeras virtudes acompañaran á la

Digitized by Google

mayor ilustración de la mujer, como en doña Beatriz Galindo, llamada vulgarmente *la Latina*, en Luisa Sigea, en doña Cecilia Morillas, que no quiso aceptar ni el cargo de maestra de las infantas, ni honor alguno público, y en otras muchas que pudieramos citar.

Todas estas causas contribuían á establecer la diferencia que hemos dicho y á dar á las aventuras amorosas desde el más platónico sentimiento hasta la manifestación del vicio, caracteres completamente distintos en España y en Italia. El lujo de la prostitución se ostentaba poderoso en ésta á la luz del día, mientras que en España el orgullo del honor de la mujer favorecía las citas misteriosas, las aventuras nocturnas y las escenas que tan exactamente describe nuestra literatura dramática.

Las principales ciudades italianas, rivales en el arte, lo eran también en los vicios; de tal modo que las descripciones que de ellas nos han quedado son tan horribles que apenas pueden reproducirse. Decíase de Roma que era el muladar del mundo y la patria de las Mesalinas, donde la cortesana Imperia, cuyo nombre ha servido hoy para que un poeta portugués resuma todos los vicios de la mujer, fué sepultada, poniendo en la lápida un epitafio indigno (1). Llamábase á Venecia patria de los crímenes de amor y de avaricia; y á Luca «madre cariñosa de las meretrices», porque sus autoridades mandaron que todas las que allí acudiesen gozaran los privilegios de ciudadanía. Pintábase siempre á Florencia como «la ciudad del veneno y del venéreo»; y se describía á Génova en estos terminos: *Mare senza pesci, monti senza legna, uomini senza fede, donne senza vergogna.*

Y unidas en horrible consorcio todas las rivalidades de Estados y de familias en la política, en la ciencia, en el

(1) *Imperia cortisana romana, quæ digna tanto nomine raræ inter hominis formæ specimen dedit. Vixit annos XXVI, dies XIII, obiit 1511, die 13 augusti.*

Digitized by Google

arte, en la vida íntima, producían una serie de abusos y de crímenes diarios en que se veían envueltos lo mismo los cardenales que los mendigos.

Nuestra época no podrá comprender aquella vida de disolución, de crímenes y de tiranía en que los sabios y los artistas pasaban rápidamente de la privanza de los papas á la hoguera; y los criminales más repugnantes y los bandidos más osados llevaban sobre sí reliquias benditas ó perdones anticipados del delito que pudieran cometer, ó eran absueltos por la bendición papal á consecuencia tal vez de algún nuevo crimen, que redundaba en beneficio de la corte romana. Jamás las letras contaron en ningún pueblo tantas víctimas: el filósofo Giordano Bruno murió quemado, como el místico Savonarola; Nicolás Franco, Picolomini y Manfredi, poetas y literatos, perecieron en el cadalso; Marsili y el Dominiquino murieron envenenados; Luis Pulci, á quien tanto debe la restauración de las letras, fué privado de sepultura como excomulgado; el historiador Sarpi (1) fué apuñalado.

La mayor parte de estas persecuciones y sentencias, provenían de denuncias de los mismos poetas y artistas que odiaban mortalmente al que conseguía mejor posición ó más dinero, valiéndose para ello de delaciones secretas, de anónimos, de pasquines y aun de cartas firmadas, como hizo Francisco Doni con el emperador (2). No sólo todo les parecía poco para sus vicios, sino que querían impedir que los demás recibieran algún premio; de tal modo que los más favorecidos por la corte romana, por algún prín-

(1) Un amigo de Sarpi, escribía: "Su muerte sólo debe ser sensible para los amigos.....; él enseñó que era más cómodo el veneno que el puñal.„ .

(2) Carta de Francisco Doni al emperador desde Florencia á 3 de Mayo de 1548. Este Doni escribió un libro en que decía: "Al infame y malvado Pedro Aretino, fuente y origen de todo mal, miembro asqueroso de la pública impostura y verdadero Anticristo de nuestro siglo„.

Digitized by Google

cipe ó por los españoles, solían llevar armadura ó cota de malla bajo su traje, tomaban mil precauciones con la comida y á veces iban escoltados. Desde la privanza insultaban á sus colegas, y apenas se cerraba la fuente de los favores ó recibían el producto de miserables adulaciones volvían sus sátiras contra el Mecenas (1). Cantaban los vicios del rico, participando con humillación de su lujo, de su mesa y de las sobras de todos los placeres, é insultaban la virtud del pobre, burlándose de sus harapos y hasta de su hambre y de sus enfermedades.

El puñal pagado á vil precio, el veneno, elogiado públicamente como arma de la nobleza, y la maledicencia vendida en sus versos y en sus escritos por los poetas, estaban á la orden del día y eran empleados por los príncipes y poderosos como recurso en los amores, en las cuestiones civiles, en la política y en la diplomacia. El rumor público, que no juzgamos si era rigurosamente exacto, que puede equivocarse en los hechos concretos, pero que forma un juicio severo é inapelable de la opinión pública, acusaba á la corte de Roma y á los príncipes de infinidad de asesinatos casi diarios, y hubo quien dijo que «en Roma se había desterrado la muerte natural, porque nunca llegaba á tiempo;» mientras en España en dos siglos no hubo más que dos acusaciones de este género contra dos reyes, ni hubo más que dos víctimas que sirvieran de tema á los epigramas de los poetas, á las tradiciones populares y á la poesía dramática moderna: Juan Escobedo y el conde de Villamediana.

A esta corrupción acompañaban como secuela necesaria todos los demás vicios. El juego era costumbre de la época, y nuestros soldados no se veían libres de este

(1) Carlos V dió cien cequíes de oro al Aretino, para que no escribiera contra él con motivo de la desgraciada jornada de Africa. Recibió el dinero y luego decía: "Me ha dado muy poco para una tontería tan grande.„

Digitized by Google

vicio, que sigue siempre á los ejércitos y no deja de armonizarse por sus profundas emociones, sus desastrosos efectos y los rápidos cambios que ocasiona en la fortuna y la vida con los azares y peligros de la guerra; pero jamás nuestras autoridades y altos personajes dieron el triste espectáculo de aquellos venecianos y florentinos, que jugaban sumas enormes, lo suyo y lo ajeno, los títulos, los palacios, las mujeres y hasta los hijos.

La blasfemia, consecuencia natural del gobierno ó de la influencia teocrática y de las persecuciones de la Inquisición, era entonces una costumbre más extendida en Italia que en España; habiendo escritores, y aun informes oficiales, que afirman que en Parma se reunían por la noche los hombres y mujeres casi exclusivamente á blasfemar, aplaudiéndose las más horribles frases y palabras y las ideas más torpes y escandalosas; en Roma la blasfemia constituía una especie de dialecto especial, al paso que en España, si bien llegó á un gran abuso, fué solamente un desahogo propio de caracteres enérgicos, un juramento rápido y fugaz, una interjección repugnante pero no meditada, un insulto á la Divinidad, soberbio pero no cínico ni buscado ingeniosamente.

Los ricos y los potentados abusaban de sus riquezas en un lujo escandaloso, en trajes, en bailes, en representaciones teatrales y en banquetes, en que dejaban muy atrás la fama de los que se habían inmortalizado en los tiempos en que dominaba el sensualismo. Los cardenales daban convites haciéndose traer los manjares de lejanas tierras, y apreciando los platos, no ya por su mérito culinario, sino por su precio, que se contaba por escudos de oro.

Chigi, amante de Imperia, dió á León X un banquete en que se sirvieron lenguas de loro. La vajilla, que era de oro y de plata, se iba arrojando al Tíber á medida que servía. Ticiano, que asistió á este banquete, dice que sólo tres pescados costaron 250 escudos.

Digitized by Google

Como consecuencia de esta vida, abundaban los parásitos, seres miserables que con su adulación y servilismo andaban detrás de los ricos, comiendo á su mesa ó cuando menos viviendo de sus sobras, haciendo un papel intermedio entre el bufón y el mendigo, en el cual tenía siempre una parte importante la maledicencia. Algunos de estos desdichados llegaron á adquirir gran fama y aun á ver escrita su biografía. Paulo Jovio refiere la vida de Tamisio, que siguió de ciudad en ciudad y de posada en posada los manjares que se llevaron á una orgía dada por Chigi. Otros escribían á los que celebraban cualquier suceso con un banquete, pidiéndoles humildemente que les enviaran algún plato, ó amenazándoles si no les convidaban con una sátira ó un pasquín. El olvido en convidar á alguno de estos miserables llenaba al siguiente día la ciudad de epigramas sangrientos, que no solían cesar sino con una compensación de la comida en dinero; y á estas costumbres, y á estas amenazas, y á estas armas repugnantes llamaban «la noble tiranía del talento y el triunfo del arte».

El pueblo italiano no participaba completamente de esta corrupción, por más que el ejemplo y la necesidad le arrastrasen con una fuerza superior á su voluntad y á sus sentimientos, que más de una vez se manifestaron en rebeliones y en amargas quejas; pero como dijo uno de nuestros poetas:

En la vida culpable de los reyes
No son vicios los vicios, sino leyes;

y el infeliz campesino, el pobre artesano, estafado unas veces, saqueado otras y maltratado siempre, tenía que ponerse al servicio de los grandes y señores que le arrastraban á la vida de intrigas, de abusos ó de vicios.

Tal disolución de costumbres, que algunos interpretaban como precursora de la desaparición del papado y aun de la ciudad de Roma y del fin del mundo, originaba por otro lado el aumento de las supersticiones propias de la

Digitized by Google

época, y nuevos horrores y extravíos incomprensibles hoy. Algunos frailes, escandalizados de la vida del convento, le abandonaban y se retiraban á los montes, donde vivían como eremitas de los primeros tiempos del cristianismo. Masotti, poeta y hombre virtuoso, se fué á vivir con unos pastores huyendo de la sociedad. Las penitencias á que se entregaban lo mismo hombres que mujeres, asustados de aquella licencia, parecen hoy increíbles y propias sólo de un estado de locura. Hubo multitud de sacerdotes que murieron destrozados por las disciplinas; muchas mujeres se anticiparon la muerte con ayunos que eran verdadera dieta, y penitencias que eran dolorosos sacrificios. Había monjas, sobre todo en Venecia, que se emparedaban dejando sólo un agujero enfrente del rostro para respirar y recibir la comunión y un escaso alimento. Hubo también sacerdotes ansteros que predicaban públicamente con sin igual valor que Venecia, Florencia y Roma pagarían estas maldades, castigadas por la Justicia divina; de tal modo, que cuando las diezmaba la peste ó caían sobre ellas nuestros soldados, se recordaban sus sermones y se tenían por profecías, entregándose entonces la mayoría de la población á actos devotos y públicas penitencias. Siempre que las armas españolas amenazaron á Roma, se recordaba que Savonarola había dicho en un sermón: «¡Desgraciados! ¡Desgraciados! ¡Oh, Italia! ¡Oh, Roma! Dice el Señor: os abandonaré á un pueblo que os borrará de la lista de las naciones. Pueblos hambrientos como leones llegan sobre vosotros; y la mortandad será tan grande que los sepultureros gritarán por las calles: ¿Dónde hay muertos? Y el uno llevará á su padre, y el otro á su hijo (1).»

Muchos italianos creyeron que en esta profecía estaba descrito el saqueo de Roma en 1527; y cuando el duque

(1) Sermón 31.

Digitized by Google

de Alba movió su ejército contra la misma ciudad, amenazando destruirla en nombre de Dios, el clero recordó estas y otras palabras semejantes y obligó al papa á transigir.

La mayoría de las poblaciones estaba dividida en dos grupos, llamados el uno de los *tiepidi*, tibios ó indiferentes y el otro de los *piagnoni* ó llorones, que se lamentaban de los males públicos y se entregaban á penitencias. Hacíanse la guerra unos á otros con casi iguales armas; y desde el púlpito pedían la destruccion del enemigo (1).

Ante esta tristísima situación, que poco á poco hemos de ir estudiando en sus detalles, los españoles llevaron á Italia una austeridad, una virtud y una pureza, sin lo cual es difícil decir cuál habría sido el porvenir de aquella sociedad.

Los escritores italianos que maldicen nuestra intervención en su patria, no han meditado quizá en que pudo ser providencial para la salvación del pueblo italiano aquel estado de guerra que allí crearon pueblos extraños. Italia entregada á sí misma, á los irreconciliables odios de sus Estados y de sus familias y dominada por aquella corrupción, es probable que hubiera desaparecido como pueblo, entregando hasta el mismo trono de Roma á manos de cualquier guerrillero ó bandido afortunado.

Jamás los españoles descendieron á una degradación como la que allí encontraron. Así es que modificaron las costumbres del pueblo, que eran groseras, y fueron, ya una especie de dique contra aquella corrupción, ya un horrible castigo cuando los males parecían agravarse y tomar peligroso carácter.

Sólo España podía acusar públicamente por sus crímenes y por su lujuria á la corte romana; sólo ella pudo

(1) Predicando Fray Mariano delante de Alejandro VI contra Savonarola decía: "Quémale, quémale, santo padre; quema el instrumento del diablo, el escándalo de la Iglesia.„

Digitized by Google

llevar los soldados de Moncada á las calles de Roma y entregar poco después la misma ciudad á un saqueo sin ejemplo en la historia, pero también castigo de una infidelidad y de una prostitución sin ejemplo.

No trataremos ciertamente de defender, ni aun de disculpar, pero sí de reducir á los límites de la verdad aquella ferocidad de que se acusaba á los españoles: debe tenerse en cuenta que la época llevaba consigo la barbarie de estas costumbres; que no eran menores los excesos cometidos por los extranjeros, y que de los nuestros ha quedado mayor memoria porque los acompañaba casi siempre el triunfo. Sería preciso para juzgar en igualdad de casos figurarse lo que habrían hecho los franceses, si alguna vez hubiesen obtenido en Italia los triunfos que nosotros, y si no hubieran quedado en las pocas victorias que obtuvieron, más destrozados que los vencidos, como sucedió en Ravena.

Según las costumbres de la época, las ciudades vencidas padecían los horrores del saqueo y de la venganza, que eran proporcionadas al género de resistencia que habían hecho y al estado del ejército que las asaltaba. Los españoles no faltaban á estas bárbaras costumbres; pero jamás prolongaron los saqueos, si se exceptúa el de Roma, ni encontraron un placer en la destrucción. En toda la historia de nuestras armas en Italia no hay un hecho semejante á la destrucción de Palestrina, que fué aniquilada y arrasada de ordên del papa por espacio de cuarenta días.

En 1501 los franceses entraron en Capua por sorpresa, sin hallar apenas resistencia; saquearon la ciudad, destruyeron gran parte de ella, mataron siete mil personas, y César Borgia escogió las cuarenta mujeres más hermosas y las envió á su palacio de Roma. Inútil será buscar algo semejante en nuestros triunfos.

La ferocidad española, que después se volvió contra nosotros mismos, fué producto de unas circunstancias y

Digitized by Google

de una degeneración que más adelante hemos de estudiar al hablar de nuestra decadencia; pero en Italia es injusta esta acusación, que hoy hacen hasta algunos españoles, confundiendo aquellas guerras con las de Flandes, y aplicando á ellas una fama adquirida posteriormente y por causas concretas.

En Italia los españoles fueron simplemente aventureros, atrevidos, batalladores, duelistas, altivos; pero nobles, caballeros y generosos (1). Fueron solamente aquellos soldados, aquellos genios pundonorosos, resueltos y poco sufridos que en las cuestiones de amor ó de honra decían al punto:

Responde presto,
Ó ya desenvainada
Lengua de acero, lo dirá la espada.

Según el testimonio unánime de los escritores, á pesar de este orgullo y alguna vez de su crueldad, no estaban degradados. En el mismo saco de Roma, en los desórdenes y abusos de Milán, en medio de los horrores de la guerra, no se complacían en la lujuria ni en el escándalo; no se entregaban como los franceses y los alemanes al vino, ni compraban por sistema los placeres ó el favor momentáneo de una mujer; muy al contrario, la conquistaban ó mataban á sus rivales. De modo que nunca contribuyeron á aquella prostitución que dominaba en todos los actos de la vida pública. Los nobles, los jefes, los generales procedentes de familias aristocráticas tenían demasiado orgullo para descender á ciertas miserias ó degradaciones; y en cuanto á la mayoría del ejército, aquellos soldados tan admirablemente descritos por la pluma de Cervantes, pobres

(1) "Los cortesanos españoles, decía un escritor romano, son muy orgullosos y se creen más que nosotros„; y el autor de los consejos á D. Juan de Austria le decía: "Son arrogantes, tienen natural altivo, no estiman á nadie y dicen que se van á comer á su casa.„

Digitized by Google

casi siempre, atrasados en sus pagas, sometidos á una rigurosa disciplina, creyentes con fe y sin supersticiones, obrando en casi todos los actos de la vida como fieles servidores de su rey, formaban en realidad un grupo aparte en su permanencia en las ciudades: solían comunicarse con las personas ilustradas, se sentían más dignos que aquella plebe, juguete de los vicios de los poderosos, y mirando con el desprecio de la altivez castellana aquella degradación, se llegaban á creer iguales y aun superiores en dignidad á los cardenales y al mismo papa; y como puede verse en algunas escenas de comedias populares que pintaban fielmente las costumbres de la época, había español que sólo por serlo, ó por llevar su apellido, ó por servir á las órdenes del Gran Capitán, de Leiva, de Pescara, de Alarcón ó de Espinosa, se creía con tanta autoridad como el que la representaba en el pueblo italiano.

Ningún castellano habría podido escribir las obscenidades del Aretino, ni de ninguno de los poetas que pululaban en las cortes, ni hubiera sufrido jamás que los potentados le arrebatasen las queridas sólo porque tenían más dinero. Ni menos hubieran concebido que se aplicase á ellos aquella definición que se daba de los italianos en la corte, en la cual se decía que «en la infancia servían de bufones, en la adolescencia de mujeres, en la virilidad de maridos, en la vejez de terceros y en la decrepitud de demonios».

Los escritores italianos se admiran todavía de que los españoles no penetrasen en aquella vida de disolución é ignominia, y los llaman feroces porque terminaban sus cuestiones de amores y de celos matando al rival afortunado y á la mujer culpable, veleidosa ó venal, sin llegar á comprender que con el dinero se compraba el amor hasta de las más altas damas, y era preciso ceder ó compartir secretamente los favores de las mujeres con los potentados, los ricos y los cardenales. Todavía se repiten aquellas palabras de asombro con que Guicciardini se lamentaba

Digitized by Google

de que los españoles con insensato orgullo querían una dama para cada uno, cuando tres mil hombres del ejército italiano no tenían más que ochocientas meretrices, que seguían al coronel Strozzi, el cual al fin tuvo que mandarlas matar en nombre de la salud y del bienestar del ejército.

De aquí provenía también el que aquellos caballeros que jamás esquivaron el uso de la espada en los desafíos, y acudían desde lejanas tierras ó arrostrando todo género de dificultades respondiendo á un cartel de duelo (1), usaran con frecuencia el puñal para dar muerte á sus ofensores, no cobardemente y á traición como era costumbre en Italia en nombre de la venganza, sino cara á cara y públicamente, creyendo que tenían derecho á hacer aquella muerte, sin ocultarse de la justicia, antes bien, yendo á declarar que de este modo la servían.

Los españoles conservaron en Italia una dignidad y una honra que produjo con frecuencia muertes de este género impuestas como justo castigo á seres incapaces de comprender toda la altivez de nuestros soldados, que en efecto, como aquel célebre é inspirado poeta y valiente guerrero Pedro de Espinosa, se presentaban á sus jefes declarando haber dado muerte á infames viciosos, y pedían de ello testimonio aun cuando un tribunal los condenara (2).

---

(1) Juan Aguilar desertó de sus banderas en Milán para acudir al desafío de un napolitano, dándole muerte y presentándose después á sus jefes para sufrir la pena capital por haber desertado.

Maldonado, valeroso soldado, estando en el castillo de Dalmacia Castelnovo recibió un cartel de su contrario; hizo diligencias singulares para salir del castillo, y, no pudiendo conseguir la licencia, se descolgó con un cordel por la muralla, y entrando en el combate feneció.

(2) "Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sesa, etc., gobernador del Estado de Milán y capitán general por S. M. en Italia: teniendo en consideración á que agora ni en ningún tiempo ninguna persona pueda en ofensa de la verdad ni contra la honra de Pedro de Espinosa, tratar ni decir, ni pensar lo que no fué ni pudo ser como paresce por el mesmo caso y por las providencias que con

Digitized by Google

Con estos antecedentes y estos hechos los españoles llegaron á adquirir tal idea de sí propios, que se creían superiores á las demás razas, según sus propias palabras, que fuera ocioso copiar aquí para cuantos conozcan autores clásicos. Cantú dice que «los españoles miraban á los vencidos como si fueran menos que hombres, y que abusaban de su superioridad haciéndose tributar homenaje.» Guicciardini, hablando de nuestras costumbres, refiere que muchas veces obligaban á que todos les saludasen con el sombrero, como á hombres superiores ó constituídos en dignidad.»

En aquel sentimiento, justo hasta cierto punto en su principio, respecto de su lealtad y patriotismo, mientras trataron con los asalariados suizos, respecto de su cultura con los soldados franceses y los groseros alemanes, respecto de su pundonor con los corrompidos italianos, hay que buscar en gran parte el origen de este orgullo, de este desprecio con que todavía miran á los demás pueblos, de modo que apenas pasan las fronteras de su patria,

---

todo rigor de justicia en él se hicieron, ordinaria y extraordinariamente visto y mirado por todos los jueces á quien pertenecía el conocimiento de la causa, y decidido y declarado por el Senado de Milán, el que con equidad y verdad dió por libre y sin ningún género de culpa al dicho Pedro de Espinosa en el caso que aquí se dirá, y al que queriendo un mal hombre, sin mirar á Dios ni á su conciencia, provocar al dicho Pedro de Espinosa á cierta suciedad, que no conviene nombrarse por la atrocidad y gravesa de su fealdad, como tampoco el dicho Pedro de Espinosa pudo sufrir en el momento que lo entendió de darle el castigo de su mano con darle seis ó siete puñaladas, y que si no se le huyera á él y á amigos y criados suyos que estaban en una sala junto al mismo aposento donde sucedió lo acabara de matar... el dicho Pedro de Espinosa nos dió parte del caso y se presentó á la justicia, á tiempo que no tenía ninguna seguridad de la vida de Artemon Tudesco, que así se llama el delincuente... y porque sea notoria á todos la limpieza del dicho Pedro de Espinosa tuvimos por bien darle esta declaración firmada de nuestra mano y sellada con nuestro sello y refrendada del secretario. Fecha en Milan á 30 de Octubre de 1563.—El Duque y Conde.„

Digitized by Google

se consideran como en país conquistado, dando el extraño espectáculo de tener más altivez y más independencia fuera de su nación; muy al contrario de lo que hacen los naturales de los demás pueblos, que en cuanto pisan tierra extraña, pierden el ánimo y se someten fácilmente á las leyes y costumbres del país en que son extranjeros. Nuestros emigrados son conocidos en todas las naciones por su jactancia, sus fanfarronadas, su ruidosa y desordenada vida, entregada á constantes sueños de próximos triunfos, al paso que los proscriptos de las demás naciones se distinguen por su abatimiento y melancolía.

Pero cuando el absolutismo cercó á España de barreras que nos aislaron de los demás pueblos de Europa; cuando éstos siguieron por la senda del progreso, cultivando las artes y las ciencias y asombrando al mundo con sus estudios; nosotros, aislados, parados, inertes, conservamos sólo de nuestro pasado este orgullo que hay al lado de nuestro atraso, de nuestra ignorancia y de nuestra pobreza; cuando somos siervos de las demás naciones en ciencias, arte é industria, y cuando nuestros catedráticos ignoran la propia historia para traducirla del francés, es una soberbia ridícula y una fanforronada culpable.

No hemos de hacer, por muy diversas razones, una pintura exacta del estado del clero en Italia en la época á que nos referimos. Bastará á nuestro propósito presentar algunas consideraciones generales sobre el rigor de la disciplina eclesiástica sin descender á examinar los misterios de aquellos conventos y de aquella vida clerical que andan en refranes en todas las naciones de Europa y que forman el asunto obligado de todas las obscenidades de la literatura y de la tradición, y de todas las ambiciones y groserías (1).

(1) España encomendabá á frailes muchos de sus asuntos, y sin embargo, véanse las instrucciones que daba á los embajadores en Roma para el trato con los frailes romanos: "Negocios de Estado

Digitized by Google

La disciplina eclesiástica se conservó en España mucho mejor que en Italia, donde la venalidad y la corrupción no consentían que existiera ni aun en apariencia.

Los Reyes Católicos y las Cortes cuidaron especialmente de este punto hasta donde su autoridad lo permitía, y algunas veces hasta un poco más allá; y cuando llegaban á lo que creían límite de la potestad temporal, acudían al papa con enérgicas reclamaciones, sin obtener gran resultado por cierto, pues la más exagerada pintura de la inmoralidad y codicia de nuestro clero, podía pasar muy bien por un dechado de virtud al lado de la prostitución romana (1).

Por otra parte hubo constantemente al lado de nuestros reyes, desde mediados del siglo XV, arzobispos y cardenales de carácter austero, que no transigían de ningún modo con la desorganización del clero, ni con la inmoralidad de los conventos. Entre ellos debemos citar á los cardenales Mendoza, Cisneros y Martínez Siliceo, que, venciendo todo género de obstáculos y contrariedades, reformaron la disciplina hasta el punto de que en Roma se los tenía por hombres indomables; y llegó á ser un proverbio entre los españoles que allí residían que para remediar los vicios hacía falta un cardenal Cisneros.

En la época de nuestra gloria y de nuestro dominio en Europa, que fué también la época de riqueza de nuestro clero, la mayor parte de los arzobispos de Toledo vivieron

---

jamas los trate V. E. con religiosos, que no tienen experiencia de ellos, y con haberse criado en celda han abatido de tal manera sus pensamientos que nunca aconsejan cosa heroica, ni de espíritu, sino sólo sus intereses ó escrúpulos, que aguan mucho las grandes acciones, y de ordinario son gentes que callan poco.„

(1) Rarísima vez y sólo por causas muy señaladas transigían los reyes en España con los curas que daban escándalos. Cabrera refiere que, habiendo consultado á Felipe II para obispo un canónigo ilustre, que había tenido un hijo, contestó: "Mejor es para padre.„

Sin embargo, se permitió legitimar los hijos de los clérigos por un favor especial del rey ó por dinero, ante determinadas razones.

Digitized by Google

pobremente, dedicando sus cuantiosas rentas á la catedral, á objetos benéficos ó á las necesidades de la patria. Don Pedro González de Mendoza, que plantó su cruz arzobispal sobre las torres de la Alhambra y fué uno de los que aconsejaron á la reina Isabel que oyera y llevara adelante los proyectos de Cristóbal Colón, vivió, aun siendo gobernador de España, modestamente: la frugalidad del cardenal Cisneros se hizo proverbial; y aun en los banquetes que daba á la nobleza y á los embajadores, como regente del reino, jamás comió sino la pobre colación de sus hermanos en el convento; Tavera empleó sus rentas en dotar ricamente el hospital que lleva su nombre en Toledo; y Siliceo, que vivió hasta con pobreza, sin abandonar un día las costumbres de su humilde familia, después de hacer grandes gastos en la catedral y fundar los colegios de infantes y de doncellas nobles, cedió á Carlos V, para las guerras y las necesidades de la patria, la tercera parte de sus rentas y dió á Felipe II ochenta mil ducados para la jornada de Inglaterra.

Estos hechos y otros muchos semejantes que pudiéramos citar, eran considerados en Roma como fabulosos, hasta el punto de que Bembo decía que cuando nuestros prelados hacían tales cosas debían tener las sillas de oro macizo.

La creación de la monarquía española y los esfuerzos de los Reyes Católicos para dar una nueva organización al país, hicieron olvidar en breve el abandono en que yacía la disciplina, como resultado de aquellos tristes tiempos de los Enriques, en que el alto clero, presa de todo género de ambiciones y viviendo en la agitación de una política desastrosa, no cuidaba de sí mismo, ni menos podía cuidar del rebaño que apacentaba, «cuyos guardas é pastores habíanse convertido en otros tantos lobos».

La concentración del poder en lo político, halló un reflejo en lo eclesiástico, y la acertada elección de personas produjo en breve tiempo el restablecimiento de la discipli-

Digitized by Google

na, llegando á ser España la nación más adelantada en este punto, y comenzando una época de verdadera gloria hasta el principio de nuestra decadencia.

El obispado español conservó la pureza y sabiduría aun en el reinado de Felipe II, el cual, dice Cabrera «prefería la virtud al nacimiento ilustre por menor á ella. En su reinado se aplicaron todos á las letras; los nobles para ser preferidos, como razón, por ellas; los menores para igualarlos, pues la religión cristiana no mira á la calidad, ni estado, sino á la santidad y sabiduría».

Por otra parte en España fueron desconocidos del todo aquellos tributos de las casas de juego y de prostitución, que se pagaban al clero, y que originaban tantas inmoralidades. La autoridad eclesiástica vivía sin salir de su propia jurisdicción, y ni aun presenciaba, con el pretexto ó el deber de presidirlas, fiestas libres ó inmundas, como hacían los cardenales ó los obispos en Italia; ni intervenía en asuntos ocasionados siempre á peligros en quien llevaba en sus manos el perdón de los pecados como premio, y la excomunión como amenaza. Y mientras un italiano decía que no había en Roma quien no hubiera sido excomulgado alguna vez, en España el poder civil, desde el rey á las Cortes, oponían un obstáculo á que se abusara de esta arma espiritual. Los reyes sometían al clero á las leyes generales quitándoles este poder, y las Cortes pedían enérgicamente que se prohibiera al clero excomulgar á nadie por deudas á la Iglesia, y que en este punto se llevaran las causas á los jueces civiles y no á los eclesiásticos (1).

Respecto de los institutos religiosos, debemos notar que ni á últimos del siglo XVI, cuando comenzaba ya á vislumbrarse nuestra decadencia y á fermentar la inmoralidad que había de salir á la superficie poco después y con ella la corrupción de los conventos y de las órdenes mo-

(1) Cortes de 1576.

Digitized by Google

násticas, no pudieron aclimatarse ni aun penetrar en España ciertas instituciones, que fueron el escándalo del mundo.

Pudiéramos citar entre ellas las jesuitisas, creadas en Roma en el convento de las Magdalonetas, con mujeres prostituídas, pero hermosas y jóvenes; institución que se extendió por Italia con facilidad, y que paró, según los escritores de la época, y entre ellos Melchor Cano, «por acostarse juntos de noche con sus hermanos los jesuitas, para ver si tenían bien muertas las pasiones de la carne», mereciendo por sus escándalos que el papa Urbano VIII las suprimiese por breve de 13 de Enero de 1631.

En España la potestad civil, los reyes, los jueces, las Cortes y las mismas autoridades populares velaban por la moralidad en los conventos, hasta el punto de contar las visitas de los obispos y de los clérigos, el tiempo que permanecían en ellos los visitadores, el modo de hacer la visita y sus resultados prácticos, llevando estas cuestiones á la discusión de las Cortes, como se hizo constantemente, hasta que, imponiéndose la Inquisición y la teocracia, fué suprimida de hecho la inspección civil y se desarrolló la inmoralidad del siglo XVII.

Los Reyes Católicos y Felipe II fueron inflexibles en este punto, y lograron principalmente su piadoso objeto valiéndose de las autoridades civiles, alguna vez de las militares y con especialidad de aquellos terribles corregidores tan severos en el cumplimiento de su deber, y tan omnipotentes algunas veces que representaban toda la autoridad del monarca. Estos reyes enviaron con frecuencia reales cédulas, cuyo solo contexto indica la autoridad que ejercían sobre los conventos (1).

(1) Entre varias de estas cédulas puede citarse la que Felipe II dirigió con motivo de algunos desórdenes entre las monjas franciscanas de Zamora, que empieza así: "Licenciado Fraga, mi corregidor de Zamora: por la relación que irá con ésta veréis la que se me ha hecho de la soltura y excesos de las monjas de tres monasterios que hay en esa ciudad de la tercera regla de San Francisco, y por-

Digitized by Google

Pero sin descender á detalles, que nos llevarían muy lejos y que darían á este libro un carácter de que queremos huir, nos bastará hacer una observación de importancia, aunque pueda parecer somera. No había en Italia como en España, aquellos amantes platónicos de monjas, nueva forma de los amores caballerescos é imposibles que tan graciosamente describieron y ridiculizaron nuestros poetas (1) y que después satirizó Quevedo con tanta dureza, sino que partían de los mismos conventos la seducción y la inmoralidad, facilitando así el abuso, hasta el punto de que Andrés Cantarini elogia grandemente al dux de Venecia porque había resistido todas las tentaciones y ataques de las monjas; el Aretino decía que los conventos hacían ne-

que si constase ser cierto lo que en ella se dice, es justo y necesario..... que así los hombres como las monjas se castiguen conforme á justicia, etc.„

(1) Son muchas las poesías escritas contra los amantes de monjas, pero en ellas domina siempre, al contrario que en Italia, la idea de la imposibilidad de toda satisfacción, lo cual indica claramente cuán distinto era el estado de los conventos en ambas naciones. Francisco Andrade de Ribera escribió contra ellos todo un libro, titulado *Pasión del endevotado*. Comienza de este modo:

A todos los que sois archígalanes
De damas en potencia,
De Tántalo extendida descendencia.

y termina:

Y tú, lector discreto,
Huye el contagio y lee este soneto:

Tú que á una monja adoras ¿qué es tu intento?
¿No adviertes que es tu amor imaginado,
Y que á fiero rigor le has condenado
Y á padecer un áspero tormento?
Tú, que en fierezas eres un portento,
¿No reparas, pobrete desdichado,
Que estás de una pintura enamorado
Y que á tus ojos se la lleva el viento?
Si es que aquesto apeteces, yo presumo
Que no tienes cabal entendimiento;
De imaginarlo sólo me consumo;
Que careces de gusto y de contento;
Y que tu hacienda se convierte en humo.
Quien aquesto procura es un jumento.

Digitized by Google

cesarios los hospicios, y algunos sacerdotes ó frailes virtuosos declaraban como prueba de su virtud que no habían entrado nunca ni se habían acercado á un convento de monjas.

Nuestras leyendas están llenas de escenas en que los caballeros, los amantes desesperados asaltaban un convento; pero nótese que estos raptos más ó menos consentidos recaían siempre sobre novicias ó jóvenes encerradas contra su voluntad en el claustro, según las costumbres de la época. Pero ni en la leyenda, ni en el drama, ni en las causas civiles ó eclesiásticas, ni en la realidad de la vida, fué nunca frecuente la exclaustración de monjas profesas, ni hay memoria de aquellos escándalos que eran la fórmula de los tiempos de Italia, y de que puede servir de ejemplo la vida de Fray Filippo Lippi.

Nuestro D. Juan Tenorio, el tipo más acabado y perfecto del aventurero de amor, que nada respeta, no tuvo en manos de su creador Tirso de Molina ninguna aventura en un convento; y fué necesario que pasara á Italia, y que allí se modificara para que volviera á nuestra patria, asaltando el claustro y robando una novicia próxima á profesar. Las ideas de aquella época en España, el celo instintivo de las madres, el pundonor de los padres, la severidad de las autoridades, hacían verdaderamente imposibles estos hechos, que hubieran encontrado un castigo inmediato y terrible, no ya según los trámites de la justicia civil ó eclesiástica, sino á manos de la misma familia de los culpables.

Aun en aquel deplorable siglo XVII la inmoralidad fué llevada al convento de monjas por los extraños, según consta de todas las causas formadas por la Inquisición; y hubo en la mayoría de los casos resistencia poderosa y otras veces víctimas del fanatismo, de la inocencia ó de la superstición más bien que fáciles delincuentes.

Digitized by Google

CAPITULO III.

Instituciones.

Intentos y proyectos.—Enseñanza.—Costumbres literarias y universitarias.—Beneficencia.— Manicomios. — Cárceles. — Policía urbana.

No es posible resucitar en un libro poco extenso la sociedad del siglo XVI en sus menores detalles para demostrar cuál era la cultura de nuestra patria en todas las manifestaciones de la vida. Únicamente podemos hacer aquellas indicaciones generales que, sin descender al análisis de multitud de hechos, sean prueba inequívoca de que la nación á que se refieren tenía una ilustración nada vulgar.

Y preciso es advertir, como hemos de hacer ver más adelante, que desde que comenzó á imperar en España el absolutismo hubo cierto divorcio entre la nación y el gobierno, que no la representaba fielmente, ni solía tener en cuenta más que determinados intereses, ajenos, con frecuencia, al bienestar público. A esta causa se debe el gran número de intentos, de proyectos, de peticiones en que las Cortes, los concejos y los particulares acudían al rey proponiéndole novedades y reformas, que, aunque no llevadas á cabo, bastan para demostrar cuál era el espíritu de aquel pueblo culto.

En las demás secciones de este libro hacemos mención de tales proyectos, tratando de cada uno al hablar de la materia á que pertenece. Citaremos aquí, sin embargo, aquellos proyectos de bibliotecas públicas, que parecen

Digitized by Google

hechos en nuestro siglo, de establecimientos de enseñanza, de hospitales de inválidos, de asilos para huérfanos y de todo género de escuelas, que bastan por sí solos para honrar una nación.

Donde aquellos españoles ponían la planta fundaban una iglesia, una escuela y un hospital; pero relacionando estas tres cosas entre sí de tal manera que estuvieran unidas por el vínculo de la religión y de la ciencia. No eran nuestros templos solamente lugar de culto, sino asilo de ilustrados clérigos, en los cuales se buscaba las letras y la virtud; ni eran nuestros hospitales asilos simplemente de caridad, sino medios de práctica y estudio para la medicina y retiro de afamados doctores.

Así brilló á tanta altura la instrucción pública en aquel glorioso período.

El número de maestros de primeras letras era muy grande en España, y todos ellos gozaban consideraciones y privilegios notables y honrosos para nuestra patria, en una época en que en Francia se les obligaba á servir de criados de los municipios, á desempeñar el cargo de pregonero y á limpiar las letrinas, y en Italia á barrer la iglesia, cuidar de la sacristía y en algunos puntos á servir en la casa del cura.

Era frecuente en muchas provincias de España el mandato de los municipios para la asistencia á la escuela; y en otras existía la enseñanza obligatoria con sanción penal; habiendo resuelto por tanto este problema dos siglos antes que se discutiese en toda Europa; y cuando hoy no se han atrevido á llevarle á la práctica la mayor parte de las naciones (1). Esta sanción penal consistía en multa,

(1) En Galicia llegó á penarse con tres años de destierro á los vecinos que no enviasen al maestro sus hijos de seis años arriba. (*Ordenanzas de Mondoñedo* de 1560.)

En algunos puntos, como sucedió en Madrid con el pregón de 22 de Octubre de 1512, por el cual se multaba en 2.000 maravedís al

Digitized by Google

destierro ó en la obligación de pagar una cantidad al maestro, como si diera la enseñanza.

Mandóse también por real provisión que no pudieran ser nombrados alcaldes ordinarios los que no supieran leer y escribir (1); y se concedieron varios privilegios á los maestros que se desvivían por la enseñanza en las visitas que se hacían por los municipios á las escuelas, premiándose otras veces á los profesores ó ayudantes con aumento de sueldo.

El maestro solía tener casa, se le pagaba por la enseñanza de los pobres y cobraba convencionalmente de los ricos. En algunos puntos se le imponían multas de 100 maravedís por cada día que faltase á la escuela.

Muchos de aquellos maestros dejaron obras notables y fueron hasta célebres literatos; discutían la ortografía y la gramática detenidamente y exponían los métodos de enseñanza, que dos siglos después se han presentado como nuevos en Europa, llevando hoy en la misma España nombres extranjeros. Pedro Ortega fué partidario de la enseñanza individual, porque «adaptándose el maestro al entendimiento del niño, lucía más la enseñanza y daba á conocer al maestro su capacidad é inclinaciones»; y Juan de la Cuesta prefería la enseñanza mutua, expresada con los mismos principios y axiomas que hoy se enseñan en la pedagogía (2).

---

vecino cuyos hijos no asistiesen al estudio de la villa, tenían estas medidas también por objeto impedir que recibieran la instrucción de los frailes y secularizar la enseñanza.

(1) Reclamó contra esta provisión Rodrigo de Agustín, en nombre de las villas y lugares de las alcaldías de Sayas, en Guipúzcoa, alegando que allí la población estaba muy desparramada, y que no habría en cada pueblo sino cinco ó seis personas que supieran leer y escribir.

(2) "Todos los maestros de escuela que tuvieren copia de niños para aprovecharlos mucho y para tenerlos muy reconocidos y ser dueños dellos, y saber en el estado que cada uno está en su ejercicio, y el aumento y crecimiento en que va, ó si se está quedo y añu-

Digitized by Google

En cuanto al sistema de corrección, fueron desconocidos en España los horribles castigos que luego inventaron ó introdujeron los frailes, y que han llegado hasta nuestros días resumidos en la bárbara frase «la letra con sangre entra». Se creía muy justamente que la sabiduría, la

---

dado; que es una cosa la más principal que el que enseña puede tener para hacer lo que debe; ha de hacer tres ó cuatro suertes y partes de los niños, y escoger de todos tres ó cuatro niños, de los que más adelante están en su ejercicio, y que hagan ventaja á los otros; y á estos tres ó cuatro niños encargarles las tres ó cuatro partes ó cuadrillas de los niños de la escuela, dándoles á cada uno diez ó doce niños á cargo, haciéndole cabeza y superior de ellos. Y estos tres ó cuatro pueden diputar, cada uno de su misma suerte, otros tres ó cuatro de los que más supieren, y que repartan entre ellos toda la suerte ó cuadrilla, dándole á cada uno de los tres ó cuatro segundos escogidos, tres ó cuatro niños de aquella suerte ó cuadrilla que los que tengan á cargo, para aprovecharlos y mirarlos, y entender lo que hacen.

„Y el primero escogido de cada suerte tenga principal cuenta de los tres ó cuatro segundos escogidos, para procurar y atender á su aprovechamiento, y para amonestarlos y avisarlos, que asimismo ellos tengan cuidado de los demás sus encomendados, enseñándoles y mostrándoles aquello en que vieren que tienen necesidad. Esto con gran hermandad y caridad, como muy amigos y hermanos; no dándoles el maestro potestad ni licencia para castigarlos, ni tocar en ellos con las manos, sino amonestándoles y encargándoles que hagan la razón: cuando hubiere alguno que no quiera hacerla, avisar los tres ó cuatro segundos elegidos al primer elegido, haciéndole entender como Fulano tiene tal descuido en tal cosa, ó como tiene tal vicio y defecto; y avisado este primero elegido, tome aparte aquel niño acusado, y dígale su parecer para que se enmiende, poniéndole dos ó tres días de término para que enmiende aquella falta, si fuese de leer ó de escrebir ó de contar ó de no aprender la doctrina cristiana; y si no se enmendare, acudir luego al maestro y darle aviso de aquello en que falta aquel acusado, para que el maestro lo haga enmendar de la manera que á él le pareciere.

„Y haciendo esto los diputados y elegidos, no deben más; porque hacen lo que deben. Y si ellos se descuidaren, y no dieren aviso como está dicho, cada y cuando que el maestro hallare falta en los niños encomendados, aliende del castigo que en ellos hiciere (que éste siempre sea moderado, porque es el más provechoso), castigue á los elegidos con algo de más rigor, y si es á culpa del primer elegido, con más rigor, porque se entiende haber más malicia y descuido.

Digitized by Google

ciencia, el estudio, dignificaban y ennoblecían al hombre, y «no era medio propio de elevarle á la nobleza de las letras el someterle á los castigos propios de las bestias», como decía Juan López de la Cuadra, maestro de las infantas en 1541; se aconsejaba que el castigo «fuese moderado por ser el más provechoso»; que se eligiese de tal modo que «el mismo castigo fuese enseñanza y no sólo punición»; y los maestros se lamentaban de que los frailes impusiesen duros castigos personales, porque «como no tenían hijos, no sabían lo que era este amor de los hijos ni conseguían con ellos sacar mayores ventajas en los discípulos».

Asistiendo muchos hijos de nobles á las escuelas era costumbre casi erigida en ley no pegar, y para no establecer diferencias ante la autoridad del maestro, igual para todos, tampoco se pegaba á los hijos de pecheros. En casi todas las escuelas tomaban parte los alumnos en las fiestas públicas con exámenes ó actos literarios; representaban

„Y si el maestro entendiere que por parcialidad disimulan los elegidos, ó por algunas dádivas que sus encomendados les dan, esto castiguen con mayor rigor, porque ya es vicio y principio de maldad; y en esto harán gran aprovechamiento á sus discípulos, y los elegidos ganan más; porque enseñando á los otros, se despiertan ellos y se enseñorean en su ejercicio con aquel brío y osadía que toman, y desatan y desañudan su entendimiento y se hacen señores de lo que aprenden.

„Y así se entienda que el maestro en darles semejante cargo les hace muy gran beneficio; y no lo entiendan al revés, como algunos rudos de ingenio lo podrían entender, é yo lo he visto por experiencia; porque como es muy notorio, mi pupilaje ha sido siempre tan grande, que en esta mi arte ha sido el más copioso de el reino, y de gentes muy principales, no solamente de esta comarca, sino de la corte, y de hijos de criados y oficiales de S. M., muy principales, y de todos los reinos de España; y he visto que algunas gentes, entendiéndolo mal, pensaban que en dar este cargo á sus hijos, les daban estorbo y impedimento, siendo muy al contrario„.—*Libro y tratado para enseñar á leer y escribir brevemente*, compuesto por JUAN DE LA CUESTA. Alcalá, 1569. (Fecho en el estudio desta villa de Madrid.)

Digitized by Google

comedias, escritas muchas muchas veces por el mismo maestro; y los sobresalientes recibían pensiones, grados gratuitos ú otros premios que solían señalar los cabildos, los ricos ó los concejos.

En las oposiciones á cátedras ó á regencias de estudios, en vez del expediente que hoy se forma, y que sólo conoce en sus detalles el tribunal, buscábase la opinión de las personas doctas, dando el opositor razón de su persona, enumerando en un discurso todos sus méritos y servicios, así para que fueran conocidos del público, como para dar muestra de su elocuencia y de su buen juicio en la dificilísima empresa de hablar de sí mismo y hacer su propia historia en rivalidad con otros que aspirasen al mismo puesto (1).

Hay entre las costumbres de los pueblos muchas que se rozan con la ciencia y la cultura, y que pueden servir de norma para juzgar una época bajo el punto de vista de su ilustración.

Nuestras universidades no fueron, como no son ahora, ni serán nunca, un elemento activo de progreso en las ciencias experimentales. Sus lecciones teóricas, el orgullo de los profesores, la seguridad del sueldo, lo numeroso de las clases y otras causas que no son de este momento, contribuyen á que el catedrático sea por regla general un orador y un teorizante, que mire la cátedra como un escalón para otros puestos, y no una persona de ciencia práctica. Así de nuestras universidades no salieron, como tampoco de las demás de Europa, los hombres que hicieron con sus descubrimientos una revolución en las ciencias y en la literatura y cubrieron de gloria á su patria. España tuvo hasta los tiempos de Felipe IV y Carlos II otros establecí-

(1) Puede servir de modelo en este género, el magnífico discurso que hizo en una oposición el maestro Fernán Pérez de Oliva, publicado entre sus obras por Ambrosio de Morales, y que es un monumento de la lengua castellana.

Digitized by Google

mientos más propios para la enseñanza de las ciencias, y casi únicos en Europa. La misión de las universidades era otra: contribuir á la cultura general, crear los hombres sociables, difundir el estudio de las letras y mantener la dignidad y la representación de las ciencias.

Y bajo este punto de vista, podemos recordar con orgullo los privilegios de nuestras universidades, mayores que los de ninguna otra nación dentro de la organización social y política; el respeto con que siempre las trataron los reyes, aun en conflictos con su poder absoluto, las prerrogativas de los doctores y catedráticos, y las costumbres universitarias todas, que demuestran de un modo indudable la cultura de un pueblo que así sabía honrar en sus leyes y en sus prácticas á sus sabios y á sus maestros.

Desde los días de D. Juan II, eran frecuentes las reuniones literarias para celebrar los hechos públicos y los sucesos de familia, costumbre que se conservó aun en los tiempos de la decadencia y de que encontramos tantos recuerdos, no sólo en descripciones particulares, sino en las obras de nuestros clásicos.

Las universidades celebraban también estas fiestas, que tenían siempre por objeto enaltecer la ciencia y el arte, y solían ir acompañadas de justas literarias, siendo hechos tan populares todas las reformas que se referían á la universidad, que tomaban en ellas parte no sólo los profesores y estudiantes, sino la población entera representada por el ayuntamiento, el clero, las señoras y las escuelas, como atestiguan tantos documentos que el tiempo nos ha conservado.

España tuvo también la costumbre de representar farsas en las iglesias, y aunque pudiéramos censurar muchas de ellas, es justo declarar que respecto de las de Italia tuvieron el gran mérito de ser morales y de tender siempre á enaltecer la ciencia (1). En ciertas formas y costumbres

(1) Parece que estas farsas, comedias y canciones en la iglesia

Digitized by Google

de la vida es preciso no prescindir de lo que la índole de los tiempos exigía para buscar su significación. Así, por ejemplo, no estamos conformes con los que censuran la real cédula de 18 de Octubre de 1575, en que se prevenía que en los grados de doctor se corriesen toros; porque si bien es cierto que esta función es bárbara, que ya la habían combatido las Cortes y que no es posible encontrar analogía alguna entre un grado de doctor y una corrida de toros, hay que tener en cuenta que estas funciones eran en aquella época las que contribuían á la mayor solemnidad en las fiestas, las que daban realce á los nacimientos y bodas de reyes y otros sucesos, á los cuales quedaba equiparado «el ingreso de un hijo predilecto en la madre de las ciencias».

Del mismo modo hay que buscar en las farsas representadas en las iglesias su significación, que era noble, que era útil, que era digna de que una religión llamada católica la acogiera en su seno.

En estas farsas se enaltecía la ciencia, se dignificaban las artes, se estimulaba á la juventud y se establecían muchas veces premios en justas literarias.

Pudiera servir de ejemplo la farsa con que se solemnizó en 1556 la elevación al cardenalato de aquel insigne Juan Martínez Silíceo, que desde la más humilde y pobre esfera, desde un rincón de oscuro pueblo en Extremadura, se había elevado sólo por su estudio y por su talento á catedrático de París y de Salamanca, á arzobispo de Toledo y á cardenal, contribuyendo poderosamente á la enseñanza de las ciencias y de las artes (1).

---

fueron objeto en Andalucía de burlas por parte de los cristianos nuevos, que no comprendían estas costumbres dentro del templo. Así se desprende de varios documentos de la época y especialmente del sínodo de la diócesis de Guadix y Baza, celebrado en 1554, en cuya constitución sexta se prohiben por la razón dicha "las representaciones, entremeses y canciones en las iglesias sin previa aprobación del obispo.„

(1). Para aquella farsa se levantó en la catedral de Toledo un

Digitized by Google

Durante todo el siglo XVI conservamos la costumbre de las disputas públicas, que alguna vez eran verdaderos desafíos dirigidos á los particulares, á la universidad, á las academias ó á la nación entera, cuando los españoles llegaban á una ciudad.

Así disputó Pedro Sánchez Ciruelo con los doctores de París; D. Fernando de Toledo con éstos mismos y los de todas las ciudades de Italia hasta Roma; Gaspar Cardillo de Villalpando con Pablo Vergerio y Fabricio Montano, y Pedro Juan Oliver con Gaspar Contareno y Baltasar Castiglioni sobre las causas del flujo y reflujo del mar. Es discutible si estos actos adelantaron en algo la ciencia y el

---

magnífico arco de ochenta pies de altura con tres cuerpos, el primero de bronce y multitud de estatuas y alegorías, trabajando en él ochenta oficiales y un sinnúmero de obreros por espacio de un mes. Durante la misa de consagración se ejecutó un entremés entre un pastor, que representaba á Silíceo, un niño vestido de azul, que representaba la fe, y las artes liberales, simbolizadas en niñas. La Geometría llevaba por emblema una tabla con figuras y un compás; la Astronomía una esfera con sus círculos, y la Aritmética una tabla con varias operaciones. Los trajes y los colores eran alegóricos y de todo lujo.

Esta función fué solemnísima, la ilustraron muchos poetas, y hubo en ella tal concurrencia, que perecieron algunas personas asfixiadas.

Los versos, inscripciones, emblemas, etc., de las fiestas, se pagaban principalmente con regalos. En 7 de Noviembre de 1587 se pagaron los objetos siguientes para regalar á los poetas que tomaron parte en las fiestas de Santa Leocadia en Toledo: una taza de plata sobredorada á Jácome Barbosa Arana; un salero de plata dorado al maestro Martínez; un bernegal de plata al licenciado Hernando Bocarro; un salero dorado á Felipe Ruiz; seis cucharas de plata á Pedro Pantín; otras seis á Antonio Quintana Dueñas; una sortija de esmeraldas al doctor Lafuente; tres varas y media de raso negro á Alonso Castellón; un breviario á Francisco Calero; un espejo á Francisco Alvarez de la Higuera; diez varas y media de tafetán negro al doctor Antonio Calacina; tres varas y media de raso á Francisco Pesquera; un misal dorado á Juan Rodríguez de Villamayor; unos guantes negros de ámbar al licenciado Alonso Calderón; unos guantes negros de ámbar á Fray Damián de Vega, y cuatro varas de holanda al bachiller Juan Martínez.

Todos estos objetos importaron 1.107 reales y 8 maravedís.

Digitized by Google

progreso ó si quedaron reducidos á cuestiones estériles y aun viciosas, y á una serie de argumentos que hoy nos parecen ridículos; pero de todos modos, dentro de aquellas costumbres eran actos de cultura que aficionaban á los estudiantes y al pueblo á las letras y á las ciencias. Por otra parte, solía honrarse extraordinariamente á los que sostenían estas disputas; y muchos jóvenes sobresalientes que no tenían más patrimonio que las letras, se daban á conocer en estos actos antes de escribir ó de hacer oposiciones á cátedras, resultando de aquí un bien social. Podríamos citar muchos nombres de estudiantes nacidos en las clases más pobres, que por este medio llamaron la atención sobre su persona, y subieron á altos puestos.

Esta cultura de los españoles fué causa de que ya los sicilianos se rebelaran en favor de la monarquía aragonesa y de que á nuestros pasos en el reino de Nápoles siguiera, no sólo la protección á las artes y á las ciencias, sino un estado político verdaderamente liberal.

Así es que el reino de Nápoles, más propenso que otro alguno á caer en los vicios y á entregarse á la molicie y al placer que parece se aspiran bajo su hermoso cielo, se distinguió del resto de Italia y sobre todo de Roma, Venecia y Florencia, por su gravedad, por su virtud y porque volvió constantemente los ojos á empresas útiles, y se entregó más que ninguna otra parte de Italia á las ciencias y las artes.

La parte de Italia dominada por los españoles fué con frecuencia el refugio de los hombres notables á quienes perseguía la intolerancia romana. En Nápoles hallaron acogida muchos sabios, y el gran Fontana, perseguido por Clemente, recibió el título de ingeniero del rey de España.

Muchos establecimientos literarios y científicos de Italia debieron á los españoles una generosa protección, que todavía se recuerda, ya con dádivas ó ya impidiendo su destrucción ó reparando los daños hechos por el enemigo. El cardenal Albornoz creó el magnífico Colegio de Bolonia

Digitized by Google

y nuestras autoridades en Nápoles protegieron las academias y la universidad, siendo cantados por los poetas y elogiados por los historiadores (1).

España é Italia se distinguen por haber suministrado mayor número de elementos que ninguna otra nación para la historia en general, comprendiendo en esta palabra el desarrollo de la cultura, hasta el punto de que, como han observado algunos escritores, y como hacemos notar más adelante, sería hoy posible referir día por día los hechos de nuestros antepasados en aquellas guerras heroicas y en aquellos descubrimientos geográficos, que dieron á conocer la superficie de la tierra. ¡Tal era el número de soldados literatos y tan grande la importancia que daban á la historia!

Entre los ricos medios que una y otra nación han dejado, deben contarse los archivos, cuya riqueza ha sido tan envidiada que Francia, Inglaterra y Austria los han saqueado ó destruído en sus guerras con España é Italia.

Comenzó su creación en Castilla, Aragón y Cataluña con la conservación de los fueros y privilegios de los pueblos; y con los de los conventos, y en Italia con la vida municipal; de tal modo que ya en los siglos XV y XVI era riquísima esta institución en ambas naciones y casi desconocida en otras muchas, especialmente en Francia, cuyo primer archivo fué creado por Louvois, ministro de la guerra de Luis XIV.

Y fué tal nuestra cultura y nuestro respeto en este punto, que conservamos todas las riquezas que contenían los de Italia en medio de nuestras guerras y nuestros

(1) L'universita di Napoli ebbe un zelante e splendido protettore nel vicerè conte di Lemos, da cui fu innalzata, colla direzione del celebre cav. Fontana, la vasta e magnifica fabbrica di questo studio, e furono stabilite opportune leggi affin d'arrivare il coltivamento delle arti e delle scienze, e alcuni altri ancora dei vicerè Spagnuoli che nel corso di questo secolo governaron quel regno, mostraron di avere in pregio gli studi, e onoraron del lor favore gli uomine dotti.—TIRABOSCHI, tomo VIII, lib. 1.°

Digitized by Google

triunfos, contribuyendo á veces á remediar los desastres y las devastaciones producidas por los franceses, creando además otros establecimientos que tuvieron gran importancia (1).

Italia y España fueron las naciones en que la beneficencia pública tomó más vuelo, cubriendo las ciudades y los campos de hospitales, asilos, hospicios y todo género de instituciones para socorrer al enfermo y al desvalido, hasta el punto de que algunos socialistas modernos han presentado como modelo aquella organización en que todos los seres desgraciados, desde el niño huérfano hasta el anciano impedido, se creían con derecho á ocupar un lugar en un asilo.

No elogiaremos imprudentemente aquellas costumbres que incurrieron en el abuso y tuvieron no poca parte en la degradación de ambas naciones, llegando el pobre, y en general la clase humilde, á mirar la limosna como un medio de vivir, la sopa del convento como un premio de la holgazanería y un santo hospital como el último refugio de una vida de disipación, de locura y de imprevisión, reñida por sistema con el orden y la economía.

Pero tomando la sociedad tal como era, hay que confesar que, dentro de aquellas ideas, España é Italia merecen la admiración por sus creaciones benéficas, aunque debieran su origen á distintos móviles, según el carácter de cada pueblo.

En Italia aquella cultura, aquel exceso de vida, aquel floreciente régimen municipal de sus pequeños Estados,

---

(1) Los aragoneses fundaron los archivos de Nápoles y Sicilia; y Felipe II en 28 de Septiembre de 1558, mandó crear un archivo en Roma, ordenando que se comprase una casa al lado de la iglesia de Santiago de los españoles, siendo nombrado archivero Juan Bersosa en 17 de Julio de 1562, con el sueldo de 400 escudos. Este archivo, que no fué bien mirado en Roma, sufrió un incendio en 1738, en que quedó casi destruído, trasladándose después en su mayor parte el archivo de Simancas.

Digitized by Google

el dinero que fluía de toda Europa á la corte de Roma y el gran número de extranjeros crearon los establecimientos benéficos, que fueron más de una vez mirados con cierto humillante desprecio por los ricos y por los poetas (1).

En España, al contrario, la beneficencia pública tuvo casi siempre su origen en la iniciativa personal y en las instituciones religiosas. Nuestros antepasados, como hemos dicho, dividían sus bienes, fuera de la vinculación y el mayorazgo, en tres partes, consagradas á Dios, á la ciencia y á la caridad, y creaban un templo para el culto, una escuela para la enseñanza y un asilo para el pueblo. Llegamos á tener treinta y nueve universidades, y casi tantas escuelas, iglesias, capillas, ermitas, conventos y hospitales como casas. El establecimiento benéfico nacía al lado de la iglesia ó de la universidad, y á veces confundido con ellas. Los particulares, desde el rey hasta el último ciudadano, los fundaban y dotaban, de modo que cada clase social, cada grupo, cada profesión, cada gremio tenían su hospital, creándose además otros regionales ó privilegiados y muchos para ciertas circunstancias ó estados de la vida, como los de peregrinos y viajeros de determinado país.

Así se elevaron en Italia y España aquellos monumentos de la piedad que son hoy todavía admiración de los viajeros, á pesar de que los tiempos han variado las ideas y las condiciones de la vida de tal manera que el hospital es combatido por la ciencia. Así enseña España sus grandiosos edificios dedicados á este objeto y únicos rivales del hospital de Santo Spiritu en Roma, donde caben 1.600 enfermos; del *Albergo de i Poveri*, de Nápoles; de los *Incurables*, construído bajo nuestra dominación, con capacidad para 2.000 asilados, y de otros muchos que deja-

(1) El Aretino llegó á llamar á los pobres, y tal vez á las clases inferiores de la sociedad, "insectos de los hospitales.„

Digitized by Google

mos en aquel reino, cuya sola capital llegó á tener en nuestras manos más de setenta notables edificios consagrados á la caridad.

De este carácter especial de la beneficencia en España y de su alianza con la ciencia y la enseñanza, provino el que nos adelantáramos á Europa en casi todo cuanto se refería al alivio de los desgraciados.

El arte de enseñar á hablar y á poner en comunicación con el mundo á los sordo mudos, fué creado por el insigne Pedro Ponce de León (1584), y perfeccionado por el aragonés Juan Pablo Bonet en su obra titulada *Reducción de las letras y arte para enseñar á los mudos.* Italia recibió de nosotros este arte, llevándole allí y enseñándole Juan de Castro, después de haberle practicado en España.

Igualmente precedimos á toda Europa en la creación de manicomios, siendo el primero que hubo en el mundo el que se fundó en Valencia el año 1409, bajo la dirección de la facultad de Medicina, por Gilberto Jofre; establecimiento que hoy es hospital general (1).

En España era antiquísima la institución de cofradías ó hermandades que cuidasen de los reos de muerte y de los cuerpos de los ajusticiados. En Castilla se creó la hermandad de la paz y caridad en 1421; en Sevilla existía ya desde la reconquista por San Fernando y en otras muchas poblaciones de España se crearon estas hermandades con diversos nombres en los siglos XIV y XV.

---

(1) No hace mucho el doctor Falk (*Psiquiatria de los alienistas alemanes*, 1866), contradijo esta prioridad, que había reconocido toda Europa, pretendiendo, fundado en un texto dado á luz por el orientalista Steinchneider, que la primera casa de locos ó manicomio facultativo se estableció en Bagdad, corte del califato de Oriente. Pero el doctor Ullesperguer, de Baviera, profundo historiador de los métodos alienistas, ha contestado refutando la opinión de Falk y revertiendo para España esta gloria, que nadie había pretendido arrebatarnos.

Digitized by Google

En muchos puntos de Italia, por lo menos, eran desconocidos estos benéficos institutos: los reos eran auxiliados precipitada é irreverentemente, y enterrados con menos ceremonia que si fueran animales irracionales, según dicen varios escritos de la época y entre ellos un informe de los jesuitas sobre el estado social de Parma.

En cuanto al estado de las cárceles, siempre tuvieron fama de horribles las de Italia, hasta el punto de que la interesante y repugnante descripción de la de Sevilla, que se atribuye á Cervantes, que es el documento más notable que se conserva acerca de este punto, pone nuestras cárceles muy por cima de las italianas, sobre todo en lo que se refiere á la protección de los presos por la sociedad civil, que en nuestra patria estaba encomendada á asociaciones de la nobleza (1).

El sentimiento artístico, más extendido y más popular en Italia que en España, contribuyó especialmente á dar á las poblaciones un aspecto más culto y aseado, excitando la emulación de los municipios, en lo cual nunca les imitó Castilla.

Los árabes nos dejaron la suciedad y el abandono de sus calles, consideradas más bien que como vía pública como corral de los vecinos; y por otra parte, la concentración de la vida en lo interior de la casa y hasta la falta de ventanas ó balcones á la calle, contribuía á que no se tu-

(1) "Hay otra cofradía la más grave que se puede imaginar, donde hay treinta hermanos y no más, cuales son D. Andrés de Córdoba, oidor desta audiencia; D. Jorge de Portugal, hermano del conde Gélves; D. Fernando Enriques de Ribera, hijo del duque de Alcalá, y otros señores de tanta calidad. Los cuales entran por vacante y oposición; sirven de solicitar los negocios de los presos pobres, acomodallos con las partes, alcanzar perdón de sus culpas, soltarlos sin costas, por las cuales ninguno se puede detener; y si es poca la cantidad, pagarla. Tienen lugar preeminente en las visitas de cárcel, donde están asistentes, oidores, jueces ordinarios, demás de un padre de la compañía, por superintendente, que hace lo mesmo".

Digitized by Google

viera de ésta cuidado alguno. Cuando el odio á los moros y nuevas ideas de cultura hubieran podido reformar la policía urbana, vinieron los frailes con un desaseo convertido en sistema y en virtud. El convento no cuidaba jamás la calle, y dentro de sus celdas llegó la suciedad á un punto que fué causa de enfermedades, sobre todo entre las monjas, que por una mal entendida aversión al mundo, rechazaban todo género de limpieza respecto de su persona. Miraban los espejos como una debilidad mundana, y la regla de la comunidad les prohibía muchas veces lavarse el cuerpo, considerando este acto como origen de tentaciones. Así es que á últimos del siglo XVI, los conventos eran focos de inmundicia, y las monjas estaban cubiertas de los más asquerosos insectos que caracterizán la miseria. Y cuando alguna persona exenta de tan asquerosas preocupaciones ó de ánimo tan superior como Santa Teresa, combatía ese vicio, causaba sorpresa en los claustros, y aun se dudaba de su religiosidad, porque en vez de acudir al Señor en súplica para que les librase de aquella plaga ó de sufrirla resignadamente como una penitencia, mandaba limpiar las habitaciones, quemar los hábitos ó sayales y ponerse otros nuevos.

Así es que todos los extranjeros que venían á España se admiraban de que viviéramos tan atrasados en policía urbana en medio de nuestra grandeza.

El Sr. Mesonero Romanos ha publicado algunas descripciones de franceses é ingleses de la corte de España, y nosotros podemos asegurar que igual impresión sintieron los italianos, que se lamentaban de nuestro abandono en este punto (1). Nápoles y Roma no fueron nunca ni son

(1) "E (la villa de Madrid) assai grande, piena di popoli, che pro„fessano che faccino 50^{m} fuochi. Ha le strade larghe, le quale saria„no belle, se non fusse il fango e la sporcità che hanno. E situata „in poggio, che da pochi luoghi in poi e quasi piena. Le case sono „cattive et brutte et fatte quasi tutte di terra, e fra le altre imper-

Digitized by Google

todavía modelos de limpieza, sobre todo la primera, pero distaban mucho de ser lo que Madrid y otras poblaciones de España, por más que tuvieran muchas costumbres iguales. La de comer con frecuencia en la calle, parándose en los puestos que en ella abundaban; la de arrojar la basura á la vía pública; la de establecer comercios ambulantes, que en Madrid se llamaban «bodegones de puntapié»; la casi absoluta carencia de tiendas y grandes establecimientos de comestibles, vendiéndose éstos al por menor en las plazas y calles, en medio de una horrible baraúnda y de un gentío inmenso, formado en Madrid por mozas del partido, criados, mercaderes flamencos, aguadores y buhoneros franceses, que establecían sus puestos en las mismas *losas de palacio*, mohatreros genoveses, soldados de Italia ó Flandes y esclavos negros; la de comprar los mendigos la comida en las tabernas y engullirla suciamente sentados en la calle, y otras muchas que contrastaban con aquel soberbio y hoy incomprensible lujo de caballos, carrozas, trajes, y sobre todo con los escaparates de nuestras platerías, que deslumbraban con su riqueza..... eran costumbres comunes á Italia y á España (1).

„fectioni, non hanno camini ne cessi: per lo che fanno tutti i loro „bisogni ne i vasi, quali votano poi nella strada, cosa che rende un „fetore intollerabile; et ha operato bene la natura che in quelle parti „le cose odorifere sono in abondanza, che altrimente non si potria „vivere: onde, se non si ussase diligenza di mettare spesso le stra„de, non vi si potria andare, benchè con tutto cio non è possible „andarvi a piede„.—CAMILLO BORGHESE en su *Diario*, cuando vino á Madrid en 1594.

JUAN BAUTISTA JUANINI, milanés, médico de D. Juan de Austria, escribió un *Discurso físico y político*, en que habla de las causas que producen en Madrid frecuentes muertes repentinas, breves y agudas enfermedades y del método preservativo de las exhalaciones que se ocasionan en las inmundas calles de Madrid.

(1) Sorprende verdaderamente la identidad de algunas costumbres en Nápoles y en España: la de sentarse las mujeres á la puerta de la calle en los barrios bajos á peinarse y á espulgar á sus hijos; la de anunciar con iguales gritos la venta de rajas de melón y sandía: *Co tre calle bibe, mangue e te lave a faccia:* por un cuarto se come, se bebe y se lava la cara, etc.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO IV.

Supersticiones.

La astrología en España y en otras naciones.—Creencias en brujas, diablos, etc.—Leyendas y tradiciones españolas sobre este punto.

Se ha acusado casi constantemente á nuestra nación por los franceses, de haber dado culto á la astrología, sin que sepamos en qué razón se fundan para hacerlo así, como no sea en una equivocada inteligencia de esta palabra, en el gran número de obras que en España se publicaron contra la astrología, en la suposición de que los árabes nos dejaron este error infiltrado en las costumbres, ó tal vez en librarse de la misma acusación, dirigiéndola contra otros.

Nuestros escritores y nuestros tribunales combatieron rudamente la astrología, que no tuvo raíces en España, ni aun en los desdichados tiempos en que fuera de nuestra patria se sostenía que el Cristianismo no era más que el producto del influjo de Marte y de una afortunada posición de los signos Leo y Virgo.

Generalmente las predicciones astrológicas, las profecías, las combinaciones planetarias vinieron á España de otros países; y aquí se examinaban ó discutían bajo muy distintos puntos de vista, como hicieron Pedro Ciruelo, Fernando Encinas, Juan de Salazar y Tomás Rocha con las opiniones de Agustín Sessa sobre la terrorífica conjunción máxima de 1524, que tenía conmovida á Europa.

Todavía se reproducen las predicciones y los oráculos

Digitized by Google

en libritos que se expenden á millares para la ignorancia del vulgo y la credulidad de las mujeres, sin que en ninguno de ellos suene el nombre de un astrólogo español, ni haya uno que no sea traducido del francés, ni tengan en España la venta y la importancia que en otros países, donde su influencia lleva muchas veces á familias enteras á los tribunales, y donde los ha tomado en serio más de una vez la misma prensa periódica.

Ninguna nación rechazó la astrología judiciaria más enérgicamente que España; en ninguna se escribieron desde Pedro Ciruelo, obras en que se refutara con más constancia, sin que en estas obras se citaran nunca para combatirlas más que opiniones extranjeras; en ninguna hubo tampoco menor número de perseguidos por astrólogos, á pesar de atribuirse esta ciencia á los judíos.

Las citas que alguna vez hacen los extranjeros, se refieren á últimos del siglo XVII y al XVIII, cuando nuestra ciencia retrocedió á buscar todas la supersticiones de las épocas más atrasadas, y cuando los mismos catedráticos de Salamanca enseñaban los errores que nuestros sabios habían combatido en el siglo XVI. Otras veces estas citas son equivocadas interpretaciones de nuestros autores clásicos y principalmente de los dramáticos, interpretaciones que honran muy poco á sus autores. Y en España han provenido también alguna vez de ligerezas fundadas en la censura de una ciencia, cuyos fundamentos eran muy distintos de la de nuestros días, y que hay que juzgar dentro de su época.

Era entonces, por ejemplo, una creencia científica, no supersticiosa, que la luna influía en la meteorología, que los cometas, considerados como exhalaciones del calor de la tierra, modificaban las condiciones médicas del lugar donde brotaban, ó adonde llegaba su influencia; y de acuerdo con esta creencia, que era errónea, pero no supersticiosa dentro de aquellas teorías, se exigía no sólo en en España, sino en toda Europa, el estudio de la astrolo-

Digitized by Google

gía natural (astronomía y meteorología), al mismo tiempo que el de la medicina (1).

A esto hay que agregar que era costumbre hacer de la astrología un arma de ataque, fundamento de la sátira, manto y defensa del odio religioso, político ó personal, reemplazando por tales medios en algún modo al periodismo moderno. Así se escribían predicciones en que se expresaba el propio pensamiento y la más secreta intención, bajo el pretexto de que lo dictaban los astros, porque como ya entonces se dijo:

El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir.

Carlos V recibió en Italia aduladores elogios, fundados en el aspecto de los astros, y fué combatido por los papistas fundándose en los mismos aspectos; Gaspar Molera hizo el célebre pronóstico de Lutero para adular al emperador, mientras los luteranos deducían la derrota y muerte del emperador de las mismas conjunciones. Pero desgraciadamente ha habido escritores tan cándidos, que han tomado en serio estos escritos, y aun los de felicitaciones de días, triunfos ó sucesos de familia, en que el poeta pintaba á su manera la situación de los astros, para dar al felicitado por patrón y protector el que le convenía, siguiendo las ideas, no ya astrológicas, sino mitológicas.

Pero sin necesidad de cansarnos en buscar más argumentos, bastaría conocer el carácter español para asegurar desde luego que en nuestra patria no pudo arraigarse nunca la astrología. Su profesión habría sido mirada por el caballero como una debilidad impuesta al valor de su brazo y al esfuerzo de su pecho; por el villano, como

(1) Don Modesto Lafuente incurre en un error al censurar que las Cortes de Castilla pidieran que los estudiantes de medicina cursaran la astrología, tomando esta palabra en un sentido equivocado.

Digitized by Google

una práctica condenada por las leyes y la Inquisición, y por el clero, como una heregía.

Aquellos españoles de ánimo tan resuelto se reían de las posiciones de los astros, como se reían de lo desconocido, que jamás detuvo sus pasos.

Con las creencias astrológicas se relacionan directamente las supersticiones sobre brujas y hechiceros, tan comunes en Europa en aquella época. Pero ante nuestro espléndido sol, ante la realidad de la vida, en España no llegó á aclimatarse nunca esta preocupación, nacida principalmente en países de encapotado cielo, cuyas montañas y cuyos bosques están llenos de espíritus sobrenaturales y fantásticos, que dieron origen á casi todos los cuentos de brujas, de pactos con el diablo y de influencia directa en los actos de la vida de trasgos, duendes y otros espíritus. España recibió estas creencias de esos nebulosos países que viven casi en la sombra, así como recibió la astrología del Oriente, donde la limpidez del cielo destierra las sombras de la tierra y deja sólo ver la brillantez de los astros en el firmamento.

Por esta razón tampoco tuvimos en España el asombroso número de víctimas que hubo en toda Europa, con escándalo del sentido común. Sólo en Tréveris fueron procesadas en tres años 6.500 personas por hechicería; en Flandes el año 1459 fueron condenadas á muerte 800, y en Ginebra en tres meses 500. Según un informe al parlamento, en tiempo de Francisco I había en Francia 100.000 brujos; y el inquisidor general se lamentaba de que no tenían tiempo ni bastaba el Santo Oficio para quemarlos. Nicolás Remy, en la Lorena, se jactaba de haber hecho morir á 900.....

Sería obra interminable continuar el catálogo de víctimas que produjo esta superstición; los errores que sobre ella se escribieron; las costumbres ridículas que engendraron y la multitud de tradiciones de ciertos pueblos, en que no hay edificio ó sitio un poco notable que no recuer-

Digitized by Google

de una leyenda de brujas ó de diablos, como sucede en Suiza, parte de Austria y Alemania, donde han quedado tan infiltradas estas tradiciones, que sólo de allí pueden salir los cómicos con habilidad sin rival para hacer el papel de diablo en la escena; y donde apenas hay drama, ópera, novela, ni creación literaria popular algo fantástica, en que no tenga una parte activa y principal una bruja ó la personificación del diablo (1).

Los médicos creían en las enfermedades infernales y escribían libros que gozaban gran reputación y jamás fueron imitados en España. Otros autores, como Silvestre Priero, describían minuciosamente todas las operaciones de las brujas, los medios de que se valían para sus conjuros, los ingredientes que en sus ungüentos entraban, los días y las horas en que era mayor su influjo. Los tribunales las hacían entrar en la sala del juicio vueltas de espaldas, ó con una venda, para librarse del mal de ojo, que creían inevitable si ellas les dirigían antes la mirada. Algunos jueces murieron de miedo antes de sentenciar á una bruja, y otros vendían la sentencia absolutoria ó leve por favores sobrenaturales para sí mismos ó para sus familias.

En España no hubo jamás estas ridiculeces. Apenas existen procesos de este género (2). Muy al contrario, en todos los que se llaman de hechicerías se condena la creencia supersticiosa, el embaucamiento y la mentira. En España aquellas horribles persecuciones de la Inquisición fueron primero un efecto del odio de raza contra los moros y los judíos, á quienes se atribuían todos los crímenes que podía inventar la imaginación popular excitada por

(1) Es digno de consignarse que en las imitaciones que de nuestro teatro han hecho los alemanes, han introducido casi siempre la personalidad del diablo. Así lo han hecho con D. Juan Tenorio.

(2) Desde 1518 á 1819 hubo en las Inquisiciones de Toledo 287 causas de hechicería, al paso que hubo 891 de judaizantes, 738 de blasfemia, 547 de palabras escandalosas y 211 de moriscos.

Digitized by Google

el rencor; y después un arma religiosa, clerical y política, que perseguía todo lo que era contra sus intereses, pero sin incurrir en los errores de aquellos estúpidos que arrojaban al fuego los libros de ciencia y se purificaban las manos por haberlos tocado, creyendo que eran obra del diablo.

Durante la horrible peste de Milán se formó causa al demonio, acusándole de hacer unos polvos en Francia, con los cuales se producía el contagio; y por dichos tratos diabólicos fueron condenadas á muerte muchas personas, entre ellas Guillermo Platia y Juan Jácome Mora, atenaceándoles, enrodándoles, cortándoles la mano derecha, rompiéndoles los huesos de las piernas y brazos, degollándolos, quemándolos, arrojando sus cenizas al río y derribando sus casas.

Y si no temiéramos alargar estas consideraciones más de lo que entra en nuestro propósito, citaríamos procesos tan horribles que diezmaron las poblaciones, y tan ridículos que produjeron sentencias y excomuniones contra los ratones, muchos insectos y otros animales, sin que pueda citarse un solo ejemplo de este género en España (1).

En nuestra patria fué doctrina constante que estos hechos eran absurdos. En el siglo XII, Godardo, abad de León, se oponía hasta que se castigase á los perros y caballos; Peralta, en su *Suma moral*, opina que el castigo impuesto á los animales es puramente dañino; Navarro enseña claramente que las criaturas irracionales no podían ser exorcisadas por conjuro, porque el exorcismo debe dirigirse á Dios solamente por vía de precación ó ruego para que cesen los daños que nos causan los irraciona-

(1) El obispo de Lyón excomulgó en 1130 á los ratones; en 1474 fué condenado á muerte un gallo en Basilea por haber puesto un huevo; en 1488, en Autun, se excomulgó á los gorgojos, etc. En otros sitios fueron excomulgadas las sanguijuelas y todo género de insectos, durante el siglo XVI.

Digitized by Google

les (1). Del Río se propone la cuestión de «si hecho por acaso el conjuro y demostrado que ha producido buen efecto, podría considerarse útil y lícita la excomunión á las langostas y otros animales»; y la resuelve en estos términos: «la experiencia sólo puede demostrar *quia factum est;* pero no demostrar que una acción sea lícita, pues por esta razón podría pedirse al diablo que nos cure de las enfermedades y curarnos alguna vez».

Navarro es más explícito en su *Manual de Confesores*, estableciendo que sólo puede ser excomulgado, como lo dicta la razón, el que comulga, es decir, el hombre; no pudiendo serlo tampoco el hombre no bautizado, á lo cual añade el padre Salas, que le comentó, considerando esta cuestión, más como de sentido común que teológica: «Bastante pena sería separar de la Iglesia á quien no pertenece á ella»; y, por último, el padre Peña establece la teoría general condenando tales absurdos (2).

---

(1) *Consiliorum excomun. conf.*

(2) He aquí sus palabras: "Serán acciones aun más supersticiosas las de aquéllos que contra criaturas irracionales fulminan cabeza de proceso hasta dar sentencia contra ellas, de que refiere cuatro ejemplares Cassaneo de sentencias solemnes dadas por diversos vicarios y provisores de ciertos obispados de Francia... Y se refiere otra de un obispo dada contra una plaga de ratones, en que, so pena de excomunión, les sentenció y mandó salir de las tierras que habitaban.

„El modo con que practican lo dicho es en esta forma:

„Constitúyese juez el exorcista (ó impostor de semejante superstición); comparecen ante él dos procuradores: uno que hace la causa del pueblo, hace veces de acusador; otro, constituído por el vicario, el obispo ó por el oficial real del lugar, hace veces de reo por las langostas ú otros insectos. Contéstase la lite: obsérvase la fórmula de un proceso ordinario con sus trampas legales, moras y términos dilatorios; y finalmente, concluyese la causa y da la sentencia el juez, mandando á dichos insectos que dentro de cierto espacio de días se vayan de dicho territorio, so pena de excomunión *latæ sententiæ*.

„Cuán supersticioso sea lo dicho *patet ex se*, y de que todos los doctores lo condenan uniformemente: y la razón es clara, porque aquí se instituye tribunal y pleito contra una criatura irracional,

Digitized by Google

Creíase en España, aunque no por todos, que el demonio tentaba á las personas con objeto de apartarlas del camino del bien; había quien se suponía víctima de estas tentaciones, que á veces originaban enfermedades crueles; pero no hubo jamás en lo que conocemos de nuestra literatura quien creyera en la influencia del diablo en los actos de la vida, del arte ó de la ciencia, ni quien sostuviera que el hombre estaba exento de responsabilidad ante estas tentaciones, sino muy al contrario, que siempre podía vencerlas con su voluntad y su fe, lo cual equivalía á destronar al diablo.

Ninguna nación de Europa combatió las supersticiones de la magia con la energía y la profundísima sabiduría que España. Todas reimprimían y estudiaban ávidas de fortaleza y de consuelo las obras españolas, hasta el punto de que hoy parece imposible el número de ediciones que se hacían de aquellas obras y los extractos y copias parciales que de ellas se tomaban.

Y en efecto, cuando leemos aquellos libros, con nuestras ideas, con este desarrollo de la vida personal que nos han dado la libertad, los derechos individuales y la democracia moderna, con esta despreocupación que nos ha traído el progreso y la ciencia, barriendo las oscuridades y telarañas del espíritu, todavía se siente la influencia de aquellos escritos españoles que tendían á dar al hombre una fuerza de voluntad, una superioridad tan grande sobre todos los peligros del mundo, del demonio y la carne, que

---

que ni sabe, ni siente, ni entiende lo que se le ordena; además de que, como dichos insectos no pecan ni mortal ni venialmente, será injusta la excomunión, y así es *blasfemia* el hacer burla y semejante juego y escarnio de esta sagrada censura de la Iglesia, no menos que lo fuera el mandar so pena de excomunión, á las zorras que no cazasen gallinas, ó el absolverlas de semejante rapiña... Así juzgo que ni aun el Pontífice ni debe ni puede lícitamente hacer, aconsejar ó mandar que se usen estos procesos ó sentencias.„—*Disc. sobre los animales, instancia doce.*

Digitized by Google

inspiran el vigor en el espíritu, ennoblecen la lucha con todo género de contrariedades, y explican la grandeza de ánimo y el valor admirable de aquellos hombres que personalmente valían mucho más que nosotros, aunque socialmente valieran mucho menos.

La idea de aquel hombre débil ante el infinito poder del Creador; pero puesto como prueba en el mundo; acosado por todo género de peligros, pero con elementos de triunfo para vencerlos siempre, tenía algo del trovador y del caballero andante que abandonaba su casa y recorría el mundo en medio de una sociedad atrasada, por caminos llenos de bandidos y por países en guerra, sin más armas que una espada al lado contra los hombres, y una fe en el alma contra lo desconocido.

Nuestros mismos teólogos estaban tan conformes con esta idea, que la emplearon muchas veces en comparaciones, en figuras retóricas y hasta en los títulos de sus obras.

No es más sostenible la acusación que algunos escritores, colocados fuera de la elevada crítica moderna, dirigen á España y á Italia de creer ciegamente en constantes y ridículos milagros. Nosotros rechazamos enérgicamente esa acusación hasta los miserables tiempos del siglo XVII en que decayó nuestro espíritu y se convirtió en eco servil y medroso de la ignorancia ó de la malicia de los conventos. Desde entonces no sólo crecieron los milagros más ridículos en España, sino que entraron en esta categoría cuentos, leyendas y consejas piadosas que nuestros antepasados no habían tenido nunca por milagros; pero ni aun en esta época, ni posteriormente fueron explotados de cierto modo como se ve hoy en otras naciones.

Las leyendas religiosas italianas y españolas, pero especialmente estas últimas, de que debemos hablar con mayor detenimiento, ofrecen una materia de estudio tan profunda, que sólo el olvido completo de nuestra literatura puede explicar el que apenas se hayan ocupado de este asunto.

Digitized by Google

Estas bellísimas leyendas eran formas del juicio público sobre los hechos y el estado social y político; resumen de las aspiraciones públicas, condenación de los abusos, advertencias para la corrección y enmienda, quejas del pueblo y lecciones profundas.

Esta riquísima imaginación de los pueblos del Mediodía que no se rinde ni se confiesa vencida jámás, encuentra siempre modos de manifestación de sus juicios y los embellece y los hace creibles, ya rodeándolos de gratas imágenes, ya dándoles todos los caracteres de la realidad. En nuestros tiempos las noticias políticas, los rumores públicos están muchas veces destituídos de fundamento real; pero son siempre consejos, advertencias, profecías, pinturas del estado del momento, ecos de la opinión que deben estudiarse detenidamente. Hoy se refieren á la vida política, porque es la más absorbente, y tienen por eco el periódico; en otros tiempos se valían de la literatura, y en aquellos en que dominaba el sentimiento religioso se valían de la leyenda y del milagro.

Así cuando se examinan todas las leyendas antiguas, comenzando por las que nos dejaron recopiladas Gonzalo de Berceo y el infante D. Juan Manuel, y siguiendo por las que fueron acumulando los tiempos hasta el tristísimo reinado de Carlos II, se descubre que fueron siempre eco de la voz popular. Durante la guerra con los moros, indican los sitios favorables de combate; son mandatos para la creación de iglesias y santuarios en sitios á propósito como centros de refugio, de luz y de progreso; premios y recompensas á los guerreros, descubrimientos de imágenes ocultas para evitar su profanación. En la época teocrática y de gran poder político y religioso del clero, son declaración y castigo de sus abusos; demostración de los vicios de los conventos y de la avaricia de los frailes; después del triunfo sobre los moros, relaciones de crímenes achacados á aquella raza. Así los *Milagros* de Berceo y los *Ejemplos* de D. Juan Manuel nos pintan los frailes

Digitized by Google

lujuriosos (1), las monjas que violan la castidad (2), los curas que roban las alhajas de las iglesias (3), los curas ignorantes (4), los caballeros que riñen en la iglesia (5), los confesores que publican el secreto del confesionario (6) y otros muchos crímenes y faltas propias de la época, presentadas en la forma que era posible dentro de aquella sociedad, de tal modo que su conocimiento fuere útil al pueblo bajo el punto de vista moral y religioso.

Así acomodándose á las necesidades y aspiraciones de los tiempos, penetrando en las costumbres, en las virtudes y en los vicios, y siendo el reflejo del estado social, retratan fielmente todos los males de la época, desde la falsía de los juramentos amorosos hasta los abusos del poder civil.

Si los escritores ligeros que han dicho, confundiendo todas las épocas de nuestra historia, que en España no se escribió más que sobre milagruchos, hubieran seguido los consejos de la crítica ó hubiesen imitado á lo menos los estudios hechos en otras naciones, seguramente habrían escrito cosas muy distintas.

No tienen defensa aquellos tiempos ni aquellos errores ante la época que hemos alcanzado; pero es injusto colocar á España en una situación inferior á las demás naciones, cuando era superior en muchas cosas. Creemos que el deber de los escritores como españoles es defender la patria dentro de los límites de la verdad y la justicia, y como críticos é historiadores analizar severamente las causas de nuestra decadencia y nuestro actual atraso en vez de traducir declamaciones injustas, fundadas en el desconocimien-

(1) Milagros II, III, VII, VIII, XII. Ejemplo XCVIII.
(2) Milagro XX.
(3) Milagro XXV.
(4) Milagro IX.
(5) Milagro XVII.
(6) Ejemplo CCIII.

Digitized by Google

to de nuestra historia y en la confusión de sus épocas. El estado de España al advenimiento de la Casa de Borbón que es el que siempre pintan los franceses y el único que conocen algún tanto, no es de ningún modo el de los siglos anteriores.

Digitized by Google

LIBRO SEGUNDO.

CULTURA LITERARIA.

CAPITULO V.

Ilustración pública.

Ilustración española.—Alfonso de Nápoles.—Nobleza de la ciencia en España.—Cortesía castellana.—Fiestas.— Ejército.—Autoridades españolas en Italia.

Italia ha tenido la inmensa fortuna y el gran mérito de no olvidar su pasado, y á esto debe el que, conservándose la memoria de su antigua cultura, no hayan sido con ella tan ingratas como con España las demás naciones de Europa, y sobre todo Francia, cuyos viajes por la península italiana han contribuído mucho á propagar el conocimiento de lo que fué Italia, al paso que se olvidaba nuestra cultura como se ha olvidado nuestra nación.

Sin embargo, los italianos suelen hacernos justicia en este punto, reconociendo la ilustración de los españoles desde los tiempos más antiguos hasta aquellos mismos en que nos profesaban el odio natural contra los dominadores.

Durante el siglo XIII los españoles merecieron en la universidad de Bolonia un lugar muy distinguido, ya como estudiantes, ya como catedráticos; en la de Padua tuvieron muchos profesores y hasta el rector en 1260; y en las de Roma y Nápoles en aquel siglo y el siguiente ejercieron los españoles una influencia grande y constante.

Digitized by Google

La ilustración de los reyes aragoneses en Sicilia y Nápoles era tan notable, que apenas hay escritor italiano que hable de aquellos tiempos que no la confiese y ensalce. Ellos crearon en 1444 la universidad de Catania, dotándola ricamente, y favorecieron con larga mano todos los establecimientos literarios y científicos. Alfonso de Aragón tuvo por amigos á todos los sabios de su época; departía amistosamente con los más humildes siempre que se distinguieran por su ciencia; Giamozzo Manetti refiere que cuando fué á verle, le recibió en su magnífica biblioteca, donde estaba disputando con hombres doctos; y Tiraboschi añade que era tan amante de las letras, que no quería tener por divisa más que un libro abierto; en las guerras daba siempre orden á los soldados de que respetasen los libros, y éstos se los llevaban como el mejor presente que pudieran hacerle (1). Aquella biblioteca creada por él con tanto cuidado y á costa de tanto dinero, fué destruída y saqueada por los bárbaros soldados de Carlos VIII en el breve tiempo que estuvieron en Nápoles.

Demostró siempre un respeto profundo á las antigüedades artísticas y literarias, pagándolas á gran precio; enumeraba su destrucción como una de las mayores calamidades de la guerra, y entablaba relaciones con las demás potencias para adquirir libros ú objetos venerandos, tratando de formar un museo de preciosidades (2).

Todos los escritores contemporáneos hacen una distinción entre aquellos alemanes que pasaban indiferentes ante los monumentos del arte y los asilos de la ciencia, como si nada tuvieran que ver con ellos, frecuentando

(1) Egli era si amante de libri che altra divisa non volle avere che quella di un libro aperto; è che in occasione di dare il sacco a qualche città, se a soldati accadeva di trovar libri, essi recavanli al re sicuri di non potergli offerire piu caro dono.

(2) Apenas supo que se había descubierto en Padua el esqueleto de Tito Livio, pidió como recuerdo un hueso, que le fué concedido y enviado como un gran presente.

Digitized by Google

sólo las tabernas; los franceses que robaban ó vendían las bibliotecas, sin tomar parte alguna en la vida científica ó literaria de Italia, y los españoles que, aun siendo soldados, frecuentaban las escuelas y academias, hacían ó copiaban cuadros en los estudios de los pintores, ó iban como particulares, llevados sólo del amor á las letras, á estudiar en las universidades italianas, y dejaban con frecuencia las armas para desempeñar sus cátedras, ayudando muchas veces á los más eminentes hombres de ciencia y tomando parte en sus trabajos, como hicieron Torre y Escribano con Porta en sus descubrimientos físicos.

Apenas hay ciudad de Italia en que pusieran el pie los franceses, que no recuerde todavía en la historia del arte atropellos y destrozos que rara vez cometieron los españoles. Al entrar en Bolonia en 1511 destruyeron la magnífica estatua de Julio II, obra de Miguel Angel, que había costado 5.000 ducados de oro. La biblioteca de Florencia, creada por Cosme de Médicis, fué saqueada por las tropas de Carlos VIII. En los siete días de saqueo que sufrió Pavía en 1527, fueron destruídas innumerables obras de arte y robados los manuscritos de la biblioteca y de la catedral.

Los españoles ni aun en el saco de Roma, en que se entregaron sin límite á la venganza, pasaron más allá de humillar el poder papal, sin llevar por objeto la destrucción artística. Los Gonzaga crearon la Academia de bellas artes de Mantua con las riquezas que allí cogieron, en lo cual no les imitaron nuestros soldados. Cuando en la batalla de Pavía cayó prisionero Francisco I, se encontraron en su equipaje varios manuscritos del Petrarca, que fueron respetados y devueltos por los españoles, conservándose hoy en la biblioteca de Parma.

Cuando comenzó aquella frecuente comunicación entre España é Italia, atravesaba Castilla el período que algunos escritores han calificado de «vértigo literario»; suponiendo que los españoles habían concentrado en el estu-

Digitized by Google

dio toda la actividad y todo el entusiasmo que antes empleaban en la guerra con los moros, sosteniendo una nueva y universal cruzada contra la ignorancia. De este modo llegó á ser popularísimo el conocimiento de los clásicos; el hebreo, el griego y el árabe formaban parte de la educación, además del latín, que era la base principal, y se hizo tan frecuente el empleo de la poesía, que era mirada con desprecio la prosa como cosa vulgar (1).

Doña Isabel había dado no sólo el impulso á las letras, sino el ejemplo, dedicándose desde el trono, según decimos en otro lugar, á la perfección del latín y á otros estudios; ejemplo que siguieron muchas personas de la corte que, como el marqués de Denia, le comenzó á estudiar siendo ya sexagenario.

La rigidez de la enseñanza en los palacios era tal que rompía las costumbres cortesanas, y no perdonaba el menor desliz. Doña Isabel la Católica hacía tener al príncipe D. Juan el mayor respeto á sus maestros, «como á hombres superiores á él»; Felipe II fué educado con excesivo rigor; y para no acumular datos y citas, bastará recordar que Juan López de la Cuadra, maestro de la infanta doña María, escribía en 1543 al emperador, censurando duramente su desaplicación y lamentándose de que estudiaba poco, y jamás sabría latín, ni escribiría bien, porque no era apta para ello, aconsejándole que la reprendiera (2).

---

(1) Tanto se aficionó nuestra patria al verso, y tan frecuente era escribir en metro, que muchos autores se quejan del olvido y del desprecio en que había caido la prosa. Pedro de Escobar Cabeza de Vaca en su *Viaje á Egipto y al Monte Sinaí*, impreso en 1587, decía acerca de este punto lo que sigue: "En saliendo algún libro en prosa, si es de guerra le llaman libro de caballería; si de amores dicen que es desabrido lenguaje; si de devoción, publican que es sermonario; si de una historia que toque vida de algún santo ó un discurso contemplativo sin mezcla de ficciones fabulosas, luego le ponen por nombre *Flos-Sanctorum*.„

(2) En esta carta dice que en dos años no habrá estudiado más

Digitized by Google

La nobleza comprendió muy bien que no hacía papel ante aquel fervoroso renacimiento no sabiendo manejar más que las armas; y se dedicó al estudio y á la enseñanza, llevando á sus hijos á las universidades, donde obtuvieron muchas veces cátedras, como sucedió en Alcalá y Salamanca con los hijos del duque de Alba y de los condes de Haro y de Paredes; proviniendo de aquí no sólo aquella gran ilustración general, sino una nivelación verdaderamente democrática en las empresas literarias y científicas, que era admirada principalmente en Francia, donde la nobleza era muy poco ilustrada, según tendremos ocasión de demostrar. Así es que en nuestros cancioneros y florestas, en las academias y en otros actos literarios, según ha hecho notar un historiador, los nombres del almirante de Castilla, de los duques de Alba, Medina Sidonia y Alburquerque, de los condes ó marqueses de Villena, de Astorga, de Villafranca, de Benavente, de Feria, de Paredes, de la flor de nuestra aristocracia, en una palabra, aparecían mezclados con los de ingenios de la clase más humilde, como el ropero (Antonio Montoro), el músico (Gabriel), el trepador (Maestre Juan) y otros.

Paulo Jovio, interpretando aquellos tiempos, dice que no era tenido por noble en España el que no sintiese el amor á las letras, y Erasmo en sus *Epístolas* presenta la cultura de nuestra aristocracia, como un modelo de enseñanza á las naciones. Nuestros historiadores y cronistas de aquella época, apenas citan el nombre de un guerrero, sin añadir sus condiciones de ilustración, que en las car-

---

de cinco horas, entre enfermedades, visitas, fiestas, calores de verano y fríos de invierno, ni habría escrito más de quince horas. "No creo que su alteza tiene intento de aprender á escribir más de lo que sabe.„ Exige que estudie una hora de latín al día para entenderle, "que para hablarlo y escribirlo no veo voluntad en su alteza.„ Añade: "Pienso yo que hasta ahora no tiene su alteza creído que habrá menester latín, ni que vuestra majestad hace caso que lo sepa ó no lo sepa.„

Digitized by Google

tas, arengas, razonamientos y pareceres que nos dejaron, resaltan admirablemente.

«La nobleza de la ciencia», según la frase adoptada para conferir en las universidades el título de doctor, era tan antigua en España, que sin acudir á citas históricas y á tradiciones consignadas en la misma fórmula, nos bastará para demostrarlo hacer una observación que, si bien puede parecer somera, es realmente profunda.

En nuestras costumbres, reveladas por el lenguaje, aparece que la ignorancia, la falta de conocimientos literarios y científicos, la creencia en supersticiones y preocupaciones se confundía en Castilla con la villanía. Villano no era sólo como en otras naciones el pechero, el rústico, sino el zafio, el ignorante, el supersticioso, el crédulo en demasía.

De otros lugares de este libro resulta la demostración de esta verdad en cuanto á nuestras costumbres, puesto que los soldados y villanos se trataban, cuando eran poetas y hombres de ciencia, con los generales y príncipes casi como iguales y ascendían á los primeros puestos, siendo embajadores, gobernadores y aun generales en jefe sin poder poner un don ante su nombre.

Respecto del lenguaje, bastará abrir cualquiera de nuestros autores clásicos para observar que se tenía como propio de la condición de villano, lo que hoy se llama ignorancia.

Calderón usa las palabras villano, vulgo ó ignorante como sinónimas; Lope de Vega llama villanas las supersticiones, y Tirso de Molina llama villano el temor supersticioso á los muertos.

En todos nuestros escritores también se descubre un juicio sobre el vulgo y los ignorantes, que en aquella época sólo podría encontrarse en Italia, y que es el mismo de nuestro siglo, ya odiando y persiguiendo la ignorancia, ya compadeciendo al vulgo, atendiendo, como decía Calderón, á que «el sabio portento del siglo es docto escándalo del

Digitized by Google

mundo (1)»; Cervantes llama vulgo á todo el que no sabe, aunque pertenezca á elevadas clases.

Rarísimos fueron en España los ejemplos de personas elevadas á altos puestos solamente por el capricho del poder ó de la fortuna durante el siglo XVI. En este punto éramos muy superiores á Italia, donde el nepotismo favorecía escandalosamente á las familias de los papas y cardenales y premiaba las bufonadas, poniéndolas muchas veces por cima del verdadero mérito. Jamás se dieron en España títulos de nobleza ni altos puestos á cocineros que inventaban algún plato excitante, ni á parientes de impúdicas bailarinas, ni menos á secretos agentes de indecorosos tratos.

La carrera para los más altos puestos estaba abierta á todas las clases por medio del estudio; la entrada en la nobleza se hacía por el mérito personal, y la pobreza era en muchos casos un símbolo de virtud (2).

Las diferencias sociales más profundas quedaban niveladas en España por el talento y el estudio, así como por cualquier hecho glorioso (3). El negro Juan Latino, á quien citamos en otro lugar, fué catedrático y sostuvo la amistad de ilustres personajes; Cristóbal de Meneses se sentaba á la mesa de D. Juan de Austria, y el licenciado Ortiz, hijo también de una negra, fué abogado de audiencia y mereció la distinción de los reyes. Alonso de Jesús fué médico y poeta, conquistó desde la humilde situación de esclavo, un lugar distinguido en la sociedad española;

---

(1) *El mayor encanto amor*, jorn. I, esc. II.

(2) La familia de Martínez Silíceo cuando éste era cardenal, vivía tan modestamente, que habiendo regalado una colcha de lujo á su hermana, la devolvió diciendo que no era propia de la pobreza y modestia con que vivía dignamente.

(3) Era costumbre eximir de pechos y tributos á los que hacían algún acto heroico, como hizo el Ayuntamiento de Madrid en 30 de Enero de 1492 con Sancho Odrero, que salvó la vida á nado á doce personas, pasando más de cuarenta veces el Manzanares en una inundación.

Digitized by Google

y Juan de Pareja, criado de Velázquez, se elevó á la categoría de noble y gran pintor, protegido por el mismo rey en cuanto éste supo que aquel infeliz, quitándose horas de descanso, en el silencio de la noche, imitando á su amo, había aprendido el difícil arte de la pintura.

Alonso de Contreras, procedente del Asilo de Desamparados de Madrid, demostró tal valor en la armada de Negro Ponto, matando con su espada al jefe turco y arrancándole el estandarte, que fué premiado con el nombramiento de alférez y el hábito de caballero de San Juan, diciendo de él Lope de Vega en aquellos tiempos:

Puso el valor natural
Pleito al valor heredado,
Por más noble, más honrado,
Más justo y más principal.
Siendo la verdad fiscal,
Probó el natural valor
La fama, laurel y honor
De Contreras en España,
Y por la menor hazaña
Tuvo sentencia en favor.

La ilustración y la cultura no eran en España dotes personales de algún individuo que descollaba extraordinariamente entre sus compatriotas, sino que eran patrimonio de ciudades y familias. Se conservan muchos documentos que demuestran que Salamanca, Toledo, Barcelona, Sevilla, Cádiz y otras ciudades eran poblaciones ilustradas, no ya sólo por los centros científicos y literarios que en ellas había y por la reunión de hombres de carrera, sino por la gente del pueblo, de tal modo que en las mismas tabernas y mesones abundaban los libros y se oían disputas sobre asuntos de estudio.

Por otra parte bastará recordar que, como sucedía en Italia, era muy frecuente en nuestra patria citar familias enteras compuestas de personas ilustres en ciencias, letras ó artes. La de Hurtado de Mendoza, tanto en varones

Digitized by Google

como en mujeres; la de Chaves, familia de profesores; la de Ambrosio de Morales, de literatos; la de Torrella, de médicos y matemáticos; la de Monardes, de naturalistas; la de Argensola, la de Aldérete, la de Urrea y otras muchas que fuera prolijo enumerar y que citamos en diversos lugares de este libro, bastan para demostrar nuestro aserto. Un solo hombre ilustrado, un nombre aislado, es seguramente una gloria del país que le vió nacer; pero no prueba nada en favor de la cultura pública, como una palmera que se eleve en medio del árido desierto no prueba la fertilidad y riqueza de aquel terreno.

Algunos escritores han confundido lastimosamente la tradicional ferocidad de los españoles en algunas guerras, y sobre todo en la época de su decadencia, con la falta de cultura, con la grosería de las costumbres y aun con la carencia de todo género de educación; sin que acertemos á comprender cómo pueden unir esta grosería á los recuerdos caballerescos que por todas partes brotan en nuestra patria, al espíritu de nuestra poesía y de nuestro teatro y á la fama que tenía en toda Europa la galantería española.

Muy lejos de ser cierta semejante opinión, nuestros soldados en Italia eran citados como modelo de cortesía, de finura y de elegancia. En Roma, en Nápoles y en Milán, era proverbial entre la aristocracia la delicadeza de nuestro trato, y basta abrir cualquier libro de aquella época para encontrar frases, palabras y comparaciones que lo demuestren, hasta el punto de que se nos acusa de haber introducido costumbres aristocráticas y haber modificado la lengua italiana con el abuso de los términos de cortesía y de los tratamientos.

Los italianos copiaron nuestras fórmulas sociales, nuestros saludos, nuestro gracioso modo de quitarse la gorra, y uno de aquellos innumerables poetas que cantaron al Gran Capitán, decía que era digno de imitarse hasta su armonioso acento andaluz.

Muchos autores de aquel siglo opinan que tuvimos una

Digitized by Google

gran parte en la cultura de las costumbres en Italia. El mismo Cantú, tan parcial en cuanto se trata de su patria y de las guerras con España, asegura que «las costumbres en la época del Galateo eran groseras, aunque ya comenzaban á modificarlas la etiqueta y las ceremonias españolas». Boccalini, que trata á nuestros compatriotas de feroces, crueles y verdugos, hace una distinción entre estas condiciones ó necesidades del carácter español en aquellas circunstancias y las formas que empleaban en el trato social: «En la forma, en la exterioridad, dice, todo es en ellos gentileza; todo se resuelve en cumplimientos», y compara las palabras de los españoles, por su finura, con las de una princesa (1).

Paulo Jovio, en sus *Vidas de hombres ilustres*, dice que los italianos imitaban aquella distinguida elegancia que dejaban detrás de sí los españoles; y Giuseppe Magno, en su *Historia de Cerdeña*, que las autoridades españolas eran generosas y con sus buenas formas no dieron nunca motivo á ciertas quejas, logrando ocultar los vicios de la administración (2).

---

(1) Nel'apparenza e tutta gentilezza e tutto si risolve in complimenti..... da niuna altra prencipessa si ricevono piu dolci parole e piu amari fatti.

(2) Muchos escritores han hecho notar la constante cortesía de nuestros reyes y magnates y en general de nuestro pueblo. El señor Gonzalo Morón se fijó especialmente en la forma delicada y cortés de Felipe II, cuando en la cumbre de su poder hablaba á los procuradores en Cortes. D. Gaspar Caldera daba á sus hijos los siguientes consejos: "Seréis en la cortesía liberales..... salid á el camino á la cortesía y á honrar á todos con títulos de honor y benevolencia..... Dió á entender de cuánta importancia sea esto el mayor monarca Filipo II, en estos ocho versos, que se sabe haber escrito, y no más:

Si es nada la cortesía,
Menos que el aire y el viento,
El que de ella es avariento
¿De qué liberal sería?
La grandeza más honrada
Que los príncipes tenemos
Es que dar mucho podemos
A todos con lo que es nada.,

Digitized by Google

Una de las cosas que, según se desprende de cartas y documentos que hablan del orgullo de los soldados españoles, causaba más sorpresa á los italianos, era el trato de nuestras autoridades, virreyes, gobernadores y generales con los soldados, en medio de aquella severa disciplina que tuvo nuestro ejército en los buenos tiempos. En Nápoles era objeto de admiración que el Gran Capitán, Zamudio, Andrade y otros generales fuesen de paseo con algún humilde soldado; que las puertas de palacio y los salones de Gonzalo de Córdova, que no tenía más rival en Europa en boato y magnificencia que Francisco I, estuviesen abiertos para los mismos soldados, y que recibiese á los individuos de la clase ínfima del pueblo con toda cortesía, cuando los barones napolitanos no se dignaban contestar á sus palabras ni á sus saludos. Extrañábales también que nuestros generales en las cartas, alocuciones y órdenes del ejército llamaran á los soldados «señores soldados» y otras veces «amigos». Y aunque esto tiene cierta explicación recordando que aquellos soldados nuestros eran en su mayoría personas distinguidas, les parecía asombroso que fueran tratados con igual cortesía los soldados italianos (1).

---

(1) En los consejos reservados dados á D. Juan de Austria antes de ir á Italia para su comportamiento en aquella nación, se le recomienda la liberalidad y la cortesía. En cuanto á lo primero se le aconsejaba que regalara alhajas y joyas de plata y oro á las señoras de las casas donde posare, y á los criados guantes y piezas de seda; haciendo entender que si más tuviere que dar más daría. En la cortesía se le dice que nunca podrá ser demasiada. "Cortesía llamo en este propósito la de la gorra y asiento, la de la lengua y la pluma, en las cuales es poco yerro el de más y muy grave el de menos.„ Se le aconseja también ser muy honesto en las costumbres, particularmente en lo que toca á mujeres; y porque no le faltarán personas que le persuadan é inciten á otra cosa, con el calor de la mocedad y hermosura y ser vuestra alteza tan gran señor, guardándose sobre todo vuestra alteza de andar de noche por las calles y casas de mujeres, pues en la tierra extraña y de aquella calidad parece que no se sufre hacer lo que en Madrid y otras tierras de Castilla.

Digitized by Google

De este modo introdujimos en Italia costumbres galantes que eran allí desconocidas, llevamos la idea democrática culta en el trato social; reformamos la lengua introduciendo nuestra galantería y dignidad y contribuímos poderosamente á reemplazar ciertas funciones y espectáculos con otros más cultos.

Era costumbre en toda Italia celebrar con el más pequeño motivo fiestas públicas, que si bien han llegado á nosotros rodeadas de un grande esplendor y con deslumbradora fama, eran en el fondo bárbaras y obscenas como las más repugnantes del paganismo.

Parecen soberbias vistas desde lejos aquellas mascaradas, aquellas farsas públicas, aquellas representaciones en que había cuadrillas de dioses, de guerreros, de ninfas, de cien personas disfrazadas de oso, etc.; pero examinadas de cerca eran bacanales inmundas, que terminaban en las tabernas y en las casas de prostitución con multitud de crímenes; de tal modo que hubo veces en que para limpiar las calles de los borrachos, que en ellas se quedaban dormidos nadando en cieno y suciedad, se mandó recogerlos y arrojarlos al río, donde perecieron confundidos hombres y mujeres.

A estas bárbaras fiestas sustituímos otras en que no tomaba parte una población especial, que vivía sólo del vicio; propagamos las fiestas caballerescas, los ejercicios de fuerza, gracia y destreza y favorecimos las reuniones iterarias para celebrar los triunfos en la guerra y las solemnidades de la familia.

Si buscáramos una fórmula que expresara exactamente el carácter español la hallaríamos con seguridad en las corridas de toros, que eran en aquel tiempo manifestación espléndida de la galantería, del valor y de la ferocidad. Aquel mismo caballero, vestido de ricas sedas y encajes, cubierto de perlas y diamantes en la camisa, en el cuello, en la gorra y hasta en los zapatos; obsequioso, atento y rendido con las damas hasta el discreteo y el gongorismo,

Digitized by Google

salía á teñir en sangre sus manos y á luchar con una fiera, única en la naturaleza que no se echa sino para morir. Los que comprendan esas antiguas fiestas y aquella unión que hoy va pareciendo imposible, de la mayor delicadeza en el trato con las damas y el entusiasmo ante el espectáculo de una muerte sangrienta; los que conciban cómo coexistían la mayor ternura en los sentimientos amorosos con este feroz espectáculo, las galanterías y los versos improvisados á una dama con el estoque ensangrentado en las manos, podrán formarse idea de lo que eran aquellos españoles que llevaron á Italia esta fórmula de su vida y celebraron corridas de toros en Nápoles para consignar los triunfos de sus armas, y en Roma, en la misma plaza de San Pedro, bajo la protección de Alejandro VI y del colegio de cardenales, para manifestar la alegría de la reconciliación de Alfonso de Aragón y Lucrecia Borgia.

Jamás había presenciado Italia un espectáculo semejante. Roma había visto al mártir cristiano dejarse devorar por las fieras resignadamente, y con la vista en el cielo, entre los aullidos de la muchedumbre; había presenciado las luchas de los gladiadores, seres miserables que ganaban su vida exponiéndola por un pedazo de pan, y las luchas de fieras que servían de entretenimiento á un pueblo ocioso y abyecto; pero no había visto nunca nobles caballeros, elegantísimos jóvenes, ricos títulos del país más orgulloso del mundo, grandes de España, cuya altivez les hacía cubrirse ante los reyes; poetas y cortesanos, salir á la arena desafiando á una fiera indomable, animados por las miradas, las sonrisas, los pañuelos y las flores de aquellas damas romanas, trémulas de admiración y de espanto.

Aunque estudiamos en otro lugar la organización y estado de nuestro ejército, conviene consignar aquí la indiscutible superioridad de la cultura de nuestros soldados sobre la rudeza de los suizos y alemanes y la ignorancia de los franceses. Eran todos éstos masas llevadas á pelear á la fuerza, hombres pagados, ajenos por completo á los

Digitized by Google

grandes intereses que se ventilaban en aquellas guerras y que comprendían perfectamente los soldados españoles.

Respecto de la ilustración de éstos, nos bastará decir que muchos de ellos tienen hoy estatuas ó retratos en las poblaciones ó en las academias de España y del extranjero, en tal número, que no llegan á igualarle reunidos todos los que brillaron por la misma época en las demás naciones de Europa. Aquellos soldados se llamaban Miguel de Cervantes, Garcilaso de la Vega, Juan de Herrera, Ercilla, Juan Espinosa, Juan Sebastián de Elcano, Rey de Artieda, Trillo y Figueroa.

Los asombrosos triunfos de nuestras armas en Italia y nuestra dominación en aquella península, no fueron obra sólo del arrojo de unos cuantos soldados, ni menos de una riqueza que pudiera comprar con oro la influencia y la victoria. Fueron triunfos debidos á la superioridad, á la cultura, á la ilustración de nuestra patria y de nuestro ejército; porque, como decía un escritor castellano de aquellos tiempos, «no sólo el brazo conquista, pues una espada ocupa un brazo, pero una pluma ocupa el brazo y toda el alma», «ni las armas, según el testimonio de otro, pueden hacerse lugar preferente por sí mientras no les acompañen las letras».

Francia no tuvo nunca generales ni soldados tan instruídos como los nuestros; ninguno de sus caudillos podía compararse al Gran Capitán, á Pedro Navarro, á Villalba, al marqués de Pescara, á Antonio de Leiva, á Zamudio, ni á Espinosa; ni las autoridades que estableció en los breves tiempos de su dominación podrían resistir paralelo alguno con las que nosotros tuvimos en Nápoles y en Milán, cuyos virreyes y gobernadores fueron casi siempre hombres notables en las ciencias y en las letras.

Los autores extranjeros, sobre todo los italianos y los ingleses, nos hacen en este punto perfecta justicia cuando comparan ejército con ejército y soldado con soldado.

Por estas razones nuestros triunfos con las armas eran

Digitized by Google

tan definitivos, que arrojábamos de Italia con una sola batalla á los franceses, al paso que una derrota nuestra no podia dar á nuestros enemigos influencia, prestigio ni estabilidad alguna.

Los papas, la república, los potentados y los pueblos tenían que sucumbir á la cultura de nuestro ejército y á su severa disciplina, mientras que el ejército francés caía como una plaga sobre las poblaciones y las escandalizaba con sus desórdenes, sus abusos y sus borracheras.

En aquella serie interminable de alianzas de hoy con los enemigos de ayer, los papas, aun siendo enemigos nuestros, hasta el mismo Julio II, decían que «éramos más pobres y más soberbios que los franceses; pero más valerosos, más justos y más ilustrados».

Y no se crea que los españoles ignoraban este poder de la cultura y obraban inconscientemente. A las frases que citamos en otro lugar y que demuestran la constante creencia de que la inteligencia estaba sobre el valor, debemos agregar opiniones más concretamente expresadas. «Me atrevo á decir que los griegos y romanos dilataron sus imperios más con la opinión de las letras que con la ejecución de las armas, preciándose de orador y soldado el más desvalido infante de sus ejércitos. En este conocimiento ha sido superior nuestra España á las demás naciones, si bien el estruendo de las armas apenas ha dejado libres las orejas de su bárbara y confusa armonía; pero tanto más dignos son de eterna fama sus hijos cuanto á un mismo tiempo lanzaran con valeroso ánimo y espíritu excelente las armas extranjeras y la ignorancia propia (1)».

No habrá seguramente quien sostenga que fué una mera casualidad, que tocaría en los límites del milagro, el que España enviara constantemente á Italia hombres ca-

(1) Prólogo de la *Hispdlica*, de Luis Belmonte.

Luis Belmonte fué soldado, sirvió en América y en la armada de Pedro Fernández de Quirós; escribió varias obras notables; re-

Digitized by Google

paces de alternar con lo más ilustrado de aquella nación, y á América aventureros que dejaron escritos todos sus hechos con tal minuciosidad y observaciones tan profundas, que no hay ejemplo de guerra ni conquista que haya tenido mayor número de historiadores, ni más ilustres cronistas, ni más hombres de ciencia.

Nuestros embajadores eran honrados por su talento y por su ciencia; pero muchas veces los papas y cardenales, los milaneses, los florentinos y los romanos les echaban en cara la humildad de su origen, porque pertenecían con frecuencia á familias pobres, eran hijos de la universidad y no tenían más riqueza que su escaso sueldo, ni más título que el adquirido en las aulas tras de una notable carrera ó conquistado con su pluma. Y, sin embargo, supieron siempre mantener la dignidad de la patria ante los príncipes y ante el mismo pontífice romano, y dejar bien puesto el pabellón español en la diplomacia, en las letras, en las armas y en la cortesía.

Al ser nombrado virrey de Nápoles en 1610 el conde de Lemos D. Pedro Fernández de Castro, murió su secretario Juan Ramírez de Arellano, y aquella misma noche

---

corrió las principales ciudades de España, "solo á fin de comunicar los ingenios dellas„: y en la Hispálica, poema heróico, describe sus campañas lleno de entusiasmo por la patria y la ciencia.

¡Oh, españolas hazañas! ¿qué hombre solo
Las podrá celebrar con voz perfecta?
. . . . . .
Penetra el mundo sin moverse el dueño
La fama de la pluma y de la espada,
Y en tanto que reposa el blando sueño
Llega su nombre á la región helada.
. . . . . .
Mas ondas nuevas penetré que vieron
Colón, Cortés, Pizarro y Magallanes;
Pues tocando las que ellas descubrieron
Pasé con los cruzados tafetanes.
Un capitán seguí, de quien temieron
Midiendo estrellas y afijando imanes.

Digitized by Google

escribió á Lupercio de Argensola, que estaba en Zaragoza, ofreciéndole la secretaría de estado y guerra del virreinato y encargándole que llevara consigo á su hermano.

Habiendo aceptado ambos vinieron á Madrid, donde recibieron el encargo de búscar entre las personas distinguidas los oficiales de secretaría capaces de dejar bien puesto en letras el nombre español, eligiendo á Mira de Mescua, á Gabriel de Barrionuevo, D. Francisco Ortigosa, Antonio de Laredo, D. Gabriel Leonardo y Albión, hijo de Lupercio, y Fray Diego de Arce; nombres que han dejado todos su fama en el templo de las letras, que fueron recibidos con gran estimación en Nápoles, y que, sin embargo Cristóbal Suarez de Figueroa y Cristóbal de Mesa no creían á bastante altura para conservar el nombre español á la altura que tenía y debía tener en Italia, declarando este último que, «habiendo sido discípulo de Francisco Pacheco, de Hernando de Herrera, de Francisco de Medina, de Luis de Soto y del Brocense, todavía tuvo que aprender algo en cinco años que estuvo al lado del Tasso».

Hasta los historiadores italianos más enemigos de los españoles elogian con verdadero entusiasmo la administración de D. Pedro de Toledo, que reformó la magistratratura, estableció la justicia más íntegra, moralizó la población separando á las mujeres públicas, reprimió y suprimió para siempre algunas costumbres que desdecían de tan culta ciudad, como los *vayas,* ó insultos públicos, en determinadas épocas del año, las cencerradas, las plañideras y el juego. Se puso en contacto del pueblo dando audiencia diaria, según la costumbre de nuestros Reyes Católicos, y castigando duramente la prevaricación. Limpió las calles, los pórticos y las barracas, y demolió la roca Chiatamone, que era de noche y aun de día asilo de vagos, mendigos, asesinos y prostitutas; construyó nuevas murallas, ensanchó el arsenal, labró muchas fuentes públicas, fundó el gran hospital, el famoso Monte Pío y la

Digitized by Google

iglesia de Santiago, y desecó los pantanos que infestaban la Tierra de Labor y mantenían una perpetua peste.

Los nobles, acostumbrados á despreciar al pueblo, se oponían á la imparcial justicia y á las ideas democráticas de D. Pedro de Toledo, y llegaron á ofrecer á Carlos V millón y medio de ducados con tal que separase al virrey; pero aquellos nobles se equivocaban creyendo que los consejos de España resolvían por dinero las cuestiones más importantes, y esta proposición sólo sirvió para afirmar á D. Pedro de Toledo.

Digitized by Google

CAPITULO VI.

Academias.

Antigüedad de las academias en España é Italia.—Academias notables en una y otra nación.—Costumbres literarias.—Los españoles en las Academias de Italia.

En aquel brillante y florido renacimiento en que Italia y España parece se propusieron ilustrar al mundo, despertándole de un sueño de barbarie, y derramar la cultura sobre Europa, una y otra nación se auxiliaron mutuamente como generosas hermanas, propagándose entre ellas con increíble rapidez el benéfico contagio del amor á las letras humanas.

Uno de los medios de que se valió aquel inmenso progreso para cultivar las artes, las letras y las ciencias fué el de las academias, que brotaron en Italia y en España, como necesidad del trato y comunicación de las personas ilustradas.

La enseñanza universitaria, oficial, tiránica en cierto sentido, sujeta á estatutos y privilegios, era estrecho molde para aquellas inteligencias que rompieron no sólo el cuadro de la enseñanza y el método didáctico, sino los más venerandos preceptos, guardándolos bajo llave, como decía Lope de Vega, para dar rienda suelta á la imaginación.

Así aquellas primeras academias tenían diversos caracteres. Eran unas veces reuniones pasajeras, sin más objeto que discutir un punto literario ó científico, aseme-

Digitized by Google

jándose algo á nuestras modernas conferencias. Eran otras verdaderos centros de enseñanza superior, como complemento de las universidades. Se celebraban en las casas de la nobleza ó de los poetas, sin más reglamento que la voluntad del dueño de la casa y la cortesía de los asistentes, ó tenían estatutos discutidos y aprobados artículo por artículo. A veces se comunicaban entre sí, se remitían sus trabajos y diputaban representantes para asistir á las sesiones y solemnidades que otras celebraban.

Las cuestiones que en ellas se discutían se fijaban con anterioridad, y muchas veces por carteles impresos, ó se elegían en el acto de la reunión, siendo frecuente costumbre en España que tomase parte en los trabajos el último que llegaba.

El origen de las academias en Europa después de la dominación de los bárbaros, hay que buscarle en España; ya oscuramente, como han querido algunos, en aquellas juntas y escuelas de cristianos y moros ó de cristianos y judíos en Córdoba y Sevilla, ó ya de una manera concreta y evidente en los tiempos de D. Alfonso el Sabio y en la ciudad de Toledo.

D. Alfonso creó ante todo en 1252 la academia que llevó su nombre con casa propia, «el mediodía de la insigne ciudad», llamando á ella á los sabios de España é Italia, dándoles libros y aparatos y encomendándoles la rectificación de las observaciones y el cálculo de las tablas astronómicas, así como la corrección y construcción de instrumentos de astronomía, metrología y medición del tiempo, y cuanto puede caber hoy dentro de la misión de una academia de ciencias.

Pero como si faltara algo para determinar la idea de academia, mandó que las escuelas de enseñanza y de discusión creadas por él, fueran las encargadas de decidir acerca de la pureza de la lengua, ordenando en las Cortes de 1253 «que si de allí adelante en alguna parte de su reino hubiese diferencia en el entendimiento de algún vo

Digitized by Google

cablo castellano, recurriesen con él á esta ciudad, como á metro de la lengua castellana, y que pasasen por el entendimiento y declaración que al tal vocablo aquí se le diese»; misión que tardaron más de tres siglos en recibir las academias nacionales en Europa, y que sólo pretendió poseer en el décimo sexto la Academia de la Crusca en Italia.

Consignemos además que establecidos los juegos florales en Tolosa en el siglo XIV, se creó como estable el *Consistorio de la gaya ciencia* en Barcelona en 1390, trasladado en 1409 á Tortosa.

Poco después el marqués de Villena creó otro consistorio ó academia en Zaragoza y se propuso en unión con D. Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, establecer en Castilla otra Academia nacional; proyecto que hubiera realizado á no habérselo impedido la muerte.

Desde aquella época y á impulsos de aquel movimiento literario, calificado por algunos historiadores diciendo que Castilla había caído en «un vértigo poético»; desde entonces, decimos, hubo en España constantemente reuniones literarias y científicas, ya periódicas ó sin plazo fijo, más ó menos organizadas, que fueron verdaderas academias, tanto más dignas de encomio, cuanto que obedecían solamente, sin protección ninguna oficial, á la necesidad de los hombres ilustrados de reunirse y comunicarse sus pensamientos; principio de cultura y de asociación á que debe casi todos sus progresos la civilización moderna.

El trato íntimo con Italia y nuestra dominación en aquella península fueron causa de que las academias tuvieran en uno y otro pueblo gran semejanza en su organización y á veces hasta en sus nombres, que hoy parecen extraños.

Y para demostrar la idea que se tenía de estos centros, no podemos resistir la tentación de copiar aquí algunas discretas palabras del discurso con que Lupercio Argensola explicó el objeto de las academias en su primer

Digitized by Google

discurso en la de los *Anhelantes* de Zaragoza (1): «No todo se manda y aconseja en los sagrados templos; no todo se enseña en las escuelas y cátedras; en una y otra parte nos remiten á lecciones domésticas, donde sobre cada paso se puede pedir y dar consejo, aprobar ó reprobar las cosas. En las escuelas el maestro lee, los discípulos oyen siempre una materia continua, él manda, ellos obedecen, de donde procede menos gusto. En estas juntas y conversaciones, todos somos maestros y discípulos; todos mandamos y todos obedecemos, comunicando las profesiones diversas y tomando cada una lo que ha menester para la suya. El que profesa letras ayuda al que profesa las armas y éste al otro. Aquí el que lee historia refiere lo que halla en ella digno de reprensión ó alabanza, así en el ejemplo como en el estilo. Lo mismo hace el que gusta de los poetas; consúltanse las dudas, mézclanse cuentos, motes, risas, y, finalmente, no poniendo cuidado en aprender, se halla uno enseñado en lo que le conviene, como el que navega durmiendo y despierta en el puerto sin haber padecido el trabajo de la navegación. No le basta al teólogo saber profundas cuestiones si no las sabe sacar de entre aquellas espinas de los argumentos *utrum, ergo, nego, probo,* que en los claustros y en las escuelas se usan. No al jurisconsulto le basta hablar siempre con la ley, si ha de granizar digestos y parágrafos, mezclando intempestivamente sus fórmulas en la conversación ordinaria. Estos se hallarán nuevos y atónitos en un palacio ó junta de cortesanos, causándoles risa y siendo la burla de todos.»

Aunque muchos autores dicen que la academia estable más antigua en Italia fué la de Rosano, de Nápoles, organizada en 1540, es lo cierto que á últimos del siglo XV había en la península otras academias. Tiraboschi cita la

(1) Se conserva en la Biblioteca Nacional.

Digitized by Google

de poesía de Rímini, cuyo origen se remonta á últimos del siglo XIV, y la que fundó en Milán Leonardo de Vinci (1452-1519).

Entre otras de éstas más antiguas pueden citarse las de Jacobo Allegretti y de Bessarione en Roma; las de Pomponio Leto y el Pontano en Nápoles, la de Aldo Manucio en Venecia, y otras sobre cuyo origen é instituciones hay muy pocas noticias.

A éstas siguieron la de *Secretos de la naturaleza*, de Nápoles, en 1560; la de la *Crusca* ó *Academia furfuratorum*, de Florencia, en 1582, y sucesivamente las *dei Lincei*, del *Cimento, degl' Inquieti*, y otras que, según algunos autores, llegaron en un siglo al número de quinientas cincuenta, precediendo en el mismo tiempo á las que se fundaron en otras naciones de Europa.

Pero España había sido la primera que intentara dar estabilidad, carácter práctico y aun oficial á las academias, así como llevar á ellas los estudios que, por considerarse como libres, no tenían desarrollo en las universidades.

Por esta razón precedió á la misma Italia en la creación de algunas academias, como en las de farmacia y secretos de la naturaleza, autorizada en 1441; causándonos inmenso placer el consignar aquí que los italianos nos han hecho siempre justicia en este punto, mientras que después de la pérdida de nuestro poder y de nuestra ciencia, bajo el absolutismo, las demás naciones apenas se acuerdan de nosotros (1).

---

(1) "Un fatto altamente onorevole per la Spagna si è lo stabilimento de' Collegi di farmacia prima che si stabilissero in Europa le accademie scientifiche.—Nel 1441 i farmacisti si rivolsero alla regina Donna Maria d'Aragona per ottenere di riunirsi tra loro in una specie de confraternità. Il privilegio fu loro conceduto... Nel 1512, fu stabilito in un capitolo generale dei farmacisti che nissuno sarebbe ammesso qualora non fosse stato in pratica per lo spazio di otto anni; mentre per lo addietro questo tempo di pratica era fissato à sei anni.

„La prima Farmacopea, pubblicata da un farmacista, nel 1457, é

Digitized by Google

Durante todo el siglo XVI, puede decirse que apenas hubo en España casa respetable y solariega que no convirtiese sus salones en centros de ilustración, de discusión y de atractivo para las personas cultas, dando así el ejemplo de aquella admirable unión entre las letras y las armas, que tanto honró á la nobleza castellana, y que uno de nuestros mejores poetas describe diciendo que manejaba «ora la espada, ora la pluma» (1).

El Gran Capitán Gonzalo de Córdova se distinguió en Nápoles por su trato con los literatos; y retirado en Loja, «en aquel agujero, haciendo vida de ermitaño,» como él mismo decía, fué su casa el centro de todas las personas ilustradas, hasta el punto de que el historiador Prescott le presenta como protector de las letras, y llega á dudar,

---

devuta á Benedicto Matheo, il quale vivea 159 anni prima di Michele du Sceau, che parecchi autori, ed in particolare i signori Henry é Guibourt riguardano como il primo farmacista che abbia scritto su la sua arte.„—(*Storia della Farmacia e dei farmacisti per* FEDERICO KERNOT. Napoli, 1871.)

(1) Lupercio de Argensola describe del siguiente modo una tertulia de gente distinguida:

"Acuérdome que en el año 1585, en las cortes de Monzón, posaban en una misma casa D. Pedro Enriquez, conde de Fuentes, que hoy es gobernador de Milán, y D. Jerónimo de la Caballería, bien conocido de todas vuestras mercedes. Tenía D. Jerónimo tercianas, y bajaba el conde á su aposento; acudían allí D. Juan Pacheco, que fué después marqués de Cerralbo, Juan María Agacio, caballero italiano, eclesiástico, que asistía en la corte por la duquesa de Lorena, de quien andan impresas algunas poesías muy buenas, don Juan de Albión, y yo, aunque en edad ni entendimiento no podía concurrir con ellos. Pasaban allí las siestas tratando cosas muy dignas de ser sabidas. El conde discurría de las guerras pasadas y presentes, como tan gran capitán; D. Juan Pacheco en los autores latinos, que los entendía muy bien, traducía y comunicaba algunas oraciones de Tito Livio; Agacio recitaba hermosos versos suyos; D. Jerónimo de la Caballería, que por larga experiencia y grande entendimiento podía hablar de todo, ponía sal en todo; don Juan de Albión preguntaba y dudaba con mucho juicio; y yo oía con atención, y aseguro á vuestras mercedes que aunque no pude echar de mí toda la ignorancia, desterré parte della en esta conversación.„

Digitized by Google

si, á pesar del justo nombre de Gran Capitán y de sus heroicas hazañas en la guerra, parecía su caracter más adecuado todavía para una vida culta y tranquila (1).

Hernán Cortés, el conquistador tal vez más heroico que registra en sus anales la humanidad, después de haber colocado la corona de un imperio tan grande como Europa en las sienes del rey de España, creó en su propia casa una ilustre academia, de la cual no queremos decir nada por nuestra cuenta, limitándonos á copiar lo que escribió Pedro de Navarre, obispo de Comenge y del consejo supremo del rey de Francia. «Entre las academias que había de varones ilustres en el tiempo que yo seguí á la corte de aquel invictísimo César, era una (y no de las postreras) la casa del notable y valeroso Hernán Cortés, engrandecedor de la honra é imperio de España. Cuya conversación seguían muchas personas señaladas de diversas profesiones por su gran experiencia y hechos admirables, especialmente el liberal cardenal Poggio, el experto dominico Pastorello, arzobispo de Callar, el docto Domingo del Pico, el prudente D. Joan Destúñiga, comendador mayor de Castilla, el grave y cuerdo Joan de Vega, ínclito D. Antonio de Peralta, marqués de Falces, Don Bernardino, su hermano..... Las materias que entre estos insignes varones se trataban eran tan notables, que si mi rudo juicio alcanza alguna parte de bueno, tuvo de ellas el principio; tanto, que en doscientos diálogos que yo he escrito hay muy pocas cosas que en esta excelente

(1) PRESCOTT, *Hist. del reinado de Fernando é Isabel*, cap. 24.

Esta protección, no sólo en general á las letras, sino en particular á diversas personas para darles estudios, era también virtud de su mujer, la duquesa de Terranova, aun después de viuda.

Entre otros ejemplos podemos citar el de Juan Latino, negro de Berbería, criado y educado por ella, que fué maestro en artes, catedrático de latín por espacio de más de sesenta años, músico, poeta y diestro en el uso de las armas. Escribió un libro de *Epitafios* y la *Austriada* en versos latinos.

Digitized by Google

academia no se hayan tocado..... Quien llegaba postrero á la plática, había de proponer la materia de que se había de tratar aquel día, que era bien disputada y decidida (1).

La Academia *Imitatoria* creada en Madrid en 1585, y llamada así por estar fundada sobre estatutos muy semejantes á los italianos, tuvo en su seno á Cervantes y á Lupercio Argensola, que llegó á ser su presidente, y donde usó el nombre de «Bárbaro», indicando su amor á doña Bárbara de Albión, con quien por fin se casó en 1587 (2).

La Academia *Selvaje* se fundó en el palacio de D. Francisco de Silva, poeta muy elogiado por Cervantes. Pertenecieron á ella Lope de Vega, Soto de Rojas y probablemente el mismo Cervantes, siendo su secretario Gabriel Pérez del Barrio Angulo, conservándose algunos trabajos y poesías, presentados en ella.

La Academia de los *Nocturnos* se estableció en Valencia, inaugurándose el 4 de Octubre de 1591, siendo reformada en 1615 con el nombre de *Academia de los montañeses del Parnaso* por el poeta Guillén de Castro. Se conservan muchos trabajos de esta academia, en que se honraba á ilustres poetas, ó se discutían puntos de arte ó ciencia. En ella leyó Andrés Rey de Artieda muchas de sus com-

---

1 *Diálogos*. Tolosa de Francia, 1567.

2 Esta academia, á pesar de que nació con tal fortuna que asistía á ella lo más selecto de Madrid, hasta los ministros del rey, vivió poco y fué objeto de la maledicencia pública, tal vez por tender á ser cortesana ó política y por presidirla un noble demasiado joven, por cuya causa se dijo graciosamente que había muerto de alferecía.

Argensola se lamentaba de esta persecución en los siguientes términos:

Y si del ocio huyendo por recreo
Busca la discreción de la Academia,
Que ser humilde tiene por trofeo,
Le sigue y le persigue la blasfemia
Como si fuera público enemigo:
Tal es el precio con que el vulgo premia.

Digitized by Google

posiciones, y Manuel de Ledesma su discurso sobre la excelencia de las matemáticas (1).

Francisco Pacheco tuvo en su casa de Sevilla una academia de ciencias y artes, adonde asistían hombres como Rioja, el cantor de las ruinas de Itálica, Arguijo, el maestro Medina, Velázquez y otras personas de igual mérito. El duque de Alcalá convirtió su casa, así en Nápoles como en Sevilla, en una academia adonde acudían como á su propio centro los poetas y los hombres de ciencias, no siendo exagerados los elogios que de su amor á las letras hace Lope de Vega en *El laurel de Apolo*. En Sevilla labró una magnífica biblioteca, que era de las mayores del reino, no sólo por el número de sus libros sino por los muchos manuscritos que originales ó mandados copiar por su diligencia, servían de consulta á los literatos. Adornó esta biblioteca con muchas estatuas, piedras y monumentos antiguos, tendiendo á la unión de bibliotecas y museos, que con tanta insistencia pretendieron nuestros hombres ilustrados del siglo XVI.

En Zaragoza, además de frecuentes reuniones literarias y juegos florales, hubo la academia llamada de la *Pítima* (2), fundada por las condesas de Guimerá y de Eril,

(1) Muchas de las obras en prosa y verso que se hicieron en las academias valencianas, fueron publicadas por D. Alonso del Castillo Solorzano en el libro titulado *Huerta de Valencia*.

(2) La Academia de la Pítima celebró su primera sesión el 9 de Junio de 1608. Fué creada con el objeto principal de que huyeran de ciertos sitios los caballeros y personas ilustradas, para lo cual tenía sesión diaria á las dos de la tarde. Sus estatutos fueron discutidos previamente y aprobados en el mismo borrón por la condesa de Guimerá, cuyo original, con la firma, se conserva en la Biblioteca Nacional.

El presidente se elegía por semanas y tenía el nombre de Promovedor, con el título de vigilantísimo: los demás académicos debían hablarse dentro de la academia con igual tratamiento, aunque fuera distinta su categoría social. Todas las cuestiones se resolvían por votación, decidiendo el presidente en caso de empate. Los discursos y versos debían estar precisamente en latín ó castellano, permitiéndose, sin embargo, el catalán por haber en la academia algu-

Digitized by Google

la de los *Anhelantes* y otras; en Huesca la de los *Humildes*, y en Barcelona y Valencia existieron desde principios del siglo XIV, teniendo por principal objeto la poesía provenzal.

La Academia de los *Humildes* existía ya en siglo XVI, y se conservan bastantes datos sobre ella en nuestra Biblioteca Nacional (1).

Hubo además otras muchas academias que fuera prolijo enumerar, según el testimonio de Soto de Rojas, Cristóbal de Mesa, Suárez de Figueroa y Lope de Vega; pero sin protección que les diera estabilidad pública, no pasaron de ser centros de ilustración de acuerdo con nuestras costumbres, convirtiéndose alguna vez en reuniones de ingenio y discreteo y en verdaderos congresos de crítica universal, como decía uno de sus miembros.

Tanta afición se despertó en España á las academias, que esta palabra tomó en nuestra lengua una significación

---

nos hijos del Principado. Todos los días de la semana se leían y discutían los trabajos de los académicos, excepto los sábados, que se trataban los asuntos interiores de la academia. El secretario tomaba nota de los encargos del presidente á cada individuo para la próxima sesión. El presidente podía dar premios pecuniarios hasta cinco escudos.

Esta academia escribió mucho en latín, así en verso como en prosa.

(1) Sus individuos, según costumbre de la época, tomaban nombres con que ocultaban el suyo propio, debiendo ser en esta el de un atributo, así como en la de la Pitima debían ser nombres de personajes históricos. D. Julio Torres se llamaba el *Ausente;* Martín de Luna, el *Humilde;* Juan Miguel de Luna, el *Melancólico;* Jorge Salinas, el *Bardo;* Martín Burgueda, el *Desdichado;* Sebastián de Canales, el *Presto;* el doctor Ram, el *Solitario*, etc.

Se conservan algunas actas de esta academia, bastantes discursos, la mayor parte sobre puntos morales, y muchas poesías religiosas y festivas ó satíricas. Entre ellas hay una muy curiosa del portero que pide se le aumente el salario, que consistía en veinte reales, de los cuales dice que apenas cobraba nueve de los socios. Con este motivo enumera sus obligaciones, que eran cuidar de la academia, recibir á los académicos, entrar destocado en el salón á recoger los votos por medio de bolas blancas y negras, y llevar los avisos y órdenes del presidente á casa de los académicos.

Digitized by Google

popular, designándose con ella durante el siglo XVII toda reunión literaria, aunque fuese de breves horas.

De aquella cultura provino la costumbre de celebrar con academias ó veladas literarias todos los actos ó sucesos notables de la vida. Las victorias de nuestros ejércitos, las muertes y nacimientos de reyes y grandes hombres, las fiestas religiosas, los sucesos de familia, se celebraban en todas las casas un poco distinguidas con reuniones literarias á que solían asistir, siendo rogadas para ello, las eminencias en ciencias, letras y armas, é inmenso el número de recuerdos impresos que todavía se conservan de esta culta costumbre (1).

Muchas academias italianas fueron fundadas por españoles. El marqués de Pescara se dice que fundó la de Pavía (2), en medio del estruendo de la guerra; Lupercio Argensola con el conde de Lemos, creó la de los *Ociosos* en Nápoles (3); Juan de Espinosa fundó la de los *Críticos;* y otros muchos crearon corporaciones ó reuniones de este género, á que los españoles no eran menos aficionados que los italianos.

Entre estas academias debemos recordar por el gran mérito y profundidad de sus lecciones y razonamientos la que tenía D. Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, virrey

---

(1) Llamó mucho la atención, y fué generalmente censurado, que en las fiestas que se hicieron en Toledo en 1555, con motivo de la conversión del reino de Inglaterra, en que hubo toros, sortijas, cañas y máscaras, no hubiera función dramática ni academia alguna. Esta censura ó extrañesa ha llegado hasta nuestro siglo en la erudita plama de D. Bartolomé José Gallardo.

(2) Aunque hemos leído en casi todos los libros que hablan del marqués de Pescara, que éste fundó la academia de Pavía, no hemos podido averiguar el nombre de la academia por él fundada, y sí sólo que pertenecía á la que tomó más adelante el nombre de *Affidati*, y que todos los establecimientos científicos y literarios de Pavía le debian muchos favores.

(3) La academia de los Ociosos de Nápoles hizo grandes y honrosas exequias á la memoria de Lupercio de Argensola.

Digitized by Google

de Nápoles, cuyos trabajos tuvieron un constante carácter de práctica utilidad (1).

Igualmente las más ilustres casas italianas eran verdaderas academias, donde con mayor ó menor regularidad se celebraban sesiones y se discutían puntos científicos ó literarios.

El palacio de Colona era uno de estos sitios á que asistían los españoles, mereciendo siempre el respeto de los sabios italianos (2).

Tuvo esta academia una época brillante en que frecuentaban sus salones Marcelo Cervini, que después fué papa; Bernardino Maffei, Alejandro Manzuoli, Claudio Tolomei, Guillermo Filandro, Miguel Angel y otros muchos entre los cuales se distinguían nuestros compatriotas, y especialmente Luis Lucena (1491-1552), médico y matemático, anticuario y numismático, objeto frecuente de las consultas de sus consocios (3).

---

(1) Los trabajos de esta academia se conservan en nuestra Biblioteca Nacional, sección de manuscritos, formando tres gruesos tomos en folio de magnífica letra con este título: *Racolta di varia lezioni accademiche sopra diverse materie recitate dell' accademia dell' Ecmo. duca di Medinaceli vicerè el capitan generale nel regno di Napoli.*

Todas las materias que comprende este libro pueden dividirse en dos grupos; uno que abraza los dos primeros tomos y contiene discusiones sobre la historia romana y carácter de los emperadores; y otro, que compone el tercer tomo y contiene discursos científicos sobre el origen de los ríos, los terremotos, los volcanes y otros fenómenos físicos.

(2) GASPARO VALERIO, *Giornate.*

(3) En 1547 le escribía Tolomei desde Piacenza:

"Recuerdo que en aquel tiempo en que nos aplicábamos á los libros de Vitrubio nos dabas tú unas razones y reglas tan bellas, verdaderas y sutiles que todos las aprobaban y admiraban: Este recuerdo me obliga á preguntarte el medio de que se valdría Arquímedes, en su tiempo, para discernir la porción de plata mezclada con el oro en la corona votiva del rey Herón.„

Filandro le envió sus obras para que las revisara antes de publicarlas, y en ellas inserta como la más perfecta la discusión del problema de la duplicación del cubo hecha por Lucena.

Digitized by Google

Á estas academias asistió también D. Fernando de Córdova, enviado del Rey Católico en Roma, el cual, después de haber sido por su ciencia el estupor de la universidad de París, que declaró que «un hombre no podía saber tanto sin tener pacto con el diablo ó ser el Anticristo», tomó parte en Roma en casi todos los grandes proyectos de su época, desde las cuestiones de artes y ciencias á las de filosofía y teología.

Bzovio le presenta como una excepción; pero copiemos las palabras del sabio italiano: «Vino de España á Francia Fernando de Córdova, que convirtió su admirable ciencia en estupor de la universidad de París. Era doctísimo en todas las facultades, y muy honesto en la vida y en la conversación muy llano y reverente. Sabía de memoria toda la Biblia, las obras de Nicolás de Lira, de Santo Tomás de Aquino, de Alejandro de Arlés, de Juan Escoto, de San Buenaventura y de otros muchos teólogos, el Decreto y otros libros de derecho; en medicina, las obras de Avicena, Galeno, Hipócrates, Aristóteles y Alberto; tenía en la punta de la uña todos los libros de filosofía y metafísica con sus comentarios. Era pronto en las alegaciones, agudo en las disputas, y jamás le superó nadie. Leía y escribía en hebreo, griego, latín, árabe y caldeo. Enviado por el rey de Castilla á Roma, disputó en todos los gimnasios de Italia y Francia, convenciendo á todos sin que nadie pudiera convencerle en lo más mínimo. Entre los doctores parisienses había diversas opiniones: unos decían que tenía pacto con el demonio, otros sostenían lo

---

Lucena está enterrado en Nuestra Señora del Pópolo en Roma, y dice así su epitafio:

Ludovico Lucenæ Hispanico, Vadalaxare orto,
Ingeniarum artium physicæque rationis
In primus perito sibi et posteris Antonius
Nuñes fratris filius mærens. P. vix. an. LXI.
Obiit IV id. augusti a partu Virginis. M.D.LII.

Digitized by Google

contrario, y algunos opinaron que debía ser el Anticristo, porque sobresalía en la ciencia de las Escrituras sobre todo el género humano.»

Otros muchos italianos le juzgan del mismo modo. Patricio Bessarione dice que los romanos le consultaban en todas sus dudas, satisfaciéndoles siempre con su ingenio y doctrina, aun en las más arduas cuestiones; y Romano Tartaglia en sus *Epístolas* dice «que sus arengas y discursos se oían con solemnidad y atención, trayendo á la memoria los triunfos más grandes y perfectos de los griegos en la elocuencia. Nada le quedó por saber á este ciudadano (1), ni en teología, ni en ciencias, ni en artes, ni en nada.»

Teodoro Jouffroy dice también de D. Fernando de Córdova, que aun dado el caso de un hombre que se pasase cien años sin comer, ni beber, ni dormir, ni hacer otra cosa que estudiar incesantemente, no se comprendería que llegase á saber lo que él.

Juan de Espinosa (2), yerno de aquel célebre señor de Alarcón, que tuvo presos á Francisco I y al papa Clé-

---

(1) Sus obras sobre el Almagesto de Tolomeo y el *Tratado de animales* de Alberto Magno se han perdido.

(2) Juan de Espinosa nació en Belorado, siendo hijo de Espinosa de los Monteros, escritor; se educó en casa de Hernando de Alarcón, á quien se le confió su tío el célebre coronel Zamudio; Alarcón le llevó consigo á la guerra de Túnez, donde comenzó á distinguirse por su valor heroico. Sirvió en Italia, llegando á ser capitán y sucesivamente secretario de D. Pedro González de Mendoza, de D. Fernando de Gonzaga, del marqués de Pescara y del Estado de Venecia; gobernador del Abruzzo, donde prestó inmensos servicios, exterminando á los bandidos Próspero Camisola, Eutino de Baxan y Scachia-Diavolo. Sus hazañas contra la armada de Barbarroja en Sicilia fueron motivo de leyendas.

Fué hombre de extraordinaria prudencia y respetado por sus consejos. Reunió más de seis mil refranes y proverbios curiosísimos, y escribió el *Micracanthos* ó *Diálogos de plantas y animales*, *Diálogos varios* y el *Gynaecepaenos* ó *Diálogo en laude de las mujeres*, impreso en Milán en 1580.

Digitized by Google

mente VII, asistía en Nápoles á las academias; y en la sesión celebrada en una de ellas el 4 de Octubre de 1550 supo cautivar la atención de todos los académicos «describiendo con dulces palabras los beneficios de la poesía y el grato descanso que encontraba el guerrero dedicándose á las tareas literarias en los ocios del campamento, colmando de bendiciones á España donde tan naturalmente crecían unidas las glorias de las armas y las letras.» Espinosa mereció que los poetas napolitanos le cantaran en sus versos, así por su ingenio como por haber librado el Abruzzo de los bandidos que le infestaban y tenían aterrorizados á los pueblos, á pesar de haberle ofrecido aquéllos por su salvación gruesas sumas de dinero.

Alfonso Chacón, protegido de Gregorio XIII, que escribió un libro sobre minerales y piedras, y Pedro Chacón, hombre verdaderamente superior, á quien el mismo Gregorio y la sabiduría de las academias romanas consultaban con frecuencia haciéndole salir de su retiro y que contribuyó á la reforma del calendario, recibieron comisiones y otras pruebas inequívocas de respeto de las asociaciones científicas y literarias de Roma (1).

La mayoría de estas academias dió cuando pasó su tiempo escaso resultado. Entretuviéronse en hacer grandes elogios de sus miembros y de sus amigos; en vayas y vejámenes, que tenían por objeto solamente ridiculizarse unos á otros, sacando á relucir sus defectos más ocultos y

(1) "Amaba la soledad, dice Villenave de Chacón (*Biographie universelle*), llamaba á los libros sus más fieles amigos y solía decir: Nunca estoy más acompañado que cuando parece que estoy solo. Su modestia igualaba á su ciencia, y en Roma era señalado con el dedo como hombre incomparable por su saber.„

Varonio, Vossio, Casaubón y sobre todo Gaspar Contenno, dan pruebas de su ciencia, diciendo este último al referir su muerte: "Querido por sus virtudes, admirado por su ciencia, respetado por su buen juicio, dejó al morir el vacío que dejan siempre los hombres superiores.„

Digitized by Google

en escribir discursos en favor de las cosas más extrañas y aun repugnantes, dándose también los mismos académicos nombres estrambóticos y ridículos.

Así D. Diego Hurtado de Mendoza se llamaba *Meliso*, D. Alonso de Ercilla *Larsileo*, Lope de Vega *Belardo;* otras veces estos nombres eran verdaderos motes, como el de *D. Floripando Talludo, príncipe de la chunga*, con que se llamaba á Juan Ruíz de Alarcón, significando la flor de los pandos ó jorobados, que siempre estaba de broma; *D. Golondronio Gatatumbo* á D. Diego Arias de la Hoz. Esta moda llegó á degenerar en cambiar hasta los nombres históricos, haciendo por ejemplo de Tiberio Claudio Nero, *Biberio Caldio Mero*, que quiere decir «bebedor á calderadas de lo puro», con intento de llamarle borracho; costumbre de formar motes de sonsonete que ha llegado hasta nuestros días.

Iguales costumbres había en Italia, que eran recuerdo tal vez de la afición á los retruécanos en la Edad Media.

En cuanto á los discursos, Ferni hizo el elogio de la peste; Varchi, de los huevos duros; Molza de la ensalada y otros los de la tos y de la tiña; caprichos y rarezas en que no nos ganaron los italianos, recordando que Gutierre de Cetina escribió el elogio de los cuernos y de los cornudos; el canónigo Tárrega, el de las feas; Martí de Pineda, la sentencia entre doncellas y viudas, y otros los elogios de la lepra, de las bubas y de los insectos más molestos y repugnantes; trabajos estériles en que se malgastaba el ingenio.

Digitized by Google

CAPITULO VII.

Educación é ilustración de la mujer.

La mujer en España.—Escritoras y poetisas en Italia.—Escritoras y poetisas españolas.—Profesoras.—Monjas.—Mujeres valerosas.

La mujer, que aun desde el retiro del hogar doméstico influye de una manera tan poderosa en la sociedad y toma una parte tan activa en la vida pública, siendo el móvil secreto y principal de los actos del hombre, la mujer, decimos, dió en Italia y en España ejemplos tan distintos, que bien podrían servir para pintar el estado de una y otra nación.

Ya hemos hablado, aunque ligeramente, de la mujer al tratar de las costumbres; pero ahora vamos á considerarla bajo un solo punto de vista. A la corrupción italiana correspondía dejarnos un sinnúmero de nombres de cortesanas, que ejercieron en la política extraordinario influjo, intervinieron en la mayor parte de los hechos de aquella sociedad, y subieron, más por sus vicios que por su mérito, á elevados puestos. Amantes de papas y de príncipes, de poetas y de cardenales, de artistas y de mercaderes, que sólo tienen semejanza en nuestra historia á aquellas concubinas de los tiempos de D. Pedro el Cruel, y á las que en el reinado de Felipe IV traían tan ocupado al infiel monarca.

La moral de aquellos tiempos permitía que abundaran

Digitized by Google

los hijos bastardos de los reyes y de los nobles; pero si dentro de la vida pública el bastardo podía ser ennoblecido, y aun llegar á los más altos puestos, como D. Juan de Austria, cuando se hacía digno de ellos, la madre ràrísima vez en España, y mucho menos en Castilla, gozó la adulación y los honores públicos que en Italia.

Aquel teatro nuestro, más admirable cuando se estudia bajo el punto de vista de la sociedad que retrataba que cuando se enumera su fecundidad, no consintió nunca que la madre apareciera en escena para mostrar su adulterio premiado, ni siquiera para tolerar con la ignorancia que sus hijas mantuvieren relaciones amorosas, que en el fondo eran lícitas, aunque las dirigiese la pasión más ciega y la travesura femenil. El padre, el hermano, podían ser engañados, la dueña podía ser cómplice; pero no se concebía que el instinto maternal pudiera engañarse, ni que el padre olvidara la venganza de las faltas de su hija.

De aquí resultaba en la familia una especie de culto al honor, que era irreconciliable con la pública ostentación de la falta, y por consiguiente una sociedad más virtuosa en España que en Italia.

Las mujeres públicas, rodeadas de todo genéro de privilegios en la península italiana, hacían gala de su lujo y de su influencia, daban muchas veces la norma en la moda, recibían en sus salones á lo más distinguido de la sociedad y merecían con frecuencia ocupar un puesto elevado por su educación, su talento y sus conocimientos artísticos y literarios. En España las leyes y las costumbres crearon con ellas una clase abyecta y miserable, objeto del desprecio público, expuesto siempre á las groserías de los soldados y de los hombres de mal vivir. Moraban á veces en calles ó barrios separados del resto de la población; vestían con arreglo á ciertos modelos un traje impuesto por las leyes, y eran arrojadas de los sitios públicos ó frecuentados por las personas honradas; diferencias sociales que han existido en España aun modernamente, fundadas

Digitized by Google

no ya en los preceptos legales, sino en las costumbres (1).

De todos los documentos que nos han quedado de aquella época se deduce que la mujer honrada, la mujer fiel á su esposo, era considerada en Italia, no sólo como una excepción, sino como un carácter agreste y rudo, que recibía en pago la burla de las demás, que brillaban en todas partes. Scudo dice que era un axioma que lo más estúpido era la fidelidad, que el matrimonio era una bufonada y el confesionario una corte de amor.

A la austeridad española correspondía en cambio dejarnos los nombres de mujeres que brillaron en las letras, en las artes y en las virtudes, mereciendo por ello la consideración pública.

En nuestra patria habría sido imposible que quedara una Lucrecia Borgia al frente del gobierno, como sucedía en Roma cuando Alejandro VI salía de la ciudad eterna.

Pero no es nuestro ánimo citar siquiera los nombres de aquellas mujeres que presidían en Italia orgías escandalosas, que pasaban sucesivamente al poder del más rico y que distribuían los destinos, las dignidades y los cargos públicos; porque como ha dicho un escritor, sería preciso «mojar la pluma en un cieno formado de liviandades y de sangre, más asqueroso que el que arrastra la cloaca pública á las orillas del Tíber (2)».

---

(1) Véanse las pragmáticas y ordenanzas relativas á este punto, y especialmente la de 1571. Se les prohibía usar guantes, manto y cualquier prenda que vistiesen las señoras. Su traje debía consistir en una basquiña corta amarilla.

Es curioso recordar aquí que B. L. Argensola, que había estado en Italia, propuso al rey que se permitiese todo exceso en trajes y alhajas á las mujeres públicas, y se prohibiese á las honestas.

(2) No puede decirse que nuestros virreyes, nuestros gobernadores, ni nuestros soldados tuviesen una virtud tan austera é inquebrantable que fuesen inaccesibles á las seducciones italianas. Desgraciadamente esto era imposible. La tradición recuerda que algún virrey mandó reunir todas las prostitutas de Nápoles y celebró entre ellas una orgía en que tal vez excedió á las de Roma, Venecia y

Digitized by Google

Prescindiendo, pues, de esas costumbres para concretarnos al objeto de este capítulo, debemos decir que la cultura de la mujer en Italia penetró en la familia comenzando por aquella Tulia de Aragón, de sangre española, que escribió en selecto lenguaje contra las obscenidades de Boccacio y otros poetas. Verónica Gambara (1485-1550), aunque fué amiga de Bembo, luego que se quedó viuda, se dedicó al estudio y escribió con elevación de estilo. Gaspara Stampa (1523-1554), de Padua, cantó el amor en armoniosos versos. Olimpia Morata (1526-1573) tuvo gran conocimiento de las lenguas sabias, hasta el punto de dar lecciones de griego. Tarquina Molza, modenesa (1542-1617) literata y poetisa, fué premiada por el senado romano. Verónica Franco (1554-1591), reunió en su casa una academia, se distinguió en la oratoria, y, desengañada del mundo, se retiró á la temprana edad de 29 años, fundando un hospicio. Casandra Fedele, literata austera en su vida, fué tan admirada en Venecia, que la república le prohibió que acudiese al llamamiento de Isabel de Aragón, que quería tenerla á su lado en Nápoles. Marta Marchina, napolitana, poetisa, versada en el latín, griego y hebreo, no quiso transigir con las livianas costumbres de la época, que la hubieran proporcionado elevada posición y riquezas que constantemente rechazó, manteniéndose de vender jabones en Roma (1). Laura Terracina, napolitana, Ersilia Cortés,

---

Florencia. Otros ejemplos semejantes podríamos citar; pero en todos ellos resulta un abuso de autoridad más que un vicio, una locura, una calaverada más que una costumbre, y sobre todo un desprecio inmenso á aquellas infelices que hacían tan gran papel en la sociedad italiana y que jamás tuvieron influencia con los españoles.

Precisamente una de las acusaciones que se dirigían contra ellos era que maltrataban á estas mujeres, y solían abusar de su fuerza con ellas, á pesar de su reconocida galantería. Era proverbial la frase de arrojarles el bolsillo, que era un insigne desprecio, en pago de su liviandad.

(1) Esta poetisa escribió algunas composiciones en elogio de obras españolas y unos versos latinos en las *Varias hermosas flores del Parnaso*, recopiladas por Juan Bautista Aguilar en Valencia.

Digitized by Google

de origen español, Lucia Bertana Gerona, versada en los clásicos, y otras muchas que fuera prolijo enumerar (1), contribuyeron con la publicidad de sus escritos á fomentar la literatura italiana, no menos que otras muchas señoras como Victoria Colona (1490-1547), mujer del marqués de Pescara, que cultivaron las letras dentro del hogar doméstico y entre un reducido número de personas.

España no fué menos que Italia en este punto; y tiene sobre todo un nombre tal, que él solo puede eclipsar á todas las escritoras italianas y aun europeas de su siglo: el de Santa Teresa (1515-1582). El de aquella mujer que, educada en el gusto extraviado de los libros de caballería, supo romper tal vez con más valor que ningún otro los preceptos de la antigüedad, hallándolos estrechos moldes para sus inspiraciones, y penetrando en los secretos del corazón humano con toda la profundidad de un filósofo y toda la ternura de una madre; el de aquella mujer de ánimo excelso que combatió con heroica resolución los defectos del convento y los de nuestra educación, y mereció el título de doctora con que la reconoce el mundo entero.

Dejaron también un nombre ilustre Isabel Losa, cordobesa (1473-1546), literata y poetisa latina, que, después de recorrer España, viajó por Italia, donde fundó un establecimiento de caridad y enseñanza; Luisa Sigea, toledana, poetisa latina, celebrada por Heinsio con aquellas palabras: *¡Oh, cœlo, salve nova lux quæ surges Ibero!* y que tuvo tanta aceptación en Italia, que hubo quien escribió con su nombre un poema que ella jamás hubiera escrito: Isabel Poya, natural de Lérida, que, después de haberse distinguido en España por sus conocimientos en filosofía, pasó á Roma donde tuvo cátedra pública, acudiendo á

(1) Los que quieran conocer los nombres de las poetisas y literatas de aquel tiempo pueden ver: TIRABOSCHI, tomo 7, lib. 3.—DOMENICHI, *Rime diverse de alcune nobilissime e virtuosissime donne*, 1559. —ANTONIO BANZA, *Poesie e memorie de donne letterate*. Vercelli, 1769.

Digitized by Google

oirla muchos cardenales y hombres eminentes; Laurencia Méndez de Zurita, madrileña (1547-1600), profesora de latín y poetisa, discípula de Alvar Gómez de Castro, y excelente tañedora de arpa y profesora de canto; Juliana Morella, barcelonesa (1594), que estudió catorce lenguas, escribió un poema en latín y varios cánticos, y habiendo seguido al destierro á su padre, que hizo una muerte en desafío, recibió el título de doctora en la universidad de Aviñón (1); Luisa Manrique de Lara, condesa de Paredes, sabia en las lenguas italiana, francesa y latina, autora del *Año cristiano;* Cristobalina Fernández de Alarcón, cuyos sonetos y canciones gozaron justa fama; Mariana Carvajal, novelista, autora de *Las Navidades de Madrid;* doña María de Zayas y Sotomayor, madrileña, novelista también; doña Feliciana Enríquez de Guzmán, Luisa de Silva, Angela Acevedo, Ana Caro y otras muchas que se conquistaron un nombre con su pluma, entre las cuales debemos citar á doña Oliva Sabuco, que escribió con tal superioridad respecto de su época, que muchos han creído imposible que fuera una mujer, sospechando que bajo ese nombre se ocultaba el de algún célebre médico. Descubrió el fluido nerveo, combatió la manía de los estudios teóricos y del uso de la lengua latina, así como el abandono de la labranza y el pastoreo, y aconsejó el aprovechamiento de nuestros ríos en canales y la aclimatación de árboles y pescados útiles.

Sería menester ocupar mucho espacio de este libro para dar á conocer con pormenores el estado de ilustración de la mujer en España después del reinado de los Reyes Católicos. La misma doña Isabel era una señora de

(1) Existe en la Biblioteca Nacional de París, y ha sido dada á luz hace poco por el encargado de aquella sección Mr. Alfred Morel-Fatio, una curiosísima carta de Juan Antonio Morella, en que describe minuciosamente los estudios y la distribución de las horas del día en ellos de su hija Juliana.

Digitized by Google

gran ilustración, que dió el ejemplo, estudiando cuidadosamente historia, dedicándose, siendo ya reina, á la perfección del latín, tomando por profesora á la célebre doña Beatriz de Galindo (1), conocida por *La Latina* (1475-1535), recomendando que las madres se encargasen de toda la primera educación de sus hijos, y abriendo las puertas del magisterio á las hijas del conde de Tendilla, doña María Pacheco y la marquesa de Monteagudo, no menos ilustradas que su padre, protector de la libertad religiosa de los moriscos, y que su hermano el historiador D. Diego Hurtado de Mendoza.

Francisca Nebrija, hija del célebre Antonio, sustituyó á su padre en la cátedra de Alcalá, y difundiendo las mismas ideas ilustradas y reformistas de éste; y doña Lucía Medrano desempeñó en Salamanca con aplauso público la cátedra de clásicos latinos, resolviéndose así un problema social y de instrucción pública, que todavía están discutiendo las naciones de Europa.

Las literatas y poetisas asistían con frecuencia á las academias, presidiéndolas alguna vez, y tomaban una parte activa con sus trabajos en ellas, en las fiestas públicas y en todos los hechos de la vida que se relacionaban de algún modo con las letras, como dejó consignado Rojas y Zorrilla en sus comedias *Lo que quería ver el Marqués de Villena* y *Lo que son las mujeres* (2).

---

(1) Esta insigne mujer nació en Salamanca, donde estudió latín y filosofía, llegando á adquirir tal fama, que sólo por ella la llamó doña Isabel á su lado, nombrándola camarista. Casó con el general de artillería D. Francisco Ramírez, y habiéndose quedado viuda con grandes riquezas á la edad de treinta y cinco años, fundó el hospital llamado de *La Latina*, en Madrid; y se dedicó á la enseñanza, creando un colegio para señoritas pobres.

Escribió varias poesías latinas, unas *Notas* acerca de los antiguos y unos *Comentarios* sobre Aristóteles.

(2) En la justa literaria celebrada en Madrid en 1547 en honor del poeta Miguel Cid, escribieron Doña Julia Salicia y Doña Isabel María de Losa y Salcedo.

En las fiestas de la ciudad de Toledo al nacimiento de Feli-

Digitized by Google

No creemos necesario recordar el gran número de monjas españolas que escribían en el claustro obras devotas ó místicas. Aquellos escritos contribuyeron bien poco al progreso; pero demuestran una educación culta y literaria, y cuando se examinan detenidamente causa pena descubrir una inteligencia elevada y una erudición tan gran-

---

pe IV, Lucinda Serrana, Doña Clara de Barrionuevo, Doña Alfonsa Vargas y Doña Isabel de Figueroa, natural de Granada.

En las de Valencia por la beatificación de Fray Luis Beltrán, el año 1608, escribieron Esperanza Abarca, Bárbara Abarca y sor Romera, monja de la Zaidia.

En las honras que celebró la universidad de Salamanca á Doña Margarita de Austria el 9 de Noviembre de 1611, Doña Antonia de Alarcón, natural de Madrid.

En las fiestas á Santa Teresa de Jesús, celebradas en Zaragoza en 1615, Angela Montena, Doña Luisa Zapata, Isabel de San Francisco, Doña Jerónima Fajardo, Doña Graida Grimau, Doña Isabel Navarro y Doña María de Peralta.

En la academia celebrada en Granada en 1622 en honor de Don Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque, Doña Josefa Bernarda de Aragón.

En la celebrada en la Alhambra el 13 de Febrero de 1661, Doña Isabel de Tapia.

En las de Valencia en 1629, Doña Elisarda Leonora.

En las fiestas del Corpus, celebradas en Ecija el año 1633, Doña Beatriz de Córdova y Doña Ana Delgado Hinojosa, monjas de Nuestra Señora de los Remedios, Doña Gómez de Cervantes y Doña Baltasara Riquelme.

En las exequias reales por los soldados que murieron en la batalla de Lérida, celebradas en Madrid en 1634, Doña Jacinta Vaca de Morales y Doña Ana María Dávila.

En el certamen poético de San Antonio en Campo de Criptana, en 1644, Doña Juana Salinas, monja seglar de San Juan de Alcalá y Doña Isabel de Perillán y Quirós, natural de Criptana.

En la academia celebrada de Zaragoza por la muerte del príncipe D. Baltasar Carlos, Jerónima de Viu, sor Jerónima Maicas, Doña María Francés, Doña Tomasina Francés, sor Gracia Antonia Vagues, Doña Beatriz Jiménez Cerdá, Doña Ana Francisca Abarca de Bolea y Mur y Doña Isabel Sanz de Latrás.

En las honras de Felipe III, publicadas por Doña Ana de Castro Egas, Doña Mariana Manuela de Mendoza, Doña Juana de Luna y Toledo, Doña Victoria de Leiva, Doña Catalina de Río, su sobrina, Doña Ana María de Castro, Doña Clara María de Castro y Doña Justa Sánchez del Castillo.

En el certamen poético de la universidad de Zaragoza, con mo-

Digitized by Google

de aplicada á asuntos impuestos por el gusto de la época.

Distinguiéronse siempre también Italia y España por el valor de sus mujeres, así en lances críticos de la vida como en actos de patriotismo, hasta el punto de que seguramente ninguna otra nación podrá presentar iguales ejemplos.

En España la historia está llena de leyendas de mujeres varoniles que unas veces lucharon con los moros, otras vengaron á sus esposos, padres ó hijos con las armas en

---

tivo de la fundación de las cátedras de filosofía, Doña Teresa Pérez de Olivén y Catalina Albalate.

En el *Aplauso* por la restauración de los votos de los estudiantes en Salamanca, Doña Mariana de Paz y Doña María Angela de Miranda.

En la academia celebrada en Madrid, con motivo de la canonización de San Francisco, sor María de San Bernardo de la Asunción y Doña Juana de Guerra y Rivera.

En la del marqués de Jamaica, celebrada el 22 de Diciembre de 1672 en Cádiz, Doña González Rodríguez de Mondoñedo.

En la de Pascua de Reyes (Madrid, 1674) de D. Melchor Fernández de León, Doña Sebastiana Cruzate.

Además escribieron por aquella época Doña Beatriz de Castro y Virués, mujer de Andrés Claramonte; Doña Esperanza de Claramonte y Corroy, su hermana, Doña Mariana Barahona de Soto, Doña Mariana Bautista, Doña Ana de Valdés, Doña Clariana de Ayala (Madrid, 1568), Doña Catalina Zamudio (Madrid, 1591), Doña Leonor de Yoiz, Doña Isabel de Castro y Andrade, (Madrid, 1597), Doña Hipólita de Narvaez, Doña Luciana Narvaez (Valladolid, 1605); sor Magdalena Amich (Barcelona, 1610); Doña Beatriz de Zúñiga y Alarcón (Madrid, 1618); Doña Baltasara de Cuéllar (Madrid, 1619); Doña Beatriz Cisneros Fernández Tagle, natural de Frómista (1620); Doña Inés de Peralta, (1622); Doña María de Orozco y Vargas (Madrid, 1624); Doña Antonia de las Cuevas (Valladolid, 1627); Doña Leonor de Ávalos y Velasco, señora de la villa de la Florida, Doña Eugenia de Contreras, religiosa en el convento de Santa Juana de la Cruz, Doña Antonia de Ledesma, Doña Bernarda Ferreira de la Cerda, (1634); sor Doña Juana Pacheco (Granada, 1640); Doña María Nieto (Madrid, 1642); Doña Hermenegilda Carvajal y Guiomar (Zaragoza, 1661); Doña Tomasina de Leiva y Mosquera (1680); Doña Catarina Clara de Guzmán, Doña Francisca Abarca de Jaca, Doña Cipriana de San Juan y Labrit, de Zaragoza, Doña Isabel Polonia Andrés, hija de Cipriano Andrés Gurrea, Doña Ana Vicencia de Mendoza, Doña Amatilde Jacinta Nisa, de Huesca, sor Ana Madre de Dios Casanate, de Tarazona, y otras muchas.

Digitized by Google

la mano. Doña Isabel la Católica mandó personalmente el ejército, y estaba siempre pronta en acudir á sofocar las rebeliones de los primeros tiempos de su reinado; María Pita se inmortalizó en Galicia en 1489, celebrándose todavía el aniversario de sus heroicidades; María Lago en ausencia de su marido Francisco de Vargas, alcaide del alcázar de Madrid, le defendió valientemente en la guerra de las Comunidades; la viuda de Padilla mandó un año la defensa de Toledo; María Montano, mujer de tanta ilustración como valor, por causas no bien explicadas, y probablemente amorosas, sirvió en los ejércitos de Carlos V.

María de Puzzol, napolitana, sirvió en el ejército italiano, murió en el campo de batalla y fué elogiada por el Petrarca; Antonia Camerino dió muestras de su valor en Pavía; y para no hacer muy larga esta reseña nos bastará citar aquellas señoras de Siena, que en 1554 formaron batallones para resistir á Cosme de Médicis y á los españoles, y que supieron morir heroicamente en la brecha ó perecer de hambre por las calles en tan horrible sitio.

Para terminar este punto, consignemos con pena que Italia ha honrado constantemente la memoria de sus mujeres célebres, siendo muchos los escritores que han publicado sus biografías y juicios críticos; sus retratos abundan en toda la península y decoran los museos, bibliotecas y palacios; se conservan como preciosidades históricas y nacionales sus autógrafos; en la universidad de Padua contempla el viajero la estatua de Elena Lucrecia Comaro, que sabía casi todas las lenguas y escribía correctamente en castellano, mientras que en España apenas tienen un recuerdo nuestras escritoras. Sólo Santa Teresa, más como imagen de culto que como literata, es conocida; y, sin embargo, Roma la levantó una estatua de mármol antes que España (1).

(1) La escultura moderna española ha llenado este vacío con la magnífica estatua de Santa Teresa, obra del artista D. Elías Martín.

Digitized by Google

CAPITULO VIII.

La imprenta.

Su introducción en Italia y en España.—Libertad de que gozó en España.—Su propagación desde España.—La Biblia políglota en España é Italia.

No es posible hablar de la cultura de aquellos tiempos sin decir algunas palabras sobre la imprenta, cuyo descubrimiento causó tan honda impresión en los espíritus, y nos dió el medio más poderoso de propagación de los conocimientos humanos, y la palanca más formidable para variar el aspecto de la sociedad, trayéndonos la vida moderna, en que el periódico y el libro penetran en todas partes.

La imprenta (1), perseguida desde su mismo nacimiento en otras partes, fué acogida en España é Italia con

(1) Creemos inadmisible, y una verdadera fábula, que sólo citamos aquí por curiosidad, la suposición de que Gutenberg era español ó de una de aquellas familias españolas que en tiempo de don Juan II de Castilla pasaban á Holanda, Flandes y Alemania con empresas de armas.

Parece que esta suposición no tiene más fundamento que llamar Wimpheling en su *Epitome Germanorum* á Gutenberg *Juan de Gutman*; el darle indistintamente los nombres de Gutenberg ó Gutman el francés Pedro Matheo en su *Summa Constitution Pontific.*, Lion 1589, y la explicación de Floranes, que hace al apellido castellano Guzmán origen tal vez de Gutenberg, modificado con la terminación *berg*.

Aunque realmente no está en claro la genealogía de Gutenberg, no hemos visto nada que autorice estas suposiciones.

Digitized by Google

aplauso y entusiasmo. La reina Isabel por una carta orden dada en Sevilla el 25 de Diciembre de 1477, declaraba á Teodorico, alemán, franco de alcabalas, almojarifazgo y otros derechos, «por ser un gran impresor, por traer libros á España con peligros de la mar y por ennoblecer nuestras librerías»; y el 26 de Mayo de 1480, á petición de las Cortes, firmaba la célebre pragmática eximiendo de toda clase de derechos la introducción de libros extranjeros en España; disposición notabilísima en aquel tiempo, que no imitó en siglos ningún otro Estado, y que en España sólo pudo ser reproducida después de la revolución de 1868.

Todos nuestros escritores bendijeron como un inmenso progreso para las artes y para las letras la invención de la imprenta, sin que penetrara en España aquel terror que conmovió á Europa, y que hizo suponer á algunos espíritus medrosos que la Providencia nos había dado el Nuevo Mundo como asilo de la fe católica contra el espantoso y formidable enemigo de las prensas. La universidad de Lovaina, que hizo la primera lista de obras prohibidas, y dió á Roma la idea del *Índice,* consiguió que fueran perseguidos los pobres impresores, que buscaron un refugio en España y en otras naciones. La Sorbona pidió al rey la abolición del «arte peligroso de la imprenta»; fueron desterradas familias enteras por dedicarse «al arte maldito», y Francisco I, entre otras muchas víctimas, mandó quemar á Roberto Estienne, por el crimen de haber puesto en números arábigos los versículos de la Biblia. El pueblo francés seguía á estos infelices hasta la hoguera, gritando: ¡Mueran! ¡Mueran!....

En cambio véase cómo explicaba la invención de la imprenta el canónigo Alonso Fernández de Madrid por el mismo tiempo: «En este tiempo, cerca del año de 1442, poco más ó menos, en Alemania, en la ciudad de Gutemberga Argentina, ó como otros escriben, Maguncia, un ciudadano de ella, hombre de ingenio, llamado Fusco, inven-

Digitized by Google

tó aquella muy sotil, admirable y provechosa arte de imprimir los libros y escribirlos en molde; por cuya industria se escribe más escriptura en un dia que se pudiera escrebir de otra manera en medio año, la cual invencion trajo despues á Italia un varon ingenioso llamado Conrado, en el año de 1458..... Algunos quieren decir, aunque no con mucho fundamento, que este arte de imprimir era más antiguo, y se había perdido, é que en este tiempo torró á renovarse. No sé si es así; mas sé que el mundo debe mucho al inventor ó renovador (1).» Testimonio cuyas palabras hemos copiado por lo curiosas; pero al cual podríamos agregar otros muchos de aquella época, igualmente honrosos para España.

El cardenal de Burgos decía que «por mucho que quisiera escribir para alabar el arte de la impresión de libros, nó acabaría nunca, y que la gloria de la monarquía y el bien de la república estaba en acrecentarlo». Deseaba además que se nombrasen buenos escribientes de mano, para que, pasando al extranjero, trajesen copias de las obras notables y se imprimiesen en España, llevándolas allá á vender.

El doctor Páez de Castro, en Memorial dirigido al rey Felipe II, comprendiendo la importancia de la imprenta como industria, le decía: «Como tras de un ejército, que no se hace más que para la gente de guerra, van muchos oficiales y otras gentes necesarias al servicio, con la librería se harán luego muchos escribientes en todas lenguas y ganará de comer mucha gente. Siguen también á las librerías los artificios de hacer papel, por causa de los escribientes y estampas; todo esto va eslabonado, como tengo dicho. Tras los libros van los hombres sabios, y tras ellos los que quieren ser discípulos, y éstos han menester

(1) *De la antigüedad y nobleza de la cibdad de Palencia*, 1556.

Digitized by Google

á los escribientes y estampas, y éstas los materiales, que son papel, pergamino y lo demás.»

Con estos antecedentes tan honrosos, España resistió, no sólo las ideas de persecución de la imprenta, sino aquel espíritu de absorción que Roma quiso tener desde el primer momento. Pensó el papa crear en el Vaticano una soberbia imprenta, dirigida por doce hombres eminentes italianos, españoles, franceses y alemanes, con objeto de que imprimiesen las obras de los Santos Padres y otras religiosas, sin que ninguna otra nación pudiera reimprimirlas. Llamó al embajador español para consultarle; le dijo que el embajador de Francia había aceptado el pensamiento, y trató de convencerle; pero el español escribió inmediatamente carta citrada al rey en 26 de Abril de 1588 diciendo: «Sin alabar ni reprobar el motivo de la estampa le agradecí la confianza, y me excusé de proponerle personas, diciéndole que lo más seguro sería acudir á las universidades.» Al siguiente día escribió de nuevo al rey proponiéndole que las universidades representasen contra este privilegio y rogándole que no cediese á la carta que recibiría del nuncio por mandato del papa, mirando de este modo por la independencia y libertad de la imprenta bajo el doble punto de vista de la industria y del derecho.

Con tan útiles disposiciones, la imprenta adquirió en breve en España una baratura que no tuvo en ninguna nación, y que subsistió hasta que la suspicacia del poder en tiempo de Felipe II puso tantas trabas para la publicación de los libros, que llegaron estos á un precio fabuloso. La *Biblia Políglota,* que valía seis ducados, llegó entonces á treinta, y la *Historia de D. Juan II,* que valía ocho reales, se vendía á ocho ducados, y aun era difícil encontrarla (1).

(1) Carta del doctor Juan Páez de Castro al secretario Mateo Vásquez el 10 de Abril de 1558.

Digitized by Google

Los libros elementales de enseñanza gozaron de una gran libertad hasta el último tercio del siglo, en que Felipe II, considerándolos bajo el doble punto de vista de objeto de la censura y de fuente de recursos, comenzó á conceder privilegios sobre su publicación, dando, por ejemplo, el de la impresión de las Cartillas de lectura á la catedral de Valladolid, apreciando su renta líquida en ochocientos ducados.

Unida esta causa al rigor con que Felipe II hacía cumplir las leyes sobre obras prohibidas y las listas que en su tiempo comenzaron á publicarse en España (1), de cuyos puntos hablamos más adelante, produjo un decaimiento en el arte de la imprenta que fué muy sensible para el progreso de nuestra patria.

Italia tuvo durante el siglo XV mayor número de imprentas que España, tanto porque su situación en Europa la ponían más al paso de aquellos impresores que salían de Alemania á propagar el arte ó de los desgraciados que huían de Francia, como por la ilustración de tantos Estados independientes en que la cultura tenía vida propia y en que había constantemente una profunda rivalidad.

Por otra parte, la aglomeración de hombres ilustres de todas las naciones favoreció la instalación de la imprenta en aquella península (2).

Pueden compararse los precios de los libros en varios documentos; pero especialmente en el catálogo de la Biblioteca de Colón y en las libranzas que autorizaban el pago de los que compró Cristóbal de Estrella, maestro de los pajes del príncipe D. Felipe, en Salamanca y Medina del Campo en 1545. Ambas notas contienen el precio, el tamaño, los volúmenes y la encuadernación.

(1) La primera lista de libros prohibidos en España se imprimió en Valladolid en 1559.

(2) La primera impresión que se hizo en España parece que fué la del *Opúsculo dramático* de Bartolomé Mates, en Barcelona, por Juan Gherling (9 de Octubre de 1468).

La primera que se hizo en Italia parece que fué la de *Las Epístolas de Cicerón*, en Roma, 1467, por Conrado Swynheym.

Digitized by Google

Sus primeras impresiones son hoy buscadas por los bibliófilos con más interés que las alemanas, como modelos de elegancia y buen gusto.

Pero las impresiones en lengua castellana no se hacían sólo en España. En 1480 se publicó en Tolosa de Francia la traducción castellana del *Peregrinaje de la vida humana*, hecha por Vicente Mazaela, natural de Burgos. En 1489 se imprimió también la *Visión deleitable de la filosofía y artes liberales*, del bachiller Alonso de la Torre; y en 1494 la traducción castellana del libro de *Propietatibus rerum*, de Bartolomé Anglico. En 1497 se imprimió en Venecia el *Pentateuco* en lengua castellana; y desde entonces Italia publicó tantas obras en castellano, que no es este el lugar de indicarlas por falta de espacio.

Contribuímos también á extender el conocimiento de la imprenta por todo el mundo, llevándola á las más remotas regiones en Asia y América. En 1547 se imprimió en Constantinopla el *Pentateuco*, en cuyas ediciones posteriores introdujeron los judíos españoles los caracteres latinos. En la China y en el Japón los hermanos Pedro y Juan de Vera imprimieron en lengua y letra china y en lengua y letra castellana, siendo fray Juan Cobo el primero que tradujo el libro *Espejo rico del claro corazón* del chino, dando á conocer á Europa la literatura de aquel misterioso imperio.

Ninguna nación pudo rivalizar con España en la consagración de un monumento inmortal á la imprenta.

A principios del siglo XVI dotó España al mundo del monumento más grandioso que en aquella centuria salió de las prensas, honra de nuestra patria y gloria de las letras.

Sentíase tanto en España como en Italia la falta de libros orientales y de los medios propios para imprimirlos. Aldo Manucio, en 1503, había concebido el proyecto de imprimir la Biblia en hebreo, griego y latín, con objeto de introducir la impresión de las dos primeras lenguas en

Digitized by Google

Italia, de comparar los caracteres de las tres y de presentar el cotejo de las Sagradas Escrituras en beneficio de los teólogos, los literatos y los orientalistas. Manucio, auxiliado por muchos amigos, llegó á imprimir una hoja volante en Venecia como muestra de lo que podría ser la obra; pero encontró tales dificultades, así para encomendarla á personas doctas como para reunir los caracteres de imprenta necesarios, que se vió obligado á desistir de su propósito, considerándole imposible.

El cardenal Cisneros concibió también el mismo pensamiento y se propuso llevarlo á cabo, no ya desde el seno de una academia, sino en medio de su agitada vida y cuando tenía á su cargo los asuntos más difíciles de la política; y lo hizo venciendo con entusiasta fe y asombrosa energía todo género de obstáculos. Pidió al papa que le franqueara la preciosa colección de códices del Vaticano; compró los originales ó hizo copiar los manuscritos más notables de toda Europa; adquirió en cuatro mil coronas de oro los siete códices hebraicos que tenían mayor fama entre los literatos; estableció una fundición de imprenta en Alcalá de Henares, y llamó á los mejores artistas de España, Italia y Alemania para que fundiesen los caracteres, pagándoles largamente. Nombró además una junta compuesta de Antonio Nebrija, Nuñez (el Pinciano), López de Zúñiga, Bartolomé de Castro y Juan de Vergara, españoles cristianos; Demetrio Cretense, griego, y Pablo Coronel, Alfonso Médico y Alfonso Zamora, judíos; personas todas tan doctas en Sagrada Escritura como en letras humanas y en el conocimiento de las ciencias orientales, que se dedicaron al estudio, purificación y confrontación de los originales y á la corrección tipográfica en sesiones diarias, que muchas veces presidía el mismo Cisneros, tomando parte en las discusiones y trabajos.

Quince años sin descanso alguno se emplearon en esta obra, cuyos seis volúmenes en folio quedaron terminados en 1517 con gran satisfacción del cardenal Cisneros,

Digitized by Google

que temía constantemente se le acabara la vida antes de ver el fin de su obra, y que dijo: «De cuantas cosas arduas y difíciles he ejecutado en honra de la república, nada hay, amigos míos, de que me debáis congratular tanto como de esta edición», poniendo así esta gloria literaria, sobre todas las demás de su vida (1).

Y en efecto, no sería fácil sin copiar muchas páginas dar á conocer la admiración y el asombro que causó aquel monumento literario en toda Europa. Italia tuvo constantemente durante el tiempo que duró la impresión el propósito de rivalizar con España. Roma intentó hacer otra Biblia políglota, pero Alejandro VI no creyó posible realizarlo en aquellos momentos; Venecia resucitó el proyecto de Aldo Manucio, sin poder tampoco llevarlo á cabo; y sólo Génova llegó á publicar en 1515 el *Salterio cuadrilingüe*, que quedó eclipsado ante la Biblia Complutense, y que no ha merecido el ser consultado hasta en nuestros días por los orientalistas, como la obra inmortal del cardenal Cisneros.

En 1567 escribió el famoso impresor Cristóbal Plantino á Felipe II lamentándose de la falta de ejemplares de la Biblia políglota, comprometiéndose á hacer una nueva impresión con caracteres más perfectos, remitiéndole como prueba un pliego impreso, y pidiendo le ayudara, si lo aprobaba, con dinero y asistencia de amparo y autoridad. Accedió á ello Felipe II, y en 11 de Marzo de 1568 nombró para dirigir este trabajo al doctor Benito Arias Montano, con el sueldo de 300 ducados, escribiendo al mismo tiempo al duque de Alba para que le ayudase, y á la universidad de Lovaina para que eligiese dos varones que compartiesen con Montano el trabajo.—De esta ma-

(1) Creemos que no se conserva en España más que un solo ejemplar de la Biblia políglota en magnífica vitela, que se halla en la biblioteca de la Universidad de Madrid, donde vienen á verla muchos extranjeros.

Digitized by Google

nera contribuyó España á llevar á cabo aquellos dos monumentos sin rival.

Nuestros embajadores no eran sólo políticos y diplomáticos, encargados de llevar á cabo las intrigas propias de la época y de representar personalmente al monarca, sino que trasmitían á su gobierno noticias científicas y literarias y tenían constantemente el encargo de reunir libros notables para traerlos á España. Existen multitud de cartas que lo prueban con detalles curiosísimos. El embajador de Venecia, Guzmán de Silva, visitaba las librerías y estaba en tratos con los comerciantes de libros, habiendo comprado el 12 de Agosto de 1572 á Vicente Valgrisi, en treinta escudos de oro, una colección muy curiosa de libros de alquimia, y poco después otra de autores griegos para remitirlas á España. Apenas supo que D. Juan de Austria había sido nombrado para el mando de la escuadra en Oriente, le escribió recomendándole que tuviese especial cuidado de recoger los libros que pudiera en griego y en hebreo. Arias Montano tuvo el mismo encargo en casi toda Europa, y comunicaba á Antonio Gracián notas acerca de los libros hebreos de venta en el extranjero.

D. Diego de Mendoza, embajador en Roma y Venecia, llegó á adquirir tal fama en estas investigaciones, que habiendo rescatado un cautivo, sobrino del gran turco, éste se informó del regalo que debía hacerle, y creyó que con nada mejor podría agasajarle que mandando buscar en Grecia multitud de libros de mérito, con los cuales le hizo un magnífico presente, formando de este modo D. Diego una biblioteca clásica notabilísima.

Como en España había el mismo amor á los libros, la catedral de Toledo escribió á Mendoza rogándole que la legara esta biblioteca, prometiéndole en cambio hacer un aniversario solemne todos los años, poner su busto con sus armas y su nombre en el lugar que él eligiera y escribir también su nombre en la primera hoja de cada libro, con otras ventajas que habrían de convenirse: carta curiosísima

Digitized by Google

y honrosa que existe en el cabildo de la misma catedral.

El mismo cuidado de atesorar libros tenían otras muchas personas y establecimientos ó asociaciones. Antonio Gracián se informaba de todas las ventas de libros, habiendo comprado los procedentes de las almonedas del conde de Luna en León y del obispo de Valencia. El prior del Escorial habiendo sabido que en casa de Juan Idiáquez había cerca de cuatro mil manuscritos árabes, pidió en seguida al rey que los comprase para el monasterio. Sólo la formación de la biblioteca del Escorial dió motivo á una correspondencia con Italia, cuya publicación sería tan útil para la historia como honrosa para nuestra patria.

De este modo se formaron aquellas riquísimas bibliotecas en las casas de los grandes, de los literatos y en los conventos, de que hoy apenas queda noticia, sino por las citas de algunos escritores y por documentos ó contratos relativos á su venta, que la curiosidad bibliográfica ó el estudio de nuestros archivos va dando á luz.

La biblioteca de Francisco Fillol, canónigo de Tolosa, se componía de: un salón de música que contenía todo género de instrumentos antiguos y modernos, y los libros más notables de canto; una galería de armas griegas, romanas, turcas, árabes, cristianas, etc., y una colección de cuernos; otro salón con estantes, que ocupaban más de 2.000 libros y 1.600 tomos de manuscritos ó folletos: entre estante y estante estaban los bustos de todos los emperadores romanos, de los cardenales, de los profesores de Leyden, 400 planchas de plomo con molduras históricas de plata cincelada y varios jarrones de flores artificiales; otra sala de medallas y monedas que tenía 3.000 medallas imperiales, 260 consulares, además de las griegas, góticas y princesas, y muchas extranjeras, habiendo más de 1.200 de plata; 60 tomos de manuscritos antiguos, planchas enceradas en que escribían los romanos; escritos chinos en papel de seda y etiópicos en hojas ó cortezas de árboles; un camarín de piedras preciosas en que había 500 sellos ro-

Digitized by Google

manos, muchos camafeos, emblemas y divisas, y 45 testas de emperadores; una galería conchológica de inmensa riqueza, en que parte de las conchas y caracoles estaban hábilmente colocadas sobre una mesa de seis varas de largo y seis palmos de ancho; un salón de antigüedades con gran número de prodigios en pájaros, peces y animales; un sepulcro griego de alabastro; urnas de cobre, barro y vidrio, lagrimales y lámparas de tierra, hierro, cobre y metal corintio, vasos de sacrificios, 24 estatuas de bronce, 8 cabezas de mármol de talla, figuras de marfil, pesos antiguos, vasos de porcelana, tierra sellada y dioses de los egipcios; otra sala de artes y oficios en que estaban los artefactos y obras de torneros, relojeros, plateros, pespunteadores, bordadores, cerrajeros, armeros, etc.; un camarín de trazas, invenciones y caprichos de artífices; otro de escultura con trozos y modelos raros y más de 200 figuras de estuco; una sala de escultura y pintura con obras del Parmesano, Alberto Durero, Miguel Angel, Tintoretto, Ticiano, etc., y más de 2.000 estampas; otra sala de historia natural y ciencias, que contenía semillas, raíces, sales, gomas, esencias, calcinaciones y frutas; los instrumentos de matemáticas, astronomía y óptica, con 60 espejos de diferentes demostraciones; en medio había una mesa de diez pasos de largo, con 250 volúmenes que contenían más de 5.000 estampas de retratos, países, etc.; varios atriles de siete pasos de largo cada uno, con medallones, planchas de cobre y plomo vaciadas, más de 1.500 piezas de oro y plata, 14 docenas de conchas grandes, empedramientos, corales, cristales, mármoles, jaspes, etc.; y 3 pirámides de mármol de adorno; una oficina de colores para la pintura; 80 planchas de esmalte, un armario con 300 mariposas disecadas; obras de historia natural, entre ellas las de Gesnerio, Fusio y el *Huerto Extetensio*, con 400 hojas de flores imitadas del natural y escudos de armas; una galería de anticuarios franceses; una sala de diseños, con dibujos de lápiz negro y rojo, iluminaciones, aguadas, etc., y 1.600 obras

Digitized by Google

de poetas; otra sala de 600 historiadores, y otra de los libros que salían á luz en aquel tiempo.

No nos detendremos á hablar de la biblioteca del Escorial, por ser demasiado conocida y conservarse en su mayor parte; pero sí diremos que se llevaron á ella copias de todo género de animales y se formó un herbario con las plantas curiosamente disecadas, y no siendo posible por la aridez del terreno y lo frío del clima tener allí ciertos animales vivos, se creó el jardín zoológico en el botánico de Aranjuez, aclimatando allí rinocerontes, elefantes, adives, leones, onzas, leopardos, camellos, avestruces, zaidas, martinetes, airones, etc.

Pero todavía puede indicar mejor el estado de nuestra cultura respecto de este punto, lo mucho y bueno que entonces se escribió en España sobre bibliotecas. El proyecto presentado por D. Juan Páez de Castro á Felipe II sería notable en nuestros mismos días. Según él, debía construirse la biblioteca en Valladolid, erigiendo un edificio firme, perpetuo y proveído contra los casos de fuego, en el cual habían de reunirse no sólo las obras de todo género, sino la legislación de todos los pueblos, los documentos públicos y los presupuestos. Para auxiliar el estudio hecho sobre el libro, había de poseer todos los instrumentos científicos, los modelos de ingenios y máquinas, todo género de relojes y de espejos, una colección de antigüedades naturales, otra imitada de los objetos que no pudieran conservarse y los retratos de todos los hombres célebres. A este proyecto acompañaban instrucciones para realizarle en breve plazo (1).

---

(1) La distribución que proponía Páez de Castro era la siguiente:

SALA PRIMERA.—Libros antiguos y manuscritos.—Sagrada Escritura.—Doctores griegos y latinos.—Concilios universales y provinciales.—Historia eclesiástica.—Derechos.—Ordenanzas de reinos y señoríos.—Filosofía y medicina antiguas.

Digitized by Google

Don Juan Bautista Cardona dió tales consejos sobre disposiciones de una biblioteca, manuscritos, catálogos, etc., que están á la altura de nuestro tiempo; y otros muchos escribieron con la pretensión de que rivalizáramos con Italia en este punto, creyendo fácil conseguirlo,

---

Esta sala tendría el carácter de tesoro nacional más que de librería.

Pinturas que habían de adornarla.—Retratos de los doctores de la Iglesia y de los sabios antiguos.—Pintura principal: Jesús hablando á los doctores.

SALA SEGUNDA.—Obras de ciencias.—Cartas universales de marear y de cosmografía.—Carta grande de las Indias occidentales.—Toda clase de globos celéstes y terrestres.—Mapas de reinos, provincias y regiones.—Instrumentos de matemáticas y astronomía.—Todo género de relojes.—Espejos de extraños efectos.—Modelos de ingenios y máquinas.—Arboles de genealogía de los reyes de España y de los demás reinos.

Antigüedades.—Cosas naturales maravillosas.—Vasos y urnas de los antiguos.—Arboles, plantas y frutas hechas de metal y con sus colores propios para el estudio.

Pinturas.—Retratos de los reyes de España y de los príncipes más notables de otros reinos.—El de Arquímedes, rodeado de máquinas y espejos.—El de Tolomeo pintando el mundo.—El de Aristóteles componiendo el libro de animales.—Los de Hernán Cortés, Cristóbal Colón y Magallanes.—Descubrimiento y cosas del Nuevo Mundo.—Pintura principal: la creación del mundo.

SALA TERCERA.—Archivo: Concesiones de los papas á España.—Decretales de los concilios.—Escrituras de concordias entre conquistadores.—Pactos dotales en casamientos de príncipes.—Mercedes hechas á grandes, y sus causas, condiciones y obligaciones.—Testamentos de los reyes de España.—Dotaciones de iglesias y monasterios.—Memorias del patrimonio real.—Tributos de España, con la suma de lo que montan y modo de cobrarlos.—Gastos antiguos de la casa real.—Gastos del ejército y de los oficios de justicia.—Confederaciones con reyes.—Leyes y fueros.—Repartimientos de las Indias.—Comentarios escritos por los reyes.—Relaciones de los embajadores.

Pinturas.—Retratos antiguos.—Julio César tratando de dar reformas.—Augusto César con sus tres libros.—Vespasiano con el libro del Imperio.—El emperador Carlos V.—Pintura principal: la parábola de los talentos.

MODO DE FORMAR ESTA BIBLIOTECA.

Además de lo que había en España, se comprarían los libros en Roma, Venecia, Florencia y Levante.—Los libros griegos de Sici-

Digitized by Google

y asentando que nuestras bibliotecas podrian ser un gran beneficio para el porvenir, no estando expuestas como las italianas al bárbaro furor de constantes guerras y al saqueo de los extranjeros.

---

lia y Calabria, en cuyos monasterios los frailes no los entienden y los están vendiendo, pudiéndose comisionar para esto á Juan Osorio de Silva.—En cuanto á los libros impresos, mandar traer de Italia los duplicados.—Los regalos y presentes al rey, haciendo mención de ellos en recompensa.

Sala segunda.—Se dará orden á los cosmógrafos para que labren las cartas y los globos.—Los embajadores remitirán las preciosidades ó se juntarán por las navegaciones de Portugal.—Las antigüedades se traerán de Italia y Sicilia.—Las pinturas las harán españoles ó italianos.—Los instrumentos y modelos se traerán de todas partes.

Digitized by Google

LIBRO TERCERO.

POLÍTICA.

CAPITULO IX.

Política en general.

Estados italianos.—Diferencia entre su organización y la de las naciones modernas.—Maquiavelo.—Política española.—Nuestro gobierno en Nápoles.

Los italianos elogian extraordinariamente la organización municipal de sus antiguos Estados y Repúblicas, y algunos han creído que en ella deben buscarse los principios de la libertad política que ha llegado á gozar Europa.

Tenemos acerca de este punto ideas muy diferentes. Las costumbres y libertades municipales no son las costumbres y libertades políticas] que Europa pudo aplicar á grandes Estados, ni mucho menos las que han ido naciendo de un progreso constante, y están hoy consignadas en las Constituciones modernas. En aquellas Repúblicas hubo épocas de gran tiranía; su organización recordaba en la mayor parte de los puntos el feudalismo, y la historia, siempre tumultuosa, de aquellos pequeños Estados, no podrá presentarse nunca como modelo, porque fué una serie no interrumpida de luchas sangrientas entre los nobles y el pueblo, ó cuando menos entre muy opuestos intereses, que no hubieran podido jamás entrar en esta nivelación que ha producido el progreso político.

Digitized by Google

Era hasta difícil de comprender á los españoles aquella serie de ligas, que tenían por principal objeto, no la propia seguridad, sino el odio á otras ciudades ó entre las clases sociales; aquel sinnúmero de víctimas en cada república; aquellos saqueos horribles; y en general aquellas grandes guerras, nacidas, como dice Maquiavelo, de querellas particulares y diminutas. Ni menos podían comprender que aquellas repúblicas y ciudades fueran vendidas como objetos de comercio (1). ¿Podía ser alguno de estos hechos elemento de porvenir, y base de las libertades modernas?

No es este el lugar de aquilatar lo que el derecho y la ciencia moderna deben á cada una de las naciones de Europa, ya como teoría y doctrina, enseñada por hombres eminentes, ya como práctica de los pueblos, arraigada en lo íntimo de su existencia; pero puede sostenerse sin duda alguna, que los principios fundamentales del régimen parlamentario, y aun constitucional, que es la política de nuestro siglo, y será probablemente la del porvenir, se encuentran en España, y especial y concretamente consignados en las peticiones de las Comunidades de Castilla con una claridad, que ha sido justo motivo de asombro para historiadores extranjeros.

Goza Maquiavelo la fama de haber sido el primero que pretendió crear una ciencia política; pero cometió el grave error de separarla de la moral al mismo tiempo que la separaba de la teología, creando una excisión de fatales resultados en la disciplina de la organización pública (2).

Pero nos basta pronunciar el nombre de Maquiavelo,

---

(1) Hubo ciudad vendida ocho veces en poco tiempo. Pisa fué vendida en 1405 á Florencia en 200.000 florines; Francia la vendió en 100.000, y Fernando el Católico en 50.000; Luca en 180.000; Cortona en 60.000, etc.

(2) Convenimos en este juicio con Eugenio Camerini en sus *Profili letterari*, publicados en Florencia en 1870.

Digitized by Google

y recordar la triste fama de que le han rodeado los tiempos, hasta el proverbio, para comprender cuál era el estado del derecho y de la libertad en la época en que escribió su libro *Del Príncipe*. No culpamos, como han hecho otros, á Maquiavelo de índole perversa sólo por sus escritos, sino que nos explicamos perfectamente la idea de un buen político que él se formó para contener los abusos y los crímenes de su tiempo, y para conservar el poder, no ya contra los derechos y las quejas de un pueblo, sino contra las ambiciones y los intereses de nobles y señores corrompidos, que no encontraban límites en el modo de satisfacer sus deseos.

Desgraciadamente en aquella época lo que se llamaba política y diplomacia era solamente un laberinto de caminos tortuosos, de falsedades, de embrollos, de promesas que se hacían sin ánimo de cumplirlas, y de habilidades demasiado toscas para poder faltar á los tratados más solemnes en el momento en que tuvieran fuerza bastante para romperlos con la espada. Fernando el Católico, que pasa por el mayor político de su época, declaraba que había engañado muchas veces al rey de Francia (1); y los príncipes italianos conspiraban tan constantemente, que un historiador dice que jamás firmaron una carta ó un tratado, ni estrecharon una mano, ni dieron una palabra, ni adquirieron un compromiso, sin estar pensando en aquel mismo momento en faltar á lo que prometían ó juraban.

Las autoridades que gobernaban justamente eran despreciadas, y merecían un juicio poco favorable á su talento. Tal vez no hubo más que una de este género en Italia:

(1) Guicciardini juzga de este modo á Fernando: "*Re di eccellentissimo consiglio e virtu, e nel quale, se forse stato constante nelle promesse, no potesti facilmente riprendere cosa alguna.*" Maquiavelo retrata á los reyes de su tiempo con las siguientes palabras: "*Un imperatore instabile e vario; un re di Francia sdegnoso e pauroso; un re d'Inghilterra rico, feroce e cupido de gloria; un re di Spagna taccagno e avaro.*"

Digitized by Google

Pedro Soderini, en Toscana, que después de haber gobernado sin apelar á medios reprobados, ni excitar queja alguna, fué depuesto y ridiculizado por el mismo Maquiavelo como un inocente (1).

Ante esta política, en que tantas veces intervino Maquiavelo, se comprende perfectamente que no pudiera enseñar á un príncipe más que las máximas que le han dado fama, cuya censura, tal vez exagerada, ha hecho olvidar el mérito de Maquiavelo como historiador y como literato.

Maquiavelo creyó que faltaba Dios (*mancava Dio*) en la sociedad y en la política, y que sobraba la teocracia, en lo cual ciertamente no iba descaminado respecto de su patria. Con su profundo espíritu conoció que en las cuestiones italianas había siempre un móvil ó un fondo clerical y teocrático, ante el cual se desconocían los derechos de los pueblos y de los reyes, que sólo eran consagrados por el papa cuando servían á sus particulares intereses.

Pero precisamente España seguía en este punto un rumbo completamente distinto. La organización de la Edad Media había sido en España más sabia y más profunda que en ninguna nación. San Fernando, con ilustrado instinto y poderosa energía, la había comprendido mejor que ninguno de los reyes, guerreros y políticos de aquel período tan equivocadamente juzgado por algunos escritores, estableciendo un equilibrio, necesario siempre entre las fuerzas sociales, pero variable según las manifestaciones de éstas en cada época. Así en nuestra historia, y al través de tantas y tan crueles vicisitudes, hay un progreso constante desde la misma creación de la monar-

(1) Le hizo este epigrama:

La notte che morì Pier Soderini
L'alma n'andò dell'inferno alla bocca;
Ma Pluto le gridò: Anima sciocca!
¿Che inferno? Va nel limbo dei bambini.

Digitized by Google

quía asturiana. El estado momentáneo, la situación transitoria, el rey, el gobierno, son víctimas de las vicisitudes pasajeras de los tiempos; pero por bajo de este oleaje de la superficie y de estas aparentes turbaciones, progresa sin cesar la organización social con instituciones salvadoras, como las Cortes y los fueros municipales, que sin ser con frecuencia citados por historiadores poco reflexivos, ejercen una influencia poderosísima en la política, y son el elemento principal del equilibrio en la vida nacional.

Las mismas guerras que devoran nuestros Estados, no son las rivalidades de las ciudades y Repúblicas italianas, que querían vivir cada una á costa de las demás. Son ambiciones propias, deseo de engrandecimiento, hasta cierto punto legítimo, y subordinado en lo general á la adquisición de una patria contra el enemigo común. Así Castilla, que es el reino que comprendió mejor este pensamiento, se impone á todos los demás, y aun en los períodos de mayor desgracia, de mayor abatimiento, de mayor miseria, como en los reinados de Enrique III y de Enrique IV, es la esperanza del porvenir, da soberanos que imponen sus ideas á Navarra y Aragón, y comienza á ser mirada como madre de todos los Estados de España.

En este gran camino de la política no hay más que un pensamiento constante, una idea fija, aunque parezca eclipsada á veces: la reconquista de la patria. La religión y el clero toman una parte activa en esta empresa, hasta el punto de llegar á confundirse la patria y la religión; influyen los prelados en la política por su sabiduría, por su fuerza, por sus intrigas alguna vez; pero no crean nunca, ni siquiera tienden á crear el gobierno teocrático: son nobles, magnates, señores, como los demás, que unas veces sirven á la corona y otras á los pueblos, que se rebelan como cualquier caballero, que mandan sus mesnadas como los concejos, que se reparten la gloria y las conquistas como la corona y los magnates; pero se funden en el Estado, en la patria, en la organización política y social, sin

Digitized by Google

aspirar nunca á desterrar del poder el elemento civil, del mismo modo que éste no cree incompatible el clero con el gobierno.

De aquí nace la gran diferencia entre las ideas políticas de Italia y de España; y que el sistema de Maquiavelo no fuera aplicable en modo alguno á nuestra patria, ni aun comprensible para nuestros hombres de Estado, como podríamos demostrar con gran número de citas. Faltaba Dios, en efecto; faltaba la religión y sobraba la teocracia en Italia; pero no faltaba en la política española, donde el soldado defendía la Iglesia como creencia y no como poder, y donde los clérigos y prelados eran embajadores y gobernadores, representantes de la nación y del rey.

España, dueña de gran parte de Europa por las armas y por la diplomacia, tuvo políticos más grandes, aunque menos astutos, que los italianos; pero su política tuvo orígenes y manifestaciones de un orden muy distinto, que podrían juzgarse comparando solamente la obra del P. Rivadeneyra en su *Príncipe cristiano*, refutación de la obra de Maquiavelo, y en los escritos de Juan de Mariana. Nosotros tuvimos principios más morales y más puros, y axiomas de libertad más filosóficos y más eficaces; porque no los derivábamos ni de una teocracia aplicada al gobierno de la sociedad, ni de un principio constante de rebelión contra el poder, sino de una armonía cuyo origen se buscaba en los mutuos deberes del súbdito y del soberano, fundamentados sobre la religión cristiana.

Tal vez bajo ningún punto de vista se diferenciaban tanto las ideas de los españoles de las de los italianos como en la cuestión política. Llevaron aquéllos de España la gran idea de la unidad de la patria, de la concentración del poder en una sola mano, de la admiración y respeto á unos reyes que habían reconquistado la nación y miraban cuidadosamente por los intereses populares. Ante estas ideas se encontraron con una serie de distintos dominadores en cada ciudad, lo cual variaba constantemente su or-

Digitized by Google

ganización, y con las influencias de las familias prepotentes, no dando lugar á estabilidad alguna y conculcando todos los derechos con excesiva frecuencia.

Los derechos de ciudadanía no eran allí los derechos de la libertad del pueblo, ni siquiera aquellos adquiridos por nuestras ciudades como premio á su valor ó á su lealtad, sino que tenían mucho de la antigua ciudadanía romana; eran privilegios odiosos para todo el que no los poseía, y engendraban divisiones profundas en la sociedad, hasta el punto de que había distintas clases, unas que contribuían con graves impuestos (*sopportanti*), y otras exentas por completo de tributos: los oficios públicos se dividían en categorías sociales y políticas, perfectamente deslindadas, y los habitantes del campo y de fuera del recinto de la ciudad eran llamados *selváticos*, aunque tuvieran el título y los derechos de ciudadano. Sólo se pasaba al lado de estas jerarquías sin recorrerlas, medrando con la intriga, con la maledicencia, ó prestando servicios abyectos, cuando no eran criminales.

Los españoles, ajenos á las causas históricas y locales que habían originado y mantenían estas divisiones, acostumbrados á una distinción de clases que estaba fundada en la lealtad á la patria y al rey, hicieron lo posible por abolirlas, y causaron más de una vez profundo escándalo reconociendo justísimos derechos á clases desheredadas.

En la organización que dieron á Nápoles había mucho digno de elógio. Constituyeron un virreinato, á cuyo jefe rodeaban altas autoridades como consejo, á semejanza de lo que se hacía en nuestra península. Se conservó de la organización antigua todo lo que era bueno, como el Parlamento con sus tres brazos y las magistraturas tradicionales, creándose además una junta de la ciudad compuesta de siete personas, que se llamaban los elegidos, y eran designados por el pueblo, dando á esta junta democrática el tratamiento de excelencia.

El poder del virrey, aunque extenso, por cuanto trataba

Digitized by Google

directamente con las demás potencias, no era ilimitado, sino que en ciertos casos debía consultar á un consejo compuesto de tres españoles y ocho italianos.

A pesar del absolutismo y de los errores de aquella política, llevamos á Nápoles mucho bueno; la justicia, la legalidad, la seriedad de la vida y de las ceremonias oficiales, el respeto á la autoridad, que no podía consentir las bufonadas de que alguna vez eran víctimas los mismos papas con increíble indiferencia; la moralidad en la vida pública y la austeridad de costumbres; la cultura encaminada á fines útiles y serios, y en general una organización muy superior á la italiana.

Preciso es decir que Nápoles no comprendió ni agradeció algunas de nuestras reformas. Más de una vez tradujo aquella altiva dignidad de los españoles, hija de la libertad y del propio valer en los súbditos y de la ilustración y la cultura en los superiores, como debilidad en éstos ó irreverencia en aquéllos y la confundió con la licencia, hasta el punto de que algunos virreyes creyeron que era necesario conservar en todo su vigor la antigua división de castas entre nobles y pueblo, porque éste no era digno de la libertad y de la consideración que nosotros le queríamos conceder á semejanza de España, extrañando las mismas franquicias y derechos que nosotros les concedíamos.

Juzgando en general la conducta de los españoles en Italia, es preciso decir que no llevaron á aquella península solamente el deseo de una adquisición de territorio y de una dominación productiva como los franceses, ni hicieron aquel rico suelo teatro de aventureros sujetos á una paga y al saqueo, como los suizos y alemanes, sino que consumieron allí los caudales de España y vieron morir á sus soldados por cuestiones más graves y profundamente políticas. El equilibrio europeo, la influencia del papado como poder temporal, el predominio del catolicismo, las guerras contra los turcos hasta aniquilar su poder, y otras muchas causas ajenas al espíritu exclusivo de dominación, fueron

Digitized by Google

las que sostuvieron aquellas guerras incesantes y dieron carácter á los actos de nuestra política y de nuestros soldados. Teníamos allí puntos de mira más elevados, intereses más nobles: las conquistas parciales apenas llegaban á adquirir importancia ante los tratos y las negociaciones y los hechos de armas para librar á Europa de la amenaza de los turcos, asegurar el imperio de la cristiandad en el Norte de África, luchar por la religión con Alemania, hacer frente al espíritu caballeresco y orgulloso desarrollado en Francia, y sobre todo evitar que la prepotencia de las naciones transpirenáicas aislase á nuestro pueblo.

Pudo haber, y hubo en efecto, gravísimos errores en esta política, errores que todavía estamos pagando hoy; pero no puede negarse que hubo también mucho noble y generoso y aun algo necesario.

Por estas razones y por el especial estado de Italia, no sólo tuvimos que intervenir en todas las cuestiones que se relacionaban con la situación general, sino que descendimos á la organización interior de los Estados y á las relaciones de unos con otros, cuando podían afectar en algún modo á que Roma, Venecia, Florencia ó Milán pudieran ser perjudiciales ó contrarios á nuestros propósitos en una guerra de alianzas.

Por eso aquel período es la desesperación de los historiadores, y cada uno juzga los hechos de distinto modo. Para comprenderle es necesario examinar los intereses del momento de cada Estado y de cada familia en sus relaciones con los demás: sólo así puede seguirse como en un intrincado laberinto, aquel juego de ajedrez en que el movimiento de un peón ocasionaba un cambio completo en todo el tablero, originando odios y amistades que habrían sido incomprensibles el día anterior, y que parecía imposible que hubiesen existido al día siguiente.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO X.

El papado.

Conducta de los Reyes Católicos y de los españoles con el papa.—Nuestros soldados ante Roma.—Opiniones de los papas y cardenales sobre los españoles.—Catolicismo y religiosidad de España y de nuestros soldados.—Misión de los españoles en Italia.

Tal vez no hay mayor misterio en nuestra historia que la conducta y la política de los Reyes Católicos y de Carlos V con los papas. La crítica moderna, á medida que estudia aquellos tiempos y examina los documentos que nos ha dejado una diplomacia secreta y tortuosa, va poniendo en duda el desinterés con que España se presentaba en Italia como defensora exclusiva de los papas, cuando éstos tuvieron que temer de nosotros mucho más que de sus mayores enemigos; y no ha llegado á ser tan evidente é indiscutible nuestra protección al pontificado, que el Sr. Cánovas del Castillo, aficionado á defender con erudito ingenio tésis difíciles, no haya creído oportuno demostrar en su recepción en la Academia de la Historia, que nuestra misión casi exclusiva en Italia fué defender al papado contra todos sus enemigos interiores y exteriores.

No nos atrevemos á consignar como un hecho que en la mente de los Reyes Católicos entrara el propósito de reducir en gran manera el poder temporal del papa para

Digitized by Google

bien de la cristiandad, y hacer de parte de Italia un reino para su hijo el príncipe D. Juan. Sería necesario probar esta afirmación, porque no de otro modo deben tratarse los asuntos históricos, y para ello habría necesidad de examinar muchos documentos de la época, entre ellos cartas é instrucciones reservadas de los reyes; interpretar la conducta constante que siguieron con el pontífice separando lo temporal de lo sagrado; examinar hasta qué punto aquel impulso tuvo eco en la conducta de Carlos V, y hasta dónde este emperador, después del fracaso de Adriano, cuya elección costó tanto trabajo, sospechó la dificultad de que el papado fuese un altísimo poder cristiano y universal, y no un privilegio de un rey italiano. Sería preciso formar con éstos y otros elementos la idea exacta que los Reyes Católicos, y en general el pueblo español, tuvieron del poder temporal de los papas, de los abusos á que con frecuencia daba motivo, de los males que á la cristiandad y á la moral pública y privada se seguían de la corrupción romana; y, por último, en el orden exclusivamente político, de la conveniencia de que cortase estos males una mano fuerte y seglar que dejase á Roma solamente la potestad espiritual, como la tuvo Clemente VII mientras estuvo preso en nuestras manos.

Estos estudios exigirían por sí solos un libro tan voluminoso como el que vamos haciendo; y por tanto nos limitamos á consignar esta indicación, para que ahora, que comienzan á desarrollarse los estudios históricos en España, haya quien se dedique á esclarecer este punto importantísimo y curioso, que podría explicar satisfactoriamente la oscura conducta de nuestros reyes y los opuestos juicios de los historiadores sobre unos mismos hechos.

Haremos, sin embargo, antes de entrar en esta materia, una observación. Parece que hoy está de moda el rehabilitar en alguna manera á los hombres sobre los cuales ha recaído el anatema público, y juzgar de un modo muy contrario á la opinión tradicional las épocas y los hechos.

Digitized by Google

Sin aprobar las opiniones, elogiamos estos trabajos por la utilidad que pueden prestar. Por otra parte, va siendo un axioma de la historia que los pueblos de la raza latina, impulsados por la pasión, han oscurecido la verdad de los hechos pasados, acumulando sobre las épocas y los nombres leyendas, fábulas y exageraciones, tendiendo siempre á levantar ídolos que representen así el bien como el mal. La crítica moderna, sensata y fría, va poco á poco desterrando del verdadero campo de la historia todo aquello que pueblos de gran imaginación han añadido á los nombres para hacerlos representantes de una época, de una idea ó de una virtud.

Hoy empieza á examinarse si los Borgias, y entre ellos Alejandro VI y Lucrecia, fueron tan perversos como asegura la tradición, y como han dicho principalmente los novelistas y los poetas; la erudición alemana y la cultura histórica de Italia comienzan á estudiar si el odio contra Alejandro VI y contra Adriano partió de Roma y tuvo por principal y casi único motivo el ser Alejandro español y Adriano imposición de España, y si sólo por esta razón los cadáveres del venerable Calixto III y de Alejandro VI han permanecido insepultos en el lugar correspondiente á su categoría y dignidad, hasta que el año de 1882 se les ha erigido por cuenta de España un sepulcro modesto, pero digno, en nuestra iglesia de Monserrat en Roma.

No fué seguramente bueno Alejandro VI, ni fué un modelo de virtud Lucrecia Borgia; pero de los vicios comunes á otros muchos papas y á muchas damas de la corte romana, á las horribles escenas de liviandad, de cenas en que se servía veneno, de asesinatos en masa, etc., hay una distancia inmensa, que puede muy bien ser la que media entre la justicia histórica y la libertad de la fantasía del autor de una ópera. No cabe en nuestro libro más que esta ligera indicación (1).

(1) A las dudas manifestadas por algunos severos críticos acerca

Digitized by Google

Hechas estas observaciones, consignemos aquí también aunque lo demostramos en otro lugar de este libro, que los españoles no fueron en Italia lo que una excesiva vulgaridad ha hecho decir á algunos escritores. La conducta de nuestro ejército, desde el general al soldado, fué en aquella península muy distinta de la que observó en las guerras de Flandes, que son las que han contribuído á la fama de nuestra ferocidad.

Y aunque, como decimos en otro lugar, pueda explicar algo esta diferencia la ilustración, la libertad y otras condiciones que distinguían á nuestra patria á principios del siglo XVI, creemos que no bastan para dar á conocer la única clave de una política tan constante en Italia. Ni basta tampoco á explicarlo la opinión manifestada por algún escritor de que militando siempre al lado de los italianos, y aun siendo en menor número que éstos en la composición de todos los ejércitos, les era imposible entregarse á la destrucción de cosas y personas como en Flandes. Precisamente esta composición de los ejércitos era una consecuencia de nuestra política: jamás hubiéramos podido tener auxiliares análogos á las órdenes del duque de Alba en los Países Bajos, cuando hacíamos la guerra más destructora que tal vez recuerdan los anales históricos.

Bueno es también recordar aquí que sucesivamente los diversos Estados italianos confiaban ciegamente en nosotros, dejándose llevar unas veces de la seguridad en el triunfo de nuestras armas y otras de la esperanza en nuestro gobierno.

Así se comprende que los españoles intervinieran tan eficazmente en las cuestiones internas de Italia, que

---

de las maldades inauditas de Alejandro y Lucrecia y otros Borgias, pueden agregarse el eruditísimo estudio del alemán Gregorovius, y los artículos que ha escrito desde Roma para *La Ilustración Española* el conde de Coello.

Digitized by Google

á veces fueran solicitados como el auxilio más salvador, y que sus triunfos se celebraran de un modo extraordinario.

Sin embargo, ninguna ciudad de Italia tuvo jamás temores tan grandes como Roma, ni celebró fiestas tan ostentosas en honor de los españoles. Bastará recordar, respecto de lo primero, el temor constante á que las tropas españolas entraran en Roma; y respecto del segundo punto, el aparato con que fueron recibidos Gonzalo de Córdova en 1496 y Carlos V el 5 de Abril de 1536. El Gran Capitán entró á caballo como un conquistador; Roma se engalanó para recibirle; el pueblo entero se precipitó á saludarle; y Gonzalo atravesó las calles en medio de los acordes de la música y del estruendo de las salvas de artillería, oyendo gritar por todas partes: «¡Viva el Gran Capitán! ¡Viva el libertador de Roma!» y haciendo derramar lágrimas de entusiasmo y admiración á las bellas romanas, que presenciaban su entrada desde los balcones.

Seguido de lo más brillante de aquella ostentosa población se apeó en el Vaticano, donde le esperaba el papa vestido de ceremonia, rodeado de su familia, del colegio de cardenales, de toda la corte y de la guardia pontificia.

Entró Gonzalo altivo, luciendo la gracia de su cuerpo y la riqueza de su traje, y se dirigió al papa para besarle la sandalia, según la costumbre de aquella corte. El pontífice no lo consintió, antes bien, poniéndose en pié y saliendo á su encuentro le echó los brazos al cuello y le besó cariñosa y respetuosamente la cabeza, enalteciendo de palabra su valor y su generosidad. Acto continuo, tomando en sus manos la histórica rosa de oro, se la ofreció diciendo: «Tomad esta rosa de oro con que los sumos pontífices de la Iglesia honran cada año al hijo más benemérito de la Santa Sede.»

Recibióla Gonzalo como justo tributo á su valor y á

Digitized by Google

su religiosidad, y manifestó al papa que tenía que pedirle dos gracias: el perdón de la vida del bandido Guerri, que, como vencedor, le había ofrecido, y la exención de algunos tributos á la ciudad de Ostia. Concediólo el papa en el acto, y trató de dar por terminada la ceremonia, dirigiendo algunos consejos y elogios al Gran Capitán, al mismo tiempo que censuraba la conducta de los Reyes Católicos, dejando escapar la frase de que «nada extrañaba, porque los conocía muy bien».

La lealtad castellana de Gonzalo no pudo tolerar tal ofensa á sus reyes, y con altiva dignidad contestó al papa: «Bien creo que Vuestra Santidad tenga motivo para conocer á mis reyes y señores, porque no puede olvidar los beneficios que les debe. Acuérdese de que por defender la autoridad pontificia, atropellada por los franceses, han venido las armas españolas á Italia: de que sin los buenos oficios de los españoles habrían impuesto la ley á Vuestra Santidad los Ursinos, y sobre todo, recuerde estas palabras que dijísteis hace poco: «Si las armas españolas me »recobraran á Ostia en dos meses, debería de nuevo al rey »de España el pontificado;» y Ostia ha sido recobrada por mis soldados, no en dos meses, sino en ocho días. Y para terminar, creo que valiera más al pontífice no poner la Iglesia en peligro con sus escándalos, profanando todas las cosas sagradas, y teniendo con tanta facilidad cerca de sí y en injusto favor á sus hijos; y por tanto, yo, en esta ocasión, os requiero para que pongáis reforma en vuestra persona, en vuestra casa y en vuestra corte, que bien lo ha menester la cristiandad.»

No es posible que la pluma describa el efecto de aquellas gravísimas palabras. Toda la corte romana enmudeció y bajó la cabeza, sin que entre aquellas «estatuas», hubiera uno solo que se atreviera á levantar la vista ante el soldado español.

El papa absorto, sobrecogido y tembloroso, no contestó una sola palabra; y Gonzalo salió de la cámara pontifi-

Digitized by Google

cia con seguro paso y noble altivez, dejando al pontífice en un estado de estupefacción indecible, «porque, dice un historiador jesuita, no podría creerse que hombre *no aparecido del cielo* hablase de esta manera al papa en su palacio y rodeado de armas y de parientes, reprendiéndole con el vivo esplendor de la verdad (1).»

La entrada de Carlos V en Roma fué tan ostentosa, que los antiguos Césares no vieron nunca espectáculo semejante. Veintidos cardenales y un número inmenso de arzobispos, obispos, clérigos y frailes, salieron fuera de la ciudad á saludarle y rendirle homenaje. Precedióle en la entrada el senado y la cancillería de Roma, y le llevaron bajo el palio pontifical por entre las tropas puestas de rodillas, con las armas y las banderas rendidas, en medio de trofeos, músicas, salvas, colgaduras y todo género de manifestaciones de alegría y de respeto. Los cardenales le llamaban «señor nuestró» y «columna del pontificado»; los escritores y poetas le cantaron alabanzas como «piedra angular de la Iglesia y dueño del reino católico». Y el papa le recibió más bien como á un superior que como á un hijo ó á un igual (2).

Penetrando en el ánimo, en el espíritu de nuestros soldados, aparece evidente su creencia de que el poder temporal del papa dependía de ellos y existía solamente por ellos. Sus escritos, sus cartas, sus frases y dichos que más de una vez citamos en este libro, prueban de una manera indudable que consideraban el papado como una sombra de lo que había sido, puesta á sus pies; y que un día de mal humor ó de justa indignación de un virrey de Nápoles, de un D. Hugo de Moncada ó de un Gonzalo de Córdova, y tal vez de media docena de capitanes, podía dar al traste con aquel poder.

(1) ABARCA, *Reyes de Aragón.*

(2) En la reedificación del Alcázar de Toledo, llevada á cabo en nuestros días, se recordaba este hecho solemne en las pinturas del techo de una de las salas.

Digitized by Google

Todos sus hechos, sus deseos, sus amenazas indicaban que estaban siempre dispuestos á ir contra Roma, y que se creían con cierto derecho, fundado en la justicia y en el bien de la cristiandad, para tener sujeto el trono del rey de Roma. Podrían citarse muchísimas pruebas para demostrar que desde el comienzo de las guerras de Italia nuestros soldados pensaban con mucha frecuencia en tomar y saquear á Roma; que aquellos dos saqueos de 1526 y 1527 no fueron hechos tan imprevistos y fugaces que nadie hubiera pensado en ellos; que los mismos italianos los temían y los habían profetizado; y que cuando nuestros soldados empleaban sus armas en favor del papa, no lo hacían por el ciego fanatismo ó servil devoción que hoy les atribuyen algunos escritores, sino con ideas de mucho más alcance, que llegaban por lo menos á querer inutilizar en nuestras manos las iras del pontífice como soberano.

No se ocultaron nunca estos propósitos á la corte romana, que, sucumbiendo siempre á nuestro prestigio, á nuestra fuerza y á nuestro orgullo, y confundiendo lo sagrado y lo profano, «ocultando las armas y sacando las bendiciones,» cometió con nosotros más infidelidades, traiciones y alevosías que con los franceses y con las mismas familias italianas enemigas declaradas de los papas.

Estos nos miraron con una gran desconfianza en toda aquella época, si se exceptúa el breve reinado de Adriano, que probablemente hubiera sido siempre amigo nuestro. Alejandro IV llamaba á los Reyes Católicos «los mayores enemigos de la cristiandad y buen par de bellacos». Julio II decía que el mayor bien que podía hacerse al papado era destruirnos y aniquilarnos, de manera que no pudiéramos poner el pie fuera de España.

Paulo IV, siempre que nombraba á los españoles, exclamaba: *Nihil regium, nihil christianum;* se lamentaba en sus cartas de que fueran «como lapas que se pegaban sin poder echarlos;» y su embajador en Venecia Andrea Na-

Digitized by Google

vajero escribía: «Nunca hablaba de su majestad y de la nación española sin tratarlos de herejes, cismáticos y malditos de Dios, hijos de judíos y de moros, hez del mundo, nación abyecta y vil (1);» y cuando en 1556 amenazaba á Roma un nuevo saqueo, de que se salvó á causa de la guerra con Francia, el papa decía que para destruir á los españoles era lícito aliarse con los franceses, con los turcos, con Brandeburgo (es decir, con los luteranos), y que los españoles se habían propuesto matarle de una *fiebre moral* (2). León X, que fué siempre mucho más prudente

(1) Cabrera de Córdova, con su acostumbrado comedimiento, dice que Paulo hablaba del rey "palabras impropias de ambas majestades."

(2) Apenas hay carta del embajador D. Diego Hurtado de Mendoza que no pinte al papa lleno de cólera, enfurecido contra él y los españoles. En la de 27 de Diciembre de 1548, después de dar cuenta de una escena violenta en la audiencia, diciendo que "dejó á Su Santidad bien en cólera," refiere el hecho siguiente:

"El día de Navidad, entrando con el papa en capilla, hallé en mi lugar, que es el primero junto á la silla del papa, su nieto Oratio, casado con la hija bastarda del rey, y el marqués Dunsala, hermano del cardenal de Guisa, cabe él; vinieron aposta con sabiduría del papa; yo llegué á ellos y me les puse delante, arrimado á la silla del papa, llamando al embajador de Francia cabe mí; luego vino un maestro de ceremonias á decirme que aquel lugar era de los duques, no de los embajadores, y así que debía ceder á Oratio, como á duque de Castro. Respondí que no entendía aquel lenguaje, y tornándome á porfiar, lo envié..... En esto los cardenales París y Ridolfo me comenzaron á persuadir que lo hiciese; respondíles que no entendía de ceremonias de capilla, pero que estaba en el lugar que había estado otras veces. Viendo el papa lo que pasaba, mostró de no saberlo, y demandólo al cardenal Ridolfo, el cual se lo dijo. El papa en voz alta dijo: "Yo se lo diré;" y volviéndose á mí con mucha cólera me dijo, que no teníamos nosotros por duque á Oratio; pero que lo era, y yo era caballero; y así debía dar lugar á los duques; respondí que tenía por duque á Oratio y que lo daría firmado de mi mano si Su Santidad lo quería. Que era verdad que yo no era duque, pero cuando lo fuese no sería el segundo de mi casa; que yo estaba allí como embajador de S. M. y en el lugar del cual nadie me apartaría vivo. El papa comenzó á torcer las manos, y á dar nalgadas en la silla con harta poca reputación. El embajador de Francia se fué al Evangelio, y Oratio y otro marqués al Prefacio; y yo quedé solo sin competencia hasta el cabo de la misa, y

Digitized by Google

en sus frases, aseguraba que no era posible la paz en la cristiandad con los españoles.

Y nada queremos decir de lo que opinaba Clemente VII, que «se pasó la vida excomulgando españoles,» que presenció los dos sacos de Roma, y que estuvo prisionero en manos de los soldados de Carlos V. El lector puede figurárselo, sin que nosotros amontonemos aquí frases horribles.

Monseñor Della Casa, como otros muchos, creyeron que los españoles tenían por objeto destruir el papado: «El emperador, decía, desea humillar y destruir la Santa Iglesia: tal es su firme y constante voluntad..... ¿Qué quieren decir tanto trabajo, tantas fatigas, tantas vigilias, tanto gasto del emperador? ¿Qué fin ó término se propone? ¿Acaso es otro que enseñorearse de Italia y del universo, y extender los confines del mundo *más allá* del punto á que alcanzan hoy, según escribe en sus banderas (*plus ultra*)?..... Tales son sus cacerías, sus aves, sus bailes, sus olores, sus amores, sus apetitos carnales, sus delicias..... Aquí tenéis, serenísimo príncipe, sus hechos: matar á los reyes que todavía no han nacido, ni han sido siquiera concebidos ó engendrados (es decir, matar á la Madre): acordáos de que la misma lengua y pluma que os atrae con su fealdad mandó quemar á Roma, los altares, las iglesias, las santísimas reliquias, é hizo traición al vicario de Cristo y hasta al Sacratísimo Cuerpo de su Divina Majestad.»

Cuanto se refería á los españoles llevaba sobre sí la acusación de herético. Se simulaba la bendición á nuestros embajadores y á nuestros soldados, y se recordaba con frecuencia que muchos, como D. Diego Hurtado de

---

sin esperar la bendición de Su Santidad, ni quererle aguardar para le acompañar. Díjome Ridolfo al salir que aguardase la bendición; respondí.....» (Ningún historiador se ha atrevido á copiar la respuesta.)

Digitized by Google

Mendoza, no habían querido recibirla, y que Fernando el Católico y Carlos V habían dicho que sus soldados podían más que las bendiciones del papa.

Bastará recordar que aquella nobilísima señora y gran poetisa, viuda del marqués de Pescara, Victoria Colona, que se había hecho célebre por su virtud, retirada á Ischia y luego á un convento á llorar el resto de su vida la muerte de su esposo, fué acusada en su mismo retiro de herejía y de protestantismo, cuando era ferviente católica.

Murmurábase que saqueábamos los bienes de las comunidades en España, como habíamos saqueado á Roma, y el mismo Della Casa y Paulo decían que nos habíamos propuesto llegar al colmo de la perversidad despojando las iglesias para hacer con sus bienes la guerra á la santa Iglesia y á su jefe (1).

Á pesar de estas constantes acusaciones de herejes y enemigos de la Iglesia con que bautizaban los papas y los cardenales á los españoles, excepto en algunos momentos de tregua ó de miedo, y á pesar también de que, como ha dicho con no poca gracia un escritor, parece que los reyes de Aragón no podían comer si no estaban excomulgados, ¿quién duda que nuestros soldados, nuestros embajadores, nuestros reyes y nuestra nación eran sincera y profundamente católicos? ¿Quién puede poner siquiera en tela de juicio que los españoles tenían una fe ardiente, profunda, infiltrada en su educación y en su modo de ser, apegada indisolublemente á su historia, á sus tradiciones y á sus glorias?

---

(1) No tenemos noticia de que se acusase más duramente que á nuestros reyes á ningún enemigo de Italia y de Roma. Hízose una medalla de bronce que presentaba en el anverso el busto de Fernando el Católico con la leyenda: *Ferdinandus R. Ar. Vetus Vulpes*; y en el reverso una zorra mirando cautelosamente y la leyenda ✠ *Jugum meum suave est et onus meum leve;* ironía sangrienta que demostraba el odio á aquel rey.

Digitized by Google

Se equivocaba Cattarini cuando decía: «Estos bárbaros no son cristianos, sólo tienen sangre de judíos y de moros, y por eso vienen á exterminarnos dentro de la misma Iglesia y á los pies del vicario de Cristo, osando levantar la vista más arriba de vuestro mismo trono y haciendo de las excomuniones menos caso que los herejes y el turco, tomando á gala el andar excomulgados en sus violencias». Repetimos que se equivocaban ó que confundían el poder temporal con la religión ó con la sagrada investidura del papa, que los españoles siempre respetaron, sin dejarla penetrar en «lo que á Nos tocaba».

Era una calumnia también la acusación de que los españoles «habían vendido su alma á los alemanes» para destruir el papado; acusación que reproduce oscuramente Cantú haciéndose eco de Vettori, diciendo que Carlos V se valía de Lutero para amedrentar al papa (1).

Aquellos españoles eran más ilustrados y más religiosos que muchos de nuestros días, que siguen confundiendo ambas cosas á la manera romana. Nuestros antepasados, con su robusta fe, creían firmemente que aunque se arrebataran al papa sus Estados, que aunque se le quitara la corona de rey de la tierra, que aunque se entrara en Roma con el mayor estrago y se demolieran sus muros y se expusiera la vida del pontífice en manos de un soldado ofendido, como decía el duque de Alba, no se atentaba en manera alguna contra el poder espiritual, ni se ponía en el más pequeño peligro la existencia eterna de la Iglesia católica. Hacían la guerra á un rey, á un jefe de una «familia escandalosa y avara», á un gobierno, á un Estado, con

(1) Las acusaciones de herejes contra los españoles eran muy frecuentes en todos los papistas, pero fueron constantes contra el emperador. Un escritor veneciano decía: "El emperador es el mayor enemigo de Italia y de la Iglesia de Jesucristo. Como alemán, es hereje; como flamenco, quiere la ruina de nuestro comercio, y como español, quiere arrebatarnos el imperio de los mares.„

Digitized by Google

tanta mayor furia cuanto que el enemigo echaba mano de armas espirituales y los envolvía en excomuniones que no creían merecer.

Preciso es recordar que los papas se propusieron problemas imposibles, que dieron de sí, como era necesario, consecuencias absurdas. Felipe II puso la nación española al borde del abismo, y los papas pusieron el pontificado en el mayor peligro de su existencia. Soldar el paganismo con los dogmas cristianos; tributar culto al arte sólo por el arte; entregarse á todos los placeres de la vida sin límite alguno; romper ó viciar todos los vínculos sociales y de familia; jugar con las promesas y los juramentos; vivir de la intriga y la falsedad, y pretender que sobre todos estos gérmenes de perdición había de vivir incólume y respetado el venerando tesoro de la fe, y que sobre esa corrupción había de sobrenadar el poder pontifical, consagrándolo todo con la facultad de atar y desatar en la tierra y en el cielo, era un problema tan absurdo, que hoy no le comprenden los historiadores y buscan para él explicaciones sutiles y alguna vez extraviadas y ridículas.

No era posible, dadas estas circunstancias, que los españoles mirasen al papa sino como se desprende de cuanto vamos diciendo. Difícilmente se encontrará en la historia, ni aun en las desvergonzadas y sangrientas disputas promovidas por el protestantismo, cuando cubrió de sangre media Europa, quien tratara á Roma con más desprecio que los españoles. Los protestantes insultaban con insolencia al pontífice como jefe de la Iglesia, como obispo, como vicario, como sacerdote, y maldecían á Roma como capital del orbe católico; nosotros, respetando al sucesor de San Pedro, no llegamos nunca á ese terreno; mirábamos el pontificado bajo el punto de vista temporal con un sentimiento de superioridad que hoy sería juzgado como impío por los tímidos; y rara vez prescindimos de la delicadeza y de la cortesía propia de nuestra cultura y ade-

Digitized by Google

cuada á quien resumía dos potestades, una respetable y respetada y otra abusiva y tiránica.

Nuestras comunicaciones oficiales y particulares, nuestra conducta constante con la corte romana hacían exclamar á los cardenales, comparando nuestra severa inflexibilidad con la humillación italiana: *¡Estos son hombres!* y Lupercio Argensola escribió desde Nápoles al Justicia de Aragón: «En Roma tienen las cosas de España menos buen lugar de lo que nos quieren dar á entender; y es cierto que si España quisiese, le podría tener mejor, porque es, sin duda, que *no hay Roma sin España, y hay España sin Roma.*» De modo que aquella conducta nuestra, que calificaban de impía y sacrílega los papas y que todavía censuran algunos timoratos como feroz y avasalladora, parecía blanda y suave á nuestros embajadores y á nuestros poetas.

El gobernador de Siena, D. Diego de Mendoza, hombre recto, sabio y discreto, acusaba á Carlos V cuando estaba dispuesto á tratar con el papa para que éste aumentase los Estados de la Iglesia con el de Milán, mediante una cantidad alzada, acusaba, decimos, á Carlos V de débil enfrente del papa. Decía oficialmente al emperador: «El Estado de la Iglesia es más vuestro que suyo;» le aconsejaba que empleara la fuerza contra el papa: «Usad en esta ocasión del hierro y no del ensalmo;» y decía del pontífice en la carta de que tomamos estos párrafos frases y palabras tales que no se ha atrevido á reproducirlas por medio de la imprenta ningún historiador, suponiendo que el papa «carecía de vergüenza y había olvidado la obligación de cristiano (1).»

Y, sin embargo, el juicio que este papa merecía al emperador no era nada benévolo. Refiriendo al embajador en Roma una conversación con el nuncio en carta de 17 de

(1) Sandoval y Lafuente publican parte de esta carta.

Digitized by Google

Marzo de 1547, tratando de la venta de bienes de las comunidades y del clero, decía: «Nos lo cobraremos sin esperar más asenso de Su Santidad, pues lo podemos muy bien hacer, y los Reyes Católicos, más católicos que Su Santidad, habían hecho lo mismo con madura discusión y consejo y con harta mejor conciencia que la de Su Santidad, que guarda los dineros en el arca sólo para engrandecer su casa», por lo cual desde allí pensaba «acatar á San Pedro, pero no al papa», y por último, que «estando impedido en aquel momento, con un brazo gotoso y el otro sangrado, esperaba ir á acabar con lo que quedaba, haciendo cuenta en la jornada de poner al nuncio y al legado en la primera hilera para que se viese el efecto que harían sus bendiciones»

En otra carta del 25 de Abril refiere, que «habiéndole preguntado el nuncio qué mal hacía el papa, le respondió que «ninguna cosa buena». Replicó el nuncio: «A lo menos atiende á vivir» y nos le respondimos que esto era verdad, pues se sabía el estudio y cuidado que tenía de ello y de engrandecer su casa y juntar dineros, y que por tener fin á esto echaba atrás todo lo que tocaba á su oficio y dignidad. Y el nuncio entonces quiso excusar al papa, diciendo que hasta daría los roquetes de los prelados de la cristiandad; á que le respondimos que así lo teníamos creído, que nos daría los roquetes viejos y rotos y él se quedaría con los dineros y que al cabo no conocíamos de él otra cosa sino ser un viejo obstinado.»

Esta conversación terminó por echar el emperador al nuncio, diciéndole que no quería tratar más con él (1).

Pero tal vez más claramente que en ningún otro hecho ni documento aparece el pensamiento de los españoles en la carta que el 21 de Agosto de 1556 escribió desde Nápoles el duque de Alba á Paulo IV, cuando éste encarceló

(1) Ambas cartas se conservan en el archivo de Simancas.

Digitized by Google

á Garcilaso de la Vega y quiso juzgar á Felipe II como rey de Nápoles. En aquella carta, contestación al breve del papa, le acusa de infiel en sus palabras, «cosa que en el hombre más bajo se tiene por infamia», y dice que su conducta es «tan feo lunar que no lo pensaron ni aun aquellos antipapas cismáticos que les faltó poco ó nada para llenar de herejías la cristiandad». Declárale á continuación que no puede aguantar más, «faltándome ya la paciencia para sufrir los dobles tratos de Vuestra Santidad, y me será forzado, no sólo no deponer las armas, como Vuestra Santidad me dice, sino proveerme de nuevos alistamientos que me den más fuerzas aún para poner á Roma en tal aprieto, que conozca en su estrago se ha callado por respeto, y se sabe demoler sus muros cuando la razón hace que se acabe la paciencia..... y aunque es tan altísima su dignidad, es únicamente dirigida á mantener la Iglesia en paz, no á querer hacer papel en el teatro del mundo en cosas puramente suyas, ni Vuestra Santidad tiene facultades para dar ni quitar coronas ni reino; protesto á Dios, á Vuestra Santidad y á todo el mundo, que si Vuestra Santidad, sin dilación de tiempo, no quiere quedar servido de hacer y ejecutar cada parte y todo lo sobre dicho..... yo pensaré con toda ligereza, y sin que después sirvan respetos humanos, el modo de defender el reino..... pues verá como lo prometo en nombre de mi rey y señor y por la sangre que hay en mis venas, titubear á Roma á manos del rigor; y Vuestra Santidad, aunque entonces será también respetado como ahora, no podrá librarse de las furias y horrores de la guerra ó tal vez de las iras de algún soldado notablemente ofendido de las acciones fieras que con bastantes ha hecho Vuestra Santidad; y cuando mejor libre, no perderá la fama eterna en el mundo de que abandonó su Iglesia para adquirir dominios para sus deudos, olvidándose de que nació pastor y se convirtió en lobo.» Dábale al final de la carta ocho días de plazo, cumplidos los cuales entró el duque de Alba en los Estados del papa, y sus soldados llegaron con

Digitized by Google

tal furor conquistándolo todo hasta las puertas de Roma, que el papa tuvo por conveniente ceder y venir á buenas.

El papa, con motivo de estas cuestiones en que se discutía la posesión del poder temporal en una gran parte, amenazó con la excomunión á Felipe II, y éste escribió á Doña Juana, que era á la sazón gobernadora de España, aquella célebre carta que insertó su historiador Cabrera en su obra. En ella decía: «Escribiré á los prelados, grandes, ciudades, universidades y cabezas de las órdenes de esos reinos, para que estén informados de lo que pasa, y les mandaréis que no guarden entredicho, ni cesación, ni otras censuras, porque todas son y serán de ningún valor, nulos, injustos, sin fundamento, pues tengo tomados pareceres de lo que debo y puedo hacer. Si por ventura entre tanto viniere de Roma algo que tocase á eso, conviene proveer que no se guarde, ni cumpla, ni se dé lugar á ello. Y para no venir á esto, mandar conforme á lo que tenemos escrito, haya gran cuenta y recato en los puertos de mar y tierra para que no se pueda intimar, y que se haga grande y ejemplar castigo en las personas que las trujeren, que ya no es tiempo de más disimular.»

Nuestro embajador en Génova, D. Lope de Soria, en 20 de Junio de 1526 escribía al emperador: «Todo el daño que V. M. pueda hacer á Su Santidad parece que será lícito hacer, considerada su ingratitud y el poco respeto que tiene al servicio de Dios y bien de los cristianos, y pues á sólo V. M. toca castigar al pontífice, que no hace lo que debe, y tiene tantas maneras y poder de facerlo, no debe dejar V. M. de evitarle toda obediencia de sus reinos y señoríos y convocar todos sus vasallos contra él, pues haciéndolo de esta suerte sería servicio de Dios y bien de todos los cristianos, y ejemplo, para que no presumiendo de pontífices usurpen la autoridad á los emperadores.»

No cabe duda de que los españoles ejercieron en Italia una gran misión, que unos llamarán necesaria y otros

Digitized by Google

providencial. Si el pontificado, si la Italia hubieran permanecido aislados, entregados á sí mismos, los hubiera devorado aquella inmensa corrupción; y tal vez cualquier atrevido capitán de bandoleros ó cualquier aventurero hubiese conquistado aquel pueblo, sentándose en el trono de San Pedro, hasta que alguna nación fuerte y virtuosa hubiera conquistado el Sur de Italia y reedificado moralmente el Vaticano sobre sus mismas ruinas. Si sólo hubiesen penetrado en la península italiana las hordas francesas ó alemanas, es probable que hubieran acabado también con aquel pueblo degenerado, obrando tal vez como nuevos bárbaros que enterrasen aquel cadáver para librarse de su corrupción, como ha dicho que hicieron los bárbaros en su conquista un gran escritor de nuestros días (1).

---

(1) Que los españoles conocían perfectamente á los italianos lo demuestran las siguientes citas:

En las instrucciones dadas por Gaspar Varela á nuestro embajador en Roma, conde de Castro, se pinta del modo siguiente esta población.

«Los naturales con la mala educación han perdido de tal manera aquella antigua virtud y vigor romano, que les cuadra hoy bien lo de Tiberio: *Homines ad servitutem nati*. Sus costumbres las pintó al vivo San Bernardo. Odian nuestra nación. Los lombardos son dóciles, verdaderos y de buenas costumbres, devotos del rey. Napolitanos, nobles, arrogantes, de honrado y ceremonioso trato, muéstranse españoles. Florentinos, habladores, de sutil ingenio, poco arriesgados y de inclinación franceses. Genoveses, ingeniosos, con su hacienda suben en la corte á grados grandes, en los cuales se hacen honra. Venecianos, medianos entendimientos, poco bien vistos en la corte, grandes escudriñadores de las acciones de los príncipes, franceses de corazón. Franceses, son despejados, estiman más nuestra nación que la italiana. Son vendibles y dados á la borrachez y deleites. Esta corte la domina un príncipe mixto, porque siendo eclesiástico, tiene de lo temporal, y con la ocasión de lo uno se hace árbitro en todo, y así es necesario procurar que como eclesiástico no se entrometa en lo seglar, ni como príncipe temporal perturbe el eclesiástico estado, sino que guarde inviolablemente la ley: *quæ sunt Cæsaris Cæsari: quæ sunt Dei Deo*. Esta es la máxima más importante y que se ha de advertir mucho, porque de esta mixtura nacen infinitos inconvenientes.

Digitized by Google

Sólo España supo tener en sus manos aquel poder vacilante y orgulloso amenazándole del modo más terrible, y luchando, sin embargo, en su favor contra la Reforma, dando un ejemplo que pone bien claramente de manifiesto nuestras ideas al pasar el duque de Alba de combatir con el hierro y el fuego á los protestantes en Flandes, á amenazar con un nuevo asalto y un nuevo saqueo á la ciudad de Roma.

Podrán los papistas italianos lanzar todo género de

„En esta corte puede mucho el interés y así es menester gobernarse en ella como el buen cazador, mostrando al gavilán la carne, y dándole poca y poco á poco, porque si le da mucha luego pide más y se olvida de la recibida. Quien bien le ha tomado el pulso á esta corte la halla débil, variada y aparente y que fácilmente engaña al que no le ha experimentado; por tanto es menester conocerlo bien y asegurarse que todo es apariencia y ninguna existencia, muchas palabras y pocas obras, caza poca y cazadores muchos.

„Esta corte es poco aficionada á nuestra nación, principalmente los romanos, los cuales habiéndose criado en oir cada día á sus tizones el saco de Roma, siempre conservan aquel odio, y así no hay que fiarse de ellos ni creerlos, por más aficionados que se finjan, ni hacerles merced alguna, porque son ingratos y falsos.

„Tendrá vuecencia particularísimo cuidado en que ningún español sea maltratado de los ministros de justicia, ni se le haga afrenta alguna, y de la primera que se le hiciere resiéntase vuecencia mucho y haga hacer ejemplar castigo.„—*(Instrucciones al embajador conde de Castro.)*

"Los lombardos son gente llana y de muy buena pasta. Los napolitanos son tenidos por vanos y altivos y por no muy sencillos. Los sicilianos tienen opinión de la más mala gente del mundo.„—*(Consejos á D. Juan de Austria.)*

El mismo Argensola daba estos consejos: «La conservación de la jurisdicción y reputación ni ha de consentir dudas, ni tener respetos, ni detenerse en elegir medios: nada le está tan bien como hacer su efecto, de manera que los atropellados de su velocidad la teman por arrebatada y no la desprecien por escrupulosa y entretenida..... y á los que temerosa ignorancia llaman religión parecerá que bizarreó mucho el rey D. Fernando con el nombre de Católico tratando del papa sin epítetos de hijo..... la política de la ignorancia que al miedo servil llama cortesía y miramiento, tiene por ajustado lenguaje el decir que todo se puede hacer por buen modo..... la obediencia que no es debida, en su lugar es perezosa bestialidad y rendimiento bruto y adormecido de las potencias del alma.„

Digitized by Google

acusaciones y dicterios contra nuestros capitanes y embajadores; decir que el Gran Capitán era un insensato ambicioso y un matón ridículo; que D. Hugo de Moncada era un bandido y Francisco de Rojas un traidor solapado; que el marqués de Pescara fué el hombre más malo de su siglo; que Argensola y Garcilaso fueron poetas metidos á diplomáticos fanfarrones y perdonavidas; que Antonio de Leiva era una fiera y hasta un envenenador; que don Fernando el Católico estaba inspirado por el demonio de la ambición y de la bellaquería y que Carlos V no tuvo más que pensamientos sombríos y criminales cubiertos por una hipocresía sin límites; pero sin ciertas virtudes, sin el gran valor, sin la pericia militar, sin la ilustración de éstos y de cuantos españoles influyeron en los asuntos de Italia y especialmente de Roma, sin aquella resistencia á la corrupción papal, á la invasión de atribuciones, á la avaricia de aquella corte, ¿quién puede decir cuál habría sido la suerte del papado, combatido como reino dentro de Italia y como institución religiosa en la mitad de Europa?

Digitized by Google

CAPITULO XI.

Justicia.

Venalidad en Italia.—Estado de la administración de justicia en España.—Comparación entre ambas naciones.

Excusado parecerá decir, con tales antecedentes, que la justicia no existía en Italia y mucho menos en Roma. Las leyes eran sólo una fórmula, que se elogiaba en algunos actos ó documentos públicos y un arma contra los débiles. El condenado por ellas era mirado, no ya como un sér infeliz que debía inspirar misericordia, según aquella noble máxima cristiana «odia el delito y compadece al delincuente», sino como un hombre débil y miserable que no tenía fuerza alguna ante un poder colosal que le aplastaba, mereciendo por lo tanto el desprecio público ó cuando menos la indiferencia.

De aquí provenían aquel odio personal contra los jueces no dominado por el sentimiento de la justicia, que suele imponerse al mismo criminal, y las venganzas que se tomaban por los que eran perseguidos, no ya contra los tribunales y contra las autoridades, sino contra la sociedad entera, creándose aquel tipo del bandido italiano que tanto costó exterminar á los españoles y que hacía la guerra frente á frente á los poderes constituídos, se encargaba de las venganzas personales, servía

Digitized by Google

á los señores unos contra otros, procurando la ruina de todos, asolaba las comarcas é incendiaba las ciudades, y sin embargo, favorecía á veces á los villanos y á los infelices y era con frecuencia esperanza de los mismos pueblos oprimidos.

Se decía y se publicaba cuánto costaban las sentencias y se señalaba con el dedo á los asesinos poderosos. El de Andrés Mattucci fué perdonado por dinero. Lorenzo Estati mató del modo más horrible á dos hijas suyas, y fué absuelto por el mismo medio. Preguntado una vez el procamerario por qué no se castigaba á los delincuentes, contestó: «Dios no quiere la muerte del pecador, sino que pague y viva.» Según un autor de la época, se paseaban por las calles de Roma y de las demás ciudades importantes los más célebres criminales, y eran mirados con temor y respeto por las mismas autoridades, que unas veces no tenían fuerzas para perseguirlos y otras los toleraban por ser cómplices suyos.

Sin embargo, no ha habido período en la historia, ni nación en el mundo, dice un historiador, en que se hayan impuesto mayor número de castigos, ni se haya abusado tanto de la pena de muerte, ni se hayan aplicado los suplicios de modo más horrible. La horca estaba levantada constantemente, se ahogaba á los condenados, se los cocia en agua ó aceite, se los enrodaba, se los emparedaba, eran echados al pudridero, se inventaban los calabozos en forma de embudo y de suelo esférico, y se llegó hasta la sutileza en los padecimientos y en los castigos infamantes para las familias, sin que á pesar de esto pudiera evitarse que los campos estuvieran llenos de cuadrillas de ladrones, que á lo mejor recibían indulto y pasaban á ser señores de la corte, caudillos del ejército y autoridades, recibiéndolos y absolviéndolos el papa; de tal modo, que dada la existencia de aquella organización social, los bandidos eran una necesidad, sin la cual habría sido preciso variar los fundamentos del orden político; porque entraban como

Digitized by Google

elemento en él, como auxiliares de los poderosos, como contrapeso de otros abusos.

La justicia civil se encontraba en un estado semejante. Creíase dueño de la vida, hacienda y derechos de los demás el que tenía dinero, ó mujer ó hijas hermosas, y se le anunciaba públicamente desde luego el buen éxito de sus pretensiones ó de sus crímenes. En Roma era un axioma que «las mujeres pesaban más que los méritos en la balanza de San Pedro», y lo repetían diariamente los pasquines, citando los casos concretos: en Luca eran encubridoras de todos los delitos las prostitutas, que por sus privilegios eran llamadas «las señoras de la ciudad».

Los mismos italianos que calificaban de feroz nuestra conducta y de cruel nuestra justicia, reconocían que los españoles tenían respecto de este punto ideas más puras que las que encontraron en Italia. Nadie culpó de venalidad al Gran Capitán, ni á ninguno de los grandes hombres que comenzaron allí nuestras guerras; y cuando dejábamos comandantes, que no solían ser de graduación superior á la de capitanes, y eran á veces de otra inferior, poníanse los pueblos bajo su amparo, y siempre lograron limpiar de bandidos el territorio de su mando sin transigir jamás con ellos. Esto mismo quiere decir aquella acusación tan frecuente en Italia, y no siempre justa, de que los españoles saqueaban el país sin consentir que le saqueara nadie más que ellos.

Muchas y variadas causas contribuían á la conducta de los españoles.

La rigorosa disciplina que llevaron uuestros soldados al mando de Gonzalo de Córdova, y que era desconocida en Italia, y aun en los demás ejércitos de Europa, fuera de los suizos; la enseñanza adquirida en nuestra patria bajo el reinado de los Reyes Católicos y las reformas introducidas en la organización social á últimos del siglo XV habían dado á nuestro pueblo una idea de la justicia, que tal vez no tuvo ninguno en aquella época en toda Europa;

Digitized by Google

idea fundada respecto de su origen en un poder real y nacional á un tiempo, y respecto de su administración en el estudio, la práctica y el talento.

La justicia había sido elevada por Doña Isabel la Católica á una de las mayores virtudes que resplandecían en España. Tras de aquellos desdichados tiempos de los Enriques, en que la debilidad de la autoridad real se estrellaba en el poder de los nobles y en la corrupción del clero y del pueblo, vino la época en que los jueces prevaricadores fueron castigados duramente, y en que á los administradores de la justicia se les rodeó de prestigio, dándoles una independencia, con que podían resistir las amenazas de los poderosos y de la misma corona y las tentaciones del dinero.

Doña Isabel, además de establecer este rigor, sabía muy bien montar á caballo y acudir aun en medio de espantosa lluvia, al sitio en que se cometía un crimen por el clero ó la nobleza, y permanecer allí para alentar y dar fuerza á los jueces hasta que el culpable fuese sentenciado. Sabía emplear su guardia contra los cabildos acostumbrados á la impunidad, y depositar el tesoro de la justicia pública en manos purísimas, en diputados elegidos por las provincias y ciudades, que reuniendo á su mucha ciencia el sentimiento de las necesidades populares, no transigieron jamás con ningún criminal, por alta y respetable que fuese su posición.

Á aquellos antiguos jueces, nombrados por el favor de los señores ó por la influencia del clero, sustituyó hombres de ciencia, con la condición de que hubiesen cumplido veintiséis años, tuviesen diez de estudios, por lo menos, y no estuvieran manchados con ninguna nota desfavorable en su vida ó en su carrera (1). Y como si esto fuera poco, daba audiencia pública todos los viernes en presencia

(1) Provisión de 6 de Julio de 1493.

Digitized by Google

de una especie de consejo ó tribunal en que los escribanos tomaban nota de las quejas hasta del último villano; y como enseñanza de madre y de reina hacía notar allí mismo al tierno príncipe D. Juan, que el poder de los reyes, y el amor, la confianza y el bienestar de los pueblos consistían ante todo en la justicia (1).

Uno de los mayores defectos de la administración de justicia en toda Europa era la venalidad de los jueces. El mismo carácter español había decaído en esta materia después de la pobreza de los últimos reinados; y empezaba á ser un hecho y á consignarse en refranes populares que los ricos esquivaban con su dinero la acción judicial (2).

Propúsose la reina reprimir este vicio y fijó su atención en la conducta de los jueces, estudiando ella misma las causas contra los ricos, para cerciorarse de la pureza de la justicia, imponiendo tan severos castigos que tem-

(1) Entre las muchas peticiones hechas á los reyes sobre la administración de justicia en aquel siglo, son notables las del licenciado Antonio de Córdova de Lara, que parecen propias de nuestro siglo. Pedía Lara la pureza é independencia de los jueces, la reforma de las visitas de las audiencias, que no se hiciera caso de ninguna delación anónima: "Conviene también al reino que se reforme lo que toca á las audiencias, y que los vecinos no vayan á litigar lejos de sus casas..... y así conviene que en cada ciudad de las que son cabeza de provincia haya una audiencia de cuatro oidores con varas, que conozcan de civil y criminal, y un regente. Esta orden de que haya tantas audiencias no es cosa nueva en España; pues los romanos tenían una audiencia en Cádiz y otra en Sevilla y otra en Écija y otra en Córdoba. Podría V. M. por ahora sacar una sala de Granada y ponerla en Córdoba y otra sala de Valladolid y ponerla en Toledo." Pedía además, que á los licenciados en derecho se les obligara á estudiar historia y poesía.

(2) El estado de la justicia en España le describió minuciosamente Juan de Mena en el *Decir que hizo sobre la justicia y pleitos*, poniendo de manifiesto todas las debilidades y faltas de los jueces, abogados, procuradores, escribanos y alguaciles, la duración de los pleitos, la esterilidad de las defensas y acusaciones, que

Socavan los centros é los firmamentos
Razones sofísticas é malas fundando;

la concesión de perdones por dinero y las rapiñas de los alguaciles.

Digitized by Google

blaban los poderosos, y devolviendo á las familias los bienes confiscados, que pertenecían á la corona, para que nadie sospechase que en aquellas sentencias influía la costumbre, tan común entonces en Europa, de condenar á los ricos para hacer que sus bienes ó parte de ellos pasasen á la corona (1).

Las consecuencias de estas reformas y de estas virtudes hallaron eco principalmente en el pueblo, que era lo que con tanta previsión esperaba Doña Isabel, ya que desde las primeras Cortes de su reinado, y especialmente desde las de 1480, se habían propuesto abrir al estado llano las puertas para todas las categorías y posiciones sociales con multitud de reformas que tendían á abolir los privilegios de la cuna y de la tradición.

Así se crearon aquellos caracteres enteros, puros é íntegros; aquellos hombres que sin más fuerza que un título de bachiller ó licenciado, una modesta posición y el sentimiento de la justicia y de la propia dignidad se presentaban osados y tranquilos ante los reyes de la tierra y el pontífice romano y los humillaban con una energía respetuosa de que podemos decir con orgullo que no ha habido ejemplo en las demás naciones. Así se creó aquel cuerpo de embajadores, sin título ninguno de nobleza, sin un don

(1) Uno de los hombres más ricos de Castilla, vecino de Medina del Campo, llamado Alvar Yañez, hizo una escritura falsa para apoderarse de ciertas heredades; y temeroso de que algún día el escribano que le ayudó en el crimen lo descubriera ó le importunara, le dió muerte á traición, enterrándole en su misma casa. La viuda acudió á la reina, y el criminal descubierto ofreció 40.000 doblas de oro, es decir, la renta de un año de la corona de Castilla, si se le salvaba la vida. El mismo consejo de Isabel vaciló, creyendo que aplicada esta cantidad á la guerra contra los moros y á otros santos objetos, era hasta piadoso perdonarle la vida. Pero la reina rechazó con indignación estas proposiciones y el delincuente fué ajusticiado como el último villano. Sus bienes debían ser confiscados, según las leyes y aplicados á la cámara; pero la reina hizo merced de ellos á sus hijos "para que las gentes no pensasen que movida por cobdicia había mandado facer justicia„.

Digitized by Google

siquiera que anteponer á su nombre, que contestaban á Paulo IV y al mismo colegio de cardenales: «Lo que yo he aprendido en la universidad, lo que con justicia el rey de Castilla pide, ha de hacerse aun contra la voluntad de nuestro santo Señor y de su colegio de cardenales y de su consejo de familia»; aquellos enviados que con noble entereza rechazaban las dádivas del rey de Francia y rompían las cartas. Así cuando la tiranía ilustrada y romántica de Carlos V, y la tiranía sombría y fanática de Felipe II, llegaron á creer que el país era suyo y cometieron abusos y despojos nuevos en España; cuando aquel ejército creado por los Reyes Católicos, como garantía de orden y de paz, molestaba á los pueblos y no pagaba alojamientos, ni raciones, ni acémilas, ni guías, cuando los reyes quisieron disponer de propiedades particulares, los concejos y las familias, poseídas de su derecho entablaron una lucha que duró todo el siglo, ante los tribunales; y casi siempre vieron sucumbir á los reyes ante sus justas reclamaciones (1).

En tiempo de Carlos V se conservó la justicia en Es-

(1) En un solo legajo del Archivo Central de Alcalá de Henares, que lleva el nombre de *Descargos del emperador*, hay más de seiscientas cédulas mandando pagar los resultados de atropellos y violencias cometidas por los soldados en la guerra de las Comunidades. Entre ellas hay una abonando en 28 de Abril de 1616 al cura de Cabañas 34.490 maravedís, en compensación del robo de un cáliz, un frontal de damasco, una casulla y los cañones del órgano, que robaron en 1522 las compañías de infantería de los capitanes Aguirre, Pacheco y Salazar. Otras importantes 1.501.222 maravedís á sesenta y cinco concejos, de tierra de Salamanca, por los robos hechos por las tropas imperiales. Otra de 16.798 maravedís, por el pan que cogió en Villafranca la compañía de D. Francés de Navarra en 1520. Otra de 20.514 maravedís al ayuntamiento de Almonacid por cincuenta y ocho fanegas de cebada que robó el comendador Cerón de un silo, y por el pago de pleitos, peones y carretas con que el concejo y los vecinos sirvieron al ejército en 1521. Otra de 11.442 al concejo de Langayo, tierra de Peñafiel, por el gasto que hicieron y no pagaron 400 soldados de la compañía de Morillo, pago de 56 bestias que se llevaron hasta San Martin de Rubiales y jornal de cuatro carretas, etc.

Digitized by Google

paña, aunque no con tanto rigor como en el reinado de los Reyes Católicos; pero todavía su administración fué muy superior respecto de Europa; y los tribunales y jueces se opusieron varias veces á los propósitos del emperador. Durante todo su reinado se repitió aquella frase soltada por sus consejeros flamencos en la Coruña, ante la oposición de las Cortes: *Pero este rey, ¿no es rey?* Los extranjeros no comprendían que un emperador estuviese sometido á la ley y á las decisiones de un juez.

Felipe II, tan feroz en sus persecuciones religiosas y políticas, porque obraba bajo el convencimiento de que todo era lícito para salvar la Religión y el Estado, fué el rey más justo de aquel siglo en todos los demás asuntos: «Jamás permitió dar aviso de su parte á los jueces en negocio suyo, ni consintió se dijese que gustaría dello el rey, porque sabía que la voluntad de los príncipes es violencia tácita... Con decir «si no se me hace justicia, iré al rey», turbábase un tribunal entero.... daba ejemplo de sí mismo sujetándose á las leyes y juicios de los tribunales, haciendo justicia recta entre el rey y el vasallo y entre vasallo y vasallo. En una consulta sobre un pleito, dijo al consejero de Estado aquellas célebres palabras: «*Doctor, advertid al consejo que en caso de duda, siempre contra mí.*»—Habiéndole preguntado un juez de Valladolid que se presentó á besarle la mano, qué le mandaba, contestó: «*Hacer justicia; para esto os nombré.*»

Digitized by Google

LIBRO CUARTO.

LITERATURA.

CAPITULO XII.

Las lenguas castellana é italiana.

Formación de la lengua castellana.—D. Alfonso el Sabio.—Su influencia.—Petrarca.—Perfección de ambas lenguas.—Universalidad de la lengua castellana.—Influencia de la lengua castellana en la italiana.

El elemento principal de cultura y de progreso en todos los ramos del saber humano es la lengua: por esto los italianos saludan en Petrarca, Dante y Bocaccio la aurora de una gran civilización; y España ve en D. Alfonso el Sabio la profecía de un porvenir de esplendorosa gloria.

D. Alfonso precede en un siglo á Petrarca y enseña la dulzura del lenguaje, la propiedad de la dicción y la majestad de los pensamientos, que ninguna otra lengua viva de Europa había podido alcanzar y que «tardó mucho aún la italiana en igualar», según dice Capmany.

Pero D. Alfonso no fué sólo un poeta y un escritor que manejó la lengua castellana con gran habilidad, dándole formas elegantes é imponiéndola desde entonces, como len-

Digitized by Google

gua nacional, siguiendo el consejo de San Fernando, sino que fué un astrónomo, un historiador, un legislador, que ejerció en los siglos posteriores una influencia grandísima hasta nuestros mismos días. Sin Petrarca, la lengua italiana habría carecido de unos cuantos agradabilísimos versos; sin Bocaccio, la prosa habría tardado algún tiempo más en formarse; sin el Dante, habría un gran poema menos y desconoceríamos en algunos puntos la sociedad del siglo XIV; pero sin D. Alfonso el Sabio faltaría una civilización completa de que nos es deudora toda Europa. Dentro de España perfecciona la lengua; es un prosista y un poeta; pero dentro y fuera de nuestra patria es un político y un legislador, cuya fama y cuya influencia se extiende de uno á otro mundo. Ticknor hace constar que las leyes de D. Alfonso sobre los estudios generales «son tan notables por su sabiduría como por encontrarse en ellas las semillas de la organización y régimen que hoy tienen muchas universidades de Europa» (1).

Un abogado eminente del tribunal real de apelaciones de Inglaterra declara que en veintinueve años de práctica, no ha encontrado caso alguno que no esté resuelto en las Partidas (2).

Los jurisconsultos norteamericanos estudian los muchos principios de estas leyes que contiene su legislación, y demuestran que este código es tan sabio que las instituciones modernas no han podido añadirle en muchos puntos ni una sola palabra (3).

---

(1) TICKNOR, *Historia de la literatura española*. Tomo I, capítulo III.

(2) DUNHAM, *Historia de España y Portugal*. Tomo IV.

(3) *Leyes de las Siete Partidas vigentes hoy en el Estado de la Luisiana*, traducidas al inglés por L. MOREAU LISLET y H. CARLETÓN. New-Orleans, 1820. Dos tomos.

Informe de varias causas vistas en el Tribunal Supremo de Justicia de los Estados Unidos, por WHEATON, 1818, tomo III; 1820, tomo V.

Digitized by Google

Los italianos, maestros en literatura y en legislación, creen que si las obras de D. Alfonso, y especialmente las Partidas, son un monumento nacional, bajo el punto de vista literario, son también un monumento de los siglos y de la humanidad, bajo el punto de vista del progreso, porque no forman un código vulgar, como los demás, que han recibido este nombre, sino una obra completa de política, de gobierno, de legislación, de administración y de moral, dice Gaspar Duro en sus *Apuntes para la historia del derecho.*

Al grandioso y patriótico esfuerzo hecho en Castilla en el siglo XIII por D. Alfonso el Sabio para la creación de la lengua nacional correspondió, como hemos dicho, en el siglo XIV en Italia la aparición de Petrarca, que pasa y con razón, por ser el creador de la lengua toscana. Petrarca fué literato, anticuario y moralista; pero sólo ha sobrevivido su fama como poeta y como hablista, y en nuestros días, cuando el soneto, á que se dedicó casi exclusivamente, va perdiendo importancia, sólo se le reconoce para no olvidarle nunca, como fundador de la lengua italiana, al paso que cada día la crítica histórica va levantando el nombre de D. Alfonso como hombre de ciencia.

El desarrollo y perfección de las lenguas italiana y castellana, no siguieron los mismos trámites. La castellana tuvo alternativas que dependieron de las vicisitudes políticas después del grandioso desarrollo que recibió en manos de D. Alfonso el Sabio; mientras que la italiana caminó con más seguro paso y sin encontrar tantas dificultades hasta llegar á aquel estado de perfección en que el oído se impone haciendo musical y armonioso al lenguaje y hasta reformar las leyes de la primitiva ortografía.

La influencia de las artes se dejó sentir sobre la lengua en Italia más poderosamente que en ninguna otra nación, y tal vez también más que en ninguna otra época, adquiriendo el lenguaje así hablado como escrito, en la prosa y en el verso, una dulzura, que ha llegado á ser el

Digitized by Google

carácter distintivo de la lengua italiana entre todas las de Europa.

No se perdonaba descuido alguno en lo que se refería al oído. Los mejores poetas le sacrificaban el pensamiento y la gramática; de modo que se hacían insoportables los defectos de este género y se censuraban en las lenguas extrañas. Paulo IV en un acto solemne se levantó y se ausentó no pudiendo resistir á un orador que comenzó su discurso diciendo: *In tempore illorum anticorum romanorum* (1).

La lengua castellana no cuidó tanto del oído. Conservó la rotundidad del período latino sin su concisión, y buscó más bien que la armonía musical, la riqueza en las expresiones, la variedad en los giros, la grandiosidad en todas sus formas, en cuyas condiciones fué muy superior á la lengua italiana.

Por otra parte, tuvo desde su principio la admirable sencillez de pronunciar todas las letras, y cada una con un sonido propio y constante, en lo cual la imitó la italiana, evitando las cuestiones de prosodia que hoy están á la orden del día en toda Europa, y que creemos no se resolverán en muchos siglos, si llegan á resolverse, en aquellas naciones que pronuncian de un modo y escriben de otro distinto (2).

---

(1) Lo refiere Andrés Rey de Artieda.

(2) A los muchos propósitos antiguos de los alemanes, de los ingleses y de los franceses para reformar su defectuosa ortografía, debemos agregar los artículos publicados mientras escribimos esta obra por la revista *The Academy*, y la carta que ha escrito el erudito miembro del Colegio de Francia, Mr. Gaston Paris, á Mr. Pablo Passy, profesor de lenguas vivas, respecto de la utilidad y conveniencia de reformar la ortografía francesa, tan plagada de letras inútiles, y cuya supresión en nada alteraría el sonido ni el sentido de las palabras.

En España comenzaron estos trabajos en el siglo XVI, proponiendo algunos la simplificación de la ortografía de modo que cada sonido no tuviese más que una letra para su expresión; y á princi-

Digitized by Google

Desde que la filología ha hecho estudios tan curiosos acerca de la influencia, propagación y conservación de las lenguas y de lo que su imposición significa en el orden político, está fuera de duda que el pueblo más ilustrado es el que más propaga su lengua, y que aun en el caso de una conquista por la fuerza de las armas y de los recursos materiales, la nación sometida la impone también á la vencedora, si aquélla es la más culta.

Aplicando este axioma práctico á la universalidad con que se hablaba y escribía la lengua castellana en el siglo XVI y parte del XVII, podrá juzgarse acerca de la cultura de nuestra patria y de la influencia que ejerció en la literatura europea, especialmente en aquellos pueblos á que llevamos nuestras armas, entablando con ellos relaciones íntimas y casi siempre dictadas por la victoria.

La lengua castellana llegó á ser verdaderamente europea, reemplazando al latín en gran parte. Hablábase con frecuencia no sólo en Italia, sino en Viena, Baviera y Bruselas, donde se miraba con vergüenza su ignorancia.

En Francia, como decía Cervantes, «ni varón ni mujer dejaba de aprender la lengua castellana», la conocían y hablaban los cortesanos, según el testimonio de Ambrosio de Salazar, y eran muchos los profesores de este idioma y aun los catedráticos que en él explicaban.

---

pios del XVII se publicaron obras escritas con esta ortografía, que casi reprodujo en nuestros días el Sr. Cubi. Véase el siguiente ejemplo:

"Ortografía kastellana, nueva i perfeta. dirixida al Prinzipe „Don Baltasar N. S. I el Manual de Epikteto, i la Tabla de Kebes, „Filosofos, Estoikos. Al Ilustrisimo Señor Konde Duke. Traduzidos „de Griego en Kastellano, por el Maestro Gonzalo Korreas, Kate„dradiko de propiedad de lenguas xubilado, i de Maiores de Griego „en la Universidad de Salamanka, konforme al orixinal Greko Lati„no, korreto i traduxido por el mesmo. Uno i otro lo primero ke se „a impreso kon perfeta ortografia. Kon privilexio Rreal, en Sala„manka en kasa de Xazinto Tabernier, impresor de la Universidad, „año 1630.„

Digitized by Google

Hubo literatos franceses que escribieron en nuestra lengua, mereciendo citarse entre ellos Francisco Loubaissin de la Marque, que usó la lengua castellana en novelas y composiciones poéticas con la pureza y hasta con los modismos y proverbios propios de un toledano; así como flamencos y alemanes que publicaron sus obras en lengua castellana ó tradujeron á ella libros latinos, escritos algunos por los mismos españoles.

Otro tanto decimos de los portugueses que prefirieron muchas veces á su propio idioma el nuestro, especialmente en la poesía y en las obras de ciencia, porque, como decía Pedro Nuñez, «de no escribirlas en latín, lengua común de los sabios, les daba universalidad la lengua castellana». Las academias portuguesas publicaban casi todas sus obras en castellano, y entre ellas la llamada de los *Singulares* dió á luz mayor número de poesías en castellano que en portugués. Doña Bernarda Ferreira de la Cerda, autora de *La España libertada*, de las *Soledades de Buçaco* y de otras varias composiciones, escribió sus versos en castellano, diciendo en el prólogo de las *Soledades:* «Escribo en castellano, por ser idioma claro y casi común: si desto me hicieran cargo mis portugueses, conténtense con el original.»

Por otra parte, la literatura dramática española tenía tal forma, y se impuso de tal modo, que contribuyó no poco al conocimiento de nuestra lengua en el resto de Europa, haciéndola hasta familiar. Nuestros cómicos desde que comenzaron á representar las comedias de Torres Naharro en Roma, recorrían la Europa interpretando las joyas de nuestra literatura en la lengua original. En Francia, y especialmente en París, había teatros españoles á donde acudían nuestras más célebres compañías recogiendo gran cosecha de aplausos. En Flandes se hicieron ensayos, aunque desgraciados, literariamente hablando, para imitar nuestros dramas y nuestros entremeses; y por último en Italia, como era de necesidad por consecuencia de

Digitized by Google

nuestra dominación, se representaban con frecuencia comedias españolas, ya por compañías, ya por aficionados, y en los mismos palacios de las autoridades.

Los libros españoles se imprimían en toda Europa, único ejemplo en la historia literaria á excepción del latín; porque jamás las naciones cultas de esta parte del mundo han impreso en lengua extraña las obras de una sola nación, más que en aquel brillantísimo período en que dominaba todavía el impulso dado por Castilla. Nuestros más célebres escritores pudieron ver sus obras impresas en su lengua en París, en Roma, en Venecia y en Milán, con advertencias en que se demostraba que el conocimiento de esta lengua era familiar á los literatos y á las personas de regular educación (1).

En Italia llegó á ser tan popular el castellano, que dice el autor del *Diálogo de las lenguas*: «Así entre damas como caballeros pasaba por gentileza y galanía saber hablar castellano; se representaban nuestras comedias, y hubo muchos escritores que poseían el castellano tan perfectamente como su propia lengua.»

Buena prueba de esta afirmación es el gran número de literatos italianos que escribieron en castellano, entre los cuales citaremos como ejemplo á Juan Domingo Bebilacua, que escribió su tragedia *La Reina Matilde*, publicada en 1597; Juanini, médico, que escribió también en castellano su *Discurso físico y político;* Julio Antonio Brancalasso, autor del *Laberinto de corte* (2); Patricio

(1) En la edición del *Quijote*, hecha en Milán en 1610, y dedicada al conde Vitaliano, se dice que "esta lengua era muy familiar á los caballeros de aquella ciudad, y que no se traducía en toscano para que no perdiese su gracia, y para que de este modo se hiciese más popular la lengua española.„

(2) El estilo de Brancalasso es bastante impuro, empleando algunas veces palabras que no son castellanas; pero el de Bebilacua es tan castizo que en el mismo argumento de la tragedia se decía: "No poca maravilla me ha causado que siendo él napolitano haya profesado tanto en esta lengua como se ve.„

Digitized by Google

Caxesi, florentino, que tradujo al castellano *Los cinco órdenes de arquitectura de Vignola*, publicados en 1593; el cardenal Bembo, que, como otros muchos, sostenía la correspondencia con españoles en castellano y poetizaba, sobre todo en los asuntos íntimos de su vida, en la misma lengua (1); Camerino que escribió en un castellano correcto y puro, lo mismo que Maximiliano Calvi, autor del *Tratado de la hermosura.*

A esto debemos agregar que los escritos políticos, los históricos de actualidad y los científicos solían publicarse á un tiempo en ambas lenguas ó se traducían inmediatamente (2).

Bastaría para conocer la popularidad que gozaba la lengua castellana en Italia recordar el número de libros españoles que compraban en aquella península, especialmente en Roma, Nápoles, Florencia y Milán, nuestros soldados y embajadores, segun consta en documentos que citamos más de una vez en este libro. Puede hacerse también esta observación en los catálogos de las antiguas bibliotecas españolas é italianas, y en las anotaciones de los libros que pertenecieron á D. Fernando Colón, y que hoy forman la base de la Biblioteca Colombina.

Estas indicaciones son suficientes para nuestro propósito, por más que creemos sería muy útil un estudio especial sobre las obras impresas en lengua castellana por los libreros italianos.

---

(1) En la biblioteca Ambrosiana se conservan diez cartas de Lucrecia Borgia al cardenal Bembo, seguidas de una composición en versos castellanos escritos por éste, en los cuales se descubre un exaltado platonismo, que no desdice de nuestros más líricos poetas. A estos versos contestó Lucrecia enviando un rizo de sus cabellos, que se conserva en la misma biblioteca.

(2) Pueden servir de ejemplo las relaciones de la toma de Orán, traducidas al italiano en 1509, y casi todos los papeles relativos á sucesos de la época, que existen en la sección de *Varios* de la Biblioteca Nacional.

Digitized by Google

Del mismo modo los españoles escribían muchas veces indistintamente en italiano y en castellano, ó publicaban sus obras en ambas lenguas, como lo hicieron Lázaro de la Isla y Juan Escribano. D. Rodrigo Sánchez de Arévalo escribió en italiano el *Tratado de varias cosas de España;* Pedro de Herrera sus *Cortesanos de amor*, y Francisco de Figueroa escribió en una y otra lengua con igual facilidad, por lo cual dice de él Juan Verzosa:

Et lingua perges alterna pangere versus.

A esta popularidad del castellano en Italia, y á la universalidad de nuestra lengua, se debe el que no se tradujeran gran número de libros nuestros al italiano, y que algunas veces, por el contrario, se vertieran al castellano en la misma Italia los escritos, del mismo modo que se hacía con el latín. También debemos consignar que así como era hasta vergonzoso comprar ó usar una obra en la propia lengua, habiéndola en latín, era también mal visto en Italia usar las traducciones de la lengua castellana. Una y otra cosa indicaban la ignorancia de uno de los fundamentos de la buena educación.

Sin embargo, en los lugares respectivos de este libro, anotamos muchas traducciones al italiano de obras españolas literarias ó de ciencias, y consignamos que los poetas italianos preferían leer los nuestros en el original, lamentándose hasta nuestros mismos días de carecer de buenas traducciones, casi con las mismas palabras con que Agustín Saluzzio se quejaba de que no hubiese una buena traducción del divino Herrera.

No por esto dejaron de ser frecuentes las traducciones, como lo prueban las obras de Mateo Alemán, vertidas al italiano é impresas en Venecia y París; *El español Gerardo* de Gonzalo de Céspedes, traducido por Barezzo Barèzzi; las poesías de Herrera; las obras teológicas del vallisoletano Agustín Antolínez, traducidas por Pablo Trasinello é impresas en Bolonia; la *Historia del valeroso caballero*

Digitized by Google

Polismán, traducida por Giovanni Mirandoneli en Venecia en 1573 y otras muchas.

Había por otra parte algunas razones históricas para que la lengua castellana fuera respetada y gozara cierto prestigio y cierta influencia en toda la península italiana.

Historiadores italianos creen que los españoles desde la conquista de Nápoles y Sicilia por los aragoneses, y sobre todo desde las guerras de Nápoles, influyeron poderosamente en la popularización de la lengua italiana. Roma tuvo gran empeño en que predominara el latín, y aun en tiempo de Clemente VII se sostenía que el italiano era una especie de *patois*, propio sólo de gente ruda é iliterata, por lo cual debía proscribirse de la enseñanza literaria y de la vida oficial. En la misma coronación de Carlos V, acto en que convenía á Italia defender su nacionalidad y por tanto su lengua, Rómulo Amasio hizo un discurso en que sostenía que era preciso abandonar el italiano á las fruteras y al vulgo, del cual traía su nombre.

Los esfuerzos de Bembo, Trissino y Varchi para crear la gramática y ortografía propias de un idioma regular, así como los trabajos de la academia de la Crusca para purificar la lengua del Dante y hacerla nacional, fueron indudablemente secundados por los españoles, que llevando allí el castellano, que tiene tanta semejanza con el italiano, contribuyeron á que se arraigara una lengua formada de palabras de uno y otro idioma.

A los españoles se debe, también en gran parte, la formación y uso de la que en todas las costas del Mediterráneo se llama lengua *franca,* que es un conjunto de palabras italianas, españolas, provenzales y árabes, con alguna francesa, lenguaje común de todos los puertos de Levante.

De todos modos, mientras en la Italia del Norte se hablaba el francés, aunque impuro, á principios del siglo XIII, la lengua ó dialecto de Sicilia comenzaba ya á formarse, siendo la opinión de muchos literatos que los aragoneses contribuyeron, no menos que los propósitos de Federico II

Digitized by Google

y la extensión de la poesía provenzal, á formarla y sobre todo á arraigarla. Cuanto más antiguos son los textos históricos sobre este punto, más claramente se descubre la afirmación de que la lengua española era allí de uso tan frecuente como el dialecto siciliano. Dante cree también que el origen de la lengua italiana proviene de este dialecto siciliano mezclado con el español.

De todos modos los reyes de Sicilia emplearon como nacional el dialecto napolitano, y Alfonso de Aragón mandó que fuese el único usado en los actos públicos, dándole como consecuencia una perfección que correspondía á la dignidad de lengua oficial y una importancia que no ha perdido hasta nuestros días, habiendo tenido, dice un escritor italiano, su Bocaccio en Basilio, autor del *Pentamerón*, su Petrarca en Balzano di Scafati, y habiéndose traducido á él en nuestro mismo siglo las odas de Horacio y otras obras clásicas. Créese también que influyó mucho en el uso de la lengua italiana, sobre todo en los tratos del comercio, la lengua española, propagada por los judíos que iban de nuestra nación, por los que sirvieron de intermedio en el trato de Italia con el Oriente y por los que allí representaban la ciencia europea.

Respecto de este último punto es necesario recordar que en Constantinopla los marinos, los cautivos y los comerciantes hablaban para entenderse casi siempre el castellano, sirviéndoles de intermedio los judíos. Y en cuanto á otros puntos del Asia que tenían entonces gran importancia, bueno es recordar lo que dicen muchos escritores y entre ellos Antonio de Aranda en su viaje titulado *Verdadadera información de la Tierra Santa, según la disposición en que este año de 1530 la vió y paseó* (Toledo, 1545):

«En este lugar (Safet de Galilea, doce leguas de la costa), vi muchas casas á la manera de Castilla la Vieja, de aquéllas que de medio arriba son de unos maderos pequeños clavados unos con otros, y en medio adobes de tierra; y creo que las han hecho los judíos que moraban allí,

Digitized by Google

que son casi todos españoles; y hay tantos, que me fué dicho que había más de mil moradores dellos; y no lo dudo, porque andando yo por la ciudad, entre cien personas que encontrábamos, las ochenta eran judíos, y todos hablaban español. Porque habéis de saber que la lengua común entre ellos á donde quiera que están ó de cualquiera nación que sean, es la española, así de los nacidos acá, como de los que vinieron de allá.»

Los críticos é historiadores italianos no han juzgado, sin embargo, de una manera uniforme nuestra influencia sobre el dialecto napolitano y sobre la lengua italiana. Algunos creen que la monarquía aragonesa en Sicilia corrompió demasiado la lengua del país, y otros sostienen que el castellano apenas influyó en la lengua italiana, sino aumentándola con unas cuantas palabras, que en suma equivalen á otras tantas que nosotros tomamos de ella. Hay también quien niega que nuestra lengua influyese de modo alguno en la riqueza y flexibilidad del italiano, y quien limita á Nápoles y á Roma algún reflejo de la severidad y dignidad en la lengua italiana, sobre todo en los documentos oficiales y en los que eran contestación á aquellas enérgicas comunicaciones que dirigían nuestros reyes y embajadores á la corte romana, y cuya entereza de lenguaje no tiene igual en nación alguna.

Por último, hay escritores que, dejándose arrastrar por un patriotismo exagerado, culpan á los españoles de haber introducido en la lengua italiana todos los defectos de gramática, de sintaxis, de ortografía y aun de estilo, que en ella encuentran. Entre estas acusaciones es la más constante la del uso del verbo en tercera persona antes del tratamiento en vez del *vos,* á que suponen tendía la lengua italiana; llegando á decir Cantú que esta costumbre «era una fórmula de etiqueta introducida por los españoles, que triunfaron del sentido común».

Justo es consignar, sin embargo, que ni entonces ni después abusaron nunca los españoles de los tratamientos

Digitized by Google

de alteza, excelencia, gentileza, señoría, etc., como han abusado los italianos, limitándose á llevar á Nápoles los de merced y señoría, que eran los más usados en España, reservando sólo el de excelencia para las autoridades ó títulos del reino. De modo, que si los italianos tomaron esta costumbre de nosotros, estaban seguramente muy predispuestos á ello cuando así lo exageraron, y cuando no imitaron el uso del *vos*, y sobre todo, del *tú*, tan frecuente en nuestras comedias, en una época en que no tenía la significación de inferioridad que hoy, y en que los criados llamaban de *tú* á sus señores.

Podrán los españoles haber introducido en la gramática italiana el uso del verbo en tercera persona; pero de ningún modo un abuso de tratamientos que no existió en España, donde las Cortes y el rey se daban mutuamente el de *señoría*, y fué una novedad muy censurada por las mismas Cortes y por el pueblo, la introducción del tratamiento de majestad en tiempo de Carlos V.

La ortografía castellana sufrió algún tanto la influencia italiana, al mismo tiempo que ésta fué también modificada por aquélla. Nuestros gramáticos compararon casi constantemente la ortografía castellana con la italiana y la francesa; procurando realizar el doble propósito de escribir como se pronunciaba y conservar al mismo tiempo la etimología en la palabra, fundados en que «no puede hacerse sólo juez de la escritura á los labios, prefiriendo lo fácil á lo mejor, ni convenía por escribir sin cuidado el vicio de escribir con descuido» (1).

Los españoles que residieron mucho tiempo en Italia llegaron á modificar la ortografía, sobre todo en el uso de la *h*, de la *s* líquida y de la duplicación de la *s*. En las cartas de nuestros embajadores se notan estos defectos. Don

(1) Estas palabras son del discurso sobre la ortografía del licenciado Gonzalo Bravo.

Digitized by Google

Diego Hurtado de Mendoza, embajador en Roma, escribía *Oracio* ú *Oratio;* y Francisco de Figueroa se lamentaba de que se hubiese sisado la *h* en muchas palabras, llegando á ser frecuente escribir *ospital* (*ospedale*). También se confundía demasiado la *i* con la *j*, aunque esto pudo provenir del latín.

Digitized by Google

CAPITULO XIII.

Géneros literarios.

I. Afinidades literarias entre España é Italia.—Poetas españoles é italianos.—Traductores.—Imitadores.—II. Literatura dramática.—Incertidumbre de su origen.—Riqueza y originalidad de la española.—Teatro italiano.—Nuestras comedias en Italia.—III. El soneto y el poema épico en España é Italia.—Poemas latinos. IV. Poesía satírica y burlesca.—V. Prosistas.—VI. Fray Luis de Granada.—VII. Moralidad literaria.

I.

Nunca se han encontrado en el camino del progreso dos pueblos que se hayan confundido tan íntima y tan profundamente como España é Italia, sintiendo cada uno la influencia del otro, no como un dominio despótico y tiránico, sino como una natural é invencible simpatía. Eran dos rayos de luz y de calor que se confundían en uno solo.

Así se estableció entre ellos tan rapidísima é íntima comunicación. «Los viajes entre una y otra península eran tan frecuentes como dentro de cada nación. Nuestros eclesiásticos iban á Roma á cuestiones propias de su instituto y solían quedarse como profesores en aquella ó en otras universidades, fundiendo su ciencia con la española, ó recibían cargos elevados de manos del pontífice y eran la gloria del púlpito; los juriconsultos iban á terminar su educación en el colegio de Bolonia ó en la misma capital

Digitized by Google

del mundo cristiano, y pasaban después á desempeñar empleos políticos á la sombra de nuestros virreyes y capitanes generales; nuestros artistas competían con los italianos en la misma patria del arte, tomando su estilo ó llevando allí las grandes concepciones de nuestro genio; continuas embajadas nos traían á España ilustres literatos; llamábamos y premiábamos á los artistas más notables, y un continuo trato constituía la base de un comercio en que se asimilaban las industrias.» Copiábanse las costumbres, siendo en España moda las italianas y en Italia las españolas; imitábanse todos los usos y manifestaciones de la vida, hasta el punto de que hoy los historiadores encuentran dificultad en decidir si muchos de ellos tuvieron su origen en Italia ó en España.

Ir á Italia era el sueño dorado de nuestros artistas y de nuestros poetas, de nuestros abogados y de nuestros teólogos, de nuestros sabios y de nuestros políticos. La juventud en todas las esferas sociales se alistaba con fervoroso entusiasmo en los tercios españoles para pasar á aquella península, y saludaba sus playas como las de una nueva patria. No hay más que abrir los libros que nos dejaron aquellos escritores peregrinos para descubrir bajo sus frases el sentimiento que acabamos de indicar. Y no era ir á Italia correr tras de locas aventuras á demostrar un valor feroz como en Flandes, sino ir á recibir aquella luz que emanaba de tanto centro científico, literario y artístico, y completar una educación que parecía dirigida á terminarse bajo aquel cielo tan semejante al nuestro. «Estuvo en Italia» quería decir es un hombre ilustrado; así como «estuvo en Flandes» significaba un hombre feroz, y «estuvo en América» significaba un aventurero.

Por esta razón no ha habido nunca entre dos naciones vínculos literarios tan estrechos como los que brotaron entre España é Italia. Y así como en nuestro período de admiración á la lengua latina hubo algunos ociosos que escribieron versos y oraciones con palabras que eran á un

Digitized by Google

tiempo latinas y castellanas para demostrar la afinidad de ambas lenguas, hubo también poetas que compusieron sonetos y canciones que se leían lo mismo en la dulce lengua de Toscana que en la hermosa lengua de Castilla. Otras veces se publicaban los libros en una y otra lengua, como solía hacerse con algunas disposiciones oficiales y con los partes y noticias de la guerra ó con folletos de interés general (1).

---

(1) Martínez Silíceo tuvo una grave disputa con varios doctos italianos acerca de la afinidad de las lenguas castellana é italiana con la latina, escribiendo con este motivo un modelo que se leía igualmente en latín y castellano. Iguales trabajos hicieron otros italianos, aunque tropezando en la variación de ortografía, que nosotros conservamos mucho mejor. La Virgen de Savona tiene al pie estos versos en latín é italiano:

In mare irato, in subita procella,
Invoco te, nostra benigna stella.

Muchos poetas, sobre todo á principios del siglo XVI, escribieron versos en que mezclaban las palabras y aun frases de una y otra lengua de tal modo, que sus versos podían entenderse en ambas. Léanse los siguientes de Cárvajal:

¿Dónde sois, gentil galana?
Respondió manso y sin priesa:
"Mia madre é de Adversa;
Yo, Micer, napolitana.„
Preguntel si era casada
ó se quería casar.
"Oy me (disse) sventurata
hora fosse á maritar;
ma la bona voglia é vana
por fortuna é adversa:
che mia madre é de Adversa:
yo, Micer, napolitana.„

De igual género son la aventura anónima, cerca de Roma, que comienza

Veniendo de la campanna
Ya el sol se retraía.

Y las que empiezan

Pasando por la Toscana
Entre Sena y Florencia
Vi dama gentil galana
Digna de gran reverencia.

Digitized by Google

Nuestros poetas no eran menos leídos en Italia que los italianos en España: en sus viajes nacía en breve tiempo íntima amistad.

El rápido vuelo que tomó la literatura italiana en el siglo XIV colocó la lengua y la fama de aquella península á inmensa altura é influyó de un modo poderoso en la literatura española.

Son tantas las causas que produjeron esta influencia, que su solo estudio bastaría para hacer una obra de gran volumen. La influencia de la literatura provenzal, que tenía un origen común para España y para Italia, hasta el punto de que hay quien cree que Petrarca al inspirarse en los poetas provenzales copió á los españoles (1); la afinidad

---

Y esta otra

Desnuda en una queza
Lavando á la fontana
Estaba ninna lozana
Las manos sobre la treza.

Y también

Por las ondas del amor
Navega l'anima scelta,
Ma non cobdicia la vuelta
A la playa sin dolor.

El soneto de **Miguel Colodrero**, que empieza

Que mire y calle me pidió Menguilla:
¡A Dio, amor, á Dio! que me mudo;

Y termina

Cuando olvide engañosa su belleza,
"Benedetto el giorno, el mese é el anno.„

(1) Los literatos han discutido mucho si Ausias March ó Yordi Caballero copiaron al Petrarca, ó al contrario, en canciones y sonetos que parecen unos traducciones de otros. Realmente la cuestión está indecisa, habiendo por ambos lados opiniones igualmente respetables y pruebas que parecen concluyentes; pero nosotros la dejamos intacta como de poca importancia, porque cualquiera que fuese su solución no podría arrebatar á ninguno de estos poetas su justa fama, su originalidad, su inspiración, el profundo conocimiento de la lengua en que escribieron, ni menos las diferencias radica-

Digitized by Google

de lenguas que provenían del latín; la comunicación con los mismos pueblos; las analogías históricas y otras muchas razones fueron causa de que en España se imitara tanto la literatura italiana.

Además había una razón, que no dejaba de tener fuerza, aunque haya sido considerada ligeramente por algunos historiadores. En el fondo del progreso, de la perfección de la lengua italiana, había un pensamiento cristiano, un sentimiento patriótico, que por necesidad había de tener eco poderoso en España y especialmente en Castilla, porque este pueblo unía á su natural ingenio y á su amor á las letras el mismo sentimiento patriótico, más eficaz, más activo, más poderoso que en Italia, donde estaba limitado casi siempre á los cantos de los poetas y á los discursos de algunos oradores, mientras en España formaba parte de la educación y ponía en manos de todos sus hijos las armas para pelear en la reconquista de la patria.

No es, pues, de extrañar que el Petrarca y el Dante tuvieran en España desde los primeros momentos admiradores, traductores é imitadores.

Lo mismo decimos de Bocaccio, aunque bajo distinto punto de vista, porque en él no se admiraba el verso, más facil de imitar y aun de aprender, sino aquella flúida, agradable y elegante prosa, cuyo mérito quedará reconocido con decir que desde entonces hasta ahora ha ocultado, aun para los hombres más austeros, la excesiva libertad de sus cuentos y novelas, que son de lo más obsceno que ha penetrado en el templo de la literatura.

Así, pues, España estudió, imitó á los grandes escri-

---

les que establecen la personalidad de cada uno. Los mismos escritores italianos han reconocido estas condiciones en Ausias March, sin pretender quitarle el mérito, suponiendo que había copiado á Petrarca, y no hemos de hacer menos nosotros con el gran poeta florentino, mucho más cuando la cuestión está reducida á la semejanza de unos cuantos versos.

Digitized by Google

tores de Italia, buscando en unos la forma del verso y en otros la de la prosa.

Tal es el juicio que merecieron á nuestros poetas y escritores las obras de los tres italianos y aun de otros muchos de los siglos XV y XVI, en los cuales buscaron los españoles más bien la forma que el fondo, que no era necesario imitar en un país en que la originalidad y la inspiración poética son, según ha dicho un novelista extranjero, tan espontáneas como sus flores; resumiéndose esta opinión en aquel admirable juicio de Cervantes sobre Ariosto: «Si habla otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.»

Todos nuestros poetas del siglo XVI conocían y estudiaban las obras de los tres grandes italianos, como podría demostrarse con infinidad de citas; hasta el punto de que Gómez Manrique decía, que el marqués de Santillana enmendaba al Dante en muchos pasajes (1).

Pero López de Ayala (1332-1407) tradujo buena parte de las obras de Bocaccio y especialmente el libro de la caída de los príncipes; Narciso Franch le vertió al catalán á últimos del siglo XIV (2), y apenas se instaló la imprenta en España, fueron publicadas *Las mujeres ilustres*, en Zaragoza en 1494 y en Sevilla en 1528; la *Fiameta* en

---

(1) Era tan común en España el conocimiento del italiano y de sus poetas, que Baltasar de Alcázar en sus quintillas tituladas *La vida de la aldea*, que comienzan

Oir misa cada día

y en las cuales describe de un modo tan exacto y minucioso la vida de nuestros pueblos, en el siglo XVI, dice:

Sayo de seda en el arca,
Vestirlo de mes á mes,
Hablar un poco francés
Y declarar á Petrarca.

(2) En 1498 se imprimió en Barcelona *El Corbatxo* de Bocaccio y el *Tratado de las mujeres*, traducido por Franch.

Digitized by Google

Salamanca en 1497, traducida por Pedro Rocha, y en Sevilla en 1523 y las *Novelas* en Medina del Campo en 1514, reproduciéndose las ediciones de estas obras. Además se publicaron traducciones de Bocaccio unidas á otras obras, como en la *Question de amor*, impresa en Venecia en 1553.

La *Divina Comedia* fué traducida en verso catalán por Andrés Febrer en 1428, con una exactitud maravillosa (1), y el mismo año fué vertida al castellano por el marqués de Villena (2); Narciso Viñoles, que escribía indistintamente en castellano é italiano, hizo también alguna traducción del Dante antes de finalizar el siglo XV; y Pero Fernández de Villegas tradujo el *Infierno,* que se publicó en Burgos en 1515.

Además de estas obras á que los literatos y los historiadores han dedicado especial atención y recuerdo, se tradujeron en el mismo siglo XV y el siguiente otras de diversos autores italianos, entre ellas la *Historia de la reunión del reino de Portugal á la corona de Castilla*, por Jerónimo Franchi Conestagio, traducida por D. Pedro Manrique de Castilla; la *Historia de Alejandro*, traducida al valenciano

---

(1) Se conserva en el Escorial y empieza así:

En lo mig del camí de nostra vida
Me retrobe per una selva oscura.

Fué acabada esta traducción en 1.º de Agosto de 1428.

(2) La traducción de la *Divina Comedia* hecha por el marqués de Villena debió ser destruida entre aquellas "dos carretadas de libros„ que la barbarie del confesor del rey, Lope Barrientos, mandó quemar sin leerlos siquiera, en el pórtico del convento de Santo Domingo de Madrid; hecho deplorado por todos los poetas de aquel tiempo y calificado por el bachiller Fernán Gómez de Cibdareal con estas palabras: "Ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos faciendo á otros insipientes é magos; é peor es que se facen beatos faciendo á otros nigrománticos.„

Hernando Díaz tradujo la *Divina Comedia* y algunos sonetos de Petrarca. Sin embargo, no podemos asegurar que se publicara esta traducción. Habla de ella Díaz en su obra *La vida y excelentes dichos de los más sabios filósofos*, impresa en Sevilla en 1520, y copia el principio de los tres cantos del Dante y un soneto de Petrarca.

Digitized by Google

por Luis de Fenollet, impresa en Barcelona en 1481 y traducida de nuevo en Sevilla el año 1534 por Gabriel de Castañeda; la *Historia de Bohemia*, de Silvio Picolomini, puesta en romance por el comendador Hernán Núñez de Toledo é impresa en Sevilla en 1509; Juan Agüero de Trasmiera tradujo en 1512 *Las flores romanas;* las *Epístolas y Oraciones*, de Santa Catalina de Sena, vertidas del Toscano é impresas en Alcalá en 1512; el *Compendio de la historia del reino de Nápoles hasta 1449,* de Pandolfo Collenucio, traducida por Juan Vázquez del Mármol; el *Cortesano*, de Baltasar Castelloni, traducido por Boscán y publicado en Toledo en 1539 y 1540; los *Asolanos*, de Pedro Bembo, impresos en Salamanca en 1551, y la *Crónica troyana*, de Guido de Colonna, impresa en Pamplona.

Antonio de Obregón publicó en Logroño en 1512 *Los seis triunfos del Petrarca*, que se reimprimieron en Valladolid en 1541 con el título *La vida y obras del Petrarca* (1); Alvar Gómez tradujo en verso el *Triunfo de amor;* el licenciado Gaspar de Baeza el libro de Jovio, y Antonio Juan Villafranca, en 1562, publicó en castellano las historias de Paulo Jovio; Andrés de Ustaróz tradujo el *Diálogo de las empresas*, de Stephano Guazo; Andrés de Burgos en 1546 el *Laberinto de amor*, de Bocaccio; Andrés Laguna *Los sucesos de Constantinopla;* Vasco Díaz Tanco en Orense el año 1547 *La Palinodia;* Agustín Almazán *El Momo*, de Alberto Florentín, en 1553; Juan de Miranda el *Diálogo de las bodas*, de Máximo Trajano, en 1564; Juan de Barahona y Padilla las obras de *Alejandro Picolomini*, en 1577; Domingo Bezerra el *Galateo*, de Juan de la Casa, en 1585, y Melchor Cano el *Tratado de la victoria de sí mismo.*

El *Orlando* fué traducido en prosa por Vázquez de

(1) En la exposición de arte retrospectivo de 1883 se presentó un magnífico ejemplar de esta obra.

Digitized by Google

Contreras y en verso por Hernando de Alcocer en 1550.

D. Jerónimo de Urrea tradujo también el *Orlando* en verso castellano, mereciendo que se hicieran de su obra más de catorce ediciones antes de terminar el siglo XVI, alguna de ellas en Venecia, modificando en muchos puntos la fábula del poeta italiano y sustituyendo una porción de estrofas, que no bajan de ciento, con otras en que canta héroes españoles, así guerreros como poetas, entre ellos el Cid, Guzmán el Bueno, el Gran Capitán, Antonio de Leiva, Luis Zapata, Garcilaso, Castillejo y otros. Con esta alteración suscitó en España é Italia una serie de elogios y censuras, que en boca de unos le presentan como un nuevo Homero, y en boca de otros le niegan todo mérito; siendo tal vez la más justa la opinión de Cervantes, «que perdona al señor capitán por la dificultad de volver los libros de verso en otra lengua».

D. Juan de Jáuregui, sevillano (1570-1640), tradujo el *Aminta*, del Tasso; y el valeroso capitán Juan de Sedeño de Arévalo la *Jerusalén*, publicada en Madrid en 1587, y Antonio de Herrera la *Razón de Estado*, de Juan Botero, en 1591.

El gusto italiano fué muy adoptado en España hasta hacerse popular, pero no sin protestas. Toda una escuela que dejó detrás de sí un nombre inmortal y que tuvo por jefe á Cristóbal del Castillejo, resistió la invasión en nombre de las antiguas tradiciones de la poesía castellana (1); y por otra parte, escritores de original inspiración creyeron pequeños aquellos moldes, no menos que los del antiguo clasicismo, y trataron de romperlos tomando odio á las traducciones del italiano, llegando á decir Lope de Vega que «era mayor delito traducir de esta lengua que pasar caballos á Francia».

---

(1) Escribió entre otras censuras una *Reprensión* contra los poetas que usan el verso italiano.

Digitized by Google

Sin embargo de esta imitación hubo tal inspiración, tal riqueza, tal variedad en nuestros poetas, que no puede decirse que copiaron ciegamente á los italianos, ni tampoco que se atuvieron á las reglas clásicas, ni siguieron las huellas de la antigua poesía castellana. Herrera creó una escuela en que le siguieron Céspedes, Pacheco, Medrano, Rioja y otros, que no desdeñando ni las formas clásicas, ni la imitación italiana, puso de manifiesto toda la elocuencia y la grandeza de la lengua de Castilla. Fray Luis de León supo reunir admirablemente una inspiración bíblica á un clasicismo propio de Horacio, empleando al mismo tiempo la lengua castellana con una gran pureza, á pesar de algunos giros nuevos y con una sencillez que, lindando con la familiaridad, fué siempre culta y elegante.

Garcilaso de la Vega, que fué el verdadero introductor en España del metro italiano, supo dar tal dulzura á sus versos, que los mismos italianos le admiraban, entre ellos Paulo Jovio, Bembo, Frasitelo, Laura Terracina y otros, prefiriendo siempre leerlos en castellano, inspirándose hasta en su forma, á estudiarlos en las traducciones italianas.

Gutierre de Cetina, soldado también en Italia, gran amigo del príncipe de Ascoli, con quien se carteaba en verso, imitó no menos felizmente la poesía italiana, dándole una perfección, un colorido y una expresión que no desdice de los mejores poetas de la patria del Dante, hasta el punto de que se cree difícil encontrar en esta lengua algo que pueda compararse al madrigal

Ojos claros, serenos.

El sevillano Baltasar de Alcázar (1530-1606), músico y dibujante, rivalizó en sus poesías festivas con los más afamados satíricos italianos. Pablo de Céspedes (1538), pintor, arquitecto y poeta, dió á sus versos una elegancia

Digitized by Google

y grandiosidad admiradas en Roma, al mismo tiempo que llamaba la atención por su valor contra el Santo Oficio y el inquisidor general en los tiempos de Felipe II.

Vicente Espinel admiró la novela italiana, y cuando dió á luz sus obras, fué á su vez admirado en Italia. Francisco Salinas de Burgos (1523-1590) tuvo igual nombre en Roma como poeta y como músico, mereciendo distinciones oficiales y populares y ejerciendo una notable influencia en el arte.

Andrés Rey de Artieda (1549-1634), heroico soldado en Lepanto, admiró é imitó á Ariosto, siendo todavía respetado en Italia como crítico. Francisco de Aldana, llamado el divino, cuya heroica muerte en la batalla de Alcazalquivir le inmortalizó tanto como sus versos, fué juzgado al publicarse sus obras en Milán como un gran poeta lírico.

Pero haríamos interminable este trabajo si continuáramos exponiendo los nombres de todos aquellos soldados, embajadores y artistas que, como los Argensolas, llegaron á tener verdadera corte de poetas en Nápoles, ó fueron admirados y elogiados por los literatos italianos. Baste recordar que existen ediciones italianas de casi todos nuestros escritores, y que hubo momento en que en Roma, Nápoles y Milán se imprimía tanto en español como en italiano.

Se acusa á nuestros poetas de haber abusado de la imaginación y del lirismo, así como de ciertas formas del lenguaje, y no está destituída de justicia esta acusación; pero en medio del abuso que nos trajo un Góngora (1561-1627) en el verso, como á Italia le sucedió con Virgilio Malvezzi (1598-1654), y un Quevedo en la prosa, que también tuvo sus imitadores en Italia, podemos presentar poetas en que la imaginación aplicada á la poesía descriptivo-didáctica, ofrece ejemplos superiores á los de los más famosos italianos.

Los mismos críticos de esta nación nos admiran en

Digitized by Google

este punto, y no hace mucho una revista literaria de Italia declaraba que no había en ninguna lengua desde el siglo de oro de la literatura latina, descripciones más bellas, exactas y profundas que las de nuestros poetas, ni elocuencia más sencilla que la de Fray Luis de León en sus odas, y especialmente en aquélla en que copia una tormenta del espectáculo natural en el cielo y en la tierra, y dice entre otras cosas:

La lluvia baña el techo,
Envían largos ríos los collados,
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores espantados.

Y en efecto, una colección de modelos de la poesía descriptiva, sacada de nuestros autores clásicos, presentaría riquezas asombrosas y podría servir de utilísima y grata enseñanza á los poetas modernos.

II.

La desaparición de tantas obras de nuestra literatura nos permite comparar las farsas, misterios y autos primitivos, que fueron indudablemente en España y en Italia el origen del teatro.

Nuestros literatos han hecho escasísimos estudios acerca de este punto; y por nuestra parte podemos decir que, habiéndonos propuesto investigar el origen de la leyenda de D. Juan Tenorio, han sido inútiles cuantos esfuerzos hemos hecho hojeando las obras de nuestros historiadores, visitando las bibliotecas y archivos y consultando á nuestros más entendidos literatos, sin que hayamos podido comprobar ni siquiera la existencia del auto *El ateista fulminado*, que citan muchos literatos extranjeros,

Digitized by Google

y del cual publica una escena Coleridge, el comentador de Lord Byron (1).

Tenemos también noticia de otros autos ó farsas que citan literatos extranjeros, y que son completamente desconocidos en España.

Por esta causa es imposible examinar sino por medio de suposiciones, más ingeniosas que fundadas, las relaciones primitivas del teatro español con el teatro italiano á la sombra del templo y unido á los actos religiosos. Semejante estudio correspondería á una obra exclusiva, que no dejaría de tener importancia para toda Europa, desde que los pueblos del Norte pretenden que el drama cristiano nació en Alemania en manos de la monja Hroswitha, que en el siglo X escribió, aunque imitando á Terencio, composiciones de carácter dramático, que pueden mirarse como el principio de los autos religiosos, que no comenzaron á ser frecuentes en las catedrales del Mediodía de Europa hasta los siglos XIII y XIV.

Estos autos y misterios debieron ser muy semejantes en ambas naciones durante la Edad Media. Se celebraban en las iglesias, eran obra de algún sacerdote ó maestro, se aprendían en breve tiempo por los niños en la escuela, dependiente del mismo templo, ó por los monaguillos y otras personas, empleando tal vez un solo manuscrito que desaparecía en breve, de modo que su recuerdo moría en aquel reducido espacio (2).

En el siglo XV Italia unió el recuerdo de estos misterios á las grandes funciones públicas de carácter pagano, y dió espectáculos de tal magnificencia, que habrían sido imposibles en ninguna otra nación. Florencia celebró mu-

(1) Puede verse sobre este punto lo que decimos en nuestro libro *Don Juan Tenorio*. Madrid, 1883.

(2) Entre lo más notable que se conserva debemos citar la comedia representada ante el obispo de Canarias D. Cristóbal Vela, en la catedral de las Palmas, que tiene muchos versos esdrújulos.

Digitized by Google

chas farsas mitológicas; Venecia renovó las fiestas caballerescas de la Edad Media, y Roma representó las comedias y tragedias griegas, además de pasajes de la Biblia, en cuya ejecución se solía tardar más de un día, desplegando un lujo que hoy es incomprensible.

El drama ó misterio de Job duró diez y seis horas, y el de Saúl cuatro días, tomando parte en él más de seiscientas personas, de las cuales hablaban ciento una. En estas fiestas salían con frecuencia pastores griegos, dioses mitológicos, todo género de fiestas salvajes, formando un conjunto abigarrado y pintoresco.

Nuestros autos sacramentales tomaron tal vez de las fiestas de Venecia los carros triunfales; pero limitaron su objeto á herir la imaginación popular con las grandezas ó misterios de la religión, y no llegaron nunca ni al lujo y magnificencia de los italianos, ni á confundirse tan profundamente lo sagrado y lo profano, lo cristiano y lo mitológico.

Pero sin remontarnos á los orígenes de los autos sacramentales y dejando á un lado estas fiestas ajenas al carácter del teatro moderno, tomando la literatura dramática dentro de los reducidos límites en que la han estudiado nuestros literatos, puede asegurarse que es la primera, la más rica, la más fecunda, la más original y la que más ha influído en las demás naciones.

Respecto de este punto nos complace copiar las palabras de un autor extranjero, precisamente de una nación que por su carácter no ha estado nunca propicia á reconocer nuestros méritos: «La desgracia del genio español, dice Philarète Chasles, consiste en haber sido demasiado grande, demasiado sencillo y no menos espontáneo y potente: en haber consumido su savia sin avaricia y sin cálculo.

»Apenas hay entre nuestros contemporáneos quien se acuerde de que el drama español ha sido una fuente de donde ha tomado Europa en los siglos XVI y XVII cuanto ha necesitado, como quien saca agua de un río sin que

Digitized by Google

nadie vea agotarse ó disminuirse el tesoro bienhechor.

»Desde el siglo XIII al XVII, mientras Francia fué sucesivamente italiana, española é inglesa, é Inglaterra italiana, francesa y alemana, España se desarrolló en una sola dirección, y sus mejores obras fueron hijas de la misma inspiración que había producido el Poema del Cid» (1).

Cierto que no han faltado escritores italianos, como Sismondi, que hayan culpado á la literatura dramática española de abusos en desafíos, muertes y aventuras ruidosas y sangrientas. Pero esta acusación, de que hemos sido defendidos por otro escritor no menos notable en la misma Italia (2), contiene dos graves errores. Es el primero el desconocimiento de nuestra historia, de nuestro carácter y de la época en que brilló nuestra literatura, que explican suficientemente la razón de tales escenas, como copia exacta, aunque tal vez exagerada, como sucede siempre en el teatro, de la verdad de las costumbres. Y así lo prueba que los autores italianos que imitaron nuestro teatro ó introdujeron en sus dramas tipos españoles, incurrieron en ese mismo llamado defecto. Pero sólo á críticos vulgares ó á poco felices autores de revistas, en periódicos de escaso mérito literario, puede ocurrirse limitar nuestra literatura dramática á una serie de desafíos y cintarazos, y de amores que terminaban á golpes, sin comprender la profunda significación de aquellos caracteres creados por nuestros poetas y el pensamiento muchas veces profundo, y siempre

(1) Consignamos con satisfacción que al ser recibido el actual embajador de Francia Mr. Cambón, por la Reina Regente, de 10 de Septiembre de 1886 declaró en su discurso que la literatura francesa había sido un reflejo de la española.

(2) *Saggio storico-apologetico della letteratura spagnuola*, por el abate LAMPILLAS.

Es muy antigua la acusación de que la influencia de la literatura española ha sido perniciosa á la italiana. Pueden verse sobre este punto unos artículos que escribió el Sr. Martínez del Romero defendiendo á España de este cargo en lo que se refiere á la época romana. *Gaceta de Madrid* de 1845.

Digitized by Google

digno de estudio, que presidía á la redacción de aquellas escenas y á la relación de unas con otras, que constituía el objeto del drama, aunque sometido al gusto del público: necesidad entonces tal vez más imperiosa que hoy.

El segundo error en que incurrió Sismondi consiste en la confusión de la moral con la literatura y con el arte; confusión precisamente más extraña y censurable que en ningún otro escritor residente en Italia, cuya historia nos ofrece al mismo tiempo los triunfos más gloriosos del arte y la depravación más horrible en las costumbres.

La verdad es que, como decía Voltaire, todos los extranjeros han merodeado en nuestro teatro; que, como decía Scarrón, hubo una época en que fué moda robar en literatura á los españoles todo lo que se podía; que, como dice Castil-Blaze, los cómicos españoles llevaron á París con su repertorio un nuevo rumbo para la literatura francesa; y que si se examina detenidamente el origen, la historia y el proceso de cada uno de los caracteres y de cada una de las escenas del teatro en Italia y en Francia, se llega á demostrar que la mayoría tuvo su origen en esta fecundísima é inagotable riqueza de la literatura española, cuyas comedias en un solo autor se cuentan por centenares, y cuyos personajes, como sucede en Lope, pueden formar el cuadro de una nación.

Italia dió al drama, comprendiendo en esta palabra toda acción representada en el teatro, una forma más artística; arregló y dividió mejor las escenas; supo sacar más partido cómico en algunos casos, sobre todo tratándose de las intimidades y vicios de la vida; pero la posteridad no ha creído que debía conceder la inmortalidad al teatro italiano como se la ha concedido al español.

Italia se sometió más que España al arte, á la tradición y á las reglas clásicas, de tal modo que los poetas y dramáticos españoles, aunque admirados é imitados, eran tenidos por bárbaros ante aquellos que no se atrevían á alterar en lo más mínimo los preceptos del clasicismo.

Digitized by Google

Hubo también quien calificó de ignorancia la libertad del genio en nuestra patria. El mismo Cervantes se creyó obligado á manifestarlo, así diciendo que «los extranjeros que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes».

Nosotros rechazamos también la calificación de ignorantes, aunque admitamos la de bárbaros en el sentido de que nuestros poetas eran verdaderamente extranjeros dentro de la región en que dominaban exclusivamente los preceptos del arte, porque los rompieron, los despreciaron, los pisotearon.

Los escritos de Santa Teresa causaron una extrañeza, que tuvo tanto de asombro como de censura. Algunas personas, entre ellas su mismo confesor, le mandaron quemar sus escritos, temerosos, en nombre de la teología y de la literatura. No se comprendía que las más graves cuestiones teológicas y los arcanos del misticismo fueran tratados por una mujer que tradujera el ascetismo al lenguaje vulgar y aun al familiar; que así se derribaran las murallas del sombrío palacio de la teología para dar entrada en él al sentimiento y á las lucubraciones de un espíritu exaltado. Se creía imposible que sin estudios teológicos, sin los preceptos rigurosos de la retórica y la dialéctica se llegara á la cumbre del misticismo, como el águila llega de un vuelo á la cima de las montañas sin los tardos pasos del hombre. No se concebía que ni ella ni San Juan de la Cruz no perteneciesen á alguna escuela de las que dividían las aulas y las congregaciones, y que la enérgica expresión del sentimiento personal se sobrepusiera, no sólo al arte, sino á la gramática. Sólo hombres de la talla de Fray Luis de León podían comprender aquella emancipación del genio contra las reglas del arte.

Pero no era esto un hecho inconsciente, no era ignorancia. Lope, que rompió no menos todos los preceptos, los conocía perfectamente desde los diez años de edad, según dice él mismo, y faltaba á ellos conscientemente porque

Digitized by Google

le arrastraba su fecundísima imaginación y el aplauso del público, llamándose á sí mismo más bárbaro que todos:

Mas ninguno de todos llamar puedo
Más bárbaro que yo, pues contra el arte
Me atrevo á dar preceptos, y me dejo
Llevar de la vulgar corriente, á donde
Me llaman ignorante Italia y Francia.

Pero tal era el imperio de las reglas entonces, que el mismo Lope se disculpó muchas veces con el público de seguir aquella senda:

Sustento en fin lo que escribí, y conozco
Que aunque fueran mejor de otra manera
No tuvieran el gusto que han tenido:
Porque á veces lo que es contra lo justo
Por la misma razón deleita el gusto.

Esta censura de sí mismos ante las reglas del arte era muy común en España: todos conocían que pecaban contra él gravemente y lo hacían á conciencia. Suárez de Figueroa decía que el arte no tenía lugar, y que Plauto y Terencio si hubieran resucitado en aquellos tiempos, serían la burla de los autores y escarnio de la plebe. Pero la posteridad, juzgando de otra manera, ha hecho inmortales á todos los que así se salieron de la rutina, y ha olvidado por completo los nombres y las obras de todos aquellos que escribieron comedias, tragedias y poemas, sujetos minuciosamente á las reglas de los antiguos, y censuraron alguna vez con excesiva dureza y aun con insultos á los que se inspiraban en los sentimientos de un pueblo cuya grandeza y exaltación de ideas así rompía las vallas del mundo conocido como los preceptos de la retórica.

El teatro italiano fué tan popular como el nuestro, pero tuvo un carácter muy distinto, en que nosotros no podiamos imitarle. Desde luego aparecen perfectamente separados en Italia dos géneros, que podremos llamar el clásico y el popular. En el primero sobresalieron los grandes poetas y los hombres de estudio, lo mismo que en Es-

Digitized by Google

paña hasta el siglo XVII; pero sus obras frías y lánguidas en lo general, y pobres como han sido siempre casi todas las imitaciones de la antigüedad, no podían servir más que para dar fama oficial á sus autores, para ejercitar la crítica y para satisfacer el gusto de los aficionados á los clásicos, mientras no se contagiasen algo de la corrupción de los tiempos y acudiesen á presentar en la escena cuadros deshonestos.

El segundo género, en que tanto sobresalieron los italianos, era la comedia popular, bufa, picaresca, que tenía algo de nuestro sainete y de la zarzuela, y que muchas veces nuestra literatura imitó en los pasillos y entremeses. Este género copiaba libremente la vida pública, con exageración algunas veces, con exactitud las más; era una serie de cuadros íntimos que hubiera podido observar el forastero ó el ciudadano, con lo cual queda dicho que sus escenas no serían lecciones de moral.

Los argumentos solían ser sencillos, pero vivos y punzantes; las escenas llenas de gracia y con un diálogo fácil é intencionado; y los personajes caballeros de la corte, villanos y cortesanos: un fraile que hacía el papel del lego en nuestras modernas zarzuelas, ó que vendía la absolución; un soldado español, que dirimía las cuestiones amorosas á golpes y cuchilladas; algún personaje, duque, cardenal ó papa, oculto bajo la ropa de un villano, pero retratado moralmente con tal exactitud, que el pueblo le conocía apenas se presentaba en la escena; algún desgraciado alquimista que sufría la mayor pobreza teniendo en el bolsillo la receta para hacer el oro; cortesanas y prostitutas de todas categorías, que así pervertían á la juventud como eran las personas más influyentes, dispensadoras de títulos, obispados y capelos; judíos españoles, criados graciosos, etc. Tales eran los personajes de aquellas comedias que llamaron tanto la atención, que atraían al público y le fascinaban, y de las cuales no ha quedado recuerdo apenas ni en la historia ni en la literatura.

Digitized by Google

Nuestra literatura dramática encontró en Italia un eco grandísimo y constante, no sólo traduciéndose muchas de nuestras comedias, sino imitándolas ó tomando de ellas escenas ó variando sus argumentos hasta el infinito, como quien escribe composiciones musicales sobre motivos de una ópera afamada.

Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón, Moreto, Figueroa, Mira de Mescua, Solís y otros muchos encontraron traductores como Manfredi, Stramboli, Cicognini, Perrucci, Lionardi, Veraldo y otros, que puede decirse infiltraron y perpetuaron el gusto de nuestro teatro en Italia, representándose además con frecuencia nuestras comedias en castellano.

Por desgracia, la decadencia de los estudios literarios en nuestra patria, y la influencia francesa, que ha llegado á olvidar todos los vínculos de nuestra literatura, fuera de los que pasan por el Pirineo, no sólo ha cortado nuestras relaciones con Italia, sino que ha cubierto con un espeso velo el recuerdo de la recíproca influencia del teatro entre España é Italia.

Por otra parte, cuanto hemos leído en autores italianos acerca de este punto, es demasiado vago y no pasa de las afirmaciones generales que hemos hecho; porque sólo á la nación que tiene la fortuna de imponerse, es á quien corresponde el estudio y el análisis de la influencia que ha sabido ejercer.

El teatro italiano fué además semejante al nuestro en el poco respeto á lo que hoy se llamaría propiedad literaria. Las compañías de cómicos variaban los títulos de las obras, las modificaban según las circunstancias del momento; ocultaban y á veces variaban el nombre del autor; y, lo mismo que en nuestra patria, ante aquella insaciable afición popular al teatro, trataban sólo de satisfacerla, sin cuidarse de respetos y derechos, que hoy están consagrados en las leyes y que la publicidad de la vida moderna no permite sean hechos ignorados.

Digitized by Google

De aquí proviene la dificultad de entrar en detalles acerca de las traducciones é imitación de nuestro teatro en Italia.

Sin embargo, como cosa curiosa publicamos la nota que escribió Moratín en su viaje á Italia, y que dejó inédita entre sus papeles, de las comedias españolas traducidas al italiano y representadas en aquel teatro (1).

---

(1) *Alessandra*, traducción de la *Alejandra*, de Lupercio Leonardo de Argensola, por Niccolo Bertini, 1649.

Amar è fingere, trad. de *Fingir y amar*, de Moreto, por Zini, 1675.

Amar è non saper chi, trad. de *Amar sin saber á quién*, de Lope de Vega, por Francesco Stramboli, 1686.

Amistà pagata, trad. de *La amistad pagada*, de Lope de Vega, por Francesco Tizzoni, 1677.

De bene in meglio, trad. de *Mejor está que estaba*, de Calderón de la Barca, por Angela D'Orso, 1656.

Il cane dell'ortolano, trad. de *El perro del hortelano*, de Lope de Vega, por Teodoro Amaideno, 1641.

Carcere d'amore, trad. de *Cárcel de amor*, de Lope de Vega, por Lelio Manfredi, 1621.

Il Carceriere di se medessimo, trad. de *El Alcaide de sí mismo*, de Calderón, por Federico Adimari, 1681.

Celestina, por Alfonso Ordóñez, 1506.

Con chi vengo vengo, trad. de *Con quien vengo vengo*, de Calderón, por Angela D'Orso, 1666.

Complire con la sua obligazione, trad. de *Rendirse á la obligación*, de Figueroa y Córdova, por Andrea Perrucci, 1698.

Con la borrasche in porto, ovvero *La zingaretta de Madrid*, traducción de *La gitanilla de Madrid*, de D. Antonio de Solís, por Carlo Celano, 1705.

La Contessa de Barcellona, trad. de *El desdén con el desdén*, de Moreto, por Rafaele del Tauro, 1691.

Il Convitato di pietra, trad. de *El Burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, por Onofrio Giliberto de Solofra, 1652.

La misma, por Giacinto Andrea Cicognini.

La misma, por Andrea Perrucci, 1678.

La misma, por Enrico Prendarea, 1690.

Don Giovanni Tenorio, por Carlo Goldoni, 1736.

La dama folleto, trad. de *La dama duende*, de Calderón, por Arcangelo Spagna, 1684.

La dama frullosa, trad. de *Todo es enredos, amor y diablos son las mujeres*, de Moreto y Figueroa, por Teodoro Amaideno, 1678.

Egidio ovvero *Lo schiavo del demonio*, trad. de *El esclavo del demonio*, de Mira de Amescua, por Pietro Paolo Todini, 1677.

Digitized by Google

III.

La sociedad moderna con la novela y el drama, fórmula de su literatura, ha variado mucho las formas y aun la esencia de la poesía, quitando importancia al poema épico y al soneto.

Ya no hay poeta que escriba, ni lector que lea, aquella colección de sonetos con que Petrarca cantó á Laura en vida y muerte, ni aquella serie interminable de las mismas composiciones con que se celebraban todos los suce-

---

La figliuola disuobidiente, ovvero *lo schiavo del demonio*, trad. del *Esclavo del demonio*, de Mira de Amescua, por Benigno Vadi Zonda y Don Giovanni Azevedo, 1653.

Il finto incanto, trad. de *El encanto sin encanto*, de Calderón, por Lionardo de Lionardis, 1574.

A gran danno gran rimedio, trad. de *A gran daño gran remedio*, de Villaizán, por Francesco Manzani, 1661.

Impegni per disgrazia, trad. de *Los empeños de un acaso*, de Calderón, por Ippolito Ventivoglio, 1687.

Gli inganni di Leandro, por el académico innominato, 1668.

Negl'inganni la fortuna, trad. de *La ventura en el engaño*, de Montalbán, por Domenico Veraldo, 1695.

L'inganno fortunato, ovvero *L'amata aborrita*, por Brigida Bianchi, 1659.

L'Isabella, trad. de *La más constante mujer*, de Montalbán, por Tommaso Caló, 1638.

L'Isabella, ovvero *La donna piu costante*, trad. de la misma, por Raffaele Tauro, 1697.

Il maggior mostro d'il mondo, trad. de *El Tetrarca de Jerusalén*, de Calderón, por Giacinto Andrea Cicognini, 1656.

Non è padre essendo re, trad. de *No hay ser padre siendo rey*, de Rojas Zorrilla, por Carlo Celano, 1663.

Il principe innamorato di se stesso, por Pietro Paolo Todini, 1657.

La principessa filosofa, trad. de *El desdén con el desdén*, de Moreto.

Proteggere l'inimico, trad. de *Amparar al enemigo*, de D. Antonio de Solis, por Carlo Celano, 1664.

La prudente Abigaile, trad. de *La prudente Abigail*, de Enriquez Gómez, por Giovanni Paolo Landarini, 1608.

La signorina zingaretta, trad. de *La gitanilla de Madrid*, de Don Antonio Solis, por Fiorido de Silvestris, 1646.

Digitized by Google

sos, se recomendaban todos los libros, se elogiaba á todas las personas y se cantaban las virtudes y los vicios. Un poeta español ha dicho que dedicarse hoy á hacer sonetos es dedicarse á hacer el amor con la espada y el laud; de manera que esta afamada composición ha quedado como un traje de máscara, que sólo sirve para bromas y bufonadas ó para retratos políticos y literarios de enconada intención.

Pero si trasladándonos á aquellos tiempos en que se tomaba en serio el soneto, tratásemos de hacer una obra selecta compuesta de los más perfectos, tendríamos que tomarlos en número igual de poetas españoles y de poetas italianos, sin que pueda decirse que ninguna de las dos naciones aventajó á la otra en la concentración de un pensamiento en esos catorce versos, y sin que pueda llamarse «patria del soneto» con más razón á Italia que á España bajo este punto de vista.

Respecto del poema épico, ya no se discute con el fervor antiguo cuál es el mejor, ni se cree parte de la gloria y hasta de la honra nacional el presentar un poema como modelo en cada pueblo; sólo algún retórico pedagogo se entrega á tales estudios.

No puede negarse á Italia la grandiosidad y la belleza de sus poemas, que tienen y tendrán nombre mientras exista la literatura, ni puede negarse tampoco la opinión general de que nosotros carecemos de un Ariosto y de un Tasso.

Aunque podíamos hacer algunas observaciones acerca de este punto, examinando el origen de la fama que en la literatura europea tiene Ariosto, por ejemplo, y no tiene Ercilla, admitimos la opinión general; y preguntándonos por qué España, cuyos hechos expresados en sencilla narración son otros tantos poemas, no tuvo un gran poema épico, nos encontramos con que la misma Italia nos contesta por boca de varios críticos é historiadores de un modo que resume concisa y elegantemente Cantú en estas

Digitized by Google

palabras: «La abundancia de materiales y de hechos grandiosos que referir fué causa de que se descuidara el modo de cantarlos.»

La mayor parte de nuestros poetas, antes de que llegara el teatro á su época de gloria en el siglo XVII, fueron soldados, sirviendo en guerras crueles y á gran distancia de la patria; escribieron alternando entre sus manos la pluma y la espada; trasladando al papel más bien impresiones del momento, concepciones rápidas, inspiraciones momentáneas y cuadros de aquella vida activa, guerrera y llena de aventuras, que el meditado plan de una obra literaria. Aquellos soldados poetas no acudían, porque no lo necesitaban, á la invención ante sucesos de tal magnitud que pudieran eclipsar las creaciones de la imaginación. Así Ercilla no inventa ante aquel panorama asombroso de un nuevo mundo y ante aquellos hechos heroicos de una guerra en país desconocido y con tribus guerreras, que tal vez no hubiera podido crear la más rica fantasía; por esto brilla en los detalles, en los cuadros y en las descripciones, copiando la naturaleza y la verdad de los hechos con más vigor y más colorido que el Tasso.

Esta observación que acabamos de hacer sobre Ercilla puede muy bien aplicarse á otros muchos poetas; y respecto de los que en distintas condiciones cantaron otros asuntos, preciso es confesar que hubo en ellos mala elección ó que las condiciones del autor no se acomodaban al argumento. Los asuntos religiosos de la *Cristiada* y la *Invención de la Santa Cruz* no se prestan á lo que exige el poema épico encargado de cantar altos hechos humanos. La *Carolea*, el *Carlo famoso* y la *Austriada* eran asuntos más propios para un poeta cesareo que para el genio español. Pero en lo general nuestros vates fueron superiores á los italianos en los detalles, como puede verse constantemente en la *Araucana*, con frecuencia en el *Polifemo* de Góngora, esmaltado de animación y belleza, y en el *Bernardo* de Valbuena, cuya riqueza de imaginación es asom-

Digitized by Google

brosa, por más que se haga tan pesado en la lectura.

Pero España no necesitaba verdaderamente bajo cierto punto de vista el poema épico, porque la epopeya tenía aquí su expresión natural, popular, admirable y admirada en nuestro romancero; tesoro de inapreciable valor que nos envidian todas las naciones y que dió motivo á poco felices imitaciones en Italia, con poemas de mayor aspiración.

Cada romance nuestro es un canto épico que abraza todas las manifestaciones de la vida nacional, con una riqueza, con una variedad á que no puedè llegar nunca la unidad de una obra que tiene que perder en espontaneidad lo que gana en perfección.

Estos romances, penetrando en el pueblo, han creado nuestros héroes, han mantenido el sentimiento de nuestras glorias. Un solo poema sobre el Cid no habría popularizado este tipo, ni tal vez hubiera llegado á donde ese inmenso poema formado por su romancero sin los caracteres de la adulación, que suelen ser inseparables de todo gran poema.

Por otra parte, el gran desarrollo del teatro en el siglo XVII fué causa también de que perdiera importancia el poema épico; porque entre los muchos y variados caracteres de nuestro teatro uno de ellos era llevar á la escena, no sólo constantemente el carácter español, que hubiera debido ser la base de un poema nacional, sino todos los hechos y sucesos notables de la vida, desde la política al recinto de la casa, presentándolos con tales circunstancias y tal brillantez que reemplazaban al poema épico.

Bastará para conocerlo así la opinión de los literatos extranjeros que han estudiado nuestros dramas, más bien como poemas que como comedias, por más que nosotros les diéramos siempre este modesto título.

Si estableciéramos la comparación en un orden inverso estudiando los esfuerzos hechos por una y otra nación para tener un poema épico, el número de intentos fracasados,

Digitized by Google

los nombres de los poetas que se estrellaron ante su dificultad, podríamos asegurar que España fué más afortunada, porque no tiene el sin número de poetas y poemas que han caído en olvido en Italia, ni se propuso nunca hacer de creaciones tan lánguidas, como, por ejemplo, la *Italia liberata*, de Juan Jorge Tressino, un poema nacional.

Para terminar con este punto haremos notar una cosa curiosa. Nuestros poetas tuvieron más arte y más inspiración para cantar asuntos burlescos que asuntos heroicos en la forma de poema. *La Mosquea*, de Villaviciosa, tiene muchas bellezas indignas del asunto, y el mismo Lope de Vega en *La Gatomaquia*, demuestra aptitudes que no desarrolló en poemas serios. ¿Será esto consecuencia de nuestro carácter grave y formal, ó de una vida, que, llena de heroísmo, buscaba como solaz y descanso con poderoso anhelo lo burlesco? Dejando sin resolver cuál de estas dos opiniones sea más aceptable, afirmemos que en lo burlesco excedimos á Italia mientras no se convirtió en sátira.

Y si dentro de esta categoría podemos colocar aquellos intentos ridículos de convertir en odas y poemas la filosofía y la ciencia, hallaremos una gran analogía en una y otra nación así en lo infecundo del resultado, como en la forma del propósito. No vale más Berozzi poniendo en verso á Platón y Aristóteles, que Jaime Jalcó y el P. Canales traduciendo también en verso las obras del filósofo estagirita.

Formadas las lenguas castellana é italiana con cierta enemistad de los sabios y de los apasionados por el clasicismo, hubo en ambas naciones distinguidos poetas que emplearon con frecuencia y prefirieron en determinados casos la lengua latina, dañando seguramente á la literatura patria, pero demostrando un gusto clásico que no deja de tener su mérito.

Aquellos trabajos han caído en el olvido, á pesar de la fama de los nombres de sus autores, por más que abrazasen todos los asuntos, desde los más graves á los más bur-

Digitized by Google

lescos, y que algunos merecieran colocarse á la misma altura que los poetas del siglo de Augusto, porque con tal perfección y elegancia llegó á escribirse la lengua latina en España y en Italia. Siguieron tal costumbre en esta península el Petrarca, Alciano, Bembo, Vida, Juan de la Casa, Giraldi, Daniel Heinsio, Berni, Aníbal Caro y otros; y en España Alvaro Gómez de Ciudad Real, soldado herido en Pavía; Juan de Vergara, Arias Montano, Luis de la Cadena, Antonio Agustín, Pedro Jiménez, Francisco Pacheco, Jaime Falcó, Juan Petreyo, Pedro Simón Abril, Francisco Salinas, Vicente Espinel, Garcilaso, Fray Luis de León, Juan Latino y muchos más que sería prolijo enumerar.

La sola enunciación de los nombres que acabamos de escribir basta para demostrar que en una y otra nación hubo quien empleó á un tiempo las dos lenguas, la nacional y la latina, acomodándose al objeto de sus obras y haciendo la distinción que casi ha llegado hasta nuestros días de lengua popular y lengua propia de los sabios y de los asuntos científicos ó dogmáticos (1).

Sería muy difícil establecer entre todos estos poetas una comparación individual, que tal vez resucitaría aquellas intrincadas, interminables y ociosas disputas gramaticales y retóricas á que eran tan aficionados los antiguos. Nos bastará decir que los escritores españoles no fueron nunca considerados como inferiores respecto de los italianos; y que, según las opiniones más autorizadas, el abuso del latín en la corte de Roma le corrompió haciéndole perder su genuino carácter, mientras por el contrario en

(1) En España y en Italia se conservan todavía una porción de dichos vulgares, que demuestran esta idea que hubo en uno y otro pueblo de la lengua latina. Echar ó decir unos *latines*, es emplear una fórmula autoritaria, decir cosas que no se entienden ó traer á la conversación cosas ajenas al asunto para embrollarlo ó producir confusión.

Digitized by Google

España, después de los tiempos de Nebrija, llegó á una pureza y á una elegancia que aún hoy admiran los retóricos.

La oposición á la lengua nacional fué hija del clero en Italia é hija del orgullo científico en España. Allí los predicadores y los escritores eclesiásticos designaban el italiano con los nombres de «lengua del mercado», «lengua de las verduleras» y otros semejantes; y sabida es aquella anécdota de un pretendiente que en tiempo de Alejandro VI no fué oído por ningún cardenal, porque se dirigía á ellos escribiéndoles en italiano. Hubo también agresiones por parte de la lengua popular, que consideraba el latín como lengua odiosa, de misterios, de hipocresías y de engaño; lengua clerical y aristocrática.

En España el latín vivió principalmente en el recinto de las ciencias y de la enseñanza, tanto más refugiado en ellas cuanto mayor era nuestro aislamiento y nuestro atraso; y de tal modo llegó á creerse propio de la enseñanza, que todavía hemos conocido un profesor de Alcalá que protestaba contra la orden de que en las cátedras se hablara en castellano, y decía que eso era hablar en «la lengua de los cerdos».

IV.

Los géneros literarios no dependen sólo de la voluntad del escritor, sino de la atmósfera que respira, de la sociedad en que vive, de cuanto le cerca é impresiona. Así un género propio de una época es un verdadero anacronismo en otra, como acabamos de ver al hablar del soneto y del poema épico.

Hubo en Italia, y especialmente en Roma, un género literario que después ha sido estudiado por hombres curiosos: el de los pasquines y papeles sueltos. Este género, aunque propio siempre del carácter italiano, tuvo su apo-

Digitized by Google

geo en los siglos XV y XVI, sin ser imitado entonces por España. Nuestros poetas y escritores en este tiempo estuvieron reconquistando la patria ó peleando en toda Europa, en Asia, África y América, lejos de las intrigas y miserias de la corte y de la vida ociosa que se ocupa de conocer y criticar los hechos de los demás. Y como era natural, sólo dejaban la espada y cogían la pluma para cantar en las treguas de la guerra ó en el mismo campamento el amor, las mujeres, la hermosura de la naturaleza, los dulces sentimientos del alma, obligados á reconcentrarse en el fondo del pecho ante aquel espectáculo constante de guerras, de violencias y de sangre. Soldados por profesión, aventureros por carácter, arrastrados á una vida nómada, recibiendo á cada paso las profundas impresiones del peligro, de la lucha, de novedades continuas, de frecuentes y tiernas despedidas, de gratos recuerdos é ilusorias esperanzas, expresaban todo esto en sus versos, brotando á veces del silencio nocturno de un campamento lleno de cadáveres, los más dulces sentimientos amorosos en el pensamiento, que se volvía á su patria ó á algún momento de tranquilidad y de placer, verdadero paréntesis en aquella vida.

Y cuando alguna vez, lo mismo el más orgulloso prócer que el último soldado, tenían quejas de su rey ó de su jefe, se dirigían á él y de palabra ó por escrito, con la rudeza del soldado ó la altiva dignidad del que llevaba siempre la espada al cinto y exponía diariamente su existencia, le manifestaban sus quejas; porque sólo los que viven en el corrupto aire de la corte, dice un escritor de aquellos tiempos, saben adular en presencia y denigrar en ausencia ó bajo el cobarde disfraz del anónimo.

En Italia sucedía lo contrario. Aquella turba de poetas, artistas, cortesanos y clérigos que vivían de la intriga, y aquel pobre pueblo, víctima de todo género de ambiciones é inmoralidades, acudía á los pasquines destilando en rasgos de ingenio las quejas, el veneno del odio ó la

Digitized by Google

desesperación que atesoraba en su pecho. Los sucesos políticos, las desgracias públicas, las vicisitudes de la guerra, las intrigas palaciegas, los abusos de los poderosos, los amores, la vida íntima..... todo encontraba un eco, una satisfacción y una venganza en los pasquines. En ellos se hacían la guerra los pueblos, las ciudades, los partidos, las familias y los individuos. El pasquín reemplazaba al desafío; y la venganza se satisfacía sacando á luz los misterios de la vida.

En España fué muy raro el uso de estas armas vedadas hasta el siglo XVII, aunque no faltó nunca algún poeta popular ó algún cortesano, que más ó menos envuelto en el anónimo, satirizase los males públicos. Gómez Manrique en tiempo de D. Juan II, las coplas de *Mingo Revulgo*, las del *Provincial*, que se atribuyen á Fernando del Pulgar, á D. Luis de Salazar y á Alonso de Palencia, y comenzaban diciendo:

El provincial es llegado
Ganoso de decir mal;

las coplas de la *Panadera*, que algunos han creído son de Juan de Mena; las «coplas hechas al rey D. Enrique», que empiezan

Abre, abre las orejas,

las del *Provincial segundo*, por D. Diego de Acuña, notables por la liviandad con que habla de las mujeres; las *Quejas de Castilla*, en que se atacaba al Cardenal Cisneros, y otras muchas, prueban que existió este género literario en el siglo XV y principios del XVI, pero no tomó verdadero desarrollo hasta los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II; es decir, hasta que nuestro país cayó en una miseria y en una degradación que le aproximaban bastante, bajo el punto de vista moral, al estado de Italia en la época del renacimiento.

Digitized by Google

Entonces los anónimos, los pasquines, las sátiras y letrillas, los papeles sueltos, las coplas, los billetes que llegaban, sin saber cómo, á manos de los reyes y potentados, las relaciones de sucesos diarios, los motes, apodos y frases que encerraban dramas, tragedias y secretos de la vida, se hicieron tan frecuentes, que bien puede decirse que nuestra patria rivalizó con Italia. Los amores de Felipe IV fueron tan censurados como los del clero romano: la corrupción de la corte, la ineptitud de los ministros, los escándalos de la aristocracia, los vicios de los conventos, el estéril número de frailes, la mojigatería, la miseria pública hallaron en España poetas y escritores no menos ingeniosos y crueles que los que cubrían con sus escritos las esquinas de Roma y de Florencia, los pedestales de las estatuas y los mismos sepulcros de los potentados y de los papas.

Si tuviéramos tiempo y espacio, podríamos comparar unos y otros escritos, epigrama con epigrama, vicio con vicio, crimen con crimen, y resultarían unas efemérides tan curiosas como horribles, en que no quedarían á la zaga los españoles ni en el vigor de las imágenes, ni en la gracia de las ocurrencias, ni en el veneno de la intención; así como tampoco nos ganarían mucho los italianos en persecuciones secretas, odios ocultos, destierros y prisiones de poetas y otros abusos con que se contestaban desde el poder aquellas picaduras de víbora.

En la sátira tuvo Italia poetas más profundos y de mayor fama que los nuestros, por la sencilla razón de que allí había un campo mucho más extenso, mayores desgracias, dolores más agudos, calamidades más siniestras y odios más reconcentrados. Nosotros no podíamos imitar á Bentivoglio cantando las excelencias de la paz entre las lágrimas que le hacía derramar la infelicidad de Italia, ni á Alamanni vertiendo de su pluma el odio á la tiranía de los extranjeros que se repartían su patria, ni á aquel sinnúmero de poetas anónimos que censuraban la corrupción

Digitized by Google

y los escándalos de la corte romana, y de aquellos duques y señores tan pequeños por su poder como grandes por sus vicios. Los españoles no tenían estos motivos de duelo y de queja; pero si les faltaba afortunadamente bajo este punto de vista la grandeza del asunto, en lo que podían satirizar, limitado á las costumbres cortesanas, siempre corrompidas, y á los vicios de las mujeres, nuestros poetas satíricos rivalizan con los italianos, empleando por regla general pensamientos y términos más dignos y elevados.

El gusto italiano, trasplantado á España por tantos soldados, perdió al venir á nuestra patria la agresión personal, la denuncia individual; y se convirtió en el epigrama, en las relaciones burlescas y en la descripción de vicios de clases ó personas en que, mirando más bien al fin moral, se salvaba la personalidad sin perdonar la falta.

Tal vez de este carácter general de nuestros escritos satíricos depende el que sus autores fueran verdaderos profetas en la corrección de los vicios y contribuyeran más que los italianos al progreso, demostrando los males de aquella sociedad. Cuanto ridiculizaron nuestros satíricos, desde Cristóbal de Castillejo hasta Cervantes y Quevedo, ha desaparecido del mundo moderno; y hoy mismo se citan en todas las naciones, como máximas de moral, de política, de buen juicio las frases de aquellos escritores; privilegio que no han alcanzado los italianos, que acrecentaban los odios y envenenaban las familias con su pluma, sin corregir los vicios.

Por estas razones la sátira moral pudo tener en España un poeta como Francisco de Rioja, que resiste la comparación con los clásicos latinos y que se puso como filósofo por cima de todos los satíricos italianos, en su afamada epístola

Fabio, las esperanzas cortesanas.....

Digitized by Google

V.

La prosa fué cultivada en iguales géneros, algunos de los cuales casi han desaparecido, como el epistolar, que tuvo una época de moda, y el de las traducciones de los clásicos latinos, que sirvió tan sólo para conservar en la lengua sus giros é infiltrar el gusto por la antigüedad.

En uno y otro tuvieron España é Italia notables escritores, que si se han hecho por regla general insoportables en la lectura, servirán siempre como modelo en la forma y serán arsenal de oportunas citas. Los estudios históricos, cada vez más profundos, van hoy volviendo al examen de aquellas epístolas, que en una y otra nación resumían los hechos políticos y los actos y sentimientos personales, apreciándose cada día más las cartas escritas por los italianos en España y los españoles en Italia, que pueden servir para dar á conocer, tal vez mejor que ningún otro documento, los sucesos de Europa en aquel glorioso período en que España era dueña de la diplomacia.

La comparación de las obras de este género daría materia para escribir muchas páginas. Puede asegurarse que ningún italiano igualó en la pureza del género á D. Antonio de Guevara, y que en nuestras cartas, ya con aspiraciones literarias, ya simplemente como documentos oficiales ó privados, resalta una dignidad que fué en gran parte desconocida á los italianos, y que se encuentra en estos mismos cuando escribieron en nuestra patria.

La novela conservó también en España formas más dignas y fondo más moral, hasta que recibió en manos de Cervantes aquella perfección que se descubre en sus *Novelas ejemplares* y en la admirable composición del *Quijote*, considerado como comprendido en este género.

La inmortal obra del Manco de Lepanto ejerció en Italia la misma benéfica influencia que en España, desterrando el extraviado gusto por los libros de caballería, y guian-

Digitized by Google

do á los novelistas á un campo más real y más útil, aunque menos rico en fantasía y menos propio para herir el sentimiento del público.

Jamás hemos dado importancia, ni en el mundo literario tampoco se ha dado, á los que, pretendiendo disminuir en algún punto la gloria de Cervantes, han supuesto que el Ariosto se le anticipó en el propósito de desacreditar los libros de caballería.

Ariosto no tuvo nunca tal pensamiento, y si alguna vez se burla de los caballeros andantes, toma otras tan en serio sus hechos fabulosos, que incurre en los extravíos de los más vulgares zurcidores de aventuras. El amor patrio exagerado de algunos italianos, sentimiento que nosotros respetamos, no puede oponerse á lo que la crítica constante ha decidido de un modo infalible. Unas cuantas frases aisladas no pueden compararse al sistema, al propósito, al empeño decidido de combatir un error, cuando de este propósito se hace el objeto de un libro, que es una creación inmortal. Un periódico de los Estados Unidos ha escrito no hace mucho un artículo sobre Cervantes, llamándole «el combatiente en un juicio de Dios con los crímenes literarios de la caballería»; y ¿quién conocería por este solo título á Ariosto?

Los estudios históricos se desarrollaron al mismo tiempo y casi en la misma forma en una y otra nación, sin que pueda decirse que una aventajó á otra en el número ni en la calidad, por más que se hayan perdido ó permanezcan inéditos muchos de los trabajos españoles. El juicio público ha honrado, sin embargo, á España con esta sentencia: «Roma tuvo medio historiador, España uno, Juan de Mariana, y las demás naciones ninguno.»

Ante todo, nuestra patria puede presentar aquel catálogo de historiadores de Indias, sin igual en ninguna nación ni en ninguna época; catálogo de una riqueza y una variedad tales y de una originalidad tan completa, que aun en nuestros días causa la admiración de los extranje-

Digitized by Google

ros que le hojean, desde las sencillas relaciones del soldado Bernal Díaz del Castillo y las floridas descripciones de Bartolomé Argensola, hasta el poema de D. Antonio Solís, que en su *Historia de la conquista de Méjico* dejó un monumento de la lengua.

En el juicio literario que algunos extranjeros han hecho de estos escritos, parece que se tiende á disminuir su mérito, teniendo en cuenta para apreciar su originalidad la novedad del espectáculo de mares y tierras completamente desconocidas; pero si bajo este punto de vista relativo hubiera de examinarse su mérito, deberíamos llevar la comparación al número y calidad de los que en otras naciones escribieron sobre países visitados por primera vez, y entonces resaltaría mucho más que ninguna nación puede rivalizar con la nuestra.

Las antiguas crónicas, forma primitiva de la historia, desaparecieron ante el progreso literario y filosófico para dar lugar á trabajos de más profunda crítica, contribuyendo igualmente España é Italia á esta utilísima reforma, y desarrollando el gusto por los historias parciales, propias de una época de rivalidad y división de reinos, estados y provincias. *Los Anales de Aragón* de Jerónimo Zurita, revelan todavía más independencia y entereza de ánimo que las mismas *Historias florentinas* de Maquiavelo; Carlos Coloma y Moncada fueron más exactos que Guicciardini en la descripción de las guerras, y Melo en las de Cataluña superior á Jacobo Nardi, historiador de Florencia, en el estilo sentencioso y conciso.

En los estudios locales hubo igual afición. Colmenares escribió la historia de Segovia, Trasmiera la de las antigüedades de Salamanca, Pisa la de Toledo, Ortiz la de Sevilla, Pedrajas la de Córdoba, Ariz la de Ávila, Cascales la de Murcia, Dávila y León Pinelo la de Madrid; Rodrigo Caro las antigüedades de Sevilla y Díaz de Rivas las de Córdoba; Benvenuto de San Jorge la de Montferrato, Angelo Constanzo la de Nápoles, Agustín Giustiniani

Digitized by Google

la de Génova, Sabellico y Andrés Navajero la de Venecia, Bernardo Segui la de Florencia, y otros muchos emprendieron igual senda, no recorrida aún en las demás naciones, dejándonos verdaderos tesoros, aunque contaminados con los errores de la época é inspirados casi siempre en aquel espíritu de rivalidad que llegaba hasta la narración de los más pequeños sucesos históricos.

No entra en nuestro propósito el estudiar las relaciones que existieron entre España é Italia en cuestiones de jurisprudencia, filosofía, teología y medicina. Este trabajo sería un estudio comparativo de la civilización de Europa, y por otra parte exigiría tal extensión, que nos veríamos precisados á duplicar la de nuestro trabajo.

No es fácil en efecto examinar la influencia que Raimundo Lulio (1), Nebrija, Luis Vives y otros ejercieron en el progreso y en la civilización, sin presentar un cuadro completo del estado de Europa é investigar qué parte tuvo cada nación en la ruptura de aquella esclavitud bárbara ó ciega en que gemían los espíritus y cerraba la puerta al ancho campo que vislumbró el siglo XVI y que estamos recorriendo todavía.

En aquellos esfuerzos gigantescos que exigían un ánimo casi temerario para oponerse al peso de las tradiciones, á los aforismos de la historia, á la unión absurda, tal como se entendía, de la religión y la ciencia, puede asegurarse que nuestra patria tuvo ejemplos admirables, de que, sin descender á pormenores, puede juzgarse recordando que llegaron á conseguir que la Inquisición, llamada con justicia el poder más grande de la tierra, no pudiera

(1) Giordano Bruno, tan desgraciado en vida como en muerte, pues fué quemado por la Inquisición, propagó en Italia la doctrina de Raimundo Lulio, á quien admiraba tanto como despreciaba á Aristóteles. Los italianos le citan como uno de sus más grandes reformadores; sin embargo, incurrió en muchos errores, entre ellos negar la gravitación.

Digitized by Google

presentar en España entre el catálogo de sus víctimas uno solo de aquellos sabios que en Italia y en Francia pagaban la libertad de su doctrina en los calabozos, en el cadalso y en la hoguera. Tampoco nación alguna puede presentar en iguales circunstancias ejemplos de energía como el de Antonio Nebrija ante la Inquisición.

Los hombres desapasionados que se dirigen rectamente al conocimiento de la verdad, entre los cuales debemos colocar en primer término á los ingleses, exentos de las rivalidades y preocupaciones históricas de las naciones continentales de Europa, nos hacen justicia en este punto, reconociendo la influencia que ejercimos y los esfuerzos que pudieron servir de enseñanza y modelo á otros pueblos y á otros hombres.

Sería preciso también para entrar en este examen, analizar las condiciones políticas de cada nación y determinar cuál de ellas con sus leyes, con sus instituciones, con sus costumbres, preparó la resolución de aquellos grandes problemas que fermentaban en la agitación de la centuria décimasexta, y que aún está discutiendo Europa, para dar estabilidad á sus sistemas de gobierno, y evitar las pavorosas cuestiones políticas y sociales, que con la vertiginosa actividad de nuestros tiempos, no encuentran alivio ni esperanza más que en la palabra revolución.

Sería preciso entrar en el fondo de aquella sociedad para examinar lo que era la teología en relación con los demás estudios y con las costumbres y prácticas de una vida completamente distinta de la nuestra, para descubrir lo que significaban ante el progreso aquellas llamadas herejías y cómo modificaban la moral hasta el casuismo, perdiendo de vista los principios eternos de la sociedad humana y aun las mismas máximas salvadoras del Cristianismo, ante influencias avasalladoras é irresistibles.

Respecto de la medicina, habría que hacer un estudio no menos profundo, trayendo á juicio lo que era hijo de la preocupación y los comunes errores de la época, lo que

Digitized by Google

era producto de la experiencia y lo que fué intento nobilísimo para anticipar la unión de la medicina con las demás ciencias.

Quizá con el tiempo completemos este trabajo con tales estudios; por hoy nos contentamos con decir que en ninguna de estas ramas de los conocimientos humanos ibamos á la zaga de las naciones más adelantadas.

Indicaremos sólo, para que no quede un vacío absoluto en nuestro libro, que en Roma se estudiaba la teología por los libros españoles; que tuvimos constantemente profesores de esta ciencia y de ambos derechos en casi todas las universidades de Italia; que desde el siglo XIII nuestros estudiantes y catedráticos se distinguieron en la de Bolonia, llegando á ejercer el rectorado en el mismo siglo con gran aplauso público; que en el Concilio de Trento hicieron nuestros teólogos el primer papel; que los papas los consultaban con frecuencia y los tuvieron como predicadores, consejeros y representantes suyos (1), que era un axioma que sólo los italianos y los españoles podían interpretar y corregir el derecho romano, y que todas las naciones reprodujeron en sus prensas las obras españolas.

Respecto de la medicina podríamos hacer iguales manifestaciones; porque hubo un momento en que casi todos los soberanos de Europa tenían médicos españoles (2); y sería difícil demostrar que alguna nación nos aventajó así en el conocimiento de los remedios, que en gran parte nos debe Europa, como en los estudios teóricos y especialmen-

(1) Adriano IV tuvo por consejero á D. Diego Ramirez de Villaescusa, y Gregorio XII comisionó á D. Francisco Peña para la corrección del derecho de Graciano. Alfonso Salmerón (1516-1585), toledano, fué teólogo del papa en el Concilio de Trento.

(2) Fueron médicos sucesivamente de los papas Alejandro VI, Paulo III y Julio II, Gaspar Torrella, Andrés Laguna y Juan Aguilera.

Digitized by Google

te en la anatomía, que tuvo en España tanta importancia que la cursaban los teólogos, los pintores y los escultores. Lo mismo podíamos decir de ciertos remedios en que precedimos á Europa, como el uso de las aguas minerales, y de algunas operaciones, como la ligadura de la arteria, realizada por Dionisio Daza Chacón, médico del ejército en 1540, y anterior á Ambrosio Paré.

Por último, en materia de derecho político nos contentaremos con repetir las siguientes palabras de un profundo escritor: «Desde las criminales ideas de Maquiavelo, refutadas por el español Rivadeneyra, hasta las absurdas utopias de Tomás Moro, sólo una nación tuvo juicio bastante para concebir lo que podía ser y lo que había de llegar á ser el derecho político. En las comunidades de Castilla se encuentra todo el derecho constitucional, tres siglos antes de Benjamín Constant; y en Mariana y otros muchos, los principios fundamentales de la soberanía nacional en forma científica, como aspiran á expresarlos las naciones modernas.»

Respecto del derecho político en general y de las cuestiones internacionales, la nación que dominó á Europa sentó principios que tiene por inconcusos la diplomacia de nuestros días. Además de los libros que aún estudian los escritores, las consultas de Salamanca, los informes de los consejos y las cartas é instrucciones de los embajadores, forman un tesoro de que España no ha hecho caso, y que pueden demostrar la anterioridad de sus conocimientos respecto de Grocio y Puffendorf.

VI.

Ningún escritor tuvo en Italia la fama, el prestigio y el respeto que fray Luis de Granada (1504-1588). Un italiano, Jerónimo Joannini, capuano, fué el primero que

Digitized by Google

publicó su biografía el año 1595 en Venecia; las traducciones de sus obras al italiano y al latín se multiplicaban en Italia; Bonifacio, Páramo, Galucio, Saluzio, Valerio, San Carlos Borromeo, Federico Borromeo y Seltz, Gaspar Manzio, Florencio Belgomi y otros muchos le dieron á conocer como tal vez el hombre más elocuente de su siglo; el papa por consejo de los hombres más eminentes le escribió felicitándole (1); sus libros penetraron en los templos, en las familias y en el gabinete de los sabios en aquellos tiempos en que, según Diego Payba, ni con la linterna de Diógenes se podría encontrar en Italia un predicador modesto, grave y elocuente.

Los italianos recibieron las obras de fray Luis de Granada como una especie de refrigerante consuelo en las angustias de su vida; encontraron en ellas la gravedad, la sinceridad, la serena elevación de espíritu que necesitaba aquel pueblo; y los mismos sabios, dice un historiador italiano, al examinar aquella interpretación de la naturaleza, aquella análisis minuciosa resumida en una grandiosa síntesis de las ciencias naturales, comprendieron la grandeza de la ciencia en su más profunda significación.

También tuvieron gran fama en Italia y fueron imitados nuestros predicadores, cuya severidad de lenguaje y sencillez de exposición en la doctrina era admirada por los italianos, que subían al púlpito, según un escritor de la época, á conmover á las mujeres con relatos apasionados, á introducir en su plática bufonadas de mal gusto ó á pedir descaradamente dinero.

La oratoria sagrada con carácter verdaderamente cristiano puede decirse que era desconocida en Italia. En las funciones solemnes de Roma se predicaba para el Sacro Colegio de cardenales, así como en las demás catedrales

(1) 21 de Julio de 1582.

Digitized by Google

para el cabildo; y en vez de sermones se hacían arengas retóricas, imitando los clásicos griegos y romanos, llenas de tropos y rebuscamientos, que eran la delicia de los literatos. Y en cuanto á los sermones en la lengua vulgar, quedaban encomendados por lo general á frailes ignorantes que desacreditaban el púlpito. Las anécdotas que acerca de este punto refieren los historiadores son de tal género, que no es posible reproducirlas (1).

A esto debe atribuirse sin duda la gran fama que tuvieron nuestros oradores sagrados en Roma, llegando muchos á ser predicadores del papa, y entre ellos el célebre Francisco de Toledo, cordobés (1532-1596), que fué la admiración de Roma.

Y en efecto: la austeridad de nuestros teólogos, la dignidad de su lenguaje, la severidad de su estilo, al mismo tiempo que una cristiana sencillez, no podían menos de causar profunda impresión en aquel pueblo acostumbrado á tan malos ejemplos.

Así llamaron la atención Bernardino de Carvajal, extremeño (1456-1520), decano del Sacro Colegio; Jacobo Salvador Solano, canónigo de Urbieto; Iñigo López de Mendoza, cardenal; Alfonso Lobo, Martín Pérez de Ayala, Dionisio Vázquez (1513) (2) y otros muchos, cuyos sermones se imprimieron diversas veces en Italia, y los estudios bibliográficos modernos en sus secciones de Varios, van recogiendo y librando del olvido ó de la destrucción por ser folletos de pocas hojas.

---

(1) Citaremos como ejemplo la de aquel fraile que decía en un sermón: "Hay que dar á la Iglesia hasta las campanas, os lo dicen gritando: din, dan, dón."

Recientemente hemos leído en un periódico esta frase aplicada á un fraile español, lo que no habría hecho el periodista si hubiese leído á Cantú.

(2) Entre los sermones de Vázquez tuvo gran fama el del miércoles de ceniza de 1513, publicado en Roma con este título: *Sermo fratris Dyonisii Vazquez, hispani, in die cinerum.*

Digitized by Google

VII.

Los críticos é historiadores italianos han admirado siempre la dignidad de nuestro lenguaje, la cultura de nuestros escritores, el sentimiento del propio decoro que resalta en todos los que en España han cultivado las letras. Cicognini elogia la constante grandeza de los escritores españoles; Tiraboschi cree que eran los más cultos en sus pensamientos y en sus expresiones, y aun aquellos mismos que no han podido comprender el fondo de nuestra literatura, consignan esta dignidad, aunque la expliquen equivocadamente por desconocer nuestro carácter ó nuestra lengua. Cantú, por ejemplo, confundiendo ambas cosas, dice que «los españoles no cayeron en la trivialidad porque escribieron en una lengua en que se puede ser sencillo y natural sin ser vulgar; en atención á que en castellano las expresiones más usuales son también las del lenguaje poético».

Aunque este juicio, muy común en Italia, sea favorable á nuestra lengua, no hemos de admitirle como exacto; porque en él se confunde lastimosamente la educación y la dignidad personal, que imponen las formas del lenguaje, con el uso que de éste puede hacerse.

La altivez y en muchos casos la ruda franqueza castellana iba siempre velada por la cortesía; de manera que aquellas mismas frases de nuestros caballeros y de nuestros embajadores, de nuestros procuradores en Cortes y de nuestros magnates, que han quedado en la historia como modelos de altivez y aun de soberbia, no cayeron jamás en la insolencia ni en la falta de respeto. Eran hijas de aquel gran sentimiento democrático que hubo siempre en España, y que, sabiendo mantener la diferencia de clases en armonía con las ideas de la época, hacía que cada uno respetase á los demás, mientras era respetado también dentro de su propia esfera.

Digitized by Google

Respecto de la inmoralidad, no cabía dentro de nuestro mutuo respeto, de nuestra galantería proverbial y de nuestras profundas ideas religiosas el abuso de un estilo torpe, ni aun trivial. El caballero español temía menos, como acreditan nuestros clásicos, tratar á una cortesana como si fuera una señora, que faltarse á sí propio, confundiendo en alguna palabra á una señora con una cortesana; podía, como en la finísima sátira de Cervantes, confundir á una pobre labradora con una princesa é hincar la rodilla en su presencia como el hidalgo manchego, pero nunca faltar al respeto á una dama.

De aquí proviene el que no hubiera nunca en nuestros poetas y en nuestros escritores aquella culpable delectación tan frecuente en Italia en el abuso de escenas y palabras libres y aun obscenas; lo cual no era obstáculo para que ante la cultura del lenguaje moderno, se culpen hoy los escritos de nuestros clásicos de excesiva libertad; y el mismo Cervantes tenga párrafos en que abundan las palabras que hoy están desterradas del uso, no sólo en los escritos, sino en la buena sociedad. Esto depende de otras causas, que no es necesario decir aquí: era defecto de los tiempos, y en él incurrían todos los escritores, lo mismo en España que en las demás naciones, contribuyendo á ello no poco la sencillez del lenguaje y la gracia con que se envolvía muchas veces los pensamientos más picarescos.

Nuestros escritores y poetas del siglo XVI se vieron arrastrados, ya por la fuerza de la verdad en sus descripciones, copiando la sociedad en que vivían, ó ya, ha dicho un gran literato, porque obedecían á una secreta voz que hacía despertar los entendimientos contra el poder de los eclesiásticos y contra los yerros ó crímenes que cometían.

Sin embargo, preciso es decir respecto de este punto que la tradición castellana tenía un carácter completamente distinto del que tomó después á consecuencia del trato con Italia. No disimulaban ni ocultaban los antiguos escritores los vicios de los conventos: léanse como ejemplo

Digitized by Google

los *Milagros* de Berceo y los *Ejemplos* de D. Juan Manuel, tan reproducidos en diversas formas en España; pero presentados bajo la forma de leyenda tendrían que censurar el vicio, ó perdonarle como fragilidad humana, sin detenerse en su deshonesta descripción, y á deducir de su inevitable existencia una lección moral.

La comunicación con Italia, el estudio de sus costumbres y la imitación de sus escritos, trajo en este punto un estilo y unas formas completamente nuevas, que sólo tenía en España el precedente de la *Celestina*.

Torres Naharro, rivalizando con Maquiavelo en la pintura de aquellas inmoralidades que había visto en Roma, publicó en esta misma ciudad (1) *La Propaladia*, colección de comedias y sátiras, que no desmerecen de *La Mandrágora;* pero sin incurrir ni en la perversidad de ideas de Maquiavelo, ni en la procacidad del Aretino. Cristóbal de Castillejo en su *Sermón de amores* describía los amores de los eclesiásticos, y en su *Diálogo de la condición de las mujeres* pintaba muy al vivo las tentaciones de las *monjas en sus conventos*, imprimiendo estos escritos en Venecia. Juan de la Encina, Baltasar de Alcázar y Gutierre de Cetina siguieron también esta senda; fueron satíricos, picarescos hasta la sutileza, pero no repugnantes. Tirso era más natural que libre; Quevedo más libre en el lenguaje que en las ideas, pero nunca obsceno; Cervantes, que había presenciado aquellos escándalos en los lupanares italianos como soldado, lejos de contaminarse, escribe como una protesta sus *Novelas ejemplares;* y el mismo Tirso de Molina, de quien ya hemos dicho que podría calificarse en términos modernos de aficionado á un naturalismo puro, cuando imita á Bocaccio, como en *Los tres maridos burlados*, le adecenta y evita sus obscenidades.

Para apreciar esta diferencia sería preciso comparar

(1) *La Propaladia* se imprimió también en Sevilla en 1520.

Digitized by Google

una por una las obras de nuestros clásicos, que imitaron á otros italianos; y se deduciría que aquella diferencia en literatura provenía, como ya dejamos dicho, de causas más elevadas que una simple cuestión de lenguaje: provenía de que nuestros místicos, nuestros teólogos, nuestros filósofos, nuestros hombres de ciencia y aun nuestros soldados y aventureros atravesaron la atmósfera pestilente de Roma sin contagiarse, como ajenos á aquella vida licenciosa y depravada.

La mayor parte de las poesías obscenas y sobre todo de aquellos sonetos, cartas, epigramas y canciones, cuyo solo título es imposible escribir, salían de los conventos y llevaban con frecuencia la dedicatoria á monjas y abadesas; costumbre que nunca se arraigó en España, y que á pesar de la libertad del lenguaje, no tuvo sino escasísima imitación en algunos poetas, que, como pasatiempo, en reuniones exclusivamente de hombres, en academias burlescas, en el trato particular de algunos poetas con damas demasiado libres y sobre todo en la ansiedad lujuriosa que produce el claustro, escribieron algunas anécdotas y epigramas, ocultando siempre bajo cierta cortesía y decencia y con indudable gracia la libertad del pensamiento.

La lengua castellana posee muy poco en este género de delectación (1); y es fuerza reconocer que esto mismo que se conserva es una excepción; que tales escritos vivieron en el secreto y jamás contribuyeron á la fama de sus autores, siendo preciso que una investigación curiosa ó un rebuscamiento bibliográfico los saque á luz.

---

(1) Entre lo poco que conocemos de este género pueden citarse dos sonetos de fray Damián Cornejo, que comienzan:

Esta mañana en Dios y en hora buena...

y Lo menos bello y más apetecido...

con algunas otras composiciones más burlescas que obscenas.

Digitized by Google

Nuestra novela picaresca ponía de manifiesto todos los defectos sociales; pero aun en la misma pintura de los más repugnantes vicios buscaban nuestros escritores la censura del lector, proponiéndose un fin moral, muy al contrario de los italianos, que buscaban sólo el estímulo del placer y del vicio, y cuando más le presentaban envuelto en bufonadas que no eran menos indignas.

Mucho menos penetró en España la idea de que el poeta debía cantar á quien le pagara, convirtiendo en un axioma de la vida y de la literatura la frase de Benvenuto Cellini: «Sirvo á quien me paga;» ni hubo imitadores de Paulo Jovio que pidieran desvergonzadamente á quienes elogiaban dinero y comida, ni amenazasen en cuanto se les negaba con preferir el turco al papa.

Aquellos poetas italianos, con raras excepciones, imitaban al griego Teodoro cuando acusaba á Diógenes de que comía legumbres porque no sabía adular á los reyes: eran cortesanos más bien que poetas, y vivían al lado de los ricos y poderosos, recogiendo unas veces humildemente las migajas de su mesa, vendiendo otras la adulación ó imponiéndose con la sátira y el epigrama. Se burlaban del inspirado bardo que cantaba libremente sus sentimientos, y miraban con desprecio á los alquimistas, diciéndoles: «Mi pluma sabe hacer el oro mejor que tus recetas.» Compraban y vendían los secretos de las damas, los vicios y secretos de los grandes; tenían hechos versos para que éstos los dirigiesen á sus mancebas, según la ocasión y el momento, y creían hasta desempeñar de este modo una misión social, opinando que no en vano, ni como cosa inútil, les había dado Dios su pluma y su habilidad.

Mientras tanto en España brotaba la poesía del rudo campamento, sin más aspiración que la de comunicar al papel lo que sentía el pecho; cantaban nuestros héroes sus hazañas en la inmortal guerra de América; luchaban en España por un modesto premio en un certamen, y cuando más, buscaban á algún personaje á quien dedicar sus ver-

Digitized by Google

sos como protector de las artes y las letras. Otras veces la poesía alternaba en los claustros y en los conventos con los severos deberes de la cátedra ó con los graves pensamientos del sacerdote, mirada como un desahogo noble, como un consuelo y como un medio lícito de ocupar los ratos de ocio.

No menos que en la moralidad se diferenciaban en el género de vida y sobre todo en la pobreza los escritores y poetas españoles de los italianos. Éstos, por unos ú otros medios, por dádivas de los papas ó sueldos de los príncipes, por los repugnantes procedimientos que empleaban para sacar dinero, desde la adulación hasta la amenaza, habrían podido ser ricos, si no hubieran disipado cuanto llegaba á sus manos en una vida de disolución. Maquiavelo ganó mucho dinero; del Aretino se decía que si hubiera tenido orden en su vida, habría podido comprar una ciudad; Paulo Jovio confesaba que sacaba lo que quería cuando escribía con la pluma de oro, y habiéndole dicho una vez el rey de España: «Prepárala para escribir mis conquistas», le contestó, añadiendo: «Que deben pagarse también á peso de oro.» Fué una excepción, hija de desgracias personales y políticas, la pobreza del Tasso (1).

En España, por el contrario, fuera de los que por su familia ó posición eran ricos, no había más que pobreza y aun miseria en los poetas y escritores. Su dignidad les impedía acudir á medios reprobados, y vivían en una modestia que era incomprensible á los ojos de los extranjeros, pidiendo cuando más algún destino para servir á su

(1) Apenas hay libro de costumbres de aquella época que no hable de la dignidad y pobreza de los escritores y poetas que "hermanaban el ingenio y la fortuna„. Gaspar Baeza al traducir las *Comunidades* de Paulo Jovio, decía: "Luis Vives tuvo toda su vida pendencia con la pobreza y falta de dinero..... Solo Adriano (papa), siendo en doctrina y virtud ilustre, fué en favor de la fortuna único y raro é hizo falso el común proverbio de que la fortuna es madrastra de los buenos ingenios.„—Granada, 1563.

Digitized by Google

patria, como Cervantes, ó desdeñando los beneficios de los ricos, como Ercilla (1).

Muchos de nuestros literatos y de nuestros sabios gastaron por el contrario su caudal y la hacienda heredada de sus padres en servir al rey y á la patria, sabiendo de antemano, como consignamos en otro sitio, que no habían de recibir en premio más que una amarga ingratitud. A ninguno de ellos se le hubiera ocurrido escribir como al Aretino que las necesidades, desahogos y placeres que exigía la vida del que poseía una pluma, debía satisfacerlos con los productos de su pluma, convirtiéndola alternativamente en mirto y laurel, en puñal ó en veneno.

---

(1) El 25 de Febrero de 1615 fué D. Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, á pagar la visita que le había hecho el embajador de Francia, que vino á tratar los casamientos, y encontróle acompañado de varios caballeros franceses. En la conversación hablóse de literatura, y apenas sonó el nombre de Cervantes todos se deshicieron en elogios, encareciendo la estimación que en Francia tenía su nombre. Preguntaron al licenciado Francisco Márquez de Torres muy por menor su edad, profesión, calidad y cantidad, rogándole que les presentara á tan insigne autor.

Vióse obligado Torres á decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, ante cuya declaración exclamó un caballero francés: "*¿Pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?*„ A lo que añadió otro caballero: "Si necesidad te ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras haga rico á todo el mundo.„ (Aprobación de la segunda parte del *Quijote*.)

Digitized by Google

LIBRO QUINTO.

CIENCIAS.

CAPITULO XIV.

Historia de la ciencia.

Dificultades con que ha tropezado.—Origen de la ciencia europea.—La historia de la ciencia en cada nación.—Errores de los franceses.—Libri.—Humboldt.

La literatura y su historia están más estudiadas en todas las naciones que la ciencia: escríbese sobre la primera apenas apunta el bozo en los labios, al paso que sólo pueden escribir sobre la segunda hombres de mucho estudio. No hay círculo, tertulia, ni reunión donde no se hable de literatura y en que los más ignorantes no tengan voz y aun voto, con tal que posean algún ingenio, al paso que pocas veces se habla de ciencias, y el lego en ellas no se atreve á emitir su opinión, ó si la emite en alas de la osadía, recibe en castigo el silencio y el desdén.

De esta gran diferencia entre uno y otro ramo de la cultura humana, á que contribuye no poco la mujer, depende no sólo que los hombres de ciencia hayan tenido siempre menos fama é importancia que los literatos, sino que haya sido considerado injusta y erróneamente como poco importante el estudio histórico de la ciencia, hasta el punto de haber quien cree que la historia del pasado

Digitized by Google

científico es inútil, porque es un pasado muerto, cuya resurrección no podría favorecer en lo más mínimo el progreso; opinión absurda con la cual podría negarse también la utilidad del estudio de la historia en general; pero que ha encontrado defensores y tiene partidarios, que no han dejado de contribuir á la ignorancia en este punto.

Desde que los estudios han penetrado en un minucioso análisis á que ha tenido que corresponder por necesidad una grandiosa síntesis, ha variado por fortuna el concepto de la literatura.

Es ya un axioma entre los hombres ilustrados que para estudiar las manifestaciones literarias de un pueblo ó de una época es necesario conocer profundamente su estado, sus costumbres, su política y hasta los detalles de la vida, y recíprocamente que toda obra literaria es por necesidad un eco, un reflejo de un momento histórico.

Pero no se ha admitido todavía, sino por hombres de superior inteligencia, que tienen igual carácter las manifestaciones científicas. Se discute con extremada prolijidad si un drama ó un poema puede ser obra de tal hombre ó de tal siglo, y se admiten en materia de ciencia, con tal de escribir un nombre ó fijar una fecha, los anacronismos más absurdos; defecto en que con excesiva frecuencia incurren los literatos, que suelen ser legos en conocimientos científicos.

El gran progreso de las ciencias en los últimos años hace ya imposible que exista esta desigualdad en personas de regular ilustración. Hoy se va admitiendo que, así como en la cultura general de los pueblos deben marchar paralelamente las letras y las ciencias, en los estudios históricos debe tener igual cabida la consideración de ambas, porque contribuyen del mismo modo á la civilización, llegando á la verdad por caminos confluyentes y nunca separados, sin gran perjuicio del progreso, de la inteligencia y del sentimiento; perjuicio que se refleja en el estado social y político.

Digitized by Google

Esta fecunda España, tan grande y tan digna de estudio así en sus glorias como en sus desgracias; esta nación que puede enseñar al hombre con su historia más que todas las demás naciones juntas, tiene períodos cuyo solo recuerdo debe ser para el que posea exacto concepto de ellos, una prueba irrecusable de lo que decimos: el siglo XVI y el siglo XVII: Felipe II, matemático, hombre de ciencia y enemigo de la literatura y de la poesía; Felipe IV, poeta y enemigo de las ciencias; el uno principio y el otro consumación de nuestra ruina y de nuestra miseria. El primero no pudo conseguir su propósito de hacer de España un pueblo severo dedicado sólo á la ciencia y á la teología, ni el segundo arraigar la literatura española de un modo indestructible. La historia, en sus profundos é inapelables juicios, castigó los propósitos de ambos de un modo cruel. Tras de Felipe II vino la época literaria de Felipe IV, en que se desconocieron las ciencias y se convirtió la religión en mojigatería, y tras de Felipe IV vino la decadencia, el olvido y aun el odio del siglo XVIII á la literatura nacional. Si estos monarcas levantaran hoy la cabeza, no sabemos cuál se creería más castigado al ver las consecuencias de su obra.

España é Italia fueron los dos pueblos por donde recibió Europa toda la ciencia del Oriente, aquella ciencia misteriosa del Asia que, al mismo tiempo que cuna del género humano, fué cuna de las ciencias, las artes y las letras; conjunto de problemas y de misterios, que, como las plantas de la India, ocultan fecundísimas propiedades bajo formas espléndidas y seductoras.

España aprendió y comunicó á Europa la ciencia de Oriente por medio de los judíos y de los árabes, aunque con los defectos propios de un pueblo que saliendo de su país, viviendo perpetuamente en guerras y en disensiones, y estableciéndose en un país extraño de rico suelo y de cielo no menos puro que el de su patria, tuvo necesidad de dedicarse á la doble observación de la tierra y de los astros,

Digitized by Google

conservando como recuerdo, como tradición y como distintivo de raza el carácter oriental en su poesía y en su vida.

Italia, más en contacto con Grecia y con Bizancio, trajo á Europa aquellos tesoros del arte y de la poesía orientales, modificados por el imperio que hizo á Constantinopla su capital, y por el genio griego, que si bien les quitó parte de su grandiosidad y de su misterio, los revistió de belleza y de atractivo, humanizándolos, por decirlo así, arrancándolos del tenebroso secreto del templo y de la orgullosa casta sacerdotal para entregarlos á la imaginación popular.

Estas dos corrientes en ambas penínsulas vinieron á confluir con el trato é intimidad de Italia y España; y mientras aquélla fomentaba el arte por medios propios, nosotros le dábamos la ciencia que había brotado en nuestras escuelas. Primero vinieron los italianos á estudiar matemáticas, astronomía, botánica y medicina, llevándose de aquí un riquísimo tesoro; y luego fueron los españoles á Italia á tomar las formas del arte y de la poesía.

Sin una de estas naciones, la civilización creada por el renacimiento habría sido incompleta, y por tanto ineficaz. Sin el trato íntimo de estos dos pueblos, que llegaron á merecer el nombre de *Italia duplex*, el resultado de aquel gran movimiento intelectual habría sido imperfecto también.

No debemos entrar aquí en la discusión de la ley soberana que dirige los grandes movimientos de los pueblos, las mezclas de razas, los caminos y triunfos de los ejércitos y los vínculos de las naciones; de esa ley, que es demasiado grande y misteriosa para que pretendamos darla á conocer en breves palabras y como de paso; pero no dejaremos de consignar lo admirable de sus consecuencias que convierten al fin todas las vicisitudes históricas, así buenas como malas en el juicio momentáneo del presente, en provecho de la civilización y del progreso.

Digitized by Google

Sólo estas dos naciones por su posición geográfica, por su genio, por las afinidades de su lengua, de su vida, de su cielo, de sus costas, pudieron unirse de este modo para ser maestras y precursoras de Europa, cuando Inglaterra vivía como una familia aislada, cuidando sólo de sí misma, cuando Francia no podía hacer más que atender á su propia organización y copiar de los demás pueblos, y cuando Alemania apenas tenía más libro de ciencia y de consulta que la traducción á su bárbaro lenguaje de las obras de San Isidoro de Sevilla.

La historia de las ciencias, especialmente en España, no está escrita todavía. Francia la ha falsificado, atribuyéndose casi todos los descubrimientos en que no ha tenido con frecuencia más parte que la propagación, negando otros, ó guardando incomprensible silencio sobre todos aquellos que no podía atribuirse.

Algunas naciones han admitido como bueno lo que Francia ha escrito respecto de este punto; y los españoles, con culpable apatía, han copiado hasta en los libros de texto, en que estudia la juventud, los errores de Francia en la historia científica, trayéndonos como invenciones extrañas lo mismo que los extranjeros han aprendido de nosotros, asegurando, por ejemplo, que «España no tenía conocimiento del telescopio cuando Galileo le descubrió», que debemos á los franceses el conocimiento de las máquinas de vapor, y que nada han hecho los españoles por el progreso científico.

Casi todos los historiadores de las ciencias se han limitado á copiar á Montucla y Saverien. El primero cuando cita á algún español, lo que sucede rara vez, dice que no tiene tiempo para analizar sus trabajos, y suele equivocar su nombre y el título y fecha de sus obras. Saverien, que escribió después de Montucla, le perfeccionó en este sistema hasta un punto que parece increíble. Baste decir que en la historia de la navegación no nombra siquiera á Cristóbal Colón ni á los españoles, para que quede en duda

Digitized by Google

tal vez si Francia descubrió la América. Lo mismo hace en la historia de la astronomía, de la óptica y de la arquitectura. La de la música la reduce á una simple comparación entre la francesa y la italiana, diciendo de ésta que «consiste sólo en falsos y ridículos tonos, siendo insufrible la segunda vez que se oye».

Sin embargo, la obra de Saverien fué traducida al castellano (1); y al traductor no se le ocurrió hacer la más pequeña protesta, ni poner más nota ó adición que una en que dice que «la gavota es un baile semejante á las seguidillas ó al fandango», con lo cual demuestra que entendía tanto de bailes como de historia y de patriotismo.

No extrañamos ciertos errores aislados ó locales, por decirlo así, ni los culparemos nunca con dureza. Cuantos han estudiado mucho saben cuán fácil es equivocarse; pero creemos que no tiene disculpa el que incurre en errores que demuestran un desconocimiento absoluto de toda una época histórica y aun de la historia completa de la patria.

Las demás naciones tampoco poseen una historia general ni particular de la ciencia. Hay, es verdad, trabajos é investigaciones especiales ó sobre puntos determinados, sobre los cuales se escribirá con el tiempo el cuadro general de los progresos del entendimiento humano en la ciencia; pero hasta ahora, por regla general, cuantos han escrito acerca de este punto han pretendido atribuir á su país todos los grandes descubrimientos, lo cual es un acto de patriotismo, que puede ser útil cuando para demostrarlo se hacen curiosas investigaciones, sin incurrir en la exageración. Libri, por ejemplo, ha escrito la historia de las ciencias matemáticas en Italia, guiado por el amor á su

(1) *Historia de los progresos del entendimiento humano en las ciencias exactas y en las artes que dependen de ellas*, por MR. SAVERIEN, traducida por D. Manuel Rubín de Celis.

Digitized by Google

nación; pero su obra adquirió desde el momento en que salió á luz el renombre de clásica, porque se descubrió en ella un estudio analítico profundo y un cúmulo de datos curiosos é importantes, sin que su autor pretendiera nunca herir el sentimiento de ninguna otra nación al elogiar la suya.

Libri, sin perjuicio de atribuir casi todas las glorias de la ciencia á su patria, recordando las nuestras, dice que seguramente el porvenir nos guarda una serie de triunfos en las matemáticas; y otro escritor italiano ha dicho recientemente que en el estado actual de desorden científico, ante esta ruptura de todas las clasificaciones antiguas producida por los constantes y asombrosos descubrimientos de la ciencia moderna, es necesario un hombre que con genio superior dé nueva forma á las relaciones entre las ciencias, creando una nueva clasificación y unos nombres nuevos, y que sólo el genio español ó italiano es propio para estas grandes y revolucionarias síntesis.

Sólo un sabio profundísimo, cuyo nombre pronuncia y pronunciará con respeto el mundo civilizado, ha emprendido en nuestro siglo un estudio analítico delicado, erudito y filosófico de los progresos de las ciencias, aunque dentro de ciertos límites en que se encerraba su propósito: el gran Humboldt, único que ha sabido concebir el majestuoso cuadro del desarrollo de las ciencias al mismo tiempo que descender á una observación minuciosa y á un estudio bibliográfico, en que no se sabe qué admirar más, si la asombrosa erudición ó el buen juicio que la preside.

A la gratitud general que todos los amigos de la ciencia deben profesar á Humboldt, los españoles debemos añadir un reconocimiento patriótico, porque el inmortal autor del *Cosmos* ha venido á nuestra patria, ha visitado la América Española, ha estudiado nuestra lengua, nuestros libros, nuestros hombres, nuestra ciencia, venciendo todas las dificultades propias de un país que ha olvidado

Digitized by Google

sus glorias y ha copiado servilmente las acusaciones extrañas.

El juicio severo, la constante buena fe, la exquisita escrupulosidad con que Humboldt escribió, y principalmente la respetabilísima autoridad de su nombre, han modificado algún tanto respecto de ciertas ciencias el juicio sobre España en el siglo XVI, á pesar de que dejó mucho por decir. Desgraciadamente España fué, según creemos, el último país de Europa que tradujo á su lengua el *Cosmos*, y donde ha sido menos estudiado, puesto que en los periódicos y en los mismos libros de enseñanza se siguen copiando los errores de Montucla y Saverien.

Humboldt era un hombre de inteligencia superior, de una intuición asombrosa; y, como él mismo dice, antes de estudiar nuestra ciencia conoció por su influjo y por sus hechos memorables que Europa debía tener que agradecernos mucho, y todos sus escritos lo prueban de un modo incontestable.

Digitized by Google

CAPITULO XV.

Cultura científica.

Modo de apreciarla.—La ciencia y la literatura.—La ciencia en la poesía.—Carácter de la ciencia en Italia y especialmente en España.

El estado de cultura científica de un país no puede juzgarse por uno ó varios hechos aislados que la casualidad ó la fortuna hicieran brotar en su suelo. Un aventurero ignorante ó un criminal fugitivo habrían podido descubrir la América ó las Filipinas; una ciega casualidad pudo enseñar las propiedades de la brújula ó de la electricidad; pero ni en uno ni otro caso merecería el autor del descubrimiento ni la patria que le hubiera dado el ser, más que el calificativo de afortunado. Y la fortuna sola ante la historia, ante el juicio contradictorio del mérito, es bien poca cosa. La posteridad no premia ni debe premiar sino los esfuerzos personales, las grandes y concienzudas previsiones, los triunfos sobre la naturaleza para arrancarla sus secretos, los contratiempos y victorias en esta noble lucha.

Si fuera cierto que la casual é inesperada combinación de varios elementos químicos hecha en un vaso por un fraile produjo una rápida y espantosa detonación, descubriéndose de este modo la pólvora; si fuera posible que el diablo, deseoso de ganar un alma, hubiese vendido á un po-

Digitized by Google

bre hombre la máquina de un reloj para asombrar al día siguiente á la humanidad con este invento, jamás la historia consagraría páginas honrosas á tales descubridores; pero las dedicará siempre y levantará estatuas y monumentos á los hombres que, como Colón, siguen uno y otro día su estudio y su idea fija, luchando valerosamente contra el torrente de las creencias, contra la miseria y contra todo género de obstáculos presentados por la naturaleza y por los hombres.

Es necesario penetrar en los antecedentes de cada descubrimiento y de cada hecho científico; es preciso demostrar que cada uno de éstos tiene su razón de ser, que se verificaron por cierta necesidad y no anormalmente; de tal modo, que si no hubiera existido un hombre determinado que hoy los resumiera en su nombre ó una causa ocasional que los diera á conocer, habría habido dentro del estado de la ciencia ó de la nación en que nacieron, otro hombre ú otra causa que hubiera hallado, aunque tal vez por distintos medios, idéntico resultado. Hay que estudiar las opiniones, las costumbres, la lengua, la enseñanza, la ilustración general, para deducir de estas manifestaciones de la vida el estado de la ciencia en un país; y sólo entonces, dentro de lo que podríamos llamar, usando un término físico, capacidad científica de un pueblo ó de una época, podrá juzgarse del valor de los descubrimientos y de la magnitud del impulso comunicado á la civilización y al progreso.

No se cansen los rebuscadores de fechas y los amigos de antiguallas buscando en remotos tiempos, en naciones ignorantes y hasta en pueblos salvajes el origen de los principios fecundos de la ciencia y de los instrumentos de precisión. El descubrimiento científico no nace aislado como un hongo, ni es un aborto espontáneo sin generación alguna: quédese para la mitología el que Minerva salga armada de la cabeza de Júpiter.

El descubrimiento científico sólo merece el nombre de

Digitized by Google

tal cuando es consecuencia de otros, cuando es investigado, cuando es comprendido por el que le hace.

El simple hecho, sin conciencia del que lo realiza, no puede constituir nada en la ciencia: esto equivaldría á suponer, como ha dicho uno de nuestros más ingeniosos académicos, que los caballos tuvieron idea de la estampación y de la imprenta al examinar las huellas de las herraduras en el polvo de los caminos. «Es lo más racional, dice á este propósito un discreto italiano, que casi todos los conocimientos matemáticos y astronómicos vinieran de España; porque esta nación fué el remanso donde se detuvo la corriente oriental y el foco de luz adonde acudieron á estudiar todos los hombres notables en aquellos siglos oscuros: Gerberto, Platón de Tívoli, Pedro el Venerable, Gerardo de Cremona. No buscaremos, pues, en otra parte el origen de conocimientos que serían en todo caso hijos de la casualidad y de paternidad discutible.»

Así es como debe estudiarse, ante la filosofía, la historia de la ciencia en un país, y, fundados en estas bases, vamos á presentar algunas consideraciones para dar á conocer cuál era el estado científico de nuestra patria.

Desde luego la nación que en aquel venturoso período descubre un mundo y hace profundísimas observaciones, cuya verdad y exactitud ha demostrado el progreso de nuestros días; que traza el primer mapa-mundi y da la norma de las proyecciones geográficas; que inventa la brújula de variación y descubre y fija el polo magnético; que defiende y enseña la doctrina de Copérnico y admite la de Galileo; que tiene una parte importante en todos los grandes descubrimientos, y se propone inventar el telégrafo magnético; que sostiene establecimientos científicos desconocidos en Europa y propone premios que copian é imitan las demás naciones muchos años después, no merece que se le niegue el nombre de científica sin cometer una grave injusticia.

Y no puede servir de disculpa para juzgar equivoca-

Digitized by Google

damente á nuestra patria ni la ignorancia posterior, ni el actual desconocimiento de nuestra propia historia, ni la destrucción que han sufrido libros, papeles ó instrumentos en manos del absolutismo, de la Inquisición y del abandono é incuria, ni la candidez con que hasta en nuestros libros de enseñanza se ponen en francés los nombres de sabios españoles, á menos de no prescindir en absoluto del juicio y de la crítica del historiador, que debe examinar ante todo la posibilidad y la razón de ser de los hechos en una época determinada.

Entre los muchos estudios olvidados ó desatendidos en nuestra patria, hay uno que sería de la mayor importancia para la historia de nuestra ciencia y el conocimiento de la sociedad española en los siglos XVI y XVII.

Nos referimos al estudio científico de las obras de nuestros literatos y poetas en aquellos siglos. Todas las naciones de Europa han examinado detenidamente bajo este punto de vista las obras de sus poetas. Francia, de quien tanto se copia en España todo lo malo, nos causa envidia en esta materia. El estudio de sus clásicos ha sido hecho con tal minuciosidad, que ha servido para suministrar á la historia preciosísimos datos, para resucitar la sociedad pasada y conocer la vida en la intimidad de la familia, las costumbres, el estado de las artes y en general la cultura pública.

En Italia tenemos mucho que aprender en esta materia. Los estudios científicos hechos sobre Petrarca, Dante, Ariosto, Miguel Angel, Leonardo de Vinci y otros muchos poetas y artistas son tan curiosos, que, además de producir grandes beneficios á la historia, demuestran en los italianos un cariño á sus autores, que es un gran mérito en una nación; porque las naciones, como las madres, no son buenas si no quieren á sus hijos.

En España apenas se ha comenzado tal estudio; de manera que cuando con motivo del centenario de Calderón en 1881 la Academia de Ciencias exactas, físicas y natu-

Digitized by Google

rales propuso para un premio el tema «Calderón ante la ciencia», la mayoría de la prensa de Madrid le combatió ó ridiculizó creyéndole inútil ó imposible. Tan extraño es en nuestra nación este género de estudios, por más que parezca increíble cuando en nuestros mismos periódicos ilustrados se están publicando artículos sobre los poetas y artistas extranjeros, bajo el punto de vista científico, y cuando ha hecho también este examen en su discurso de la licenciatura algún graduando de nuestras universidades.

El autor de este libro hizo oposición al citado premio y tuvo la fortuna de llevárselo; y, fundado en los estudios que tenía hechos y en los que entonces hizo particularmente sobre Calderón, no teme asegurar que del examen crítico-científico de nuestros poetas resultaría una gloria indiscutible para España, y la demostración evidente del estado de gran cultura de nuestro pueblo (1).

Lo más notable, lo que caracteriza la ciencia española en aquel tiempo, es cierta especie de intuición profundísima, de providencial acierto, de espíritu profético, de maravillosa exactitud, que sólo han reconocido algunos autores italianos y que Humboldt ha demostrado, consignando su admiración.

Casi todos los descubrimientos de la ciencia en las demás naciones han sido producto de estudios sucesivos, de supuestos falsos, de principios erróneos; de tal modo que el progreso, sin quitar el mérito á ciertos hombres, ha venido á reformar por completo sus teorías, hasta el punto

(1) La comisión de la Academia de Ciencias que juzgó nuestra *Memoria*, nos invitó á convertirla en un libro, extendiendo algo más los materiales de que nos habíamos servido para redactarla. Bien quisiéramos hacerlo, no sólo respecto de Calderón, sino de nuestros principales poetas; pero tenemos el convencimiento de que ésta no es obra de un solo hombre. Sin embargo, es probable que intentemos la publicacion de algunos apuntes sobre tan importante asunto.

Digitized by Google

de que, si bien se analiza, se puede dudar si merecen el nombre de descubridores de lo que hoy admite la ciencia.

Pero los españoles obrando casi infaliblemente, como si el genio del arte y de la ciencia los hubiese inspirado, dice Vossio, dejaron el sello de su sabiduría en cuanto hicieron, de tal modo, que así en sus hechos como en sus proyectos la ciencia moderna y el progreso de tres siglos no han podido ni perfeccionarlos ni modificarlos.

Inventa Pedro Núñez el *nonius* para medir las fracciones longitudinales de la unidad, y en tres siglos no ha habido quien descubra nada mejor, y su aparato acompaña á todos los instrumentos de precisión.

Señalan nuestros cosmógrafos la Cruz del Sur para reemplazar en aquellas latitudes meridionales la estrella polar de la vieja Europa, y la imponen á los siglos, haciendo exclamar á Humboldt y á Bewster: «¡Qué maravillosa, qué misteriosa perspicuidad la de aquellos profundos observadores!»

Fija Martín Cortés el polo magnético y separa los meridianos magnéticos de los astronómicos, y los siglos vienen á confirmar su precisión y á hacer esta observación, base de toda la ciencia del magnetismo terrestre.

Fija Acosta los principios de la física del globo, un siglo antes que Vanerio, prediciendo la ciencia de nuestros días y haciendo exclamar á Poggi: «¡Qué gran crimen cometió Europa ante la historia de la ciencia no estudiando detenidamente lo que escribieron los españoles descubridores del Nuevo Mundo!»

¡Cuántas otras observaciones científicas de menor importancia, pero con el mismo carácter, podríamos citar! Y si entrásemos en el terreno de la adivinación y la profecía; si, como han hecho algunos escritores extranjeros, entregados más al lirismo de la ciencia y de la historia que á la severa verdad, buscásemos en nuestros poetas, en las obras de la fantasía, cierta predicción constante del progreso, ¿qué nación podría igualarse con España?

Digitized by Google

¿No puede decirse que Lope de Vega profetizó la invención y el uso del telégrafo eléctrico al escribir:

Tan veloces como el rayo
Las noticias han venido.
¿Quién sabe si con el tiempo
Vendrán con el rayo mismo?

¿No puede asegurarse que es una portentosa adivinación la insistencia con que Calderón de la Barca llama á los cometas *astros desasidos*, palabras que en admirable concisión encierran toda la teoría moderna de los cometas, suponiendo que son emanaciones cósmicas del sol?

¿No podría sospecharse que presintió la teoría de que el color es sólo un efecto de la luz al dar sobre un cuerpo, cuando decía:

Los corales, que nacen
Blancos, antes que les ponga
Color el sol.

¿No habría quien pudiera descubrir el fenómeno de las interferencias, que forman caprichosas sombras al chocarse las luces, en esta pintura de una aparición ó una sombra en medio de la luz:

Cuerpo de su fantasía
El hombre debió de ser,
Que su gran melancolía
Le supo formar y hacer
De los átomos del día.

¿No podría adivinarse el conocimiento de las más modernas teorías de la luz en estas palabras:

Azul verdad, que miente cristalina
Mentira, que verdad dice aparente.
Que el cielo, en efecto,
Color ninguno consiente.

Y el origen de los planetas, según recientísimas teorías, en estos otros:

Digitized by Google

Y del cadáver del sol*
Cenizas son las estrellas,
Que en sus rayos derramado,
En sus luces dividido
Es un planeta partido,
Es un dios multiplicado?

Pónganse estos versos en boca de algún contemporáneo nuestro, de un Echegaray, por ejemplo, que brille tanto en el campo de la ciencia como en el de la literatura, y arrancarían aplausos unánimes por expresar la última hipótesis científica con tan bellas palabras.

¿Hay algún autor moderno de metereología ó de física del globo que exprese la constante circulación del agua en la tierra y en la atmósfera con más exactitud, con más belleza que estos versos

Hidrópica sin duda alguna nube
Del céfiro traída, que la mueve,
Para llover el mar, el mar se bebe.

No acabaríamos si hubiéramos de citar cuanto escribieron aquellos hombres de tan rica fantasía con caracteres de adivinación. Tendríamos mucho que escribir si fuéramos á demostrar toda la profundidad de pensamiento científico que se encuentra en los más descuidados y espontáneos versos de nuestros poetas, lo que no puede ser sino indicio seguro de una gran cultura general, de una educación que contribuía á dar vida á estas ideas; porque así como la libertad de la imaginación aplicada á la ignorancia sólo puede producir extravíos, su vuelo sobre una inteligencia cultivada adquiere una elevación que puede lindar con la profecía.

Pero consignamos con gusto que la ciencia italiana tuvo siempre el mismo carácter que la española y supo conservarle mientras España vivía en la decadencia. La ciencia moderna recuerda todavía muchos hechos y previsiones de los sabios italianos, y ha adoptado en la enseñanza muchas teorías que, sin estar ya conformes con los

Digitized by Google

últimos descubrimientos, son tan profundas ó tan hábiles, que merecen enseñarse para imbuir ideas fundamentales. Esto sucede, por ejemplo, con la teoría de la pila de Volta: la ciencia moderna no la admite ya; pero en todos los libros de física, aun declarándolo así, se exponen como fundamento, porque desde que escribió aquel sabio italiano no se ha presentado ninguna otra teoría tan clara y tan instructiva.

Buena prueba de esta gran cultura es la oposición que en toda España se hizo á la enseñanza de los jesuitas, fundada en su ignorancia. La Compañía de Jesús era considerada en otras naciones como un conjunto de sabios, de hombres profundos y de distinguidos maestros, llamando la atención que hubiese reunido tantos hombres doctos á pesar de su novedad. Y en España, sin embargo, aquel conjunto de sabios, epíteto tal vez justo respecto de los demás frailes, era considerado por el pueblo como un conjunto de ignorantes ante la organización de una enseñanza que, á no haber perdido sus rentas en manos de los frailes, habría impedido la ignorancia de los tiempos siguientes.

Había en España una multitud de libros populares, empíricos, prácticos, que demuestran un estado de la ciencia que tal vez no tiene España en nuestro siglo. Publicábanse en cuadernos de pocas páginas ó en hojas sueltas, y reemplazaban á las cartillas y guías, que hoy publican los ingenieros, arquitectos y matemáticos en Francia é Inglaterra para las personas que desconocen la ciencia y necesitan sus aplicaciones. Nebrija, Juan de Toledo, Tornamira, Monzó y otros muchos que alguna vez ocultaban su nombre, daban á luz tales trabajos. Contenían estos libros resoluciones prácticas y vulgares de problemas frecuentes en la vida; por ejemplo, medios curiosos para medir la altura del sol, horas á que debía medirse la sombra para que fuera igual á la altura de un edificio; cálculos de distancias, pesos, etc., en absoluto ó compara-

Digitized by Google

tivamente; alcances de las armas, propiedades particulares de algunas figuras, resultados de las operaciones matemáticas, etc.

En los teólogos y filósofos de todo el siglo XVI se encuentra la expresión de la necesidad de estudiar ciencias, hasta el punto de que muchos de aquellos que habían recibido una educación puramente literaria, se vieron obligados á estudiar ciencias en avanzada edad. Citaremos entre ellos á Luis Miranda, que se aficionó tanto á estos estudios, que escribió una Cosmografía.

Pero nada tal vez puede demostrar el carácter científico de nuestra patria como los esfuerzos de hombres estudiosos que, sin pertenecer á la enseñanza pública ni á corporación alguna, se propusieron defender la ciencia, su necesidad y su popularización hasta en las últimas clases sociales. Sólo Italia y España ofrecen en aquel siglo este ejemplo. Entre otros muchos, citaremos sólo, para no ser prolijos, los escritos del bachiller Juan Pérez de Moya y entre ellos los *Diálogos matemáticos*, en los cuales se propuso demostrar que todas las personas (aun las vendedoras de las plazuelas), de cualquier clase y condición, deberían saber matemáticas y especialmente geometría, sosteniendo además que el mayor mal que puede hacerse á un pueblo ó á un individuo es dejarle en la ignorancia (1).

---

(1) He aquí las curiosísimas palabras del bachiller Pérez de Moya: "Pocos días ha un mozo de un soldado yendo á comprar provisión para su amo, llegó á un labrador que vendía espárragos y le dijo: ¿Cuánto queréis por los espárragos que pudiese atar con esta cuerda, que tiene un palmo de largo? Se concertaron por medio real: al poco de tiempo volvió este mozo al que vendía espárragos diciéndole: Hermano, bien se os acuerda que me disteis por medio real los espárragos que até en una cuerda de un palmo de largo; al presente quiero comprar más, y traigo una cuerda de dos palmos de largo, que es el doble de la otra; dádmela de espárragos y pagaros he un real, que es á la razón de como primero nos concertamos. El labrador respondió que era contento. Pido: si en esta compra se ha hecho algún agravio ó quién engañó á quién y en cuán-

Digitized by Google

Todavía podrían hacerse otras muchas observaciones que demostraran la cultura científica de nuestra patria en aquella época y el interés con que en ella se miraban los descubrimientos científicos, pero terminaremos este asunto con una muy curiosa.

Los farsantes, los embaucadores, los que hoy el lenguaje vulgar llama timadores en gran escala, acuden siempre á explotar las costumbres, las ideas, las modas, así como al pueblo en que pueden hacer triunfar sus engaños y malas artes. Hace poco uno de éstos engañó á varias academias francesas presentándoles cartas apócrifas de Newton, Pascal y otros sabios sobre puntos importantes de la ciencia; diariamente en la misma nación se suceden las supercherías en materia de inventos; el gobierno inglés ha sido estafado en gruesas cantidades, suponiendo el hallazgo del original de la Biblia; el gobierno alemán ha sido también víctima de falsas estadísticas y noticias y de absurdos inventos de tormentaria en los días de la guerra con Francia.

Pues bien, en el siglo XVI venían á España de toda Europa los embaucadores, los alquimistas, los que proponían nuevos instrumentos científicos y la resolución de difíciles problemas; del mismo modo que acudían á Italia, donde, á un brillante estado científico como el de nuestra patria, se unía la riqueza y el poder de la Iglesia.

Alonso de Santa Cruz decía al rey con este motivo:

---

to..... Quien poco sabe de una cosa poco duda de ella..... Por los espárragos que ataron en la cuerda de dos palmos se había de dar dos reales, y por cuanto no lo dieron sino uno, parece claro el mozo haber engañado al labrador en la mitad del justo precio, por ignorar geometría, por no saber que las áreas de los círculos son proporcionales á los cuadrados de los radios ó de las circunferencias.„

El bachiller Juan Péres de Moya nació á principios del siglo XVI en Santisteban del Puerto, provincia de Jaen; estudió en Alcalá y Salamanca; en 1566 le dió una capellanía el conde Men Rodrigues de Benavides, y luego fué canónigo de Granada. Fué un matemático distinguido, que escribió muchas obras populares.

Digitized by Google

«Son muchos los que traen (á España) invenciones con más deseo de provecho que de utilidad.» López de Velasco se expresó en iguales términos en muchos documentos, y el insigne Juan de Herrera escribía al monarca las siguientes frases acerca de este punto: «Entiendo haber hecho particulares servicios en haber desengañado de muchas máquinas que muchas personas, no fundadas en ellas, han traído á estos reinos y á S. M. ofreciendo con ellas cosas imposibles, y por mi causa en muchas de ellas no se ha puesto la mano, porque se hubiera perdido la hacienda, tiempo y reputación.»

Desde Colón hasta la muerte de Felipe II puede decirse que no hubo problema científico que no tuviera eco en España, ni hombre ilustre en materia de ciencias que no estuviese en relación con España.

Digitized by Google

CAPITULO XVI.

Copérnico y Galileo.

Protesta de D. Alfonso el Sabio contra el sistema de Tolomeo.—Platón y Aristóteles en España.—Protesta de Andrés de San Martín.—España fué la primera nación que adoptó el nuevo sistema.—Salamanca.—Vasco de Piña.—Suarez Argüello.—Notabilísima opinión de Diego de Zúñiga.

Don Alfonso el Sabio fué el primero que dudó acerca del sistema astronómico que «entrando por los ojos de la vista natural» se impuso tiránicamente á toda concepción del universo formado racionalmente, y resumió en una sola frase la crítica más profunda del sistema de Tolomeo, doscientos años antes que los demás astrónomos conociesen sus errores: *¡Mejor habría hecho yo el mundo!*

En esta frase están indicados todos los errores del astrónomo egipcio, todas las complicaciones y dificultades de aquel sistema, que se había ido modificando para explicar las irregularidades de los astros, cuyos movimientos se escapaban á una concepción sintética vulgar. En ella están el germen y la profecía de los descubrimientos de Copérnico, Newton y Kepler.

Aquella inteligencia tan superior á su siglo puso en esa frase, que sus contemporáneos tuvieron por impía, y de que algunos espíritus timoratos han querido lavar á don Alfonso, negando su existencia, la imposibilidad de que el universo fuese como aquella ciencia le explicaba. Es un

Digitized by Google

dilema que no tiene contestación: ó el mundo estaba mal hecho ó la astronomía de Tolomeo era un absurdo.

Esa frase vivió oscurecida, perseguida ignominiosamente y cubierta de impiedad más de doscientos años, para revivir después llena de gloria ante la luz de un progreso que arrancó á los cielos el secreto de sus movimientos y midió las fuerzas que les impulsaban. El mundo *hecho* por Tolomeo se venía á tierra ante la audaz é inteligente mirada de D. Alfonso: aquella habilísima combinación de ciclos y de círculos no podía resistir el análisis de un hombre que seguramente concebía ó presentía que el mundo debería estar mejor hecho (1).

Puede decirse que desde D. Alfonso el Sabio hubo en España una constante protesta contra el sistema de Tolomeo; porque los astrónomos descubrían la imperfección de aquella tierra con sus cálculos y sus observaciones, y los filósofos, combatiendo á Aristóteles, tendían á restablecer las doctrinas de Platón, que sin ser tan observador y tan sistemático como el Estagirita, había concebido la ciencia de un modo muy distinto.

Entre los esfuerzos hechos para levantar la doctrina de Platón contra la de Aristóteles, debemos citar á Sebastián Fox Morcillo (1528), natural de Sevilla, cuyas obras se publicaron en Basilea y en París, y que medio siglo antes que Galileo emprendió la difícil tarea de resucitar la doctrina en que se hallaban el principio mecánico del movimiento circular, la probabilidad del movimiento terrestre, la sospecha de que la tierra no estaba en el centro del universo y la intuición de que existen leyes generales, sublimes é inmutables que rigen los hechos del mundo. Otros muchos filósofos y teólogos españoles (2)

---

(1) *Las frases célebres, Estudio sobre la frase*, por el autor de este libro. Madrid, 1878.

(2) Esta misma tendencia tuvieron muchos judíos españoles y

Digitized by Google

sostuvieron durante todo el siglo XVI opiniones análogas, cuyo recuerdo es seguramente un título de gloria para la ciencia española, y podría darnos materia para escribir extensamente, si tuviéramos espacio para ello, buscando la razón de que Copérnico gozara desde luego una gran reputación en nuestra patria, al mismo tiempo que era rechazado en otras naciones con sutilezas teológicas, y que recibía en su patria el mayor de los desprecios que puede hacerse á una doctrina científica, que es combatirla con el ridículo, haciendo mofa de su autor en mascaradas y bufonadas.

Además debe mucho el progreso de las ciencias á los hombres que, como Villalobos, Nebrija, Pereira (1) y el Brocense habían pretendido romper la autoridad del maestro erigida en dogma y la ingerencia de los teólogos, que incurrían en el absurdo de querer juzgar de la verdad de

---

entre ellos Jacob Mantenu (1490-1550), cuyas obras sobre Platón y Aristóteles, publicadas en Venecia en 1530, tuvieron bastante eco en Italia.

(1) Las obras de Pereira, natural de Ruzafa (1535-1610), catedrático en Roma, se publicaron en París, Venecia, Lyon, Roma y Colonia, y fueron traducidas al inglés en 1661 por Percy Enderbie, reimprimiéndose en Londres en 1674. Son muy notables y enérgicas las palabras con que rechaza la imposición del maestro. "Fuit hoc quondam Pythagoricum vanitas atque superstitio, quibus instar omnium rationum erat, præceptoris auctoritas; et ut quidvis facile promptequo crederunt, satis erat, it dixisse Pythagoram; nefas que putabant, cur illud ita esset, velle requirere. ¡O miseras hominum mentem, o pectora cæca! Quid enim vilius et abyectius autquæ major animi cæcitas esse potest quam nihil per se sapere, nihil judicare, totum ex alieno sensu juditioque pendere? Nulla duci ratione; sed quasi pecudes, aliorum sententia untuque tantum, moveri ac regi?..... Philosophus cujus doctrina ex ratione ortum, incrementa, robur, omnemque vim suam atque dignitatem habet, omne ratione post habita in unius hominis multarum rerum ignari, multisque vitæ et doctrinæ sordibus inquinati, auctoritate conquiescet. Ego multum Platone tribuo, plus Aristoteli, sed rationi plurimum in explicandis philosophiæ questionibus, disceptandisque controversiis equidem, quid Aristotelis senserit, diligenter considero; sed multo magis, quid ratio suadeat, mecum ipse perpendo."

Digitized by Google

las ciencias experimentales por medio de sofismas ó de interpretaciones, muchas veces ridículas, de los textos sagrados.

Así es que á últimos del siglo XV se reproduce en España con no menor energía y con igual forma la protesta de D. Alfonso el Sabio. Andrés de San Martín, fundándose sólo en la observación, analizando todas las tablas, repitiendo una y otra vez con el mayor esmero los cálculos de los fenómenos astronómicos, declara terminante y enérgicamente que estos movimientos están errados, *toque á quien tocare*, y que el defecto no está en las tablas, calculadas dentro de aquella hipótesis.

Francisco de Villalobos, médico de doña Isabel la Católica y autor de unos problemas sobre filosofía natural, protesta no sólo contra el sistema de Tolomeo, combatiendo los epiciclos, «cuya invención, decía, ofrece muchas dudas y perplejidades», sino que anticipándose al juicio que podrían merecer estas protestas, aleccionado tal vez por la historia de D. Alfonso, ó previendo con su superior inteligencia las persecuciones que podrían venir sobre ciertas doctrinas, exclamaba en un arranque de genio: «*Yo no hablo con los teólogos, y si los filósofos se acogen á ellos, harán como los malhechores que se acogen á la Iglesia;*» palabras notabilísimas en que se censura, como podría hacerse en nuestros días, el error de querer resolver las cuestiones científicas con razones teológicas.

Estas protestas tan convincentes no fueron comprendidas, sin embargo, por la mayoría de las naciones, aunque no recayera sobre ellas la censura de heréticas que recayó sobre las de D. Alfonso; pero bastantes años después el francés Martín de L'Isle en su libro de *Scientia naturæ*, atribuía estos errores á que Dios no permitía que el hombre llegase á conocer las leyes del mundo, aunque fuese cierto que éste hubiese sido hecho con número, peso y medida.

Italia trató también de resucitar la doctrina de Platón.

Digitized by Google

Distinguióse en esta empresa Bessarione, fundador de una academia llamada platónica en Roma; pero á su muerte triunfó de nuevo la doctrina aristotélica, por más que hubo constantemente hombres como Francisco Patrizi, que había viajado por España, Lucas Gaurico, Magini, Alberti y otros muchos que defendieron y propagaron en materia de ciencias la doctrina platónica, que, si bien no presentaba un cuadro completo de la ciencia como Aristóteles, dejaba al hombre estudioso mayor campo para nuevas y luminosas teorías.

Había por tanto cierta predisposición contra la filosofía estagirita en materia de astronomía. Muchos italianos habían prescindido de la teología al hablar de ciencias, aunque sus protestas nunca fueron tan enérgicas y terminantes como las nuestras. Dominico María, maestro que había sido de Copérnico en Italia, había sospechado un movimiento en el eje de la tierra ó en los polos del mundo, lo cual era ya un principio de oposición á la inmovilidad terrestre, y algunos otros escritores, entre ellos más de un cardenal, como Nicolas de Cusa, habían manifestado ideas conformes con el sistema copernicano. Y si se estudiaran detenidamente bajo el punto de vista científico muchas obras literarias, cuyos autores escribían con una libertad no limitada por la aridez didáctica y las necesidades de la enseñanza, que han impuesto hasta nuestros días el sistema de Tolomeo, tal vez quedaría demostrado el aserto de un crítico italiano, que dice que mucho antes de Copérnico era duda común á España é Italia la verdad del sistema de Tolomeo, sobre todo desde que el renacimiento había puesto de moda los filósofos griegos.

La opinión pública ha concentrado en el nombre de Copérnico la idea moderna del sistema celeste, como hace siempre buscando un nombre que resuma una creencia, una reforma ó una época; pero el análisis detenido de las obras de los astrónomos y filósofos del siglo XVI anteriores á Galileo, demuestra de un modo evidente que la in-

Digitized by Google

troducción en la ciencia europea de la movilidad de la tierra se debe á los que renovaron la doctrina de Platón y de sus discípulos (1).

Como consecuencia de estos gloriosos precedentes y de la libertad de la ciencia en España, el sistema copernicano no encontró en nuestra patria oposición alguna. En la Academia de matemáticas, presidida por Juan de Herrera, se tenían y consultaban sus obras: su doctrina era bastante popular para que nuestros escritores la citasen como una de tantas, y la examinasen en muchísimos casos bajo el punto de vista exclusivamente científico, y no como cuestión religiosa, según se venía haciendo en el resto de Europa.

En 1594 la universidad de Salamanca, primera en Europa que tuvo esta gloria, le adoptó como texto, diciendo sus estatutos terminantemente «léase á Nicoláo Copérnico», y en 1584 el teólogo Diego de Zúñiga le explicaba y defendía públicamente, como más juicioso y como resultado de una tradición que venía desde Filolao y Heraclio del Ponto y Platón (2).

Italia se gloría de haber tenido al padre Foscarini, que

---

(1) Puede verse sobre este punto á Libri y Tiraboschi.

(2) Zúñiga en 1584, interpretando las palabras "Qui commovet "terram de loco suo„ dice: "Hic locus quidem difficilis videtur, val- "deque illustraretur est Pythagoricum setentia, existimantium ter- "ram moveri natura sua, nec aliter posse stellarum motus, tam "longa tarditate et cæleritate dissimiles explicari, quam sententia "tenuit Philolaus et Heraclides Ponticus, ut refert Plutarcus lib. "de Placit. philos.; quos sequutus est Numa Pompilius et quod ma- "gis miros, Plato divinus senex factus..... Nostro vero tempore Co- "pernicus juxta hanc sententiam planetarum cursus declarat. Nec "est quin longe melius et certius planetarum loca ex ejus doctrina "quam ex Tolomei Magna Compositione et aliorum placitis repe- "riantur.„ Y, ratificándose en esta creencia, añade: "Nullus dabi- "tur Scripturæ sacrosanta locus, qui tam aperte dicat terram non "moveri, quam hic moveri dicit.„

Esta obra se leía en Salamanca en las cátedras de teología, al mismo tiempo que, como hemos dicho, se explicaba á Copérnico en la cátedra de astrología.

Digitized by Google

escribió en 1615 una carta defendiendo el sistema copernicano; pero como acabamos de ver, hacía diez y nueve años que se enseñaba tranquilamente en Salamanca, y treinta que le habían defendido nuestros teólogos; siendo por tanto España, según ha demostrado muy bien Maignet (1), la única nación de Europa que en vida de Tico Brahe adoptó la doctrina de Copérnico.

Es necesario fijarse mucho en este carácter que tomó desde luego el sistema de Copérnico en España, mientras en las demás naciones no llegó á ser en mucho tiempo para los hombres más avanzados en ideas sino una hipótesis curiosa, atrevida y llena de ingenio, que sólo admitía en sus cálculos un reducido número de personas dedicadas á estudios profundos; una cuestión difícil de armonizar con la interpretación de la Escritura para los hombres ilustrados, y un absurdo ó una herejía para el vulgo, cualquiera que fuese su posición social.

España, que, según demostramos en otra parte, era la nación que con menos pasión había tomado el renacimiento clásico, defiende la doctrina de Filolao y de Platón, que por una ceguedad incomprensible rechazaban los pueblos arrastrados por la imitación y el culto á la antigüedad griega y romana. España, la nación en que más terribles persecuciones ejercía el Santo Oficio, deja completa libertad para admitir ó rechazar este sistema; y sus astrónomos, como hacemos ver en otros puntos de este libro, le juzgan científicamente, sin ocurrírseles siquiera que pueda oponerse á la teología ó estar conforme con ella.

Las tablas astronómicas que se usaban en España y todos los cálculos se hacían con frecuencia por el sistema de Copérnico. En 1582 Vasco de Piña calculó las declinaciones del sol para la isla de Santo Domingo con arreglo á este sistema, abrazando sus tablas hasta el

(1) MAIGNET, *Les quatre astronomes.*

Digitized by Google

año 1880 (1). Otros, como García de Céspedes, empleaban unas y otras buscando la mayor exactitud, y, por último, habiendo terminado las efemérides astronómicas calculadas el año 1606, se emplearon desde el siguiente las de Suarez Argüello, que era copernicano, y en las cuales se admitían los movimientos alfonsíes para los cuatro planetas inferiores y los copernicanos para los tres superiores (2).

Para comprender esta mezcla en los cálculos de sistemas tan distintos, es preciso recordar que las tablas copernicanas no eran mucho mejores que las españolas. El estudio constante, la corrección continua, los medios de observación y las complicaciones que el tiempo había ido introduciendo por necesidad en el sistema de Tolomeo, y que tan previsoramente había censurado D. Alfonso el Sabio, permitían calcular y explicar los fenómenos astronómicos dentro del sistema de Tolomeo y de Aristóteles de un modo satisfactorio, no sólo para las necesidades de aquella sociedad en general, sino para las de la enseñanza de las ciencias.

Los mismos astrónomos que admitían el sistema copernicano, emplearon por mucho tiempo las antiguas tablas y usaban los astrolabios, y especialmente el de Rojas, que fué el que manejó Galileo (3).

---

(1) *Regimiento y declinaciones solísticas y polares, reguladas al meridiano de la isla Dominica,* dirigidas al Sr. D. Alonso Rodríguez de Noriega, piloto de las Indias y vecino de Sevilla, fechas por VASCO DE PIÑA. Valen hasta el año de 1880 años.

(2) *Efemérides generales de los movimientos de los cielos por doce años, desde el de 1607 hasta el de 1618, según el Sermo. Rey D. Alfonso en los cuatro planetas inferiores, y Nicolao Copérnico en las tres superiores, que más conforma con la verdad y observaciones al Meridiano de la villa de Madrid,* que tiene de latitud 40°26′, por FRANCISCO SUAREZ ARGÜELLO. Madrid, 1608.

(3) Las tablas astronómicas de Alonso de Córdova, conocidas con el nombre de "Tablas de la Reina Católica„, eran las que se usaban en Italia. Fueron publicadas en Venecia en 1502, 1503 y 1517.

Digitized by Google

Las tablas antiguas eran menos exactas para los planetas superiores, por cuya razón en España se admitió desde luego la hipótesis de Copérnico para éstos, conservando las antiguas para los inferiores, ya que los resultados eran idénticos, lo cual habla muy alto en favor de una ciencia que buscaba sólo la exactitud y la verdad.

Todo esto no se oponía en manera alguna á que se siguiera explicando la esfera por Tolomeo, conformándose con la impresión de los sentidos, y evitando en la enseñanza elemental cuestiones impertinentes, que no era posible alejar de la ciencia en aquellos tiempos.

El mismo Galileo se lamentaba de que la verdad del sistema del mundo fuese difícil de enseñar, teniendo que oponerse á lo que todos veían y á lo que habían visto los siglos anteriores desde el principio del mundo. «Es muy cierto, decía, que Aristóteles entra por los ojos y yo tengo que entrar por el intelecto (1).»

Así, pues, sólo naciones ilustradas, como España é Italia podían aceptar desde luego su doctrina. Los sabios italianos compadecieron á Galileo, y si no manifestaron más claramente su conformidad con la nueva doctrina, fué por temor á la ignorancia ó enemistad de los jesuitas, que fueron los que más contribuyeron á la persecución del infeliz anciano (2).

En España no encontró oposición alguna la doctrina de Galileo, como consecuencia de no haberla encontrado la de Copérnico, hasta el punto de que el sabio florentino recibió de España varias cartas de consuelo y esperan-

(1) Parte de los párrafos anteriores está tomada de la Memoria *Calderón ante la ciencia*, premiada por la Academia de Ciencias, y escrita por el autor de este libro.

(2) El P. Clavio, que pasa por una lumbrera entre los jesuitas, negaba el descubrimiento del telescopio y de los satélites de Júpiter, y decía: "Para ver esos satélites es preciso tener antes el instrumento que los haga."

Digitized by Google

za (1), y cuando veía cernerse sobre su cabeza la persecución horrible que le arrebató la vida, pensó más de una vez su ánimo atribulado en venir á España, buscando una libertad y un reposo que le negaba su patria, y lo hubiera hecho á no impedírselo el duque Cosme, que en 1612 escribió á Felipe III, pidiéndole en cambio del permiso para el viaje de Galileo la franquicia de dos naves desde Liorna á las Indias españolas (2).

Como complemento de cuanto hemos dicho, debemos consignar que las personas que defendían las opiniones de Galileo en Italia solían ser afectas á los españoles ó estaban bajo su mando ó protección. Así fué Nápoles la región italiana en que más partidarios tuvo el sabio florentino.

Hacía ya tiempo que en los italianos que estaban al lado de los españoles había una libertad científica y una desconfianza de la ciencia romana, que resalta en los constantes elogios de los escritores á Nápoles, y en aquella espantosa frase de Guicciardini: «El cielo de Roma es muy peligroso para los que escriben novedades.»

Para terminar este asunto, vamos á hacer una reflexión que siempre nos ha sugerido la vida de Galileo.

El proceso y condenación del sabio florentino ha sido siempre para nosotros un hecho incomprensible, cuya explicación no hemos podido hallar en todo lo que hemos leído, desde aquellos autores jesuitas que dicen que la prisión de Galileo tuvo por objeto proporcionarle medios de descanso en sus constantes trabajos científicos, que se le dió por carcel un palacio con un bellísimo jardín, que le honraron los más altos personajes con sus visitas, etc.,

(1) El abate Denina, bibliotecario de Milán, poseía una carta de Guevara animando y fortaleciendo á Galileo, como partidario de su doctrina.

(2) LIBRI, *Historia de las ciencias matemáticas en Italia.*—NELLI, *Vida de Galileo.*—BRUCH, *Cartas relativas á Galileo.*

Digitized by Google

hasta los que vomitan todo género de insultos contra el catolicismo, declarándole irreconciliable con la ciencia y con la civilización.

Ni la cultura de Italia, ni la de Roma, ni la del Sacro Colegio, ni la del mismo papa, que había escrito anteriormente á Galileo diciéndole que estaba conforme con su doctrina, ni las opiniones dominantes en Italia acerca del sistema de Copérnico, permiten creer que la sinceridad, el fanatismo ó lo ignorancia, persiguieron á Galileo por un motivo exclusivamente científico.

Se concibe que en España fuera rechazada la opinión de Copérnico á últimos del siglo XVII, cuando nuestra nación había caído en la ignorancia y tenía como dogma de fe la sentencia contra Galileo; pero es inconcebible que en el siglo XVI hubiera sido perseguido en España ni en Italia el sabio florentino.

Por otra parte, la condenación de la doctrina copernicana ni produjo resultado alguno en el progreso de la ciencia, ni la misma Roma volvió á perseguir á nadie por este motivo después de Galileo. La ciencia continuó admitiendo esta hipótesis, y sólo algunos hombres adocenados ú oscuros, de posición inferior en la jerarquía eclesiástica, en la curia romana ó en la ciencia, pretendieron que se incluyeran en el *Indice* y fueran exterminadas obras anteriores y posteriores que defendían la misma doctrina de Galileo.

Ya algunos historiadores y hombres de ciencia, fundándose en palabras del mismo Galileo, han sospechado que la causa de aquel proceso debió ser ajena á una cuestión científica; algún abuso de los muchos que comete el poder con muy distinto fin del que indican las apariencias. A nuestro juicio no está bien estudiado todavía el proceso de aquel hombre ilustre; porque hasta ahora se le ha examinado casi exclusivamente bajo el punto de vista político ó religioso. Creemos que si los historiadores, colocándose en un terreno ajeno á todo espíritu de pasión, si los eru-

Digitized by Google

ditos, si los bibliógrafos, si los hombres perspicaces que saben penetrar en los secretos de una época y resucitar sus pasiones, sus vicios y los ocultos móviles de los hechos públicos, estudiaran profundamente este proceso, arrojarían sobre él una luz que es muy necesaria para depurar la verdad.

Digitized by Google

CAPÍTULO XVII.

Establecimientos de enseñanza.—De las ciencias en particular.

Casa de contratación.—Academia de Madrid.—Profesores.—Astronomía.—Física.—Magnetismo.—Tèlescopio.—Vapor.—Matemáticas.—Geografía.—Viajes.—Botánica.

Los elementos de vida científica en España eran tan poderosos como en Italia. Nuestra nación había conservado y acrecentado el depósito de la ciencia antigua, lo que era de gran importancia en una época en que el renacimiento pretendía resucitar el pasado; y había abierto conscientemente el campo á nuevas investigaciones con los estudios sobre el nuevo mundo; lo cual no valía menos que el contacto con la ciencia y el arte de los griegos y la protección del papado á las ciencias, que gozó Italia. En efecto, aquella fugaz resurrección del clasicismo murió para siempre; pero los estudios españoles sobre el Océano y sobre América fueron el fundamento de la ciencia del porvenir.

España tenía entonces medios propios y únicos en Europa para la observación y el progreso científico. Uno de ellos era el notabilísimo centro de enseñanza que se conocía con el nombre de Casa de Contratación de Sevilla.

Esta casa había sido creada por los Reyes Católicos, como una necesidad de los tiempos, y tenía el triple carác-

Digitized by Google

ter de establecimiento de enseñanza, donde se cursaban todas las ciencias; de observatorio y taller de instrumentos científicos y construcción de mapas, y de cuerpo consultivo del Estado en materia de ciencias.

Todos los nombres de los profesores de aquella escuela adquirieron fama europea; sus observaciones y descubrimientos deben ser una de las mayores glorias de nuestra patria; sus mapas eran los más consultados, y sus instrumentos no tuvieron rival en ninguna nación. Del extranjero venían los hombres más afamados á estudiar, á desempeñar sus cátedras ó á presentar sus descubrimientos ó sus estudios.

Pero limitándonos á las relaciones que tuvo con Italia, nos bastará decir que las obras de sus profesores fueron casi todas traducidas al italiano, como decimos en otros puntos, y que de allí vinieron Américo Vespucio y Sebastián Caboto para explicar en nuestra escuela; y hasta tal punto hubo relaciones difíciles de conocer hoy exactamente entre esta escuela é Italia, que algunos de sus trabajos originales se encuentran en las bibliotecas italianas, y el programa de los exámenes para pilotos se halla manuscrito en la biblioteca de Buoncompagni en Roma. Agregada á esta casa hubo una escuela de artillería dirigida por Andrés de Espinosa, artillero que había venido de Italia, donde parece había sido ya profesor de artillería, y también por una extraña coincidencia existe en la biblioteca de Venecia el programa de la enseñanza y las constituciones de aquella escuela, en que para entrar se necesitaba haber cumplido veinte años y haber servido en artillería tres años ó haber sido soldado de la nave Almiranta.

Hubo además por este tiempo en España una porción de escuelas especiales, cuyo recuerdo, que sería honroso para la historia de nuestra ciencia, debe quedar limitado á simples citas, dado el olvido con que aquí se han mirado estos estudios. Pero consta que Zaragoza tuvo una escuela

Digitized by Google

para el estudio de las ciencias, titulada de Nuestra Señora, y fundada por Francisco Fernández Raxo, natural de Orihuela; que en el colegio de Santa María de Jesús, agregado á la universidad de Sevilla, había cátedras libres de ciencias, y en una de ellas explicó su fundador Rodrigo Fernández Santaella (1508), el cual tradujo los viajes de Marco Polo y el tratado de Cosmografía de Micer Poggio, publicado en la misma ciudad en 1518; que algunas ciudades de la costa, como San Sebastián, tenían escuelas de naútica, á lo cual debe agregarse lo que en otro lugar decimos sobre la enseñanza particular que daban en su casa algunos profesores.

También consignaremos aquí que en muchas casas de la nobleza daban los profesores lecciones, que aunque dirigidas á la familia, tenían cierto carácter de publicidad, favorecida por las costumbres de la época, porque solían asistir á ellas los amigos y otras muchas personas: entre ellas debemos citar las que se daban en casa de Gonzalo de Córdova, donde recibían esta enseñanza hasta los criados, y las que daba sobre historia natural en el palacio del duque de Gandía en Valencia Juan Andrés de Estray (1531), que escribió unas anotaciones sobre Plinio, que se conservan en la Biblioteca Nacional. En Madrid hubo constantemente profesores de ciencias, entre los cuales debemos citar á D. Ginés de Rocamora y Torrano, procurador en las Cortes de Castilla por la ciudad de Murcia, que habiendo venido á la corte en representación de su ciudad, estableció en su casa-posada la enseñanza de la astronomía, publicando el resumen de sus explicaciones en una obra notable á que agregó la Esfera de Sacrobosco para que se comparara con su trabajo, obra que pasó á Italia (1).

(1) El licenciado Camarino escribió con este motivo:

Cosi Jenesio generoso angello
Sprezzando qua nostra visibil terra

Digitized by Google

Pero entre todas estas academias ninguna más notable que la de matemáticas, primera de este género en Europa, que tuvo su fundamento en las lecciones de cosmografía que Alonso de Santa Cruz daba en palacio, como recuerdo de la ciencia llevada á aquellas cámaras por doña Isabel la Católica.

En 1583 adquirió consistencia esta academia, en la cual se explicaban y discutían teórica y prácticamente las cuestiones científicas, y se daba una enseñanza tan completa, que algunos extranjeros la elogian extraordinariamente. Visitáronla varios italianos, y entre ellos el florentino Carduccio, que escribió los siguientes párrafos: «Lleváronme otro día en casa del marqués de Leganés, general de artillería (1), donde sobre espaciosas mesas se veían globos, esferas y otros instrumentos, con los cuales el doctor Firrufino, catedrático, leía y enseñaba las matemáticas, artillería y otras cosas tocante á aquella materia, de que tiene compuestos algunos libros, unos impresos y otros que pronto se darán á la estampa..... De esta escuela tan importante salen cada día lindos discípulos que harán mucho fruto en la geografía, cosmografía y astronomía.» El mismo Carduccio habla detenidamente de los instrumentos, y dice que la academia tenía hasta fundición de artillería. Presidió esta academia en su principio el célebre Juan de Herrera (1530-1597), arcabucero que había sido en Italia, y arquitecto que se dió á conocer por su habilidad en la ilustración del códice astronómico de don Alfonso (2).

Descrisse raramente l'alto cielo
Tal che scribendo ha fatto a dotti guerra
Et a se stesso Athlante eccelso e bello
Sopra del grande Alcide a cui s'afferra.

(1) La academia tenía casa propia en la antigua calle del Tesoro, cerca de palacio; pero se trasladó durante unas obras á casa del marqués de Leganés.

(2) Excusado es decir que la estatua que algunos extranjeros

Digitized by Google

Sería prolijo enumerar las muchas y notables obras que salieron de aquella academia. Baste decir que en ella escribieron todas las suyas García de Céspedes, Labaña, Cedillo Díaz y Onderiz, autor de la *Dianoia*, formándose una notable colección científica de obras sobre astronomía, proyecciones, cosmografía, perspectiva, especularia, arquitectura náutica, conducción, encauzamiento y aprovechamiento de aguas y propiedades del imán.

Sostuvo esta academia constantes relaciones con Italia: en ella explicó Luis Georgio; el trinormo inventado por Cedillo fué usado en la península italiana, y corrió también mucho en esta nación el tratado de artillería de Cristóbal de Rojas, á cuya cátedra asistían hombres eminentes por su posición militar y política, entre ellos el conde de Puñonrostro, el marqués de Moya y el embajador en Francia D. Bernardino de Mendoza. Juan de Herrera escribía con frecuencia al embajador en Venecia pidiéndole los libros más nuevos é importantes de ciencias para la biblioteca de la academia.

Duró este útil establecimiento hasta que en 1625 los jesuitas consiguieron apoderarse de la enseñanza, suprimiéndose esta academia, é indudablemente heredaron gran

---

citan como de Juan de Herrera en el Escorial, no existe, ni menos es cierto, como dijeron los periódicos franceses no ha mucho, que en Madrid se hubiera erigido un monumento á su memoria, confundiendo esta noticia con la de haber dado su nombre á una calle (bien pobre por cierto), único homenaje que los españoles han tributado al insigne arquitecto.

Afortunadamente y para vergüenza nuestra, el famoso Otho Van-Veum, natural de Leyden, maestro de Rubens, en unión con Pierre-Perret, admirador también de Herrera, compuso y grabó una magnífica alegoría con versos latinos en recuerdo del artista español.

El italiano Trezzo consagró también á su memoria una medalla de gran módulo con su busto, de la cual creemos que está copiado el que hace pocos años se puso en la fachada de la Escuela de Arquitectura de Madrid, y ha servido de modelo para las que en tamaño pequeño se han hecho en Italia.

Digitized by Google

número de sus obras é instrnmentos, que han desaparecido por completo (1).

Ninguna ciencia tuvo en el siglo XVI la importancia que la astronomía, que abrazaba en aquella clasificación de las ciencias la cosmografía, gran parte de la geografía y otros conocimientos que hoy pertenecen á la física y á la química. El primer viaje á América enseñó las irregularidades de la brújula, causando un profundo terror en los marinos, y obligándoles á buscar en el cielo la determinación del rumbo y la situación del buque en aquella inmensidad de un mar nunca surcado. El mismo Cristóbal Colón, al descubrir este fenómeno, dudó de la ciencia, y con la superioridad de su genio lo ocultó á sus compañeros de viaje, temiendo el efecto que en ellos pudiera producir. Aquel día (13 de Septiembre de 1492) quedó para siempre grabado en la memoria del gran navegante, como la fecha de uno de los más terribles sucesos de su vida, porque no parecía sino que hasta las leyes de la naturaleza perdían su fuerza á medida que avanzaban en el viaje y que iban entrando en otro mundo sometido á desconocidas influencias.

Pero si aquella fecha, como decimos, pudo quedar grabada en la memoria de Colón por el terror y la sorpresa, debe grabarse también en los anales de la ciencia espa-

(1) Es muy probable que provenga de esta academia un radio ó báculo astronómico que se conserva en el gabinete de física del Instituto de San Isidro de Madrid, y figura en su catálogo con el número 208. Es de metal y tiene grabada una inscripción latina, en que se consigna que fué construído en 1568 por el célebre Gemma Frisio.

Tal vez perteneció también á aquella academia la celebérrima caja matemática que se conserva en el Museo Arqueológico de Madrid y llamó tan extraordinariamente la atención en la Exposición de instrumentos científicos de Kensigton, ejemplar único en Europa, y cuya interpretación é historia ha publicado el autor de estas líneas, mereciendo que se ocuparan de su trabajo importantes periódicos científicos de Europa.

Digitized by Google

ñola, porque en la explicación que dió el marino genovés á los españoles se descubre la superioridad de ilustración de unos y otros. Allí quedó sentado que la aguja no apuntaba exactamente á la estrella polar, y la ciencia no dijo en mucho tiempo una palabra más. Pero, á pesar de esta explicación, perdió la aguja parte de la misteriosa fe con que á ella se entregaban los marinos, y por algún tiempo recobró la astronomía su primitiva razón y norma de los movimientos del hombre en el mar.

Por otra parte, las tradiciones astrológicas que buscaban la causa de la mayor parte de los hechos físicos y químicos en la influencia de los astros, las dificultades que cada día presentaba la doctrina aristotélica para conciliar sus hipótesis con la verdad de los movimientos celestes y otras razones semejantes, contribuían á hacer de la astronomía no sólo la ciencia más importante, sino la más necesaria.

Todavía no había dado fruto aquel inmenso progreso realizado durante el resto del siglo XVI, que consistió en separar la vista del cielo y dirigirla á la tierra; progreso que ha dado un nuevo y gigantesco paso en nuestros días, reconcentrando todavía más la vista de la ciencia no ya en el planeta que habitamos, sino en el mismo hombre, tendiendo á consolidar el precepto griego *nosce te ipsum*, como resumen de la ciencia y la idea del microcosmos, no explicada por nadie tan profundamente como por el cordobés Séneca.

Es necesario tener presente esta marcha del progreso; es preciso recordar que la ciencia antigua buscó ante todo el conocimiento de lo remoto, de lo lejano, de los cielos, pretendiendo saber lo que existía á millares de leguas antes que lo que tenía al alcance de la vista y de la mano; es preciso, decimos, conocer de este modo el carácter de la ciencia antigua, para no incurrir en las vulgaridades de algunos escritores que ante el desprestigio ú olvido que hoy tiene la astronomía, ante el progreso de otras

Digitized by Google

ciencias de más inmediata utilidad, censuran aquella época como entregada á delirios estériles.

España había sido, según decimos en otro lugar, la nación que había enseñado á Europa la astronomía, ya tomando la ciencia antigua del Oriente y de Grecia, ya enriqueciéndola con nuevas observaciones, aparatos y tablas. Así es que en aquel gran movimiento literario y científico de Italia, sus sabios vinieron á estudiar á España, sin que les bastara el tesoro que anteriormente habían llevado á su patria célebres discípulos de nuestras escuelas. Agustín Ricci de Casal Monferrato, en su *Tratado de la esfera* asegura que *egli avea fatti cotali studi in Cartagena e in Salamanca;* Maurolico dice también que tomó casi todo cuanto sabía de la ciencia española; Magini y otros muchos fundaron sus estudios sobre las obras españolas, y los más eruditos interpretaban las obras árabes, acudiendo casi siempre á los españoles para que las explicasen. El duque de Urbino, que tuvo en su agitada vida períodos de gran afición á las ciencias, encargó á D. Guillén Raimundo de Moncada, noble catalán, la traducción de la obra de Ali-ben-Alhaten, que tituló *De imaginibus cœlestibus;* varios papas, especialmente Paulo III y León X, comisionaron á españoles para la traducción é interpretación de obras de astronomía árabes, así como para recoger y coleccionar escritos de este género, en que Roma y toda Italia llegaron á tener un riquísimo tesoro.

Los judíos españoles, venerados casi siempre en España por sus grandes conocimientos, á pesar de la Inquisición y de las predicaciones de algunos fanáticos, fueron también consultados en Roma. Los italianos tradujeron al latín y publicaron en Venecia en 1502 las tablas astronómicas de Abrahám ben Samuél Zacuth, llamado generalmente Zacuto, natural de Salamanca y profesor en Zaragoza; emplearon también las de Alfonso de Córdova ó de la Reina Católica y las de Francisco Sarzosa, aragonés, que fué seguramente un hombre ilustre, aunque no se

Digitized by Google

tengan detalles de su vida. Las primeras noticias que de él se recuerdan fueron debidas á lo que sobre sus trabajos escribió Juan Bautista Riccioli, á otros autores italianos que citan sus obras, y á Tico-Brahe, que en sus cálculos empleaba las tablas de Sarzosa. Ello es que merecieron ser reimpresas en Venecia y en París.

Durante todo el siglo nuestra ciencia astronómica tuvo constantemente íntimas relaciones con la italiana. Nebrija disputó en Italia sobre la reforma de las ciencias; Pedro Nuñez estudió los mismos problemas que los italianos, resolviendo el del menor crepúsculo antes que Bernouilli; en ambas naciones muchos sabios trabajaron al mismo tiempo en el problema de hallar la longitud por medios astronómicos, pasando con frecuencia de uno á otro pueblo; Juan de Rojas enseñó la construcción de un nuevo astrolabio, siendo su obra traducida al italiano y empleándose sus procedimientos por el célebre Ignacio Danti; emprendieron en España é Italia el estudio de la reforma de los métodos de observación al mismo tiempo Onderiz, Simón Tovar y Antonio Lupicini; nuestros libros de cosmografía se usaban en Italia traducidos en castellano (1); y cuando Jerónimo Muñoz sospechó que los cometas no estaban en el cielo de nuestro planeta, sino á mayor distancia que el sol, halló en Italia, y sobre todo en Ancona, una entusiasta acogida su opinión.

Pero en ningún hecho científico aparecen tan unidas España é Italia como en aquella importantísima correc-

(1) Jerónimo Giraba escribió una Cosmografía, que fué publicada en Milán y Venecia en castellano en 1552, 1558 y 1570. Fué traducida al inglés y al italiano en 1600.

Giraba residió algún tiempo en Milán encargado de una misión diplomática. "Entendióse, dice Pietro Torrelli en 1630, que este docto español sostenía el movimiento de la tierra, porque colocó hábilmente en la portada de su obra un astrónomo contemplando una esfera, con la inscripción: *con el tiempo giraba*, y á la vuelta el lema *spe in silentio;* pero nada autoriza sospechar que incurriera en tan desacreditado error.„

Digitized by Google

ción del calendario que dió nombre á Gregorio XIII, corrección cuya trascendencia y dificultad no puede apreciar nuestro siglo.

El arte de medir el tiempo y de concordar esta medida con los movimientos de los astros, había de tener por necesidad gran importancia en un pueblo en que caminaban rápidamente las ciencias, á las cuales se pedía que corrigieran aquella falta absoluta de uniformidad entre el cielo y la tierra.

Los primeros calendarios que usó Europa fueron árabes ó españoles, y desde aquellos primeros tiempos nuestros almanaques ó repertorios de los tiempos fueron imitados en toda Europa.

Publicábanse en España con minuciosas descripciones y con láminas que representaban las vistas de los eclipses para muchos años, cosa por cierto que no ha conseguido ver nuestra patria en este siglo. Por estas razones y por la importancia de la astronomía española, cuando después del primer intento de Sixto V, reprodujo la resolución de este problema León X, acudió á la universidad de Salamanca, que con extraordinaria prudencia conoció que, si bien la reforma era necesaria y podría ser recibida con aplauso por los sabios, habría de encontrar oposición por falta de inteligencia en el pueblo, siendo ineficaz si no la adoptaban todas las naciones. Tan previsoramente obró Salamanca, que sesenta y cinco años después, cuando al fin se llevó á cabo, después de muchos trabajos preparatorios, todavía la combatieron por no comprenderla los matemáticos franceses, entre ellos el famoso Vieta, los cosmógrafos ingleses y alemanes y aun algunos italianos, que consultaron á España, como hizo la universidad de Bolonia, recibiendo amplia y satisfactoria explicación de nuestros sabios.

Era, pues, necesario preparar ante todo esta reforma y hacerla popular, y esta misión la realizó España, escribiendo gran número de obras sobre la necesidad de la re-

Digitized by Google

forma, obras que fueron traducidas á varias lenguas y especialmente al italiano. Preparado así el terreno, volvió de nuevo Gregorio XIII á consultar á Salamanca, y ésta, en 21 de Octubre de 1578, dió el luminosísimo informe que decidió la corrección, adoptándose sus consejos y siguiendo para los cálculos las tablas de Lilio, según recomendaba la misma universidad. Para llevarla á cabo fué nombrada una comisión compuesta de españoles é italianos, y formada por Clavio, Pedro Chacón é Ignacio Danti.

Aunque la palabra *física* no tenía en los tiempos que vamos estudiando la significación y el alcance que ahora tiene, ni mucho menos las aplicaciones que ha hecho de sus principios en nuestros días, nosotros la empleamos aquí en la acepción moderna, abrazando todos aquellos estudios y observaciones que hoy se explican en un curso ordinario de física.

En el siglo XVI se explicaba en toda Europa la física de Aristóteles, comentada con sutiles argumentos, extraños siempre y opuestos muchas veces á la observación y al experimento que han ido dándonos á conocer las leyes de la naturaleza. Para progresar en este género de conocimientos era necesario romper en absoluto con aquel sistema y en general con la doctrina del Estagirita. No fué España, según dejamos demostrado, la nación que con menos ardor emprendió y sostuvo esta campaña, ya demostrando los errores en que había incurrido Aristóteles, ya los que se deducían de la aplicación de sus principios, buscando unas veces la sustitución de sus axiomas, impuestos tiránicamente, por los resultados de la propia observación, como hizo Pereira, y otras la unión de la física y las matemáticas, como aconsejó Domingo Soto. Por último, hubo también quien, dejando á un lado en absoluto la ciencia aristotélica, consignó sus propias observaciones sin cuidarse de que estuvieran ó no conformes con lo que se sostenía en los libros y se explicaba en las cátedras.

Digitized by Google

Puede asegurarse, sin incurrir en temeridad, que el progreso científico de los tiempos modernos se debe al estudio de la física; á la concentración del estudio analítico en torno de los fenómenos que se verifican al alcance de nuestra mano y á su correlación establecida en síntesis, hijas también de la observación; al predominio de las ciencias como conjunto de experimentos y de aplicaciones; carácter que nos lleva hoy á preferir la meteorología, ciencia de utilidad inmediata, á la astronomía, ciencia teórica y de curiosidad en gran parte. Bajo este punto de vista, los dos grandes progresos que abrieron un ancho campo á la investigación, fueron el nacimiento de lo que hoy se llama física terrestre, y el minucioso y detenido examen de las propiedades de los cuerpos, que ha producido las grandiosas aplicaciones del vapor y de la electricidad, orgullo de nuestro siglo.

En estos dos grandes progresos tiene España un lugar ciertamente envidiable, así en la expresión del nuevo concepto de la física, como en las observaciones; porque si se examinan detenidamente las obras y las cartas de los primeros españoles que escribieron sobre América, se descubre en sus palabras el concepto de un estudio que había de darnos con el tiempo el conocimiento de nuestro planeta, creando una ciencia que es hoy la más importante fuera de España, y dando origen José Acosta y Fernández de Oviedo á que Humboldt nos llame los fundadores de la física del globo.

Y no fueron estos estudios descubrimientos casuales, sino producto de la investigación, del experimento, como bastaría á demostrarlo la sucesión de trabajos sobre un mismo punto. Puede atribuirse á la casualidad ó juzgarse como un hecho necesario el descubrimiento de la variación magnética hecho por los primeros viajeros á América; pero no así los estudios meteorológicos, el origen y explicación de los ciclones, por Andrés de Urdaneta; la construcción de la brújula de variación en 1524, por Felipe

Digitized by Google

Guillén; las modificaciones de este mismo aparato por otros muchos; el trazado de las cartas magnéticas por Alonso de Santa Cruz; el descubrimiento del polo magnético por Martín Cortés; la idea del telégrafo magnético por Fernán Pérez de Oliva; las aplicaciones mecánicas, favoreciendo extraordinariamente la potencia, por Blasco de Garay (1); la intervención directa y principal en el descubrimiento del telescopio y en el concepto del vapor; progresos todos respecto de los cuales nos debe Europa mucho agradecimiento.

Los italianos nos hicieron justicia desde luego en todos estos puntos, porque se hallaban en estado de conocer la importancia de nuestros estudios, y se apresuraron á traducirlos, extractarlos y comentarlos, aunque no tanto ni tan profundamente que no haya merecido algún compatriota la censura por no haber tomado una parte más activa en este estudio, especialmente en lo que se refería á las observaciones hechas sobre América.

Tradujeron total ó parcialmente las obras de Acosta y de Oviedo (2): Libio Sanuto, que pasa hoy por el primero que fijó el polo magnético, no hizo más que copiar en 1588 lo que Martín Cortés había escrito en 1545 y publicado en 1551.

Pero son tan íntimas y profundas las relaciones científicas entre España é Italia en todo aquel siglo, que bien merecerían un estudio especial y detenido, de mayor extensión que el que nosotros podemos hacer aquí. Los des-

---

(1) Blasco de Garay dió varios informes como mecánico, entre ellos uno en 1541 sobre el molino del doctor Latorre y el de Salazar, opinando que mientras sólo se tratara de aumentar las ruedas ó sus puntos, sólo se conseguiría tener que aumentar la potencia ó el número de bestias, lo cual realmente no era ningún descubrimiento.

(2) *Summario de la naturale e generale historie dell'Indie occidentali, composta da Gonzalo Ferdinando d'Oviedo, altrimenti de Valde, nathio de la terra de Madril.*

Digitized by Google

cubrimientos más importantes tienen su origen en una ó en otra nación, y algunas veces proceden de trabajos comunes de ambas, de tal modo que no es posible sino estudiarlos *pro indiviso*, como demostraremos con algunos ejemplos.

Uno de los descubrimientos científicos más asombrosos de aquel siglo fué el telescopio. Y en efecto, suplir la vista humana en la inmensidad de la distancia, atraer los objetos lejanos hasta el punto de parecer que se ponían al alcance del brazo, aproximar los astros á la tierra y poder examinar su superficie, absorber el espacio, era verdaderamente un descubrimiento tan admirable, que aunque no hubiera hecho con el microscopio una completa revolución en las ciencias, bastaría para inmortalizar á su autor y á la nación que hubiese tenido la fortuna de verle nacer.

No está perfectamente dilucidado quién inventó el telescopio. Los autores modernos, que con objeto de escribir libros de reducido volumen, fijan de una manera absoluta el nombre y la fecha de todos los descubrimientos científicos, no sólo incurren en graves errores, sinoque pretenden un absurdo tan grande como el de suponer que un árbol ó un palacio brotan instantáneamente en hora y minutos fijos sobre la superficie de la tierra. No. La ciencia, como la naturaleza y como el arte, no proceden, salvo rarísimos casos, *per saltum*, sino por una serie de progresos casi insensibles y frecuentemente lentos y laboriosos.

Los descubrimientos científicos nacen ante todo en pueblos que puedan prestarles atmósfera respirable; y no son nunca un principio sin antecedente alguno, sino consecuencia lógica y necesaria de hechos anteriores. Por esta razón incurren en grave error los que suelen atribuirlos á un hombre superior, siguiendo la opinión vulgar que acumula en cada época los hechos históricos, así para lo bueno como para lo malo, sobre una sola persona, y los que gastan el tiempo y el ingenio en demostrar que la mayor

Digitized by Google

parte de los descubrimientos se deben á hombres oscuros é ignorantes y son hijos de la ciega casualidad.

No puede asegurarse quién inventó el telescopio, como tampoco quién inventó la brújula; pero no hay duda de que este riquísimo medio de observación nació y fué aplicado antes que en ninguna otra nación en España é Italia; y por lo menos tenemos la seguridad de que nuestra patria fué la primera que construyó perfectos telescopios, enseñando este arte á los mismos compañeros y discípulos de Galileo.

La opinión de que este grande hombre inventó el telescopio, aunque demasiado vulgarizada, es hija de la ignorancia de los mismos escritos de Galileo. Cuando por casualidad le vió por vez primera, adivinó desde luego con su grandísima inteligencia toda su importancia y le aplicó á los estudios astronómicos. Tal es su mérito, que no puede rebajar en nada la gloria de su nombre; pero volvamos á España, y demostremos con los datos históricos que se conservan, la proposición que hemos asentado.

El conocimiento práctico y experimental de las lentes cóncavas y convexas y de sus combinaciones es muy antiguo, de tal modo, que se encuentra expresado más ó menos confusamente durante todo el siglo XVI en los autores de matemáticas; y á mayor abundamiento Juan Bautista Porta le expone concretamente, diciendo que la combinación de las lentes cóncavas y convexas produce la visión clara de los objetos distantes. El hombre de ciencia debe buscar en estos principios el origen de los instrumentos y de los aparatos; pero si se quiere acudir solamente á la construcción material de los telescopios, los documentos más antiguos que se conocen aseguran que los mejores y los más antiguos constructores fueron españoles.

La primera obra que se escribió sobre el telescopio, dando reglas para su construcción, fué publicada en Milán en 1618 por Jerónimo Sirturo, el cual afirma que ha-

Digitized by Google

bía aprendido aquel arte, que llama *hispano,* en nuestra patria, estudiando los dibujos, las armaduras y los telescopios de Rogete en Gerona, atribuyendo á una feliz providencia haber hallado á este arquitecto español, que le puso en camino de comprender, no sólo la forma, sino los secretos del telescopio. Y no se crea que los de Rogete eran de pequeña importancia, porque Sirturo afirma que tenía modelos de once tamaños diferentes, y entre ellos uno cuya lente convexa medía veinticuatro pulgadas de diámetro.

Nada sabemos de la vida de este Rogete, y aun las pocas noticias que de él se conservan son contradictorias, y quizá tengan explicación en que hubo una familia compuesta del padre y tres hijos, que llevaban este mismo apellido, y parece se dedicaron todos á la construcción de telescopios. Ello es que Sirturo hace á Rogete, padre, vecino de Barcelona ó de Gerona y á uno de sus hijos, fraile dominico; Robison, Brewster y el Sr. Rico y Sinovas le suponen de la Coruña; pero todos, lo mismo que Maignet, convienen en que estos Rogetes son los constructores más antiguos que se conocen, y también los que hicieron en aquella época los más perfectos.

No creemos necesario hablar de Nicolás Jansen, á quien algunos han atribuído la invención del telescopio, porque está ya demostrado que su aparato visual fué un microscopio compuesto y no un telescopio.

Pero si efectivamente la construcción material del primer telescopio fué un hecho hijo de la experiencia y de la fortuna; si Rogete, si Mecio, Lipersheim y otros que los propagaron en Europa, no fueron más que artífices; si se quiere buscar el descubrimiento científico del telescopio, habría que atribuírsele al físico Juan Bautista Porta, que fué el primero que observó que la combinación de las lentes cóncavas y convexas producía la visión telescópica.

El Sr. D. Manuel Rico y Sinovas en carta que nos escribió refiriéndonos su viaje científico á Francia é Ita-

Digitized by Google

lia (1), nos decía lo siguiente al visitar la cámara de Galileo en el Museo de Florencia: «Allí contemplé y vi aquellos telescopios italianos construídos por el sabio florentino en los primeros años del siglo XVII. Pero yo no era toscano; y estudiando el primer anteojo montado en esqueleto, mi mente rompió al través de la cámara, cruzó los mares, alcanzó aquel punto donde los latinos escribieron el *finis terræ* de la Iberia, aun cuando estaba seguro de no encontrar el lugar de la Coruña donde trabajó Rogete, diestro artífice gallego que vivió en 1550, á quien se atribuye la invención del primer telescopio.»

Todo esto demuestra que si España no fué la patria del telescopio, ninguna otra nación podrá disputarnos haber tenido los primeros constructores, que dieron lecciones á los amigos y discípulos de Galileo, sin que en la historia de la ciencia haya nombre alguno anterior al de Rogete.

Respecto del estudio de esta asombrosa fuerza que conocemos con el nombre de vapor, debemos decir que España é Italia dedicaron igual afición á sus observaciones y al comentario de las obras antiguas; de tal modo, que Europa no puede decirse que debe á una nación más que á otra respecto de este punto.

Los italianos tradujeron á su lengua el Herón; y Antonio Gracián se ocupó del estudio del vapor en su juventud, porque «fué deleite de su mocedad»; tradujo del griego al castellano la obra de Herón, copiándola además del griego, y la pidió en latín á D. Diego de Guzmán, embajador en Venecia, según consta en carta de Gracián de 25 de Febrero de 1573, en que dice «que el rey tiene dos ó tres ejemplares en griego».

Otros muchos preparaban del mismo modo los descu-

(1) Se publicó esta carta en los números desde el 14 al 20 de la *Revista del movimiento intelectual de Europa* de 1865.

Digitized by Google

brimientos y aplicaciones que han variado la faz de las ciencias y las artes, previendo el poderoso motor que se encerraba en el producto gaseoso de la ebullición del agua; y, por último, vinieron, no sólo á coincidir en el género de estudios, sino á reunir sus trabajos y hacer juntos los primeros ensayos del empleo del vapor en las máquinas.

Dedicáronse á estos trabajos el eminente físico Juan Bautista Porta y sus amigos los españoles Juan Escribano y Pedro de Torres; publicó Porta su libro sobre las *Neumáticas* en latín; y Escribano, creyendo «que no podrían entenderle los mecánicos italianos» á quienes califica de indoctos, le tradujo al italiano y al español, añadiendo un capítulo en que establece precisamente el estudio de la aplicación del vapor (1). De aquí ha resultado

(1) La Biblioteca Nacional posee un ejemplar de esta obra. Porta tuvo muchos amigos españoles, entre ellos el *dottirimo siviglizno, chiamato Pedro de Torre*, que le ayudó en sus trabajos y experimentos. Nuestros escritores le citan con frecuencia. Calderón de la Barca refiere del siguiente modo la persecución que Porta padeció en Roma, acusado de mago:

Llegué á Nápoles, á donde
Por mi dicha conocí
A Porta, de quien la fama
Cantaba alabanzas mil.
. . . . . .
¡Qué mucho si desde allí
Contaba cuantas estrellas
Tiene el celestial zafir!
De aquesto tomó ocasión
El vulgo para decir
Que tenía familiar
Secreto; mas no es así,
Que el vulgo ninguna acción
Admira sin añadir.....
. . . . . .
En este tiempo envidiosos,
Que quisieron deslucir
Su opinión, le denunciaron
Diciendo dél y de mí
Esto de los familiares,

Digitized by Google

una polémica sostenida por muchos escritores, entre ellos Arago y Libri, que solicitan la invención para España ó para Italia. ¡Hasta tal punto están unidos los nombres y los trabajos científicos de ambas naciones, que parece son indisolubles!

Una gloriosa tradición en las matemáticas y sus inmediatas aplicaciones á la astronomía y á la navegación, nos obligaba en el siglo XVI á dar extraordinaria importancia á su estudio. Y así lo hicimos; de tal manera, que á principios de aquella centuria los tres primeros profesores de matemáticas en la universidad de París eran españoles: Pedro Sánchez Ciruelo, Juan Martínez Silíceo y Gaspar Lax (1). Durante todo el siglo estuvimos á la altura que nos correspondía; pero la separación de la ciencia del cálculo, aunque indicada por nosotros, y la creación de las matemáticas puras á últimos del siglo XVI, época en que comenzaron sus grandes progresos, no tuvieron ya eco en España, porque comenzaba nuestra rápida decadencia; de modo que en esta materia fué entonces Italia superior á nosotros, y continuó sin descanso por la senda de un progreso en que España, no sólo no dió ningún paso, sino que retrocedió visiblemente, del mismo modo que en las demás ciencias, como tendremos ocasión de demostrar más adelante.

Y aunque salimos al fin
Libres de aquella aflicción,
No lo pudimos salir
De la sospecha común.

(1) Montucla con su acostumbrada exactitud dice (tomo I, página 578), que Gaspar Lax fué papa! Lax nació en Cariñena en 1487; estudió en Zaragoza; á los veinte años fué catedrático de la universidad de París é individuo de la Sorbona. Vino después á Zaragoza, donde regentó y luego adquirió en propiedad la cátedra de Juan Tarabal. Murió el 23 de Febrero de 1560 y fué enterrado en San Nicolás de Bari con este epitafio: *Hic jacet Gaspar Lax Artium, et Sacrae theologiae doctor Academiae Caesaraugustanae vice cancellarius, et Rector, qui obiit 7 idus mensis februarii 1560.*

Digitized by Google

Llevadas las matemáticas á Italia desde España, habiendo venido á estudiarlas aquí los más famosos maestros, continuó durante los siglos XV y XVI la comunidad de esta ciencia en ambas naciones, sin que nadie se anticipara al propósito de sistematizar la enseñanza científica, escribiendo Pedro Sánchez Ciruelo (1470-1550) el primer tratado completo de la ciencia del cálculo y sus aplicaciones, ó sea lo que se llamaba matemáticas puras y mixtas. Del mismo modo nos anticipamos en hacer de la geometría el fundamento de la enseñanza facultativa; y cuando después de estos progresos que encontraron gran eco en Italia, en el último tercio del siglo se conoció que era ya conveniente la separación de las ciencias para que cada una marchara por sí sola, también en este propósito fueron España é Italia al mismo tiempo las que indicaron tal necesidad (1).

Europa estudió la mayor parte de este siglo indistintamente por las obras españolas ó italianas; y cuando nuestros matemáticos escribían en castellano, eran sus trabajos vertidos fuera de España al latín como lengua universal. Así sucedió, por ejemplo, con las *Proposiciones geométricas* de Juan Molina Cano, que fueron traducidas al latín por Nicolás Jansonio en 1620, después de haberlas elogiado en gran manera Gerardo Vosio (2), produciendo esta obra curiosas discusiones y disputas, entre las cuales debemos recordar la que sostuvo Cataldi en su libro

(1) Antich Rocha, gerundense, catedrático en Barcelona, fué uno de los primeros que propusieron en 1564 la separación de las matemáticas con objeto de formar la ciencia pura. Debió ser Antich individuo de una familia dedicada á las ciencias, cuyos principales individuos fueron Tomás Rocha, que contestó á Agustín Sessa sobre la conjunción de 1524 y escribió un tratado de cosmografía en 1522, y Estéban Rocha, autor de un libro de aritmética, que citan varios autores y que para nosotros es desconocido. Es muy probable que Antich Rocha sea el provenzal Anticus Roch, de quien dice Giuseppe Dolci que marcó el verdadero camino á las matemáticas.

(2) *Scient. Math.*, cap. XVI.

Digitized by Google

Difesa de Archimede, publicado en Bolonia en 1620 (1).

Pero donde aparece relacionada la ciencia matemática italiana con la española es principalmente en la obra de Pedro Núñez (1492-1567), que examinando las teorías del célebre Lucas del Burgo, las puso en claro y las demostró con mayor ingenio que su mismo autor, dando carta de naturaleza en España á los trabajos de Cardano y Ferrari sobre el álgebra, los más notables de aquella época, y corrigiendo los errores en que había incurrido Tartaglia y de que ya se habían ocupado otros españoles.

Núñez, sin embargo, tiene para la posteridad un mérito mucho mayor, que consiste en haber inventado el instrumento genérico para medir las fracciones de la unidad longitudinal recta ó curva, instrumento que salió de sus manos tan perfecto que no han podido modificarle tres siglos de progreso. Esta maravillosa invención fué adoptada en seguida en Italia, donde se aplicó casi al mismo tiempo que en España á los aparatos de precisión. Mucho después penetró en Francia, donde cambiaron su nombre español de Núñez, el latino de Nonius y el italiano de Nonio, por el de Vernier, que fué el que lo introdujo en la nación vecina, habiendo llegado modernamente á dársele este nombre en España por profesores y escritores que ignoraban sin duda su origen.

Por el mismo tiempo llamaba la atención en la universidad de Ancona, á donde había sido llamado desde Valencia, Jerónimo Muñoz (1584), que fué, según muchos matemáticos contemporáneos, superior á Tolomeo y Euclides en la exposición y progreso de la ciencia matemática. Se ha perdido gran parte de sus obras; pero lo que ha quedado, unido á la opinión que mereció á los

(1) Molina Cano empleaba para los usos prácticos de resoluciones geométricas en el papel una razón que no era exactamente la tradicional de Arquímedes, y sobre las ventajas de su empleo se discutió en toda Europa.

Digitized by Google

hombres más eminentes, es lo bastante para juzgar de su valer (I).

Apenas hay autor italiano de aquella época que no le cite como una notabilidad ó por haber tomado parte en alguna cuestión de aquellas con que comenzaba la ciencia á romper la tiranía de la tradición. Tadeo Hagecio, Cornelio Gemma y Gerardo Vosio le presentan como hombre de una superioridad incontestable en ciencias; Piazzi en su *Viaggio in torno la Sciencia*, dice además que hablaba el hebreo lo mismo que el castellano, y Tico Brahe en el *Progymnamatum,* le considera como uno de los primeros geómetras y astrónomos de su siglo.

Muñoz corrigió los cálculos de las trayectorias de Tartaglia, demostrando los errores en que el matemático italiano había incurrido, errores indicados ya, pero no demostrados, por el capitán de artillería D. Diego de Alava.

Pedro Esquivel fué el primero que concibió y comenzó á llevar á cabo la triangulación geodésica en gran escala; trabajo que, si bien fué ideado por algún matemático italiano, no encontró eco en su patria sino en teoría ó en menos importantes aplicaciones, valiéndose para ello los italianos de obras é instrumentos españoles, como hizo Danti.

Ya hemos indicado que el descubrimiento de América, cuya gloria recae íntegra sobre Italia y España, no fué respecto de nuestro país un hecho casual ó hijo de la fortuna. España era la única nación capaz de comprender á Colón, que se vió bien pronto rodeado de hombres que le superaban en ánimo y resolución, y de marinos y cosmógrafos que valían tanto como él y que frente á frente le disputaban «quién sabía más», como se puede ver en los

(1) También hemos visto en un periódico ilustrado un artículo en que, hablando del proceso de Galileo, se cita á Muñoz como italiano con el nombre de Mugnozio, que le daban en Ancona y en toda Italia.

Digitized by Google

expedientes y pleitos de aquel tiempo, y principalmente en los descubrimientos y observaciones científicas que hicieron los mismos compañeros de sus viajes.

Por otra parte debemos hacer aquí una observación importante, que se deduce de la lectura de las obras de aquel tiempo. Sólo España comprendió la magnitud del hallazgo de un mundo más allá de los mares. Europa no vió en aquel hecho asombroso más que un objeto de curiosidad algo pueril ó un aumento de territorio para España, bajo el punto de vista político. La misma Venecia consideró aquel descubrimiento con estrechez de miras, como si fuera un hecho que afectase solamente al comercio local y no al completo conocimiento del mundo. Importante era para las naciones latinas, que habían convenido en llamar al Mediterráneo *Mare nostrum*, ver que se levantaba España desde las columnas de Hércules dirigiendo su vista al ilimitado Océano y pudiendo decir también *Mare nostrum;* pero este hecho, político en su esencia, apenas tenía importancia para el porvenir ante lo que el descubrimiento de América debía ser en la historia de las ciencias y en el progreso humano.

La invención de la imprenta aterró á los gobiernos y á los amantes del absolutismo; la del principio del libre examen conmovió hasta en sus cimientos la sociedad religiosa; pero el descubrimiento de América no fué considerado verdaderamente como objeto de estudio más que por España. Así tardó tanto Europa en acudir á aquellas lejanas tierras y en comentar y estudiar lo mismo que nosotros habíamos descrito.

Un hombre político ha dicho que verdaderamente el descubrimiento de América no tuvo ingreso en la historia universal, ni formó uno de sus capítulos más importantes hasta mucho tiempo después; y un literato y profesor italiano ha escrito las siguientes palabras, con que estamos de acuerdo: «La historia moderna de la humanidad comienza con el descubrimiento de América bajo cualquier punto de

Digitized by Google

vista que se considere. Las ciencias políticas y sociales conocieron de un golpe todas las razas humanas, al mismo tiempo que las ciencias físicas entraron en posesión de toda la tierra.....; acaso Europa no comprendió esta importancia por creer que aquellas razas no eran de nuestra familia; acaso creyó que toda la ciencia estaba resumida en la astronomía, y que el cielo en su perpetuo giro se veía lo mismo en el viejo y en el nuevo mundo, sin hacerse cargo de que en el estudio de nuestro planeta no hay que aguardar con oriental indolencia que los astros vengan á visitarnos, si no que sólo la actividad del hombre puede estudiar la tierra en sus rincones..... Á España se debe el espíritu científico que desde el terrorífico descubrimiento de la variación magnética se fijó en la tierra, extendiendo el dominio de las ciencias sobre la morada del hombre.»

Todavía para escritores superficiales aquellos descubrimientos nuestros, aquellas navegaciones por el Océana y el Atlántico, fueron obra exclusiva de genios aventureros y de ambiciones insaciables; habiendo también quien ha escrito tan sonoros como estúpidos párrafos, diciendo que fueron consecuencia de una emigración á que se veían lanzados los españoles por el absolutismo que reinaba en su patria.

Ni la ambición ni el genio aventurero pueden realizar milagros, ni dirigir una nave en el mar, ni hacer profundas observaciones y exactos cálculos, ni crear la ciencia moderna. Todo esto era resultado de nuestra ciencia. Ni Francia ni Inglaterra podían lanzarse á semejantes empresas cuando por espacio de un siglo no conocieron el arte de la navegación sino por lo que aprendieron de España. Sólo Venecia, la reina de los mares, república tan sabia como valerosa, hubiera podido rivalizar con nosotros en los descubrimientos marítimos: sus mismos historiadores la han culpado de no haberlo hecho, contentándose con desfogar un injusto odio contra nosotros. Holanda y Portugal siguieron nuestros pasos. Inglaterra no lo hizo.

Digitized by Google

No tememos asegurar que todavía los historiadores, dedicados á buscar eruditos datos para esclarecer los antecedentes del descubrimiento de América, y los poetas arrastrados en alas de su imaginación á cantar el triunfo del marino genovés; todavía, decimos, puede asegurarse que no han estudiado este hecho bajo muchos puntos de vista dentro de aquella sociedad y de aquella situación política.

Apenas puso Colón el pie en España, viniendo como un mendigo extranjero, con un niño en brazos y pidiendo por favor agua y pan en la puerta de un convento, halla un fray Juan Pérez, que le acoge y conviene con él en la posibilidad de aquel viaje temerario. Desconfía éste, sin embargo, modestamente de su ciencia; acude al médico del pequeño pueblo de Palos, García Hernández, y también éste aprueba el proyecto; ambos, sin embargo, creen que deben someter las teorías de la ciencia á las prácticas de la navegación, y llaman al viejo marino Pedro Velasco, que también coincide con ellos.

De aquellas conferencias en los silenciosos claustros del convento de la Rábida nacen las recomendaciones para la corte.

Una simple carta de fray Juan y la presencia de Colón consiguen que el contador mayor de Castilla, don Alonso de Quintanilla, acoja al genovés y le dé generoso asilo en su casa, decidiéndose por su causa, lo mismo que el nuncio Antonio Geraldini, su hermano Alejandro, maestro de los príncipes y D. Pedro González de Mendoza, gran cardenal de España. Reúnese la primera junta de Salamanca y el proyecto halla un enérgico defensor en Diego de Deza, que pone su persona y su bolsa á merced del extranjero; acude Colón á la nobleza, y encuentra al duque de Medinaceli, que acepta el proyecto é influye en la corte, y una marquesa de Moya que le defiende con entusiasmo; y, por último, se une á marinos como los Pinzones, que ofrecen también su bolsa y su persona, y un

Digitized by Google

Luis Santangel, receptor eclesiástico de Zaragoza, que da desde luego diez y siete mil florines para la empresa.

Sin embargo, Colón tarda seis años en llevar á cabo su proyecto; y por esta dilación algunos escritores extranjeros culpan injustamente á España. Quisiéramos que estos historiadores descontentadizos compararan esta demora con la que han sufrido otros descubrimientos modernos de menor importancia y de mayor facilidad ante la ciencia de nuestros días y ante los recursos necesarios para llevarlos á cabo. Quisiéramos, sobre todo, que trayendo la cuestión á estos tiempos de libertad en que la prensa forma una atmósfera en breves instantes y en que la voz del último arbitrista se deja oir en el parlamento, que es toda la nación, quisiéramos, decimos, saber si aun con estas condiciones hoy hubiera encontrado semejante empresa mayor rapidez en su ejecución.

Es necesario recordar que los Reyes Católicos habían concentrado toda su atención, toda su fuerza, todos sus recursos en la terminación de la reconquista de la patria; y que en el fondo de aquella contestación que Doña Isabel dió á Colón la primera vez que le recibió en 1486, había un grandísimo y respetable sentimiento patriótico, que consistía en no acometer empresa alguna de ningún género hasta conseguir la unificación de la patria; palabras que tuvieron exacto cumplimiento, porque el mismo año de la toma de Granada salió Colón con las naves españolas por el desconocido Océano.

Quisiéramos ver en nuestro tiempo un rey, una corte y un pueblo empeñado en empresa semejante á las conquistas de Málaga y Granada, y un oscuro extranjero que les proponía en el campamento y en medio del rumor de los combates un proyecto reñido con la ciencia vulgar, sospechoso á la teología, temerario ante las creencias populares, costoso y ocasionado á la pérdida de buques, hombres y dinero, para ver si hoy mismo sería mejor acogido que en aquellos días.

Digitized by Google

Y, sin embargo, aquel pobre extranjero halló siempre acogida benévola, vivió desahogadamente en las casas de la nobleza, recibió de la reina Isabel varias veces dinero, y obtuvo una orden por la cual desde 12 de Mayo de 1489 se mandaba á los magistrados de todas las villas y ciudades de España que se proveyera de alojamiento gratis á Cristóbal Colón y á los que le acompañasen.

Sólo creeremos que habrá algún motivo para censurar á España cuando en la historia de la ciencia, así antigua como moderna, se nos cite un solo caso en que con igualdad de circunstancias haya habido un rey ó una nación que hayan hecho tanto como hicieron los Reyes Católicos y España.

Sólo entonces podremos admitir que ha habido otra nación que puede ponerse al nivel de la nuestra en este punto (1).

El mérito científico de esta empresa se descubre, no precisamente en los viajes de Colón, sino en todos los demás que hicieron los españoles, estudiados en conjunto y uno por uno. El de Juan Sebastián de Elcano, primero que dió la vuelta al mundo, fué una expedición científica

(1) En el empeño que han tenido algunos franceses en dirigir cargos á España, han llegado á decir que los buques que llevó Colón eran unos viejos lanchones.

Robertson y Washington-Irving han tratado este punto demostrando que España poseía buques de gran cabida en aquella época, citando muchos, y entre ellos los encargados de custodiar á Boabdil hasta la costa de Africa, que salieron del puerto de Bermeo, y tenían desde 150 á 1250 toneladas. Colón, marino experto, y los Pinzones, no menos entendidos, que dirigieron los preparativos de la expedición, prefirieron desde luego los buques pequeños por muchas razones, y entre ellas porque preveían la necesidad de costear playas desconocidas y tal vez peligrosas y explorar ríos y bahías. El mismo Colón se lamentó de la magnitud de los buques en otros viajes, y en el tercero mandó construir una carabela excesivamente pequeña.

Por razones también muy atendibles se prefirieron tres buques pequeños á uno grande, cuya pérdida habría sido la de toda la expedición.

Digitized by Google

honrada en todas las naciones más que en España, donde es costumbre antigua hacer grandes cosas y olvidarlas (1).

El italiano Ramusio decía de él: «Es una de las empresas más grandes y maravillosas que se han llevado á cabo en nuestro tiempo y aun de las que sabemos de los héroes antiguos.»

Sin embargo, Cano tiene un monumento, aunque pobre, en su patria, Guetaria. En 1800 le erigió una estatua un particular, cuyo nombre no podemos menos de escribir con gratitud: D. MANUEL AGOTE. En la guerra civil quedó destrozada á balazos, y la diputación de Vizcaya mandó erigir otra que está colocada en magnífica situación mirando al mar.

Cantú es injusto cuando censura duramente como adulador á Ariosto, porque al hablar de descubrimientos de nuevos mundos sólo cita á los españoles y á los portugueses. El historiador italiano, como corrigiendo al célebre poeta, pone en frente de los nombres españoles los de Colón, Américo Vespucio y Sebastián Caboto. Pero precisamente estos tres hombres sólo fueron protegidos por España (2). Nadie en Europa hubiera podido dar al pri-

(1) Los extranjeros no han podido comprender que nuestra patria no erigiera desde luego un monumento colosal á Juan Sebastián de Elcano. Prevost, Bougainville y otros muchos aseguran que en España se conserva como un recuerdo de gloria la nave *Victoria* en que hizo su célebre viaje, y que fué teatro de sus hazañas y testigo de su ciencia y su valor. Desgraciadamente no es exacto: esta nave hizo después de la famosa expedición otros muchos viajes y se perdió en el Océano, yendo á América.

(2) He aquí las palabras de Ariosto:

"Ya sabrás que el Océano rodea al mundo por todas partes: sus olas ruedan á un tiempo bajo las zonas glaciales y la zona tórrida; pero como el cabo de Africa se adelanta en el Mediodía hasta el fondo de los mares, se ha pensado que era éste el límite del imperio de Neptuno. Esta opinión detiene á los marinos, que no intentan el paso de esas barreras, y ninguno de ellos ha dejado la Europa para penetrar en estas regiones. Al ver ese promontorio inmenso, retroceden todos y creen que se extiende la tierra hasta el otro hemisferio. Sin embargo, en los siglos venideros, otros Argonautas,

Digitized by Google

mero los elementos que nosotros, y respecto de los dos últimos, bueno es recordar que fueron llamados á España, donde sólo por su ciencia recibieron títulos y sueldos que no obtuvieron en ninguna otra nación.

---

nuevos Tipfys, venidos de la extremidad del Occidente, se abrirán caminos desconocidos. Unos, después de haber dado vuelta al rededor del Africa, seguirán las costas habitadas por los negros. Llegados al signo que atraviesa el sol cuando sale del Capricornio para alumbrar nuestras comarcas, conocerán que el promontorio parece dividir en dos esos mares que forman uno solo. Explorarán así todas las costas, todas las islas inmediatas á la Arabia, la Persia y la India. Otros navegantes, salidos de esas costas que creó la mano de Hércules, imitarán el curso del sol y descubrirán nuevas tierras y un mundo nuevo. Veo la cruz sagrada y el estandarte del imperio elevarse sobre verdes playas: veo los jefes que conducirán los navíos á conquistar países maravillosos; diez de esos héroes pondrán en fuga á millares de enemigos. Aquellos reinos sufrirán el yugo del Aragón. ¡La victoria coronará por do quiera á los soldados de Carlos V! Quiere el Eterno Ser que ese camino, desconocido hasta ahora, permanezca ignorado aún durante muchos varios siglos; se le revelará á los hombres cuando el cetro del mundo esté empuñado por el emperador más sabio que haya aparecido desde el tiempo de Augusto. Veo nacer á orillas del Rhin, de sangre austriaca y aragonesa, un príncipe valeroso entre los más valientes. A su voz bajará Astrea de lo alto de los cielos, y las virtudes, desterradas de la tierra por la corrupción, regresarán de su destierro. El poder divino le concederá, no sólo los estados que han poseído antes de él Augusto, Trajano, Marco Aurelio y Severo, sino también regiones tan extensas que su imperio *no verá nunca ponerse el sol.* Para cumplir los decretos del Omnipotente, todos los pueblos irán á colocarse bajo las banderas de tan gran emperador. Los jefes de sus flotas y ejércitos serán capitanes invencibles; Hernán Cortés someterá á su dominio nuevas ciudades y reinos tan lejanos, que sus nombres no han llegado aún á nosotros. Un Próspero Colona, un marqués de Pescara, un joven marqués de Guast harán arrepentir á los caballeros de Francia de sus empresas contra la Italia. Semejante al fogoso corcel que en la carrera alcanza y pasa pronto á los que le preceden, el último de estos héroes se aproxima á los otros dos y va á arrebatarles la palma del triunfo. En recompensa de su valor y lealtad, Alfonso (que así se llamará el héroe) á la escasa edad de veintiséis años, será generalísimo de las tropas del emperador. ¡Con la ayuda de tales tropas salvará Carlos V sus batallones, conservará sus conquistas y someterá al universo; su poder no tendrá por límites sino los países más remotos del antiguo continente; dominará en los mares de Europa y de Africa!„—(*Orlando,* canto XV.)

Digitized by Google

Del mismo modo son injustos otros escritores italianos de menos fama que elogian con entusiasmo á Torcuato Tasso, en contra de Ariosto, por su sobriedad respecto de España, al predecir en el canto XV de la *Jerusalén libertada* los descubrimientos de Colón.

Bajo el punto de vista exclusivamente patriótico podrán ser disculpados estos italianos; pero nunca dejará de ser una ingratitud separar el nombre de España del de Colón. Más justos han sido en este punto nuestros poetas y nuestros historiadores uniendo siempre los nombres de Colón é Italia, y enviando con motivo del descubrimiento de América un afectuoso saludo á nuestra hermana y madre del afortunado navegante.

Pero no fué América ni el Océano la única jurisdicción en que brillaron los méritos de los españoles y el único casual objeto de nuestras exploraciones. Desde los tiempos de D. Enrique III, en que el madrileño Ruy González de Clavijo hizo su célebre viaje al Oriente, cuya obra ha sido en nuestros días objeto de discusión en las sociedades de geografía, especialmente en la de París, los españoles dieron á conocer á Europa constantemente los países más ignotos. Recorrieron el Atlántico en todas direcciones, se dedicaron en el mar del Norte con gran ardor á la pesca de la ballena, exploraron el gran Océano, descubrieron el Archipiélago filipino, visitaron la Persia, el Japón y la China, y fueron los primeros, como ya hemos dicho, que llevaron á estos países las artes europeas y la imprenta. Y cuando hoy se habla tanto de explorar esa inmensa incógnita, llamada África, bueno es recordar que Europa no ha tenido hasta los tiempos modernos más noticias de aquel continente que las que los españoles les han enseñado. Pedro Medina describió su costa Norte; Luis Mármol el imperio de Marruecos y parte de la Guinea, la Berbería y el Egipto (1), y Eduardo López el Congo y los

(1) Luis Mármol y Carvajal, natural de Granada, asistió como

Digitized by Google

orígenes del Nilo, tres siglos antes que Stanley, según ha comprobado recientemente Brucker, demostrando que los mapas de Stanley coinciden exactamente con los de López y con los globos construídos sobre los antiguos viajes de españoles ó portugueses, como el de la Biblioteca de Lyón (1). La célebre obra de López fué escrita en 1578, traducida al italiano por Felipe Pigaffeta y al latín por Agustín Casiodoro, siendo impresa en Francfort en 1598.

Nuestros viajeros, sin embargo, han vivido en el olvido, hasta que la importancia que en nuestros días ha adquirido la geografía va resucitando los estudios históricos en esta materia, y la crítica va demostrando que hasta principios del siglo XVIII los mejores mapas fueron hechos copiando los españoles ó tomando sus indicaciones de obras españolas.

Miguel Pérez tradujo el *Teatro del Mundo* de Gallucio, añadiéndole notables comentarios, así como corrigiéndole las tablas de los senos (2). Jaime Rebullosa tradujo y comentó también las *Relaciones geográficas* de Juan Botero

---

soldado en 1535 á la expedición de Túnez; sirvió 22 años en el ejército, y estuvo siete cautivo en Africa. Recorrió hasta sus confines el imperio de Marruecos, y escribió su obra de Geografía, que ha sido por espacio de dos siglos el fundamento de cuanto se ha escrito en esta materia. Era profundo en letras griegas.

(1) Nadie mejor que Stanley conocía esta antigua ciencia geográfica española. Así es que vino á España y desde Madrid partió para sus exploraciones. Aquí, en un modesto cuarto de la calle de la Cruz, donde le conocimos, formó la pequeña biblioteca que le sirvió de guía en su viaje.

(2) Como prueba de la ligereza é ignorancia con que los franceses han escrito siempre respecto de la ciencia española, diremos que, al juzgar este libro Lenglet et Fresnoy (*Méthode pour étudier l'histoire*, tomo X, pág. 148) y su corrector y adicionador M. Drovet dicen: "Libro pasadero ó mediano en cuanto á los hechos que conciernen á la historia general y mejor en lo que interesa á España.„ Hay que advertir que la obra de Gallucio y su traducción no hablan una palabra de historia, y sólo una vez citan el nombre de España en la tabla de las longitudes y latitudes.

Digitized by Google

Benes, imprimiéndolas en Gerona y Barcelona en 1602 y 1603, y otros muchos publicaron extractos de obras italianas de geografía.

Italia recordó á nuestros grandes geógrafos, haciendo Hermolao una edición monumental de Pomponio Mela; y al mismo tiempo que nosotros hacíamos tantos estudios sobre Italia, los italianos correspondían estudiando nuestra península. Giacomo Castaldo publicó en Venecia, dedicado á D. Diego Hurtado de Mendoza, su magnífico mapa titulado la *España*, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, y salió de las prensas de Venecia en 1544. Casi al mismo tiempo el veronés Paulo de Forlani hacía también su mapa, que se conserva en la misma biblioteca. Hesfelo Gerardo grababa en Italia otro mapa de España. Vicencio Luchini grababa en Roma en 1559 su *Hispaniæ descriptio*. Juan Bautista Nicolosio daba á luz su *Hispania descripta*. Dominico Zenoi publicaba su *Descripción de España*, magnífico mapa grabado en Venecia en 1560, sin contar con otros muchos trabajos respecto de España, como la célebre *Tabula moderna Hispanie*, publicada en Roma en 1552.

Las ciencias naturales tienen entre sí tan íntima relación, que no es posible el progreso de una sin que le siga inmediatamente el de las otras. Así es que la concentración en España del estudio de la antigua medicina de los hebreos, la más sabia del Asia, y la afición de los árabes á la alquimia y á la botánica, produjeron un conocimiento tan profundo de las aplicaciones de estas ciencias á la medicina, que no sólo tuvo que aprender en ella toda Europa, sino que recientemente muchos de los que pasan por descubrimientos nuevos de la ciencia extranjera, eran en España remedios hasta vulgares, que formaban parte de la medicina doméstica.

No queremos hablar de aquel conocimiento especial de los venenos vegetales, que luego hizo famosa á Italia, donde llevaron esta horrible ciencia los judíos, y que tam-

Digitized by Google

bién tuvo su aplicación en España, llegando á ser sinónimas las frases envenenar y dar hierbas.

Limitándonos á los verdaderos remedios que forman hoy parte de la terapéutica, hay que reconocer que ninguna nación adelantó á España en el conocimiento práctico de las aguas medicinales, de los jugos vegetales y aun de las sustancias procedentes del reino animal (1).

De esta época datan en España análisis, destilaciones, purificaciones y extractos, que se impusieron á toda Europa y que se hacían en verdaderos laboratorios, como el de Simón Tovar, de tal manera, que pueden mirarse como uno de los más ricos predecesores de la química. Nuestros botánicos publicaban anualmente los catálogos de plantas á la manera que lo hacen hoy los primeros jardines botánicos, y los enviaban al extranjero, como puede verse en Clusio y Dallechamp, dando á conocer muchas plantas y dedicándose á constantes exploraciones en toda la Península, que bien puede envidiar nuestro siglo, como lo prueba el que muchas plantas lleven nombres españoles, y sobre todo la riqueza no estudiada todavía de nuestro lenguaje botánico, que no tiene igual en ninguna nación de Europa.

La botánica, calificada justamente como ciencia oriental comunicada á Europa por los españoles, no podía menos de ser objeto preferente de estudio en nuestra patria. Desde los tiempos más antiguos tenía gran importancia médica en España, y ya hemos visto que los farmacéuticos españoles fueron los primeros que se organizaron en

(1) Entre los muchos ejemplos que podríamos citar y que nos alejarían de nuestro propósito, dándole un carácter especial, consignaremos sólo como ejemplo el uso del caldo de carne de perro y de la leche de perra, que recientemente han tomado nuestros médicos de obras extranjeras, y que era tan común en España, con conocimiento de su composición, que en nuestra lengua se llamaba *escanifado* al raquítico ó anémico, por la costumbre de curarle con carne de perro ó de can.

Digitized by Google

un cuerpo científico y dieron á luz una farmacopea completa. Al estudio de las plantas orientales, tomado en general de los árabes, y al de las españolas hecho por hombres tan eminentes como Micó, Simón Tovar, Francisco Jiménez y otros muchos, añadimos el conocimiento de las plantas de América, en que sobresalieron los Monardes (1) y Francisco Hernández, contribuyendo así España más que ningún otro pueblo á la formación de la ciencia botánica.

(1) Las obras de casi todos estos botánicos, fueron publicadas en varias naciones; la de Monardes fué traducida al latin por Clusio (1572) y por Macri en 1588, al inglés en 1577 y 1596 y al italiano en 1576 y 1582.

Digitized by Google

LIBRO SEXTO.

ARTES.

CAPITULO XVIII.

Del arte en general.

El arte en Italia.—Condiciones artisticas de España.—Artistas italianos y españoles.—Los artistas en Italia.

Italia es la patria del arte. En los tiempos antiguos, como en los del renacimiento, Europa tiene que reconocerla como maestra, no sólo porque introdujo en las naciones occidentales el arte oriental, sino porque le perfeccionó, le modificó, le dividió en estilos y en escuelas, le dió carta de naturaleza, y le aplicó desde las obras públicas bajo el imperio, hasta el refinamiento de la vida bajo el papado.

España no fué en este punto más que una discípula; pero si hubo una nación que en el arte romano aplicado á las grandes obras de interés general pudiera rivalizar con Italia, fué seguramente nuestra patria, donde los hijos del país, imitando las obras que hicieron las legiones romanas, levantaron otras muchas y casi cubrieron el suelo de la Península de puentes, acueductos, termas y palacios (1).

---

(1) Las legiones romanas no solian hacer más que las vías mili-

Digitized by Google

Pero tras de aquella primera cultura vino la suspensión del ejercicio de las artes y aun el abandono ó destrucción de los monumentos en manos de los bárbaros, quedando Europa sumida en la barbarie.

Sólo Italia supo salir de aquel estado de ignorancia y de atraso, *spento, affato, tutto il numero degl' artefici,* con los nombres de Nicolás de Pisa en la escultura, Cimabue en la pintura y Arnolfo di Lapo en la arquitectura, dando al arte arraigo y estabilidad, protección y fama en aquella floreciente vida municipal que convirtió la Italia en tantos centros de cultura y de civilización.

Desde allí se propagó el arte por toda Europa, por más que en otras naciones haya habido historiadores entusiastas, excesivamente patrióticos, que pretendan atribuir á su país la gloria de haber conservado ó introducido el arte en Europa. Ni los alemanes, que han querido rivalizar con los italianos en determinados estilos, ni los españoles, que pudieran presentarse como autores de aquel primitivo arte gótico, llamado gallego ó asturiano, y como discípulos y continuadores del arte árabe, teniendo una Alhambra y otros muchos monumentos, pueden negar, ni siquiera poner en duda, que Italia sea la maestra de las bellas artes y la nación en que éstas se arraigaron hasta infiltrarse en todas las manifestaciones de la vida. Podrán encontrarse como en España, donde quiera que se hagan investigaciones, huellas de la existencia de artes antiguas, procedentes casi siempre del Oriente, como necesidad de pueblos que no tenían otro medio de consignar sus creencias y sus hechos; pero el progreso y la enseñanza del arte como un elemento de la civilización dentro de la vida culta, pertenece exclusivamente á Italia, que sembró su suelo de

---

tares, los templos y en todo caso los palacios de la autoridad y las termas. Las demás obras de utilidad pública fueron hechas por la nación dominada, y cuando más, las iniciaban ó mandaban hacer los prefectos ó gobernadores.

Digitized by Google

monumentos y los cubrió por dentro y por fuera de ricas preciosidades.

España vivió en un atraso lamentable respecto de cierta vida del arte en los siglos medios. Las constantes guerras, el paso sucesivo de pueblos que por diversas razones destruían la civilización del que los había precedido; el carácter de la reconquista en la cual se tomaban, poblaban, despoblaban, y volvían á destruir cien veces las ciudades, villas y lugares; la necesidad que tenía el ejército cristiano de asolar los campos y destruir las poblaciones para impedir que las correrías de los árabes les proporcionasen rico botín, viéndose obligados á seguir en este punto procedimientos distintos de los que empleaban los hijos del Profeta; la organización de los pueblos fundada exclusivamente en las necesidades de la guerra; la población distribuída en castillos y fortalezas en los campos; las iglesias consideradas más bien como ciudadelas que como monumentos artísticos, fueron seguramente las causas de que nuestra patria viviera alejada del arte, cuando ya Carlo Magno llevó á Francia muchos artistas italianos que propagaron allí el gusto y la enseñanza.

Ninguna otra nación sostuvo una guerra del carácter de la nuestra, tanto más destructura cuanto más avanzaban los tiempos. Los cristianos poco después de la conquista se sometieron completamente á la dominación árabe, ó celebraron para rendirse tratados en que se consignaban principios de mutua tolerancia, impuestos por la necesidad, llegando á tener intereses comunes con los africanos en la conservación de las ciudades y en el progreso general. Pero á medida que iban adquiriendo confianza en la reconquista de la patria, la guerra se hacía más terrible, y preferían destruir nuestra propia riqueza antes que tolerar que se aprovechasen de ella en lo más mínimo nuestros enemigos. Se trataba ya de quitarles todo, de recuperar lo que creíamos que debía ser nuestro, de donde nació, no sólo el odio que después les profesaron

Digitized by Google

los españoles, y la imposibilidad de cumplir los tratados en que se les concedía la posesión de terrenos, sino la primera idea de nuestro porvenir en Africa, arrebatándoles su territorio como en justa venganza de habernos arrebatado el nuestro.

En una guerra de este género no podía pedirse, ni que el arte viviera con los elementos que necesita para su existencia, ni que una y otra raza conservaran los monumentos de la enemiga. Las creencias religiosas opusieron los templos y catedrales á las mezquitas y sinagogas; la guerra levantó los castillos en vez de fundar aquellas poblaciones cuyos alrededores forman en los pueblos tranquilos un teatro de gratas expansiones de la vida, y las necesidades sociales erigieron los monasterios, que si fueron un poderoso elemento de cultura, se vieron muy limitados en el desarrollo del arte y de la ciencia.

Ante aquella guerra es todavía admirable que se conserven algunos monumentos de los muchos que hubo en España. Afortunadamente las capitulaciones unas veces, como sucedió en Toledo y Granada, la aplicación de edificios árabes al culto cristiano, como sucedió en Córdoba y Toledo, y la dificultad material de borrar la existencia de fuertes construcciones, nos ha conservado mucho; pero todo ello indica que en España no existió más que el arte religioso, y dentro de este arte la arquitectura, unida á creencias y sentimientos muy distintos de los que en Italia erigieron sus soberbios templos.

Por otra parte, el sentimiento artístico no brota aislado como el estudio científico ó las inspiraciones literarias. Puede un hombre solo en el más árido desierto, en el retiro de un gabinete ó en la soledad del silencioso claustro entregarse á la observación ó á las especulaciones de la ciencia, así como transmitir al papel las creaciones de su fantasía; pero el artista necesita una educación á propósito, una enseñanza continua que penetre en él por los ojos del cuerpo y por los ojos del alma, un gusto que es

Digitized by Google

hijo de la experiencia y del sentimiento cultivado, un auxilio que depende en parte de la ciencia y de la industria, sin todo lo cual es imposible la existencia del arte en una sociedad.

Y España ¿qué podía ofrecer para esta enseñanza del artista? ¿Qué ejemplos, qué escuela, qué modelos podían presentarle fortificaciones y castillos, ciudades amuralladas, agrupadas sobre alguna roca, campos incultos ó asolados, calles estrechas y tortuosas, y el conjunto de una vida casi siempre en peligro y en la cual no podía asegurarse que el sitio en que se moraba perteneciera á la patria al día siguiente? ¿Dónde hubiera encontrado el artista la atmósfera necesaria para desarrollar sus creaciones, el aplauso del público, la protección de los ricos, el premio de sus obras, ante guerreros atentos sólo á la lucha, y ante un pueblo pobre y rudo que vivía de una agricultura sostenida con las armas en la mano ó del botín adquirido en sus correrías?

La concentración de la vida en diversos puntos, la aglomeración de personas, el concurso del comercio, que en muchas ciudades de España tenía fama europea, eran solamente necesidades absolutas para la vida, contrataciones que versaban sobre artículos de primera necesidad, verdaderos mercados, ferias que se celebraban donde se podía y en las cuales se hacía acopio para mucho tiempo. El dinero, producto de aquel comercio, se guardaba cuidadosamente ante las eventualidades del porvenir, y su curso no modificaba en manera alguna las condiciones groseras de la vida; muy al contrario que en Italia, donde las artes vivían al lado de los mercaderes, que no tenían estos temores, no menos que al lado de un poder religioso que se creía asegurado y que contaba con pingües y tranquilas rentas.

Por todas estas razones la educación española fué en aquellos tiempos y siguió siendo antiartística, habiendo llegado á tener en este punto nuestra patria un atraso

Digitized by Google

lamentable. Y no es ciertamente porque los españoles carezcan de condiciones artísticas, sino porque constantemente éstas y otras causas históricas han contribuído al abandono casi sistemático de la enseñanza de las artes.

Nuestros soldados al llegar á Italia se contaminaban fácilmente ante aquel culto al arte. Admiraban aquellos edificios tan cuidados (porque en esto no tiene rival Italia) y tan llenos de preciosidades; buscaban con entusiasmo la amistad de los pintores; visitaban sus talleres; copiaban sus cuadros, y seducidos por el amor al arte abandonaban las armas y trocaban la espada por el buril ó el pincel, siguiendo el ejemplo de Juan de Toledo, natural de Lorca, que ascendió desde soldado á capitán de caballos por su heroico valor, y que, habiéndose hecho amigo de muchos pintores italianos, dejó el ejército y adquirió ilustre nombre en la pintura, copiando primero obras italianas, y dedicando después su pincel á consagrar las glorias de la patria, como hizo en su cuadro *La batalla de Lepanto*.

Nuestras autoridades en Italia, los caballeros de la corte en Nápoles y Milán y en Génova durante el protectorado de España, y muchas familias que pasaron á establecerse en las primeras ciudades de Italia se dedicaron con ardor á la pintura. El duque de Alcalá se distinguió por la valentía del dibujo y la suavidad del colorido. El poeta D. Juan de Jáuregui copió las mejores obras de Rafael, Miguel Angel, Reni y otros muchos, llegando uno y otro á tener su casa cubierta con sus obras, así como las de muchos amigos ó establecimientos á quienes regalaban sus cuadros.

En breve tiempo llegó á tener nuestra patria tantos pintores como Italia; y muchos de ellos recibieron los nombres de los más célebres artistas italianos, lo que era la más significativa consagración de su mérito.

Las anteriores consideraciones pueden servir para demostrar las íntimas relaciones que tuvo España con Italia en materia de artes. Nuestros reyes llamaban á los artis-

Digitized by Google

tas italianos para las grandes obras; los nobles y ricos solian traerse á su lado artistas italianos; las ciudades y municipios les encargaban también muchas obras, y nuestros artistas iban á perfeccionarse á Italia, quedándose allí muchos avecindados y tomando parte en la actividad de la vida de aquel país.

Pompeyo Leoni trabajó en el Escorial é hizo las estatuas de Carlos V y Felipe II; Lucas Jordán pintó los frescos del mismo monasterio; Miguel Florentino y Pedro Torrigiano tuvieron en España un sucesor en Berruguete, al mismo tiempo que Pedro de Prado (Pedro Prata), trabajaba con gran aceptación en Nápoles, y José Ribera, llamado el *Spagnoleto*, en la Academia de Roma, trabajó en toda Italia, siendo rival del Dominiquino, distinguiéndose además en el grabado al agua fuerte, inventado no hacía mucho por Francisco Mazzuoli, y dejó escritos unos notables preceptos de pintura, mereciendo por todos estos trabajos que el papa le premiara con el hábito de Cristo. En muchas obras trabajaron juntos españoles é italianos en una y otra nación, sobre todo en Nápoles y en Roma; porque nació tal simpatía, que los artistas italianos venían en gran número á nuestra Península, donde eran recibidos con aplauso, hallando en seguida colocación, y encontrando un favor y una tranquilidad que no podían gozar en su patria, donde las envidias, los odios y las rivalidades hacían agitada y peligrosa la vida del artista, llena de todo género de dificultades.

Y en efecto, conveniente es recordar que la vida de aquellos artistas italianos no tenía semejanza alguna con la de los nuestros. Benvenuto Cellini era un hombre entregado á todos los vicios imaginables: estafaba á sus amigos, robaba doncellas, se juntaba para acciones indecorosas con lo más ruin de las ciudades, adulaba á los poderosos y los escarnecía con su maledicencia, insultaba al papa y luego le pedía perdón y dinero; sus actos le hacían vivir prevenido siempre contra el puñal y el veneno y veía con

Digitized by Google

frecuencia en peligro su vida, siendo ésta el resumen de la de todos aquellos artistas. Jacobo Baregone, el Dominiquino, y otros muchos, murieron envenenados; Annibal Caracci se salvó milagrosamente de manos de Facini; el Ticiano no abandonaba la espada, ni se quitaba la coraza ni aun para pintar; Torrigiano abofeteó á Miguel Angel, dejándole señalada la cara para toda su vida.....

Nuestros artistas como nuestros literatos, casi todos soldados, tenían desafíos y pendencias que estaban en perfecta armonía con el espíritu de una sociedad caballeresca. Ya sacaban su espada en defensa de una señora desconocida, cumpliendo un deber que era sagrado para los caballeros, ya acudían á lo que se llama el terreno del honor en defensa de su honra ó de la de su familia, ya se comprometían en lances mortales saliendo á la defensa de algún caballero asaltado traidoramente en la calle, ó ventilaban con la espada en la mano las cuestiones amorosas dejándose llevar del espíritu de los tiempos; pero ni vivían amenazados del puñal de un asesino, ni descendían á rivalidades que terminaban en un odio que acudía á las armas más prohibidas.

Entre los artistas italianos no hubo uno que fuera siempre leal al papa ó á los soberanos. El cariño, la fidelidad, la adulación duraban lo que las dádivas; y así como jamás se han oído lisonjas más serviles, tampoco se oyeron diatribas é insultos más horribles, que han llegado á formar con el tiempo las biografías anecdóticas de aquella época (1).

---

(1) Los escritores italianos cuentan que Ribera, pintor de cámara del virrey de Nápoles, perseguia de muerte empleando el veneno, el puñal y las intrigas más alevosas á los pintores italianos, sirviéndose para todos estos crímenes de un italiano también pintor, llamado Corenzio, que no era capaz de retroceder ante ninguna maldad. Sin embargo, no hemos podido comprobar estos hechos, ni los hemos hallado autorizados por personas formales ó críticos respetables en materia de arte y de historia.

Digitized by Google

Aunque creemos muy exagerada la descripción, no hemos de privar á nuestros pintores de lo que hasta ahora, á lo menos, ha sido opinión general de los viajeros y de los historiadores del arte. "La época más brillante de la pintura en Nápoles es la de Ribera; pero es también la más odiosa. Ribera, discípulo de Miguel Angel de Caravaggio, se estableció en Nápoles y se impuso por su propio mérito, por el favor del virrey y por sus intrigas. Unido á su maestro y á Corenzio, á quien hizo ejecutor de sus planes, comenzó á perseguir á todos los demás artistas. Annibal Caraccio fué llamado para pintar los frescos de las iglesias del Espíritu Santo y del Nuevo Jesús; pero se vió obligado á volver á Roma, donde murió al poco tiempo. Arpino, encargado de pintar la capilla real de San Javier, no pudo terminar su obra y tuvo que huir. Le sucedió Guido Reni; pero al poco tiempo apalearon á su criado para que anunciara á su amo que se preparase á morir si no se marchaba pronto. Gessi, que le sucedió con otros dos, fué invitado á visitar una galera anclada en el puerto. Apenas habían entrado en ella los dos amigos, levó anclas y no ha vuelto á saberse de ellos: Gessi huyó. Entonces fueron mandados borrar todos los frescos de Corencio y de Caracciolo y se llamó al Dominiquino para continuar la obra; pero éste al segundo día encontró en la cerradura de la puerta de su casa una carta en que le anunciaban que si no se marchaba inmediatamente sería muerto. Quejóse al virrey, el cual le dió su palabra de grande de España de que sería protegido, y ante aquel poder absoluto pudo salvar la vida, pero se corrompió á sus servidores y se cubría de una capa de ceniza preparada la pared donde debía pintar sus frescos, de modo que al secarse se descascaraban y caían. Por último recibió orden de trabajar para el rey de España: Ribera le corregía y enviaba sus cuadros á Madrid sin terminar para desacreditarle. Ante esta persecución huyó á Roma; pero fué cogida en rehenes su mujer y tuvo que volver á Nápoles, donde murió, según se cree, envenenado. Le sucedió su acérrimo enemigo Lanfranc, que pudo continuar la obra, gracias á que Caracciolo murió antes que el Dominiquino, á que Corencio cayó de un andamio causándole la muerte el golpe y á que Ribera tuvo que huir, siendo víctima de unos piratas que le cautivaron."

Tal es la opinión vulgar en Italia acerca del predominio de Ribera; pero nos parece que basta leer las anteriores palabras para convencerse de que hay en ellas mucho de novela, como creación de una rica fantasía. Lo cierto es que estas acusaciones no están probadas, que no tienen analogía ni semejanza alguna con las costumbres de nuestros pintores en la misma época en España, y que en los escritores modernos, el buen juicio va eliminando muchas de estas consejas, como ajenas á la verdad histórica.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO XIX.

Pintura y escultura.

Carácter del arte en general y de la pintura en particular en Italia.—Idem en España.—Murillo y Velázquez.

Italia abusó del arte. Tras de la imitación de las formas griegas vino una libertad excesiva, que lindaba siempre con la obscenidad. Las casas de campo de los papas eran paganas en su arquitectura y en sus adornos; el cardenal Bibiena hizo cubrir las paredes de su palacio de ninfas voluptuosas pintadas por Rafael, y pretendía que hubiera en Roma, no ya una corte secreta, sino pública de mujeres que alentaran á los artistas; abundaban en todas partes, aun dentro del Vaticano y de los templos, las pinturas mitológicas y lascivas. Alejandro VI se hizo retratar en el mismo Vaticano bajo la figura de un Rey Mago adorando de rodillas una Virgen, que era Julia Farnesio; en la sacristía de Siena se colocaron las tres Gracias desnudas y en actitud lasciva; se llenaron las iglesias y los oratorios de imágenes que eran retratos de cortesanas, y se representaban los dogmas de la religión con símbolos y emblemas tomados de la mitología, hasta hacer de Jesucristo «el grande y el único hijo de Júpiter»; se llamaba bárbaro todo lo cristiano, y el mismo cardenal Bembo escribía á Sadoleto: «No leas las Epístolas

Digitized by Google

de San Pablo para que su estilo bárbaro no corrompa tu gusto (1).»

Ante esta horrible perturbación del sentimiento artístico y religioso, preciso es consignar que siguieron muy distintas sendas Italia y España. Aplicóse el arte principalmente en aquélla, á la fusión del paganismo con el cristianismo, revistiendo los grandes misterios de la religión predicada por el Mártir del Gólgota con la forma griega ó romana, mientras en España se inspiraba solamente en la fiel y exacta expresión del sentimiento católico. Domina allí la belleza humana y aquí el sentimiento; cópianse allá mujeres hermosas, robustos mancebos, cuélgase el hábito del monje y la túnica del mártir de los hombros de apuestos donceles, y cúbrense con el manto de las vírgenes las esculturales formas de las Venus griegas ó de las cortesanas de Roma. Fermenta la vida pagana con sus pasiones y sus vicios en cuantas obras salen del pincel italiano, y toma el arte aquel carácter carnavalesco y teatral, que estaba infiltrado en la sociedad romana y convertía un disoluto en un cardenal y un bandido en un fraile, cambiando sólo el traje de caballero por la púrpura y el trabuco por el escapulario. La Madona es una virgen, que con un par de pinceladas se transforma en una meretriz (2).

En España sucede todo lo contrario. Todas nuestras

(1) La iglesia de San Juan y San Pablo de Venecia, de la cual dijo Valery que "era chocante que el hombre ocupase tanto espacio en la casa del Señor, tenía dos estatuas de Adán y Eva, de Lombardo, que por su actitud y desnudez fué preciso trasladar á un museo. Todavía se enseña el cuarto de la abadesa del convento de San Ludovico de Parma, cuyas pinturas de Diana y Adonis, excesivamente libres, alternan con símbolos religiosos.

Carlos Alberto, tan amante de las artes, mandó cubrir con cortinas algunos cuadros de la Pinacoteca de Turín.

(2) Bernin en Santa María de la Victoria en Roma, pintó á Santa Teresa en éxtasis voluptuoso y casi lascivo, mientras un ángel, copia de Cupido, le apunta con una flecha al corazón y sonríe maliciosamente.

Digitized by Google

artes, y especialmente la pintura, parece que son una protesta contra tales abusos. Nuestros pintores extienden sobre sus cuadros un ambiente religioso que se apodera del sentimiento del que los contempla. Sus Cristos y sus mártires representan dolores más que humanos, buscando la realidad, espantosa alguna vez, no en la belleza de la forma ni en la expresión de las pasiones, sino en algo superior y ajeno al mundo, que parece dirigir la mente y la mano del artista, y le hacen mojar su pincel alternativamente en tintas más suaves que los colores de la aurora ó en resplandores terribles como las llamas del infierno.

El desnudo, huyendo igualmente de la lascivia graciosa de Italia y de la excesiva realidad de la escuela flamenca, adquiere en manos de nuestros pintores la morbidez de la verdad, y toma en los cuadros religiosos el carácter sombrío del martirio, dando á las carnes la vitalidad del dolor y del tormento, como consecuencia de un estudio anatómico, en que tal vez no nos igualó nación alguna. Nuestras Vírgenes son verdaderamente Vírgenes, y aunque se les variara el traje y se cambiaran los accidentes del cuadro, quedaría siempre en su expresión algo que indicara el celestial origen que el artista quiso darles. Nuestros mártires, nuestros santos, vestidos con el traje de corte, llevarían impresas en su rostro las huellas del dolor ó de la penitencia.

La influencia del arte italiano se dejó sentir en España, después del estilo bizantino, que duró hasta el siglo XIII, y del gótico, que dominó hasta el XIV. Entonces comenzó la imitación de Giotto, alternando con el gusto flamenco, hasta el italianismo casi puro del siglo XVI, predecesor del españolismo del XVII.

Pero debemos notar que en aquel gran número de pintores, que empiezan en Castilla con Ferrán González, en tiempo de D. Juan I, y en Valencia con Torrente en 1325, se imita el gusto, el estilo, y jamás la exageración, y menos la inmoralidad del arte. La costa de Levante

Digitized by Google

toma más afición al arte italiano, y en Castilla se introduce el gusto flamenco, con cierta rigidez, sin duda por la influencia de Van-Eyck, tan bien acogido en España, preparándose así el gusto puramente español de la época de los Reyes Católicos (1).

La pintura, arte esencialmente cristiano, adquirió su primer desarrollo y todo su vuelo dentro de la religión: sus primeros asuntos fueron religiosos, y por tanto para establecer una comparación entre la pintura española y la italiana, comparación que sería prolija y ajena á nuestro objeto, descendiendo á cada escuela y á cada artista, resumamos en dos pintores, en dos genios y en dos obras, el juicio que nos merecen una y otra. Tomemos como símbolos del arte pictórico las Vírgenes de Rafael y de Murillo, que compartirán siempre la admiración del mundo, y copiemos lo que hemos dicho en otra parte.

«Sólo el genio de Murillo se atrevió á desprenderse de todos los accidentes de un cuadro, y á trazar una sola figura poniendo en ella mayor sentimiento y mayor inspiración que pusieron todos sus antecesores en sus meditadas composiciones.

»Murillo, superior en este punto á Rafael, no copia modelos y trajes, sino que toma directamente de su alma el tipo de la creencia y le traslada al lienzo como si fuera

(1) Como dato curioso citaremos aquí algunos pintores españoles del siglo XV, no citados en otros puntos de este libro:

Domingo Crespi, iluminador; Lorenzo Zaragoza, Tristán Bataller (1400); Pedro Nicolau, Roger Esperandeu, Guillermo Stoda, Jaime Estopinia (1404); Domingo de la Rambla, Juan Zarebolleda (1407); Pedro Cerdá, Juan Alfonso, Pedro Sánchez (1418); Antonio Pérez (1420); Bernardo Talens (1421); Domingo Azuera (1438); Juan Reixats (1456); Luis Dalmau, Luis Rodríguez de Villarroel; (1458; Luis Pascual (1471); Francisco Chacón, pintor de la reina (1480); Rodrigo de San Pedro, Sancho Contreras, Juan Sánchez de Castro, Pedro de Aponte (1483); Alfonso Ledesma, Francisco Sánchez, Martín Rodríguez (1490), Antonio del Rincón, Diego López (1495); Enrique Egas, Alejo Vahia (1498); Bernardino Canderroa, Alfonso Jiménez, Alfonso Vázquez, Juan de Mora, iluminadores (1500).

Digitized by Google

un espejo que reflejara fielmente su sentimiento religioso. Rafael pinta sus Vírgenes en la tierra y Murillo en el cielo; el uno hace mujeres y el otro ángeles; aquél pone en su frente la ternura de la virtud y éste la sonrosada nube de la inocencia inmaculada. El artista italiano destaca sus admirables cabezas sobre ese azul intenso del cielo, que sólo se ve en su patria, y el artista español coloca su imagen en un ambiente que hace concebir la vaguedad del infinito. En la antítesis de la Virgen Madre, Rafael prefiere la maternidad y Murillo la pureza. No hay, pues, para qué decir que, en igualdad de ejecución, el triunfo está del lado del pintor español, que se propuso vencer todas las dificultades.

»Así, su obra se destaca entre los demás cuadros como una aparición refulgente: antes de estudiarle atrae, y después subyuga. La Sacra Familia de Rafael está en la tierra; la Concepción de Murillo no se sabe si sube al cielo como un aroma, ó baja á la tierra como un consuelo. Rafael copia y siente; Murillo crea.

»Si hay un estilo cristiano en la pintura, es el de Murillo, como si hay un estilo cristiano en la arquitectura, es el gótico. Ambos miran directamente al cielo: el uno con los ojos de sus Vírgenes, el otro con los vértices de sus arcos ojivos y de sus airosas agujas.

»Todo es ideal y purísimo en estas creaciones de Murillo. Su Concepción no recuerda nada material, ni tiene el macizo globo á sus pies, ni sobre su cabeza aquel sólido cielo en que estudiaba aún la astronomía aristotélica los movimientos de los astros.

»Es una inspiración que se arranca de la tierra: el resplandor que brota de aquella divina cabeza es á un tiempo tan profundo que oculta las estrellas del firmamento, y tan tenue que se desvanece sin límites en el espacio indefinido.

»Aquella imagen no ocupa un lugar determinado; flota en el aire, en el éter, sin saber dónde, como no se sabe

Digitized by Google

tampoco dónde flotan las inspiraciones de este mundo misterioso que llevamos dentro de nosotros y que no ocupan lugar en la naturaleza. María vive en la región de las nubes, en la región de los ángeles que la rodean y le ofrecen palmas y olivas, rosas y azucenas, que el pintor con una gran fe ha hecho pálidas y descoloridas, como eclipsadas ante aquella suprema hermosura.

»Todo, decimos, es ideal, aéreo y flotante en esa creación; flotante en la región de la paz y de la calma; flotante como todo lo que está por cima de la vida material. Flota el manto en el espacio con toda libertad; flota el suelto cabello con infinita gracia; flota la túnica desceñida del talle, sin el meditado estudio de los pliegues y del ropaje, sin forma determinada que corresponda á este ó al otro siglo; vaga y aérea como el cuerpo que envuelve, revelando el idealismo en su forma y en su claro oscuro.

»Es una creación eterna y universal, independiente del tiempo y del espacio: está sobre los siglos y sobre los lugares de la tierra. El cielo en que mora es el cielo de todo el mundo; el traje que viste no tiene pueblo ni época determinada. Es una imagen de ayer, de hoy y de mañana. Bajo su forma se adivina en el artista el sentimiento de la eternidad de la creencia. No la pintó Murillo para su tiempo ni para sus contemporáneos; la pintó para siempre; y mientras exista la creencia en ese misterio, su exacta representación será en todo el mundo la obra del pintor sevillano.

»La fantasía de los poetas, las ricas galas de la elocuencia, el escalpelo de la crítica, que tanto se han ocupado de esta creación, no han llegado todavía á interpretarla completamente. Ha sabido excitar todos los sentimientos. Unos han sentido el perfume y la calma que extiende en su derredor; otros han enmudecido al llegar á sus plantas, como si temieran turbar la religiosa paz que respira y como si de aquellas manos tan delicadamente puestas en oración partiera la imagen del silencio. Ha habido quien

Digitized by Google

la ha llamado eco perfecto de la letanía y quien ha analizado fisiológicamente aquel rostro, buscando en él la doble representación del misterio de la Encarnación y de la Concepción.

»Por otra parte, la *Concepción* de Murillo es la imagen de mayor verdad histórica. Los pintores y escultores han abusado extraordinariamente en sus obras respecto de los trajes. Solamente Murillo supo copiar el idealismo del traje hebreo, acomodándole como hemos dicho á todos los tiempos, y quitándole el carácter local que hubiera sido impopular en una época en que el fanatismo y la ignorancia perseguía tan claramente á la raza hebrea.»

En esta comparación y en cuanto hemos dicho anteriormente no tratamos en modo alguno de confundir el arte con la moral, que viven en regiones muy distintas, y que si bien deben coincidir en un supremo objeto dentro de la síntesis de la civilización, siguen diversos caminos y tienen muy contrarios procedimientos. El arte italiano pudo vivir por sí propio, dentro de su esfera, sin tratar de confundir el paganismo y el cristianismo, como empezó á vivir entre nosotros fuera de la religión en los cuadros de historia, como vivió en la escuela flamenca, con la mayor libertad en las formas, sin perturbar en modo alguno el sentimiento religioso; como vive hoy con más extenso campo, sin intentar amalgamas imposibles y disponiendo de todos los elementos que necesita.

Creemos por tanto que se equivocan, que se extravían, los que admirando aquellas obras dicen que sólo la mezcla de lo pagano pudo dar origen á aquellos grandiosos frescos, á aquellas maravillosas concepciones y á aquella belleza que forman los principales méritos de la pintura italiana. Buena prueba de ello es toda la historia del arte, y la modificación que en nuestra España sufrieron los mismos pintores italianos, dejándonos obras en que no abusaron como en su patria de las escenas paganas.

Aquel abuso de la mitología llegó al punto de que jui-

Digitized by Google

ciosos autores modernos no pueden concebir cómo en el seno del cristianismo y bajo el poder de la Inquisición, ante la suspicacia de los papas y los escrúpulos del clero, la mitología llegase á imperar de tal modo que hubiera escritores que dijeran: «¡Por Baco, yo ignoraré mi propia lengua y mis costumbres, pero sé las de Roma y Grecia!»

Los oradores, los poetas, los gramáticos, los retóricos y los pedagogos martirizaban su imaginación para reproducir escenas mitológicas é invocar los dioses de Grecia y de Roma; ponían á sus amadas bajo la protección de Venus y Diana, á los guerreros bajo la de Marte, á los labradores bajo la de Ceres, y hasta la ciencia, hija de Minerva, pretendía dar á los metales, á los fenómenos y á los astros nombres mitológicos, costumbres que han llegado hasta nuestros días; se censuraba duramente una oración ó una obra porque usaba alguna palabra que no había empleado Cicerón: en las academias se llamaba bárbaro el estilo de la Biblia, el idioma nacional y el nombre que cada uno había recibido en la pila; de modo que hubo quien cometió la inocencia de decir: «Me llamo Bruto, y en lenguaje bárbaro Agustín.»

Contra este furor mitológico y pagano, que dentro de la literatura y aun del arte podría ser sólo una ridiculez, pero que, infiltrado en las costumbres, era un grave mal, se levantó Velázquez en la misma Roma, patria de aquellos extravíos, y lanzó al mundo asombrado sus célebres cuadros mitológicos.

Aquel pintor de tan excelso genio atajó en su camino á la turba de sabios, poetas y artistas que corrían ciegos tras de los dioses del Olimpo, y les dijo presentándoles su dios Marte, sus Borrachos y su Vulcano: *¡Ecce Homo!*, ahí teneis al hijo de Juno, engendrado milagrosamente por el contacto de una delicada flor; el modelo de los caballeros, rodeado de los atributos de la guerra y de la victoria; el Dios y el jefe á quien las damas encomiendan á sus apuestos y guerreros amantes. Ese Dios, can-

Digitized by Google

tado por vuestros poetas, es un gañán zafio y grosero; como este Baco es un borracho vulgar, rodeado de los tipos más repugnantes; como este otro Apolo es un miserable, que va á contar á las sucias fraguas de Vulcano las infidelidades de su esposa.

No es posible comprender hoy el efecto de aquellas atrevidas composiciones, que no sólo herían el sentimiento general y la educación, sino que asustaban á los hombres tímidos y escrupulosos que veían en ellas un germen de escepticismo, creyendo que Velázquez atacaba los fundamentos del arte y de la poesía; así como en nuestros días ha habido quien se ha asustado ante el género bufo, descubriendo en él la infiltración del espíritu revolucionario é incrédulo, que se burla de lo que algunos llaman fundamentos sociales.

Sin embargo, es fácil en nuestros tiempos, cuando ha muerto por completo el arte pagano, aplicar el género bufo á la mitología y llevar al teatro con la música popular de la zarzuela los dioses mitológicos para ponerlos en ridículo y convertirlos en ludibrio del público. En el fondo se practica aquí el refran: á moro muerto gran lanzada.

Pero humillar ó despreciar aquellas divinidades cuando el renacimiento dominaba absolutamente, cuando el clasicismo tenía la cátedra y el poder, era dar un bofetón á la sociedad culta y hacer una protesta tan rebelde que llegaba á los límites de lo incomprensible. Necesitábase para ello no sólo la elevación de genio, como inspiración del arte, y la rectitud y autonomía del juicio, como arma contra los extravíos, sino todo el valor español.

Si Velázquez resucitara, consideraría con justísimo orgullo como un triunfo propio, como una predicción suya, como una imposición de su genio, este carácter de la pintura que en nuestros días tiende al retrato, al género, á la reproducción de hechos históricos nacionales, iniciada por su cuadro de la *Rendición de Breda*, y al completo olvido de la escuela mitológica, que ni siquiera ha resuci-

Digitized by Google

tado momentáneamente en esta afición á la arqueología y al arte antiguo que se ha desarrollado recientemente (1).

Cubren hoy los salones de nuestra aristocracia y los gabinetes de nuestras damas los objetos y los adornos de gusto antiguo; se reproducen y se imitan los muebles de las épocas pasadas; el arte gótico, desterrado por las gigantescas novedades del siglo XVI, reaparece en los planos de nuestros arquitectos, penetra en el hogar doméstico y llena los escaparates de nuestros establecimientos de lujo. Muebles, vajillas y utensilios de uso vulgar recuerdan otras centurias; se crea un comercio especial de antigüedades en todos los pueblos cultos que viven del estudio no ajeno al imperio de la moda; se fundan periódicos y museos arqueológicos; el neocatolicismo quiere resucitar intactos los que llama sus siglos de oro; pero la mitología, unida casi indisolublemente muchas veces á esos recuerdos, no resucita, porque murió para siempre bajo el golpe del inspirado pincel del pintor sevillano.

Y no resucitará. No hay poeta tradicionalista que introduzca en sus versos ó en sus inspiraciones las fábulas mitológicas con que se tropezaba á cada paso en los retóricos de los tiempos que se llaman clásicos; no se crean cátedras de mitología al lado de las de moral cristiana; antes por el contrario, de los escrúpulos de algunos católicos brota una censura contra la enseñanza demasiado pagana del latín y del griego; y del fondo de la doctrina artística brota también una censura contra el intrincado laberinto de un mundo ficticio y ajeno á la realidad de la vida y á la misión del hombre.

España tuvo una parte más activa, más gloriosa, más útil que ninguna otra nación, apartando al mundo de la senda extraviada que seguía y empleando para ello la sá-

(1) Bautista Torre opina que la pintura histórica comenzó con gran éxito en el siglo XVI; pero el carácter especial, propio de nuestro siglo, no aparece en realidad hasta Velázquez.

Digitized by Google

tira más noble y más delicada en la literatura y en las artes; saliéndose de aquel estrecho y miserable círculo del silogismo y de las disputas dialécticas, para penetrar con acerado escalpelo en la realidad de la vida, en la pintura de la verdad, lanzando de paso á la admiración de los siglos obras que gozan y gozarán el privilegio de la inmortalidad en todas las naciones cultas.

Todos aquellos grandes ingenios fueron profetas. Al conocer y poner de relieve los males de su tiempo, adivinaron el porvenir aspirando á corregir los defectos de la época en que vivieron.

Los historiadores, los políticos y los filósofos han discutido mucho sobre si la idea de progreso es un descubrimiento tan reciente que apenas le conocieron nuestros padres; pero sin entrar en el fondo de la cuestión, ¿quién duda que si se hubiera preguntado á Nebrija, á Villalobos, á Luis Vives, á Cervantes, á Quevedo, á Velázquez y á tantos otros si creían que el porvenir estaría de acuerdo con sus opiniones habrían contestado afirmativamente? ¿Quién podrá negar que en esta tendencia á identificar las ciencias y las artes con la realidad de la vida, hay una confesión en el dogma del progreso, una aspiración al porvenir, un pensamiento elevado que se traduce en actos de valor y en un conocimiento no vulgar del espíritu humano en la serie de sus manifestaciones?

El mundo que censuraron esos ingenios no existe ya. Sobre sus ruinas se ha levantado la sociedad moderna, infinitamente mejor que la antigua, y sobre todo menos visionaria, menos supersticiosa.

Sería un estudio curioso y profundo la investigación de la influencia que ejercieron en su tiempo estos ingenios, y lo que prepararon el fácil advenimiento de esta época moderna fundada en la ciencia.

Varios críticos franceses, tan atrevidos como superficiales, han culpado á nuestros grandes escritores y artistas de haberlo destruído todo sin haber creado nada. Ha habi-

Digitized by Google

do quien ha dicho que España no había escrito más que un libro, el *Quijote,* y ese tenía por objeto ridiculizar todos los demás. Ha habido quien ha dicho que Velázquez no hizo más que una burla del clasicismo, que era el alma del arte y la literatura. Ha habido quien ha dicho que Quevedo era un espíritu escéptico y demoledor, que quería hacer imposibles las leyes y las costumbres. Desatinos que el hombre de juicio no podrá comprender que hayan sido escritos por admiradores de Voltaire, y que no hemos de refutar directamente, porque su refutación nos haría escribir mucho.

Pero podríamos preguntar si el progreso que nos ha dado la vida moderna podría coexistir con la fanática afición á los libros de caballería, con la mitología y con todas las costumbres de la vida social y los vicios y errores de la vida intelectual que combatieron estos hombres con la pluma y con el pincel. Podríamos preguntar si no era el primer paso que debía darse, el mayor bien que podría hacerse al progreso, ahuyentar de los entendimientos aquellas visiones y de las costumbres aquellos extravíos, quitar aquellas telarañas, que impedían ver la realidad de las cosas en la región de los hechos y en la región de las ideas.

La escultura, como industria y como arte religioso, tuvo en España más desarrollo que en ninguna otra nación. El número de estatuas que adornan nuestros edificios es verdaderamente asombroso. Este arte llegó á su mayor brillantez en el siglo XVI con Alonso de Berruguete, natural de Paredes de Nava (1480-1561), y adquirió en el templo una perfección extraordinaria unido á la pintura en las imágenes.

Pero si en general la pasión por la escultura fué igual desde los siglos medios en Italia y en España, hay que reconocer que la primera dió á este arte una aplicación más extensa, más conforme á la vida moderna, y más propia de un pueblo que tuvo tiempo, ocasión y riqueza para elevar monumentos públicos de todo género.

Digitized by Google

En España puede decirse que la escultura vivió solamente dentro del templo; y aunque por el carácter que hemos dicho tuvieron siempre nuestras iglesias, presentaban un campo bastante grande al dominio del arte, no cabían en su recinto ciertas manifestaciones de la vida pública.

Nuestros escultores modelaban estatuas de reyes y de príncipes, de guerreros y hombres que se habían distinguido; pero siempre relacionaban de algún modo la erección ó colocación de una estatua con la vida nacional, resumida en la lucha con los infieles. De aquí proviene la falta de monumentos públicos en España, hasta un punto que parece increíble. Madrid no ha tenido hasta nuestros días una estatua de Colón, ni de Isabel la Católica, y todavía no tiene un monumento á Carlos III, que hizo los principales edificios de la villa y varió su aspecto por completo.

En éste, como en otros muchos puntos que se relacionan con las manifestaciones de la vida pública, resalta aquella observación, elevada á axioma por los extranjeros, de que España hace las grandes cosas y las olvida; axioma resumido en las siguientes palabras: «Es tan natural la afición al heroísmo en España, que ni el que hace una acción sublime la aprecia, ni los que la conocen la dan mérito, sintiéndose capaces de ella.» Es una verdad en España la leyenda de Hernán Cortés, que refiere que habiéndole predicho una jitana que conquistaría imperios y adquiriría un nombre inmortal, contestó: «Poco es»; y cuando le anunció que moriría olvidado, dijo: «Eso es algo.»

Italia, impregnada en aquel amor al paganismo como manifestación del arte, inspiró á los escultores tantas obras, que hacen un verdadero museo de toda la península, y dirigió los pasos de este arte por caminos no trillados en nuestra patria. El abandono en ésta fué tan grande, que Italia ha tenido casi más monumentos que nosotros sobre asuntos españoles.

El viajero admira con frecuencia todo género de re-

Digitized by Google

cuerdos, que forman un verdadero sistema, una vida artística desde Milán hasta Nápoles. Los fastos de la Casa de Aragón inspiraron cuadros y estatuas á muchos artistas, entre ellos á Belisario Corenzio; Carlos V y casi todos nuestros reyes tienen allí más recuerdos hijos del arte que en España; entre ellos el magnífico arco triunfal de Palermo, erigido en 1535 para conmemorar la expedición á Túnez; en la plaza de la Victoria de la misma ciudad están representados por estatuas los países sometidos á España, y abundan las representaciones del Ebro y del Tajo al lado del Tíber y del Nilo, con una profunda significación tan propia del arte, cuando nosotros apenas podemos citar un monumento de este género.

Digitized by Google

CAPITULO XX.

Arquitectura y música.

I. La ciencia en la arquitectura antigua.—El renacimiento.—El templo en España é Italia.—Las antigüedades.—Analogías en la arquitectura de ambas naciones.—II. Música.—Su antigüedad en España.—Relaciones con Italia.—Músicos españoles.

I.

La mecánica, la arquitectura, la hidraúlica no existían verdaderamente como ciencias ni en la edad media, ni aun en el siglo XVI. En las cátedras y en los libros se comentaban las obras de Aristóteles y de Arquímedes como puras teorías acerca del movimiento; y los hombres prácticos, desdeñando estas cuestiones, buscaban particularmente reglas y preceptos experimentales, que empleaban en sus obras.

Por esta razón uno de los mayores misterios de los siglos pasados es la mecánica. Artistas y hombres de estudio se han dedicado á investigar los fundamentos de aquella ciencia; pero no los han encontrado escritos, porque la ciencia no existía. Lo único que han podido deducir es que aquellos maestros de fábrica, que elevaron los suntuosos palacios y las soberbias catedrales de los siglos XIII, XIV, XV y XVI, adivinaron las leyes de la mecánica aplicada y tuvieron indudablemente conocimientos muy profundos.

Algunos mecánicos modernos más teóricos que prácti-

Digitized by Google

cos, que no han podido dejar su nombre en ninguna obra arquitectónica, llaman ignorantes á los arquitectos y constructores de aquellos siglos, porque «no sabían más que reglas empíricas». Como siempre se han distinguido en esta exageración los franceses, hasta el punto de que Saverien, en su *Historia de las ciencias exactas*, llama bárbaros y groseros á todos los arquitectos del estilo ojival, y Laugel, en los *Problemas de la naturaleza*, les culpa de mal gusto, de impotencia y de constructores de edificios ruinosos.

A pesar de este orgullo de la ciencia moderna, que no ha querido conferirles el título de mecánicos, ni aun de arquitectos, ni siquiera consignar en la historia de la ciencia los nombres de los constructores de aquellos edificios, limitándose alguna vez á decir que aquellas obras estaban encomendadas á legos ó cuando más á frailes profesos, la justicia obliga á confesar que fueron hombres eminentes y que la posteridad es ingrata con ellos, lo mismo en España que en Italia, aunque mucho más en nuestra patria. Juan de Herrera y Juan de Toledo, arquitectos del Escorial; Pedro Larrea, maestro de San Márcos de León; Juan Guas, de San Juan de los Reyes en Toledo; Buscheto y Reinaldo de Pisa, Campiano y Fossano, de la cartuja de Pavía; Arnolfo de Lapo de la de Florencia, Vicenzi de Bolonia y otros muchos son nombres que ha sacado á luz, no la historia de la ciencia, sino la historia del arte. La grandiosidad de la catedral de Sevilla (1), el gusto delica-

(1) El "fagamos una catedral que sea la mayor del mundo„ convertido por la exageración andaluza en "fagamos una catedral tal que nos tengan por locos„ tiene su eco en Italia, no sólo en San Pedro de Roma, sino en otros templos. Igual pretensión tuvo Bolonia en San Petronio, que había de tener 281 metros de largo por 165 de ancho. En la orden para construir la catedral de Florencia se dice "*che faccia il modelo con quella piu alta e sontuosa magnificenza che inventar non si possa ne maggior ne piu bella.*„

Digitized by Google

do de la de León, la filigrana de la de Burgos no han encontrado más que admiradores en la forma.

Sin embargo, en todas aquellas obras había principios matemáticos, cálculos exactos, leyes y relaciones, desconocidas hoy, entre las formas generales, el tamaño, el peso y el volumen de los elementos de construcción; relaciones que oscuramente se van conociendo á fuerza de curiosísimas investigaciones.

En las grandes obras del arte gótico existe un elemento geométrico primordial, que suele ser un polígono regular; y además el conjunto de la traza, la constitución íntima del edificio, solía ser lo que hoy llamamos función de determinados números, que servían de módulos ó unidades de relación en toda la obra. En nuestra riquísima catedral de León sirve de base geométrica el pentágono, y de módulo el número 5; el ábside está formado por cinco lados de decágono regular; cinco son las capillas y de cinco lados cada una; cinco son las naves del crucero; cinco los pilares de la nave central; diez las bóvedas de la misma; cinco las puertas del crucero, etc. (1). En muchas catedrales también el piso estaba estudiado de tal modo, que las junturas de las losas poligonales tenían una longitud determinada.

Estas relaciones misteriosas, aunque no están bien estudiadas, indican claramente que aquellos maestros no eran, como ha dado en decirse «unos sumadores de piedras, que hacían montañas de granito», sino que infiltraban en la piedra un profundo pensamiento.

Semejantes consideraciones podríamos hacer sobre la hidraúlica, la construcción de buques y de máquinas é instrumentos. Aquellos hombres no dejaron constituída una ciencia, porque no escribieron sus preceptos, porque

(1) *La estética en la naturaleza, en la ciencia y en el arte*, por el autor de este libro. Madrid, 1880.

Digitized by Google

no aplicaban como hoy se hace una fórmula general, sino que en cada caso deducían la regla particular, en lo cual no vemos razón alguna para que la ciencia les niegue su mérito, les apellide bárbaros y sostenga que la mecánica arquitectónica no ha existido hasta que se la sometió á las fórmulas matemáticas.

No es más exacto, digámoslo de paso, que aquellos hombres no supieran crear escuela ni pudieran tener discípulos. La historia del arte demuestra la existencia de los estilos, y la facilidad con que los hijos, los hermanos y los discípulos continuaban las obras más difíciles y más admiradas hoy.

La pasión por el estilo grecoromano proscribió el arte llamado gótico, que algunos en su furor condenaron con las más duras frases, combatiéndole como si fuera un enemigo personal. Distinguióse en esta guerra como hemos dicho, Francia que, no teniendo género de arquitectura propio, quiso tomar como suyo el italiano, algún tanto desfigurado.

Sin embargo, el destierro del estilo ojival fué una verdadera pérdida para el mundo, como lo será siempre la de todo lo que excite aquellos grandes sentimientos que conmueven á los pueblos, conducen al idealismo y pueden llevar á los hombres y á las naciones á grandes empresas y á nobles y desinteresadas virtudes.

El arte llamado gótico encontró desde luego en Italia una gran oposición ante los recuerdos de estilos anteriores que se habían infiltrado y naturalizado, llegando á tomar el nombre de arte italiano, por más que fuesen distintos en cada región y con modificaciones de otros estilos, desde el etrusco hasta el griego más puro. Así es que se encuentran en Italia poquísimos monumentos exclusivamente góticos: este estilo se halla siempre modificado, ó cuando menos combinado con los del arte italiano, por lo cual son más variados que en ninguna otra nación los juicios de los mismos artistas sobre los monumentos.

Digitized by Google

Por otra parte, en ningún país se impusieron tanto á la arquitectura las costumbres, los sucesos políticos, las vicisitudes de los pequeños Estados y la voluntad de los fundadores. El artista vivía en Italia más esclavo que en ninguna otra nación de la voluntad del rico ó del poderoso, que le pagaba largamente, y con cuyos caprichos tenía que transigir, resultando á veces de esta oposición obras extrañas en que luchan el genio del artista y condiciones de localidad, ó rarezas y faltas que son incomprensibles para el que no tiene presente la razón que acabamos de indicar. Esta es también la causa de que en Italia aparezcan los estilos más confundidos que en ninguna otra parte.

España, con gran juicio y prudente severidad, tomó del renacimiento y del arte italiano la parte útil y sana que encerraba un elemento de progreso. Pero no se dejó arrastrar por una exageración ridícula, ni llegó á la profanación, ni mucho menos se propuso resucitar el templo griego con todos sus detalles, ni el romano con todas sus medidas, incurriendo, por ejemplo, en la exageración de Francia al construir el templo de la Magdalena.

Nosotros no podíamos romper en absoluto la tradición, porque esto habría equivalido á romper de nuevo la patria. Teníamos una ciencia nuestra, formada en unión con los árabes y los judíos ó creada por los cristianos; teníamos una literatura que había cantado en sus romances los esfuerzos de muchos siglos para llegar á la unidad nacional, las costumbres de los árabes y las relaciones caballerescas de uno y otro pueblo; teníamos verdaderamente un arte nacional, reflejo de esta literatura y de esta historia y debíamos conservar en él la tradición de la patria.

Así es que, lejos de retroceder para buscar el arte en un pasado muerto y reconstituir los edificios midiendo ruínas y consultando cadáveres ó esqueletos, continuamos con el arte tradicional, y cuando le modificamos hicimos

Digitized by Google

de él un retrato de los tiempos, una profecía ó una protesta.

Quizá en ningún país haya una sucesión de estilos tan significativa como en España. Los abusos del período gótico florido hallan una corrección en Juan de Herrera; de la frialdad constante de la línea recta en éste, pasamos á los abusos de Churriguera, que tuvieron que hallar á su vez un duro correctivo en la belleza de la restauración de Villanueva y de D. Ventura Rodríguez.

La historia de nuestra arquitectura es una serie de protestas de líneas. La curva enroscada y de doble curvatura protesta contra la rigidez de la recta, y á su vez la recta, unida al círculo en la columna, protesta contra el abuso de la curva. La fachada del hospicio de Madrid y la célebre fuente de Antón Martín, protestan contra el Escorial; y el Museo del Prado se levanta contra aquellas extravagancias; si bien debemos consignar que en el último período del siglo pasado, la arquitectura española sufrió cierta influencia italiana, traída por Carlos III.

Además nuestros alcázares, nuestros palacios, respondiendo, como hemos dicho, á la tradición de la patria, unieron de un modo admirable la belleza del arte gótico con la regularidad del arte del renacimiento y con el minucioso trabajo del arte mahometano. Así es muy frecuente encontrar en ellos la línea recta en la fachada, la columna y el arco de medio punto en el patio, el arco gótico en las puertas, en las ventanas y en las barandillas de las escaleras, y el trabajo árabe cubriendo las paredes y alguna vez los techos y aun los cercos de las puertas. Combinación extraña de la influencia del renacimiento sobre el arte que pudiera llamarse nacional. En el mismo templo, por más que se borraran ó se cubrieran en el interior todos los recuerdos del arte mahometano, cuando la mezquita ó sinagoga se aplicaba al culto cristiano, se construían torres y puertas que recuerdan la arquitectura árabe, sin que baste á explicar esta mezcla, como han que-

Digitized by Google

rido algunos críticos, el que los moros conversos ó esclavos trabajasen en nuestros templos (1).

Juan de Herrera se sometió á la necesidad de la época, desterrando todo elemento del arte gótico; pero no sucumbió á una pobre imitación. Eligió un estilo apropiado en cada uno de los casos, dando majestuosa severidad al templo, conjunto agradable á las fachadas, é imponiendo sobre los edificios religiosos la esfera y la cruz, símbolo del cristianismo, ya como protesta contra un estilo puramente pagano, ya como indicación de que el cristianismo estaba muy por cima de la forma artística. Su severidad retrata la época de Felipe II, y crea un estilo que no es aplicable más que á las obras propias de aquel monarca.

La arquitectura tuvo en España una aplicación mucho más limitada que en Italia durante todo este tiempo. Nuestro estado, la situacion política, las guerras en el exterior, no consintieron la creación de aquellos palacios suntuosos dentro de las poblaciones, de aquellas agradables y pintorescas casas de recreo en el campo que cubrieron el suelo de Italia, y que eran el retiro de los papas, de los cardenales, de los príncipes, de los mercaderes, de los ricos, en una palabra. En España el sabio y el poeta eran pobres; la aristocracia erigió sólo palacios severos en los pueblos de su dominio, más como señal de posesión y como recuerdo del antiguo castillo, que como casa de habitación y de recreo; palacios, que rara vez habitados por sus dueños, ocupados en la guerra, han venido á desmoronarse en brazos del abandono ó á ser mal vendidos

(1) En casi todas las obras de aquella época se nombraba una junta compuesta de cristianos, moros y judíos, con el encargo de proponerla y ejecutarla. Puede servir de ejemplo la construcción de la torre inclinada de Zaragoza, que se decidió erigir en 1504, para cuya delineación y construcción fueron nombrados Gabriel Gombao y Juan Sariñena, cristianos; Jucé de Gali, hebreo; Ezmel Ballabar y Maestre Monferri, moros.

Digitized by Google

para el aprovechamiento de la piedra. La poca estabilidad de nuestra corte, que andaba ambulante, según las vicisitudes de la guerra y de la política, hasta que Felipe II la fijó en Madrid, pueblo insignificante, fué causa también de que la nobleza y la actividad de todo género que sigue á la corte de una nación, no levantaran edificios notables del orden civil, cuya falta se siente en España más que en ninguna otra parte.

Así, pues, nuestra arquitectura quedó limitada á los edificios de enseñanza, á los de beneficencia y á los religiosos, no teniendo más campo que el palacio aislado del noble, la universidad, el hospital y el templo, únicas obras en que es posible establecer la comparación con Italia.

Y el templo en aquella península era un monumento de arte, conjunto de preciosidades lo mismo religiosas que profanas; edificio público en cuanto las costumbres le hacían reflejo de la moda y lugar de suntuosas funciones.

Pero en España el templo era la patria, el pueblo, la grandiosa idea de la reconquista y de la constitución nacional encarnada en piedra y en una obra sucesiva y nunca acabada; significaba un triunfo ó una desgracia; consignaba una batalla ó la toma de una población.

Elevábase, no como monumento artístico sometido á unas reglas y sujeto á la crítica de propios y extraños, rodeado de anchas plazas y buscándole un favorable punto de vista, como muchos templos italianos, sino en medio de estrechas calles, saliendo de las mismas casas, pegado al palacio, á la choza ó la muralla, como formando parte integrante de la ciudad, de la aldea y de la fortaleza. Erigíase, no sobre terrenos hábilmente estudiados para que luciese sus esbeltas formas, sino sobre el suelo mismo de las sinagogas y de las mezquitas, como señal de triunfo de nuestras creencias y de humillación para el enemigo.

Agrúpanse en él las construcciones de los siglos; como en Toledo, cuya catedral es la historia de España;

Digitized by Google

toma otras veces los caracteres de una fortaleza, como en Sigüenza y Avila, para indicar que es templo y castillo, hijo de la fe y de la guerra. Afean sus alrededores mercados y accesorios, que sirven para demostrar que el pueblo lleva sus intereses, su vida y su comercio bajo la protección de la Iglesia; en su pórtico, en sus claustros y en sus naves, se congregan las Cortes del reino, se reunen los tribunales más populares, se celebran las primeras farsas, autos ó comedias de nuestra literatura y muchos actos del poder civil, y hasta en los tiempos modernos el templo, resumen de la vida, remedio de todas las necesidades, amparo en todos los peligros, sirve de fortaleza en las guerras civiles, de hospital tras de un día de combate, y de lugar de reunión, desde cuyo púlpito se arenga al pueblo.

No hay templo de alguna historia ó de alguna importancia en España que no tenga esta significación. Todos respiran en su interior y en su exterior, en el conjunto y en los detalles esta idea constante de la patria cristiana.

Descúbrese á lo lejos al subir á Toledo aquel insigne monumento llamado San Juan de los Reyes, y vése su fachada cubierta de los grillos que llevaban los cautivos españoles en Granada y en Africa, como si el templo en nombre del pueblo estuviera dando un beso constante y una bendición eterna á aquellos instrumentos de martirio. Penétrase en su claustro y en su iglesia medio destruídos por la barbarie francesa á principios del siglo, y descúbrense unidos la cruz y el yugo de los Reyes Católicos, los bustos y las estatuas de los capitanes que ayudaron á la conquista de Granada y á la unificación de la patria con las imágenes de los santos y de los mártires. Recórrense las naves, las sacristías y los archivos de nuestras catedrales, y se encuentran confundidos los misterios religiosos y las tradiciones populares, la historia de la religión y la historia de la patria, los retratos de los obispos

Digitized by Google

y de los alfaquíes, los privilegios de las iglesias y los fueros de los pueblos.

En el templo se juran las libertades populares, se consagran los fueros y se hacen las renuncias; en él jura Alfonso VI en manos del Cid no haber tenido parte en la muerte de su hermano D. Sancho, y en él terminan las guerras y las contiendas; en él se reunen las primicias del arte, se leen las poesías y se premia á los poetas (1).

La conservación y destrucción de monumentos obedecieron en España é Italia á causas muy diversas. Fueron en ésta consecuencia casi siempre de las ideas religiosas y de aquella guerra inmortal de ocho siglos, al paso que en Italia, y especialmente en Roma, obedecieron á las vicisitudes políticas, á las guerras y saqueos y á las ideas artísticas, llevadas con frecuencia á una exageración que parece propia de nuestro carácter.

En 1430, según Pogge, no había en Roma más que seis estatuas. Pero Eugenio IV, Calixto III, Sixto IV y sobre todo Alejandro VI, dieron varias disposiciones para que fueran respetadas las antigüedades, penando duramente su destrucción, y León X nombró á Rafael de Urbino comisario especial para impedir que se emplearan los antiguos mármoles y piedras en construcciones modernas.

Sin embargo, el mismo León X destruyó muchas antigüedades para hacer obras nuevas, y Urbano VII desmanteló el Panteón, hecho que fué censurado en el célebre pasquín *Quod non fecerunt Barbari fecere Barberini.* Justo es decir, á pesar de esto, que rara vez los italianos han destruído un monumento sino para elevar otro; pudiendo servir de ejemplo la estatua de Felipe II de la

(1) "En martes 29 de Diciembre del dicho año (1598), estando yo en la santa iglesia entró un poeta fanfarrón y dijo un soneto sobre la grandeza del túmulo.„—*Sucesos de Sevilla* de 1592 á 1604.

Este *poeta fanfarrón* era Cervantes.

Digitized by Google

Ragione de Milán sustituída por la de Bruto, y tantos monumentos como han sido reemplazados para poner en su lugar otros que recuerden y glorifiquen la unidad italiana.

Después, cuando hubo en Roma una especie de reacción contra el paganismo, el amor al arte conservó todos los objetos, de tal modo que puede hoy recorrerse Italia aprendiendo la historia de cada edificio, de cada estatua, de cada cuadro y en general de cada objeto de arte, y sobre todo, convencerse de que nuestra dominación, lejos de ser enemiga de las artes, las protegió, visitando aquel magnífico templo circular de San Pietro in Montorio, obra de Bramante, que es la tercera maravilla de Roma, construído por los Reyes Católicos; la catedral de Nápoles, levantada por Alfonso I de Aragón; el palacio que hoy sirve de museo nacional, erigido por el duque de Osuna; la capilla de Santa María la Nuova, costeada por Gonzalo de Córdova; los sepulcros de los capitanes enemigos Lautrec y Navarro, erigidos por la generosidad española; el colegio de Bolonia y tantos otros edificios notables que allí levantaron nuestros antecesores, cubriendo su interior de grandes riquezas.

Durante el siglo XVI fueron bastante respetadas en España las antigüedades, como basta para probarlo el número de obras clásicas que sobre este asunto se escribieron; pero el siglo siguiente al destruirlo todo, y el XVIII al maldecir nuestro pasado, dejaron consignados solamente en eruditos trabajos estos estudios.

Paso y camino ambas penínsulas de tantos y tan notables pueblos, ofrecen sus edificios un estudio lleno de misterios, de fábulas y de leyendas, que no se encuentra con tal abundancia en ninguna otra nación. Lo mismo en España que en Italia se hallan restos de aquellas enormes construcciones pelásgicas y ciclópeas; sobre ellas se extendió después la regularidad del arte griego; dominó el suntuoso arte romano, que sufrió la devastación de los

Digitized by Google

bárbaros; impusieron su estilo los sarracenos, enfrente del arte ojival, y sobre las ruinas de éste se elevó el del renacimiento; sin más diferencia en una y otra nación que la influencia etrusca y lombarda en Italia y la independencia gallega ó asturiana en España y la confusión que con artistas extranjeros trajo Alfonso VI.

Los edificios, las construcciones, en general, sufren las vicisitudes históricas, y sobre un mismo terreno, y muchas veces con unas mismas piedras, se hacen monumentos distintos por su forma y por su objeto, sirviendo de base los templos del paganismo. La catedral de Córdoba, que fué primero templo dedicado á Jano por los romanos, iglesia de San Jorge con los godos, mezquita con los árabes y catedral con la reconquista, puede servir de ejemplo á muchísimos edificios de ambos pueblos.

Así los eruditos, al investigar la historia de estos monumentos, tienen que estudiarlos piedra por piedra y columna por columna, siguiendo sus vicisitudes al través de los siglos, y tropiezan á cada paso con tradiciones y leyendas á que se mezcla la religión, la historia general de la patria y la historia local, las rivalidades de los pueblos y de los nobles, las glorias y las desgracias.

Italia tiene además en su arquitectura caracteres y recuerdos que sólo se encuentran en España. La dominación de los sarracenos, la influencia de sus artes en aquel pueblo tan propenso á la asimilación, y hasta cierta afinidad en el carácter, dieron por resultado una imitación del arte mahometano, que no es posible encontrar en ninguna otra nación de Europa.

La libertad del genio en Italia, que apenas consintió la pureza de ningún estilo, se dejó influir por el arte mahometano, cuyos vestigios ó cuyo sabor van creciendo desde Florencia á Nápoles, llegando á manifestarse claramente en Sicilia, de tal modo que aparece en la catedral de Palermo mezclado con el estilo normando y el ojival más puro, dándolos riqueza con la delicada ornamentación

Digitized by Google

árabe. Allí se encuentran ya las inscripciones del Alcorán, y en el palacio real el español se detiene con gusto ante una reproducción de los monumentos de su patria, ante un edificio obra de todos los siglos, de todos los estilos y de todas las razas, donde sobre los restos de un castillo árabe se van encontrando el estilo normando, la severidad gótica y la ornamentación y las leyendas de nuestra Alhambra.

Así es que los viajeros del Norte sienten allí la misma impresión que en España, se entregan á los mismos recuerdos y admiran la influencia de un sol semejante al de Andalucía, tostando la piedra y endureciendo la antigua argamasa.

II.

Fué la música desde los tiempos más antiguos considerada en España como una de las artes más bellas y más necesarias; de tal modo, que su enseñanza en academias especiales no reconoce prioridad en Italia, sin tener en cuenta la que se daba en las catedrales desde tiempo de los godos, exclusivamente para el servicio divino.

Ya los romanos, según el testimonio de Cicerón, acudían á España á buscar músicos que cantaran y tañeran en sus banquetes y fiestas. La monarquía visigoda permitió un magnífico desarrollo en este arte, ya importando la música griega, ya creando la religiosa, de modo que San Leandro, San Braulio, San Eugenio, Conancio y San Isidoro encontraron en sus bellas composiciones un gran eco en Italia.

La gravedad de estos recuerdos se armonizó de un modo extraño con la música popular, en que se infiltró el gusto árabe, dándole esa melancolía especial y ese sentimiento profundo que no posee ninguna otra nación.

Una de las academias más antiguas de España es la

Digitized by Google

que se conoce con el nombre de Escolanía de Monserrat, que se cree existía ya por los años de 1200 y que fué reformada en 1456, saliendo constantemente de sus célebres aulas multitud de músicos eminentes y de hombres célebres, que influyeron en el estudio y profesión de la música en Italia (1).

Pero viniendo á tiempos más modernos en que la enseñanza musical tomó nuevo carácter, debemos refutar la opinión de muchos escritores, que citan como la primera academia de música la creada en Milán á principios del siglo XVI. Los mismos italianos afirman y prueban que mucho antes fundó Nicolás V en Bolonia otra academia, á la cual fué llamado en 1482 como una notabilidad Bartolomé Ramos Pereira, profesor de la universidad de Salamanca, donde se daba la enseñanza de la música con gran método y bastante extensión (2).

La música formaba parte en España, desde los tiempos más antiguos, de una buena educación. El sentimiento religioso por un lado, las costumbres caballerescas y la influencia de los trovadores ó de la poesía provenzal por otro, contribuyeron á que el arte llamado divino se asociara en España á las ideas y á las costumbres más características de nuestro pueblo. Mientras la música religiosa inspiraba el sentimiento de los hombres de fe que concibieron aquellas profundas creaciones que todavía son la admiración de nuestro tiempo y se oyen en solemnísimas

---

(1) Es curioso recordar aquí algunas particularidades de esta escuela. Los alumnos cobraban 20 libras, además del vestido, el maestro 120 y el organista 100 florines. Entraban los niños á la edad de ocho á diez años, debiendo saber leer y escribir correctamente y tener nociones de música. Reformó esta escuela á mediados del siglo XIV el abad Cisneros.

(2) *Prima dell'accademia di musica stabilita in Milano, un'altra aveane aperta in Bologna il Pontef. Niccolo V, e ad essa fu chiamato nel 1482 da Salamanca Bartolomé Ramos Pereira, uomo dottissimo in quell'arte.*—TIRABOSCHI.

Digitized by Google

funciones, el canto tenía siempre una parte principal en todas las fiestas públicas y particulares, en las reuniones y en el seno de las familias. No hay en nuestros clásicos descripción de alguno de estos sucesos en que no intervenga la música: ella servía para dar esplendor á las funciones urbanas, organizándose á veces coros inmensos, como los que recibieron en la vega de Toledo á la reina Isabel, esposa de Felipe II, cuando llegó á aquella ciudad y juró, según costumbre antes de pisarla, conservar sus libertades; ella servía de amorosa declaración, ó consolaba la soledad del desgraciado.

El arpa y la vihuela eran instrumentos tan apreciados que todas las personas de la nobleza aprendían á tañerlos. Doña Isabel la Católica había estudiado música y manejaba el arpa con exquisita dulzura (1); Carlos V, no sólo tocaba algunos instrumentos, sino que acompañaba con la voz, habiendo cantado la epístola en su coronación en Bolonia con una regularidad fácil de adivinar, conociendo su

(1) Doña Isabel no sólo tuvo una decidida afición á la música, según el testimonio de todos los escritores de su época, sino que en aquella educación tan moral, tan política, tan científica y tan artística del príncipe D. Juan cuidó especialmente de la música, y aun del canto, á pesar de que tenía mala voz.

"Era el príncipe D. Juan mi señor, dice Oviedo, naturalmente inclinado á la música é entendíala muy bien, aunque su voz no era tal como él era porfiado en cantar: é para eso en las siestas, en especial en verano, iban á palacio Joanes de Ancheta, su maestro de capilla, é cuatro ó cinco muchachos mozos de capilla de lindas voces, de los cuales era uno Corral, lindo tiple; y el príncipe cantaba con ellos dos horas ó lo que le placía, é les hacía tenor, é era bien diestro en el arte. En su cámara había un claviórgano é órganos é clavicimbanos é clavicórdeo é vihuelas de mano é vihuelas de arco é flautas: é en todos esos instrumentos sabía poner las manos. Tenía músicos de tamborines é dulzainas é de harpa é un rabelico muy precioso que tenía un Madrid, natural de Carabanchel, de donde salen mejores labradores que músicos; pero éste lo fué muy bueno. Tenía el príncipe muy gentiles menestriles altos, é sacabuches, é cheremías é cornetas é trompetas bastardas é cinco ó seis pares de atabales, é los unos é los otros muy hábiles en sus oficios é como convenían para el servicio é casa de tan alto príncipe.„

Digitized by Google

carácter y el peligro de hacer un mal papel en aquel acto solemne á que asistían los mejores músicos de Italia; Felipe II fué discípulo aventajado de Luis de Narvaez, famoso maestro de vihuela, y Felipe IV se distinguió en la música y el canto.

Garcilaso de la Vega, embajador en Roma, llamó la atención en aquella culta sociedad por su delicadeza como músico de arpa; Baltasar de Alcázar alternaba en la lectura de sus poesías festivas con las más suaves composiciones en el arpa y la vihuela; Luis de Guzmán, tan elogiado por Paulo Jovio, y Baltasar Ramírez de Granada tuvieron fama de ser los mejores tañedores de laúd en Europa; Hernando de Jaén, después de ser maestro de vihuela de gran parte de la nobleza de Castilla, pasó á serlo de los reyes de Portugal; Juan de la Encina, profesor de Salamanca, fué llamado á Roma y nombrado maestro de capilla de León X; Francisco Peñalosa llegó á ser admirado en la misma capilla, templo del arte donde los españoles tuvieron constantemente el lugar más distinguido.

«La capilla del papa, dice Cantú, se componía principalmente de españoles; Bartolomé Ramos Pereira, de Salamanca, fué nombrado por Nicolás V para desempeñar la cátedra de música en Bolonia, y demostró la insuficiencia del sistema de Guido de Arezzo, proponiendo un medio, que si bien fué combatido por Gaffurio y otros, fué al fin adoptado. Fray Pedro de Ureña, que vino á Italia hacia el año 1520, añadió el *si* á la escala, y se reputa á Francisco Salinas como el mejor teórico de su tiempo (1);» palabras que han confirmado todos los historiadores italianos de la música, declarando que Salinas escribió la obra más completa y trascendental que tuvo Europa en aquella época; y aun hoy mismo su libro de música especulativa

(1) Libro XV, cap. 13.

Digitized by Google

es estudiado y forma la base de toda biblioteca musical un poco notable.

Diego Lorenzo recibió idénticos elogios de los autores italianos, y Cristóbal Morales precedió á Palestrina, publicándose en Roma sus obras con las de éste.

Todos los historiadores que han hablado de la música en Nápoles, convienen en que durante el siglo XVI sólo sobresalieron en este arte los españoles; consignando el hecho notable de que sólo después de la decadencia de la pintura se desarrollase la música napolitana con brillantez y fecundidad, siendo mirado Alejandro Scarlatti, ya en la segunda mitad del siglo XVII, como el fundador de aquella escuela.

Mas para no descender á pormenores ajenos á nuestro propósito, bastará citar algunas de las obras de música que entonces se publicaron en España y tuvieron gran eco en Italia. Fernando Esteban, sacristán de San Clemente de Sevilla, escribió en 1410 las *Reglas de canto plano y de contrapunto* (1), Ramos de Pareja dió á luz su *Arte de música* en 1482; Marcos Durán en 1492; D. Guillermo de Podio sus *Comentarios músicos,* dedicados á Alfonso de Aragón, en Valencia en 1495; Diego del Puerto en 1504; Tobar en 1510; Gonzalo Martínez de Viscargues su *Arte de canto llano, contrapunto y órgano* en Zaragoza en 1512, y sus *Entonaciones corregidas según el uso de los modernos*

(1) Habla mucho en su libro de la historia de la música desde San Gregorio, citando lo que hicieron Boecio, Alberto de Rosa, Mosén Filipo de Vitriaco, Guillermo Mascadio, Egidio de Morino, y especialmente su maestro Remón de Cacio, de quien dice que aprendió cuanto sabía. "E maestro le puedo decir á este sobredicho facedor sobre este arte, porque muy muchas cosas fizo nuevas, fundándose sobre lo antiguo, é non menguando nada dello. De le cual, yo Fernand Esteban, sancristan de la capilla de Sant Clemiente de la muy noble é muy leal cibdad de Sevilla, que estas reglas fago é compongo... dó testimonio de la su obra, deste sobredicho Remon de Cacio, por muchas cosas que le vi fazer, las cuales cosas él por su merced quiso á mi demostrar; las cuales cosas nunca jamas viese en ome que deste arte supiese."

Digitized by Google

en Burgos en 1511; Pedro Ciruelo su *Tratado de música* en 1516; D. Luis Milán su *Libro de música de vihuela de mano* en 1535; Miguel de Fuenllana su *Libro de música para vihuela, titulado Orfénica lira,* en Sevilla en 1554; Juan Bermudo su *Declaración de instrumentos,* en Osuna en 1555; Tomás de Santa María su *Arte de tañer fantasía,* en Valladolid en 1565; Estéban Daza su *Parnaso,* en Valladolid en 1576; Francisco Salinas su *Tratado de música,* en Salamanca en 1592; Pedro Cerón su *Melopea y maestro* en Nápoles; Pedro Ruimonte su *Parnaso español de madrigales y villancicos para cuatro, cinco y seis voces,* en Amberes en 1614, y otros que fuera prolijo enumerar.

Digitized by Google

CAPITULO XXI.

Artes y oficios.

Antigüedad de las relaciones industriales entre España é Italia.—Los Reyes Católicos.—Obras públicas.—La madera.—El hierro.—Cerámica.—Orfebrería.

Las relaciones artísticas é industriales entre Italia y España son tan antiguas, que comienzan con la historia de nuestra patria. «Italia (dice un ilustradísimo viajero), á quien los Iberos mandaron por millares las hojas de las espadas, las moharras de las lanzas, las puntas de los dardos, las trenzadas hondas, el bastón ferrado, los escudos de cuero y hierro gallegos y cántabros, y los cascos de acero bilbilitano; para quien en tiempo de Sertorio labró con hierro catalán y vizcaino las ballestas portátiles, ó sean las primeras armas conocidas de precisión en el tiro, con seis veces más alcance que los dardos movidos por el arco antiguo. Italia, que se procuraba en la vieja Iberia un arsenal de clavazón, maderas, brea, lona, cables y cuerdas trabajadas con el cáñamo y el esparto de la región que los latinos llamaron *la Espartería*, sirviéndose además de los más hábiles artífices españoles, entonces los primeros en el arte difícil de construir los barcos..... enseñando á la antigua Italia que la Providencia en el libro del destino de las naciones, tenía señalado á la Iberia el lugar de hermana.....»

Digitized by Google

Las relaciones políticas entre España é Italia en los tiempos de Pedro el Grande y sus sucesores hasta Alfonso V, promovieron, como era de necesidad, las relaciones artísticas y comerciales.

La madera, el hierro, la loza, los tejidos de seda fueron objeto de activo comercio y por tanto de recíproca influencia entre España, Génova, Pisa, Roma, Nápoles y Sicilia, hasta el punto de que curiosos escritores no han podido poner en claro lo que cada nación debe á la otra.

La ocupación del trono por Doña Isabel la Católica, marca un período de gloria y de riqueza en que al compás de la política se promueven y desarrollan la industria, el comercio, las artes y todos los gérmenes de la prosperidad pública. Desgraciadamente sus sucesores dieron mayor importancia á las conquistas y á las guerras, y rompieron aquel sapientísimo equilibrio creado por los Reyes Católicos. Y como la industria y la riqueza pública no se improvisan, vinieron tiempos, que hemos de estudiar después, en que hasta se persiguieron las reformas iniciadas por Doña Isabel, y los errores económicos y políticos detuvieron y esterilizaron aquel progreso.

Bajo aquel cetro previsor y paternal caen al suelo todos los obstáculos que se oponían al comercio y á la actividad y comunicación de la vida: se derriban todas las murallas dentro de la Península; la paz pública y la seguridad personal favorecen el trabajo; la agricultura se ve libre de gabelas; el labrador y el comerciante pueden fundar hasta la nobleza para el porvenir por medio de los mayorazgos; se premia, enseñándolo á Europa, la construcción de grandes buques, y se busca la grandeza de la monarquía en el desarrollo de la vida nacional. El oficial, el artesano, el pequeño propietario llegan hasta el trono, y oídas sus pretensiones, ven que la reina desciende á cuidar de los más livianos intereses, porque de ello depende la grandeza y explendor de su corona.

Así se suceden las cédulas, órdenes y pragmáticas, de

Digitized by Google

modo que no es posible en breves líneas decir cuánto hicieron los Reyes Católicos en favor de la riqueza pública; reformaron las ordenanzas de todas las artes y oficios; suprimieron todas las imposiciones, pontazgos y portazgos sobre los ganados (1480); decretaron la libertad del comercio de cueros; mandaron suprimir los estancos de comestibles, especiería y calzado (1492); reglamentaron la minería y libraron de gabelas al comercio interior de la Península.

En obras públicas dieron tales disposiciones, que si no hubieran dejado de cumplirse, habrían puesto á España en el plazo de cincuenta años por cima de todas las demás naciones. Mandaron reparar el acueducto y los puentes de Segovia (1484); ensanchar el cauce del río Segura para evitar las inundaciones (1488); reparar todos los caminos de Plasencia; construir puentes sobre el Duero, el Tiétar, el Ebro, el Esla, el Guadalquivir, el Manzanares, el Tajo y el Tormes; mandaron hacer puentes además en Ciudad Real, Cabezón, San Vicente de la Barquera, Melgar, Segovia, Oviedo, Trujillo, Medina del Campo, Ciudad Rodrigo, Boecillo, Cáceres, Ubeda, Carmona, Logroño, Cádiz y Burgos; dispusieron también que se ampliaran las almadrabas de Sevilla, que se sangrara el Guadagenil y se recompusieran las acequias de Ecija; que se compusieran todas las fuentes, puentes y albercas de Medina; que se hiciera una azuda en Logroño, así como la albufera de Murcia y las alcantarillas; que se hiciera el muelle de Bermeo y se recompusieran los de Málaga, así como las presas del río Segura. Mandaron también que se habilitaran todos los caminos de Granada, Jaén, Ubeda, Baeza, Alcalá la Real, Guadix y Loja; mandaron abrir calzadas desde Granada á los Puertos y desde Ronda á Sevilla y Gibraltar, y desde Almería á Vera y Lorca; que cada concejo hiciera los caminos de su término (1497); que se repararan los caminos de Galicia, de Málaga, Cáceres y de Burgos; que «todas las ciudades y villas tuvie-

Digitized by Google

sen casas grandes y bien hechas para ayuntamientos y concejos; dotaron de fuentes á Valladolid y tomaron precauciones contra las aguas del Esgueva; mandaron hacer casas consistoriales en Madrid, Cádiz, Zamora y Palencia; dieron frecuentísimas disposiciones sobre policía urbana, limpieza de las calles, uso de las aguas, etc.

Respecto de la agricultura, protegieron la cría caballar, mandaron estudiar los terrenos de Orihuela para sembrar arroz, algodón y cáñamo; fomentar los plantíos de viñas en Asturias y Granada y las arboledas del Genil; promovieron los riegos con aguas del Ebro y de los ríos de Andalucía; mandaron reponer las arboledas; dieron muchas provisiones sobre los montes y autorizaron el libre tráfico de semillas.

La marina fué objeto especial del cuidado de los Reyes Católicos. Dieron seguro á las naves venecianas y genovesas para comerciar con España; concedieron premios y franquicias á los marineros; mandaron construir muelles en los puertos principales; establecieron una gratificación anual de 100 maravedís por tonelada á todos los que construyesen buques que pasasen de 600 toneladas, disponiendo que esta gratificación fuese compatible con cualquier otro sueldo en servicio del rey (10 de Noviembre de 1495 y 20 de Marzo de 1498); reglamentaron el colegio de pilotos de Cádiz; mandaron construir el gran faro de esta misma ciudad, etc.

Así se consiguió aquella riqueza, aquel movimiento de nuestras ferias, de nuestras ciudades y de nuestros puertos, llegando á contratarse en los cinco Bancos de Medina 53.000 cuentos. Así pudo Tomás Mercado describir la ciudad de Sevilla en los siguientes términos: «Sevilla es la puerta y puerto principal de España, á do se descarga lo que viene de Flandes, Francia, Inglaterra é Italia. De sesenta años á esta parte, los mercaderes se han aumentado en número, y en haciendas y caudales han crecido sin número..... Así la casa de la contratación de Sevilla y

Digitized by Google

el trato de ella es uno de los más célebres y ricos que hay en el día de hoy ó se sabe en todo el orbe universal: es como centro de todos los mercaderes del mundo.»

Así se concibe que un escritor extranjero diga: «La imaginación no llega á comprender lo que habría sido España, si la Casa de Austria hubiese seguido las huellas de Isabel la Católica, poseyendo media Europa y la América é imponiendo su ciencia, su comercio y sus artes.»

De este poderoso impulso puede decirse que sólo se conservó en tiempo de Carlos V y Felipe II el ramo de obras públicas. «Ni Roma bajo los emperadores tuvo tantos artífices y mecánicos trabajando á sus expensas, como tiene el rey de España en Europa,» decía Pompeyo Leoni; si bien, como demostramos más adelante, se empleó desgraciadamente tanto dinero y tanta actividad en obras estériles para el progreso y el bienestar de España (1).

---

(1) Las obras principales que se hicieron por orden de Felipe II, importaron un número de millones verdaderamente asombroso. Hé aquí algunas de ellas. Además del Escorial, hizo en la misma villa la iglesia de San Bernabé; los dormitorios y sacristía de San Felipe el Real de Madrid, el claustro del monasterio de la Esperanza junto á Ocaña, el de Atocha, el aumento y jardines del alcázar de Madrid y las caballerizas; el palacio y jardines del Pardo y las casas de oficios; el artificio de Juanelo en Toledo; compuso el acueducto de Segovia y edificó la Casa de la Moneda, mandando construir el aparato hidráulico que la movía y permitía labrar en un día 30.000 ducados en plata; el pantano de Alicante para el riego; el caz del Tajo; la capilla y casas de oficios en Aranjuez; intentó convertir en sitio real á Colmenar de Oreja; el puente del Guadarrama y otros muchos; arregló casi todos los caminos. Fortificó á Fuenterrabía; hizo el castillo de Fregenil, el baluarte de la Taconera, capaz de cuarenta cañones gruesos; las fortificaciones de Jaca, Rosas, Peñíscola, los Alfaques, Cullera, Ayamonte; comenzó las de Cartagena y el muelle de Málaga; en Gibraltar acabó el mandracho; levantó los castillos de Setubal, Otonviejo, San Sian, Cabeza Seca y Peniche; San Antón y el Morro de la Coruña; reparó casi todas las plazas fuertes del estado de Milán; hizo ó reparó las fortificaciones de Orvitelo, Telamón, Puerto Hércules, Gaeta, Civitela, Brindis, Otranto, San Telmo, Catel de Lobo, las Atarazanas de Castelnovo, que contenían sesenta arcos ó naves donde cabían ciento

Digitized by Google

No fueron estériles las relaciones entre España é Italia en esta materia; pues vinieron de aquel país famosos mecánicos que hicieron obras importantes. Entre ellos merece especial mención Juanelo Turriano (1), que hizo el ingenioso artificio de Toledo para subir el agua á la ciudad y escribió en castellano un curioso libro sobre todo género de máquinas.

También es digno de especial memoria Antonelli, que hizo las fortificaciones de Cartagena y Orán, propuso la navegación del Guadalquivir, Ebro y Duero é hizo navegable el Tajo hasta el Manzanares, tomando parte en otra porción de obras con artistas españoles.

No menos importancia se dió en España á la hidráulica y á todas las obras que se relacionaban con las aguas,

---

noventa galeras y navíos de guerra; estableció las fundiciones de artillería de Nápoles, Sicilia y España; hizo el muelle de Palermo y el de Caller; el castillo de la isla Tercera; el fuerte de San Cristóbal del Morro en la Habana y la conducción de aguas; la fortaleza y castillo de San Juan de Puerto Rico; las fortificaciones de la Margarita, Río de la Hacha, Santa Marta, Cartagena, Getsemaní, Puerto-Velo; las casas reales de Panamá y los fuertes del Callao, Paita y Guayaquil; y tal número de audiencias, seminarios, hospitales y conventos que no pueden referirse en breves páginas; baste decir que un solo fraile de San Agustín construyó cuarenta por su orden.

Gastó millón y medio en las fortificaciones de la costa de Africa; un millón en el castillo de Amberes y otro en el de Edinfor; dió siete mil ducados para el convento de Guisando; otro tanto para el de San Benito de Valladolid; dos mil para el de San Bernardo de Salamanca; mil para el de Santo Domingo en Mérida; cuatro mil para la iglesia de San Juan de la Penitencia en Alcalá; el privilegio de la impresión de las cartillas de los niños á la catedral de Valladolid; cuatro mil ducados á los carmelitas descalzos de Madrid; tres mil ducados al hospital de Antón Martín; costeó las rejas de San Jerónimo en Madrid y de Santo Domingo en Segovia, etc., no pasando apenas día en que no auxiliase algún edificio.

(1) Es muy de notar que Madrid, población que no dedicó ninguna calle á sus hombres célebres, hasta nuestros días, en que va cayendo en el abuso contrario, diera á dos calles los nombres de Juanelo y Jacometrezo.

Digitized by Google

conservando todavía nuestra patria la fama de sus conocimientos en esta materia.

Las nivelaciones de los ríos, los grandes proyectos de canalización de aquella época, algunos de los cuales no se han realizado hasta nuestro siglo, los informes de sabios é ingenieros sobre la navegación de los ríos, entre los cuales descuella el de Fernán Pérez de Oliva sobre el Guadalquivir; las peticiones de muchas personas sobre este punto, son pruebas inequívocas de la importancia que tuvieron estas obras en España.

Juan de Oviedo, sevillano (1565-1625), soldado valeroso y autor del célebre túmulo de Felipe II, era un hidráulico consumado; hizo en Sevilla grandes obras para impedir las inundaciones y distribuir las aguas, contribuyendo estos trabajos así como su valor, á que el rey le hiciera caballero de Montesa.

Patria del hierro y de la madera fué llamada la nuestra con gran exactitud; y hoy, que nos va faltando la segunda por consecuencia de la despoblación de los bosques, y que nos vemos inundados por los trabajos en madera de Francia y Alemania, que llenan nuestras habitaciones, puede ser útil fijar un poco la atención en lo que fué la industria de la madera en España y de lo que es hoy desgraciadamente.

Desde los tiempos más antiguos eran afamadas nuestras maderas en Italia. Los romanos las aprovecharon en nuestros mismos puertos y en los de la península italiana. La dominación árabe y la restauración cristiana dieron gran importancia á la madera en las construcciones, en los muebles domésticos y en las artes de todo género, así en las más vulgares como en las de adorno.

Ninguna nación tal vez puede presentar el número de esculturas de madera que poseía y posee todavía nuestra patria, ni el sinnúmero de instrumentos, aparatos, ingenios, artefactos y útiles de madera, que tendían muchas veces á tomar cierto carácter artístico. Los antiguos reta-

Digitized by Google

blos y altares, los utensilios de la casa, los artesonados, las puertas, las sillas llegaron á tener una perfección que era justamente celebrada en todas partes. En algunas provincias montañosas, y sobre todo en el reino de León, descendía este arte á los objetos más vulgares, como demuestran los antiguos vasos y cazuelas y los zapatos de madera llamados zuecos, galochas ó madreñas, en los cuales se hacían delicadísimas labores ó se tallaban adornos y figuras profusamente, de modo que eran objeto de apreciados regalos.

El descubrimiento de América á últimos del siglo XV nos trajo aquellas riquísimas maderas llamadas de las Indias, que se prestaban tanto al arte y al lujo, y que ejercitaron la mano de nuestros artífices en delicadísimos trabajos. Las sillas de despacho en que se tallaban escudos, leyendas, versos, emblemas, etc. (1), y los escritores ó bufetes, llamados *vargueños*, en que alternaba el marfil con la madera, tienen hoy todavía extraordinaria fama. Y en este punto teníamos tal afinidad artística con Italia, que

(1) El señor marqués de Sardoal posee uno de estos sillones antiguos, todo de roble, en cuyo respaldo, al rededor del escudo, se leen estos versos:

Soy Martín Pelayz, y el Cid
Fué mi dueño y capitán,
Y á mi casa de Terán
Honré en mucha de la lid.
Y no con gloria pequeña
Dejé tras de tanta hazaña
Mi nobleza en la montaña,
Mis haberes á Cardeña.
Tres bandas que ves aquí,
Entre aquestas dos estrellas,
A tres Reyes que vencí
Las quité y prendí con ellas.
Estas con grande decoro
El Rey por armas me dió,
Y en ello significó
Que del uno al otro polo
Nadie á un Rey mejor sirvió.

Digitized by Google

los más inteligentes no aciertan hoy á distinguir, no siendo por la clase de madera ó por algún accesorio, si estos ricos bufetes son españoles ó italianos.

La baratura de tales muebles en España (costaban 250 ó 300 reales) impidió que penetraran los extranjeros, por cuya razón se conservan muchos, al paso que han desaparecido otros de un género exclusivamente español, que tenían embutidos y adornos de plata y de oro, los cuales fueron además prohibidos en 1594 á causa de su excesivo lujo.

En este género quedan restos de trabajos de madera que si estuvieran bien conservados, serían la admiración de los viajeros, como son en Italia otros de menor mérito y de carácter artístico más vulgar. Los artesonados de nuestros palacios, los adornos mudéjares, las bóvedas y techos estalactíticos son verdaderamente glorias del arte español.

Empleábase la madera en la construcción de todo género de máquinas y aparatos científicos, sin que tuviéramos necesidad de acudir para ello al extranjero. El gran número de obras publicadas en España en aquel siglo sobre invención y uso de instrumentos y la formación de gabinetes para la enseñanza ó el estudio demuestran la actividad que en este punto reinaba, como bastará á probarlo el recuerdo de García de Céspedes, Felipe Guillén, Blasco de Garay, Herrera, Rojas y otros muchos de que hablamos en sus sitios respectivos.

Además se hicieron muchos ensayos de máquinas y aparatos y se concedieron varios premios, que prueban que España conoció antes que otras naciones las ventajas que en ciertos casos tenía el hierro sobre la madera, como sucedió en la sustitución de las bombas para achicar el agua en los buques, descubiertas por Diego Rivero.

La cerámica, arte tradicional español, elogiado ya por Plinio, Marcial y otros escritores latinos, formaba parte de nuestro comercio con Italia, adonde enviaban sus pro-

Digitized by Google

ductos las fábricas ó talleres de Talavera, Sevilla, Valencia, Toledo, Murcia, Calatayud y otras poblaciones. Biar sólo tenía catorce fábricas en el siglo XVI, y Manises compartía con ellos los frecuentes pedidos que se hacían de toda Italia, suministrando vajillas y objetos artísticos á los papas, cardenales y príncipes.

Este arte, que tenía íntimas relaciones con otros muchos, y especialmente con el dibujo y la química industrial, solía aprenderse mediante contratos en que los maestros se comprometían á dar la enseñanza por una cantidad en cierto número de años (1).

Por los años de 1418 pasó el trabajo de la loza con el uso del esmalte blanco desde las costas del Mediterráneo y desde las Baleares á Italia, donde recibió el nombre de *Majórica* ó *Mayólica,* por ser Mallorca la población que sostenía principalmente este comercio, hasta el punto de haber año en que salieron de sus puertos para Italia novecientos buques cargados de esta loza. En aquella península se modificaron los dibujos, reemplazando á los nuestros, que conservaban cierto carácter oriental, cristiano ó aristocrático, llegando á adquirir gran perfección en Florencia bajo la dirección de los hermanos Fontana de Urbina, y compartiendo desde entonces Italia con España la exportación al Norte de África, al Oriente y á los demás países de Europa (2).

Otra de las industrias españolas que llegaron al más alto grado de perfección fué la orfebrería y platería. Desde los tiempos más antiguos hubo en casi todas las poblaciones asociaciones ó gremios de plateros en que se entraba por medio de examen ó concurso, que versaba no sólo

(1) Se conserva una escritura otorgada en Calatayud en 1507 en que un maestro se comprometía á enseñar este arte en cuatro años.

(2) Recientemente ha escrito sobre este asunto el barón Davillier con el título *Les fatences hispano-mauresques.*

Digitized by Google

sobre el conocimiento material de los metales y sobre la parte de oficio, sino sobre los conocimientos artísticos. Se conservan algunos de estos trabajos, y entre ellos tres tomos de dibujos artísticos de plateros catalanes que pretendían entrar en este gremio, y que abrazan desde 1534 á 1586, firmados por Juan Masanell, Rafael Jiménez, Antonio de Valdés, Benedicto Sabat, Gabriel Comes, Pedro Juan Poch, Antonio Cornill, Francisco Pérez, Juan Jiménez, Francisco Vida, Felipe Ros, Narciso Valla y Juan Pau.

Los nombres de artistas españoles, como la familia de Arfe, Becerril, Merino, Carrión, Benes y otros muchos eran conocidos en Italia, habiendo entre ellos algunos que además de sus obras artísticas escribieron libros de gran mérito.

La abundancia del oro y la plata en España daba extraordinario trabajo á estos artistas, que como imitaron siempre, según es costumbre, las formas arquitectónicas, dejaron infinidad de obras de gran valor artístico y material.

Desgraciadamente este último ha sido causa de que disminuyendo luego la plata y el oro, hayan sido destruídas casi todas las que no estaban dedicadas al culto, encerradas en el templo y defendidas por la fe de nuestros mayores, conservándose hoy casi exclusivamente las custodias, que son la admiración de los inteligentes. Pero los objetos exclusivamente de arte y de adorno, las vajillas, los utensilios de servicio diario, las empuñaduras de espadas, braseros, estufillas, badilas, tenazas, etc., cuyo uso era tan frecuente que sorprende en los inventarios de aquella época, han desaparecido casi por completo, y tal vez conserva en este punto más que España la aristocracia italiana.

Este arte era tan español que apenas hubo en España italianos que á él se dedicaran. Sólo algunos trabajaron más bien como artistas que como plateros, debiendo citar

Digitized by Google

entre ellos á Jacome Trezzo (1), que con Juan Esteban hizo la gran custodia del Escorial; también Fontana y Ribalta trabajaron del mismo modo en la universidad de Nápoles.

Respecto del hierro, le empleamos con profusión en la ornamentación de edificios, dando á su trabajo carácter artístico desde los más pequeños objetos hasta las magníficas rejas de nuestras catedrales, que serán siempre objeto de estudio para el artista. España tiene que lamentar la pérdida ó destrucción de tantos objetos de hierro de gran mérito; caprichos, llaves, cerraduras, candados, guarniciones de espadas, adornos en que el hierro alternaba con la plata, etc., que dieron fama en España é Italia á nuestros gremios de herreros.

Esta industria era, puede decirse, general en España, porque no sólo sobresalieron en ella artistas como el maestro Bartolomé, que hizo la reja de la capilla real de Granada (2); Cristóbal Andino, que hizo la de la capilla del Condestable en Burgos en 1528, y Francisco Villalpando, que trabajaba en Toledo en 1548, ni otros muchos cuyos trabajos en rejas y balcones de Toledo y Segovia, se reproducen hoy en álbums artísticos, sino que se trabajaba el hierro donde apenas queda hoy recuerdo. En 1576 se distinguían en la fabricación de frenos, espuelas y estribos Ocaña y Ajofrín; en Illescas se trabajaban en finísimo hierro estos y otros objetos; en Calatayud cascos y armaduras, llegando Toledo á tener en armas una fama que

(1) Debemos citar á Arfe y Villafañe, que hizo la custodia de Avila; Fernando Carrión, autor de la corona de la Virgen de Toledo (1556); Alejo Montoya (1574); Francisco Alvarez, autor de la custodia de Santa María de Madrid (1568); Juan Ruiz, de las custodias de Jaén, Baza y San Pablo de Sevilla, y Lesmes Fernández del Moral, ensayador de Segovia, que hizo la custodia de Osma (1596).

(2) Esta verja se ajustó primero en Zaragoza el 20 de Octubre de 1518 con los maestros artilleros Juan Zagala y Juan de Cubillana en 3.000 ducados de oro; pero la hizo Bartolomé en 1.600 ducados.

Digitized by Google

conserva todavía sobre todas las poblaciones de Europa (1).

Juan del Pozo de Llerena, autor del reloj de la Giralda, fué un cerrajero de justa fama, y construyó varias de aquellas cerraduras de secreto que han desaparecido del arte moderno; nuestros armeros y arcabuceros tenían nombre en Italia, y entre ellos le dejó Simón Marcuarte, inventor de la llave de patilla, llamada llave española.

Con esta industria se relaciona íntimamente la de fundición de metales, que se aprendía científicamente para la artillería en las escuelas especiales de Madrid, Sevilla y otros puntos, y los talleres de fundición de campanas (2), arte que aunque se cree importado de Italia, llegó en España á una extraordinaria perfección en manos de Pedro Barahona, Sebastián de la Torre y otros muchos, en cuyos talleres se fundieron las magníficas campanas de nuestras catedrales.

El carácter de este libro no nos permite descender á

---

(1) La delicadeza y temple de las armas de Toledo ha sido constantemente objeto de admiración en Italia hasta hace muy poco. Al formarse el ejército expedicionario de Crimea los soldados de caballería que recibieron espadas de Toledo no tenían fe en aquellas armas tan ligeras.

(2) Se distinguieron como campaneros fundidores:

Juan Deal, 1424 (Campana *Altaclara*, de Toledo).

García de Córdoba, 1497 (La *Calderona*, de Toledo).

Jaime Ferrer, de Lérida, 1508.

Toribio de Güemes, 1538.

Sebastián de la Torre, de Entrambasaguas, 1545 (La *Ascensión* y el *Alfonsí*, de Toledo).

Cristóbal Soriano, de Toledo, 1552.

Sancho de la Isla, de Sietevillas, 1556.

Domingo de la Maza y Diego Fernández de Nalda, 1568.

Pedro Barahona, de Málaga, 1597 (La *Encarnación* y *San Felipe*, de Toledo).

Juan de la Sota, 1597.

Juan de Tonqueba, de Toledo, 1609.

Pedro de la Maza y Güemes y Juan Sánchez Plaza, 1619 (*Alba* y *Santa Leocadia*, Toledo).

Digitized by Google

más pormenores en materia de artes y oficios, limitándonos á lo que dejamos dicho para establecer más adelante la comparación entre esta actividad y la pobreza del siglo XVII.

Por otra parte, el estudio del desarrollo de nuestras artes no está hecho aún en España, y es tanto lo que se ha perdido, que sería un trabajo importantísimo, pero muy difícil, y tal vez superior á las fuerzas de un hombre, el bosquejar la historia de las artes y oficios en nuestra patria.

Sin embargo, en la segunda parte de esta obra hemos de volver sobre este asunto, examinándole bajo un nuevo punto de vista.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Digitized by Google

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

PARTE PRIMERA.

ESPAÑA É ITALIA.

LIBRO PRIMERO.

COSTUMBRES, INSTITUCIONES Y CREENCIAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Analogías históricas y geográficas.

Págs.

Dos naciones hermanas.—Semejanzas geográficas.—Carácter de los españoles é italianos.—Unidad nacional.—Amor á la patria.—Diferencias entre una y otra nación.—Olvido de España respecto de Italia.—Esperanzas 3

CAPÍTULO II.

Costumbres.

Objeto de este libro.—La moralidad pública y privada de España é Italia.—Costumbres, vicios y penitencias.—El orgullo y la ferocidad de los españoles.—El clero y los conventos..... 19

CAPÍTULO III.

Instituciones.

Intentos y proyectos.—Enseñanza.—Costumbres literarias y universitarias.—Beneficencia.—Manicomios.—Cárceles.—Policía urbana..... 43

Digitized by Google

CAPÍTULO IV.

Supersticiones.

Págs.

La astrología en España y en otras naciones.—Creencias en brujas, diablos, etc.—Leyendas y tradiciones españolas sobre este punto 61

LIBRO SEGUNDO.

CULTURA LITERARIA.

CAPÍTULO V.

Instrucción pública.

Ilustración española.—Alfonso de Nápoles.—Nobleza de la ciencia en España.—Cortesía castellana.—Fiestas.—Ejército.—Autoridades españolas en Italia 73

CAPÍTULO VI.

Academias.

Antigüedad de las academias en España é Italia.—Academias notables en una y otra nación.—Costumbres literarias.—Los españoles en las Academias de Italia 91

CAPÍTULO VII.

Educación é ilustración de la mujer.

La mujer en España.—Escritoras y poetisas en Italia.—Escritoras y poetisas españolas.—Profesoras.—Monjas.—Mujeres valerosas 107

CAPÍTULO VIII.

La imprenta.

Su introducción en Italia y en España.—Libertad de que gozó en España.—Su propagación desde España.—La Biblia políglota en España é Italia 117

Digitized by Google

LIBRO TERCERO.

POLÍTICA.

CAPÍTULO IX.

Política en general.

Págs.

Estados italianos.—Diferencia entre su organización y la de las naciones modernas.—Maquiavelo.—Política española.—Nuestro gobierno en Nápoles 131

CAPÍTULO X.

El papado.

Conducta de los Reyes Católicos y de los españoles con el papa.—Nuestros soldados ante Roma.—Opiniones de los papas y cardenales sobre los españoles.—Catolicismo y religiosidad de España y de nuestros soldados.—Misión de los españoles en Italia 141

CAPÍTULO XI.

Justicia.

Venalidad en Italia.—Estado de la administración de justicia en España.—Comparación entre ambas naciones..... 161

LIBRO CUARTO.

LITERATURA.

CAPÍTULO XII.

Las lenguas castellana é italiana.

Formación de la lengua castellana.—D. Alfonso el Sabio.—Su influencia.—Petrarca.—Perfección de ambas lenguas.—Universalidad de la lengua castellana.—Influencia de la lengua castellana en la italiana 160

Digitized by Google

CAPÍTULO XIII.

Géneros literarios.

Págs.

I. Afinidades literarias entre España é Italia.—Poetas españoles é italianos.—Traductores.—Imitadores.—II. Literatura dramática.—Incertidumbre de su origen.—Riqueza y originalidad de la española.—Teatro italiano.—Nuestras comedias en Italia.—III. El soneto y el poema épico en España é Italia.—Poemas latinos.—IV. Poesía satírica y burlesca.—V. Prosistas.—Fray Luis de Granada.—VI. Moralidad literaria 168

LIBRO QUINTO.

CIENCIAS.

CAPÍTULO XIV.

Historia de la ciencia.

Dificultades con que ha tropezado.—Origen de la ciencia europea.—La historia de la ciencia en cada nación.—Errores de los franceses.—Libri.—Humboldt 231

CAPÍTULO XV.

Cultura científica.

Modo de apreciarla.—La ciencia y la literatura —La ciencia en la poesía.—Carácter de la ciencia en Italia y especialmente en España..... 239

CAPÍTULO XVI.

Copérnico y Galileo.

Protesta de D. Alfonso el Sabio contra el sistema de Tolomeo.—Platón y Aristóteles en España.—Protesta de Andrés de San Martín.—España fué la primera nación que adoptó el nuevo sistema.—Salamanca.—Vasco de Piña.—Suarez Argüello.—Notabilísima opinión de Diego de Zúñiga..... 251

Digitized by Google

CAPÍTULO XVII.

Establecimientos de enseñanza.—De las ciencias en particular.

Páginas

Casa de contratación.—Academia de Madrid.—Profesores.—Astronomía.— Física.— Magnetismo.— Telescopio.— Vapor.—Matemáticas.—Geografía.— Viajes.—Botánica. . . . 266

LIBRO SEXTO.

ARTES.

CAPÍTULO XVIII.

Del arte en general.

El arte en Italia.—Condiciones artísticas de España.—Artistas italianos y españoles.—Los artistas en Italia..... 297

CAPÍTULO XIX.

Pintura y escultura.

Carácter del arte en general y de la pintura en particular en Italia. -Idem en España.—Murillo y Velázquez..... 307

CAPÍTULO XX.

Arquitectura y música.

I. La ciencia en la arquitectura antigua.—El renacimiento.—El templo en España é Italia.—Las antigüedades.—Analogías en la arquitectura de ambas naciones.—II. Música.—Su antigüedad en España.—Relaciones con Italia.—Músicos españoles..... 321

CAPÍTULO XXI.

Artes y oficios.

Antigüedad de las relaciones industriales entre España é Italia.—Los Reyes Católicos.—Obras públicas.—La madera.—El hierro.—Cerámica.—Orfebrería..... 339

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS ESPAÑOLES EN ITALIA.

Digitized by Google

Digitized by Google

ESTUDIOS

SOBRE

LA GRANDEZA Y DECADENCIA DE ESPAÑA.

LOS ESPAÑOLES EN ITALIA

POR

D. FELIPE PICATOSTE.

TOMO SEGUNDO.

MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle del Arenal, núm. 11

1887

Digitized by Google

ES PROPIEDAD

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.ª, calle de Ferraz, núm. 13

Digitized by Google

PARTE SEGUNDA.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN ITALIA.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO PRIMERO.

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO.

CAPITULO PRIMERO.

Estado interior del ejército.

I. Carácter del ejército creado por Doña Isabel.—Cuerpos principales.—Organización interna.—II. Disciplina y moralidad del ejército.—III. Origen de la táctica moderna.—Escritores militares.

I.

El ejército permanente, establecido por las Cortes de Guadalajara en 1390 (1), y formado ya de cuerpos tan brillantes como la guardia de D. Juan II, compuesta de mil lanzas, y la Compañía de *continuos* de su hijo D. Enrique, de 3.600 hombres, adquirió en tiempo de los Reyes Católicos una organización completa y previsora, que le dió una dignidad de que carecía entonces en todas las demás naciones.

No le formaron aquellos grandes reyes, de vagos, ni de perdidos ó expresidiarios, ni de extranjeros á sueldo,

---

(1) Estas Cortes hicieron el Ordenamiento de las lanzas, que fijaba el ejército ordinario de Castilla en 1.000 ballesteros, 1.500 caballos y 4.000 lanzas, necesitándose un presupuesto especial, aprobado por las Cortes, para aumentarle en tiempo de guerra.

Digitized by Google

sino de la duodécima parte de los vecinos honrados, desde la edad de 20 á 45 años, exceptuando los pobres de solemnidad «que demandan ó para quien se demanda limosna», y rechazando á los criminales y gente de mal vivir, procurando, por el contrario, facilitar el que entrasen voluntariamente en el servicio personas ilustradas y de familias distinguidas, de tal modo que pudieran salir buenos jefes de entre aquellos soldados, y fueran las armas un medio de elevarse á los primeros puestos de la nación.

Por otra parte, Doña Isabel dejó á los mismos pueblos la elección de los jóvenes del empadronamiento militar que habían de entrar desde luego en el servicio activo; y con esto, haciendo menos sensibles los inconvenientes de la quinta, conservaba en los pueblos las personas útiles.

Así aquel brillantísimo ejército, sin igual en el mundo, que nos dió las mayores glorias militares, mientras estuvo organizado de esta manera, no causó el grave daño de que con razón se quejan hoy los enemigos del reemplazo por medio de las quintas. Los municipios elegían para el servicio efectivo los hombres que no eran necesarios á los pueblos; no iban á servir los que eran únicos en su oficio en los lugares; no se privaba á la agricultura de brazos necesarios, ni la marcha de un hijo, ante el duro decreto de la ciega suerte, arruinaba como en nuestros días una familia.

Además, los concejos que por muchas razones estaban libres de este servicio y no tenían interés particular en que fueran á la guerra determinados mozos, apelando para ello á injusticias, tan frecuentes hoy, elegían con acierto aquellos jóvenes que por su carácter é inclinaciones eran más propios para la carrera de las armas, de acuerdo con un consejo de vecinos.

Por estas razones nuestro ejército de Italia se componía de hombres escogidos uno por uno en los pueblos, de caracteres resueltos y valerosos, tan propios para la guerra cuando los sujeta una severa disciplina, que mante-

Digitized by Google

niéndoles en el respeto á sus jefes, les permite dar expansión á su genio emprendedor y atrevido en el campo de batalla y en aventuras personales; de estudiantes con la cabeza llena de grandes pensamientos, alimentados por el fervor de la sangre juvenil; de genios atrevidos deseosos de ver mundo, y de hijos menores, que sin más porvenir que su espada, iban á la guerra, deseando hacerse un nombre y una carrera y dejando asegurada la subsistencia de su familia.

Pero no se contentó Doña Isabel con formar de esta manera el ejército activo, sino que organizó militarmente toda la nación de un modo muy semejante á las actuales leyes de armamento. En efecto, mandó que las once partes del vecindario que quedasen libres de este ejército estuviesen dispuestas para ir á la guerra, «si mucha necesidad para ello hubiese», y además dispuso en 18 de Septiembre de 1495 que todos los súbditos, de cualquier ley, estado ó condición, tuvieran armas ofensivas y defensivas, según su facultad; los ricos, armadura de acero, coraza, casco, lanza, espada y puñal; los de mediana hacienda, casco, espada, puñal y lanza ó espingarda con cincuenta balas y tres libras de pólvora, y los de menor hacienda espada y lanza. Dispuso también que estas armas no pudieran embargarse, ni aun para la real hacienda; que en todos los pueblos se hicieran ejercicios en los domingos de Marzo y Septiembre, y estableció premios para los buenos tiradores. ¿Qué diferencia hay de esta organización á la que hoy defienden algunos con los nombres de armamento y tiro nacional?

Desde aquellos tiempos, que bien pudiéramos llamar heroicos, no ha vuelto á verse en España, hasta la guerra de la Independencia, la constante manifestación de un patriotismo entusiasta en todas las clases sociales. En efecto, era una honra servir en el ejército; era glorioso en todos los puestos del Estado recordar que se había militado; buscábase ante todo la gloria de servir á la patria y por

Digitized by Google

ella abandonaban su carrera los estudiantes y alguna vez no sólo las comodidades de la vida, sino pingües rentas aun hombres de cuarenta y más años, que querían tener entre sus méritos el haber sido soldados.

Aquel ejército era verdaderamente hijo de la patria, y por tanto tenía las virtudes que en vano fuera buscar en la degeneración del siglo XVII. Las ideas de rigorosa justicia predicadas por Doña Isabel, que llevaban consigo naturalmente el respeto á todos los derechos, se arraigaron de un modo extraordinario no sólo en el ejército, sino en los pueblos. Desapareció aquella división de mesnadas, milicias concejiles, bandas de los nobles, etc., conjunto heterogéneo de fuerzas armadas en que cada una tenía intereses propios, y casi siempre contrarios á los de las demás, y nació el ejército nacional (1), representante del pueblo y de la nación, bajo la unidad de la autoridad real.

Fué necesario que viniera una dinastía extranjera, rodeada de hambrientos y codiciosos flamencos, para variar algún tanto este noble carácter que Doña Isabel había dado al ejército castellano. Así es que el primer ejemplo de un ejército real que saqueara los pueblos, las iglesias y las casas sin respeto alguno, fué el levantado por el emperador contra las comunidades de Castilla. Sin embargo, ya hemos visto en el capítulo XI del tomo I el escándalo que aquello produjo y la energía y tenacidad

(1) La palabra *real*, aplicada al ejército y á otras cosas públicas, no tenía en tiempo de los Reyes Católicos la significación personal y monárquica que tomó después, hasta venir á ser lo opuesto á nacional. Hernán Pérez en carta al cardenal Cisneros (1516), proponiendo el examen de los oficiales del ejército, decía, que, el de éstos "se puede decir *oficio real*, porque con él se sostienen y acrecen los reinos„.

Las Cortes llevaban el nombre de reino en aquella unión de la corona y el pueblo, y emplearon la palabra real en sentido de nacional.

Digitized by Google

con que los pueblos de Castilla reclamaron contra tales abusos, consiguiendo remunerarse, aunque lentamente, por medio de presupuestos especiales, llamados «descargos del emperador».

Las ideas políticas de los Reyes Católicos hallaron una magnífica ocasión para organizar el ejército en aquella gloriosa guerra de Granada, nunca bien estudiada, donde comenzó el arte militar moderno, que había de elevar á tanta altura el Gran Capitán en las campañas de Italia. Terminada aquella guerra, se introdujo en la organización militar todo lo que allí se había aprendido, y se dió carta de naturaleza en el estado general del ejército á la gran reforma hecha día por día en aquella lucha, ante las necesidades del momento (1).

¡Y qué elementos tan asombrosos supo reunir aquella gran reina en tan célebre campaña! En 1483 acompañaban al ejército 30.000 peones ingenieros, perfectamente disciplinados, para talar los campos; le seguían 80.000 bestias de carga, 2.000 pontoneros, 4.000 gastadores y 30.000 caballerías para el servicio de víveres; y en 1485, mandó la reina 15.000 caballos y 80.000 infantes con tal disciplina que apenas hubo que imponer ningún castigo (2).

La historia militar apenas recuerda cuerpo alguno más brillante que el de *Guardias viejas de Castilla*, que crearon los Reyes Católicos el 2 de Mayo de 1493. Componíase este cuerpo de 2.500 hombres, divididos en veinticinco compañías, cada una de las cuales tenía un capi-

(1) Algunos escritores han indicado que la infantería española tomó mucho de un cuerpo de suizos que trajeron á sueldo los Reyes Católicos en 1486; pero no hemos encontrado nada que justifique este aserto: aquel cuerpo pasó casi desconocido.

(2) Toda esta impedimenta y sus servidores, estaba dividida en brigadas. Cada cien carros de artillería llevaban un jefe, cada doscientas bestias, otro, cada grupo de doscientos pontoneros, carpinteros, herreros, etc., otro.

Digitized by Google

tán, un teniente, un alférez, un estandarte y un clarín; constituyendo la plana mayor un capitán general, un alcalde, un contador, un alguacil y un escribano; composición que tenía por objeto someter á los militares en todo lo que no fuera exclusivamente propio de la guerra, al fuero civil.

Cada soldado tenía dos caballos: uno encubertado con paramentos divisados con las armas de Castilla y de León, y otro, llamado dobladura, que montaba el paje de lanza. Las armas, los uniformes, los adornos, eran de un lujo y de una riqueza verdaderamente asombrosos.

A la creación de este cuerpo, siguió en breve el de *Guardas de la costa de Granada*, ricamente montado, aunque no con tanto lujo, pero organizado también de un modo semejante, resaltando en su composición el espíritu popular y civil que debía encaminar todos los actos del ejército.

D. Fernando el Católico creó en 1507 el cuerpo de estradiotes, intermedio entre la caballería ligera y la pesada. Poco después se organizó este cuerpo con diez y siete compañías de cien hombres, mandados por un capitán, y se añadió á cada una de éstas una sección de escopeteros, quizá como recuerdo del buen servicio que habían prestado estos escopeteros á caballo en la batalla de Toro. Los demás iban armados de lanza y espada, y tenían una organización bastante individual, como la tropa ligera.

El cardenal Cisneros, tan rigoroso en materia de disciplina y tan previsor en política, creó en 1516 el cuerpo llamado de los *pardos* por su uniforme semicivil, y compuesto de 1.000 hombres de toda su confianza, con una organización que á la severidad militar unía cierto carácter popular, algo semejante á nuestra guardia civil y por tanto complemento de la Santa Hermandad. Dividíase este cuerpo en 400 escopeteros y 600 piqueros. Dió su mando á D. Jerónimo de Urañuelo, «gran soldado, que á una esmerada instrucción, reunía una larga experiencia».

Digitized by Google

En 1480 se creó el cargo de capitán general, para resumir en una sola persona, que dependía inmediatamente de la Corona, el mando supremo de un ejército, desterrándo la costumbre de darle temporalmente á los nobles, más bien por su importancia y riqueza ó por su predominio en la corte, que por su representación en el ejército y su historia militar.

No mucho después, atendiendo á la importancia que había adquirido la artillería, organizada ya como cuerpo desde 1475, se creó el cargo de capitán general de esta arma.

Los mismos Reyes Católicos, en 1493, organizaron la compañía creando el cargo de teniente, y poco después reglamentando el de alférez ó portaestandarte. Al año siguiente, agregaron el de sargento ó contador y el de furriel, que más adelante pasó á desempeñar las mismas funciones en nuestros tercios. Crearon también las escuadras de gastadores en la guerra de Granada, y asignaron los tambores y clarines por compañía, siendo declarados de planta en 1505 y fijándose el uso de los toques de clarín en la táctica de Gonzalo de Ayora; asegurando la tradición que son de esta época las marchas, dianas y faginas de las charangas de caballería y de artillería.

Poco después se creó el cargo de tambor mayor, que tenía gran importancia en el ejército, porque servía de parlamentario y embajador militar, y redactaba como testigo los tratados y capitulaciones. Debía saber la lengua, geografía y gobierno de los países con quienes hubiera guerra, así como la táctica de sus ejércitos y todos los toques de corneta, siendo asesor del jefe en las marchas y en cuanto se refiriera al conocimiento del ejército enemigo.

Doña Isabel introdujo también en el ejército la administración y la sanidad militar (1), creando los hospitales

(1) Los franceses remontan el origen de su administración mili-

Digitized by Google

de campaña, el servicio de vituallas, y dotando al ejército de médicos, cirujanos, boticarios y ayudantes, fijándose en 1505 un cirujano por compañía, y después un doctor, un cirujano y un boticario para cada tercio, mereciendo por ello la reina el nombre de *Mater castrorum*. Tan admirables fueron estas disposiciones, que uno de los escritores militares más notables, al examinar estas reformas, dice: «Las extrañas nociones de contabilidad severamente militar, que manifestó aquella señora, no eran fruto del acaso, sino de una predisposición feliz y armónica, que la llevaba á descubrir muy por debajo de su trono, aptitudes y méritos modestos, como el de su intendente Alonso de Quintanilla (1).»

En 1503 se asignaron los capellanes por compañía. El mismo año se crearon los coroneles ó maestres de campo, que eran al mismo tiempo jefes de un cuerpo de tropas, variable en su composición, y capitanes natos de la primera compañía que le formaba. En las clases inferiores, el caporal era lo mismo que hoy se llama cabo; y el cabo de escuadra era un cargo superior, que alguna vez mandaba gran parte de una compañía y tenía en ciertos casos atribuciones de jefe; de modo que esta palabra tenía una significación semejante á la que hoy se da á la de comandante en el servicio de puestos y avanzadas.

Es muy frecuente, por desgracia, oir decir que el ejército español de aquella época, carecía de verdadera organización, concediéndole solamente el valor innato en nuestra raza; y hasta distinguidos literatos han afirmado que se componía irregularmente y que era sólo una turba de

---

tar al año 1550, en que la creó Coligny, pronunciando estas palabras: "Empecemos á formar el ejército por el vientre.„

(1) "Para curar los feridos é los dolientes, dice Pulgar, en la campaña de 1484, la reina enviaba á los reales seis tiendas grandes é las camas é ropa necesaria para los feridos y enfermos, y enviaba físicos é cirujanos é medecinas é homes que los sirviesen, é mandaba que no llevasen precio alguno, porque ella mandaba pagar.„

Digitized by Google

aventureros, aplicando sin duda al que inmortalizó nuestro nombre lo que han leído en libros extranjeros de otros ejércitos en aquel siglo.

Sólo la ignorancia puede hacer tales afirmaciones. Respecto del primer punto, ya hemos dicho cómo se formaba el ejército; y respecto del segundo, bastará leer lo que decimos más adelante. Había, es verdad, un reclutamiento ó alistamiento voluntario, además de la quinta: se hacía por los capitanes, los cuales nombraban á su alférez ó abanderado así como los cabos y sargentos; pero esta compañía unidad estaba sometida rigorosamente al maestre de campo, que muchas veces intervenía en el alistamiento, y á los demás jefes que el general variaba libremente en cada uno de los momentos de la guerra. Además, precisamente este reclutamiento servía para abrir las puertas del ejército á las personas distinguidas; de tal manera que casi todos nuestros escritores y hombres célebres que militaron en Italia, entraron á servir por este medio.

No es menos injusta la suposición de que enviamos siempre al extranjero un ejército sin sueldo, que se veía obligado á vivir del pillaje; lo cual si pudo ser cierto, como en todas las guerras, en momentos dados, dependió de la falta de recursos en el tesoro público, de las mismas vicisitudes de la lucha y de otras causas semejantes, sin que fuera un estado permanente, ni menos un sistema, hasta el siglo XVII.

Hay en este punto una culpa ó un defecto general que recae sobre nuestro carácter y de que hemos hablado al principio de esta obra. La excesiva confianza, el entusiasmo, la imprevisión, la falta de cálculo, propia de nuestro genio, han hecho emprender las guerras y enviar siempre los ejércitos, sin pensar casi en los medios de mantenerlos. El soldado español, desde las guerras con los romanos hasta la de la Independencia y nuestras recientes guerras civiles, no ha contado nunca más que con su brazo, al paso que en la organización de los ejércitos extranjeros

Digitized by Google

se ha contado ante todo con lo que hoy constituye la administración militar.

Los mismos reyes y generales no dieron jamás en España importancia alguna á la paga de los soldados. Don Fernando el Católico escribía al embajador en Nápoles, diciéndole que lo de las pagas del ejército era cosa de poca monta y en nada había de impedir que se cumplieran sus órdenes; Gonzalo de Córdova jamás ocultó á sus soldados que no tendrían paga, ni aun que comer; el marqués de Pescara les decía que ni él mismo tenía un ducado, y Antonio de Leiva no quería comparar á los españoles con los suizos y alemanes, que no peleaban si no se les pagaba y daba buena ración.

Aun en los tiempos en que el ejército iba ya perdiendo sus virtudes, D. Juan de Austria llamaba *niñería* la cuestión de las pagas. «Magníficos señores, amados y amigos míos, los capitanes, oficiales y soldados de la mi infantería... Venid, pues, amigos míos... y no os detenga el interés de lo mucho ó poco que se os dejase de pagar; pues será cosa muy ajena de vuestro valor preferir esto, que es una niñería, á una ocasión donde con servir tanto á Dios y á su majestad podéis acrecentar la suma de vuestras hazañas, ganando perpetuo renombre (1).»

Los sueldos eran variables, porque dependían de las condiciones del enganche y de la categoría de los soldados. Dividíanse éstos en rasos ó nobles y voluntarios: solían tener los primeros de dos á cuatro escudos y el doble los segundos. Había también servicios especiales que se pagaban con un aumento en el sueldo y soldados aventajados ó distinguidos que estaban exentos de ciertos servicios mecánicos por su categoría ó por sus servicios anteriores, y cobraban uno ó dos escudos más. El alférez solía cobrar quince; el capitán de infantería cuarenta; el de ca-

(1) Carta del castillo de Anamur de 15 de Agosto de 1577.

Digitized by Google

ballería ochenta y el sargento mayor ciento. El maestre de campo de Nápoles cobraba dos mil ducados anuales.

Estos sueldos parecerán cortos; pero estaban en relación con los demás; no eran miserables cuando un embajador cobraba cuatro ducados al día. Por otra parte, estos sueldos variaban según los países y las necesidades del ejército.

Felipe II por regla general rebajó los sueldos del ejército en vista de la penuria del Erario, conservando, sin embargo, mayor sueldo en las expediciones lejanas. El tercio de Moncada, cuando salió de Sicilia para Corfú en 31 de Julio de 1572, se componía de 1.568 hombres, cuyos sueldos, inclusos los de los oficiales, importaban 7.468 escudos al mes.

El coste de la infantería española en Nápoles el 16 de Enero de 1577, según cuenta que existe en el Archivo de Simancas, era de 24.500 escudos, y estaba compuesta de cuarenta y tres compañías de infantería española, que sumaban 5.632 soldados, veinte compañías viejas, 2.555 y veintitrés compañías nuevas 3.077.

Los tercios de Lombardía, Nápoles y Sicilia estaban organizados de la manera siguiente: Plana mayor. Maestre de campo, cuarenta escudos al mes; sargento mayor, veinte; furriel, veinte; municionero, diez; tambor general, diez; capitán barrichel de compañía, doce; teniente de ídem, seis; médico doctor, doce; cirujano, diez; boticario, diez; capellán, doce; ocho alabarderos alemanes (gastadores ó hacheros), cuatro cada uno. Total 194 escudos mensuales por tercio.

Cierto es que por causas que más adelante examinamos, estos sueldos no se abonaban regularmente, llegando á faltar alguna vez gran número de pagas, como sucedió casi siempre en las guerras de Flandes, abonándose otras con marcado atraso, y repartiéndose en muchas ocasiones el dinero de la asesoría del ejército según las necesidades personales y las reclamaciones de los soldados,

Digitized by Google

atendiendo en primer término á los heridos y á los que tenían en su favor mayores deudas (1).

La pobreza del soldado fué en aumento durante el siglo XVI, hasta el punto de que Cervantes la describe de un modo inimitable: «No hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene tarde ó nunca, ó á lo que garbeare con sus manos con notable peligro de su vida ó de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala, y en la mitad del invierno se suele reparar de la inclemencia del cielo estando en la campaña rasa con sólo el aliento de su boca.»

Esta pobreza, hija ya en aquella época de la miseria pública, comenzó á extenderse á los inválidos y retirados. Hasta los últimos años del reinado de Felipe II los soldados viejos ó inutilizados en la guerra recibían destinos ó comisiones civiles ó pensiones personales en atención á sus méritos, y en algunos casos cantidades alzadas para establecerse. Así consta por algunos documentos y reales cédulas, y entre ellos una cédula por la cual se concede á varios soldados que se retiren á su casa con toda la paga en premio de sus servicios.

II.

La disciplina que llevó nuestro ejército á Italia era

(1) Como prueba de estas palabras y dato curioso, consignaremos aquí que el 15 de Enero de 1572 se mandaron dar veinte ducados á Cervantes; el 9 de Marzo otros veinte, para curarse de las heridas; el 11 de Febrero de 1573, diez escudos á cuenta de lo que se le debía; el 6 de Marzo veinte escudos, también á cuenta; el 15 de Febrero de 1574, treinta escudos, y el 10 de Marzo otros treinta. Además, en 28 de Enero de 1572, se repartió un dinero á los heridos de Lepanto, tocándole á Cervantes veinte ducados; y el 17 de Marzo se hizo un nuevo reparto, recibiendo el insigne escritor veintidos escudos.

Digitized by Google

tan admirable, que asombraba á los italianos y á los demás extranjeros.

Era tal la seguridad de que nuestros soldados no faltarían jamás á sus deberes y vencerían mientras pudieran sostenerse, sin desfallecer por el hambre, que el datario Ghiberti escribía de orden del papa, dando instrucciones para hacernos la guerra en 10 de Junio de 1526, diciendo que se impidiese á toda costa el que recibiesen dinero, porque en este caso los lansquenetes alemanes sin pagas abandonarían al César, pero los españoles seguirían sirviendo y peleando, aunque no se les pagara. Y si alguna vez se perturbó esta disciplina, los mismos italianos, que padecían sus fatales consecuencias, lo disculpan, como Guicciardini, diciendo que la licencia de los españoles era debida á una causa, si no justa, á lo menos necesaria, porque no los pagaban y vivían en una situación tan difícil como la miseria en medio del triunfo (1).

Carlos V quiso dar á entender lo que respetaba aquella disciplina lejos de la patria y la consideración que le merecían nuestros grandes capitanes, cuando en una revista, tomando un arcabúz, formó entre los soldados, diciendo al contador: «Apuntad que Carlos de Gante pasa muestra como soldado en la compañía de Antonio de Leiva.» Y verdaderamente no disonaba su formación en aquellas filas al lado de Juan de Herrera y de otros soldados, que han merecido estatuas y monumentos como el mismo emperador (2).

Prueba también del respeto que merecían nuestros soldados, puede ser el recuerdo de que D. Juan de Austria,

---

(1) Federico II de Prusia asegura que la disciplina española se debe al emperador Carlos V. Esta disciplina nació verdaderamente con la pragmática de los Reyes Católicos de 1495 y fué creada por el Gran Capitán.

(2) Se repitió este ejemplo en 1535 en Túnez, donde habiéndose puesto el emperador á las órdenes del marqués del Vasto como soldado, éste le mandó "tomar su puesto en fila„.

Digitized by Google

vencedor en Lepanto, les escribía encabezando así sus cartas: «A los magníficos señores, amados y amigos míos, los capitanes y soldados de la infantería española.» El Gran Capitán usaba en las voces de mando y en las cartas la fórmula «Señores soldados;» y D. Luis de Requesens decía también en sus órdenes: «Capitanes y soldados de la infantería española: muy magníficos señores.» Pescara los llamó siempre señores, hijos, amigos y hermanos. El mismo tratamiento se encuentra en muchos autores así italianos como españoles, entre los cuales pueden citarse Dávila, La Sala y Abarca y muchos de nuestros poetas, entre ellos el mismo Cervantes, cuando dice:

Voacé tiene razón, señor soldado.

Algunos militares é historiadores, entre los cuales debemos citar al Sr. Almirante, han querido explicar los actos de indisciplina, y han conseguido demostrar que, aun después de haber empezado la decadencia de nuestro ejército, ni una sola vez dejó de pelear con su acostumbrado valor; que supo reemplazar dignamente á los jefes cuando los deponía en un motín, y que sus más profundas alteraciones y tumultos no turbaron jamás la verdadera disciplina. Entre el gran número de estos honrosos ejemplos es memorable el de la sangrienta y gloriosísima batalla de Monk el 14 de Abril de 1574, en que nuestros soldados obtuvieron la victoria, no sólo por su valor, sino por su gran disciplina, amotinándose dos días después, deponiendo á sus jefes, nombrando soldados *electos* para que los mandaran, conservando en esta actitud rebelde la mayor subordinación, pero pidiendo enérgicamente las *treinta y siete* pagas que se les debían. El apologista de Napoleón, que ha dicho que jamás había existido disciplina como la que este general introdujo en el ejército francés y que no ha existido nunca soldado más virtuoso y más lleno de abnegación, ¿podría decirnos si los ejércitos

Digitized by Google

napoleónicos se habrían batido de este modo debiéndoseles *treinta y siete* pagas ó llevando más de treinta horas sin alimento?

Y en efecto, estos ejemplos admirables, que no abundan en ningún ejército del mundo, estas alteraciones que no se atrevieron á castigar hombres tan rígidos como el Gran Capitán, Antonio de Leiva, Sancho Dávila y Requesens, demuestran que la disciplina se conservaba por alguna razón más alta que la severidad de la ordenanza y el efecto del castigo; y que la superioridad de nuestras tropas y el buen sentido de aquellos hijos del pueblo, contribuían no menos que la fuerza á hacerles cumplir los deberes para con la patria y á reclamar en nombre de la necesidad contra la injusticia de gobernantes abandonados.

Sublévanse aquellos heroicos soldados del Gran Capitán cuando se les deben diez y ocho pagas y llevan dos días sin comer; impulsados por el hambre penetran en su tienda, amenazando con lanzas y mosquetes; y basta que Gonzalo separe suavemente con la mano desnuda la pica del primero que amenaza su pecho, diciéndole con dulzura: «*Aparta, que me vas á herir sin querer,*» para que aquellos soldados vuelvan á la obediencia y juren morir por su jefe. Basta que en otro motín, en medio de igual ó mayor miseria, el marqués de Pescara se presente á los rebeldes y les diga: «Hijos míos, no pongáis esperanzas en pagas, que no han de venir; y yo nada puedo daros, porque estoy tan pobre como vosotros, de modo que el pedir es cosa inútil,» para que aquellos valientes le aclamen y vitoreen.

Los que por excesiva ligereza, por adulación al poder ó por una falsa idea de la disciplina han culpado á aquel ejército, debieran explicarnos por qué aquellos grandes caudillos, tan cuidadosos de la disciplina, no castigaban tales alteraciones; por qué Gonzalo de Córdova sólo castigó á los que cometían desmanes ajenos á la disciplina interior y jerárquica, como al soldado que se atrevió á faltar al respeto á su hija Elvira, el cual amaneció al día

Digitized by Google

siguiente colgado á la puerta de su misma tienda; por qué algunas veces, como después de la batalla del Garellano y de la toma de Gaeta, castigó con su mano al infante que, violando la fe de la capitulación y las órdenes de su jefe, quiso quitar una cadena á un enemigo, inspirando tal terror su actitud, que el criminal, perseguido por la espada de Gonzalo, se arrojó al mar.

Nos hemos detenido algo en este punto, porque viene á corroborar cuanto en otras manifestaciones de la vida pública vamos indicando en este libro. El orden, la disciplina, el cumplimiento de los deberes, no sólo en el ejército, sino en todos los cuerpos y colectividades, se consigue solamente por el rigor de la fuerza y por la dureza de la ley y del castigo cuando se trata de personas ignorantes y de escasa educación; pero cuando la colectividad se compone de personas distinguidas, ilustradas ó de buena educación, es casi inútil el rigor de la pena; porque bastan el concepto del deber y el propio sentimiento para conservar las buenas relaciones entre superiores é inferiores y los mutuos deberes entre los individuos. No de otro modo se conserva la disciplina y el respeto en las corporaciones sabias y oficiales, donde cada uno se siente capaz de desempeñar el cargo de jefe. Así los ejércitos franceses y alemanes se convertían en verdaderas hordas de bandidos en cuanto rompían un momento la disciplina que les llevaba al combate, cosa que jamás hicieron los españoles.

En este punto ha llamado la atención de todos los historiadores militares que en aquel período y hasta en las mismas ordenanzas de 1632, cuando ya el ejército había perdido su carácter, no se castigara la indisciplina sino solamente con la expulsión del ejército, al mismo tiempo que se penaba del modo más duro cualquier acto que indicase cobardía, sin que en este caso llegara muchas veces á imponerse el castigo reglamentario, porque los mismos soldados le imponían, haciendo justicia por su mano.

Digitized by Google

Puede servir de ejemplo la campaña de 1503, en la cual, habiendo atacado un cuerpo francés el fortín de Garellano, defendido solamente por diez soldados españoles, éstos, por miedo ante fuerzas superiores, desmayaron, se rindieron ó huyeron, llegando seis de ellos al centro del campamento. El ejército entero se sublevó contra aquellos infelices, y antes de que pudieran acercarse á la tienda del Gran Capitán á dar cuenta del ataque, fueron literalmente hechos pedazos con las picas, las alabardas y las espadas, denostándoles de cobardes y gritándoles: *¡Antes debíais morir!*

Era en verdad el mayor castigo arrojar á un soldado de las filas ó dejarle sin armas un día de pelea, y entonces aquellos veteranos de bigote encanecido y de rostro atezado, que exponían con tanta facilidad su vida y estaban acostumbrados á presenciar cuadros tan horribles, lloraban como niños pidiendo perdón. Cuando Martínez de Leiva castigó á sus soldados mandando plegar la bandera y disponiendo que aquellos valientes se retiraran de la vanguardia, lloraban abrazados á sus picas, y el mismo maestre de campo no pudo contener sus lágrimas ante todo el ejército.

La severidad de la disciplina no se oponía, según hemos dicho, al trato con los soldados, ni tampoco á que en los casos arduos y peligrosos el general los oyese y consultase. El Gran Capitán dejó tan infiltrada esta costumbre, que el capitán general D. Alonso Enríquez refiere que en 1523, habiendo salido á pelear, se le acercó un soldado y le dijo: «Señor, el Gran Capitán, de gloriosa memoria, que fué más esforzado que Aníbal, más sabio que Salomón y más franco que Alejandro, la principal cosa que tenía era escuchar á los soldados, oía á todos los que le querían aconsejar y después hacía lo que le parecía.» Ejemplos iguales se citan de otros jefes, y especialmente del marqués de Pescara y de D. Hugo de Moncada, virrey de Nápoles.

Digitized by Google

De este modo la disciplina estaba fundada no sólo en la obediencia pasiva, sino en un cariño y en un respeto casi filial, que después se reflejaba entre los soldados convirtiéndose en fraternal.

Como prueba de este cariño que el Gran Capitán supo inspirar entre sus soldados, podríamos citar muchos hechos caballerescos, no sólo entre inferiores y superiores, los cuales estaban incluídos en los deberes de la disciplina, sino entre soldados que se juraban ser amigos y hermanos.

De aquí nació sin duda la recíproca obligación de los *camaradas*, que durante el siglo XVI llegaron á formar grupos que se auxiliaban mutuamente así en los peligros como en todos los actos de la vida (1). Londoño recomienda estas amistades, que dieron motivo á muchos actos heroicos de compañerismo, y en las ordenanzas de 1632 se atribuyen parte de los males que ocasionaban la decadencia del ejército á la pérdida de esta costumbre, hasta el punto de decir que los camaradas «habían conservado la nación española». «De haberse relajado en mis ejércitos

(1) Había en aquella época costumbre de jurarse amistad por toda la vida entre los militares. Véase, como curiosidad, el acta de uno de estos juramentos.

"Prendadas las ánimas y obligadas las conciencias..... martes, antes del mediodía á 12 de noviembre, año de nuestro Salvador de 1532, D. Alonso Enriquez é yo Pero Ortiz de Zúñiga, entramos en la iglesia de San Miguel, parroquia en la ciudad de Sevilla, y pusimos nuestras manos derechas encima de un ara consagrada..... y juramos por Dios..... de ser hermanos en amor y muy firmes y buenos amigos desde el dicho dia hasta el postrero de nuestras vidas del uno y del otro, y de ayudarnos y defendernos en dicho y en hecho, en ausencia y en presencia, con nuestras personas y haciendas, contra todos los que á él y á mí quisieren ofender, aunque tengan deudo ú otra deuda alguna, ni sea hermano natural, ni amigo..... lo prometemos como caballeros fijosdalgo, una y dos y tres veces y tantas cuantas veces el derecho y ley de caballería permite; fecha en el mismo dia y firmado de mí el dicho Pero Ortiz, que recibo otro traslado de ésta y del mismo D. Alonso.„—(*Vida de D. Alonso Enriquez de Guzmán.*)

Digitized by Google

la buena y loable costumbre que solía haber de que los soldados viviesen en camaradas, se han seguido inconvenientes de gran consideración y que necesitan de remedio..... y para que estos inconvenientes se excusen y las cosas se reduzcan á la parsimonia que pide la soldadesca, viviendo en camaradas, que son los que han conservado la nación española, porque un soldado solo no puede con su sueldo entretener el gasto forzoso, como juntándose algunos lo pueden hacer, ni tiene quien le cure y retire si está malo ó herido.»

Así cuando después de la batalla de Ravena Fernando el Católico se asustó más de lo que debía y pensó enviar al Gran Capitán á Italia para remediar aquel desastre, los nobles, los caballeros, los soldados, la misma guardia del rey corrieron á alistarse bajo sus banderas, ofreciéndose muchos á servir sin sueldo, con ansia solo de la gloria, y en un momento se formó en Antequera aquella brillantísima división, disuelta por la suspicacia del rey en cuanto se cercioró de que la derrota de Ravena había sido más para los franceses que para los españoles. ¡Qué extraño parecerá que aquel jefe queridísimo se despidiera tan tiernamente, derramando lágrimas, y repartiera entre aquellos *amigos* cien mil ducados entre dinero y alhajas, y que ninguno de ellos quisiera alistarse en el ejército del mismo rey para la guerra de Navarra!

¡Qué extraño puede parecer que aquellos soldados llamaran siempre á Gonzalo padre y señor, hermano y amigo, Alejandro virtuoso, Salomón de las armas, César prudente, y otras frases con que muchos en su ancianidad, retirados en un convento después de la azarosa vida militar, le recordaban con tanto entusiasmo como cariño y gratitud!

A la par de la disciplina se conservaba la moralidad, hasta el punto de que son contados y muy especiales los hechos que se recuerdan de abusos de aquel ejército respecto de las mujeres, á pesar del estado de inmoralidad

Digitized by Google

de Italia y del ejemplo de los demás ejércitos. Gonzalo tuvo en este punto un rigor excesivo, procurando alejar á los soldados de los sitios peligrosos y del ocio, que protege el vicio, teniéndolos siempre ocupados en actos militares é inspirándoles altas ideas sobre los deberes del ejército.

La pureza de sus ideas y costumbres era en esta materia excesivamente rigorosa. «El Gran Capitán, dice Prescott, no estuvo manchado con ninguno de los vicios groseros de su época; no se le notó nada de aquella crueldad y libertinaje que afea los tiempos de la caballería; siempre se mostró dispuesto á proteger al sexo débil contra toda injusticia ó insulto; aunque sus maneras distinguidas y su clase le daban grandes ventajas con el bello sexo, jamás abusó de ellas, y ha dejado fama, que ningún historiador ha puesto en duda, de irreprensible moralidad.»

Esta virtud llegó á reflejarse en el ejército, no dejando entrada á los vicios en almas sólo ocupadas de la ambición de gloria. Así es que aquellos soldados temblaban á la menor falta de este género, como demuestran muchos documentos. D. Alonso Enríquez refiere el miedo que tenía á ser preso por haber sido un poco tiempo amigo de una mujer pública á quien conoció en Sicilia, abandonándola en breve.

Esta moralidad duró en Italia hasta que, comenzada también la pérdida de las costumbres en la Península bajo el absolutismo y la teocracia, llegaron los tristes días en que el mismo duque de Alba concedía á su ejército ocho mujeres por compañía, y en que se decía que en los asaltos «eran más las mujeres que quedaban preñadas que las que malparían».

III.

Con la seguridad de esta disciplina y la ilustración de aquellos soldados pudo el Gran Capitán dar á su ejército

Digitized by Google

una organización tan perfecta, que sus marchas, sus ataques y los movimientos todos de la estrategia se realizaban sobre el campo de batalla con la misma exactitud con que se concebían en la mente de Gonzalo.

El Gran Capitán establece la diferencia entre tropas ligeras y pesadas, no sólo en el nombre y en las armas, sino en el rigor del servicio encomendado á cada cuerpo; crea algo semejante á la antigua falanje macedónica con su reducido ejército; pero dándole en la organización interna una vida, una riqueza y una fecundidad que no tuvo la falanje.

Multiplica los soldados haciéndoles aptos para varios servicios; hace que cada uno lleve su comida y sus municiones; enseña á cada uno á auxiliar á su camarada y á repartir el peso en proporción de las fuerzas; emplea la caballería para llevar divididas las raciones, suprimiendo la impedimenta, como en la marcha de Atella; ó para trasladar con rapidez á los infantes, como en la de Ceriñola, suprime aquel enorme número de villanos, que precedían al ejército para abrir paso, allanar el camino y fortificar el campamento, creando los gastadores y los ingenieros, que prestan al mismo tiempo el servicio de soldados; y así hace de sus compañías aquellas «torres inexpugnables en que pelean y triunfan cinco contra ciento».

Por estos medios nuestro ejército adquiere una gloria que dura todavía y que durará mientras haya historia militar, modificando por completo la guerra antigua y sometiéndola á los preceptos de lo que después ha constituído la ciencia militar, sometida al arte, al talento y á la cultura.

En aquellas campañas nacen casi todos los medios de defensa y de ataque que conoce la guerra moderna. Allí se inventan por Pedro Navarro (1) los hornillos y las mi-

(1) Las minas fueron empleadas según se cree por primera vez en el sitio de Málaga por Pedro Navarro en 1487, y fueron perfec-

Digitized by Google

nas de guerra, que tanto terror causaron al enemigo, y allí se encuentra el principio de los cohetes á la *congrève*, de que hicieron uso los soldados en la sangrienta batalla de Ravena, causando inmenso estrago en el enemigo (1).

Aquellas guerras permitieron desarrollar todos los nuevos conceptos del arte militar, no siendo por tanto extraño que fuese español también el primer ingeniero que escribió de fortificación, Pedro Luis Escribá, valenciano (2).

El Gran Capitán pretendió además hacer más humana la guerra y evitar la triste situación de los prisioneros, reglamentando el canje. Con este fin concertó con los franceses que cada infante ó peón hubiera de dar por su rescate la paga de un mes, el hombre de armas la de tres, el capitán de infantería y su alférez la de seis, el capitán de una banda de caballos la de un año, y los capitanes y aventureros de la clase de nobles un rescate al arbitrio de cada general.

Este útil y humanitario concierto duró hasta la batalla de Ravena, después de la cual mandó el rey de Francia que «ningún capitán, oficial ó soldado diera suelta á ningún prisionero de buen nombre y apellido sin consul-

---

cionadas por el mismo en la guerra de Italia, según el testimonio de casi todos los italianos y españoles. Sin embargo, en 1559 se publicó en Venecia un tratado de piroctenia por Vannuccio Birinouccio, en el cual se atribuye el invento á Francisco Jorge, siendo Navarro el que lo practicó.

(1) Estos primeros cohetes parece que consistían en unos fuegos azufrosos encerrados en tubos de madera de tres pies de largo y cubiertos de barro cocido.

Los describen Guicciardini y Paulo Jovio; pero especialmente Jerónimo Rubeo en su *Historiarum Ravenatum: Hispani sulphureis ignibus usi sunt, quos ligneis tubis tripedalibus, atque illis testaceis inclusos, mirabili successu in hostes jaciebant.*

(2) El alemán Zastrow ha negado esta primacía en un *Tratado de fortificación*, suponiendo que Escribá debe estar en segundo lugar porque le antecedió Alberto Durero. Ignorándose el año preciso en que escribió nuestro compatriota, es insoluble la cuestión.

Digitized by Google

tarlo primero con él, para que, pagando primero cierta cantidad al que le hubiera cogido, le quedase entera libertad de retenerle en su poder».

Con todo esto, el Gran Capitán crea una época nueva, origen de todos los progresos militares de nuestra edad. La táctica moderna comienza en aquella notabilísima campaña de Toro de 1476, la cual, según un escritor militar tan profundo como el Sr. Almirante, aplicando nuestro actual criterio, satisface plenamente los preceptos de la estrategia, de la táctica, de la política, en que el militar crítico no sabe qué admirar más, si la habilidad de Fernando ó la previsión militar de Doña Isabel.

La estrategia se perfecciona en las guerras de Granada (1); allí se consolidan el ejército, la táctica, la disciplina, las unidades militares que han predominado después en Europa. Gonzálo de Córdova es el intérprete de los grandes pensamientos de Doña Isabel respecto del ejército; á su lado brotan genios militares, que le ayudan, y crea el modelo de los ejércitos, que triunfa en las campañas más notables de la historia, hasta asustar con ellas y con aquel pequeño cuadro de soldados al mismo Rey Católico, que separa á Gonzalo y trae inmediatamente de Italia sus tropas, para evitar que le puedan coronar rey. ¡Y qué tropas! Llegadas á España con ellas, dice un escritor militar, bien puede Cisneros y Pedro Navarro hacer en pocas horas la conquista de Orán (1509); con ellas bien puede el Rey Católico conquistar en quince días la Navarra (1512), y estrechar á Francia por allí, por el Ródano y por Italia. Y cuando por tercera vez ante un nuevo pe-

(1) Créese que en el plan de la campaña de Granada influyó poderosamente Diego de Valera, célebre por su valor personal, demostrado en duelos y pasos de honor en Francia y Alemania y en la guerra con los moros. Escribió un *Tratado sobre los desafíos*, otro *De las armas*, otro *Sobre la Providencia*, la *Cronología de los reyes de Francia*, el *Tratado de verdadera nobleza*, la *Crónica abreviada de España*, impresa en Sevilla en 1484 y otras obras.

Digitized by Google

ligro Gonzalo ofrece su espada al Rey, tiemblan Francia é Italia, y la juventud española se apresura á alistarse bajo el Gran Capitán, de tal modo que vuelve á temer el cauto Fernando, y deja morir víctima del despecho y de la ingratitud al hombre que había dado á España tanta gloria.

Pero no está el mérito de esta gloria sólo en los triunfos (1), está en aquella admirable previsión, que llegaba á la profecía, en aquel conocimiento profundo de la táctica, de las necesidades del ejército, del corazón del soldado, de la alianza del valor con la hidalguía y del límite que separa el arrojo de la temeridad. Así da el Gran Capitán el único ejemplo en la historia de un general que no se equivocó nunca y que venció siempre. Aseguró la derrota en el primer combate de Seminara, anticipó la noticia del triunfo en Ceriñola y en el Garellano, pidió ocho días para tomar á Ostia y lo consiguió, con igual previsión conquistó á Cefalonia, y comunicó éste don de profecía á los demás jefes del ejército hasta un punto que parece más propio de la leyenda y del poema que de la historia. Estas profecías siguieron constantemente en el ejército; ellas anunciaron el desastre de Ravena; y por una de ellas el marqués de Pescara contestó al comisionado que le fué á ofrecer dinero en nombre de Francisco I, horas antes de la batalla de Pavía: «Decid al rey que le guarde, porque bien sé yo que dentro de poco lo habrá menester para su rescate.»

Así nació el arte militar moderno, cuyos maestros fueron todos italianos ó españoles. Maquiavelo, aquel ingenio tan sutil y tan patriótico, descubrió con un golpe de vista infalible la necesidad de oponer á las armas españolas una táctica igual; y llevado por su amor á la patria escribió el libro del *Arte de la guerra*, pretendiendo unir los

(1) "Vencer con la fuerza de las armas es propio de los soldados, pero anticipar la victoria es obra sólo de grandes capitanes,„ dice un biógrafo de Gonzalo de Córdova.

Digitized by Google

sentimientos de la antigua Roma con lo que aprendió en la táctica de la infantería española. Su obra, imitada libremente en castellano por Diego de Salazar, y después traducida á todas las lenguas de Europa, fué con los demás libros españoles el texto universal donde se aprendió el concepto del ejército moderno y la táctica y estrategia sólo modificada, pero no variada en su esencia, por Federico de Prusia y por Napoleón.

Toda aquella ciencia militar, que aún hoy es objeto de tan profundos estudios, se aprendió en nuestro ejército; todos sus autores sirvieron en las filas españolas; y los críticos y bibliógrafos modernos confunden con frecuencia á aquellos escritores militares, haciéndoles indistintamente hijos de una ú otra nación (1).

Ante todos estos hechos no tiene nada de extraño que

---

(1) Además de las obras citadas con frecuencia en este libro, debemos recordar el *Tratado de re militari hecho á manera de diálogo*, por Diego de Salazar. Madrid, 1586, y Bruselas, 1590.

Diego de Salazar sirvió en Italia como capitán de Gonzalo de Córdova, y tuvo un hijo, llamado Pedro, que escribió en 1548 sobre la guerra de Alemania, la *Crónica de Carlos V* (Sevilla, 1552), la historia de la guerra de África (Nápoles, 1552), la *Hispania victrix* ó las guerras con los moros desde 1546 á 1565 (Medina del Campo, 1570).

Nuevo tratado y compendio de re militari. Medina del Campo, 1569.

Libro intitulado arte militar. Pamplona, 1582.

Espejo y disciplina militar, por Francisco de Valdés. Bruselas, 1586, 1589, 1590, 1596, Madrid, 1591, Amberes, 1601. Fué traducida al italiano dos veces: *Specchio et disciplina militare nuovamente tradotto dalla lingua spagnola da Gio. Paolo Galluci Sallodiano*. Venecia, 1626.

Compendio del arte militar, por Comorano, 1591.

Arte militar, compuesto por Juan de Carrión Pardo.

Doctrina militar, por Bartolomé Scarión de Pavía. Lisboa, 1598. Scarión era de una familia de militares, sirvió en Italia y en Portugal, mereció ser oficial y aventajado, tenía gran erudición y escribió su obra á muy avanzada edad.

Teórica y práctica de la guerra, por D. Bernardino de Mendoza. Madrid, 1595. Traducida al italiano por *Sallustio Grazii*, en Venecia, 1596; al francés en 1598 y al alemán en 1667.

De jure et officiis bellicis ac disciplina militare, por Baltasar Ayala. Amberes, 1597.

Diálogos militares, por Diego García de Palacio. Méjico, 1583.

Digitized by Google

un escritor contemporáneo exclame: «El cuadro histórico militar del siglo XVI es por todo extremo grandioso y pintoresco. Nadie, tomándolo en conjunto, ha osado todavía tantear ni aun el boceto; sería para ello menester usar pinceles parecidos á los que requirió el fresco de la capilla Sixtina.»

Digitized by Google

CAPITULO II.

El ejército español y los extranjeros.

I. Armas.—La espada.—Su pasado y su porvenir.—Esgrima española.—La pica.—Admirable uso que de ella hacen los españoles.—II. Ilustración del ejército.—Comparación de los ejércitos español, italiano, francés y alemán.—Opinión de los extranjeros sobre el nuestro.—Generosidad española.—III. Resistencia que encuentran las armas de fuego y especialmente la artillería.—Duelos.

I.

Tal era en conjunto la organización general de nuestro ejército, en la cual hay indudablemente mucho que admirar. Pero si de ella descendemos á las condiciones personales de los soldados, todavía encontraremos cosas que elogiar y que den alta idea de aquellos españoles.

El uso de la espada corta, que exige tanto valor como destreza, era tradicional en España. Los romanos, según el testimonio de Tito Livio y Polibio, tomaron de los españoles esta arma y aprendieron de ellos su uso, aterrados ante el estrago que causaban aquellos soldados, que, según describe César, se lanzaban individualmente una y otra vez sobre las cohortes romanas sin darse nunca por vencidos. Los godos abandonaron sus pesadas espadas en España, y los árabes tomaron también la forma española, que más adelante había de hacer abandonar á los suizos

Digitized by Google

el pesado espadón que llevaban con correas á la espalda. El mandoble ó espada grande, manejada con las dos manos, fué en España un arma de uso especial, que no excluía la espada corta.

Con esta tradición nuestros soldados causaron la admiración y el espanto en Italia, manejando la espada con una habilidad tal, que no temieron nunca acometer con ella á los piqueros y á la caballería, derrotándolos casi siempre; mientras que nunca la infantería francesa, suiza ó alemana, se atrevió á embestir á los españoles con espada de cinto. En la batalla de Pavía los españoles destruyeron el núcleo del ejército enemigo, penetrando en él sólo con la espada por entre las patas de los caballos y luchando individualmente; ejemplo que ya había dado Gonzalo de Córdova en Garellano, aconsejando el uso de la espada para luchar cuerpo á cuerpo é inutilizar así la artillería enemiga, más poderosa que la nuestra. En Ravena los soldados llegaron sólo con la espada hasta el general enemigo, dándole muerte.

Por esta razón la esgrima llegó á tener en España una importancia extraordinaria, formando una escuela, que después se unió á la italiana, que trata de resucitarse hoy (1), y que quizá está llamada á adquirir nueva importancia en el porvenir.

---

(1) Tenemos un placer en consignar aquí que en nuestros días está renaciendo la escuela española, impuesta principalmente por los italianos en toda Europa. Jacob, el primer maestro de París, sigue nuestros antiguos preceptos; Merignac ha abierto una sala de espada y daga, y Lamarche ha escrito reproduciendo las teorías y reglas de Pérez de Mendoza. A España han venido, en los días en que escribimos estas líneas, Franconi, Montini y Garnier, italianos y franceses, á perfeccionarse en el arte de la espada con D. Antonio Merino, discípulo de Zea, y último sostenedor de esta escuela, que parecía iba á desaparecer.

Este renacimiento ha producido naturalmente estudios biográficos y bibliográficos, en los cuales los franceses han cometido algunas inexactitudes, entre las que, por lo notables, debemos citar las de Vigeau, que acaba de escribir sobre este asunto, y cita á Jeróni-

Digitized by Google

En efecto, la invención de la bayoneta mató la esgrima de la espada, haciendo inútil esta arma en la infantería y dejándola sólo como distintivo del oficial. Pero hoy la perfección de las armas de fuego va permitiendo reducir la longitud del fusil de tal modo, que siguiendo por este camino y teniendo en cuenta los consejos de entendidos militares y armeros, llegará á usarse la carabina corta de poco peso y gran alcance, con lo cual será muy difícil el uso de la bayoneta, que al fin y al cabo como arma blanca decidirá siempre las batallas.

Ya la bayoneta ha ido creciendo y tomando forma de espada á medida que disminuía el fusil; y creen algunos escritores militares que vendrán tiempos en que renazca el uso de la espada y de su esgrima, en cuyo caso seguramente habrá que recordar algo de la escuela española.

Cuando se generalizó en nuestro ejército el uso de la

---

mo de Carranza, escritor español sobre esgrima del siglo XVI, como portugués, y dice de la obra del marqués de Rada, que tiene dos volúmenes en folio, que es *un petit in folio*.

En España ha escrito con gran acierto resumiendo estas cuestiones D. Juan Plastrón.

Pedro de la Torre escribió sobre sus reglas en 1474, y los Reyes Católicos, conociendo la importancia de este asunto, confirieron en 1478 á Gómez Dorado el primer título de maestro mayor de espada y broquel, título y cargo que ha subsistido hasta D. Justiniano Zea.

Aquella escuela verdaderamente filosófica, que exigía tanto entendimiento como valor, agilidad y fuerza, no fué poca parte en los triunfos de nuestro ejército, y nos dió muchas glorias hasta el primer tercio del siglo XVII, en que todavía Mendoza Quijada, maestro mayor, contendió contra diez, venciéndolos á todos. Estaba fundada, no en prácticas puramente convencionales, como el florete, en el cual no hay más que un juego, de tal modo que el buen tirador está siempre expuesto á ser herido ó muerto por el hombre más inepto y más ajeno al uso de las armas. Tenía por base la constante defensa personal en todos los casos y contra todo género de ataques y de enemigos, y constituía por tanto un verdadero arte de ataque y defensa.

Durante el siglo XVII la nueva táctica acabó con la esgrima de la espada, y sus defensores teóricos se entregaron á ridiculeces, que censuraron con gracia nuestros autores clásicos.

Digitized by Google

pica, los enemigos se quedaron asombrados del partido que los españoles sacaban de esta arma. La manejaban de cerca con la agilidad y destreza de la espada, acometían á la caballería derribando del primer golpe al jinete, y formaban contra la infantería y caballería una defensa á tan larga distancia del cuerpo, que se hacían invulnerables, como si les defendiera una poderosa máquina. Además la empleaban como arma defensiva haciendo molinetes, en que nunca fueron diestros los enemigos, y se defendían mutuamente librando con su largo alcançe al que tenían al lado derecho, operación que era imposible con la espada.

Pero en lo que sobresalieron los soldados españoles hasta el punto de ser admirados por todos los extranjeros, fué en el uso de la pica para salvar obstáculos y asaltar las plazas. Se conservan muchísimos documentos que demuestran esta habilidad especial, incomprensible sin un valor á toda prueba, una agilidad extraordinaria y una fuerza hercúlea en los puños. Con la pica salvaban de un salto los arroyos, los barrancos, las cortaduras, los fosos, los parapetos y trincheras y escalaban las murallas, sin que les estorbara en ninguno de sus movimientos aquella lanza tan larga (1), que con frecuencia arrojaban como arma inútil los alemanes y los mismos italianos, de quienes la habían tomado los españoles.

Entre muchos casos que pudiéramos recordar citaremos como ejemplo la sorpresa y toma de Melzo, en que nuestros soldados, casi formados por compañías, en la oscuridad de la noche, con el suelo cubierto de nieve, en el mayor silencio y bajo la vista y severa disciplina del marqués de Pescara, escalaron la muralla sólo con el auxilio

(1) La pica, según Martín de Eguiluz *(Milicia, discurso y regla del capitán)*, debía tener por lo menos 25 palmos, siendo la mejor medida la de 27, y, según Bartolomé Scarión, debía tener 15 pies.

Digitized by Google

de sus picas, sin que los mismos centinelas del glasis lo sintieran (1).

A esta habilidad en el manejo de la pica debemos añadir que, según el testimonio de los autores contemporáneos, los españoles llevaban esta *reina de las armas* con una gracia inimitable, y cuando ponían la mano que la sustentaba cerca del hombro, teniendo el codo alto, «era gusto el verlos». La *Doctrina militar* daba curiosas instrucciones para el manejo de la pica en facción de guerra y en todos los demás casos:

«Al enarbolar de la pica ha de volver un poco la cabeza con un cierto movimiento de cuerpo, mirando atrás con gracia y aire, como si mirase á la pica, y, mirándola como si no la mirase, pondrá la mano izquierda lo más abajo de la pica que pudiere y enarbolará la pica con facilidad, no mostrando fuerza.»

Hoy apenas se comprende el uso de esta arma, sobre todo en los asaltos, donde era tal la decisión de los españoles que un autor contemporáneo dice: «Como los veían trepar por las paredes lisas y por una delgada pica, ponerse en el muro alto y hacer pedazos los hombres, pensaban que tenían uñas como gatos para subir los cercos y dientes de grifos con que destrozaban las gentes, que no peleaban con hombres sino con diablos, que los españoles se pegaban á las paredes como los murciélagos, siendo imposible arrancarlos.»

Pero lo que mejor puede demostrar lo proverbial del

(1) "Los jinetes españoles, dice un escritor italiano, tenían á su caballo el cariño que habían aprendido de los árabes, de modo que era frecuente verlos llorar su muerte en el mismo campo de batalla y vengarla cruelmente con la sangre de los enemigos. Los soldados de infantería tenían igual cariño á su pica, nunca la abandonaban, y con ella subían de noche por la pared y entraban por el balcón en sus aventuras amorosas y aun en sus casas.„

Sin embargo, ha habido un articulista francés tan poco escrupuloso, que ha dicho que aprendimos de los árabes el uso de la pica y la conservamos en las corridas de toros.

Digitized by Google

valor español en estos asaltos, para no cansar al lector acumulando citas, es la frecuencia con que en el lenguaje vulgar italiano, y tratándose muchas veces de asuntos completamente ajenos á la guerra, se citaba este valor. Sirva de ejemplo la espontaneidad con que Maquiavelo dice:

Non è spagnuol si ardito nel montare
D'un castello alle mura, quanto io penso
Esser nello assalir quella ch'io bramo.

Disputando el almirante francés con el general Lautrec acerca de los soldados españoles, decía aquél: «Son cinco mil infantes, que parecen cinco mil hombres de armas y cinco mil caballos ligeros y cinco mil gastadores y cinco mil demonios;» y el marqués de Mantua se admiraba de que atacasen á la caballería y á la artillería «no como hombres, sino como espíritus aéreos, que no tuvieran carne ni huesos».

La composición especial de nuestro ejército hacía predominar en él la gracia, la gentileza, el valor y el sentimiento del honor. Como abundaban los nobles y los caballeros ilustrados, imponían sus modales y sus costumbres, de modo que cada soldado, aunque fuera de una familia oscura, rivalizaba con los más apuestos cortesanos y tenía su orgullo en no ser menos que ellos en nada. Y no podía ser otra cosa cuando en las compañías formaban como soldados los literatos y poetas que han alcanzado la inmortalidad, cuando el duque de Pastrana servía como soldado, los hijos del duque de Alba y del de Parma llevaban su pica al hombro, lo mismo que la llevaron el marqués del Vasto y el de Pescara (1). En aquellos tercios

(1) Aunque más adelante hemos de hablar de la degeneración del ejército, bueno es decir aquí que La Sala y Abarca, al referir estos hechos en 1681, añade con gran pena: "Esto sucedía en tiempos pasados.„ Todavía en el último tercio del siglo XVI se defendía el que los nobles sirvieran de soldados en el ejército. D. Carlos Coloma, soldado en la compañía de D. Ramón Cerdán, decía: "Así

Digitized by Google

sentó plaza el duque de Osuna en la compañía de Diego Rodríguez con la paga de cuatro escudos; y, sin embargo, en un día de apuro dió cincuenta mil para pagar al ejército. De aquí nacía entre los jefes y soldados un trato digno y decoroso que no hubo en ningún otro ejército, según hemos hecho ya notar; debiendo consignar que este trato no era sólo hijo de la costumbre, sino que le imponían las órdenes, los consejos y las instrucciones, según consta de cuantos escritos militares nos han quedado. «El soldado, fuera de la obediencia que debe á su capitán en el servicio del rey, no es menos que éste y debe tratarle como compañero y amigo, hermano en iguales empresas é intentos de honra», dice Jerónimo de Urrea. «El capitán de infantería española se debe honrar de ser compañero de los soldados, dice Eguiluz (1), porque la nobleza acude á esta infantería y están las compañías llenas de caballeros ó hijosdalgo.»

Por otra parte, aquellos soldados de ánimo resuelto que habían recorrido casi toda Europa, alistándose siempre con los capitanes más famosos y en las empresas más arriesgadas, hasta el punto de sostener con desafíos su

---

se enseña á los grandes señores que aspiran á los primeros cargos militares, cuánto conviene subir á ellos por este camino y no querer empezar á ser generales y soldados en un mismo día, no sólo aventurando lo que quieren que se les encargue, sino su honra y reputación.„

(1) Martín de Eguiluz era vizcaíno; sirvió 27 años en el ejército, hallándose en las guerras de Italia, de Malta y de Portugal y formando parte del tercio de mosqueteros que pasó de Italia á Flandes con el duque de Alba. Ascendió por sus pasos desde soldado á capitán, y siendo sargento de la compañía de Gonzalo Salinas, acuartelada en Alejandría en 1577, contuvo un motín sólo con su presencia. Desempeñó algunos cargos y gobiernos, y estando prisionero en Milán, empleó los ocios del calabozo en escribir el libro titulado *Milicia, discurso y regla del soldado*, impreso en Madrid en 1593 y reimpreso en Amberes en 1595, que es un tratado completo de doctrina militar en lenguaje llano y con curiosísimos consejos al soldado, que resume en estas palabras: "*Métasele en la cabeza que ha de ser capitán.*„

Digitized by Google

derecho á alistarse cuando estaba llena la nómina de las compañías, habían adquirido con el trato de tan distintas gentes y con el conocimiento de tantos países una educación social que les permitía tratar con toda clase de personas y sostener todo género de conversaciones (1).

II.

Con estos antecedentes se comprenderá que los españoles mirasen con cierto desdén á los extranjeros llamándoles «hombres á soldada», mientras ellos eran caballeros

(1) Tal vez nada puede pintar la vida activa é inquieta de aquellos soldados como los siguientes versos de Pedro Barrantes Maldonado:

Desde Alcántara hasta Hungría
Vuestro nombre puesto hé
En cada logis que vía,
Y una letra que decía
Cuanto más lejos, más fe.
Púselo en España, Francia,
Aquitania, Normandía,
La Bretaña y Picardía,
Borgoña, Flandes, Brabancia,
Frisia, Bohemia y Hungría.
En los Alpés le dejé,
En Suevia y la Franconia,
Y en Alemania quedé
Una letra que decía
Cuanto más lejos, más fe.

Estos continuos viajes y las agitaciones de la vida militar no impidieron á Barrantes escribir en Alemania unas trovas entusiastas en honor de los españoles. Comienzan así:

Españoles, españoles,
Cuánto debéis al Señor,
Que todos os han temor.

Escribió además un *Diálogo* en que se refiere el saco de Gibraltas y la derrota de los turcos en 1540, impreso en Alcalá de Henares en 1566, y la *Crónica de Enrique III*, impresa en Sanlúcar de Barrameda en 1541.

Digitized by Google

y «soldados del Gran Capitán ó de Figueroa». Por esta razón se oponían siempre á que sirviesen en nuestras filas soldados de otra nación. Contraíanse alianzas con otros pueblos: suizos, italianos, tudescos y franceses servían á nuestras órdenes; pero siempre formando cuerpo separado, compañías dentro de los tercios y escuadras dentro de las compañías.

Y aunque esto era un principio general de la organización de nuestro ejército, parece por diversas citas y autoridades que hubo especial cuidado en cumplirlo en Italia. «En Italia es costumbre entre la gente de guerra española que ningún capitán reciba soldado sin que el maestre de campo lo vea y lo apruebe; y así no debe permitir que por ninguna vía se admita de nación extranjera, no siendo persona muy particular y conocida (1).»

Pero nada puede darnos idea tan exacta de nuestro ejército como su comparación con los demás que peleaban en Italia y la opinión que de él habían formado los extranjeros.

Nuestros soldados tenían una superioridad indiscutible sobre la rudeza y grosería de los suizos y de los alemanes y sobre la ignorancia de los franceses. Se trataban con los hombres más doctos é ilustrados, asistían á las academias, entraban en las cátedras, y llegaban á quedarse en Italia regentándolas; durante la noche en el mismo campamento ó en la guarnición, así como en los calabozos cuando caían prisioneros, escribían obras notables, que aún se consultan, ó competían con los italianos en enamorar á las damas con sentidos versos ó con la música; en sus viajes y campañas marchaban con la pica ó el arcabuz al hombro hablando de ciencias ó literatura; y con admiración de los mismos romanos y napolitanos se veían en el palacio de nuestros virreyes simples soldados, que,

(1) *Diálogos militares* de Bernardino de Escalante.

Digitized by Google

rompiendo la diferencia de clase y condición, hacían un papel distinguido al lado de los generales y de los secretarios y embajadores, ilustrándoles á veces con sus luminosas observaciones.

Los alemanes, que hicieron siempre un papel secundario como auxiliares en las guerras de Italia, tenían indudablemente más elementos que los italianos y los franceses para constituir un ejército ordenado. Sobresalían en la artillería; su infantería era terrible en la resistencia y en el manejo de armas pesadas, y prestó siempre grandes servicios en los trabajos de fortificación, distinguiéndose sus gastadores; la caballería húngara era la mejor de Europa, y por una afinidad misteriosa, según consignan nuestros escritores, simpatizó desde el primer momento con nuestra infantería (1). Pero la pesadez de sus movimientos, la rudeza natural de las masas para comprender la táctica, la falta absoluta de entusiasmo y de amor propio, la carencia de instrucción individual, la costumbre de tomar la milicia como oficio, el poco sufrimiento en cuanto no era abundante la ración y puntual la paga, y sobre todo, los vicios de la indolencia y la borrachera, fueron causa de que aquel ejército ocupara siempre un lugar secundario en las acciones de guerra y el último después de las victorias, «que no tenían para los alemanes más ventaja que la de irse á beber y á dormir». «Encontrábanse siempre en las tabernas,» dice un soldado español.

Aquel formidable ejército francés, cuyos pasos hacían temblar la tierra de uno á otro extremo de Italia, y del cual se decía que sólo tardaría en conquistar á Nápoles lo que tardase en pasar á cuchillo á los españoles (2), forma-

(1) "A mi juicio son los mejores caballos ligeros del mundo..... muestran grande amistad con los españoles.„—ÁVILA Y ZÚÑIGA.

(2) Carlos VIII pasó les Alpes con 3.600 hombres de armas, 600 arqueros bretones, 600 ballesteros franceses, 8.000 arcabuceros, 8.000 alabarderos suizos, 140 cañones de grueso calibre y 1.200 de monta-

Digitized by Google

ba un repugnante conjunto de hombres groseros, feroces y sin ilustración de ningún género.

Su infantería, según los mismos historiadores franceses, era una horda de bandidos dotados de un valor feroz y dominados por una inmoralidad sin límites. La mayor parte habían escapado de la horca ó del presidio, iban marcados en la espalda como criminales y tenían cortadas las orejas, dejándose crecer el pelo para ocultarlo (1).

Peor opinión merecía aún á Maquiavelo la infantería francesa, exceptuando á los gascones, sólo por la razón de que tenían algo de los españoles (2).

Los caballeros, dotados seguramente de gran valor, tributando un culto profundo al honor y á la caballería, según se entendía en aquella época, eran tan ignorantes que se preciaban de no saber escribir, y miraban con desprecio á los sabios y á los literatos, como si fuesen de otra raza, dándoles á lo más la consideración de trovadores ó juglares: «hombres de ocio y de letras, ajenos á la nobleza de las armas.»

Así miraban con aquel desdén á su propia infantería; y aunque tuvieran razón para hacerlo, demuestra principalmente su opinión el juicio que formaban de la misma infantería española. Sus jefes nunca comprendieron la táctica, la estrategia y la pericia militar de los generales españoles, calificando sus actos de malas artes, de astucias,

---

ña. Estas fuerzas llevaban contra Gonzalo de Córdova, que sólo tenía 7.000 hombres.

(1) "L'armée du roi Charles était épouvantable à voir...; la plupart étaient gens de sac et de corde, marqués de la fleur de lis sur l'épaule, escorillés, etc.„—BRANTOME.

(2) "Sono per le terre tutti ignobili e genti di mestiero, e stanno tanto sottoposti a nobili e tanto sono in ogni azioni depressi che sono vili e peró si vede che il re nelle guerre non si serve di loro perchè fanno cattiva prova. Benche vi sienno li guasconi de ch' il re si serve che sono un poco meglio che gli altri e nasce perchè sono vicini à confini di Spagna, che vengono a tenere un poco dello spagnuolo.„

Digitized by Google

de recursos endiablados, de mañas, etc., calificaciones que se encuentran en toda la historia de las guerras de Italia, aplicadas á la habilidad de Gonzalo de Córdova, de Pescara y de todos sus compañeros. Por esta razón era muy frecuente oir llamar también en las primeras guerras de Nápoles canalla á nuestra infantería. El marqués de Mantua y después el duque de Nemours, fueron los primeros que se admiraron de que se diera este nombre á las ordenadas huestes que con su valor y precisión en los movimientos se hacían invencibles.

Así la caballería como la infantería francesa saqueaban horriblemente las ciudades en que entraban, y apenas se hacían dueños de alguna cantidad respetable, abandonaban el ejército y se retiraban á su patria, siendo muchas veces muertos por sus compañeros con intento de robarles. Al entrar las tropas de Carlos VIII en Florencia «oyeron decir que la biblioteca de Cosme de Médicis era un rico tesoro, y se apoderaron de ella los franceses saqueándola y destruyéndola, sin encontrar más que libros y pergaminos». Muchas de sus victorias, como la de Ravena y la toma de Brescia, donde robaron tres millones de escudos, fueron desastrosas para los franceses por esta causa.

Los mismos caballeros que tributaban aquel culto á las damas abusaban en los triunfos de un modo que parece hoy increíble y que jamás tuvo imitación en los españoles, en que este culto iba acompañado de una generosidad verdaderamente novelesca. «Habiendo sido herido el caballero francés Bayardo en el ataque de Brescia, fué llevado á una casa cuya señora se puso de rodillas ante él suplicándole la evitase el saqueo y respetase su familia. Asistido y curado por ella cristianamente, al tiempo de marcharse la señora le dió una cajita con dos mil quinientos ducados de oro como precio de su rescate.» Tales eran, dice un historiador italiano, las relaciones de Italia con sus vencedores.

Brantome, guerrero y cronista francés, manifestó

Digitized by Google

constantemente en sus escritos la admiración que le causaban los soldados españoles; indica que hubiera servido entre ellos con el mayor gusto, y los describe del modo siguiente: «Hubiérase creído que eran príncipes: tan apuestos eran y tan arrogantemente y con tanta elegancia marchaban. Después de los combates se oía gritar: «¡Salgan los mosqueteros!» Y eran más respetados que capitanes. Los nobles honran esta infantería, sirviendo en ella como soldados, llevando al hombro el arcabuz y la pica, vistiendo el coselete y sometiéndose á la disciplina militar. Yo he hablado á muchos; los llaman los Guzmanes y el ejemplo de su valor se comunica á los demás (1).»

Otros muchos escritores franceses expresan los mismos sentimientos; y el duque de Humiène, al contemplar su valor y su gentileza, exclamaba: «Prefiero ser infante en la compañía de D. Agustín Mesía á mandar un ejército.»

Esta opinión de nuestros soldados comenzó respecto de su valor con los célebres almogávares, llegó al colmo con las tropas de Gonzalo de Córdova, de Antonio de Leiva y del marqués de Pescara, y supo conservarla D. Juan de Austria; de tal modo, que muchos escritores de aquella época se entusiasman al describir el ejército que se preparó para la célebre jornada de Lepanto (2).

---

(1) "Et eussiez dict que c'estoient des princes, tant ils estoient rogues et marchoient arrogamment et de belle grace: et lors de quelque combat ou escarmouche, vous eussiez ouy crier ces mots par grand respect: *¡Salgan, salgan los mosqueteros: afuera, afuera, adelante los mosqueteros!* Soudain on leur faisait place; et estoient respectes, voir plus que capitaines pour lors..... Ils ont voulu honorer leur infanterie à s'y jetter en simples et privez soldats, portant l'harquebouze, le fourniment, la picque et le corsellet, et se rendre subjects aux loix et régles militaires comme les moindres, ainsi que j'en ay parlé d'aucuns ailleurs, et les appelloiton los *Gusmanes*... De mon temps cela estoit, et leur bandes en paroissoient encor plus belles; car la noblesse, estant melée parmy, la valeur en fait plus belle monstre et multiplication."

(2) La tropa española que se embarcó en Mesina el 16 de Sep-

Digitized by Google

Realmente puede decirse que no había ejército italiano cuando las huestes de Gonzalo de Córdova llegaron á aquella península. Los tercios ó bandas levantados por las ciudades, y mandados por *condottieri*, eran tan débiles, que jamás pudieron resistir un ataque ni dar una embestida enérgica; se desbandaban y huían como unos cobardes. Maquiavelo, que los conocía muy bien, hace de ellos descripciones verdaderamente horribles. En la batalla de Zagonara, que duró bastantes horas, murieron sólo tres, que se ahogaron en el fango; en la de Anghiari hubo sólo un muerto, que se cayó del caballo; en la de Castrocano, que duró todo el día, no hubo ni una baja..... Los enemigos se acercaban amenazadores, y al verse huían unos y otros, repitiéndose esta escena muchas veces, lo que constituía la batalla.

Y sin embargo, aquellos italianos no eran cobardes: los mismos que en la batalla de Fornovo se caían de los caballos ante el menor choque de los enemigos y no podían resistir el peso de las armaduras, aquellos mismos que huían sistemáticamente á la aproximación de un cuerpo de tropas ordenado, peleaban como héroes y eran fuertes y resistentes cuando iban á nuestro lado, cuando

---

tiembre de 1571 se componía de cuatro tercios, que eran el de don Lope de Figueroa, el de D. Pedro Padilla, el de D. Miguel Moncada y el de D. Diego Enríquez.

Todos ellos eran distinguidos y hubieran conquistado á Constantinopla como quería D. Juan de Austria, á no haberlo impedido las órdenes del rey; pero entre ellos se distinguía el de D. Lope de Figueroa, en el cual se habían alistado gran número de personas notables y distinguidos literatos. Como recuerdo glorioso, vamos á citar sus capitanes, todos hombres ilustres. Se componía este tercio de catorce compañías, cuyos capitanes eran: 1.ª, el mismo D. Lope; 2.ª, Cristóbal de Azpeleta; 3.ª, D. Juan Pedro Bazán; 4.ª, Luis de la Palma; 5.ª, D. Manuel Ponce de León (en esta compañía iba Cervantes); 6.ª, D. Martín Ayala; 7.ª, Pompeyo Speziano; 8.ª, Juan de Licea; 9.ª, Juan Díaz; 10, Juan de Zúñiga; 11, D. Sancho de Reinoso; 12, el capitán Carrión; 13, Juan Fernández de Córdova, y 14, Juan de Córdova Lemos.

Digitized by Google

los mandaba Próspero Colona, Albiano ó el marqués de Pescara, ó cuando Gonzalo de Córdova los sometía á su severa é inteligente disciplina. Entonces rivalizaban con los españoles en valor, en constancia y en todo género de virtudes, demostrando la verdad de la pintura que de los soldados italianos hizo Maquiavelo:

«Existe, decía, virtud en los individuos, pero carecen de ella los jefes. En los duelos y en las reuniones de pocos, se ve cuán superiores en fuerzas son los italianos; pero no parecen los mismos tratándose de ejércitos, lo cual consiste en la debilidad de los que mandan.»—*(Príncipe.)*

Por otra parte, el ejército italiano, si así puede llamarse, no tenía idea de la infantería, sólo peleaba á caballo, defecto que consignaron nuestros escritores militares, acostumbrados no sólo á servir en nuestra infantería, sino á prever que esta fuerza sería con el tiempo el núcleo y el nervio de los ejércitos (1).

Cuantos autores han escrito sobre el ejército italiano consignan la influencia que en él tuvo la disciplina española. «Abundando en valor, faltábales orden, prudencia, prevención suficiente y previsión para los desastres; excelentes soldados, creían hallarse aun en los tiempos feuda-

(1) "Digo que los reinos ó repúblicas que estimaren más la gente de á caballo que la infantería bien ordenada, serán más débiles que los otros y aparejados para cualquier pérdida, como por experiencia se ha visto en nuestro tiempo en Italia, la cual ha sido ocupada y destruída de forasteros principalmente por haber poco curado de la milicia de á pie y haberse reducido todos sus soldados á caballo; no digo que no se tenga, antes se debe tener gente á caballo, mas por segundo y no primero fundamento del ejército; porque á hacer correrías y á descubrir la tierra y robarla y tener fatigados los enemigos, haciéndoles muchas veces estar armados y para impedirles las vituallas, son necesarios los caballos ligeros, y para reputación del ejército es necesaria la gente de armas; mas cuanto á la batalla campal, que es la importancia de la guerra y el fin para que se ordena el ejército, más útiles son los caballos para seguir al enemigo roto que para romperle."—DIEGO SALAZAR, 1586.

Digitized by Google

les y despreciaban las nobles artes introducidas por los españoles (1).»

Sin embargo, hubo constantemente entre los soldados españoles é italianos una simpatía y unos vínculos, favorecidos por su ilustración, que no pudo haber nunca con ningún otro ejército. Los soldados fraternizaban por la analogía de costumbres y eran hermanos tanto en las armas como en las letras; de modo que aquellas célebres palabras de uno de nuestros primeros poetas, que decía había vivido manejando «ora la pluma, ora la espada» pueden aplicarse lo mismo á italianos que á españoles, y se encuentran repetidas tantas veces en unos y otros que fuera prolijo citarlas (2).

Entre los jefes había la misma afinidad, sobre todo en los de origen italiano que servían á nuestras órdenes. El marqués de Pescara dejaba el caballo de batalla para entrar en las academias; y el marqués del Vasto, mientras fué gobernador de Milán, gastaba sus rentas y su sueldo en beneficio de las letras y las ciencias. Girolamo Muzio describe de este modo una marcha que hizo con él: «Durante la marcha nos apartábamos un poco él y yo, picando nuestros caballos: él me recitaba sus versos y yo le hablaba de los míos..... Por la noche en el alojamiento yo escribía mis versos y el marqués los suyos y nos los dábamos á leer mutuamente.» Pero nadie como Garcilaso resume

---

(1) CANTÚ, época XV, cap. 6.°

(2) Francisco Balbi, soldado en Malta en 1565,

> Mientras que con el fuego ó con la espada
> No s'ofrecía hacer daño al scita fiero,
> La diestra del autor muy por entero
> Con la pluma pintaba la jornada.

Francisco Balbi de Correggio escribió la *Relación de lo sucedido en la isla de Malta el año 1565*, la *Vida de Octavio de Gonzaga*, capitán general de la caballería ligera de Milán; la *Historia de los amores de Abindarraez*, poema en octavas y otras obras.

Digitized by Google

estas costumbres, diciendo: «Pásanse las horas de paz hablando de letras.»

Podríamos citar otros muchos ejemplos semejantes; pero nos parece bastante lo dicho, y terminaremos copiando la opinión de Cantú, que compendia en breves frases las cualidades del ejército español: «Los españoles en una lucha de siete siglos contra los moros habían adquirido aquel valor que nunca se aprende mejor que en las guerrillas. Cuando destruída la dominación extranjera salieron á conquistar ó molestar la Europa, se les consideraba como la mejor infantería después de la suiza, á la que aventajaron con el progreso del tiempo. Extremadamente sobrios, no había padecimiento ni fatiga capaz de abatirlos. Como armas ofensivas usaban la alabarda ó partesana, la espada y la daga: en Italia aprendieron de los suizos á formar batallones cerrados y adoptaron la pica. Una vez desordenados volvían á la carga individualmente, y, cubiertos de un broquel ó de cota de malla, se arrojaban en medio de las picas luchando á estocadas con el enemigo. Hallándose lejos de su patria rara vez desertaban, ni podían tampoco marcharse después de concluída la campaña; de suerte que su pericia y disciplina iban siempre en aumento.»

El autor de la *Campaña de Nápoles* opina casi del mismo modo: «Los españoles trajeron á Italia una táctica nueva, fundada en el valor personal y en la confianza recíproca entre jefes y soldados. No se comprendía entre ellos la deserción, ni el paso de uno á otro ejército por mayor paga ó por más comodidad. Las masas no podían ser derrotadas, porque su división ó fraccionamiento multiplicaba los combatientes, que peleaban uno á uno ó en pequeños grupos, de modo que el desorden en la infantería solía ser más temible para los enemigos.»

La diferencia entre los soldados españoles y los extranjeros ha sido apreciada muy diversamente por los escritores; pero hemos de declarar que los militares no se

Digitized by Google

han elevado por regla general á buscar su origen fuera de una organización, que era simplemente un efecto, una consecuencia y no una causa. La disciplina, la pericia militar, la tenacidad en los ataques, el valor, la generosidad eran patrimonio de nuestros soldados, por consecuencia de una sabia organización muy superior á la de los demás ejércitos.

El italiano era más bien un conjunto de partidarios, que peleaban siempre como auxiliares de uno ú otro bando; los tenaces suizos eran simplemente mercenarios, que sólo pensaban en ganar su paga; los alemanes, que tanto se distinguían como gastadores, eran tan rudos por regla general que no comprendían la estrategia; y los valientes franceses carecían de aquel admirable y aun tierno vínculo que unía en nuestras filas á los soldados de las diversas armas y á los inferiores con los superiores. Entre su caballería, compuesta de nobles, y su infantería había un abismo infranqueable, y entre el jefe y el soldado no pudo nunca establecerse más que la relación violenta del que manda y el que obedece á la fuerza. Bastaría para demostrarlo el recuerdo de los terribles é infamantes castigos que se imponían á sus soldados, y que jamás se usaron ni habrían podido usarse en la infantería española.

Maquiavelo, con su profundo espíritu, conoció tal vez mejor que nadie la causa de esta diferencia, envidiando que los españoles formasen un ejército nacional que no tenía más señor supremo que la patria, y un espíritu individual desconocido á los demás.

Pero donde principalmente se puede estudiar la ilustración, la generosidad y la nobleza del ejército español es en aquellos hechos decisivos que influyen de un modo poderoso en el estado general de un ejército y en el ánimo de los soldados, es decir, en las grandes victorias y en las grandes derrotas.

El Gran Capitán había procurado, como hemos dicho, suavizar la guerra estableciendo el canje regular de los

Digitized by Google

prisioneros, y no faltó á este compromiso en ninguna de sus victorias. En cambio, los franceses, apenas obtuvieron aquella tan costosa de Ravena, rompieron estos pactos ya por falta de generosidad, ya por el interés material excitado por haber cogido ilustres prisioneros.

Ni después de Ceriñola, ni de Garellano, ni de Pavía, cometieron nuestros soldados exceso alguno. En la primera de estas batallas Gonzalo de Córdova derramó lágrimas sobre el cuerpo del duque de Nemours, mandó recogerle cuidadosamente y trasladarle con toda pompa á Barleta, donde le tributó exequias militares. Después de la batalla del Garellano adquirió con los vencidos el título de *Gentil Capitán;* y el marqués de Pescara, en el momento mismo del triunfo, mandó ahorcar al villano que, sin ser del ejército, había dado muerte al príncipe de Escocia, tributando á éste todo género de honores.

En aquella caballeresca muerte de Bayardo «el caballero sin miedo y sin tacha», el marqués de Pescara mandó recoger cuidadosamente el cadáver, pronunció nobles y sentidas palabras, dispuso que su cuerpo fuera embalsamado y le tributó honores reales como justo homenaje á su valor (1).

Nuestros soldados llevaban todavía aquellas costumbres nobilísimas y caballerescas de la guerra de Granada, donde habían rivalizado más la cortesía y la nobleza que las armas. Recordaban todavía que Doña Isabel presentaba á sus caballeros como modelos de lealtad y valor á los prisioneros enemigos, honrándoles generosamente; recordaban entre aquellos infinitos actos de valor el de Francisco Pérez Barradas, que con ocho caballos y dos peones

(1) La muerte de Bayardo ha sido comparada á la de Aguilar y á la de Pardiñas; sin embargo, un articulista ha hecho notar que estos dos murieron luchando hasta exhalar el último suspiro, y Bayardo entregó la espada á los españoles después de besarla, diciendo: *Muero como un hombre de honor, cumpliendo mi deber.*

Digitized by Google

deshizo en un encuentro cuarenta y dos jinetes moros, recibiendo al día siguiente una felicitación, un regalo y una espada del rey de Granada, admirado del valor de sus enemigos.

III.

Antes de dejar la pluma para empezar otro asunto, vamos á hablar de dos acusaciones que se han dirigido contra nuestro ejército en Italia. Una que se refiere á la falta de previsión respecto del porvenir de las armas y del carácter de la guerra en nuestros tiempos, y otra que se relaciona con el carácter díscolo y camorrista que algunos nos han atribuído.

A pesar de la gran ilustración de nuestro ejército, hubo en él un error explicable y caballeresco en nuestra historia militar del siglo XVI, pero que ha sido motivo de censura por parte de algunos escritores así nacionales como extranjeros. Habiéndose empleado primeramente la pólvora en España y usado la artillería antes que en ninguna otra nación, parecía que habíamos de perfeccionar rápidamente cuanto se refería á esta arma y anticiparnos á los tiempos modernos, que han desarrollado de un modo tan fabuloso el antiguo arte del cañón.

Sin embargo, no fué así. La artillería, como las armas de fuego en general, encontraron en España una gran resistencia, que puede verse en casi todos nuestros escritores de aquel siglo y que resume de un modo admirable Cervantes en su discurso sobre las armas y las letras, diciendo: «Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa á que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero; que

Digitized by Google

sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó ó se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos.»

Durante todo el siglo se miraron las armas de fuego en España como propias de cobardes y como elementos traidores de destrucción, creyéndose hasta poco honrosa la muerte producida por una bala.

No fué, sin embargo, esta oposición á las armas de fuego exclusiva de España: los extranjeros opinaban del mismo modo, aunque no con tanto fervor, porque era mayor el personalismo en la raza española. El mismo Maquiavelo proscribía las armas de fuego, y Montaigne en sus *Ensayos* dice que sólo servían para asustar y hacer ruído, y que «con el tiempo desaparecerían». Bayardo tenía mandado ahorcar á cuantos arcabuceros fuesen cogidos.

Comprendemos esta resistencia tanto más cuanto qué la artillería se movía con gran dificultad en aquella época, arrastrada casi siempre por bueyes, en caminos mal construídos y sobre todo en el accidentado terreno de nuestra península y de Italia, exigiendo para su servicio un número de hombres extraordinario, ya como gastadores para allanar los pasos, ya como artilleros para montar y disparar las piezas, que solían ir en carretas y atadas con cuerdas. A estas razones debe agregarse, por causas que explicamos en otro lugar, que España no montó en gran escala la fundición de cañones, y que las primeras guerras de Italia produjeron en nuestro ejército cierto desprecio á la artillería. Aquellos dos trenes formidables, los mayores que había visto el mundo, con que los franceses penetraron en Italia para hacernos la guerra, quedaron inutilizados entre sus manos ante las picas y las espadas de nuestra infantería. Ni en Ceriñola pudieron emplearla los

Digitized by Google

españoles, porque voló el depósito de municiones al comenzar la batalla, ni en el Garellano hicieron caso alguno de ella, dejándola á retaguardia, y en Pavía la perdieron en la primera embestida, sin que causase esta pérdida en el ánimo del marqués de Pescara y del ejército español más que la satisfacción de un cuidado menos. Sólo en Ravena nos hizo daño la artillería francesa, por la mala disposición de nuestras tropas. Así se explica que en todas las campañas de Italia apenas diéramos importancia al empleo de los cañones, y que ni aun se considerara como un gran mérito el tomarlos con tanta facilidad por la infantería.

Nuestros arcabuceros tenían fama en toda Europa por su valor y su puntería, formaban un cuerpo distinguido, y, sin embargo, también duró todo el siglo la lucha entre la pica y la ballesta por un lado y el mosquete por otro. Y si bien se examina la relación de las batallas de Italia, se observará que mientras el campo quedaba cubierto de arcabuces y mosquetes así en las retiradas como en los ataques cuerpo á cuerpo, la espada, la pica y la ballesta daban siempre el triunfo.

A esta observación puede añadirse otra no menos curiosa que se deduce del resumen de cuantos escribieron histórica ó poéticamente sobre aquellas guerras. Considerábase el arcabuz ó mosquete como arma de lujo y de ostentación; en las batallas fundían los soldados sus mismas alhajas para hacer balas de oro y plata destinadas á matar algún general ó personaje, como hicieron en la de Pavía; y abandonaban el mosquete sin recuerdo alguno cuando terminaban el servicio ó la campaña, al mismo tiempo que conservaban gloriosamente y con cariño la espada ó la pica, conmemorando sobre ella sus heroicos hechos, la regalaban como un don precioso á sus sucesores, amigos, bienhechores ó apadrinados, ó legaban como una alhaja á sus herederos y la engalanaban con los lazos y flores de sus damas. Así ha hecho notar un escritor que en sus

Digitized by Google

apuros vendían ó empeñaban el traje y el mosquete, pero nunca el sombrero ni la espada.

No quiere esto decir que estuviéramos en España tan atrasados que formáramos contraste con los extranjeros. Muy al contrario, se hicieron grandes esfuerzos para implantar el estudio de la artillería. La Academia de ciencias de Madrid tenía no sólo escuela teórica y práctica, sino fundición de cañones; en Nápoles creamos otra escuela; en la casa de contratación de Sevilla tuvimos otra regentada por Andrés de Espinosa, donde se enseñaba balística, fabricación de pólvora, fundición, construcción de minas y contraminas y las artes auxiliares de esta arma, exigiéndose á los alumnos para el ingreso tener veinte años y haber servido como artilleros en Italia en la Capitana ó en la Almiranta. Creáronse también escuelas de artillería en Burgos y Valladolid; y hubo hombres como Pedro Navarro y D. Cristóbal Lechuga que inventaron las minas, los petardos é hicieron modificaciones en esta arma.

Los italianos, sobre todo en Milán, estudiaban la artillería por las obras de Lázaro de la Isla y de Luis Collado, que resumió cuanto nuestros ingenieros y artilleros habían aprendido y enseñado en las guerras de Italia, y dió muchas noticias nuevas y modelos de aparatos mecánicos (1).

---

(1) Lázaro de la Isla fué hijo de Ambrosio de la Isla, que sirvió cuarenta años en la artillería española, muriendo gloriosamente en la jornada de los Gelbes. Lázaro nació en Génova y sirvió también en ingenieros y artillería, haciendo las campañas de Italia y Alemania y siendo alférez de D. Lope de Figueroa. Escribió á muy avanzada edad su *Tratado de artillería*, impreso en Madrid en 1595.

Luis Collado, natural de Lebrija, fué ingeniero en Lombardía y el Piamonte, y escribió la *Plática manual de artillería*, impresa en Milán en 1592.

Antes había ya escrito D. Diego de Alava y Viamont *El perfecto capitán instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la artillería*. Madrid, 1590, corrigiendo las tablas de alcances publicadas por el célebre Nicolás Tartaglia.

Digitized by Google

Nuestro ejército tuvo en todas partes, pero especialmente en Italia, la costumbre de los desafíos, que ocasionaban con excesiva frecuencia sensibles pérdidas. Muchos escritores atribuyen este vicio á la influencia de los libros de caballería, que llenaban de empresas fabulosas y de costumbres bárbaras la imaginación de los soldados. El recuerdo de los pasos honrosos, tan frecuentes en España, los hechos personales y caballerescos de la guerra de Granada, el profundísimo sentimiento del honor y la significación política de los duelos (1), contribuyeron ó que este recuerdo de los tiempos de la caballería tuviera en nuestra patria un carácter propio. Era frecuente en Italia ver á los soldados españoles desertar de las filas ó descolgarse de las murallas para asistir á un duelo, como hicieron Juan Aguilar y Maldonado, presentándose luego á responder de su conducta.

Ello es que la solemnidad con que solían llevarse á cabo los duelos llegó al colmo del ridículo, pretendiendo imitar las hazañas de los caballeros andantes y cuanto se había escrito de los héroes fabulosos en los citados libros. Entre estos duelos podemos citar el de Pedro Torellas y Jerónimo Ausá, celebrado en Valladolid el 29 de Diciembre de 1522, antes del cual se partió el campo, se saludaron caballerescamente los jueces y pesaron con oro ostentosamente los trajes y armas de los combatientes.

Tan bárbaras costumbres eran censuradas por el clero en libros, representaciones y sermones. En 1522 imprimió D. Diego Castillo de Villasante su *Tractatus de duello*, vertido poco después al castellano con el título *Remedio de desafíos*, dedicado al marqués de Pescara; y poco

(1) El análisis del duelo llegó en España á cierta sutileza, suponiendo que en algunos casos no era una riña ó pendencia, sino conforme á su etimología (*duum bellum*), una verdadera guerra, lícita como las demás, de las cuales sólo se diferenciaba en contenderse entre dos personas.

Digitized by Google

después se publicó en Nápoles el libro *Contra la pestilencia de los duelos*, por Pedro de Tolosa, en el cual se sostiene que los duelos aun con los enemigos no pueden resolver las cuestiones de Estado, encomendadas á los ejércitos, y que son un recuerdo de bárbaras costumbres. Hallaron también un correctivo en un soldado tan valiente como Jerónimo de Urrea, que escribió el *Diálogo de la verdadera honra militar*, obra que mereció tener en España cinco ediciones en breve tiempo, reimprimiéndose en Venecia en 1566, siendo traducida al italiano por Alfonso de Ulloa en 1569 y al francés por Gabriel Chappuis en 1585 (1).

Jerónimo de Urrea censura tan enérgica como graciosamente la costumbre de los duelos y pinta un soldado llamado Altamirano, que decía: «No aprendí sino romances viejos y caballerías, que cierto me levantaron el ánimo á seguir cosas heroicas;» de modo que sus ideas en

(1) D. Jerónimo de Urrea nació en Epila en 1513. Se alistó muy joven en el ejército, guerreando en Italia, Alemania y Flandes, mereciendo el empleo de capitán y el hábito de Santiago y estar encargado del gobierno de la Apulia. Su valor fué extraordinario, demostrándole especialmente en la toma de Dura, donde derribó una puerta de aquella fortaleza, mereciendo que el conde de Feria le diera una rica cadena de oro. En el asalto de esta plaza ganó el empleo de capitán; entraron en ella sólo nueve españoles con Urrea, apoderándose de las puertas y abriéndolas á los españoles é italianos. En Sandesir el 17 de Agosto de 1544, fué derribado de un bastión donde había una pieza de artillería que quería coger, cayendo sobre las puntas de las picas de sus soldados y quedando acribillado de heridas.

Escribió: *Desafío del emperador Carlos V y rey Francisco*. Venecia, 1529.—*Cartas sobre la guerra de Alemania en 1546 y 1547*. Amberes.—*Orlando, poema en octava rima, traducido del Ariosto*. Amberes, 1549.—*Discurso de la vida humana y aventuras del caballero determinado*, traducido de Oliverio de la Marche en competencia con la traducción hecha en prosa por Carlos V. Amberes y Medina del Campo, 1555.—*Discurso histórico de los reyes de España y Francia*. Barcelona, 1563.—*Diálogo de la verdadera honra militar*. Venecia, 1566.—*La Arcadia*, traducida de la de Sannázaro, en igual metro—*La famosa Epilia*, imitación de la Arcadia.—*El victorioso Carlos*, poema en endecasílabos.—*D. Clarisel de las Flores*, libro de caballerías.—*Poesías sueltas*.

Digitized by Google

cuanto á los desafíos, que parece eran también las de la mayoría del ejército, estaban expresadas por las siguientes palabras del mismo Altamirano: «Esos que van al juez son gallineros ó soldados de chorillo ó fulleros; mas los gentiles hombres, guzmanes, ¿cómo queréis que vâmos á entregar nuestras honras al juez?»

En este libro, escrito «entre el rumor de las armas y el ruido de la guerra», se presenta el duelo como un abuso hasta ridículo, de tal modo que «muchas veces, dice Urrea, veréis un caballero salir al campo llamado de otro para que se mate con él, no por más sino porque tiene fama de valiente y por cierta fantasía que le viene.» Con esta costumbre creía el autor que se ganaba muy poco, «habiendo ido á Italia por honra y llegando el caso de perderse la cortesía y la gentileza».

Estas últimas palabras pueden dar idea exacta de la alteza de pensamientos del autor, porque al mismo tiempo que honra y elogia hasta el valor temerario y la más severa disciplina, negando que en ningún caso, ni aun por falta de pagas ó extremo de hambre, haya derecho en el soldado á la desobediencia, exceptuando «el único caso de haber un capitán traidor que mande rendirse ó retirarse ante el enemigo», rechaza enérgicamente el duelo con todo género de razones, desde el ridículo hasta la injusticia, citando muchos casos de su tiempo en que la suerte de las armas decidió en los desafíos en contra de la razón y de la justicia, viniendo á ser por tanto el valor del duelista, no el heroico y digno de premio, sino un ataque injusto y criminal, y el duelo una «petición de justicia al viento y á la vanidad».

Estas citas y otras semejantes que podríamos hacer, demuestran que, si hubo en efecto abusos en los duelos por consecuencia de las ideas caballerescas, hubo también en el mismo ejército quien lo censuró moral y prudentemente.

Digitized by Google

LIBRO SEGUNDO.

HECHOS DEL EJÉRCITO.

CAPITULO III.

El Gran Capitán.

I. Seminara.—Atella.—II. Ostia.—Cefalonia.—III. Ceriñola.
IV. Campaña del Garellano.—V. Batalla del Garellano.

No nos proponemos hacer aquí una historia completa de las campañas de nuestro ejército en la península italiana, campañas que están unidas de un modo indisoluble á la historia política no sólo de España, sino de Europa. Nos vamos á limitar á ofrecer al lector una serie de cuadros que den á conocer exactamente lo que era aquel ejército y las condiciones de sus jefes y soldados, suponiendo, como hemos dicho al comenzar este libro, que el lector conoce la historia general de su patria y el origen de aquellas famosas guerras.

Este estudio basta á nuestro propósito, que es principalmente investigar las causas de la grandeza y decadencia de España y establecer comparación entre ambas.

Así describimos solamente las campañas de 1495 y 1496, como modelo de estrategia; la toma de Ostia y Cefalonia, que demuestran la actividad y resolución del Gran Capitán y sus triunfos sobre tan diversas gentes; las batallas de Ceriñola, Garellano y Pavía, como ejemplos de

Digitized by Google

disciplina, valor y sufrimiento en el soldado español; la entrada en Melzo, episodio novelesco; la batalla de Ravena, en que resaltan las virtudes del soldado contra la inexperiencia del jefe, y los saqueos de Roma, que á su significación política, unen el conocimiento del estado del ejército.

I.

Seminara.—Atella.

1495-1496.

Reinaba en Nápoles Fernando II, de la casa de Aragón, cuando Carlos VIII, rey de Francia, pretendió aquella corona como descendiente de Carlos de Anjou, y penetrando en Italia con un ejército formidable, entró en Roma, se apoderó de Nápoles y se hizo declarar rey. Los napolitanos llamaron en su auxilio á los reyes de España, que formaron con Roma y varios Estados de Italia la *liga santa* y enviaron á Gonzalo de Córdova.

El 24 de Mayo de 1495 llegó á Mesina Gonzalo de Córdova con su división, que debía operar auxiliada por la escuadra de Requesens. Llevaba solamente Gonzalo 5.000 infantes y 600 caballos.

Celebró inmediatamente una conferencia con Alfonso II y con Fernando II, arrojados de Nápoles, y se convino en ella en que se comenzaría la guerra por la Calabria, atendiendo á que los aragoneses tenían allí mucho partido y á que el terreno montuoso, áspero y desigual era muy semejante al de Andalucía, donde Gonzalo había hecho la guerra á los moros y donde habían aprendido á pelear muchos de sus soldados.

Desembarcaron fácilmente los españoles en el territorio napolitano, reanimando sólo con su presencia el espíritu público: Santa Agata y otras poblaciones les abrieron

Digitized by Google

sus puertas sin resistencia. Un destacamento francés, que acudió á impedir la entrada en Seminara, fué destrozado en el acto; pero Aubigny, conociendo la necesidad de detener la marcha de los expedicionarios, les salió al encuentro cerca de esta plaza.

El rey de Nápoles, aconsejado solamente por su valor, decidió aceptar la batalla. Gonzalo se opuso tenazmente. Consideraba éste que todas las circunstancias eran favorables al enemigo, que poseía una infantería suiza mucho más numerosa que la nuestra y armada con picas, cuando nuestros soldados no llevaban más que espada corta: la caballería española era ligera en su mayor parte y no podía entrar en batalla en igualdad de condiciones con la flor de la caballería francesa, mandada por los más ilustres y veteranos capitanes. A esta inferioridad se agregaba la de la posición respecto de la elegida por el francés.

Creía también Gonzalo, como un axioma de guerra, que no debía nunca empeñarse una lucha en el terreno y en el momento elegidos por el enemigo, sino cuando fuera imposible esperar ó cuando hubiera una seguridad infalible en el triunfo.

Pensaba Fernando II, en oposición á estas prudentes razones, que haría mal efecto rehusar el primer combate formal, y que sería de gran influencia para su causa la muestra de su valor ante los pueblos italianos. Después de discutirlo mucho Gonzalo cedió por consideración y respeto al rey, previendo y anunciando el resultado.

Comenzó el ataque con sin igual brío por ambas partes, peleando con gran ardor, pero escasa prudencia, el rey de Nápoles, y con segura táctica los veteranos españoles, que habían luchado en las guerras de Granada, guerras de estrategia, de ingenio, de valor personal, en que se tomaban por auxiliares los accidentes del terreno, las emboscadas, las sorpresas, las falsas maniobras, y, sobre todo, aquella fe del jefe en cada soldado, que no tenía en aquella época ningún otro ejército de Europa.

Digitized by Google

La victoria estaba indecisa entre la superioridad numérica de los unos y el valor de los otros, cuando Gonzalo mandó á sus disciplinadas tropas un cambio de frente para variar el punto de ataque. Los italianos, no acostumbrados á estas maniobras, creyeron que nuestro ejército se retiraba y se dieron á la fuga. Fernando, con un valor admirable, quiso contenerlos y llevarlos de nuevo al combate, al ver que los españoles le continuaban serenos y disciplinados; pero sus esfuerzos fueron inútiles. Sus mismos soldados le arrollaron, el enemigo cayó sobre él, perdió el caballo, y habría perecido si un soldado, cuyo nombre ha conservado la historia, Juan Andrés de Altavilla, no le hubiera dado su montura, perdiendo allí la vida por salvar la del rey.

Los españoles solos continuaron la lucha; pero no pudieron hacer frente á todo el ejército francés, y se retiraron ordenadamente á Reggio, dejando al enemigo dueño del campo.

Tal fué la primera batalla que los españoles dieron en Italia, primera y última que perdió Gonzalo de Córdova en toda su vida y que ha venido á ser uno de sus mayores títulos de gloria, porque previó cuanto había de suceder, demostrando así que su ciencia militar no consistía sólo en ganar batallas, en lo cual ayuda mucho la fortuna, sino en prever los sucesos sin equivocarse nunca.

Ante este resultado, la superioridad del genio de Gonzalo conoció inmediatamente dos cosas: primera, que le convenía obrar por sí solo, fiándolo todo á su pericia y á la disciplina española; y segunda, que debía proseguir su primitivo plan de hacer la guerra en la Calabria.

Opúsose, pues, enérgicamente al proyecto de Fernando de retirarse ambos ó de continuar unidos la guerra, y consiguió que el rey se embarcara para Sicilia, pasando de allí á Nápoles en las naves de Requesens, quedándose él solo en la Calabria. Los sucesos posteriores confirmaron la previsión de este consejo. Poco después Fernan-

Digitized by Google

do II entraba en Nápoles, arrojando á Montpensier y quedando dueño de la ciudad.

Mientras tanto Gonzalo hacía un verdadero paseo triunfal durante el invierno, tomando sucesivamente con sus escasas fuerzas las plazas de Fiumar, de Muro, Catana, Bagnara, Terranova, Tropea, Maida, Cosenza, Valdecrato, Crotona, Lauria y Laino, quedando en su poder los condados de Melito, Nicastro, Montalto y Renda.

Esta campaña en el rigor del invierno, con tan escasas tropas, que no podía dejar guarnición ni aun en las plazas importantes, con soldados sin pagas y mal vestidos, fué la que dió á conocer la superioridad del genio de Gonzalo, que luchaba no sólo contra el enemigo, sino contra el hambre y la naturaleza. En todo este tiempo no recibió más que un refuerzo de 300 hombres desarmados, desnudos y hambrientos, á quienes tuvo que proveer de todo con recursos sacados de Sicilia. El rey de España tuvo siempre desatendido al Gran Capitán.

Es imposible dar á conocer en breves palabras el género de guerra practicado en la Calabria por Gonzalo de Córdova y el asombro que causó en los franceses y en los italianos. Sería necesario para comprenderlo haber servido en nuestras guerrillas ó en aquella guerra de las Alpujarras, donde hoy mismo los extranjeros que quieren estudiarla sobre el terreno, se quedan admirados sin comprender que háya hombres capaces de aquellos esfuerzos personales, de aquella resistencia, de aquella constancia tan ajena á las maniobras de la táctica de línea en que el ejército es simplemente una masa y el soldado un sér pasivo, cuando no un pedazo de eso que se llama carne de cañón.

El ejército francés se quedaba aturdido y desconcertado ante los movimientos de nuestra infantería y nuestra caballería ligera. Esperaba al enemigo por delante y aparecía por retaguardia, creíale á la derecha y le descubría á la izquierda, suponíale á larga distancia y se le encon-

Digitized by Google

traba encima, buscábale en determinado sitio y jamás le encontraba, esperábale en batalla con su infantería suiza y su brillante caballería, y mientras todas las plazas que le rodeaban y guardaban caían en poder de los españoles, se veía obligado á levantar el campo fugitivo y derrotado sin pelear.

Nuestros soldados caminaban de noche cuando el enemigo suponía que estaban descansando, seguían las sendas más escabrosas y los caminos más difíciles, donde jamás se atrevía á internarse el francés, que á cada momento recibía fugitivos que no habían sabido defenderse ó que le llevaban la noticia de guarniciones pasadas á cuchillo.

En Laino las tropas francesas estaban tranquilas, creyéndose fuertes, próximas á las de Aubigny, y suponiendo al enemigo á gran distancia, fiando también en los cuerpos de montañeses que guardaban las gargantas del valle Murano. Los españoles caminaron toda una noche por sendas de cabras, por montes y precipicios; se echaron sobre los montañeses, pasándolos á cuchillo, y se presentaron al rayar el día ante Laino como una aparición milagrosa.

Allí Gonzalo se interpuso entre la plaza y las tropas de Aubigny; entró en aquélla, derrotó á los que acudían en su socorro, y como trofeo de aquella doble victoria, después de muerto el jefe de la guarnición, envió al rey Fernando prisioneros al conde de Nicastro, á Honorato de Saint Severin, doce barones y cien caballeros franceses.

Así al finalizar la primavera de 1496 estaba sometida casi toda la Calabria; el ejército francés desconcertado y mermado; Aubigny enfermo y abatido; los italianos admirando á Gonzalo por su generosidad con los afectos á España y por su rigor con los desafectos, y los pueblos habiendo jurado fidelidad al rey de España y gobernados por alcaides españoles, con tal seguridad que en muchas plazas no dejaba Gonzalo más que un teniente de alcaide y un soldado de secretario.

Digitized by Google

Faltábale muy poco para quedar por dueño de toda la Calabria, cuando estando en Castrovillari recibió un urgentísimo aviso de Fernando II para que acudiera á unirse con él en la Pulla, donde era preciso atacar á Montpensier, que se había hecho fuerte en Atella con la flor de su ejército, hábilmente situado.

El apuro de Fernando era grande; la situación de Gonzalo difícil, teniendo que atravesar con escasas fuerzas todo el territorio enemigo. Pero no vaciló. Dejó gente de confianza en la Calabria; eligió la flor de sus tropas, formando un pequeño ejército compuesto de 70 hombres de armas, 400 caballos ligeros y 1.000 infantes, y con aquel puñado de hombres se puso en marcha el 7 de Junio con dirección á la Basilicata, abriéndose paso por entre los enemigos, tomando plazas y fortalezas, que eran asaltadas y rendidas en el acto, ó que se apresuraban á abrir sus puertas ante el terror que inspiraba el nombre español.

El 24 de Junio, después de esta marcha asombrosa, sin descanso alguno, se presentó á la vista de Atella. El rey de Nápoles, el legado del papa y el marqués de Mantua, general de los venecianos, salieron á recibirle, reconociéndole como á su jefe, y desde aquel momento comenzaron á llamarle todos el *Gran Capitán,* título tan justamente adquirido y tan espontáneamente dado, que ha prevalecido desde entonces en todo el mundo.

El mismo día, sin dar descanso á las tropas, Gonzalo emprendió las operaciones contra Atella. Derrotó un cuerpo de piqueros suizos y otro de arqueros gascones y destruyó los molinos de harinas que surtían á la ciudad; cortó todas las comunicaciones con la plaza y cerró el cerco. Inmediatamente tomó por asalto la fortaleza de Ripa Cándida, que podía socorrer á Atella, y dejó á Montpensier en una situación tan apurada, que tuvo que capitular el 21 de Julio, entregando la plaza con la condición de que se rendirían también todas las fortalezas dependientes de su

Digitized by Google

mando, y de que los soldados franceses serían trasladados á Francia y los mercenarios declarados libres.

Los gobernadores de algunas plazas se negaron á cumplir esta capitulación, que los escritores franceses han calificado de vergonzosa (1), y entonces los españoles se creyeron también en libertad para no cumplir sus compromisos, dejando abandonados á los franceses, que perecieron casi todos dispersados por Italia, de tal modo que de cerca de 6.000 que salieron de Atella apenas llegaron á Francia 500 rotos, destrozados y después de haber padecido las mayores calamidades. Montpensier y los principales jefes murieron, y quedó completamente aniquilado todo aquel ejército tan brillante, y conquistado el reino de Nápoles.

II.

Ostia y Cefalonia.

1497-1500.

Como consecuencia de las guerras y de tanta división intestina había quedado la plaza de Ostia, puerto importante de los Estados pontificios, ocupada por los franceses y unos cuantos malhechores.

Defendíala un aventurero llamado Menaldo Guerri,

(1) El historiador francés Comines, dice que este tratado vergonzoso tan sólo tiene parecido al que los cónsules romanos hicieron en las Horcas caudinas, que por deshonroso no pudo aprobarlo la república. He aquí sus palabras: "Si déshonneste appoinctement n'a esté faict de notre temps et n'en ay leu de semblable fors celui qui fut faict par deux conseilliers (consuls) romains (comme dict Titus Livius) avec les savoisiens, qu'on veult dire que son ceulx de l'ancienneté, en un appelé lors les Fruques caudines (Fourches caudines), qui est certain pays de montaignes. Lequel appoinctement les romains ne voulurent tenir et renvoyerènt prisonniers les deux conseilliers aux ennemys.„

Digitized by Google

capitán de bandidos, célebre por sus correrías y su ferocidad, el cual tenía á sus órdenes una guarnición compuesta de sus antiguos subordinados y de otros foragidos y bandoleros que se habían alistado á sus órdenes y de varias compañías francesas.

Desde los muros de esta plaza y sus cercanías, no sólo hacía impunemente la guerra al papa y á los pueblos, sino que tenía reducida á la mayor necesidad á Roma, interceptando y robando todos los víveres y privando á Roma de los desembarcos de vitualla por aquel puerto, que era llamado con razón «la boca de Roma».

Careciendo el papa de fuerza, se veía limitado á lanzar contra Guerri y sus bandidos excomuniones, á que ellos contestaban con la mofa y el desprecio, ó á proponerles las condiciones más humillantes, que eran rechazadas con insolencia.

La situación llegó á ser tan apurada, que Alejandro VI declaró que la rendición de Ostia era la vida de su pontificado, y volvió los ojos á los españoles, rogando á Gonzalo de Córdova que le libertara de aquel bandido y de la difícil situación que le creaba una rebelión constante, apoyo y protección de otras muchas.

La empresa era formidable; pero Gonzalo, con el permiso de su rey, se decidió á embestir la plaza con una intrepidez que asombrara á todos los enemigos, previendo el efecto que había de producir su triunfo en Roma y en toda Italia, y teniendo en cuenta la ventaja de dar mayor fama á sus soldados.

Así, pues, se puso de acuerdo con Garcilaso de la Vega, nuestro embajador en Roma; dióle parte del mando del ejército y se presentó de pronto ante Ostia, comenzando sin perder un momento el ataque y abriendo brecha en la muralla al quinto día. Mandó en seguida el asalto por ella á sus soldados, mientras por el lado opuesto Garcilaso con unos cuantos españoles escalaba la muralla. La resistencia fué tenaz, pero nada pudo oponerse á la deci-

Digitized by Google

sión de los soldados, que entraron á sangre y fuego luchando casa por casa y palmo á palmo. Guerri, previendo que no había de quedar ni uno solo vivo, se entregó, mandando entonces Gonzalo cesar la matanza y ofreciéndole generosamente la vida.

Fué este triunfo tan importante, que por mucho tiempo no se dió á Gonzalo más que el título de *Vencedor de Ostia;* y adquirieron los españoles un respeto profundo, no ya sólo como soldados aguerridos, sino como hombres de tal temple que excedían en valor y en tenacidad á los foragidos, acostumbrados á vivir como fieras y á defender su presa con la desesperación de una vida amenazada siempre con el patíbulo.

En otro lugar de este libro describimos la entrada de Gonzalo en Roma y el recibimiento que le hicieron la Ciudad Eterna y el papa (cap. X).

No mucho después la república de Venecia pidió un auxilio semejante al Gran Capitán contra los turcos, que le hacían desde Cefalonia una guerra desastrosa, no sólo por lo sangrienta y cruel, sino porque dañaba profundamente á su comercio. Gonzalo pidió también permiso al rey para prestar el apoyo de su brazo y de sus soldados á la república: se dirigió á la isla, y después de una serie de actos de valor, que fueron el asombro de Italia y el terror de los turcos, conquistó á Cefalonia y la puso generosamente á disposición de Venecia.

En aquella lucha, en la cual quedaron sólo ochenta turcos vivos, demostró García de Paredes un valor que espantó á los enemigos, y Pedro Navarro empleó las minas que había inventado. Los turcos, por su parte, usaron armas y pertrechos nuevos, entre los cuales llamó la atención un sistema de garfios de hierro que guarnecían las murallas y con los cuales cogían á los españoles y los precipitaban.

No es fácil decir el efecto que esta noticia causó en la república: aclamóse á Gonzalo como libertador, terror del

Digitized by Google

turco y espada de la cristiandad; Venecia escribió su nombre en el *Libro de Oro* y le concedió los mayores privilegios; celebró solemnes fiestas, y por último le envió un riquísimo presente, que Gonzalo con tanta generosidad como prudencia no quiso recibir para sí, remitiéndole al rey de España, en cuyo nombre mandaba el ejército y realizaba todas sus empresas.

III.

Ceriñola.

(28 de Abril de 1503.)

La repartición del reino de Nápoles entre España y Francia, hecha por el tratado de 11 de Noviembre de 1500, llevó de nuevo las armas francesas y españolas á la península italiana.

El ejército francés, que había de apoderarse de la Tierra de Labor y el Abruzo, llegó sin gran dificultad hasta Capua, donde cometió tal género de excesos en el saqueo, que han quedado como un refrán horrible en la historia de aquella ciudad. Los soldados desenfrenados degollaron la mayor parte de la población, y no sólo profanaron los conventos, sino que vendieron á bajo precio las mujeres más hermosas, reservándose cuarenta el duque de Valentinois, lugarteniente del rey.

Gonzalo de Córdova, que había de someter la Pulla y la Calabria, hizo ante todo renuncia de los títulos y estados que había recibido del desgraciado rey D. Fadrique; acto de delicadeza á que correspondió con otro magnánimo el rey, devolviéndole los títulos y mercedes.

Aquella división del reino de Nápoles entre dos monarcas rivales había de producir por necesidad una nue-

Digitized by Google

va guerra, cuyo motivo ostensible fué la posesión de la Capitanata.

Rotas las hostilidades, y habiéndose ya apoderado el Gran Capitán de Tarento y Manfredonia, se dedicó ante todo á restablecer la disciplina de su nuevo ejército. En efecto, en el sitio de aquella plaza los soldados se habían amotinado dos veces por la falta de pagas y de vestuario y alimento, habiendo llegado á entrar en su misma tienda en actitud amenazadora. Allí fué donde un soldado se dirigió á él con la pica, y Gonzalo la apartó suavemente con la mano, diciéndole tranquilo: «*Alza esa pica y mira lo que haces, no vayas á herirme, sin querer;*» y donde un capitán vizcaino se atrevió á decir que fuera á ganar dinero para pagar al ejército Elvira, la hija de Gonzalo, que le acompañaba en las guerras. El Gran Capitán perdonó al primero y mandó ahorcar al segundo en la misma ventana de su alojamiento.

Ante la observación de estos gérmenes de indisciplina y teniendo en cuenta la falta de recursos y la superioridad numérica de los franceses, Gonzalo decidió retirarse á Barleta, acantonándose allí para realizar su proyecto de instruir al ejército á su manera, esperando ocasión oportuna para dar una batalla decisiva.

En aquel retiro, pues, se dedicó á enseñar á sus soldados los deberes fundamentales del militar y la guerra de emboscadas, escaramuzas y guerrillas, saliendo casi diariamente á molestar al ejército francés y procurando por todos los medios posibles inspirar á sus tropas sentimientos caballerescos.

Por esta razón hubo con frecuencia desafíos parciales en que se ostentaba el valor personal y se daban á conocer los combatientes más esforzados. Fué el más notable de éstos el de 20 de Setiembre de 1502, en el cual lucharon once españoles con igual número de caballeros franceses, desafío motivado para demostrar que no estaba sólo el mérito de nuestras tropas en la infantería, y que nuestra

Digitized by Google

caballería no era inferior á la que constituía el orgullo de Francia. Tomaron parte en esta lucha Bayardo, Diego de Vera y García de Paredes, y se llevó á cabo con todo el antiguo y ostentoso ceremonial de la caballería, saliendo los jinetes armados de punta en blanco, con reconocimiento de armas, división del sol, límites del palenque, toque de clarines, canje de padrinos, etc.

El Gran Capitán pronunció una sentida arenga á los suyos al salir al campo, terminando con estas palabras: «Id á pelear como buenos, y ayudáos unos á otros.»

La lucha duró cinco horas, hasta que los padrinos por unanimidad declararon igualmente satisfechos el honor de ambas armas, contra la opinion de García de Paredes, que pedía continuara el combate, y que con tres heridas en la cabeza y desmontado, comenzó á arrancar con sus hercúleas fuerzas las piedras que marcaban el palenque y á arrojarlas sobre los franceses (1).

Sin embargo, Gonzalo de Córdoba, que quería un triunfo completo, recibió seriamente á los que sobrevivieron, diciéndoles: «Por mejores os envié yo.»

Otro de estos combates, digno de mención, fué el que originó el capitán francés La Motte por haber dicho que los italianos eran cobardes. El desafío se verificó entre trece franceses y trece italianos, quedando vencedores éstos, bajo la dirección y presencia del mismo Gonzalo.

Los franceses, cansados de aquellas escaramuzas diarias, enviaron un mensaje al Gran Capitán retándole á una batalla decisiva; pero Gonzalo contestó: «Esperad á que mis soldados hierren los caballos y limpien sus armas; porque yo no acostumbro nunca á pelear cuando á mis enemigos se les antoja, sino cuando la ocasión y las cir-

(1) "Pareció, dice un cronista del Gran Capitán, que se reproducían las luchas de los héroes de Homero y Virgilio, cuando rotas las lanzas y las espadas, acudían á herirse con aquellas enormes piedras, que el esfuerzo de muchos no podía mover.„

Digitized by Google

cunstancias lo piden; y yo aquí estoy esperando que me ataquen.»

Desesperado el duque de Nemours, y no atreviéndose á entrar en el terreno en que estaba acantonado el Gran Capitán, se decidió á levantar el campo y retirarse á mayor distancia para evitar las escaramuzas; pero apenas se puso en movimiento, salió D. Diego de Mendoza y destrozó su retaguardia, matando mucha gente y haciendo gran número de prisioneros.

Por último, habiendo recibido el Gran Capitán algún refuerzo, escaseando los víveres y amenazando la peste, creyó llegado el momento de tomar la ofensiva. Salió una noche repentinamente de Barleta, anduvo catorce millas y al amanecer cayó sobre la plaza de Ruvo, entrando en ella tras de una lucha sangrienta y volviéndose con algún botín, muchos prisioneros y mil caballos franceses, que sirvieron para reemplazar á los extenuados de los españoles. Poco después determinó abandonar decididamente á Barleta, «lugar memorable para siempre en la historia, y teatro del más extraordinario sufrimiento y de la invencible constancia de los españoles.» (PRESCOTT.)

***

Gonzalo de Córdova había decidido, según su costumbre, dar la batalla en sitio convenientemente elegido, y el jueves 27 de Abril abandonó á Barleta y se puso en marcha para el pueblecito de Ceriñola.

Pernoctó en Cannas, donde quizá su fecunda imaginación y sus conocimientos clásicos le harían recordar aquel mismo terrible campo de batalla, llamado todavía *il pezzo de sangue*, donde Aníbal derrotó tan completamente á los romanos.

Al amanecer del 28 rompió la marcha. Era un día de esa primavera abrasadora tan frecuente en Italia; hacía un calor sofocante; el sol se reflejaba sobre un terreno ári-

Digitized by Google

do y seco. Los 7.000 hombres que formaban el ejército español iban divididos en tres cuerpos. Gonzalo mandaba la retaguardia y Fabricio Colona una columna de 400 caballos ligeros que marchaba á los costados para observar los pasos del enemigo. El Gran Capitán miraba sereno pero con atención el horizonte, cerrado por las lomas que accidentaban el suelo, y se elevaba sobre los estribos para descubrir delante de sí la torre de Ceriñola ó detrás el ejército francés, que, mandado por el duque de Nemours, le seguía á distancia de dos horas.

Los soldados, rendidos á la fatiga, se abrasaban de sed y llegaron con inmensa alegría á la orilla del Ofanto, con cuyas aguas se refrigeraron también los soldados de Aníbal. Allí mandó hacer alto Gonzalo, dispuso que los soldados llenasen todas sus vasijas y continuó inmediatamente la marcha.

Mas al poco tiempo la sed inextinguible había consumido el agua, y la infantería caminaba con gran dificultad abrumada por el cansancio y el calor. Algunos soldados cayeron asfixiados. Gonzalo mandó entonces hacer alto; recorrió las filas, montó en su propio caballo á un oficial despeado, dispuso que cada jinete tomase del mismo modo un infante á la grupa y arengó á sus tropas anunciándoles que en breve descansarían.

Hecha esta operación en breves minutos, continuó sin descanso la marcha, hasta que á la caída de la tarde descubrió la loma en que está asentado el pueblo de Ceriñola, término de su viaje.

Sin dar tiempo al descanso, ni perder un solo instante, el Gran Capitán recorrió á galope el campo para elegir el terreno, y, aprovechando un barranco, le circunvaló con un foso en que trabajaron la mitad de los soldados, mientras la otra mitad cortaba los árboles y las cepas de un viñedo y formaba con la tierra extraída del foso un parapeto guarnecido de estacas aguzadas para detener el paso de la caballería. En este parapeto colocó estratégicamente

Digitized by Google

las trece piezas de artillería que llevaba y en el centro el depósito de las municiones.

Dividió sus fuerzas en tres cuerpos: el primero ó ala derecha, compuesto de infantería española, á las órdenes de Pizarro, Zamudio y Villalba; el segundo ó centro, formado por la infantería alemana, y el tercero ó ala izquierda, por infantería española, mandada por Diego García de Paredes y Pedro Navarro, que recibió instrucciones para sostener el ataque, proteger la artillería y favorecer en caso necesario los movimientos de la caballería.

Formó de ésta Gonzalo dos cuerpos, uno de caballería ligera á las órdenes de Pedro de la Paz (1) y Próspero Colona, y otro de caballería pesada, mandada por Diego de Mendoza y Fabricio Colona.

Tomadas todas estas disposiciones con aquella energía y actividad que distinguían á Gonzalo de Córdova y que le hacían dueño absoluto de la confianza de sus soldados, esperó á que se presentaran los franceses á la vista del campamento, lo que no tardó en suceder (2).

El duque de Nemours mandó hacer alto, reunió á los jefes y expuso su opinión de pernoctar allí y esperar al día siguiente para dar la batalla; pero la mayoría de sus capitanes opinó de distinto modo. La arrogancia francesa, nunca desengañada, creyó que bastaban los minutos del crepúsculo de la tarde para acabar con nuestro ejército,

---

(1) Este Pedro de la Paz fué el que luchó con Bayardo entre Barleta y Minervino, diciendo de él los cronistas franceses "que no se había visto nunca hombre de más pequeña estatura ni de mayor valor„. Fué descrito este combate por el marqués Máximo de Azeglio, en su libro *Hector Fieramosca*, y puesto en versos latinos por Jerónimo Vida.

(2) Dícese que el Gran Capitán arengó á sus soldados diciéndoles: "La honra y prez de la milicia, señores y soldados, se gana venciendo al enemigo. Ninguna victoria señalada se puede ganar sin afán y peligro. Este día, si sois los que debéis y soléis, dará fin á todos vuestros afanes.„

Digitized by Google

al cual suponían no sólo rendido por el hambre y la fatiga y abrumado por el calor del día, sino desprevenido para el ataque y entregado indolentemente al descanso, que parecía confirmar el silencio de nuestro campamento.

Insistió el duque, pero tuvo que ceder ante la opinión unánime de sus caudillos, que desconocían las condiciones del soldado español y la pericia y previsión del Gran Capitán.

Cedió Nemours, arrastrado tal vez por una susceptibilidad impropia de un general en jefe; pero pronunció aquellas proféticas palabras que la historia nos ha conservado: «Pues bien, puesto que así lo queréis, pelearemos de noche, y veremos si los que ahora se muestran tan arrogantes hacen después más uso de la espuela que de la espada.»

El ejército francés iba dividido del modo siguiente: la vanguardia, compuesta de los hombres de armas y alguna infantería, mandada por el mismo Nemours; la infantería suiza y gascona al mando del valiente suizo Chandieu; la caballería de línea, que era la más brillante que hasta entonces se había visto en Italia, capitaneada por Luis de Ars; y la retaguardia, formada de caballería ligera, mandada por Ibo Allegre.

Como Gonzalo había previsto, el primer choque se dirigió contra el ala izquierda, formada por nuestra infantería. El empuje fué violentísimo: nuestra artillería comenzó el fuego contra aquella columna de hombres escogidos; pero apenas había hecho algunos disparos, cuando se oyó una detonación espantosa que apagó el estampido del cañón y el rumor de la arcabucería. Tembló la tierra; se abrió el parapeto, cubrióse de humo y de chispas el campamento y se elevó en los aires una horrible columna de llamas y de humo, lloviendo ardientes cenizas sobre los soldados.

Una chispa había volado nuestro almacén de pólvora.

Digitized by Google

Gonzalo no dió tiempo á que sus soldados pudieran pensar en aquel funestísimo accidente, que además de conmover su ánimo les privaba de municiones, y recorriendo las filas, empezó á gritar con voz tan terrible, que dominaba el estruendo de las bocas de fuego: *¡Animo, amigos míos! ¡Esas son las luminarias por nuestra victoria!* (1).

Suspendido el fuego de nuestra artillería, la columna mandada por Nemours llegó al mismo parapeto. Allí unos caballos cayeron en el foso, y otros con el ímpetu de la carrera quedaron clavados en las estacas. Nemours desconcertado recorrió el frente del campamento, creyendo sin duda que el Gran Capitán habría dejado un hueco para que él entrase. Chandieu se empeñó en forzar el paso, tomándole por asalto con sus valientes suizos, sin conseguir más que dejar el foso cubierto de cadáveres; porque tras de aquella trinchera de movediza tierra y levantada en el instante, formaban una muralla más dura y más inquebratable los pechos de la infantería española.

Los franceses, detenidos por aquel obstáculo material que no habian previsto, desafiaban á nuestros soldados á salir fuera de su campamento. Un capitán, blandiendo la

---

(1) Según la Crónica del Gran Capitán, sus palabras fueron estas: *Ea, amigos y compañeros, no os alteréis por lo que habiés visto, que estas son las luminarias y mensajeros de la victoria. y por tanto cúmplase la falta de la artillería con el poder de vuestro corazón y ánimo invencible.*

Según Paulo Jovio, fueron: *Præclarum omen accipio. Quid enim vobis lætius accidere potuit quam provenientis victorie luminaria spectavisse?*

Según Guicciardini: *Iddio annuncia manifestamente la vittoria dandosi segno che non ha bisogna piu ad operare l' artiglieria.*

Según el autor de los "Sucesos del reino de Nápoles„: *Amigos, bien veis que las luminarias os anuncian la victoria confiada á vuestro brazo y á vuestro ánimo.*

Los escritores han apurado este punto, queriendo que la historia conserve exactamente las palabras á que se refiere un hecho tan heroico.

Digitized by Google

espada, gritaba: «Salid, cobardes.» Gonzalo mandó entonces tocar ataque á los clarines: los tres cuerpos de ejército recibieron orden de salvar al mismo tiempo el parapeto y el foso, lo que ejecutaron con admirable precisión, penetrando en el campo francés como «una oleada de carne», y pasaron por cima de los cadáveres de casi todos los hombres de armas (1).

Ante tan ordenado y brioso ataque, los franceses vacilan, hacen un esfuerzo supremo; huyen por último, abandonando sus armas, y comienza en la oscuridad de la noche la matanza de los fugitivos y de algunos grupos de valientes que prefirieron morir luchando á retroceder.

La caballería ligera avanza entonces rápidamente, arrollando y destrozando cuanto se opone á su paso; se apodera del campamento francés; y Próspero Colona se aloja en la misma tienda del duque de Nemours y descansa y repara sus fuerzas tomando la opípara cena con que el virrey pensaba solemnizar su triunfo.

Pronto llega nuestra infantería al mismo sitio, mientras algunas compañías reciben orden de recorrer los alrededores para acabar de aniquilar el ejército enemigo. A las altas horas de la noche los soldados, rendidos de fatiga, pero tranquilos con el triunfo, se duermen recostados sobre montones de cadáveres, mientras Gonzalo contempla sus rostros llenos de satisfacción y espera el nuevo día, cuya luz alumbró el sangriento teatro de su gloria.

Procedióse entonces á reconocer el campo y se encontró el cadáver de Chandieu en la misma trinchera, y no muy lejos el de Nemours casi destrozado y con tres grandes heridas. Gonzalo de Córdova, tan sensible y generoso como esforzado, derramó lágrimas sobre aquel desgracia-

(1) D. Diego de Mendoza se distinguió tanto en este ataque, que el Gran Capitán le dirigió estas palabras: "D. Diego, habéis obrado como nieto de vuestros abuelos.„

Digitized by Google

do cuerpo y mandó recogerle con todo cuidado, trasladándole pomposamente á Barleta, donde se celebraron solemnes exequias religiosas y militares, enterrándole en el convento de San Francisco.

El número de franceses muertos excedió de tres mil, cuya mayor parte formaban una nueva muralla de cadáveres alrededor del parapeto; los demás estaban esparcidos por el campo.

Nemours y Chandieu tenían heridas de bala; los hombres de armas de la vanguardia estaban casi todos heridos de pica, y en el campamento francés los muertos tenían heridas causadas por las armas de la caballería ligera.

Así desapareció aquel ejército como un puñado de ceniza aventado por el huracán.

Tras de esta batalla se rindieron todas las plazas que ocupaban los franceses, unas sin resistencia y otras tomadas rápidamente por aquellos españoles á quienes nada detenía.

La ciudad de Nápoles envió una diputación para felicitar á Gonzalo y llevarle las llaves de la plaza. El Gran Capitán recibió cortésmente á los embajadores, prometió respetar los privilegios y libertades de la ciudad, é hizo su entrada triunfal en Nápoles el 16 de Mayo. Las calles estaban sembradas de flores, desde las puertas hasta el palacio; de los balcones, llenos de gente, arrojaban las napolitanas coronas de laurel; el pueblo aclamaba con gritos de alegría y asombro al insigne guerrero, que iba bajo palio, llevado por los diputados de la ciudad; se celebraron grandes fiestas públicas, y los poetas napolitanos cantaron las hazañas de Gonzalo y sus soldados, aunque en versos más entusiastas y aduladores que dignos del triunfador.

Digitized by Google

IV.

Campaña del Garellano.

1503.

Luis XII había determinado vengar la derrota de Ceriñola en nombre del orgullo nacional herido, é hizo uno de los mayores esfuerzos que registra la historia de Francia. Soñó con hundir para siempre el coloso español, apoderándose de Italia y penetrando en España. Apeló á todas las clases sociales, que le dieron todo género de recursos, y con una actividad dirigida por el rencor y el patriotismo, formó tres poderosos ejércitos abundantemente pertrechados. Uno había de penetrar en España por el valle de Roncal; mandábale Albret, padre del rey de Navarra, y se componía principalmente de infantería y artillería. El segundo había de entrar en nuestra patria por el Rosellón; le mandaba el mariscal Rieux y conducía un poderoso tren de sitio con más de 20.000 hombres para tomar á Salsas, plaza fuerte, llave de aquel territorio. Ambos ejércitos habían de ser auxiliados por dos fuertes escuadras organizadas en Génova y en Marsella, y cuyo principal objeto era bloquear la costa de Cataluña.

El tercer ejército, el más brillante que jamás había tenido Francia, estaba formado por la infantería suiza, que se creía la primera del mundo, por la caballería francesa, guiada por los mejores capitanes de Francia y los nobles más ilustres de esta nación y por el tren de artillería más formidable que se había visto en Europa. Mandaba este ejército el mariscal La Tremouille, hábilmente elegido, porque pasaba por ser el capitán más valeroso y el general más entendido de Francia.

Este tercer ejército había de penetrar en Italia, con-

Digitized by Google

quistar á Nápoles y hacer la guerra al Gran Capitán, vengando los anteriores desastres.

Europa y el mundo, puede decirse, miraba con gran expectación tan poderosos aprestos. Inglaterra, Alemania y Turquía tenían suspensa su política ante la nueva guerra: Alejandro VI, que murió antes de comenzar las hostilidades, vacilaba sin saber á quién dar su protección; y hubo momentos en que ante el reservado silencio de Don Fernando el Católico y la apurada situación de Gonzalo de Córdova, que esperaba tranquilo al enemigo sin alarde alguno, y sin reunir entre tropas y guarniciones más de 12.000 hombres, se creyó inevitable la humillación de España.

Iba á darse la batalla, no entre dos poderosos ejércitos de igual número de combatientes y de armas iguales, no entre dos fuerzas ni entre dos masas, sino entre la habilidad, la estrategia, el heroico valor del primer capitán del mundo, contra el poder entero de una nación, contra el orgullo, la nobleza y los recursos de Francia.

¿Quién triunfaría? La lucha era desigual. Los castellanos tenían que multiplicarse para combatir en su casa y fuera de ella. Los soldados españoles estaban sin pagas y sin ropa, y quedaba cierta sospecha de que los sorprendentes triunfos del Gran Capitán en Italia habían podido ser más bien efecto de la casualidad ó de la inconstante fortuna que del valor castellano y del talento de Gonzalo.

Bien pronto, sin embargo, comenzó á vislumbrarse que no era sólo fortuna la nuestra. El ejército de Albret fué deshecho por los montañeses, navarros y aragoneses, y por el ejército castellano que envió la reina al mando del condestable de Castilla y del duque de Nájera. El segundo ejército, mandado por Rieux, fué destrozado y perseguido hasta los muros de Narbona por el duque de Alba y el rey D. Fernando en persona; y las escuadras, mal dirigidas, no tuvieron tiempo sino para luchar contra las tempestades y recibir las noticias de tan rudos golpes.

Digitized by Google

Quedaba, pues, el tercer ejército, la esperanza de la nación, la flor de la nobleza y de los caballeros de Francia, que se puso en marcha en el verano de 1503. Atravesó los Alpes, descendió á las bellas campiñas de Lombardía, pasó por Parma y llegó á Roma, siendo la esperanza de todos los enemigos de España.

Los italianos comparaban aquellas huestes brillantes, aquellos suizos bien pagados, que sabían resistir como rocas, aquella lujosa caballería francesa, sin igual en las embestidas, y aquel tren de artillería demasiado potente para arrasar todas las fortalezas de Italia, con los españoles que esperaban tranquilos y á pie firme, previendo el hambre y el frío que les amenazaba con la proximidad del invierno. Según un escritor, los franceses se llevaban detrás de sí la admiración de los hombres y el amor de las mujeres: su marcha hasta Roma fué una aclamación y una especie de paseo triunfal.

Cuando llegaron á las hermosas llanuras de Viterbo, el mariscal La Tremouille contempló su ejército y dijo á sus capitanes:

—*Veinte mil ducados daría yo por encontrar aquí al Gran Capitán.*

Dicho propio de la arrogancia francesa, á que contestó con el orgullo castellano desde Venecia nuestro embajador D. Leandro Suárez de la Vega, diciendo:

—*Doble hubiera dado el duque de Nemours por no haberle encontrado en Ceriñola.*

Aquella arrogancia, desgraciadamente, no pudo ser castigada por Gonzalo de Córdova, porque á los pocos días murió La Tremouille, que no llegó á medir sus armas con Gonzalo.

Sucedióle en el mando del ejército francés el marqués de Mantua, cuya presunción no desdecía de la de su antecesor, y que no había podido comprender cómo aquel puñado de españoles había vencido en la campaña anterior: deseoso de triunfos y de laureles, movió su ejército hacia

Digitized by Google

las orillas del Garellano, donde estaba acampado Gonzalo de Córdova.

Gonzalo conoció muy bien la imposibilidad de salir con sus tropas al encuentro de aquel formidable ejército, pidió recursos y refuerzos á España, envió apremiantes mensajeros á Francisco de Rojas, nuestro embajador en Roma, encargándole que reclutara la gente posible, reunió todos sus soldados y buscó un sitio á propósito para esperar el ataque del enemigo, que avanzaba orgulloso.

Rojas, haciendo todo género de esfuerzos, consiguió reclutar en Roma menos de tres mil hombres entre españoles, italianos y alemanes, que fueron agregados á nuestro ejército, cuidando Gonzalo de someterles á la disciplina y de inspirarles el valor y aquella seguridad que tenían en su jefe los españoles que con él habían guerreado.

Sin embargo, con este refuerzo Gonzalo no llegó á reunir doce mil hombres, es decir, menos de la tercera parte que tenía el enemigo, siendo además muy superior la caballería francesa y sobre todo la artillería.

Organizado su ejército, se situó «echando delante el río Garellano», que opusiese alguna dificultad al paso del enemigo, acantonándose en el pequeño pueblo de San Germán, defendido por los fuertes de Monte-Casino y Roca-Seca, en cuya guarda puso á Pizarro, Zamudio y Villalba.

El ejército francés se adelantó orgulloso y seguro de la victoria. El marqués de Mantua miró con desprecio y hasta con lástima aquel pobre ejército, y á pesar de saber que le mandaba Gonzalo de Córdova, creyó imposible la resistencia, y envió un corneta con un mensaje intimándole la rendición ó desafiando á sus capitanes para que salieran á *quedar hechos pedazos*. La respuesta del Gran Capitán fué ahorcar al corneta de un olivo, á presencia del enemigo, para indicar cómo recibiría de allí en adelante á los emisarios que llevaran iguales proposiciones.

Los franceses atacaron en seguida con un ardor increí-

Digitized by Google

ble; pasaron el río, llegaron á nuestro campo y fueron enérgicamente rechazados, teniendo que repasar el río con grandes pérdidas. El valor francés no desmayó. Al siguiente día renovó el ataque, cruzó de nuevo el río con fuerzas superiores, y por segunda vez tuvo que repasarle dejando el campo cubierto de cadáveres. Y uno y otro día se repitió el ataque en aquella sangrienta é interminable batalla, durante todo el mes de Octubre, siempre esperando los franceses envolver á los españoles, y siempre teniendo que retirarse á su orilla, dejando en medio aquel río teñido en sangre. Si alguna vez ha sido exacta la comparación de las soberbias olas estrellándose en la inquebrantable fortaleza de las rocas, fué seguramente en aquella batalla.

Viendo la inutilidad de los ataques cuerpo á cuerpo, el marqués de Mantua decidió cambiar de táctica. Bajóse hacia la embocadura del río, á un sitio desde donde su poderosa artillería podía barrer nuestro campo, fiando á las balas de cañón lo que el brazo no conseguía, construyó un puente de barcas y dispuso un formidable ataque para el 6 de Noviembre.

Acometieron con furioso brío, dispersaron un corto destacamento español que allí había y cantaron himnos de triunfo. Pero Gonzalo conoce que ante la espantable artillería enemiga no puede oponer resistencia, y que sólo luchando brazo á brazo y al arma blanca, es posible inutilizar las balas enemigas, que herirían entonces á unos y otros revueltos y confundidos. Llama á sus capitanes; rodéanle aquellos valientes llamados García de Paredes, Pedro Navarro, Moncada, Andrade y Zamudio; les arenga, toma una alabarda de manos de un soldado para indicar el género de combate; manda tocar los clarines, grita *¡á vencer!* y se precipita el primero sobre los franceses, que, aturdidos ante un ataque tan violento, retroceden hasta el puente y huyen.

La lucha fué horrible; el río apenas dejaba ver sus

Digitized by Google

aguas cubiertas de sangre, bajo el número de hombres y caballos muertos y arrastrados por la corriente, sobre los cuales peleaban todavía con furor inextinguible, hasta sumergirse españoles y franceses, quedando muertos ó ahogados más de 1.400 de éstos.

Algunas compañías en su ardimiento pasaron á la otra parte del río, penetrando en el campo francés. Allí salió herido el bravo Zamudio (1).

Por último, los franceses se retiraron, y el marqués de Mantua, que no volvió á tomar la ofensiva, decía asombrado que aquellos soldados desafiaban sus armas y sus cañones «como espíritus aéreos y no como hombres de carne y hueso».

Desde aquel memorable día varió por completo la situación de ambos ejércitos. El francés quedó á la defensiva y los españoles le retaban todos los días con tales actos de valor, que sólo la pluma del novelista ó del poeta podría referirlos. Continuaron, sin embargo, los combates, siempre sostenidos heroicamente por los españoles, que llegaron á no comprender más que uno de los términos de este dilema: ó vencer siempre ó morir.

Un día un cuerpo francés atacó el fortín de Garellano, defendido por diez soldados españoles; éstos, por miedo ante fuerzas tan superiores, desmayaron, se rindieron ó huyeron, llegando algunos al centro del campamento. El

(1) Entre los heroicos actos de valor de esta jornada, merece citarse el del alférez Hernando de Illescas, que, perdida de un tiro la mano derecha con que llevaba el estandarte, le tomó con la izquierda, que perdió también al poco tiempo, sujetándole con el resto del brazo y permaneciendo en su sitio hasta que los franceses fueron echados. Varón digno de inmortal renombre y de las mercedes que el rey le hizo por información del Gran Capitán, dice Mariana.

Don Hugo de Moncada, que peleó en este ataque con esforzado valor, aseguraba que "en tantas batallas como había estado por mar y por tierra, no había visto nunca una tan terrible y sangrienta.„

Digitized by Google

ejército entero se sublevó contra ellos, y antes de que pudieran acercarse á la tienda del Gran Capitán, fueron literalmente hechos tajadas con las picas, las alabardas y las espadas, denostándoles de cobardes. Tal era el espíritu que Gonzalo de Córdova había sabido infundir en aquellos soldados, lejos de su patria, cercados por un ejército muy superior, hambrientos y casi desnudos.

Ante la inutilidad de estos combates el marqués de Mantua decidió la inacción, esperando tal vez de los rigores del tiempo lo que no pudo lograr con la fuerza de las armas.

Y en efecto, la situación de los españoles iba haciéndose muy grave. Había comenzado el invierno; los fríos eran muy sensibles, y frecuentes los vientos, que, unidos al agua, se llevaban nuestras débiles tiendas ó las chozas que de barro construían los soldados; el terreno, que era bajo y pantanoso, estaba inundado, y no bastaba el trabajo diario para formar con piedras, maderos y ramas un lecho para no pasar la noche sobre el agua ó para detener las corrientes y las inundaciones. La falta de ropas y la escasez de alimentos trajeron como consecuencia necesaria las enfermedades; y llegó á tal punto la miseria de aquellos valientes, que los hombres más arriesgados y tenaces, los jefes más aguerridos, decidieron hablar á Gonzalo y proponerle la retirada á Capua mientras durase la inclemencia de la estación, para reanimar los cuerpos extenuados y volver con nuevo ardor á la batalla, presentándole la comparación con el ejército francés, que, si bien estaba expuesto á las mismas penalidades propias del invierno, ocupaba un lugar más alto y salubre y recibía alimentos y municiones con facilidad, además de tener acuartelada siempre una parte de sus tropas en los pueblos próximos, relevándose los soldados que estaban á campo raso.

El Gran Capitán, que entonces más que nunca demostró la justicia con que llevaba este título, conocía muy bien su situación. Sabía que aquella era una guerra limi-

Digitized by Google

tada á una sola batalla, que no había término medio entre triunfar ó ser completamente derrotado; que, arrojado el guante de aquella manera, sólo podía concluir la lucha con la destrucción de uno de los dos ejércitos, y que levantar el campo era dar la victoria á los enemigos y perder el reino de Nápoles. Tal vez también consideraba que no ya Italia, sino Europa entera, tenían fija la vista en aquella lucha, y que faltaría á los compromisos adquiridos defraudando la confianza puesta en él por su patria y perdiendo de una vez el título glorioso ganado en tantos combates.

Conocedor de sus soldados, confiaba en la robustez y en la resistencia de los españoles; tenía seguridad de que en este terreno eran muy superiores á los franceses, y sabía que en grandeza de ánimo y en temple de alma el número de los enemigos no podría luchar jamás con los hijos de España.

Luego veremos que no se equivocó.

Resuelto, pues, á morir en Garellano ó triunfar en Garellano, recibió á sus capitanes atentamente, oyó sus razones, y, cuando todos hubieron hablado, contestó tranquilo y resuelto: *Lo que conviene al mejor servicio del rey y al logro de la victoria es permanecer aquí; y tened entendido que prefiero la muerte en el acto, dando dos pasos adelante, á vivir cien años, dando uno hacia atrás.*

Respuesta tan enérgica y lacónica no sólo hizo comprender á los capitanes que era inútil toda insistencia, sino que les transmitió el espíritu y el ánimo de su general, convenciéndoles de que allí estaba el deber y era preciso morir ó triunfar, habiendo grandes probabilidades de que sucediera lo primero.

Resignáronse, pues, y en unión del mismo Gonzalo, que participaba de todas las penalidades y fatigas en primer término, reanimaron el espíritu del ejército, resuelto ya sólo á morir.

Pero no era el Gran Capitán hombre que se resignase

Digitized by Google

á dar su vida como un simple soldado, y desde aquel mísero campamento seguía con la mayor reserva negociaciones diplomáticas que dieron el más feliz resultado. Tenía en su campo á Fabricio Colona, individuo de una familia italiana poderosa, enemiga y rival constante de la familia de los Ursinos, no menos poderosa.

Gonzalo, hablando á su compañero Colona y escribiendo continuamente á Francisco de Rojas, embajador en Roma, valeroso español, para que le secundara tratando por su parte con los Ursinos, consiguió acabar con la rivalidad de estas dos familias, reconciliándolas hasta el punto de que los Ursinos abrazaran el partido de los Colonas y enviaran á los españoles un refuerzo de 3.000 hombres al mando de Bartolomé Albiano.

El refuerzo era escaso y apenas llegaba á suplir el número de los muertos y enfermos; pero causó tal alegría en los españoles, que con él se creyeron invencibles y soñaron, porque sueño parecía, con la victoria.

Gonzalo determinó aprovechar aquel instante, tanto por el estado de ánimo de sus soldados, como porque no creía que aquellos italianos, que venían bien vestidos y alimentados, pudiesen acostumbrarse sin sucumbir ó desertar á las fatigas que con tanta constancia sufrían los españoles.

Por otra parte, como había conjeturado muy bien con su clarísima inteligencia, el ejército francés, tan ardoroso en el ataque como el nuestro, no tenía la resistencia, la tenacidad, la constancia en que los españoles rayan á tan gran altura en la desgracia.

La inacción, el frío, la lluvia, acabaron con la paciencia y la disciplina francesa. Hubo sediciones y quejas entre los soldados, y tuvo que ser depuesto el marqués de Mantua, incapaz de conservar la subordinación, sucediéndole el marqués de Saluzzo, hombre activo, valiente y enérgico, que se dedicó desde luego á restablecer la disciplina.

Digitized by Google

V.

Batalla del Garellano.

26 de Diciembre de 1503.

El Gran Capitan reunió á aquellos valientes que le rodeaban, y que eran capaces de reemplazarle ante una desgracia de su persona, y les comunicó el plan de la batalla, que era el siguiente: echar durante la noche un puente sobre el río, siete millas más arriba del campamento francés; pasar á la opuesta orilla, desfilar hasta el sitio que ocupaban los franceses, y penetrar en su campamento al mismo tiempo que por otro lado el resto del ejército pasaba el río por el puente construido por los franceses el 4 de Noviembre.

Este plan fué aprobado por unanimidad.

Dividió Gonzalo el ejército en tres cuerpos: la vanguardia al mando de Alviano, Paredes, Pizarro y Villalba; el centro mandado por él mismo, y la retaguardia dirigida por Andrade. Todo se hizo en medio del mayor orden y sigilo. Era la noche del 27 de Diciembre, noche oscurísima y con el cielo cubierto. Los soldados la emplearon en construir silenciosamente el puente con árboles, maderos, barcas, tablas, ruedas de carros y restos de furgones y barracas, y al amanecer del día 28 los dos primeros cuerpos de ejército le habían pasado y se encaminaban con la precisión de un movimiento de simulacro hacia el campamento francés tomando los puestos, fuertes y casas que encontró al paso.

No es posible decir el terror de los enemigos ante aquella acometida. El valor y la serenidad del marqués de Saluzzo apenas le sirvieron más que para ordenar presurosamente durante la noche la retirada á Gaeta y organi-

Digitized by Google

zar una formidable retaguardia en que puso la flor de su ejército: Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, Lafayette, el prudente, Sandricourt, el gran guerrero, y lo más selecto de la nobleza.

Gonzalo al día siguiente mandó avanzar la caballería ligera, que fué luchando con la retaguardia y haciéndola sensibles pérdidas hasta el puente que avanza delante de Mola di Gaeta, donde el marqués de Saluzzo hizo alto para rechazar al enemigo en tan fuerte posición.

Las tropas que habían avanzado de nuestro ejército eran pocas y ligeras; y fácilmente hubieran podido ser allí derrotadas sin el gran instinto del soldado español, que en aquel momento estaba fortalecido sabiendo que el Gran Capitán venía detrás.

En efecto, vacilaban ya nuestros soldados bajo el peso del cansancio y de la falta de sueño y alimento ante las rudas acometidas de la nobleza francesa, cuando llegó Gonzalo de Córdova, con tan mala suerte, que resbalando su caballo vinieron jinete y cabalgadura al suelo. Levantóse Gonzalo con tal precipitación, que no dió lugar á que sus soldados sintieran el infortunio, y dirigiéndose á los que le rodeaban con tono sereno y jovial, repitió las palabras de César: *Vaya, amigos, pues la tierra nos abraza, bien nos quiere;* é inmediatamente reunidos ya los tres cuerpos de ejército dispuso un ataque general.

Los españoles le comenzaron con tal brío, que arrollaron, envolvieron, atropellaron y destrozaron á los franceses, que huyeron desbandados, dejando en nuestro poder la artillería, banderas, armas, acémilas y bagajes. Los soldados se hartaron de matar, mientras la caballería ligera, hábilmente dispuesta, destrozaba los grupos que huían, sepultándose unos y otros en el fango del terreno, hasta que llegó la noche del día 29, en que el ejército descansó en la villa de Castellone, donde entraron nuestros soldados muertos de hambre, de sueño y de fatiga, y tan desfigurados por el lodo y el agua, que había estado cayendo todo

Digitized by Google

el día incesantemente, que no se conocían unos á otros (1).

Así desapareció aquel formidable ejército, terror de Italia, dejando en el campo 4.000 hombres y perdiendo

(1) Es muy notable la sencillez con que Gonzalo de Córdova dió el parte de esta batalla á los Reyes Católicos:

"Muy altos, muy católicos y muy poderosos príncipes Rey y Reina y Señores:

"*A Domino factum est istud.* Visto que los franceses no pasaban á darnos la batalla, como lo habían certificado, por la puente que habían hecho en el Garellano, el jueves 28 de Diciembre yo eché otra puente en el mismo río, siete millas arriba de la suya, por donde pasé aquel día con tres mil peones españoles y mil quinientos alemanes y cien caballos ligeros, y con ayuda de Dios y de su gloriosa Madre, aquel mismo día les tomamos dos villas, que son sobre el mismo río, dos millas la una de la otra, en que se destrozaron ciento cincuenta hombres de armas y otros tantos archeros y trescientos peones, que se alojaban en ellas. Otro día, viernes, los franceses se levaron de su campo, antes del día, para irse á alojar á Mola y Castellone, que es la vía y cerca de Gaeta: yo los seguí y los alcancé á la entrada de Mola, donde ellos se quisieron hacer fuertes; los peones españoles por la montaña, y conmigo los alemanes por lo llano, los apretamos con la ayuda de nuestro Señor y su gloriosa Madre, de manera que los rompimos y seguimos el alcance hasta las mismas puertas del monte de Gaeta, donde fueron muertos y presos tantos, que muy pocos se salvaron y les tomamos treinta y dos piezas de artillería, con todo su fardaje, que ninguna cosa salvaron, y tomámosles este día más de mil quinientos caballos. Y por ser ya cerca de anochecer y tiempo fuerte de mucha agua y la gente no haber comido la noche pasada ni aquel día y corrido trece millas, no se pudo hacer más. Y volvíme con gran tempestad de tiempo á Castellone. Son más de seiscientos hombres de armas los que el jueves y el viernes perdieron y muchos peones, y de los que de ellos se salvaron muchos no se quisieron encerrar en Gaeta y se fueron por el condado de Fundi la vía de Roma, á donde yo proveí á las tierras que las perdonaría, si hiciesen daño á los franceses. Y de esta causa los villanos han muerto y preso tantos, que muy pocos se han salvado. El sábado siguiente, después de haber refrescado la gente, en buena orden vinimos á Gaeta con determinación de combatir el monte de Orlando por aquella batería que nuestra artillería había hecho los días pasados, donde por la gracia de nuestro Señor y de su gloriosa Madre hallamos poca resistencia y lo tomamos. Todos los franceses se recogieron con fatiga á la ciudad y acabaron de perder lo que habían salvado, que suben de otros mil caballos los que les tomamos y otros dos cañones, que nos hacían el daño los días pasados..... Del monte de Orlando sobre Gaeta á 30 de Diciembre de 1503.„

Digitized by Google

otros tantos entre prisioneros y extraviados, es decir, fuerzas casi iguales á las que tenían los españoles.

Un militar ha dicho que la batalla del Garellano es la batalla en que más puede estudiar un militar; y otro ha sostenido que es la primera batalla del mundo. No son exageradas estas opiniones.

Fué una batalla que duró tres meses, y en que sólo triunfó, no la suerte de las armas como en otras muchas, sino el talento, la perspicacia, la grandeza de ánimo de Gonzalo de Córdova, y la fe, la constancia, la increíble resistencia de los soldados españoles, que demostraron entonces ser tan arrojados en el ataque como los franceses, tan inquebrantables en sus posiciones como los suizos, y más constantes y sufridos que ningún soldado del mundo.

No se durmió el Gran Capitán sobre sus laureles, sino que á la mañana siguiente, cuando apenas había tenido tiempo de descansar el ejército, le puso en movimiento contra Gaeta.

Esta plaza, fuerte de suyo, estaba defendida por numerosa guarnición, aumentada con muchos dispersos del ejército francés en la batalla del día anterior y protegida por una escuadra que podía proporcionarla todo género de recursos. Pero el terror que inspiraba el nombre español era tan profundo, que apenas se aprestaron á la defensa. El monte Orlando se rindió á la aproximación de nuestras columnas, y cuando Gonzalo emplazó sobre su cumbre la artillería para batir la plaza, ésta le envió proposiciones de paz, firmándose la capitulación el primero de Enero de 1504.

En virtud de ella los franceses debían entregar la plaza con toda la artillería y pertrechos de guerra, se canjearían los prisioneros y se permitiría regresar á los franceses á su país por mar ó por tierra.

Allí adquirió Gonzalo de Córdova un nuevo título que le dieron los franceses: el de *gentil capitán* ó *gentil caballero*.

Digitized by Google

Aquel guerrero indomable, aquel hombre tan duro con sus mismos soldados en materia de disciplina, aquel terrible español que llevaba siempre delante el estrago y la matanza, fué dentro de Gaeta y con los vencidos el caballero castellano modelo de galantería, de lealtad y de cortesía. Trató á los caballeros franceses que habían sobrevivido con tal dignidad, que ellos le besaban la mano reconocidos; no consintió que quedara impune ninguna falta cometida contra los vencidos; y habiendo visto él mismo que un soldado quiso arrebatar á un suizo una cadena de oro que llevaba al cuello, se lanzó sobre él espada en mano, y le hubiera pasado, si el infeliz, lleno de terror ante su jefe, no hubiera corrido hasta arrojarse al mar.

Los franceses buscaron, según costumbre en todas sus derrotas, el traidor á quien echar la culpa, y atribuyeron tan horrible final á la mala administración militar.

Cuanto hemos leído en escritores franceses que pretenden atenuar en algún modo la mayor victoria del Gran Capitán, apenas merece refutación.

Que el ejército francés estaba fuera de su patria: como si el nuestro hubiera estado en la suya; que el invierno fué rigoroso y la lluvia incesante: como si no hubiese sido igual para nosotros; que tenían mala administración y peor distribución de víveres: como si fuera peor tener víveres mal distribuídos que no tenerlos, como nos sucedía á nosotros; que el terreno era fangoso y las tropas y artillería se movían con dificultad, como si los españoles hubiesen caminado sobre alfombras; que la idea ingeniosa y estratégica de echar un puente siete millas más arriba fué de Albiano y no del Gran Capitán, y que de igual modo hubieran podido los franceses derrotar á los españoles, con lo cual afirman la torpeza de construir su puente enfrente de nuestro campamento; que en realidad la batalla fué una sorpresa urdida durante las sombras de la noche: como si tuviera disculpa en un buen general el dejarse sorprender estando frente á frente del enemigo, y

Digitized by Google

como si no fuera un gran mérito el que los franceses no hubieran podido nunca sorprender á los españoles; que éstos peleaban desesperados, movidos por el hambre y la horrible situación á que los había reducido el ejército francés: como si esto no fuera una honra para España.

El hecho es, juzgadas imparcialmente las cosas, que todas las circunstancias nos eran desfavorables; que allí se había puesto á prueba durante tres meses la constancia y todas las virtudes del soldado; que el plan de la batalla es aún hoy la admiración de los militares entendidos y de los grandes tácticos, y que su ejecución asombra á la disciplina moderna; y, por último, que la batalla se dió por los españoles con la tercera parte de gente, tomando la ofensiva, yendo á buscar al enemigo á su mismo campo y persiguiéndole incesantemente hasta su completa derrota.

Contra las fuerzas de Francia no había en realidad más que una sola esperanza, el nombre de Gonzalo de Córdova: todo lo demás aseguraba la victoria á los franceses.

Las desgracias del ejército francés no terminaron con la batalla. La noticia de la derrota causó en Francia tanto terror como exasperación. El rey se encerró en su palacio sin dejarse ver de nadie en una porción de días, avergonzado de que un puñado de españoles pobres, casi desnudos y hambrientos, hubiesen destrozado tan completamente el ejército de Francia. Esta pena resintió su salud, y, por último, cayó enfermo de gravedad.

La corte francesa se vistió de luto, y pasado el primer momento de terror, volvió sus murmuraciones contra todo el ejército, llegando á conseguir que el monarca pasara del abatimiento al furor, y aliviara su pena mandando ahorcar á los comisarios del ejército, desterrando á los valientes Sandricourt y Allegre, y prohibiendo la entrada en su patria á los pobres soldados de aquel brillantísimo ejército.

El marqués de Saluzzo no pudo resistir tanta amargu-

Digitized by Google

ra y murió en Génova, el valeroso Sandricourt se suicidó, y Allegre, después de estar muy enfermo, juró vengarse en los españoles ó morir heroicamente, cumpliendo su juramento en la batalla de Ravena, donde pereció como un héroe acribillado por las espadas de la infantería española, mandada por el mismo Pedro Navarro, con quien había luchado en Garellano.

En cuanto á los pobres soldados, la mayor parte murieron de hambre y de enfermedades; otros, que pedían por Dios un pedazo de pan, fueron sacrificados en los caminos desde Gaeta hasta los Alpes, y algunos pocos penetraron en Francia como bandidos, desobedeciendo la orden que les prohibía pisar su patria y resueltos á vivir ocultos en los montes ó á morir en el patíbulo como traidores, pero respirando el aire de su país antes que padecer aquellas miserias. Unicamente puede decirse que se salvaron algunos que quedaron en Gaeta ó que fueron socorridos por los mismos españoles, tan valientes en la pelea como generosos después de la victoria.

Digitized by Google

CAPITULO IV.

El marqués de Pescara y Antonio de Leiva.

I. Ravena.—II. Sorpresa de Melzo.—III. Sitio de Pavía.—IV. Preparativos para la batalla de Pavía.—V. Batalla de Pavía.

I.

Ravena.

11 de Abril de 1512.

La liga de Cambray, formada en 1508 por el papa Julio II con objeto de hacer la guerra á Venecia, dió á los franceses nueva intervención en Italia, pero rota ésta, se formó la *Santísima liga* entre España, el papa y Alemania, declarándose por tanto la guerra á Francia.

El virrey de Nápoles D. Raimundo de Cardona, bien fuese por no poder contener la impetuosidad de su carácter ó por excesiva confianza en sus tropas, desobedeció las órdenes del rey, que le prevenía evitase á todo trance una batalla hasta recibir nuevas instrucciones. Deseoso de pelear, abandonó el castillo de San Pedro y las fuertes posiciones que tenía y se dirigió á Ravena buscando al ejército francés.

A su vista el virrey mandó hacer un foso, imitando algo á Gonzalo en Ceriñola, y formando una inútil mura-

Digitized by Google

lla de carros (1). El ejército francés se componía de 24.000 infantes, 2.000 hombres de armas, 2.000 caballos ligeros y 50 piezas de artillería; el nuestro no llegaba á 18.000 hombres, y se componía de 8.000 españoles, 4.000 italianos, 1.200 hombres de armas, 2.000 caballos ligeros y 24 piezas.

Era, en efecto, muy inferior en número el ejército español; pero contaba con aquella brillantísima infantería, sin rival en Europa, y llevaba á su frente los caudillos más afamados de las guerras de Italia, Pedro Navarro, Zamudio, el marqués de Pescara, Fabricio Colona y Hernando de Alarcón.

El ejército francés, formado por la flor de la gendarmería de esta nación, por un cuerpo numeroso de suizos y por la infantería francesa y alemana, iba mandado por el duque de Nemours. Era el 11 de Abril de 1512, día de Pascua de Resurrección.

Los soldados españoles que habían servido con Gonzalo de Córdova tenían, con su gran instinto militar, el presentimiento de una derrota; pero, sumisos á la voz del patriotismo y de la disciplina, estaban dispuestos á pelear como siempre, supliendo con su valor las dotes que faltaban al general en jefe.

El marqués de Pescara hablando con algunos soldados, les dijo: «Hijos míos, hoy es día de acreditar que sabéis morir.»

Momentos antes de comenzar la batalla, Zamudio recibió una carta del emperador haciéndole una merced por su asombroso valor. Leyóla atento, y apenas la hubo ter-

(1) Al ver este trabajo el duque de Nemours, dijo: "Toda su confianza la tienen puesta en sus mañas; nunca se olvidan de sus artes. Mas sed ciertos que no les valdrán, ni la batalla se dará como ellos deben pensar..... El número de nuestra gente es casi doblado que el de los contrarios, cosa que parece mengua, mas si bien se mira, nadie tendrá por cobardía que nos aprovechemos de esta ventaja, antes á los contrarios por temerarios y locos.....»

Digitized by Google

minado, dijo volviéndose á sus amigos con la mayor serenidad: *Muy pronto se quiere pagar el rey de las mercedes que hace.* Palabras que fueron una horrible profecía.

Cardona, como hemos indicado, no conocía la estrategia. Cuantas disposiciones tomó para dar la batalla eran más favorables á los franceses que á los españoles. Nuestra infantería, mandada por Pedro Navarro, atacó al descubierto á la formidable artillería francesa, perfectamente situada, sufriendo horribles pérdidas, pero sin descomponerse por esto. Dirigióse despues contra los suizos y los lansquenetes alemanes (1), y luchó con tal valor que los arrolló y deshizo en breves momentos, cubriendo el campo de montones de cadáveres y quedando dueño del terreno, siendo pasados á cuchillo casi todos los alemanes.

El valiente Zamudio, que mandaba 3.000 españoles, se distinguió luchando como un héroe al frente de sus soldados y matando por su mano al jefe de los suizos.

Pero herido mortalmente, peleó exhalando el último suspiro con la espada en la mano y alentando á sus compañeros (2).

La gendarmería francesa, mandada por Ibo Allegre, atacó con un furor indescriptible; los españoles se replegaron un momento en el mayor orden, pero á la voz de sus jefes y al impulso de su entusiasmo, volvieron á tomar la ofensiva, y atacaron con tal denuedo que arrollaron cuanto se opuso á su paso.

En aquel ataque murió atravesado por las espadas

(1) En este ataque se adelantó un capitán alemán, llamado Jacobo Empser, y desafió á Zamudio, que se adelantó también y le derribó en breve muerto.

(2) Zamudio pertenecía á la familia de los Zamudios de Ezcaray, que dió tantos nombres ilustres y entre ellos el de la escritora Doña Catalina Zamudio. Fué hombre versado en letras, de gran ingenio y sentenciosos dichos. Sirvió como coronel con Gonzalo de Córdova y era íntimo amigo de Hernando de Alarcón. Su valor en las campañas de Italia raya en lo fabuloso.

Digitized by Google

españolas el valiente Ibo Allegre, cumpliendo así el juramento que había hecho después de la batalla del Garellano, y dejando un nombre ilustre entre los caudillos franceses. Otro soldado mató al general Lautrec.

La victoria parecía haberse decidido por los españoles en aquel momento, por más que hubieran muerto casi todos sus jefes y que las compañías estuvieran casi en cuadro, pero amenazadoras, contemplando la gendarmería, que había huído, y rodeadas de montones de cadáveres en que yacían Zamudio, Acuña, Loriz, Quiñones y otros muchos capitanes: los demás jefes casi todos estaban heridos.

Tenían enfrente el centro del ejército, pero conservaban todavía la actitud ofensiva, y sin contar con su inferioridad numérica, se aprestaban al ataque resueltos á morir luchando y vendiendo caras sus vidas y más cara la victoria.

Entonces el duque de Nemours concentró sus fuerzas, adelantó el centro y mandó un ataque decisivo, que nuestras tropas resistieron aún.

Muchos soldados, llevados de su ardor, se adelantaron rompiendo la formación y penetraron entre las filas francesas, llevando delante de sí el estrago y haciéndose camino con la espada.

Uno de estos valientes llegó hasta donde estaba el general francés rodeado de su escolta y le derribó del caballo. El duque de Nemours quiso evitar la muerte y le dijo:

—¡Soy Gastón de Foix, el hermano de la reina de Aragón!

Mas el soldado enfurecido le atravesó con su espada, dejándole muerto y clavado en el suelo, derribando después dos ó tres caballeros hasta que cayó cubierto de estocadas.

Pero la inferioridad numérica debía sucumbir. Las compañías españolas, rendidas al cansancio ante aquellas

Digitized by Google

cargas sucesivas, se retiraron todavía peleando, quedando el campo por los franceses.

La batalla de Ravena fué la más sangrienta de cuantas se habían dado en las guerras de Italia. Diez y ocho mil hombres quedaron tendidos en el campo, y entre ellos los caudillos más ilustres de España y Francia.

Los españoles dejaron prisioneros al cardenal de Médicis, al marqués de Pescara, al conde de Monteleón, á los marqueses de Atella y de Bitonto, á Pedro Navarro, á Hernando de Alarcón y otros muchos; pero se retiraron en ordenanza, tanto que aquella misma noche formaron en el camino de Ancona 4.000 infantes y 3.000 caballos.

El triunfo de Ravena resonó con un eco inmenso en toda Europa. La liga se vió perdida; Julio II vaciló en su conducta; D. Fernando el Católico, cuando recibió la terrible noticia, volvió los ojos angustiado al Gran Capitán mandándole que se preparase para ir á Italia..... Creíase que los españoles iban á ser arrojados de la península como lo habían sido los franceses después de las batallas de Ceriñola y de Garellano; pero aquello no fué más que un terror momentáneo, porque tampoco la batalla de Ravena fué más que un triunfo del momento.

El ejército francés quedó tan destrozado como el nuestro (1). Muertos sus jefes, se entregó á la insubordinación, á la indisciplina y á las rivalidades y discordias que nacieron entre los caudillos que habían sobrevivido; mientras que la infantería española había dejado la fama de su valor y de su disciplina, tal vez más alta que en las batallas que había ganado. Se encargó del mando del ejército

(1) "El ejército francés, dice Zurita, quedó en la batalla de Ravena de tal modo, que no se podía llamar ejército y parecía como la culebra que vive partida por medio „ *El vencido, vencido, y el vencedor perdido*, decían nuestros soldados.

L'essercito francese rimasso per la morte de Foix et per tanto danno ricevuto comme stupido..... et le soldati parevano piu simili à vinti che à vincitori, dice Guicciardini.

Digitized by Google

francés La Palisse, que no pudo contener los desórdenes de aquellos soldados en la población, la cual tomó poco después la revancha, asesinando la mayor parte de la guarnición, y extremando su venganza hasta el punto de enterrar á los oficiales vivos, dejándoles la cabeza fuera para que padecieran todo género de escarnios (2).

Así no es de extrañar que este triunfo tuviera para los franceses las consecuencias de una derrota y que cuando los cortesanos fueron á felicitar al rey de Francia éste les contestara: *Desead semejantes victorias á nuestros enemigos.* Sobre la orilla derecha del Montone, á tres millas de Ravena, se elevó en 1557 una columna como recuerdo de esta batalla; pero no ha habido un escritor ni un viajero francés que al visitarla no se haya condolido de tan sangrienta victoria.

El ejército español conservó una actitud digna; quedóse poco después dueño de la Lombardía; Cardona atravesó el Milanesado, aprovechando las divisiones de los Estados italianos; llegó á Venecia, la bombardeó y se dirigió á Vicenza con un botín inmenso. Allí, ayudado del marqués de Pescara, ganó la célebre batalla de Vicenza, obteniendo de nuevo la infantería española un triunfo asombroso, que produjo la rendición de Milán y la salida de los franceses de aquel territorio.

---

(2) Fué tan horrible la conducta de los franceses y la falta á lo capitulado, que los mismos escritores de esta nación han tratado de sincerarse culpando sólo á un capitán llamado Jaquin, célebre por sus latrocinios.

Digitized by Google

II.

Sorpresa de Melzo.

1524.

Francisco I, arrastrado por su carácter emprendedor y caballeresco, formó un poderoso ejército, esperando conquistar en Italia laureles que hasta entonces no había podido adquirir Francia, y pasó el Monte Cenis el 25 de Octubre de 1524, atravesó rápidamente la Lombardía y se presentó ante Milán el 5 de Noviembre.

Parecía que por fin una vez las armas francesas iban á derrotar á los españoles y arrojarlos de Italia; parecía, dice un narrador de aquellos sucesos, que diez y seis mil hombres desprevenidos, sin pagas, sin municiones y sin vestuario, no podrían ni intentar siquiera la resistencia contra aquel ejército tan brillante como formidable, que además venía entusiasmado y arrogante, porque Francisco había sabido exaltar las condiciones naturales del carácter francés. El marqués de Pescara, que guarnecía á Milán, abandonó esta plaza, donde reinaba una espantosa epidemia, y se retiró hacia Lodi á orillas del Adda, mientras que Antonio de Leiva, con seis mil hombres, se encerraba en Pavía, esperando uno y otro los movimientos del ejército francés.

Francisco I dividió su ejército en tres partes: una al mando del mariscal La Tremouille, que debía atacar la ciudadela de Milán, donde había quedado guarnición española; otra, que debía operar contra el marqués de Pescara, atacándole en Lodi; y la tercera, que había de sitiar á Pavía, cuya toma era tan importante y decisiva para el éxito de la guerra, que el mismo rey se puso al frente de este cuerpo de ejército.

Ni Francisco I ni ninguno de los más afamados gene-

Digitized by Google

rales que llevaba, eran capaces de luchar en punto á estrategia con el marqués de Pescara, ni con Antonio de Leiva, dignos sucesores del Gran Capitán y educados en su escuela; de modo que el número, las municiones, las ventajas todas habían de estrellarse ante el valor personal, la tenacidad y la inteligencia de nuestros capitanes.

Lannoy y el marqués de Pescara se habían retirado, según hemos dicho, á Lodi, punto hábilmente elegido como posición estratégica, porque, además de ser esta ciudad plaza fuerte, sus cercanías accidentadas se prestaban á la defensa con poca gente; y desde allí los españoles podían acudir con facilidad á Milán ó á Pavía, según aconsejaran las eventualidades de la guerra.

Allí, sin llamar la atención del ejército francés y con una admirable previsión, el marqués de Pescara se limitó á esperar refuerzos y dinero, sin perder de vista el sitio de Pavía; porque con su pericia tenía fe ciega en que bajo los muros de esta plaza había de resolverse la guerra y en que habían de triunfar los españoles; fe tan asombrosa que pudiera hacerle pasar por profeta, como veremos más adelante.

Hasta tal punto se ocultó Pescara, que en toda Italia se creyó que nuestro ejército se había perdido ó desvanecido en las montañas de Génova.

Pero Pescara se veía en situación apurada por falta de recursos, y no quería de modo alguno vivir sobre el país, conociendo muy bien la necesidad de tenerle por amigo y lo peligroso que suele ser este sistema para la disciplina militar.

En tal apuro, concibió un proyecto de esos que parecen un sueño ó una novela: entrar en la próxima plaza de Melzo, defendida por una fuerte guarnición francesa, tomar lo necesario para socorrer al ejército y volverse, atendiendo á que no le convenía sostener aquel punto, siendo tan reducidas sus fuerzas.

Para realizarlo llamó un día al anochecer á unos cuan-

Digitized by Google

tos capitanes de infantería, y les encargó que aquella misma noche á las nueve reuniesen en la fortaleza dos mil soldados, avisándoles uno por uno, sin tocar tambores ni clarines.

A esta hora se presentó con su sobrino el marqués del Vasto, mandó á los soldados que se desnudaran y pusieran la camisa sobre el vestido. Hecho esto inmediatamente, les preguntó si estaban dispuestos á seguir á su general y morir con él. La respuesta fué unánime. Entonces les dijo:

—«Pues salid despacio, hijos míos, que para todos habrá en el botín, porque os hago saber que tenemos en Italia tres reyes que despojar: el de Francia, el de Navarra (Enrique de Albret) y el de Escocia.»

En seguida, puesto á su frente, salió al campo por una poterna.

Todo el día había estado nevando; la noche era fría y su oscuridad estaba templada por el ceniciento resplandor de la nieve que cubría el campo, nuestros soldados caminaban con el mayor silencio, hundiéndose hasta la rodilla sin que apenas se divisaran sus camisas sobre la blancura del suelo. Así anduvieron cuatro leguas sin saber dónde iban y sin pronunciar una palabra, cumpliendo rigorosamente las órdenes de su general.

A las tres de la mañana llegaron á las márgenes del Olona. El marqués de Pescara mandó adelantar unos caballos, que llevaba á prevención cubiertos con sábanas, y los puso en hilera atravesando le río para que quebraran la fuerza de la corriente, que era bastante impetuosa; apeóse Pescara, y entrando el primero en el río, después de decir á sus soldados: «Ea, señores, todos haced como yo», pasaron en correcta formación aquella agua medio helada que les llegaba á la cintura, sin que se perdiera ni un solo hombre.

Continuaron caminando más de dos horas, y antes de amanecer aquella masa blanquecina y fantástica llegó

Digitized by Google

con sepulcral silencio á la vista de Melzo y se agrupó bajo sus muros.

Desde allí nuestros soldados oyeron distintamente, con esa claridad especial que produce la nieve en los sonidos, á un centinela de la muralla, que decía á otro: «¿No ves unas cosas blancas que se mueven?» Y oyeron también la contestación del otro centinela, que dijo que serían los árboles cubiertos de nieve y movidos con el viento.

Llegaron los soldados al pie de la muralla, todos sin zapatos, por haberlos perdido en la nieve y el lodo, y descansaron un momento, «diciéndoles mientras tanto Pescara en voz baja tales cosas, que todos olvidaron la fatiga».

Poco después oyeron que dentro de la plaza los clarines tocaban botasillas. Y el marqués de Pescara, levantando ya la voz, dijo á sus soldados:

—«Amigos míos, razón es, pues estos caballeros quieren cabalgar, que vayamos á calzarles las espuelas», añadiendo en voz de trueno: «¡A escalar la muralla, y España y Santiago!»

Los soldados, precedidos de su general, pasaron con el agua al pecho dos fosos que defendían la plaza; y una compañía, haciendo esfuerzos increíbles, por llevar los miembros ateridos de frío, trepó á la muralla, subiendo los españoles unos sobre otros auxiliados de las picas.

Los primeros centinelas cayeron muertos atravesados por las armas de los españoles, que corrieron inmediatamente, siguiendo la muralla, hasta la puerta más cercana, y forzando su guardia, la abrieron á sus compañeros, que entraron gritando incesantemente: *¡España, España! ¡Santiago, Santiago!*

No es posible describir el efecto de este ataque en la población. Las tropas francesas dormían descuidadas, sin imaginar que en tal noche pudiera intentarse movimiento alguno, ni mucho menos atacar una plaza fuerte. Los clarines tocaban alarma y llamada; los soldados y los jefes

Digitized by Google

corrían por las calles sin saber qué ocurría y sin conocer á los mismos españoles encamisados. Todo lo sospechaban menos que pudieran ser los soldados de Pescara.

El conde Jerónimo Tribulcis, jefe de la guarnición, se encontró en la calle con el alférez Santillana (1). Acometió el español al francés, y después de una obstinada lucha, le hizo caer mortalmente herido. La guarnición intentó hacerse fuerte en algunos puntos, especialmente en la plaza y en la iglesia; pero nada pudo resistir el empuje de los españoles, que en breve tiempo se hicieron dueños de la población, cayendo prisioneros todos los franceses que no murieron.

Inmediatamente el marqués de Pescara formó sus soldados, pasó revista, salió de Melzo al son de los clarines y regresó á Lodi por el mismo camino, llevándose el botín y los prisioneros.

Para terminar dignamente aquella gran hazaña, que hoy parece increíble y propia sólo de una novela, Pescara dió libertad á los prisioneros para que fuesen á referir este hecho al rey de Francia y le avergonzasen, comparando esta conducta con el mal trato que recibían de los franceses nuestros prisioneros.

Los soldados se agraviaban por este acto, prefiriendo la venganza á esta generosidad; pero Pescara les dijo que quería vencer la poquedad del rey de Francia, añadiendo: «Cuando esto no bastase, nuestra libertad nos queda para cuando los tornáremos á prender con su rey.»

---

(1) Este Santillana era aquél de quien decían los italianos: *No hay más que un capitán, Juan de Urbina, ni más que un alférez, Santillana.* Había nacido en las montañas de Santander y sirvió en Italia, adquiriendo fama por sus heroicos hechos.

En la batalla de la Bicoca, siendo sargento de la compañía del capitán Gurea, fué mandado por el marqués de Pescara á reconocer un escuadrón enemigo, y, cercado de muchos caballos, se arrimó de espaldas á un árbol y peleó valerosamente, haciendo gran daño en los enemigos, hasta que cayó al suelo con nueve heridas. Fué el primero que entró en Melzo.

Digitized by Google

Hemos dicho antes que se pusieron pasquines en Roma preguntando por un ejército perdido, y en efecto, he aquí uno de aquellos pasquines:

«Cualquiera que supiere del ejército imperial que se perdió en las montañas de Génova, véngalo diciendo, y darle han buen hallazgo; donde no, sepan que se lo pedirán por hurto y se sacarán cédulas de excomunión sobre ello.»

La sorpresa de Melzo corrió por toda Italia como un hecho heroico y fabuloso, y en Roma apareció entonces en el mismo sitio otro pasquín, que decía:

«Los que por perdido tenían el campo del emperador, sepan que es parecido en camisa y muy helado, y con doscientos hombres de armas presos y otros tantos infantes; ¿qué harán cuando ya vestidos y armados salgan al campo?»

III.

Sitio de Pavía.

1524-1525.

El 28 de Octubre de 1524 llegó el rey de Francia á la vista de Pavía; tomó en seguida todos los pueblecitos próximos, cercó la plaza con fosos y vallados para no dejar escapar á ninguno de los españoles que la guarnecían, aspirando á copar todo el ejército de Antonio de Leiva; emplazó la artillería y comenzó un fuego nutrido é incesante contra la plaza.

Abierta brecha, mandó el asalto el 7 de Noviembre. Los franceses se lanzaron á la muralla con brioso ímpetu, pero fueron rechazados con grandes pérdidas, entre ellas la de su jefe Longueville. Repetido el ataque una y otra vez en los días siguientes, volvieron del mismo modo á su campamento. De nada les servió abrir nuevas brechas,

Digitized by Google

porque eran inmediatamente reparadas ó ardorosamente defendidas por los españoles, multiplicándose Antonio de Leiva de tal modo, que se le encontraba siempre el primero dando el ejemplo á los soldados, hasta el punto de llegar á ser una especie de proverbio que «sólo se moría á su lado».

Mientras tanto nuestra artillería hábilmente dirigida, y la pericia y serenidad de nuestros arcabuceros, diezmaban las filas francesas en medio de un estruendo «como no se había oído jamás en el mundo».

Francisco I conoció al fin la imposibilidad de rendir á los españoles por la fuerza, y cansado de tanto y tan inútil combate, determinó variar el sistema de guerra. Colocó sus tropas de modo que fuera imposible que se evadiese nadie de la ciudad, ni pudiese ésta tampoco recibir socorro alguno. Determinó también torcer el curso del Tesino para que los sitiados carecieran de agua y se vieran privados de la defensa que constituía este río por un lado de la plaza, y, por último, destruyó todos los molinos de ambas orillas para que carecieran de harina; todo fué inútil; la plaza tuvo agua, harina y comunicaciones. Violentas lluvias aumentaron la corriente del Tesino con tal fuerza, que arrastraron entre sus tumultuosas olas todas las obras, estacadas y diques construídos por los franceses, y el río volvió á su curso aumentado para mayor defensa de la ciudad con las aguas llovedizas.

Antonio de Leiva, con su actividad infatigable, mandó construir molinos movidos á mano ó por caballerías, que daban abasto á la población, y reemplazaban de tal modo á los de agua que ni un día se sintió su falta.

Lo más grave para los sitiados era la carencia de dinero, porque el ejército llevaba muchos meses sin paga. Antonio de Leiva no pensó nunca que los españoles pudieran aminorar su entusiasmo por esta razón; pero temía que los alemanes vacilasen en la defensa, sobre todo cuando ya algunos habían manifestado que era horrible

Digitized by Google

aquella situación y que no quedaba más esperanza que rendirse.

Para salir de estos apuros, distribuyó los soldados españoles en las casas con la obligación de darles de comer; se apoderó de toda la plata de las iglesias y la convirtió en moneda, acuñándola con esta inscripción: «*Los cesarianos cercados en Pavía, año 1524.*» Con este dinero, cuyas monedas buscan hoy con afán los arqueólogos comprándolas á altísimo precio, pagó Leiva á los tudescos.

Sin embargo, aquel dinero no fué ante tanta penuria más que una gota de agua en el mar. La carestía de los artículos de primera necesidad era extraordinaria, y no había medio de remediar la falta de víveres y de municiones, que iba haciéndose sentir de una manera angustiosa.

Pero Pavía no estaba sola ni abandonada; fuera de ella el marqués de Pescara, aunque también en apurada situación, conocía, como Antonio de Leiva, que la guerra había de resolverse ante los muros de Pavía, y no olvidaba un momento la crítica situación de los cercados. Determinó, pues, haciendo un sacrificio, enviar un socorro de 3.000 escudos á Leiva.

Andaba excogitando los medios de realizar tan difícil empresa, cuando se le presentó un alférez, llamado Cisneros, que estaba perseguido por haber dado muerte á un soldado, y le propuso encargarse de aquella arriesgada comisión mediante el indulto, ayudándole un compañero y amigo suyo, llamado Francisco Romero. Aceptó la proposición Pescára, y fiándose de la palabra de aquellos dos españoles, les entregó los 3.000 escudos.

Cisneros y su amigo buscaron dos campesinos italianos de toda su confianza, y les cosieron los escudos en el forro de los jubones, penetrando con ellos en el campo francés. Los labriegos llevaban víveres para venderlos á los soldados franceses, que abundaban en dinero, y los españoles, disfrazados con las bandas blancas que distin-

Digitized by Google

guían á los caballeros de Francia, llegaron hasta el mismo pabellón de Francisco I y le pidieron audiencia. Solicitaron entrar á servir á sus órdenes, admirando el valor de los franceses; ofrecióles el rey sueldos, que no quisieron recibir de ningún modo hasta que lo ganaran con alguna hazaña notable, y agregados en seguida á uno de los cuerpos de vanguardia, es decir, de los más próximos á la plaza, esperaron el momento oportuno.

Una de aquellas noches tan frías cambiaron sus jubones públicamente con los de los campesinos con el pretexto de estar más abrigados, se armaron con alabarda, espada y daga, y penetraron en una de las minas que habían construido los franceses y salía cerca de la muralla.

Allí, luchando siempre al arma blanca, fueron sorprendiendo, atacando y matando á los centinelas, consiguiendo salir al pie de la plaza.

El ruido del último combate que sostuvieron y sus voces en español llegaron á oídos de los escuchas de Pavía, y asomándose á la muralla el capitán que estaba de servicio en aquel punto, llamado Pedrarias, se enteró de quiénes eran y les abrió las puertas.

Los dos españoles al despedirse el día anterior de los labriegos, les habían dicho al oído:

«Volved mañana, y si antes de mediodía oís tres cañonazos en la plaza, corred á Lodi y decid al marqués de Pescara que los 3.000 escudos están en poder de Antonio de Leiva; si no los oís, id también á decirle que hemos muerto.»

Al despuntar el día, los labriegos, que habían vuelto con el pretexto de vender sus víveres, oyeron los tres cañonazos, uno por cada mil escudos, y corrieron á decírselo á Pescara, que recibió la noticia con inmensa alegría.

Aquel socorro llegó oportunísimamente, porque la situación de la plaza no podía ser más aflictiva. Los alemanes habían manifestado ya su resolución de no pelear más y entregarse; los españoles estaban profundamente irrita-

Digitized by Google

dos contra ellos por esta conducta, y Antonio de Leiva temía dentro de la plaza un conflicto que sólo podía ser útil á los franceses. Ante este peligro, repartió inmediatamente los 3.000 escudos entre los alemanes, que al ver el dinero se apaciguaron y se comprometieron á seguir resistiendo, excepto un capitán, que murió de enfermedad al día siguiente. Cierta tradición asegura que murió envenenado, habiéndose culpado de este hecho por los enemigos de España al mismo Antonio de Leiva.

IV.

Preparativos para la batalla de Pavía.

La noticia de la sorpresa de Melzo causó profunda impresión á Francisco I, que deseando combatir sin abandonar el sitio de Pavía y sin desmembrar su ejército á pesar de la inferioridad numérica de los españoles, envió un desafío al marqués de Pescara, prometiéndole doscientos mil escudos si venía á darle la batalla:

—*Decid al rey de Francia*, contestó Pescara al capitán que llevó el mensaje, *que si dineros tiene que los guarde, por que yo sé que los habrá menester para su rescate.*

Palabras proféticas que demuestran la pericia de aquel general tan valeroso y tan prudente, y hacen ver cómo sabía sujetar á la inteligencia su indomable valor.

Francisco I hubiera podido poner en un grave compromiso á nuestros generales atacando rudamente á los españoles á su salida de Milán ó en el retiro de Lodi, y libre ya de este enemigo, haber estrechado el sitio de Pavía. Pero mal aconsejado por generales inferiores á los nuestros y llevado siempre de su carácter ridículamente caballeresco, apenas dió un paso en Italia que no fuese un grave error. Entre sus generales era el más escuchado y el que ejercía mayor influencia sobre su ánimo Bonnivet, que

Digitized by Google

había demostrado ya su escaso mérito relativamente al de los capitanes españoles.

Acampado ante Pavía, tuvo la inadvertencia de distraer su ejército en reconocimientos ó expediciones inútiles, entre ellas las del marqués de Saluzzo hacia Génova y la del duque de Albani á Nápoles, quedándose expuesto á un golpe de mano entre Pavía y Lodi, tratándose de enemigos tan activos é inteligentes como los españoles.

Pero ante esta conducta debemos hacer notar los profundos conocimientos militares de los generales españoles, que jamás quisieron dar importancia á estas expediciones, ni destacaron un solo soldado contra ellas, repitiendo constantemente que la suerte de Nápoles se decidiría ante los muros de Pavía.

El aplomo y seguridad con que el marqués de Pescara contestó á varios mensajes de Francisco I, el recelo que inspiraba ya su quietud y la negativa á aceptar la batalla, siendo tan proverbial su arrojo, hizo sospechar á algunos generales franceses, que por experiencia conocían á nuestros soldados en guerras anteriores, que todo debían temerlo, y que cuanta fuerza reuniesen y cuantas precauciones tomasen no serían nunca exageradas, ni aun suficientes. Por esta causa La Tremouille y La Palisse aconsejaron al rey que levantara el sitio de Pavía, y concentrando su ejército, se preparase en sitio fuerte y elegido convenientemente para la defensiva, ó tomase desde luego la ofensiva contra el marqués de Pescara.

Desgraciadamente para ellos, Bonnivet opinó de distinta manera, y sostuvo que un rey de Francia no debía retroceder nunca ante sus enemigos, ni abandonar las plazas que hubiese decidido tomar; el rey, más halagado por estas imprudentes palabras que por las previsoras razones de los demás generales, decidió continuar el sitio y retar al marqués de Pescara á que viniera á encontrarle y á salvar á Pavía.

Este nuevo reto ofrecía también una apuesta ó canti-

Digitized by Google

dad al general español, según la costumbre francesa. Francisco I le prometía veinte mil escudos si en el plazo de veinte días aceptaba la batalla; añadiendo que si dejaba de hacerlo por no tener tanta tropa como los franceses, saldrían á pelear en número igual.

A todo esto había llegado al campamento español el condestable de Borbón con 12.000 lansquenetes que había reclutado en Alemania con ayuda de Fernando, hermano de Carlos V, gente nueva que venía á combatir ansiosa de botín y á quien no era conveniente tener mucho tiempo en un campamento pobre como el nuestro. Ante estas razones, el marqués de Pescara contestó al mensajero de Francisco I que aceptaba el reto y que dentro de diez días le atacaría con 18.000 hombres, peleando en campo igual. Respecto de los veinte mil escudos, añadió:

—«Decid á vuestro rey y señor que los generales españoles no acostumbran á pelear porque sus enemigos les den dinero, y que guarde esos veinte mil escudos para una ocasión que espero yo ha de venir.»

Recibióse con extraordinario júbilo esta respuesta en el campamento francés. El rey llamó á La Tremouille, y queriendo consignar solemnemente el hecho para que el marqués de Pescara no retrocediera, y al mismo tiempo para acabar de dar carácter caballeresco á este reto, que esperaba le había de poner en posesión de la Italia en el breve plazo de diez días, le mandó que contestase con un cartel firmado y sellado con sus armas, declarando que aceptaba la batalla, que combatirían en terreno abierto con los fosos allanados; añadiendo por un exceso de pueril arrogancia, que no contasen los españoles ni para entonces ni para más adelante con el socorro de la gente de Pavía.

Este cartel fué firmado y enviado al marqués de Pescara el 13 de Enero de 1525.

Sin embargo, la situación de Pescara era angustiosísima. No tenía dinero alguno, y recelaba que los alemanes

Digitized by Google

se negasen como siempre á pelear, y aun á obedecer, si no se les pagaba. En tan aflictiva situación reunió á los capitanes españoles, y con tanta concisión como energía les dijo que dieran gracias á Dios por haberlos puesto sobre todas las naciones del mundo, y que agradecieran á los tudescos el que por la miseria que se les podía dar vinieran á pelear á nuestro lado ansiosos de honra, añadiendo: «De nosotros no hay que decir, dado que desde Septiembre no nos pagan ni tenemos un real, ni el emperador nos puede socorrer si no fuese volando, por estar tomados todos los caminos. Ni acá lo podemos remediar, porque os certifico que he enviado á venecianos que sobre mis estados empeñados ó vendidos me diesen cien mil ducados (1)..... mas no es de hacer caso de necesidad ninguna, pues con ella enriquecemos nuestros nombres y la honra de España, y confío en que no tendremos necesidad de la gratificación del emperador, pues tenemos en las manos los despojos del rey de Francia y de tantos grandes como con él vienen. Pues siendo esto así, señores y hermanos míos, ¿quién hará caso de tres días de trabajo? De mí os digo que aunque soy un pobre caballero, vosotros me habéis subido al número de los príncipes y dado tan gran nombre que nunca os lo podré pagar. Y para mostrar más vuestro valor, fortuna os ha traído á tiempo que no tengamos un real para pagar, antes tenemos necesidad de pediros los dineros que tengáis para pagar á los alemanes. Bien conozco ser esta cosa la más nueva del mundo y la más grave que á gente de guerra se pidió jamás, pero yo confío en que vuestro valor se extendería á más, si más fuese menester. Por tanto, yo os ruego que me respondáis lo que pensáis hacer en todo.»

(1) La situación era apuradísima, no sólo en aquel campo sino en toda Italia; D. Hugo de Moncada había tenido que dar toda su plata para empeñarla y pagar quince días á la gente; las galeras de Nápoles llevaban un año sin cobrar.—(*Carta de Moncada* al rey de 27 de Enero de 1525.)

Digitized by Google

Los capitanes españoles contestaron llenos de entusiasmo dando las gracias á su general por la estimación que de ellos hacía, confiándoles la angustiosa situación del ejército; declararon que no sólo renunciaban á la paga, aunque tuvieran que vender la camisa para comer, y que darían á los alemanes ochenta de ciento ó seis de diez, según lo que cada uno tuviese.

El marqués de Pescara, aquel hombre de valor tan arrojado y sereno, no pudo contener sus lágrimas; abrazó con efusión á tan generosos soldados y procedió á recoger los donativos por medio del contador del ejército, con su cuenta y razón, para lo que más adelante fuera menester.

De esta manera se recaudó en el acto dinero suficiente para dar un ducado á cada alemán, con lo cual quedaron contentos.

El 24 de Enero, á los diez días de recibir el cartel de La Tremouille, levantó Pescara solemnemente su campo, desplegando las banderas ante el ejército y mandando tocar los clarines, trompetas y tambores, y se puso en marcha hacia Pavía, dejando una pequeña guarnición en Lodi al mando del duque de Milán.

Formaba la vanguardia la caballería ligera, mandada por el marqués de Santangel, que llevaba sobre las armas un sayo de terciopelo carmesí y los paramentos del caballo de igual tela. Seguía el virrey, Carlos de Lannoy, vestido con armas de blanco y oro, sayo de brocado de raso carmesí, como el paramento del caballo, y en el almete un gran penacho rojo y amarillo. Le precedían el rey de armas y las insignias de su dignidad.

Detrás iban 700 lanzas y los hombres de armas al mando del duque de Borbón, que vestía un sayo de brocado sobre arnés blanco sin ninguna divisa.

Marchaba á continuación la terrible infantería española, compuesta de 6.000 hombres y mandada por los marqueses de Pescara y del Vasto. Vestía el primero rica camisa con oros y perlas, jubón de raso carmesí, calzas de

Digitized by Google

grana y celada borgoñona. No llevaba divisa alguna más que el escudo de guerra con la muerte pintada sobre negro y montaba su hermoso tordo llamado *Mantuano,* que había de morir, casi puede decirse heroicamente, en aquella batalla. El del Vasto llevaba armas doradas con veros azules, sayo de tela de plata y rica camisa bordada con un collar de perlas y piedras preciosas; en el almete lucía pluma blanca y roja y montaba un soberbio caballo castaño.

Por último, formaban la retaguardia un escuadrón italiano, la artillería, compuesta solamente de cuatro malas piezas de bronce y dos bombardillas de hierro, servidas por españoles é italianos; cerrando la marcha, y sirviendo de retaguardia, un escuadrón de piqueros tudescos, escoltando tres carros de pólvora, dos de balas y seis de puentes, picos y azadones.

En este orden, y con la mayor rigidez en la disciplina, caminaron todo el día, llegando á la caída de la tarde á Marignano, donde pernoctaron. Al amanecer del día siguiente se pasó revista á las tropas y en el mismo orden tomaron directamente el camino de Pavía, llegando á Santángelo, pueblo fortificado que atacaron rudamente. Nuestra artillería hizo brecha en la muralla y penetraron por ella los españoles precedidos del marqués de Pescara, que fué el primero que la asaltó y el primero que entró en la plaza al grito de *¡España!* En este ataque se le quiso poner delante con buen celo el capitán de arcabuceros Quesada; pero el marqués deteniéndole le dijo: «¡Cómo, capitán, con título de amigo me queréis quitar mi honra! Dios no me ayude si lo consiento.»

Apoderóse en breve el ejército de la población, hízose prisionera á toda la guarnición, y al día siguiente, 30 de Enero, el ejército dió vista á la ciudad de Pavía.

El rey Francisco, llevando hasta la exageración, y tal vez hasta lo cómico, vistos los sucesos posteriores, sus costumbres caballerescas, mandó hacer una salva de cin-

Digitized by Google

cuenta cañonazos al descubrir nuestro ejército, saludándole y anunciando su victoria.

Sin embargo, los franceses permanecieron en su campo. A la vista del enemigo, el rey Francisco reunió consejo de generales y les consultó acerca de la batalla. Los caudillos más prácticos, los que habían sostenido ya otras guerras con españoles en la misma Italia, La Tremouille, La Palisse y otros, aconsejaron al rey que levantara inmediatamente el campo para no verse entre el ejército y la plaza, que eligiera un sitio donde atrincherarse, imitando el ejemplo del Gran Capitán en Ceriñola y Garellano, y que esperara á que la falta de recursos pusiera en aflictiva situación á los imperiales, promoviendo tal vez la deserción de los tudescos.

Contra estas prudentes reflexiones opinó Bonnivet que debía darse la batalla, insistiendo en que un rey de Francia no debía retroceder nunca, en que los españoles eran muy inferiores en número, y el abandono del sitio reforzaría nuestro ejército con la guarnición de Pavía.

Ante esta diversidad de pareceres el rey opinó lo peor, continuar el sitio y esperar á que los españoles le atacaran.

No era el marqués de Pescara un general dispuesto á dar gusto al enemigo, ni á emprender una batalla sin grandes probabilidades de éxito. Así es que decidió aguardar el momento oportuno para un ataque decisivo, llevando ya el pensamiento de acabar de una vez con el ejército francés y coger prisionero á Francisco.

El marqués de Pescara, por tanto, se instaló á la vista del ejército y de Pavía, pero á bastante distancia para prevenir un golpe de mano, y comenzó á inquietar á los franceses todas las noches con toques de alarma y de rebato y falsos ataques; de tal modo, que no los dejaba descansar, produciendo en ellos un constante sobresalto que los desesperaba inútilmente.

Empleó este sistema por espacio de una semana, hasta que los franceses, rendidos por la falta de sueño y confian-

Digitized by Google

do ya en que todo era una falsa alarma, no hacían caso de nuestros alardes. Entonces una noche el marqués de Pescara penetró con doce compañías de españoles en el campamento francés, mató 800 hombres y clavó nueve piezas de artillería, retirándose con muy poca pérdida. Al día siguiente repitió la acometida nocturna con los arcabuceros y mató 300 franceses.

Mientras tanto los de Pavía hacían también sus salidas por la noche, y en ellas cogieron cinco banderas de los italianos al servicio de Francia, matándoles más de quinientos hombres.

La situación de Francisco I ante estos repetidos ataques iba siendo difícil. Veía mermarse su ejército sin dar una batalla decisiva ni atreverse á provocarla y sin que sus soldados gozaran un momento de reposo, porque Pescara tenía constantemente en movimiento parte de sus tropas, y cuando éstas descansaban, hacían ó amagaban salidas los sitiados en la plaza. Pero más angustiosa era la situación del ejército español, que en aquellos días había consumido cuanto tenían los pueblecillos cercanos y carecía de todo género de recursos.

Eran, pues, dos ejércitos que no querían entablar la batalla, y que esperaban que el hambre ó el cansancio y la desesperación acabaran con el enemigo.

El 23 de Febrero los jefes españoles celebraron consejo de guerra y opinaron unánimemente que era imposible continuar en aquella situación: unos propusieron retirarse á Cremona ó á Milán, otros dirigirse á Nápoles ó atacar inmediatamente á los franceses, y todos salir de aquel campo del hambre.

Pescara les contestó diciendo que él estaba resuelto á dar la batalla; y habiéndolo aprobado por unanimidad, mandó reunir en seguida la infantería española, y, puesto á caballo en medio, les dijo: «Ya sabéis que nunca vengo á hablaros sino cuando hay trabajos y lacerías.» Les explicó lo que debía entenderse por honra, y añadió: «Seño-

Digitized by Google

res, hijos míos, no tenemos más tierra amiga en el mundo que la que pisamos con nuestros pies; todo lo demás es contra nosotros. Todo el poder del emperador no basta para darnos mañana un solo pan (1). ¿Sabéis dónde lo hallaremos únicamente? En el campo de los franceses que véis allí. La otra noche, en la entrada que hicimos, pudísteis ver la abundancia de pan, de vino y de carne que había, y de truchas y carpiones del lago de Pesquera y de otros pescados para mañana viernes. Por tanto, hermanos míos, si mañana queremos tener que comer vamos á buscarlo allí, y si esto no os parece bien, decídmelo para que yo sepa vuestra voluntad.»

A una sola voz contestaron todos los soldados que deseaban pelear y que cada hora que se dilatase la batalla les parecía mil años, contestándoles Pescara: «Bien sabía yo, hijos míos, que había de hallar en vosotros el esfuerzo que á mí me faltase.» En seguida les mandó que no tomasen espuelas para pelear, sino freno de sufrimiento, que guardaran el mayor orden en las filas sin salirse de ellas hasta asegurada la victoria, que los arcabuceros no tomasen caballeros ni joyas hasta este mismo momento, que fuese muerto el que faltase á estas prescripciones y que á las nueve de la noche tocasen los tambores sólo con los palillos para que se formaran. Mandó por último, para distinguirse bien, que todos los soldados se vistiesen la camisa sobre el uniforme, y que los que tuvieran dos dieran una á los que no tuvieran, que en último caso se hicieran capotillos de las sábanas y de las tiendas y sombreretes de papel, poniéndose cuantos pudieran bandas encarnadas porque los franceses las llevaban blancas, formando con todo esto un conjunto tan abigarrado que al pasar revista se reían muchos jefes.

---

(1) En todos estos días no se dió más que un panecillo de ración al soldado.

Digitized by Google

V.

Batalla de Pavía.

24 de Febrero de 1525.

Antes de amanecer mandó prender fuego á los pabellones, chozas y barracas, poniéndose inmediatamente en marcha hacia el campo francés.

Francisco I estaba tan persuadido de lo angustioso de nuestra situación, que cuando le anunciaron la aparición de las hogueras en nuestro campo, exclamó:

«Eso es que huyen; preparad las armas para cuando venga el día, y los perseguiremos hasta desbaratarlos ó arrojarlos del todo del estado de Milán.»

Pero al despuntar el alba se encontró enfrente con el ejército imperial, que estaba rigurosamente ordenado en línea de batalla.

¿Cómo había sucedido esto? Los franceses tenían ocupado un antiguo parque que se extendía al Nordeste de la ciudad, y que estaba rodeado de un muro de cal y ladrillo de mayor altura que una pica, y á cuyo abrigo se creían seguros. Pero el marqués de Pescara eligió precisamente para dar la batalla aquel parque, tal vez con el intento de que no pudieran escapar con facilidad los franceses; y antes de amanecer comisionó á los dos capitanes españoles Santa Cruz y Salcedo para abrir brecha. Hicieronlo éstos mañosamente, empleando como arietes unos grandes maderos movidos con cuerdas por las compañías, y lograron abrir tres brechas por las cuales entraron la infantería, la caballería y la artillería.

Mientras los dos capitanes derribaban la tapia, nuestro campamento presenciaba una escena tiernísima, según un testigo de vista: gastóse el tiempo en confesiones y en ordenar las conciencias, encomendando cada uno á sus

Digitized by Google

amigos lo que querían que en sus tierras se hiciese, y abrazábanse unos á otros como gente que no pensaba verse más, y sobre todo se encargaban entre ellos pelear valerosamente.

Entre los muchos incidentes curiosos debe mencionarse el del capitán D. Alfonso de Córdova, que allí mismo se desposó con una señora con quien mantenía relaciones y que había seguido al ejército, reconciliándose y abrazándose con sus hermanos D. Juan y D. Pedro, que estaban resentidos con él por estas relaciones ilícitas (1).

A aquella primera luz del día que había de alumbrar tan sangrienta lucha, el marqués de Pescara, enseñando á su infantería aquel ejército tan numeroso, «que parecía estar allí todo el mundo junto,» les dijo:

«¿Pensáis que es poca arrogancia la de esos borrachos, que han hecho al rey de Francia dar un bando para que no dejen un español á vida, so pena de perder la suya? ¿Si creerá que tenéis las manos atadas?»

Estas palabras, dichas con aquella voz con que alentaba y conmovía á los soldados, causaron en las filas el efecto que esperaba. Los soldados contestaron jurando á voces morir antes que rendirse y no dar cuartel á nadie, pidiendo atacar en el acto. Dos soldados, llamados Pedro de Arráez y Pedro de Medina, se acercaron á Pescara y solicitaron licencia para acometer tres ó cuatro picas delante de los demás.

Robertson dice que jamás en los anales de la guerra se han acometido dos ejércitos con más furor ni más odio, ni ha habido lucha igual entre el arrojo y el honor por

(1) El Sr. Cánovas del Castillo, que visitó el terreno de la batalla de Pavía y publicó con este motivo un curiosísimo trabajo, refiere que en una casa de aquel campo hay una pintura que, según el guía que llevaba, representa el abrazo de dos hermanos antes de aquella batalla. El mismo Sr. Cánovas pregunta: ¿Serían estos dos hermanos?

Digitized by Google

una parte y la disciplina, la pericia y la desesperación por otra.

Acometieron los franceses con ímpetu tan irresistible, que destrozaron y mataron un escuadrón de nuestra caballería y se apoderaron de toda nuestra artillería.

El campo francés resonó con gritos entusiastas de *¡Victoire! ¡victoire! ¡France! ¡France!*, olvidándose de que quedaba allí la infantería española.

Un capitán de los italianos, viendo el gran peligro, se acercó á Pescara y le dijo: «Paréceme cordura recogernos á aquella alamedilla.» Mas el Marqués le contestó: «Capitán, este no es tiempo de buscar seguridades para los que buscan más la honra que la vida: acordáos que para este día os ha pagado el emperador muchos años; por tanto, no os cumple menearos de donde estáis, sino tened por cierto que el primer picazo que yo daré será á vos.»

El virrey Carlos de Lannoy duda también un momento y manda á Pescara que se ponga á la defensiva; pero este bravo general desobedece sus órdenes, manda á la infantería española prepararse para atacar, y al verlo contestan los nuestros á los gritos del ejército francés: «*¡Aquí están los arcabuceros españoles! ¡Aquí está Pescara!*» Lo que era gritar, dice un escritor: «¡Aquí está la victoria!»

En efecto, Pescara se volvió á la infantería española y les dijo: «Señores, no hay ya que esperar sino en Dios; por tanto, á todos ruego que me sigáis, haciendo lo que yo haré», y mandó adelantarse al capitán Quesada con su compañía de arcabuceros, verificándose el movimiento con tal precisión, que «parecía que la voluntad de Dios nos sargenteaba», dice un testigo ocular: á la voz del capitán no quedó uno de sus doscientos arcabuceros que no saliese, sin salir uno más de las otras compañías.

La gendarmería francesa, tan arrojada en el ataque, se lanza ebria de entusiasmo sobre nuestro campo; pero el marqués del Vasto, con un movimiento habilísimo, penetra en el francés por el mismo hueco que había dejado la gen-

Digitized by Google

darmería y ataca á los suizos, mandados por el valeroso Diesbach y los derrota completamente, viniendo á auxiliarle la guarnición de Pavía, que, habiendo salido de la plaza, arrolló una división francesa para llegar á unirse á sus compatriotas. Esta división recibía órdenes de Antonio de Leiva, que estando gravemente enfermo, se hizo sacar al campo en una silla para dirigir las operaciones de sus soldados y verlos pelear (1).

Los franceses acometen furiosos contra el marqués de Pescara, auxiliados por los lansquenetes alemanes. El general español se vuelve á sus soldados y les dice:

—«Ea, mis leones de España, hoy es día de matar esa »hambre de honra que siempre tuvísteis, y para esto os »ha traído Dios hoy tanta multitud de pécoras. ¡Santiago »y España! Todo el mundo haga oración y nadie se levan»te hasta que yo diga.» Así de rodillas comenzaron el fuego, y luego los mismos arcabuceros, sobre todo los vascongados, cayeron sobre ellos con tal furia, que en muy poco tiempo dejaron 5.000 muertos en el campo y pusieron en fuga á los demás. El marqués de Pescara desapareció con ellos, y pasó más de media hora sin saberse su paradero,

(1) El valeroso Antonio de Leiva fué enterrado en la iglesia de San Dionisio de Milán, demolida en este siglo. Cubría su sepulcro una lápida de mármol negro con letras de oro, que ha conservado Francesco Bellati en la *Serie de governatori di Milano*, y que publicó en España el Sr. Cánovas del Castillo en su discurso de recepción en la Academia de la Historia. Decía así:

"Antonio Leivæ hispano heroi Asculi principi Omnium sue ætatis ducum belli vel consilio capiendo sollertiss. vel in exequendo efficaciss. qui a Carolo ejus nominis V. exercitui apud insubres præfec. Italiæ principibus ac gallor. rege in cæsarem conspirantibus vel in maxima rerum angustia ingenii acumine hostium sibi incumbentium sæpe conatus infregit oppida expugnavit ac multis victoriis partis ducibusq. etiam captis Mediolan. provinciam ab eorum faucibus ereptam imperio restituit et servavit magnisq. mox aliis rebus pro Cæsare gestis demum intollerandis miserabilis morbi doloribus omnibus artubus contractis e perpetuo occupatis summo cum laude apud aquas sextias in fata concessit. ossa ex testamenta huc translata sunt. Obiit XVII Kal. Oct. M.D.XXXVI.„

Digitized by Google

hasta que volvió herido en el rostro y en la mano derecha, atravesado por las balas el coselete, llenas de mellas sus armas y con su hermoso caballo acribillado de heridas. Había luchado solo con un ejército.

Aquel caballo, que no debe ser menos célebre en la historia que el Babieca del Cid, parece que hizo un esfuerzo superior para volver á nuestro campo y cayó muerto en cuanto le pisó. Cruzó las manos Pescara, le contempló tristemente, y recordando las veces que con él había combatido, exclamó:

—«¡Oh, Mantuano! ¡Pluguiera á Dios que con mil ducados pudiera yo salvarte la vida!»

A todo esto habían desaparecido las dos alas del ejército enemigo. La derecha había sido aniquilada; el arrojado Diesbach murió al frente de los suizos; el duque de Montmorency estaba prisionero, y su jefe el veterano La Palisse fué embestido por un soldado español, que le metió la pica por la boca sacándosela con la lengua y la vida por el colodrillo. El ala izquierda había sido puesta en fuga con su jefe el duque de Alenzón.

Sólo quedaba en el centro el rey rodeado de las mejores tropas, de la flor de la nobleza y de los generales más distinguidos, que formaban un brillante estado mayor, dispuesto á morir ó á abrirse paso.

Nuestra infantería atacó intrépidamente aquella fortaleza de carne humana. Las compañías vizcainas y guipuzcoanas no sólo acometieron el frente en correcta formación, sino que se introdujeron por entre las patas de los caballos hasta llegar al mismo centro, luchando con espada contra tan formidable caballería, y repartiendo estocadas y cuchilladas á diestro y siniestro, pero siempre avanzando, y vieron caer bajo sus golpes uno á uno todos aquellos príncipes, nobles, generales y capitanes sobre montones de cadáveres de soldados y de hombres de armas.

Un arcabucero asestó al almirante Bonnivet, y le metió la bala por la boca, cayendo muerto del caballo. El

Digitized by Google

señor de Aubigny, que iba con el brazo alzado para herir con su espada á un español, vió caer de un tajo el brazo partido por el hombro, viniendo al suelo con su caballo. El señor de Guisa fué herido y muerto de un lanzazo. El conde de Tracto arrojó su lanza al mariscal La Tremouille con tal fuerza que, cosiéndole con la brida, le atravesó de parte á parte, cayendo muerto con su caballo. El señor de Saint Severin, gran escudero de Francia, recibió un hachazo que le echó la vida fuera juntamente con los sesos. Un criado del marqués de Pescara dió dos cuchilladas al señor de la Claiette, abriéndole la celada y la cabeza hasta la boca. Un soldado español, esgrimiendo su montante, derrocó de una estocada el caballo del señor de Boys, que siguió luchando en el suelo hasta que el español le segó la cabeza de un tajo. Otro soldado con su pica atravesó al duque de Suffort, heredero del trono de Inglaterra, saliéndole el hierro al otro lado, y en seguida dió un golpe al hermano del duque de Lorena en el pecho, derrocándole del caballo y cayendo muerto. El mismo atacó al señor de Champaigne, que acompañaba á estos dos príncipes, yendo á acompañarles también en la muerte.

Hernando de Alarcón quebró su lanza al derribar á un caballero; pero también cayó él al suelo, y hubiera perecido sin el auxilio de un arcabucero, llamado Jorge de Sevilla, que derribó á otro jinete y le puso en su caballo.

Así murieron el duque de Longueville, el conde de Tonnerre, Mr. de Amboise, el mariscal Chavanne y casi todo aquel brillantísimo estado mayor, y por último, cayó al suelo con el caballo herido el rey Francisco I, que andaba corriendo buscando por donde huir.

En el acto corrió hacia él, animado del furor que á todos excitaba en tan horrible matanza, un soldado de las compañías vizcainas, llamado Juan de Urbieta, y sin conocerle le puso la espada al pecho, y antes de que pudiera intentar levantarse le dijo:

—«¡Ríndete ó muere!»

Digitized by Google

—«No me rindo á ti, le contestó Francisco, me rindo al emperador; yo soy el rey.»

El vizcaino le prometió la vida, y al darle el rey las gracias y manifestarle que le quedaba obligado, le pidió la libertad de D. Hugo de Moncada, con quien había servido y que estaba prisionero. Entonces llegaron Diego de Avila, hombre de armas de Granada, y Juan de Aldana, que, reconociéndole también, le pidió prenda por rendido. El rey todavía en el suelo le entregó la espada, el puñal y una manopla.

Entonces, auxiliados de otro hombre de armas, llamado Pita, le ayudaron á levantarse, porque tenía cogida una pierna debajo del caballo (1).

---

(1) Francisco I dió una certificación en 4 de Marzo de 1525 de que había sido preso por Juan de Urbieta, el cual ayudó á salvarle la vida, y de que habiéndole manifestado quedarle en obligación, Urbieta le pidió la libertad de D. Hugo de Moncada, que estaba prisionero. El emperador concedió á este soldado la nobleza y un escudo en que se representaba la prisión del rey, con este lema: *Carlos V á Joanes de Urbieta por la prisión de Francisco I.* Este valeroso español está enterrado en un mausoleo en Hernani.

Diego de Avila fué premiado en 6 de Julio de 1526 con una renta de 50 000 maravedises, mandándole armar caballero y dándole por armas un escudo en campo rojo, con tres coronas reales, que se referían á los tres reyes que hubo en la batalla de Pavía, señalándole además una pensión de 200 ducados anuales.

El emperador expidió el 20 de Julio de 1525 un privilegio en favor de Juan de Aldana, honrándole con la orden de la caballería por muchos y prolongados servicios, entre los cuales constan estos hechos. La media armadura que usaba Aldana se conserva en la Armería de Madrid.

"De tal suerte, dice este privilegio, pelearon, que no sabemos por qué destino suyo cayó el rey en manos de los nuestros, quedando los demás, así capitanes como soldados, ó muertos, ó prisioneros, ó heridos; en cuya acción desempeñabas tú el cargo de mayor coronel, animando á los italianos que servían á sueldo nuestro, con los cuales y tú que embestiste valerosamente, cayó la dicha parte de la muralla. Con ímpetu singular entraste el primero con la demás tropa, y acometiendo todos al primer trozo de caballería en que estaba el rey, disteis una carga furiosa. Peleando el rey, cayó en tus manos y en las de otros soldados, y tu recibiste del mismo rey su espada y puñal muy excelente y cual correspondía á un rey, y un

Digitized by Google

El lector puede figurarse el efecto que causaría la prisión del rey. Unos querían matarle llenos de furor ó creyendo que no era el rey; otros pretendían llevársele para pedir por él un crecido rescate, hasta que le reconoció La Motte y volvieron á su lado algunos caballeros franceses que voluntariamente se dieron á prisión para seguir la suerte de su rey.

Iba el rey vestido con un sayo de brocado y terciopelo morado, sembrado de *efes* de oro y de seda morada; en el almete llevaba pluma amarilla y morada, y de ella salía una bandereta de cendal con una salamandra entre fuego y al extremo una F grande dorada con esta letra en francés: *Esta vez y no más*, indicando que pensaba quedar dueño de Italia.

Púsose en camino el grupo que le rodeaba, y que iba aumentando por momentos á medida que corría la noticia. Los soldados le estrechaban y le pedían ó tomaban reliquias. Así se llevaron las plumas del casco, las presillas, botones y aun pedazos del sayo que vestía.

Acercábanse á él y le decían cosas extrañas, ocurrencias picantes ó graciosas. Unos le preguntaban por qué se metía con españoles, otros le decían:

—«Acordáos que os lo dijo Pescara.»

Un soldado puesto delante de él, le dijo:

—«Vaya, señor, que en semejantes lances se ve el valor de los príncipes.»

Otro exclamó:

—«Apuesto á que será mejor tratado por el emperador que lo fuera el emperador en poder suyo.»

—«A bien, decía otro soldado, que ha caído en manos de la mejor gente que hay en el mundo, y todo lo ha de dar por bien empleado.»

---

rico collar con la insignia de la orden del Toisón de Oro, el cual collar, habiendo casado después á Leonor, nuestra hermana, con el mismo rey, procuramos que se le restituyera.»

Digitized by Google

Un arcabucero español, cortándole el paso y parándole, le dijo:

—«Señor, sepa V. A. que ayer, sabiendo que se daría la batalla, hice seis balas de plata y una de oro para mi arcabuz; las de plata para unos musiures y la de oro para vos. Creo que empleé las cuatro, sin otras muchas de plomo que tiré á gente común. No topé más musiures y por esto sobraron dos. La de oro veisla aquí y agradecedme la voluntad de os dar la más honrosa muerte que á príncipes se ha dado. Mas pues Dios no quiso que os viese en la batalla, tomadla para ayuda de vuestro rescate, que ocho ducados, que es una onza, pesa.»

El rey iba bastante sereno (1), pensando tal vez que no era poca fortuna haber salvado la vida; llevaba al lado al señor de La Motte, que le traducía los dichos y ocurrencias de los soldados, alguna vez tan graciosos que le producían risa.

Trasladado al centro del campamento, se presentaron á él todos los jefes españoles haciéndole una profunda genuflexión ó besándole cortésmente la mano.

Al llegar el marqués del Vasto, le dijo el rey:

—«Mucho deseo tenía de conoceros, aunque no en esta situación.»

En cuanto vió á Antonio de Leiva, que tuvo que ser llevado entre dos en una silla, le tributó los justos elogios que merecía por la heroica defensa de la ciudad. Leiva le besó la mano.

El duque de Borbón se arrodilló ante él y le dijo:

—«Señor, si mi parecer se hubiera tomado en algunas cosas, ni V. M. se viera en la necesidad presente, ni la sangre de la casa y nobleza de Francia anduviera tan derramada y pisada por los campos de Italia.»

---

(1) Vasco Díaz Tanco, que asistió á la batalla, dice del rey: «Allí le ví manso muy más que un cordero.»

Digitized by Google

El rey se impresionó mucho, alzó los ojos al cielo y contestó:

—«Paciencia, duque, pues ventura falta.»

Entonces el marqués de Pescara indicó al de Borbón que se alejara de allí, porque su presencia afectaba demasiado al prisionero.

Rodeáronle todos los generales, y puestos á caballo se encaminaron á Pavía, en medio de la alegría y del entusiasmo sin límites de los soldados españoles.

Al llegar cerca de las puertas de la ciudad, el rey, visiblemente alterado, detuvo su cabalgadura y se volvió al marqués de Pescara, diciéndole con triste voz:

—«Ruégoos, marqués, que vos y estos caballeros me hagáis placer de no meterme en Pavía; que sería grande afrenta para mí no haberla podido tomar y meterme en ella preso.»

El caballeroso marqués de Pescara accedió en el acto á la petición del rey, y fué llevado á un monasterio extramuros de Pavía (1).

Todos querían encargarse de la guarda de su persona, manifestando diversas razones; pero el marqués de Pescara cortó la cuestión con su acostumbrada energía y su severo laconismo, diciendo: «Debe fiarse su persona á Don »Hernando de Alarcón, jefe de los españoles, á quienes se »debe el premio de la victoria, con lo cual el emperador »quedará servido, España honrada y todos satisfechos y »seguros.»

Nuestro ejército se alojó en las tiendas francesas, á donde llegaban continuamente caballeros y soldados franceses detenidos en la fuga. Un soldado, llamado Cristóbal

(1) Refiere una antigua tradición de Pavía que al entrar Francisco I en la Cartuja, los monjes reunidos en el coro cantaban este versículo: *Coagulatum est sicut lac cor eorum: ego vero legem tuam meditatus sum*, y que el rey entonó este otro: *Bonum mihi quia humiliasti me: Ut discam justificationes tuas.*

Digitized by Google

Cortesía, llevó al príncipe de Navarra, que fué á aumentar aquel inmenso número de prisioneros en que estaba lo más selecto de la nobleza de Francia.

A cada paso llegaban grupos de cuarenta ó cincuenta prisioneros agarrados á los estribos y asidos unos á otros, conducidos por un solo español. «Todos con lágrimas pedían misericordia que era compasión. Los españoles los aseguraban y prometían hacerlo bien con ellos, como cierto lo hicieron.»

Un villano de las cercanías se presentó pidiendo premio por haber dado muerte al príncipe de Escocia, enseñando como prueba de sus palabras la cadena de oro que aquel infeliz llevaba al cuello. Preguntado cómo le había muerto, sin pertenecer al ejército, refirió que el príncipe de Escocia fugitivo le había tomado por guía para salvarse, ofreciéndole una buena recompensa y dándole por anticipado aquella cadena; que llegados á un barranco pantanoso, que él conocía muy bien, le dijo al príncipe que lo pasara delante; hundióse el caballo en el fango hasta la cincha y entonces él le abrió la cabeza de una cuchillada, dejándole muerto.

El marqués de Pescara dispuso en seguida que fueran unos soldados con el labriego para buscar y traer cuidadosamente el cadáver, le hizo tributar honrosas exequias y mandó ahorcar al villano, ejecutándose inmediatamente la sentencia.

Los resultados de la batalla no pudieron ser mayores (1). Cerca de 10.000 franceses quedaron tendidos en el campo, y casi otros tantos murieron ahogados en el Te-

(1) En el parte del marqués de Pescara al emperador, dándole cuenta de la batalla, decía estas dignas y enérgicas palabras: "Mucho es lo que se debe á esta gente, la cual le suplico mande tener siempre en su memoria, porque en esta victoria se ha de tener en tanto el menor soldado de este ejército, por su determinación y voluntad, como el que más ha hecho en ella. V. M. es obligado á reconocerlo y nosotros á recordárselo.„

Digitized by Google

sino ó perecieron en la fuga. El botín en armas, banderas, cañones, caballos, vituallas, acémilas, vestidos, joyas, vajillas y todo género de alhajas fué tan grande, que el ejército pudo desquitarse de sus privaciones anteriores. La guarnición de Milán abandonó esta ciudad al punto; el resto del ejército enemigo se retiró á Francia, sin que quedara un solo soldado en Italia; el pontífice se allanó á pagar ciento veinte mil ducados; el duque de Ferrara entregó cincuenta mil para los gastos de la guerra; Venecia ofreció ochenta mil ducados de oro, y las demás repúblicas y señorías imitaron esta conducta. Europa entera tembló ante aquel triunfo tan completo, temiendo lo que los españoles harían después.

Francisco I fué desnudado de sus armas para enviarlas como presente y trofeo al emperador. Su espada se depositó primero en el alcázar de Toledo y luego en la Real Armería de Madrid, de donde la sacó Murat en 1808 para llevarla á Francia, habiéndose hecho en España una copia que ocupa su lugar. La armadura fué llevada á Alemania y se conservó en Inspruck hasta 1806, en que la recobró Francia, trasladándola al Museo de artillería de París.

Inmediatamente el rey prisionero escribió una carta á su madre la duquesa de Angulema, en la cual decía que no le había quedado más que el honor y la vida; palabras que, desfiguradas por los historiadores franceses, han llegado á formar el refrán: «Todo se ha perdido menos el honor.» El mismo día también escribió una humilde carta al emperador, diciéndole que no tenía más consuelo en su infortunio que la esperanza en su bondad, que obrase como príncipe generoso, que le quedaría siempre obligado, y que, en vez de hacer de él un prisionero inútil, hiciera un rey esclavo suyo siempre.

Llevó estas cartas Peñalosa y volvió con otra de la reina madre, llamando «hijo» al emperador, manifestando que daba gracias á Dios porque hubiera caído Francisco

Digitized by Google

en sus manos, y rogándole humildemente que le tratara bien y que convirtiera la prisión en amistad en nombre del porvenir de la cristiandad.

Carlos V recibió con circunspección y severa prudencia la noticia de la batalla (1). Dirigióse en el acto á la capilla para dar gracias á Dios y celebró una recepción, lamentándose ante la corte y los embajadores de la desgracia del rey de Francia. Después contestó en términos corteses y políticos á la duquesa de Angulema, comenzando así los tratos diplomáticos, que no son ahora nuestro objeto, y que terminaron después de ser trasladado Francisco I á Madrid (2).

---

(1) En la cédula que se puso en el ataud del emperador iba consignada la fecha de la batalla de Pavía, que por una coincidencia rarísima era el mismo día del mes en que nació Cárlos V el año 1500 y en que recibió la corona de emperador de manos de Clemente VII en 1530.

(2) Aquí le cantaban:

Rey Francisco, mala guía
Desde Francia vos trajistes,
Pues vencido y preso fuistes
De españoles en Pavía.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO V.

Saqueos de Roma.

I. Entrada de D. Hugo de Moncada en Roma.—II. Saqueo de Roma por las tropas de Borbón.

I.

Entrada de D. Hugo de Moncada en Roma.

(29 de Septiembre de 1526.)

Francisco I, lejos de cumplir el tratado de Madrid, aunque había dejado dos hijos en rehenes, con tal de conseguir su libertad, se alió con el rey de Inglaterra, con el duque de Milán y con el papa Clemente VII, formando la liga clementina.

El descontento no sólo del emperador, sino de todos los españoles con Clemente, se iba agravando por consecuencia de la siempre falsa conducta del papa; y convertido ya el descontento en odio, motivó un ataque contra Roma, que fué llevado á cabo con el secreto y rapidez que tantas otras veces demostró el ejército español.

El 14 de Septiembre de 1526 mandó D. Hugo de Moncada, virrey de Nápoles, reunir la tropa y armar secretamente 2.000 hombres en el Abruzo, con el propósito, decía, «de dar tal trabajo al papa que sea necesitado de ayudarse á sí mismo»; y el 29 salió sigilosamente de esta

Digitized by Google

ciudad, y cuando más descuidado estaba el papa, le vió llegar á las puertas de Roma al frente de 3.000 españoles con las banderas desplegadas.

El susto fué tan grande como la sorpresa. El papa envió á los cardenales Campeggio y Cesarino para arengar al pueblo desde el Capitolio, animándole á la defensa, y á Della Velle y Cibo á tratar con los Colonas. Volvieron éstos diciendo que el pueblo estaba dominado por el terror ó por la indiferencia, y que los Colonas no querían oir proposición alguna, por cuyo motivo el papa se refugió inmediatamente en el castillo de Sant Angelo con la guardia suiza y los cardenales, mandando romper el fuego á la artillería.

Las tropas de Moncada no la contestaron siquiera: se instalaron en la ciudad como cosa suya; desmantelaron por completo el palacio, rompiendo las puertas y destrozando todas las alhajas, aun las consagradas al culto; saquearon todas las casas de los cardenales y obispos, exceptuando la de Campeggio, que tal vez había reconocido la razón que asistía á los españoles; hicieron pedazos la riquísima vajilla del datario; sacaron por las calles montados en burro en pelo á algunos obispos y apalearon al arzobispo de Capua, llevándosele después en traje episcopal hasta que fué rescatado en Pavía. Aquel infeliz gritaba: «Tened compasión de mí para que Dios la tenga de vosotros;» y un soldado español le contestó: «Hacemos en nombre de Dios.»

Los españoles no molestaron á la población; así es que los vecinos de Roma no tomaron parte alguna, y aun dice el autor de la vida de Moncada, lo vieron como si fuera cosa de fiesta; hablaban y hacían reverencias á la gente de D. Hugo con tanta seguridad, que los oficiales se dejaban las tiendas abiertas é iban á ver pasar los escuadrones, porque D. Hugo había convencido al pueblo de que venía solo á librarle de las manos de tan avaro pontífice.

Conoció el papa la inutilidad de la resistencia que sólo

Digitized by Google

serviría para acrecentar el furor de los españoles, y lleno de terror llamó á D. Hugo de Moncada, que no quiso tratar con él sino enviándole antes en rehenes á sus dos sobrinos los cardenales Ridolfi y Cibo.

Comenzadas las negociaciones detuvo Moncada el ímpetu de sus soldados; pero pasó la noche temblando todos en el castillo, y mudándose de traje el papa y los cardenales para escapar en caso necesario.

Moncada se determinó al fin á ir al castillo, llevando pendientes de su vida y libertad las de los dos cardenales, que quedaron en poder de fieles soldados españoles, y manifestó al papa que era contento en admitir una capitulación, porque no había tenido más objeto que aconsejarle que se apartara de la liga y se hiciese amigo del rey de España, habiendo dado aquel paso solamente con el buen deseo de la paz.

Algo más debió decir Moncada, según el testimonio de varios autores y especialmente el de Jerónimo Negro, que dice que el general español pidió «cosas que no se encuentran en las boticas (1)».

Al fin Clemente cedió, y ajustó una capitulación en que se estipuló una tregua de cuatro meses entre el emperador y el papa; que éste mandaría retirar el ejército de Lombardía; que perdonaría á los Colonas y á sus partidarios, los cuales volverían á su gracia y privanza, y que, firmadas estas condiciones, Moncada con sus tropas abandonaría á Roma y se volvería á Nápoles.

El nombre de Moncada quedó en Roma de tal modo, que temblaban los romanos al oirle, y era objeto de constantes amenazas entre las parcialidades que dividían la ciudad.

El 24 de Octubre el papa publicó un bando mandando

(1) Moncada propuso al papa que hiciera cuatro cardenales, vendiendo á cada uno el capelo por 25.000 ducados, para pagar al ejército.

Digitized by Google

registrar las casas de todos los españoles avecindados en Roma para rescatar lo posible del saqueo, pero el registro no dió resultado alguno.

II.

Saqueo de Roma.

(1527.)

El duque de Borbón sacó su ejército de Milán, dejando el mando de esta ciudad á Antonio de Leiva, y se reunió pocos días después con los lansquenetes alemanes enviados por el emperador y mandados por Frundsberg.

Aquel ejército, compuesto de 25.000 hombres, hámbriento, desesperado y acostumbrado ya á vivir del pillaje, puso en tanto temor al papa, que, arrepintiéndose rápidamente de su conducta, escribió al virrey Lannoy proponiéndole un tratado, en el cual se concertó una tregua de ocho meses, la reposición de los Colonas en todos sus destinos y dignidades, la entrega de 70.000 escudos para pagar al ejército imperial, y el auxilio de las tropas napolitanas, si el de Borbón intentaba atacar á Roma.

El papa, creyendo que las tropas de Borbón estaban muy lejos y que aceptarían este tratado, licenció á sus soldados y esperó tranquilo en Roma.

Desgraciadamente para él las tropas de Milán estaban ya casi á las puertas de la ciudad santa. El furor de los soldados había llegado á tal punto, que Borbón, para no ser víctima de su rebeldía, habíase visto precisado á prometerles que los guiaría contra Roma, donde, por buenas ó por malas, el papa les pagaría sus atrasos.

Tan irrevocable era ya esta resolución, que cuando se recibió el mensaje de Lannoy dando cuenta del tratado y pidiendo á Borbón que detuviera la marcha de su ejército, éste contestó que le era absolutamente imposible, y que

Digitized by Google

sólo podría recibir esta orden del emperador para que fuera obedecida.

Realmente el propósito de Borbón parece que era dirigirse á Florencia; pero habiendo sido socorrida esta ciudad por el duque de Urbino, no le quedaba más salida que Roma para satisfacer el furor de sus soldados, que ya se habían rebelado contra él. y amenazádole con la muerte, viéndole un poco perplejo.

En tan angustiosa situación el Duque eligió tal vez lo peor, ó por lo menos lo más indigno en un jefe, que debería haber muerto antes que dejarse imponer por la soldadesca. Si aquel ejército hubiera estado mandado por el Gran Capitan, por el marqués de Pescara ó por Antonio de Leiva, los soldados habrían obedecido, ó su general habría muerto defendiendo la subordinación y la disciplina.

Lejos de eso, Borbón descendió á tratar á los soldados como iguales, les pintó en términos repugnantes el saqueo de Roma, excitando su codicia, y marchó á pie entre ellos tomando parte en sus canciones y en sus groseras bromas, permitiéndoles saquear todos los pueblos por donde pasaba. Así llegó el 5 de Mayo á la vista de Roma, y envió un trompeta para tratar de la capitulación; pero el señor Renzo le despidió con palabras descomedidas.

El papa, aunque lleno de temor, creyó poder resistir con los suizos, una guardia que improvisó de soldados licenciados, los *capirioni* y los criados de los cardenales y obispos y algunos artesanos armados. Por otra parte creía imposible que el ejército de Borbón sin artillería pudiera atacar la ciudad, y que sería fácil prolongar el sitio hasta que llegaran las tropas de Lannoy. También creyó que, lanzando una solemne excomunión contra aquel ejército, le detendría en su camino. En todo se equivocó. Ni aquellos soldados se paraban ante excomuniones, ni su furor podía dar tiempo á un sitio formal.

El día siguiente, que era el 6 de Mayo, dieron el asal-

Digitized by Google

to. Borbón, como si estuvieran poco dispuestos, les arengó diciendo: «Ea, compañeros y hermanos, vais á combatir á Roma, la cabeza del mundo y la dominadora de las gentes. Mirad que la honra del emperador está en vuestras manos, y espero que corresponderéis á la fama que lleváis de ser los soldados mejores y más bravos que se conocen.»

El asalto fué impetuoso. Los soldados plantaron las escalas y muchos llegaron á subir á la muralla; pero el horrible y certero fuego de los suizos, que la coronaban, les hizo retroceder. Entonces Borbón cogiendo una escala de manos de un soldado, grita á sus tropas: «Seguidme, compañeros;» se adelanta, clava la escala y comienza á subir por ella; pero en el momento de apoyar la mano izquierda en el muro, un mosquetazo hábilmente dirigido le atraviesa el costado, haciéndole caer en el foso. Allí conoce que su herida es mortal; manda á un soldado que le cubra con su capa para que los demás no se desanimen al saber su muerte, y espira sin lograr el intento de pisar la ciudad (1).

Ni aun Borbón conocía á la gente que llevaba. Su muerte, lejos de desanimar á los soldados, excitó más su coraje y su ardor. En el momento eligieron por jefe al

(1) Aunque la tradición atribuye la muerte del condestable á Benvenuto Cellini, que peleaba entre los soldados del papa, y aunque él mismo se gloriaba de haber sido el que disparó el mosquetazo que cortó aquella vida, no todos los autores italianos convienen en este punto. Brantome atribuye la muerte á un sacerdote, Nibli á Francisco Valentini, soldado romano, y otros á Bernardo Passeri, que fué uno de los que más se distinguieron en la defensa, hasta el punto de merecer que se recordasen sus actos de valor en una inscripción, que existe todavía en el campanario de Sancto Spíritus.

Tampoco convienen todos los autores en que Borbón quedase muerto en el foso: algunos, como Girolamo Morone, dicen que cayó herido y fué transportado á la escalinata de San Pedro, donde murió oyendo los gritos de *¡Carne, carne!* con que los españoles ensordecían el aire.

En el sitio en que fué herido ó muerto se fijó una inscripción, que desapareció con el trozo de muralla en que estaba.

Digitized by Google

príncipe de Orange, y los españoles, al grito de *¡España!* usado en sus combates y los alemanes, al de *¡Imperio!* renovaron el ataque con tal brío, que se apoderaron de las murallas y de la artillería.

Los españoles, como más hábiles en el ataque, fueron según costumbre los primeros que penetraron en Roma, obrando, dice un autor italiano, con el valor y atrevimiento que pretenden la precedencia de cualesquiera otros. Buscaron para este objeto un sitio en que la muralla era más floja y en que se juntaba con una pequeña casa particular, en la cual había una tronera de cañón que servía de ventana. Debajo de ella había otra pequeñísima ventana que daba á la cantina de la casa y estaba enrejada de madera y cubierta de tierra y piedras. Aunque el sitio por la parte de fuera estaba muy expuesto al fuego de la mosquetería, los españoles no se movieron de allí, manifestando su propósito de entrar en Roma por aquel punto, ya fuese por sus conocimientos especiales en materia de asaltos, ya porque una casualidad les hiciera conocer la flaqueza de la muralla en aquel punto, ó ya porque alguna delación se lo descubriese, que en esto no andan conformes los historiadores del suceso.

Ello es que mientras los alemanes repetían inútilmente los asaltos, los españoles se acercaron á aquel sitio, y con barras y picos alargaron la tronera y la ventana, haciendo una brecha por la cual fueron pasando, empezando á formarse dentro ya de la ciudad. De este modo entraron cuatro compañías viejas de la guarnición de Milán. Entonces el príncipe de Orange, que había tomado el mando, volvió á enviar un trompeta pidiendo capitulación, pero fué despedido del mismo modo que el primero, por una ceguedad incomprensible ó por excesiva confianza en que los sitiadores no habían de extremar su triunfo (1).

(1) Don Valentín de Céspedes describió de este modo el asalto de Roma:

Digitized by Google

A los pocos momentos apareció Renzo de Ceri, que tenía el mando supremo de las fuerzas del papa, y acudía con 800 hombres á reforzar la defensa de las murallas.

Al llegar á la iglesia de Sancto Spíritus vió que se dirigían á él los españoles, y lleno de terror y sorpresa, se volvió á los suyos y les dijo: «Los enemigos están dentro: sálvese quien pueda en lugar seguro;» con cuyas palabras huyeron sus soldados en tropel, mientras los españoles avanzaban gritando: *¡España, España! ¡Carne, carne! ¡Mata, mata!*

Desde aquel momento es imposible que la pluma describa los pasos de los soldados. Se desparramaron corriendo como locos por las calles de la ciudad santa, arrollándolo todo, dando gritos y degollando á cuantos encontraban á su paso; doscientos suizos que se habían refugiado en

---

Al estruendo de las armas
Salió el sol, huyó la noche,
Y el esforzado Borbón
Dió el asalto á Roma entonces.
Las invencibles estatuas
De Césares y Scipiones
Tiemblan de ver el asalto,
Con ser de mármol y bronce.
Clemente, virrey de Cristo,
Sobre San Angel se pone
A mirar, sin ser Nerón,
El ruido, la sangre y voces.
Y las matronas romanas,
Con más valor que los hombres,
Defienden patria y maridos
Sin armas y con razones.
. . . . . .
Subió el primero la escala,
Y allí de la muerte el golpe
Atajó el paso, diciendo
Estas últimas razones:
¡Arriba, arriba, arriba,
Fuertes españoles,
Que ya la gran Roma es nuestra!
Y le responden pífanos y cajas,
Clarines y tambores.

Digitized by Google

la iglesia de San Pedro fueron pasados á cuchillo dentro del mismo templo y á los pies de los altares; y cuando habían tendido en las calles de seis á siete mil hombres (1) y no les quedaban enemigos armados que combatir y que matar, se entregaron al pillaje y á la orgía. Penetraron en los palacios, saqueando y degollando; abrieron las puertas de los conventos y se distribuyeron las monjas; tomaron por criados á los cardenales, obispos y sacerdotes; se vistieron los hábitos sagrados, corriendo las calles con mitras en vez de cascos, báculos en vez de espadas y sotanas en vez de corazas; convirtieron los altares en mesas para sus banquetes y en lechos para sus violaciones; se hicieron servir los vinos á puntapiés por los cardenales en los cálices de San Pedro; cantaron en el féretro el oficio de difuntos al cardenal Araceli, y alfombraron las cuadras de sus caballos con los tapices del Vaticano. Los alemanes declararon papa á Lutero y los españoles daban bendiciones imitando al pontífice; violaron la tumba de Julio II y le arrancaron el anillo de oro, con otros excesos tan horribles y tan inauditos, que la pluma no puede describirlos.

Un testigo de los sucesos, en carta al canciller Gatirana, decía describiendo el asalto: «Pareció una cosa de milagro, aunque, según las crueldades que después se han hecho, contradicen algo al mérito de los soldados para que Dios mostrase el dicho milagro sobre ellos; pero como son secretos de Dios y los pecados de este pueblo han sido tan grandes y tan excesivos, él sabe la causa porque les han enviado tanta persecución.»

El abad de Nájera dice con mucha razón: «Aquellos hombres perdieron el respeto á Dios y la vergüenza al

(1) "Los muertos eran tantos que no se podía caminar y han estado muchos días sin sepultarse, y de los muchos caballos muertos hay tan mal olor, que se tiene por cierto el crecimiento de la peste."

Digitized by Google

mundo.» Los italianos se distinguieron por sus vicios y por su lujuria, complaciéndose en abusar de las mujeres ante sus maridos y de las hijas ante sus padres. Los alemanes se dedicaron á comer y beber, encontrándoselos borrachos todo el día en los palacios, en los conventos y sobre los mismos altares. Pero los españoles fueron los que más se distinguieron en la crueldad. Según el testimonio de casi todos los historiadores, gozaban más en derramar sangre, en profanar con ella los templos y en perseguir á los obispos y sacerdotes, que con el vino y la lujuria. Nadie como ellos llevaba el propósito de humillar al papa y de manifestar su odio al clero; porque tampoco nadie más que ellos tenían que vengar la prostitución romana, las torpezas de Alejandro VI, los crímenes de los Borgias y las infidelidades de Clemente VII.

Así es que su crueldad, sus venganzas y sus desprecios sobresalieron por cima de la grosería alemana y de los vicios italianos. Mataban más que profanaban, humillaban más que saqueaban; y cuando hartos de sangre y de tormentos perdonaban la vida á algún obispo ó á alguna monja, los hacían servir de esclavos ó los jugaban á los dados ó á los naipes para afrentarlos y humillarlos.

El papa se refugió con algunos cardenales y los embajadores en el castillo de Sant-Angelo; y creyó todavía que podría salvarse, porque desde aquella altura vió acercarse á Roma las tropas de Urbino por un lado y las francesas del marqués de Saluzzo por otro; pero ninguno se acercó á la ciudad, dominada por aquellas fieras.

Los historiadores no han podido explicar aquellos sucesos y aquella conducta. Creen unos que nadie tuvo bastante valor para auxiliar al papa contra los saqueadores; dicen otros que era tal el odio al papa, infiel á todas las causas y traidor á todas las promesas, que se acercaron á Roma sólo para tener el gusto de ver de cerca la ciudad papal humillada y pisoteada; y manifiestan algunos que la misma Providencia intervino en estos sucesos,

Digitized by Google

deteniendo los pasos de los auxiliares del papa para que se realizara aquel justo castigo en nombre de la cristiandad indignada.

Ello es que los amigos del papa se retiraron de la vista de Roma y le abandonaron, declarándose en contra suya, tomando el duque de Urbino á Perusa, el de Ferrara á Módena, Malatesta á Rímini, los venecianos á Ravena, y declarándose Florencia independiente, formando una república. Parecía, dice un historiador, que todos daban por muertos al papa y el pontificado, y se repartían sus despojos.

Clemente tuvo que ceder á todo. Se obligó á pagar 400.000 ducados al ejército imperial, á entregar casi todas las ciudades y plazas fuertes de los Estados Pontificios, y á declararse prisionero hasta que se cumplieran los términos de esta capitulación.

Todavía al firmarse los capítulos se alteraron de nuevo los españoles, exigiendo que el papa se pusiera en manos del capitán Juan de Urbina, en quien tenían ciega confianza los soldados (1). Pero fué elegido por guardián aquel D. Hernando de Alarcón, que había tenido ya prisioneros al rey de Granada y á Francisco I después de la batalla de Pavía. Hecho curiosísimo, sin igual en la historia: un soldado que tuvo en prisión á tres soberanos que jugaron el primer papel en los hechos notables de su tiempo.

El 7 de Junio entró Alarcón de guardia con el capitán D. Felipe Cervellón, comenzando entonces un período más tranquilo, si bien no menos horrible, porque siguió á

(1) Juan de Urbina, que sólo por su valor se elevó al marquesado y la señoría, realizó tales proezas, que la menor de ellas, dice un escritor, debía bastarle para ser colocado entre los héroes de la antigüedad. En el sitio de Milán salió con cincuenta hombres, penetró en el ejército francés, derrotó un cuerpo de ejército y se volvió con cinco banderas, que llevó él mismo sobre el brazo.

Digitized by Google

estos hechos un hambre en que se vieron muchos horrores (1).

Nada hay más contradictorio que el juicio que los escritores se han formado de aquel hecho asombroso, de tal manera que después de examinadas sus opiniones se queda el ánimo perplejo, sin poder penetrar en toda la maldad de los tiempos, y dudando el objeto que en la historia pudo tener aquella horrible matanza y aquel bárbaro saqueo.

Carlos V le lamentó y no le castigó, ni demostró nunca gran pena por aquellos horrores (2); los católicos se asombraron y aterrorizaron más que condenaron el hecho; los protestantes le aplaudieron, y en cuanto á los italianos y á los mismos romanos, lo juzgaron según su amistad ó su enemistad con el papa.

Grumello, historiador milanés, dice que Borbón tenía intención de librar del saco á la Ciudad Eterna, quizás

---

(1) He aquí cómo describe un poeta aquella situación:

Vivimus in miseræ post sæva incendio Romæ,
Totque neces, pestes, exitii omne genus;
Reliquiæ inmanis Germani, inimitiis Iberi
Vivimus, et nondum funditus occidimus.

(2) La noticia de estos hechos se recibió en Valladolid el día del bautizo de Felipe II:

"El día 21 de Mayo de 1527 nació un niño, que después había de ser rey con el nombre de Felipe II, en la casa que hoy es palacio del marqués de Reinoso.

„Fijóse el bautizo para el siguiente día, y con objeto de que no incomodase á la comitiva el numeroso gentío, se puso desde una reja, en que hoy se ve una cadena, hasta el altar mayor de San Pablo, un tablado por donde debía pasar el tierno infante, en medio de arcos, guirnaldas y flores.

„El pueblo esperaba la función, lleno de ansiedad. Mas de repente llega un correo, se quitan las colgaduras y los adornos; la ceremonia se suspende.

„Acababa de recibirse la noticia de que las tropas españolas habían tomado á Roma y preso al papa.

„Se mandó cantar *Te Deum* por la victoria y rogativas por el papa, y se suspendió la ceremonia, que se celebró el 5 de Junio.„

Digitized by Google

contra la voluntad de Dios, que quería que Roma fuese de todo punto destruída por los pecados horrendos que en ella reinaban. Juan de Valdés, secretario de Carlos V, dice que «el duque de Borbón no iba á conquistarnos sino á defendernos de su mismo ejército, no á saquearnos sino á guardar que no fuésemos saqueados.» Baltasar Castiglione se propuso disculpar á todos, disculpando á Carlos V y defendiendo al papa. El conde de la Roca en su *Epítome de la vida de Carlos V,* tampoco culpa á nadie, escribiendo estas severas palabras: «No alabo el hecho, pero lo atribuyo á causa más que material.»

Los escritores españoles, si bien se examinan sus palabras, lo condenaron como católicos y lo aprobaron como españoles; opinión compleja y contradictoria que supo expresar con maravillosa exactitud Hernando de Alarcón, el carcelero del papa, al escribir en una carta que «era necesario que se diese forma á la liberación del papa, por ser recia cosa tenerlo en prisión tanto tiempo con los cardenales que con él se hallaban, añadiendo: «Cuanto hombre, yo creo que el papa merezca á Dios más trabajo de lo que tiene: cuanto al lugar de Dios que ocupa, paréceme que se debe tener otro respecto.»

El Sr. Cánovas del Castillo, que ha escrito especialmente sobre este suceso, haciendo curiosas investigaciones sobre el punto por donde penetraron los españoles, tampoco culpa más que á las circunstancias políticas, que, condensándose en determinada dirección, producen hechos anómalos y extraordinarios.

Fué, dice, «una gran profanación, una gran calamidad y un gran escándalo. Pero si no se quiere por él culpar al sumo pontífice, que movió la guerra; si no es justo denigrar por él á Carlos V, aunque se aprovechase como político de los beneficios de la jornada, hasta donde estuvo á su alcance; si el ejército en la miserable situación en que se hallaba, y con los hábitos de la época, no hizo más de lo que hubiera hecho cualquiera otro ejército de su tiempo,

Digitized by Google

no hay que censurar ó condenar á nadie especialmente por aquel hecho.»

No puede seguramente un hombre sensato y de buenos sentimientos aplaudir los desórdenes de que fué teatro la Ciudad Eterna. Por lo menos, como sucede siempre en estas grandes catástrofes, pagaron muchos inocentes culpas en que no tuvieron parte alguna y se dió al mundo un espectáculo y un ejemplo nada edificantes.

Pero estos hechos históricos son consecuencia de otros muchos, y vienen elaborándose hasta hacerse inevitables. Sin aquella constante deslealtad de los pontífices romanos, sin aquel empeño de cubrir con el manto religioso la ambición temporal, sin aquella confusión de lo divino y humano, no habría habido tampoco aquellos escándalos ni aquella mofa que los soldados hicieron de lo sagrado.

No rechazamos tampoco la idea de castigo dentro de esta justicia relativa que hay en los hechos históricos; pero no debe olvidarse que muchas ciudades de Italia presenciaron saqueos tan horribles como éstos, ejecutados alguna vez por las tropas pontificias, y que en éste se ha fijado la atención, no verdaderamente por los horrores y la sangre derramada, sino por las profanaciones y sacrilegios á que dieron principalmente motivo los que tenían más obligación de poner siempre en salvo los intereses de la Iglesia y de cuanto á su autoridad espiritual se refiriera.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

Digitized by Google

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

PARTE SEGUNDA.

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN ITALIA.

LIBRO PRIMERO.

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Estado interior del ejército.

Págs.

I. Carácter del ejército creado por Doña Isabel.—Cuerpos principales. — Organización interna. — II. Disciplina y moralidad del ejército.—III. Origen de la táctica moderna.—Escritores militares..... 7

CAPÍTULO II.

El ejército español y los extranjeros.

I. Armas.—La espada.—Su pasado y su porvenir.—Esgrima española.—La pica.—Admirable uso que de ella hacen los españoles.—II. Ilustración del ejército.—Comparación de los ejércitos español, italiano, francés y alemán.—Opinión de los extranjeros sobre el nuestro.—Generosidad española.—III. Resistencia que encuentran las armas de fuego y especialmente la artillería.—Duelos. 33

Digitized by Google

LIBRO SEGUNDO.

HECHOS DEL EJÉRCITO.

CAPÍTULO III.

El Gran Capitán.

Págs.

I. Seminara.—Atella.—II. Ostia.—Cefalonia.—III. Ceriñola.—IV. Campaña del Garellano.—V. Batalla del Garellano..... 59

CAPÍTULO IV.

El marqués de Pescara y Antonio de Leiva.

I. Ravena.—II. Sorpresa de Melzo.—III. Sitio de Pavía.—IV. Preparativos para la batalla de Pavía.—V. Batalla de Pavía.....

CAPÍTULO V.

Saqueos de Roma.

I. Entrada de D. Hugo de Moncada en Roma.—II. Saqueo de Roma por las tropas de Borbón..... 183

Digitized by Google

EL SIGLO XVII.

Digitized by Google

Digitized by Google

ESTUDIOS

SOBRE

LA GRANDEZA Y DECADENCIA DE ESPAÑA.

EL SIGLO XVII

POR

D. FELIPE PICATOSTE.

TOMO TERCERO.

MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle del Arenal, núm. 11

1887

Digitized by Google

ES PROPIEDAD.

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.ª, calle de Ferraz, núm. 13

Digitized by Google

PARTE TERCERA.

DECADENCIA DE ESPAÑA.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO PRIMERO.

POLÍTICA Y RELIGIÓN.

CAPITULO PRIMERO.

De la decadencia de España en general.

I. Necesidad de estudiar las épocas de desgracia de las naciones.—Antigüedad de la libertad en España.—Grandiosos proyectos de los Reyes Católicos.—II. Juicios sobre la decadencia de España. Imposibilidad de que continuara su dominación.—Observaciones sobre los reyes de la Casa de Austria.—III. Grandes y fundamentales errores de la política española.—Degeneración de los reyes de la Casa de Austria.

I.

Hasta aquí hemos trazado solamente el cuadro de nuestra gloria y de nuestra grandeza; no hemos hablado más que de triunfos, de merecimientos, de los altos títulos que tiene España para que se respete nuestro nombre en aquel período, que trajo á discusión todos los grandes problemas que aún agitan á la humanidad en las manifestaciones de la vida pública y de la vida intelectual. Pero es absolutamente necesario penetrar ahora en la miseria de los tiempos siguientes, para que el lector satisfaga la natural curiosidad que en él han de engendrar las causas de tan elevado encumbramiento y de tan rápida y vergonzosa caída.

Las naciones, como los individuos, no suelen apren-

Digitized by Google

der gran cosa en las épocas de bienandanza, de felicidad y de gloria; necesitan la desgracia, los contratiempos, el mal y el dolor, que son los grandes maestros de la vida, al mismo tiempo que el crisol en que se prueban la fortaleza de espíritu, la virtud y el talento.

Otro tanto sucede con los recuerdos: los de las épocas de gloria, si bien ensanchan el pecho y levantan el ánimo, predisponiéndole á la imitación de las grandes acciones, no encierran nunca la severa enseñanza de las épocas de desgracia, ni sirven para deducir las provechosas lecciones que la meditación del observador aprende comparando uno y otro tiempo, y buscando en el seno de aquél el origen de éste.

Nuestro libro quedaría incompleto si dejáramos suspenso el ánimo del lector sin decirle en lo que se convirtieron aquellas glorias de nuestra edad de oro, y sin demostrarle que los gérmenes ocultos en una organización social defectuosa y en una política errónea fueron creciendo hasta sumir nuestra patria en densa oscuridad.

No nos hemos propuesto solamente cantar un himno y escribir un panegírico: la historia moderna con su independencia, su filosofía y su análisis no consiente ya esos poemas estériles convertidos en serie de adulaciones á un rey, á un pueblo ó á una época, que sólo pueden ser monumentos literarios apreciables por su forma; busca algo más útil en la enseñanza para las naciones, y dejando á un lado aquellas excelencias y grandezas y triunfos y relación de cosas memorables de que se pagaban tanto nuestros abuelos, introduce el escalpelo para buscar bajo la aparente felicidad y bajo aquellos mismos pomposos elogios, los gérmenes de los males; misión más árida y difícil, pero seguramente más útil al hombre y á la sociedad.

Por otra parte, tal vez no haya período alguno en la historia de las naciones tan digno de estudio y de meditación como el de la dinastía austriaca en nuestra patria, sobre todo si el filósofo penetra en las causas del esplen-

Digitized by Google

dor y de la cultura con que comenzó á reinar en España, y en los orígenes de la horrible y vergonzosa decadencia de sus últimos años, que nos han traído al estado de ignorancia y atraso de que vamos saliendo con dificultad.

Nuestra historia es un ejemplo que puede servir de provechosa lección á todos los pueblos de la tierra, porque bajamos desde la cumbre del poder al abatimiento y la miseria por una serie de errores que pudieron evitarse, y que nos sacaron hasta con cierta violencia de una senda de progreso que nos hubiera colocado casi perpetuamente en uno de los primeros lugares entre las naciones en la civilización moderna, sin los crímenes, la opresión, las persecuciones y las revueltas que fueron necesarias en Francia, Inglaterra y Alemania para adquirir el grado de prosperidad que hoy gozan.

Estas naciones, si bien se examina, tuvieron que romper de frente con la vida antigua, hacer una especie de solución de continuidad en su historia; borrar por medios violentos el feudalismo, nunca arraigado en nuestra patria; la tiranía más repugnante, no consentida por nuestro pueblo; la ignorancia, desterrada de nuestra historia; de tal modo, que en los gérmenes del progreso y de la vida moderna hay cierta reversión á las formas de la organización política de Castilla, á las libertades y costumbres de nuestros antepasados y á los proyectos y fines de nuestra antigua ciencia.

Esto explicará también por qué el pasado encuentra cierta defensa en nuestro pueblo, al paso que es objeto de todo género de censuras en el extranjero; por qué nuestros padres, en aquella gloriosa revolución de 1808, pretendían conciliar los principios de la revolución francesa con las tradiciones de Castilla, hasta el punto de que algún orador en las Cortes negaba que en aquellas profundísimas reformas hubiera un progreso, sino un verdadero retroceso á nuestro glorioso pasado; por qué los liberales han defendido sus ideas en lo que llevamos de si-

Digitized by Google

glo recordando estas leyes y costumbres antiguas, y por qué todavía ellos y los tradicionalistas se disputan como suyas las glorias pasadas; espectáculo que no ha dado en sus revoluciones ninguna otra nación de Europa.

Y en efecto, tal vez ningún conquistador, ningún pueblo del mundo tuvo ideas más grandes, pensamientos más profundos, proyectos más políticos que los Reyes Católicos. Desde aquel gran pensamiento de Alejandro de unir el Oriente y el Occidente, puede asegurarse que en la historia de la política, y por lo menos dentro de la historia de Europa, no había habido nada semejante, si se descartan las ambiciones insensatas y las imposiciones de los tiempos. Los bárbaros fueron arrastrados inconscientemente á la conquista de Europa; Carlo Magno no llevó sus ideas más allá de un imperio personal, y las Cruzadas, el hecho histórico de mayor transcendencia en la Edad Media, fueron un movimiento entusiasta y religioso desordenado y sin proyectos de estabilidad política para lo futuro.

Pero coger un pueblo empobrecido y desorganizado, que parecía próximo á sucumbir, corregir sus vicios, crear una gran patria, inspirando su amor á los ciudadanos (1);

(1) "Lo que es más de notar en la política de los Reyes Católicos es una exaltación del sentimiento de la patria, que quizá no ha tenido igual.„

Todos los historiadores algo profundos se fijan en este hecho notable. Unos analizan aquel sentimiento de unidad con que, no mucho después de la conquista de Granada, "acuden de todos los ámbitos de la nación, desde la costa del mar Cantábrico hasta el estrecho de Gibraltar, y desde el Pirineo hasta el cabo de Finisterre, defensores de la patria que se llaman sólo españoles, á defender la frontera de Cataluña, amenazada por los franceses„. Identificación de sentimientos, que, como dice muy bien un historiador inglés, sólo habría podido realizar una madre entre hijos queridos.

Otros, como Ticknor, analizan aquel brillantísimo período que anunciaba largos años de prosperidad y ventura, y descubren "un vigor y una esperanza tales, que constituyen la mina más variada y más rica que ofrece la literatura de ningún otro pueblo, revelando un carácter más elevado y más heroico; de modo que, al escuchar

Digitized by Google

promover el crédito y la riqueza; hacer renacer las artes bajo el imperio de las letras; restablecer la justicia; crear el ejército y la táctica moderna; imponer la política que ha seguido Europa hasta nuestros días; fundir las voluntades en una sola aspiración, y después de consolidar este trabajo nacional, levantar la vista á todas las cuestiones religiosas, políticas y sociales, no ya mirando al presente, sino al porvenir, no buscando un interés personal, sino el bien europeo, es un ejemplo quizá único en la historia, que con razón hace decir á un norte-americano que la ambiciosa Roma no tuvo en los anales de su grandeza nada semejante.

Protegen aquellos reyes, ya cada uno, ya unidos, el espíritu de nacionalidad é independencia, sin pensamientos tiránicos ni personales, procurando antes la grandeza de la patria que la extensión de su poder, y logran unir de un modo maravilloso la nación y la monarquía; «propósito nuevo en aquellos tiempos y anticipación del porvenir, que sólo en nuestros días se propuso soldar con teorías ficticias ambos intereses en la fórmula constitucional».

En una época en que el papado era una necesidad con ciertas formas temporales y las cuestiones religiosas las más importantes, pretenden ante todo reducir aquél á una altísima prerrogativa tan justa que distribuya por igual los beneficios que brotan de su mano y que respete la individualidad nacional; y cuando Sixto IV se asombra de aquella petición y declara que el pontífice no está obligado á consultar los deseos de los príncipes cristianos, conciben aquel grandioso, revolucionario y liberal proyecto del concilio general en que protesten las iglesias nacionales y reivindique sus derechos el episcopado (1).

---

su fácil y vigorosa entonación, sentimos como si nos hallásemos en medio de un gran movimiento y del choque de grandes pasiones que subliman el alma».

(1) Es curioso recordar el terror que causó en Roma el exacto

Digitized by Google

Acogen el pensamiento que hoy agita á casi toda Europa de extender la civilización al Africa, con tal fe que Doña Isabel lo recomienda en su mismo testamento. Vuelven su vista á Europa y Asia, y pretenden conciliar para el porvenir en una asombrosa unidad de pensamiento los intereses de la civilización, creando un reino español en Italia, favoreciendo la unión de Inglaterra y Escocia y proponiendo una alianza europea, que debía haberse realizado en 1512 para derrocar el imperio turco, unir á Europa la Grecia y Constantinopla y llevar al Asia la civilización católica. Estos proyectos, dice un historiador, encerraban el porvenir anticipado de Europa, y ante ellos exclama asombrado un escritor republicano de nuestros días: «Si se hubieran realizado, sería muy distinta la suerte de los infortunados pueblos que hoy gimen degradados bajo el bárbaro dominio de los musulmanes, y la civilización europea no habría pasado por la vergüenza de presenciar y tolerar escenas de salvajes, escenas repugnantes por su feroz barbaridad en países que la naturaleza distinguió con sus dones.»

II.

No es posible, como han pretendido algunos historiadores, señalar una sola causa de la decadencia de España, ni menos explicar ésta en breves frases. Cuantos han querido hacerlo así, se han equivocado lastimosamente, ó,

---

cumplimiento de la orden de los Reyes Católicos para que salieran inmediatamente de los Estados Pontificios todos los súbditos españoles. Ni uno solo dejó de cumplir aquella orden á tan larga distancia de su patria y contra sus intereses. Así no tiene nada de particular que hubiera quien dijese: ¡Qué reyes son esos á quienes así obedec n sus súbditos!

Digitized by Google

por lo menos, han estudiado de un modo imperfecto las causas de esta decadencia.

No fué sólo la Inquisición, cuando en otras naciones, inclusa la misma Italia, se opuso al progreso y persiguió las ciencias mucho más que en España, donde aquel horrible tribunál fué vencido siempre en cierto género de persecuciones. No fué sólo el absolutismo, cuyo gobierno en el fondo tuvo mucho de paternal en España, asemejándose á aquellos padres que, queriendo mucho á sus hijos, se arruinan con ellos y dejan como única herencia la miseria. No fueron sólo las guerras, que con otra organización interior hubieran podido sostenerse perfectamente, mucho más cuando eran tan frecuentes los triunfos; no fueron sólo las gabelas y contribuciones, que por grandes que sean, no pueden engendrar tamaños males.

Fueron todas estas cosas y otras que hemos de analizar, unidas de un modo perfectamente lógico; fué un conjunto de circunstancias, que empujaron irresistiblemente á aquella monarquía por una pendiente rápida; siendo éste uno de esos muchos hechos históricos que todos lamentan, y en cuyo juicio los historiadores más severos y escrupulosos no encuentran á quién echar exclusivamente la culpa.

En los hechos históricos, como en los físicos, hay que tener en cuenta el impulso primitivo y la velocidad adquirida. Una pequeña variación de la aguja, lanza un tren por nuevo camino, precipitándole tal vez; un pequeño impulso en una pendiente, llega al final á ser una fuerza enorme. Carlos V fué el primer impulso; su política fué la aguja que varió la dirección de nuestra patria equivocadamente.

Cierta crítica moderna, que trata de estudiar la necesidad de los hechos históricos y que pretende alejar de su criterio toda influencia de la pasión, suele preguntarse hoy qué habría sido la historia del mundo y de Europa sin todo lo que se llaman grandes males. De este modo se ha conseguido desterrar crecido número de preocupaciones

Digitized by Google

que abundaban en la historia, y que solían ser juicios impuestos por el sentimiento y consagrados por la tradición. Así se ha examinado qué habría sido el mundo sin la aparición del Cristianismo; qué habría sido Europa sin la invasión de los bárbaros; qué habría sido la civilización europea sin la irrupción de los árabes.....; y así también puede preguntarse, ¿qué habría sido de la política de Europa, de este equilibrio, de esta nivelación á que hemos llegado, si España hubiese seguido señora de Estados en cuya extensión no se ponía nunca el sol, con ejércitos invencibles, dominando las tierras y los mares, interviniendo de una manera activa y personal en todas las cuestiones internacionales, prendiendo reyes en grandiosas batallas, encarcelando papas en saqueos horribles, apoderándose con mano titánica de nuevos mundos y de nuevos océanos?

A la sensatez de la crítica corresponde decir si esto era posible; si las grandes leyes históricas que no consintieron que un pueblo de bandidos, como Roma en su origen, impusiera una dominación estable, á pesar de su cultura y de sus armas, podrían consentir que en tiempos en que se gastaban mucho más rápidamente los hombres y las instituciones, fuera estable la dominación y la prepotencia de un pueblo como Castilla, que nació con medros de coloso bajo el cetro de aquella respetabilísima señora, hermana de Enrique IV.

Un notable catedrático, que fué profesor nuestro, ponía siempre ante todas las causas de la decadencia de los grandes imperios la instabilidad de las cosas humanas, absolutamente necesaria para el progreso. Mal entendida aquella frase, llegó á ser censurada con poco juicio; y, sin embargo, encierra una profundísima verdad, sin la cual habría que rehacer y variar por completo todas las ideas fundamentales relativas al progreso social y á las leyes históricas.

El análisis de estas cuestiones bastaría para escribir

Digitized by Google

una obra voluminosa. No entra en nuestro propósito esta obra colosal: nos limitamos á rogar al lector que procure contestar á las censuras que es fácil costumbre dirigir á España, examinando qué habría sido la historia si España hubiese seguido dominando en Italia y venciendo á Francia; si la unión de las coronas de Castilla y Alemania hubiese sumado con triunfos y prudencias los elementos de una y otra nación; si después de la batalla de Lepanto D. Juan de Austria hubiera conquistado á Constantinopla; si el imperio español hubiera civilizado y sometido el Norte de Africa, y si el descubrimiento de América hubiera traído á España todas las producciones del Nuevo Mundo, aprovechadas con el positivismo moderno bajo las ideas de aquella época.

Repetimos que esto no era posible. España, por una ley histórica incontrastable, debía ser detenida en su camino victorioso, como todo lo que marcha fuera de su carril natural, y debía purgar las imprudencias en él cometidas.

Ya hemos hecho notar que los estudios históricos modernos van tratando de aminorar, de reducir á humanas proporciones las grandes figuras de la antigüedad, rompiendo aquella costumbre de acumular todo lo bueno y todo lo malo sobre una sola persona para hacerla, no sólo representante de una época, sino ídolo de oro puro ó de tosco barro, costumbre de los pueblos antiguos. Por medio de este progreso ya se van desterrando aquellas declamaciones heroicas que deificaban á unos hombres y condenaban á otros, haciendo de Lucrecia Borgia el «costal de todos los crímenes» y de Felipe II «el demonio del Mediodía».

Un juicio más prudente, más sereno, coloca á cada figura histórica dentro del cuadro en que podía moverse, y si bien juzga con excesiva severidad los actos puramente personales en que no puede eximirse á nadie de responsabilidad, aprecia con prudente criterio las necesidades y las circunstancias que se imponen, haciendo del hombre lo

Digitized by Google

que es, según las máximas cristianas, unidas á las investigaciones de la ciencia en su sentido más lato: un sér responsable siempre de sus actos, en cuya individualidad hay que buscar el principio de todos los derechos; una unidad fecunda que lleva dentro de sí misma el germen y la base de la existencia social; aquella unidad poderosa que nos enseñó Jesucristo, buscando en ella solamente la reforma social, sin hablar nunca de familia ni de nación, anteponiéndose con su sapientísima previsión al estudio de los siglos, que por muy distintos caminos y concentrando aquellos talentos de la parábola, ha venido á terminar en la misma idea del hombre en las escuelas más avanzadas de nuestro tiempo, fijando en él el origen de los derechos políticos y sociales.

Pero esta poderosa unidad no vive aislada, ni la sociedad es una suma de personas sin vínculo alguno, como un edificio no es una suma de piedras, ni una oración una suma de palabras, sino un conjunto armónico con una vida colectiva sometida á fuerzas y á leyes que nacen precisamente de esa suma, así como nacen nuevas fuerzas y nuevas acciones en el contacto y en la suma de los elementos químicos.

A los que exigen que Felipe II y sus sucesores hubiesen hecho en casos aislados y concretos lo que hoy haría cualquier monarca dentro de la sociedad actual, les aconsejamos que mediten si aun con la voluntad más poderosa habría podido hacerlo. Por esta razón hay que buscar en su conducta, en sus propósitos, en su política, aquello que es personal y de que puede exigírsele responsabilidad, no imputándole lo que es necesidad de los tiempos é hijo de las circunstancias; como no puede imputarse á los jueces de la Edad Media la severidad de los castigos, necesaria en aquella sociedad.

Nuestra decadencia es precisamente tanto más digna de estudio, cuanto que los reyes de la Casa de Austria, que á ella nos precipitaron, no fueron ni verdaderos tira-

Digitized by Google

nos, ni hombres perversos, ni tuvieron nunca aquellas ideas tristísimas sobre el pueblo, la nación y el gobierno que en otros países motivaron el odio al trono. Luis XIV era más déspota que Felipe II; Luis XV no puede compararse á Felipe IV, ni á Carlos II.

El que estudia atentamente la historia de aquella dinastía no puede menos de admirarse de que, en medio de tanto desastre y tanta miseria, el pueblo español no odiase nunca á sus reyes y hasta les conservase el cariño personal. Y esto tiene una explicación clara, porque también los reyes por su parte amaban al pueblo.

Felipe II como hombre, fué ilustrado, laborioso, prudente y modesto; fué justo dentro de su fanatismo y de su ambición; Felipe III tuvo muchas virtudes domésticas, y tan agradable trato, que apenas hacía distinción entre el villano y el noble, y Carlos II era un infeliz, que demostró en muchas ocasiones sus buenos sentimientos. Todos ellos en momentos críticos tuvieron ocasión de manifestar un cariño tierno y paternal al pueblo; la muerte del mismo Felipe IV causó justamente un sentimiento profundo de piedad hacia su persona.

Si continuáramos esta comparación respecto del pueblo, veríamos también que en muchas de sus manifestaciones generales, en actos heroicos y aun en el seno de la familia, demostró que en medio de aquella degeneración se conservaba un germen que, desarrollado en otra atmósfera, habría podido conservar y aun aumentar la gloria pasada.

En aquella degradación general brotan caracteres enérgicos y enteros, propios de una época de gloria; en medio de aquellos grandes errores políticos y económicos, asoman ráfagas de luz que alumbran el porvenir; en medio de aquella corrupción, sobresalen hombres virtuosos y puros, que parece viven en una sociedad modelo y han recibido una educación ejemplar.

De aquí provienen los encontrados juicios de los his-

Digitized by Google

toriadores, así nacionales como extranjeros, respecto de aquellos reyes, según estudian el estado de la monarquía ó las condiciones personales de los monarcas.

Todo esto demuestra que el mal no estaba solamente en las personas, que le resistieron todo lo posible, sino en causas superiores, en el fondo de una organización viciosa, en las formas de una monarquía reñida con el antiguo espíritu de Castilla, en un absolutismo exótico en nuestra patria, y en el carácter distintivo de un pueblo que llevaba á la exageración sus creencias y que las practicaba lealmente sin temor á las fatales consecuencias que habrían de producir.

Los historiadores y políticos extranjeros han tropezado siempre con esta dificultad al juzgar nuestra decadencia, pues si bien han presentado alguna vez observaciones curiosas, que sólo puede hacer el que está lejos de los sucesos y fuera de la vida, que arrastra y se impone con sus necesidades y sus errores, por regla general, han desconocido en su fondo y en su esencia la constitución de nuestro pueblo.

Hoy es moda someter la historia á leyes generales, tomando el género humano en su conjunto, y prescindir de los hechos particulares de los pueblos, lo que de ningún modo es aplicable á nuestra patria, que no sólo tuvo siempre un modo de ser especial, sino que desarrolla las ideas y las instituciones de un modo propio, según dejaron ya consignado muchísimos escritores antiguos.

Se ha reducido la historia desde la invasión de los bárbaros al predominio absoluto del feudalismo con todos sus horrores y al terrible absolutismo, que le siguió, para engendrar la época de las sangrientas revoluciones modernas como venganza de los abusos anteriores.

Claro es que España no puede sustraerse á esta ley general, que resalta también en su historia; pero ni la ligera sombra de feudalismo que hubo en nuestra patria se asemeja en nada al de las demás naciones, ni el abso-

Digitized by Google

lutismo de nuestros reyes puede compararse al de otros soberanos extranjeros.

Durante la guerra de reconquista nacen desde los primeros tiempos las ideas de pueblo, de nación, de derecho, que reconocen y defienden los mismos reyes, casi siempre identificados con el pueblo, y cierran la entrada á aquel bárbaro feudalismo que negaba la personalidad al villano. Bajo el absolutismo de Felipe II conservan su existencia las Cortes, y no se niegan, ni aun desde las alturas del poder, los principios de las antiguas libertades de Castilla.

Estas excepciones han hecho que nuestra patria, siguiendo el impulso de leyes internas, sólo á ella aplicables, no haya marchado nunca al compás de las demás naciones, si no muy por delante de ellas, enseñándolas el camino del porvenir, ó muy detrás, viviendo sólo de recuerdos, lo que ha sido causa de que en lenguaje vulgar se haya convenido en llamar á España el país de los viceversas.

Es necesario, pues, estudiar particularmente nuestras leyes históricas; examinar dentro de nuestra propia vida nacional las causas de la grandeza y decadencia, y buscar su origen en la constitución íntima de este pueblo, en su carácter y en sus condiciones particulares. Algunos extranjeros han comenzado á publicar monografías aisladas que contribuirán á este estudio, aprovechando ya sus viajes por España, ya los documentos que existen en sus archivos, y confiamos en que dentro de no muchos años habrá variado el carácter de las obras de historia española, atendiendo á que ningún pueblo tiene la riqueza de escritos que nosotros para conocer los tiempos pasados.

Por falta de este conocimiento especial de España los historiadores extranjeros, á quienes con sobrada ligereza han copiado ó imitado algunos españoles, incurren á veces en errores graves y hasta en ridiculeces al querer explicar nuestra decadencia con arreglo á un patrón inmutable para todas las naciones, ó forjándose una idea de España

Digitized by Google

muy opuesta á la verdad, ó buscando razones tan extraordinarias, que parecen increíbles y son verdaderamente asombrosas en escritores de cierta talla.

No es de las menores entre éstas la de lord Macaulay, que, para explicar la decadencia de España, supone que Doña Juana la Loca transmitió á sus herederos la demencia, con la misma manía de pensar en la muerte y seguir á los muertos, por cuyo medio llega á explicar hasta los autos de fe, la construcción del Escorial y muchos actos de los reyes de la dinastía austriaca.

III.

Parece, hemos dicho al comenzar este libro, que España por una misteriosa acción geológica se ha desprendido de Europa, adelantándose hacia Africa y hacia el Atlántico, como si la naturaleza quisiera imponernos una misión: la de llevar la vista fija en esos dos grandes misterios de la tierra y de la historia: en la inmensidad del triángulo africano y en la inmensidad del Océano.

España ha sido grande, rica y feliz cuando ha vuelto en cierto modo la espalda á Europa. Así adquirió toda su gloria, conquistó la patria y creó su nacionalidad; así descubrió el Nuevo Mundo; así desde la cúspide de la grandeza y de la gloria escribió Doña Isabel la Católica su testamento, indicando que el porvenir de España estaba en Africa (1).

La mayor parte de nuestras desgracias provienen de haber huído del Africa y del Atlántico para meternos en

(1) ¿Quién puede decir hoy, pregunta el Sr. Cánovas del Castillo, lo que habrían producido entonces tantos colosales esfuerzos empleados en Africa, si, vuelta la espalda al Pirineo y las costas de Levante, hubiéramos dedicado todo nuestro ardor, todas nuestras fuerzas, toda nuestra voluntad virgen y poderosa á trasladar al Atlas nuestra frontera?

Digitized by Google

aventuras que pusieron en peligro nuestra existencia, y que nos arrojaron al abismo de la miseria y de la ignorancia. D. Alfonso el Sabio, desoyendo los consejos de San Fernando, nos hizo retroceder un siglo en la expulsión de los moros con sus ridículas pretensiones al imperio de Alemania; la Casa de Austria perdió el Portugal á sus espaldas, mientras sostenía guerras estériles en Flandes; la Casa de Borbón perdió Gibraltar y preparó la pérdida de América, mientras soñaba con la cuádruple alianza. Así la historia demuestra con la irrecusable fuerza de los hechos, que la Península misma ha sido mermada cuando hemos querido tener en Europa una intervención funesta á nuestros intereses y mayor de la que conviene á nuestra situación geográfica.

La política española no ha debido moverse nunca sino en el campo y en la dirección que la señalaron los dos reyes más grandes de nuestra patria, cada uno dentro de las condiciones de su época: San Fernando y Doña Isabel la Católica.

Ambos concentraron su pensamiento en la influencia en el Mediterráneo, en el *Mare nostrum* á que hoy dirige su vista con tanta penetración la nueva Italia; ambos, al tratar de extender más allá de las costas sus dominios, miraron al Africa; ambos antepusieron á todo la unidad peninsular, la creación del espíritu nacional, la riqueza pública, el equilibrio de las fuerzas sociales y políticas, la marcha paralela de las artes, las ciencias, las letras y las armas; y ambos, por fin, estudiaron lo que faltaba á nuestra cultura para traerlo del extranjero y aclimatarlo en España.

San Fernando, ante la invitación de San Luis para tomar parte en aquella grandiosa empresa de las Cruzadas, tan propia de la época y de un rey cristiano, contesta que aún tiene infieles con quienes pelear en su patria, y no toma parte alguna en aquel gran movimiento de Europa. Doña Isabel, ante el ofrecimiento de un mundo ó por lo

Digitized by Google

menos de un nuevo camino á las Indias, contesta que sólo tratará de este asunto cuando termine la expulsión de los moros, y retiene prudentemente á su lado al atrevido y soñador genovés para aprovechar sus proposiciones en cuanto la entreguen las llaves de Granada. Ejemplos notabilísimos, que bastarían para resumir la política de ambos monarcas, si no hubiera otros muchos que lo confirmaran.

La invasión de los flamencos con Carlos V trayendo á España ideas exóticas, la política general del emperador, fueron un gravísimo mal que detuvo el progreso iniciado por los Reyes Católicos, dando equivocada dirección á la riqueza creada por éstos, pero viviendo todavía del impulso de la monarquía castellana. Sus errores, envueltos en glorias y triunfos, fueron una llaga deslumbradora.

A este mal vino á agregarse la funesta política de Felipe II, que debía haberse limitado á mejorar y conservar los Estados que heredó de su padre (1), sin la pretensión de ser el dictador del absolutismo y de la teocracia en toda Europa, exagerando hasta la perdición la política de los Reyes Católicos. Aquel sombrío monarca, bajo cuyo cetro comenzaron á salir á la superficie nuestras desgracias, que no supo dejar tras de su muerte más que gérmenes de miseria y destrucción, se propuso un problema absurdo: conciliar la represión absoluta del pensamiento con una libertad puramente científica; desterrar la literatura y la poesía, que odiaba cordialmente (2); cortar los vuelos

(1) El doctor alemán Reinhold Baumstark, en su *Historia de Felipe II* (Lieja, 1877), resume el juicio de este monarca diciendo que supo resistir á sus enemigos, pero no crear nada, y que en su vida confundió siempre, como en el Escorial, el sentimiento cristiano con la excesiva exterioridad.

(2) Aunque es sabido que ciertamente Felipe II era enemigo de la poesía y aun de los poetas, está confirmado este hecho por varios documentos, entre los cuales citaremos el de Bartolomé Jimenez Patón, que, hablando de *Los Proverbios* de Alonso de Barros, dice: "Con haber sido tan enemigo de poesía el rey nuestro señor D. Fe-

Digitized by Google

de la imaginación; atajar con insuperables barreras todos los caminos por donde pudiera moverse la inteligencia humana y dejarle sólo abierto el de las ciencias exactas; crear un pueblo de inquisidores, frailes, creyentes y matemáticos, enemigo de Roma y de toda Europa.

Algunos defensores del absolutismo y de la intolerancia religiosa se han dedicado á encarecer la grandeza, el valor y la osadía de aquel pensamiento que dominó siempre á Felipe II, llegando á decir que no era menos admirable el progreso, representado en la revolución de ideas que comenzó el siglo XVI, que la resistencia de un solo hombre contra toda Europa, contra la corriente de los tiempos y contra las fuerzas vivas de la sociedad, que fermentaban previendo el porvenir.

No nos gusta rebajar el mérito de ningún personaje histórico, ni dejamos de comprender que pueda haber mucho grande y hasta heroico en la resistencia contra los tiempos y las costumbres. Nos admira D. Alfonso el Sabio luchando contra las costumbres y las creencias astronómicas y sociales de su siglo, impuestas por la tradición; Cervantes combatiendo desde el abismo de la miseria con su pluma los gustos literarios de su tiempo y muchos vicios encarnados en la sociedad; Velázquez oponiéndose atrevidamente al gusto dominante en las letras y en las artes en la misma capital del paganismo cristiano; pero en estas luchas hay que tener presente, no sólo la rudeza de la resistencia ó del ataque, que es hija tal vez de la temeridad, sino el objeto final, que proviene de la convicción y de la cultura.

La historia condenará siempre duramente cualquier lucha cuyo objeto sea detener la marcha de la civilización; la posteridad censurará todos los propósitos que tiendan

---

lipe II, se cuenta de su majestad que recibió particular contento y gusto con la destos proverbios.„—*Heráclito* de ALONSO DE BARROS. Baeza, 1615.

Digitized by Google

á resucitar lo que no ha de vivir en los siglos futuros, y hasta el sentido común pronunciará una terrible sentencia contra el que se proponga problemas absurdos, y en la soberbia ó mezquindad de su espíritu emplee sin límites para defenderlos la persecución, el terror, la sangre y el fuego.

Como decimos en otra parte, si D. Alfonso el Sabio, Cervantes y Velázquez levantaran hoy la cabeza, recibirían de nuestro siglo la corona de su triunfo; tendrían la grata y profundísima satisfacción de ver que sus ideas se han impuesto á la sociedad en el progreso de los tiempos; y si resucitara Felipe II se vería condenado por todas las opiniones, acusado por todos los sentimientos generosos y humanitarios de nuestro siglo; convicto y confeso de torpeza y de ineptitud al ver que no podría vivir dentro de nuestra sociedad y que no comprendía ni uno solo de sus actos (1).

En cuanto á sus sucesores, comenzaron todos á reinar bajo el peso de unas circunstancias difíciles, y tuvieron que recorrer á pasos agigantados los últimos peldaños de aquella inevitable pendiente á que se veían lanzados por la serie de errores del siglo anterior y por los que ellos mismos cometieron.

Así no hay en la historia ejemplo alguno de una degeneración tan rápida y tan gradual como la de la Casa de Austria, que ni aun puede compararse á la de Roma al pasar el imperio de Augusto á Augústulo.

Comienza esta degeneración por los propósitos, las ideas políticas, las costumbres, y termina por la educación y la fisonomía de los reyes. La corte pasó de la sencillez

(1) "Felipe II, dice un distinguido académico, después de remover con sus negociaciones y con sus armas las cuatro partes del mundo, no pudo sojuzgar un pueblo de pobres pescadores que se negó á obedecerle, y habiendo empezado por edificar el Escorial, concluyó por pedir limosna."

Digitized by Google

y pureza de los Reyes Católicos á la fastuosidad de Carlos V, á la severidad de Felipe II, á las mascaradas y fiestas de Felipe IV y á las mojigaterías de Carlos II.

El emperador reúne en la grandeza de su genio conocimientos universales; es un político consumado y un gran guerrero; discute sobre astronomía y mecánica con Alonso de Santa Cruz; lee y escribe desde el trono sobre historia y literatura; demuestra su afición á las artes y canta la Epístola en su misma coronación; de modo que rivaliza en conocimientos y aficiones con la misma Doña Isabel la Católica. Felipe II limita las aficiones de su vida á las ciencias y elige entre ellas la más severa; es geómetra y tracista; odia la poesía y se propone el absurdo de que viva un pueblo con mátemáticas y teología. En Felipe III no aparece afición alguna más que una sencilla devoción propia de un alma vulgar, pero buena. Felipe IV huye de las ciencias, cultiva con indolencia en medio de placeres la poesía y las artes, y ejerce con cierta habilidad el oficio de platero. Por último, Carlos II, indiferente á letras, artes y ciencias, vive dominado por la superstición y la mojigatocracia.

Esta degeneración aparece al exterior, como hemos dicho, en la misma fisonomía de los reyes. Desde la severidad del rostro de Carlos V á los signos de imbecilidad de Carlos II, se ven asomar día por día los cambios en todas las facciones, hasta convertirse la nariz recta y la boca oprimida del emperador en la nariz caída y la boca entreabierta de Carlos II.

El estudio de la educación que recibieron estos reyes podría dar brillantísima luz sobre las condiciones personales de los monarcas, que en los gobiernos absolutos se reflejan sobre toda la nación.

Felipe II fué educado severamente por hombres rígidos y virtuosos, pero más apegados á la monarquía que á la nación y con las ideas teocráticas, procurando hacer de él un gran rey antes que un gran hombre. Felipe III re-

Digitized by Google

cibió solamente educación religiosa; Felipe IV tuvo un sinnúmero de maestros, que no acertaron á formar ni á comprender su carácter.

La educación de Carlos II, que llevaba ya en su naturaleza el castigo de los vicios de su padre (1), fué tan desdichada, que no sólo se resentía de ignorancia, sino hasta del desaseo personal que caracteriza aquella época de verdaderos sepulcros blanqueados, que ocultaban bajo sedas, terciopelos y diamantes la miseria que describen casi todos nuestros autores clásicos.

Pero nada podremos decir en este punto que iguale á lo que sencillamente refería un escritor contemporáneo, D. Juan Antonio de Valencia, el 10 de Febrero de 1677:

«Enseñó su alteza (D. Juan de Austria) al rey una carta del duque de Saboya, y el rey le dijo: «¡Qué linda letra!» y su alteza: «Pues menor es de edad que V. M. el duque, y es menester le responda V. M. de su letra.» Dijo el rey: «Yo no sé;» y su alteza le replicó: «¡Jesús! ¡Eso ha de pronunciar un rey de España, que se le ofrecerá tantas veces, que lo que la mano derecha escribe no lo sepa la izquierda!»

»Han dicho que es muy voluntarioso el rey; que no se deja peinar; que cría y tiene ensetada la cabeza, y sabiéndolo su alteza, le dijo: «Lástima es, señor, que este hermoso pelo no se cuide mucho de él;» y, oyéndolo el rey, volvió al gentil hombre de cámara que le servía y le dijo: «Hasta los piojos no están seguros de D. Juan (2).»

Compárese esta educación con la del príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, de que ya hemos hablado; compárese aquel empeño de Doña Isabel para educar un hijo que fuera tanto rey como hombre, tan sabio como

(1) "Nuestro rey Carlos II, decía un historiador de su minoría, conseguido por oraciones y milagros y engendrado de su padre entre la senectud y la perlesía.„

(2) Tenía el rey á la sazón diez y seis años.

Digitized by Google

bueno, tan justo como popular, tan virtuoso como enérgico, y se comprenderá la diferencia de los tiempos (3).

Así por esta degradación constante, por esta degeneración gradual, sin las alternativas de otras razas y otras dinastías, la Casa de Austria vino á parar á aquella tristísima situación en que su último rey fué el ludibrio de Europa, y en que las demás naciones, que habían sido siempre vencidas por España, aspiraban á repartirse cuanto nos pertenecía, y por lo menos, á imponernos un rey á su voluntad y á su capricho.

---

(3) Entre los muchos documentos que consignan esta educación, creemos curioso recordar aquí lo que se decía de su educación artística:

Dédalo, Apeles, Lísipo y Mentor,
Prasiteles, Fidias, allí con afán
labraban el trono del claro D. Juan
gran príncipe nuestro, de príncipes flor.

Se han conservado en Simancas algunos dibujos del príncipe, que aquella madre cariñosísima guardaba.

(Cancionero de Juan de la Encina. Salamanca, 1496.)

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO II.

Quejas y protestas.

I. Previsión de nuestro pueblo.—Muerte de los tres Felipes.—Ingratitud de los reyes.—Quejas constantes.—Documentos curiosos.—El Escorial.—II. Quejas de las Cortes.—Peticiones notables.—Violenta disolución de las de 1588.—Se anticipan al porvenir en sus peticiones.

I.

Nuestro pueblo conoció muy bien la causa de sus males. Preciso es confesar que en la historia de la libertad y del progreso no hay tal vez ningún otro que resistiese desde el principio de una manera tan tenaz y tan constante, no sólo la intrusión del absolutismo y de la teocracia, defendiendo en todos terrenos sus antiguos fueros y libertades, sino lo que es más digno de atención para el filósofo y el historiador, oponiéndose enérgicamente al sistema de gastos estériles, de guerras, de conquistas y de aspiraciones quijotescas.

No es descaminada, á nuestro juicio, la opinión de los que suponen que tal vez en lo más recóndito del pensamiento de Cervantes al escribir su inmortal *Quijote*, se retrataban aquellas empresas en las aventuras del pobre loco, á quien seguía el pueblo, representado en Sancho Panza, sin comprender adónde iba, é ilusionado por la vaga esperanza de una ínsula cuyo gobierno había de producir tantos disgustos al mismo gobernador. A lo menos no

Digitized by Google

puede dudarse que Miguel de Cervantes, soldado en Africa, en Italia y en Lepanto, herido y lleno de orgullo por haber asistido á aquella batalla, prefiriendo ser manco á no haber estado en ella, y volviendo á su patria cubierto de gloria para vivir en la miseria, era el espejo de nuestra nación.

Y no es absurdo, sino muy lógico, suponer que aquel ingenio tan penetrante, volviera la vista en momentos de angustia á su pasado, mirara al rededor, y se preguntara de qué servían á España, de qué servían á los españoles aquellas glorias militares cuando nos consumía la miseria y cada día se aumentaban los males públicos, contra los cuales y las causas que los producían había diariamente enérgicas protestas ó manifestaciones.

Los particulares, los municipios, el clero, la nobleza y las Cortes acudían al rey, le presentaban informes, peticiones y proyectos; pero desgraciadamente para nuestra patria, ni Carlos V ni Felipe II, ni menos sus sucesores, los atendieron, buscando la causa del mal; de tal modo, que en tiempo del tercer Felipe era ya inevitable la pendiente por que se precipitaba España al abismo.

Así Felipe II comenzó ya á oir las quejas constantes del pueblo; de manera que, aun en medio de las fiestas de la corte había siempre alguien que le recordaba las desgracias de la nación y los errores de la política; quejas que continuaron sin interrupción durante todo el tiempo que dominó en España la dinastía austriaca.

Ningún monarca ha oído tal vez más quejas, más sátiras, más epigramas, ni ha visto más lágrimas y más desdichas que Felipe IV. Hubo consejeros que le presentaron cuadros horribles de la situación del país; procuradores á Cortes que pidiéndole audiencia, con lágrimas en los ojos y en nombre del Dios Todopoderoso, le pintaron «los lugares despoblados, los templos caídos, las casas hundidas, las heredades perdidas, las tierras sin cultivar, los habitantes por los caminos con sus mujeres é hijos mu-

Digitized by Google

dándose de unos lugares á otros, buscando el remedio, comiendo hierbas y raíces del campo para sustentarse (1).» Un día la reina tomó en sus brazos al príncipe D. Baltasar y se le presentó al rey llorando y diciendo: «Aquí tenéis á vuestro hijo; si la monarquía ha de seguir así, pronto le veréis en la miseria.»

Pero el rey, que por el pronto quería buscar inmediato remedio, no hallándole en el acto, olvidaba tales quejas y se consolaba haciendo el amor á las comediantas ó inventando cada día una fastuosa diversión. ¡Que extraño ha de parecer la muerte que tuvieron aquellos tres Felipes, que en aquella hora suprema conocieron su desgracia ó sus errores!

Felipe II murió lleno de podredumbre, llamando á su hijo para que viera ante aquel cuerpo *en lo que paraba todo.* Felipe III, acosado por los remordimientos, espiró diciendo: *¡Buena cuenta daremos á Dios de nuestro gobierno! ¡Oh! Si al cielo pluguiera prolongar mi vida, ¡cuán diferente fuera mi conducta de la que hasta ahora he tenido!* Y Felipe IV murió de melancolía en el aislamiento y la humillación, diciendo á su hijo: *¡Quiera Dios que seas más venturoso que yo!*

La ingratitud de los reyes ó, cuando menos, la falta constante de premio á los grandes hechos y á los servicios señalados, fué seguramente causa de no pocos desastres, de que se malograran muchas empresas, de que se sacara poco fruto de las victorias y de que se desengañaran los españoles, á quienes no se podía exigir que como sistema se sacrificaran uno y otro año, y uno y otro día, en servicio del rey y por la honra de la patria.

La historia demuestra que nunca los españoles, y menos en tiempo de los Reyes Católicos, expusieron su vida y su hacienda sólo por el lucro ó por el premio; pero com-

(1) El procurador D. Mateo Lisón y Biezma en audiencia de 24 de Noviembre de 1622.

Digitized by Google

prometida España en incesantes y lejanas guerras, que condenaba el buen sentido de la nación, no era ya posible exigir tan grande abnegación en sus hijos, ni ante la pobreza engendrada por el abandono de la casa y la familia podía exigirse que nuestros soldados pelearan sin paga y sin premio alguno, y que nuestros hombres de ciencia hicieran penosas investigaciones consumiendo en ellas estérilmente su caudal.

D. Fernando el Católico, apenas murió Doña Isabel, se vió dominado por una suspicacia que degeneró en indisculpable ingratitud. El vencedor de Ceriñola y Garellano fué objeto de una desconfianza que ha sido juzgada duramente por todos los historiadores, dando origen á la tradición de las cuentas del Gran Capitán, y permaneció ocioso y retirado en su casa cuando más necesarios eran sus servicios en Italia, que tal vez hubieran economizado guerras, peligros y sangre en aquella península. Sus capitanes perdieron los premios y mercedes ganadas en el campo de batalla, y muchos murieron olvidados en la miseria.

D. Juan Manuel, que tantos servicios había prestado á los Reyes Católicos, fué pagado con la mayor ingratitud por D. Fernando, que le escribió una vez diciéndole: «Bien me acuerdo de los servicios que me habéis hecho, para premiarlos.» A lo que le contestó el caballero con la siguiente carta: «Pienso, señor, que debe ser en oraciones, pues V. M. aguarda á que me muera. Mas la experiencia nos ha demostrado que muchos reyes han llevado al imperio muchos criados; pero no sabemos cuál haya sacado á alguno del purgatorio con sus devociones.»

Carlos V, á pesar de haber recibido severas advertencias acerca de este punto, fué causa con su ingratitud de que el marqués de Pescara, vencedor en Pavía, vacilase en su fe, mientras Pedro Navarro pasaba al servicio de Francia, haciéndonos grave daño.

Juan Sebastián del Cano, que había hecho heroicida-

Digitized by Google

des en las guerras de Africa y de Levante, no recibió de Carlos V ni una sola paga para sí, ni para la valiente tripulación de la nao que dirigía; escribió al rey manifestándole la triste situación en que se hallaba; y no habiendo tenido contestación, creyéndose ofendido, anunció la venta del buque del emperador, que no se acordaba de sus servidores, y le vendió á unos comerciantes italianos, presentándose en la corte á dar cuenta al rey de lo que había hecho. Tanta razón tenía, que el emperador, por real cédula de 13 de Febrero de 1523, recordó sus grandes servicios, perdonándole «el crimen» de haber vendido el buque.

Los héroes de Pavía y de Lepanto pedían limosna por las calles, morían en los hospitales y alguna vez de hambre, ó con «harta exposición de su alma y de su vida se hacían bandoleros». Y no es posible alegar ignorancia de estos males en el rey, porque existen infinidad de documentos que prueban que conocía la horrible situación de aquellos beneméritos soldados.

Entre estos documentos debemos citar una representación que dirigió á Felipe II el capitán Barahona, en la cual, entre otras muchas cosas, le decía: «¿Cómo quiere V. M. persuadir á nadie tome un hábito tan trabajoso y aventure su vida cada paso, ofreciéndole que en pago de sus trabajos, si muriese peleando, quedará sin sepultura, y si escapa del peligro habrá de morir en el hospital deshonrado y menospreciado de todos los hombres? ¡Hermoso premio para convidarlos al peligro! Estos son los triunfos, estas son las coronas que se hacen hoy por obra; y plegue á Dios que cuando V. M. los haya menester sea servido como desea de ellos, y que no ponga el oficial más diligencia en aprovecharse con la ocasión que en obligar á V. M. le haga merced por sus servicios, estando tan desengañado de esto..... Contemple bien V. M. á qué términos ha venido la cosa más alta y más preciada del mundo, y vuelva por la honra de sus españoles tornando la milicia á su lu-

Digitized by Google

gar, honrando y animando con premios á los que la siguen, antes que vengamos á perder aquel poco brío que nos queda, y no consienta que nos acobardemos y sujetemos de manera que cuando queramos alentar no podamos de sujetos y medrosos; y mire V. M. lo que hace, que más se pierde en no remediar esto que si se perdiesen los Estados de Flandes é Italia y todo lo demás que tiene fuera de España, que aquello podráse cobrar teniendo los ánimos enteros, y faltándonos el vigor perderemos sin duda lo de allá y lo de acá.....

»Pues ¿por qué perdemos cada día, señor? ¿Y por qué teniéndoles ventaja en todo nos vencen? ¿Y por qué traen tan amedrentados los cobardes á los animosos? ¿Por qué nos tienen éstos tan arrinconados que no podemos dar paso seguro en nuestras causas?.....

»Una cosa certifico á V. M., que los que mejor han servido y más sangre han derramado en su servicio, esos son los más maltratados y los que menos abrigo hallan en todas partes.»

Algo podría decir también acerca de esto el sinnúmero de representaciones y memoriales dirigidas al rey, manifestando que sus autores estaban en la miseria por consecuencia de haber abandonado su casa y su hacienda, la mayor parte por ir á la guerra y algunos por trabajos científicos. Juan de Herrera pintaba su situación en estos términos: «Por la inclinación ya dicha (la de haber sentado plaza en Italia), que me movió á desamparar mi patria y casa, se me perdió toda la hacienda que de mis padres me quedó, que para el valle donde vivían era buena, señoril y honrosa, por ser de herrerías, molinos, montes, tierras, prados é invernales, que es la hacienda principal de aquella tierra y que á nonada valdría todo ello pasado de seis mil ducados; y en la era de agora ha venido á tanta diminución, que no se hallaría por lo que ha quedado mil ducados.—En el año de 1571 yo me casé en la villa de Madrid con el favor de S. M. con una mujer que tenía de

Digitized by Google

renta cerca de dos mil ducados, los cuales yo expedí en servicio de S. M., demás de los cuatrocientos que en aquel tiempo tenía de gajes.—Cuando enviudé, que fué el año de 1575, quedé con mil doscientos ducados de rentas que mi mujer tuvo por bien de me dejar, y algunos años pasaban de mil trescientos. Toda esta renta y también algo del principal, que por ausencias mías se ha perdido, he gastado en servicio de S. M. andando de unas partes en otras. En la jornada de Portugal gasté al pie de seis mil ducados por las muchas veces que fuí y vine y anduve por aquel reino.....»

Andrés Laguna se lamentaba de haber consumido buena parte de su caudal en sus viajes é investigaciones científicas sin hallar remuneración. Cristóbal Pérez de Herrera, aquel ilustre médico de las galeras de España, que demostró tan esforzado valor en la guerra y presentó al rey proyectos civiles tan notables, se veía obligado á pedirle alguna cantidad para poder casar á su hija, y otros muchos se vieron en igual situación, de tal manera que podríamos llenar este libro sólo con la relación de personas ilustres empobrecidas por las guerras y la ciencia.

Felipe II llegó á adoptar una fórmula, que puede leerse en la exposición de Cristóbal Pérez de Herrera, que se conserva en la sala de *Varios* de la Biblioteca Nacional, para contestar á estas peticiones, en la cual decía: «Diga el interesado de dónde lo he sacar yo;» fórmula verdaderamente notable, porque demuestra cuál era la situación del monarca y de los españoles.

Alonso de Santa Cruz, á quien tanto debe la ciencia, se lamentaba de que el rey no le contestase, «y en mi mala dicha tengo que ninguna carta mía habrá ido á manos de vuestra majestad;» le pidió en 6 de Noviembre de 1545 el nombramiento de obrero del alcázar de Sevilla; en 28 de Febrero se lamentaba de que el rey «aborreciera ahora lo que antes le daba mucho placer y anduviese huyendo de los hombres;» le pedía que le diera una plaza en el Con-

Digitized by Google

sejo de Indias; y en otra carta posterior le repetía la petición, calificando al Consejo de ignorante.

Blasco de Garay, que no fué ciertamente uno de los españoles que más pueden quejarse, escribía al secretario del emperador en 6 de Julio de 1539, y después de otra porción de cartas en que pintaba su pobreza originada por los estudios, y los gastos que había hecho en útiles ensayos, y reclamaba que se le pagasen ciertos trabajos: «Al presente estoy sin un real..... esta noche pasada yo »no la he dormido pensando qué vendería para comer, la »capa ó la espada, porque no tengo más qué vender.»

El mismo duque de Alba, que tan eminentes servicios había prestado á Felipe II y que tan conforme estaba en su política, habiendo sido su principal intérprete, fué objeto de su ingratitud, como más adelante lo fué el duque de Osuna, lo que causó profunda impresión en la nobleza. Pero de uno y de otro oyó el rey palabras bastante duras. El duque de Alba, cuando recibió en la cárcel la orden de ir á ponerse al frente del ejército que había de conquistar á Portugal, contestó al mensajero real: «Decid al rey, mi señor, que es el único monarca de la tierra que tiene vasallos que desde la cárcel salgan á darle otra corona.» Y el duque de Osuna le decía: «Jamás obré con esperanza del premio de V. M.»

Francisco Solano Salazar (1), exponiendo al rey sus méritos y pidiéndole una recompensa en un memorial impreso, decía: «Bien se ve que todo está perdido y no nos queda más que hambre, desolación, enfermedades y pestes, sin esperanza de socorro ni de donde venga, porque todo está consumido, y sólo en los conventos no mueren de hambre.»

Pedro Pablo Aldana, lamentándose de su suerte, decía en un memorial que se conserva en el archivo notarial

(1) Relación de méritos y servicios, confirmada... de Francisco Solano Salazar, 1627.

Digitized by Google

de Madrid: «Si yo..... y los otros soldados hubiesen sabido el pago que habían de recibir de su majestad por tantos y tan grandes peligros en Italia y Flandes, con pérdida de hacienda y caudales acá, no habríamos empleado los años de la vida en deservicio y ruina de nuestras familias y personas.» Porque no á todos era dado tener la elevación de pensamiento y la delicadeza de Ercilla, que se contentaba con pintar su situación y la ingratitud del rey en estos nobilísimos versos:

El premio está en haberlo merecido,
Y las honras consisten, no en tenerlas
Sino en sólo arribar á merecerlas.

Algún escritor moderno ha culpado á aquellos hombres de querer que el rey premiase y protegiese la iniciativa individual; pero necesario es tener en cuenta que esto es aplicar el criterio de nuestros días á una época muy distinta, y que la iniciativa particular no podía tener éxito cuando aun para desarrollarse necesitaba el permiso de la autoridad real.

Esta ingratitud y la falta de premio y recompensa, así como la dispensación del favor solamente á los aduladores y palaciegos, produjeron desastrosos efectos en las ciencias y en las armas, como puede verse más detenidamente en otro lugar de este libro. Alejáronse los españoles del estudio y de la enseñanza, que no eran medios como antes para brillar y adquirir posición social; se perdió el cargo de profesor, quedando sólo los frailes ó los jesuitas encargados de dar una enseñanza casi gratuita, pero completamente estéril, y apenas murió Felipe II, que había protegido hasta cierto punto los estudios matemáticos, cayeron las ciencias en un olvido vergonzoso, al mismo tiempo que los jóvenes entraban en los conventos, huyendo no sólo del ejercicio de las armas, sino del estudio y todo género de trabajo.

El doctor Pedro Simón Abril, aquel corazón tan no-

Digitized by Google

ble y patriótico, viendo que Felipe II y gran parte del clero defendían en nombre de la fe católica las desastrosas guerras de Flandes y Alemania, que consumían nuestra riqueza, se atrevió á proponer al rey que fuesen consideradas no como guerras nacionales, sino simplemente como luchas religiosas y que se costeasen con los bienes y alhajas de las iglesias: «Púseme á estudiar con todo hervor y aflicción alguna traza ó manera con que sin sentirse y sin perjuicio de nadie se hiciese: y hallé que la causa de este empeño habían sido las guerras de Alemania y Flandes, las cuales han sido y son contra herejes y rebeldes y por defensión de la Iglesia y verdad católica; y que por esta razón era justo se hiciese este desempeño con la hacienda de la Iglesia, sin perjuicio de persona particular..... Suplico á V. M. por las entrañas de Jesucristo crucificado que oiga á todos y más á mí mismo, y mire cuán fatigado está el pueblo pagando tanta renta á la Iglesia (1).»

Juan de Salazar, que había sido procurador en Cortes, representaba al rey, diciendo: «Creo en lo profundo de mi ánima que estas guerras acabarán con el imperio católico y con España, porque arruinan el imperio de V. M., que es su apoyo y fundamento..... Si los herejes de esas partes vinieran á España con sus armas no nos harían tal daño como estas guerras sin provecho.»

Nuestros poetas, unas veces desde el retiro silencioso del gabinete y otras aun en medio de aquellos triunfos, hacían tristes pronósticos y volvían con frecuencia la vista á la tranquilidad de la vida civil, entreviendo en su inspiración que nada bueno podía venir de aquel continuo batallar y de aquel continuo gasto de hombres y de dinero.

Aquel Garcilaso, cuyo valor en Italia parece que se

(1) Memorial al rey, que se conserva en el archivo de Simancas.

Digitized by Google

sale de los límites de lo humano, conocía muy bien la esterilidad de las guerras en que España estaba comprometida; y cuando dejaba la espada durante la noche y tendía su vista sobre aquellos campos empapados en sangre, ó cuando meditaba acerca de los frutos de aquellas luchas, escribía estas proféticas palabras:

«¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios ó aborrecimiento?
Sabrálo quien leyere nuestra historia.
Veráse allí que como el humo al viento
Así se deshará nuestra fatiga.»

Los hombres más humildes se atrevían alguna vez á protestar contra la creación de monasterios y conventos. En las informaciones que tomó el juez de Bosques en nombre de Felipe II para marcar el terreno del Escorial, dijo el alcalde de Galapagar: «Asentad que tengo noventa años, que he sido veinte veces alcalde y otras tantas regidor, y que el rey hará ahí un nido de orugas que se coma toda esta tierra; pero antepóngase el servicio de Dios.»

Y en efecto, ninguna obra fué en España más impopular que el Escorial. Fray José Sigüenza, cronista de la orden de San Jerónimo, para la cual se hacía el monasterio, declara que «todos los españoles tenían atravesado en el alma que allí estaba la causa de sus daños, pechos y tributos».

Verdaderamente el pueblo con su buen juicio, con el poderoso instinto de conservación, comprendía que era una locura y un insulto á la miseria pública la erección de aquel soberbio monumento para tener un convento más, destinado á la orden monástica de mayor regalo, y que con economía y regularidad en la hacienda y con la terminación de guerras tan costosas como estériles, se habría podido levantar en cada diócesis un Escorial y hasta «alcázares de plata maciza».

La historia de la construcción de aquel monumento es

Digitized by Google

tan notable bajo este punto de vista, que podría hacerse un estudio curiosísimo sobre ella. Hubo constantes desgracias en la edificación y trabajo de la piedra; tempestades horribles que detuvieron y deshicieron parte de los trabajos, y varios incendios producidos casualmente ó por exhalaciones atmosféricas. Fueron frecuentes los motines de los trabajadores, sobresaliendo entre ellos el de los canteros el 20 de Mayo de 1577, con el cual tuvo que transigir Felipe II; se instaló al rededor de aquellos artífices y de los frailes una población flotante de mujeres públicas, que sufrieron horribles castigos, y hubo que aplicar éstos también á delitos sodomíticos.

Así es que nacieron en aquel sitio una porción de leyendas y supersticiones que engendraban continuos temores y turbaciones que recorrieron toda la nación. Ante el terror producido por una especie de profecía de que el año 1577 había de quemarse la mejor casa de España, tuvo que mandar poner Felipe II una guardia suya que rodeara de día y de noche el monasterio; los ladridos de un perro la noche del 25 de Agosto del mismo año produjeron un espanto acompañado de todo género de supersticiones; y no mucho después la ejecución de la sentencia que condenaba á ser quemado á un hombre que había abusado de dos niños, dió origen á otra porción de señales y avisos que anunciaban grandes desgracias; llegándose á creer por el vulgo con todas estas cosas, que aquella era una obra maldita, ó cuando menos, como dice el P. Juan de San Jerónimo en su defensa, que «el demonio daba muestras de la envidia que contra aquella casa tenía concebida».

Los hombres eminentes del claustro, de la Iglesia, de la misma compañía de Jesús, cuando conservaban en su pecho el sentimiento del patriotismo, como Juan de Mariana, se lamentaban amargamente de los derroteros de la política, y muchas veces indicaron también los males que habían de subvenir como necesaria y fatal consecuencia

Digitized by Google

de una administración tan desastrosa. Sus palabras llegaron con frecuencia á oídos de los reyes, pero se perdieron entre el tumulto de las adulaciones.

El arzobispo cardenal Portocarrero, hombre ilustrado, dirigió al rey varias enérgicas representaciones en 1694, 1695 y 1696, pintándole el estado del país en términos tan dignos como enérgicos, lamentándose de que el reino estuviera «afligido, abandonado; atropellada y vendida la justicia, desperdiciada la gracia, desoída la razón y perdido para el rey el cariño y el amor de vasallos tan constantes y leales». Buscando las causas de este mal, analizaba la conducta de todos los confesores que había tenido el rey uno por uno; afirmaba que el monarca estaba aterrado ante «los ejemplos artificiosos sacados de Dios y de Luzbel, y con sutilezas sofísticas que confundían lo humano con lo divino». Ponía de relieve la ignorancia de los consejeros y de los que ocupaban los más altos puestos en la administración pública, y señalaba las graves consecuencias de estos errores, protegidos por «la candidísima conciencia del rey». Pero sobre todo hacía las importantes observaciones de que todavía España tenía riqueza para mejorar la situación, aunque estaba oculta por el miedo y por haberse perdido «el principal erario de los reyes, que es el amor de sus pueblos». La segunda observación, que demostraba verdaderamente los errores del gobierno, consistía en hacer ver que el reino pagaba las mismas rentas porque no se había suprimido ningún tributo, y, sin embargo, no se podía sostener el ejército, cuando en los reinados anteriores se sustentaban una armada grande y permanente y ejércitos en Flandes, Milán y toda España, profetizando como necesaria consecuencia las desgracias que habían de caer sobre este pueblo.

Digitized by Google

II.

Pero entre todas las protestas y entre las manifestaciones de la resistencia que España opuso á los grandes errores políticos de la Casa de Austria y al entronizamiento del despotismo, merecen estudiarse con una atención, que desgraciadamente no han tenido nuestros historiadores, la actitud y las peticiones de las Cortes, que, compuestas del pueblo, la nobleza y el clero, eran una legítima representación nacional.

No hablaremos de las primeras Cortes celebradas en tiempo de Carlos V, cuyos procuradores pagaron con la persecución de los pueblos ó con la vida su debilidad ante el emperador, ni de las quejas y proposiciones de las Comunidades de Castilla, que atendidas habrían creado seguramente una nación rica y poderosa. Estos hechos son demasiado conocidos, y además están consignados en obras de gran mérito histórico y literario, que nos eximen del trabajo de reproducir lo que en ellas se contiene tan magistralmente escrito.

Hablemos de otras Cortes posteriores, cuyos acuerdos y peticiones son menos conocidas de nuestro pueblo.

En 1525, el mismo año de la batalla de Pavía, el emperador obtuvo de las Cortes, reunidas en Toledo, un servicio mayor que el ordinario, en atención á los grandes triunfos conseguidos en Italia y á la necesidad de pagar á un ejército que había conquistado para su patria tanta gloria. Pero aun aquellas mismas Cortes no se deslumbraron con estos triunfos, y al mismo tiempo que concedían el servicio, aconsejaban al rey que volviese su vista al gobierno interior del reino en vez de lanzarse á aventuras en tierra extraña, y que se casara con la infanta Doña Isabel de Portugal, siempre con el patriótico intento de

Digitized by Google

reconcentrar la vida en la península y procurar la creación de la monarquía ibérica, que tenía elementos bastantes para ser potencia de primer orden, sin guerras de dudoso provecho en el extranjero.

Las de 1527, celebradas en Valladolid, quejosas de que el rey siguiera aquella política contraria á las peticiones de las Cortes anteriores, y conociendo previsoramente los fatales resultados de las guerras fuera de España, le concedieron los impuestos necesarios para el gobierno interior del reino; pero le negaron todo servicio extraordinario por unanimidad y estando de perfecto acuerdo los tres brazos.

Las declaraciones de éstos son una gloria tan grande de nuestras Cortes, que deberían colocarse en letras de oro los nombres de todos aquellos ilustres varones en nuestro actual Salón de sesiones.

La nobleza declaró que el emperador podía contar con la hacienda y persona de cada uno de sus individuos para continuar las guerras en que se había comprometido; pero que, como brazo de las Cortes, no estaba dispuesta en manera alguna á conceder tributos á que no se creía obligada.

El clero manifestó que cada uno podría servir al rey con su hacienda; pero que, como brazo de las Córtes, resistiría y negaría toda nueva imposición. Y, por último, los procuradores, describiendo el estado de atraso y de pobreza de los pueblos, manifestaron que les era absolutamente imposible conceder al rey subsidio alguno para continuar sus guerras.

De nada sirvieron ni las razones que el emperador adujo en el notable discurso que leyó á las Cortes su secretario Juan Vázquez, en el cual, ponderando el amor á España, pintaba de la manera más hábil sus santos y patrióticos proyectos en nombre de la cristiandad y de la fama de España; ni los trabajos secretos para arrastrar á una votación favorable á los individuos que componían aquellas Cortes: Castilla ofreció un espectáculo grandioso,

Digitized by Google

sabiendo unir toda la cortesía de su lealtad tradicional con los deberes y el patriotismo de una sincera representación nacional.

En 1536 las Cortes aragonesas se negaron también en absoluto á dar dinero alguno; y en 1537 las de Valladolid, atacando de frente la cuestión, pidieron al rey que no volviese á salir de España á continuar aquellas guerras peligrosas y estériles.

De este modo y por camino tan digno se labraban las Cortes su ruina, prefiriendo antes su anulación que sucumbir cobardemente ante el poder del César. En tal peligro se vieron en el siguiente año de 1538.

Abriéronse las Cortes en Toledo el día 1.º de Noviembre, y en el discurso ó proposición que reemplazaba al discurso de la corona de nuestros días, decía el emperador que, no bastando las rentas reales de España y de los demás Estados, ni los socorros concedidos por el papa, le había sido necesario empeñar parte de su patrimonio á crecido interés, y que aún se debía mucho atrasado, pidiendo como consecuencia un nuevo impuesto, que había de consistir en una sisa.

Los brazos de las Cortes asistieron separados: el eclesiástico vaciló, imponiendo algunas condiciones; pero el de la nobleza pidió ante todo que se le permitiese conferenciar con los procuradores de las ciudades y que se abriera una información acerca del estado del reino, volviendo después de conocerlo á conferenciar con los procuradores. Para tratar estas cuestiones nombraron una comisión compuesta del condestable de Castilla, el duque de Alburquerque, el marqués de los Vélez, el conde de Oropesa, el duque de Nájera, el marqués de Comares, el marqués de Villena, el conde de Benavente, D. Juan de Vega, señor de Grajal, y el adelantado de Castilla.

Veinticuatro días duraron aquellas cuestiones, negándose el emperador resueltamente á ambas peticiones. El día 25 se presentó á las Cortes el cardenal de Toledo pre-

Digitized by Google

tendiendo demostrar que aquel tributo era el más conveniente y menos sensible al pueblo, é indicando que era preciso servir al rey, el cual mandaba que se discutiera y votara el impuesto.

Levantóse entonces el condestable de Castilla D. Iñigo López de Velasco, aquel mismo que tan rudamente había combatido las comunidades, abrazando la causa del emperador y persiguiendo de muerte á los comuneros, y dijo:

«Señores, pues S. M. manda que votemos, lo que entiendo es que ninguna cosa puede haber más contra el servicio de Dios y de S. M. y contra el bien de estos reinos de Castilla, de donde somos naturales, y contra nuestras propias honras....; para S. M. ningún deservicio puede ser igual del que se le podría recrecer de esto. Y aunque se podrían dar muchos ejemplos de levantamientos que en tiempos pasados hubo en estos reinos con pequeñas causas, yo no quiero decir sino del que vi y vimos todos de las comunidades pocos días ha, que fué tan grande con muy liviana ocasión, que estuvo S. M. en punto de perder estos reinos y los que les servimos las vidas y las haciendas. No sé yo quien se atreva con razón á decir que no podría agora suceder otro tanto; y la buenaventura que Dios nos dió á los que vencimos y desbaratamos la comunidad, no se puede tener por cierto que la tendríamos si otro tal caso acaeciese. Los grandes príncipes se han de excusar de dar ocasión para que sus vasallos les pierdan la vergüenza y acatamiento..... Y no se ha de hacer poco fundamento de los alaridos y gemidos que entre toda la gente pobre habría sobre esto; y pues estos tales no pueden suplicar á V. M., nosotros, que podemos verle y hablarle, es muy gran razón que supliquemos por el remedio de semejantes cosas, que nos hizo Dios principales personas en el reino, y no vivimos para que fuésemos nosotros solos, sino para que con toda humildad y acatamiento suplicásemos á S. M. lo que toca á la gente pobre.»

Continuó pidiendo en lenguaje lleno de entereza que

Digitized by Google

guardara el rey las costumbres y libertades de los castellanos, pintando el perjuicio que el nuevo tributo causaría á todas las clases; contestando al ofrecimiento del rey de que el tributo sería temporal, que no confiaba en ello, y terminando con estas palabras: «Y por todas estas razones y otras muchas que se podrían dar, digo que se suplique á S. M. mil veces, si tantas lo mandare, que no haya sisa. Y que yo no la otorgo ni soy en otorgarla; y que á mi parecer será muy bien que se busquen otros medios, los cuales tengo por cierto que se hubieran hallado si nos hubiéramos comunicado con los procuradores. Y asimismo que se suplique á S. M. que trabaje de tener paz universal con todos por algún tiempo, que aunque la guerra de infieles sea tan justa, muchas veces se tiene paz con ellos como la tuvieron los reyes de Castilla; que su real persona resida en estos reinos; que modere los gastos que tuviere demasiados con los que tuvieren los Reyes Católicos, porque no aprovechará ningún servicio que á S. M. se haga sino hace lo que es dicho, antes serán muy mayores cada día sus necesidades, y por el camino que vino á tenerlas se han de desechar.»

Aquella sesión tan borrascosa terminó después de siete horas, redactándose dos dictámenes aprobados por unanimidad: uno en que se pedía al rey que no se volviera á hablar de la sisa, y que, para tratar de recursos, se comunicara, como se había hecho siempre, la nobleza con los procuradores; y otro, redactado por el conde de Ureña, pidiendo al rey que suspendiera todas las guerras, porque de otra manera los brazos del reino, pues que á todos competía, acordarían de común consentimiento el remedio que conviniera.

Continuaron estas cuestiones, exigiendo el rey de nuevo el tributo, y nombrando las Cortes una nueva comisión de diez individuos, que contestó al rey el 28 de Diciembre insistiendo en sus dictámenes anteriores, si bien votaron en contra los duques del Infantado y de Alba.

Digitized by Google

Siendo imposible la avenencia y llevando las Cortes tres meses abiertas, fueron disueltas de la manera más arbitraria y ridícula. El 1.° de Febrero del año siguiente entró el cardenal arzobispo de Toledo D. Juan Tavera, acompañado de algunos ministros, en el salón de sesiones, y dijo: «S. M. I. declara disueltas las Cortes; pues viendo lo que han hecho, le parece que no hay para qué detener aquí á V. SS., sino que cada uno se vaya á su casa ó á donde por bien tuviese.»

En seguida se volvió á los ministros y les preguntó si se les había olvidado algo: contestáronle que no; y entonces el condestable de Castilla y el duque de Nájera, dijeron: «V. S. lo ha dicho tan bien, que no se le ha olvidado cosa alguna.»

Con esto se levantó la sesión y quedaron disueltas aquellas Cortes, últimas á que asistieron los tres brazos.

El condestable tuvo con el rey escenas muy duras y palabras muy fuertes, llegando á amenazarle con tirarle por el balcón, á lo que contestó el castellano: «Mirarlo há mejor V. M., que si bien soy pequeño, peso mucho.» Estas justas peticiones continuaron incesantemente, hasta llegar á pedir á Felipe II que se atuviese en sus gastos á un presupuesto fijo que las Cortes le señalarían, y que las mismas Cortes se encargasen de la administración directa de la hacienda pública, que caminaba á su ruina, arrastrando en ella á la nación.

A estas quejas, peticiones y protestas, que se referían exclusivamente al sostenimiento de tantas y tan inútiles guerras en el extranjero, debemos añadir otras que tenían por objeto reformas políticas y administrativas, y que pueden demostrar la cordura, el patriotismo y la previsión con que nuestras Cortes miraban por el bien del reino.

Siempre tuvieron fija la vista en la unión ibérica, pensamiento capital que sólo ha sido contrariado en algunas épocas por mezquinos intereses ó por un gravísimo error

Digitized by Google

de nuestros hombres políticos. Además de aconsejar constantemente casamientos y alianzas que tendieran á unir definitivamente ambos pueblos, trataron de establecer otro género de vínculos que los hermanase, ya solicitando iguales franquicias para los dos, ya insistiendo, como las Córtes de 1560, congregadas en Toledo, en que se suprimieran las aduanas entre España y Portugal.

La invasión en el derecho común del fuero militar y del eclesiástico, el aumento excesivo de monasterios y conventos y los abusos de la Inquisición, fueron objeto predilecto y constante de las peticiones de las Cortes, que iban variando de carácter y haciéndose más exigentes á medida que aumentaba el mal. Limitábanse primero á pedir que se redujera el ejército y se le pagara puntualmente; pero en 1560 solicitaron que las justicias ordinarias pudieran castigar por sí solas á los soldados delincuentes en delitos contra paisanos, no valiéndoles el fuero militar; y poco despues, en 1567, agregaban ya á esta petición, que ponía en evidencia la inmoralidad, otra que indicaba la ignorancia militar y demostraba la necesidad de corregir las causas que estimulaban los sentimientos de ferocidad en el pueblo español. En efecto, aquellas sabias Cortes pidieron al rey la supresion de las corridas de toros y la creación en su lugar de ejercicios militares donde la juventud aprendiera la táctica y se fortaleciera para el servicio de las armas, sin recibir lecciones de crueldad.

Apenas hubo Cortes desde los tiempos de los Reyes Católicos que no pidieran la unificación del código, tantas veces prometida por los reyes, y no realizada aún en nuestros días, la independencia de los jueces y magistrados y la extensión é inviolabilidad de sus atribuciones enfrente de los continuos abusos del clero y de la Inquisición, así como su competencia para entender en muchos asuntos eclesiásticos que se relacionaban con el gobierno, con la administración pública ó con la hacienda, tendiendo á que

Digitized by Google

la justicia ordinaria interviniera en todos los hechos externos.

También en este punto las Cortes pasaron del consejo á la petición, de la petición á la agresión, y en 1563, renovando las peticiones, que tendían á dar independencia y dignidad á los magistrados, comparaban el miserable sueldo de 400 ducados que éstos tenían con lo que gastaba el rey.

Los abusos de los monasterios y la desamortización eclesiástica fueron objeto de las peticiones de nuestras Cortes incesantemente desde los Reyes Católicos, en tales términos que hoy mismo, con la libertad de nuestros días, ni en la prensa, ni en la tribuna podría decirse sin causar escándalo lo que decían y lo que proponían aquellos dignos procuradores.

Otro punto de los que ocuparon principalmente á las Cortes fué el lujo, exigiendo medidas represivas contra su abuso. Y preciso nos es decir que no estamos conformes con la exagerada opinión de algunos escritores modernos que, aplicando las ideas económicas de nuestro siglo á aquellos tiempos, censuran duramente la ignorancia de las Cortes. Sería hoy un grave mal proscribir el lujo en esta nivelación social á que hemos llegado, y cuando verdaderamente no existe en ninguna de las naciones modernas lo que entonces se combatía en las peticiones de las Cortes y en las leyes suntuarias. Había en aquel tiempo una desigualdad social inmensa: los funcionarios públicos más respetables, los representantes de las letras, de las ciencias, de las artes y los de la patria en el extranjero vivían pobre y modestísimamente haciendo un tristísimo papel, comparado con la noble categoría ó elevada altura de su estado ó de su profesión. Las Cortes, representación de todo el país, no podían tolerar el misero sueldo de un magistrado, que casi le obligaba á vivir con la pobreza de un villano, ni que los embajadores de España mejor dotados, que eran los de Alemania, tuvieran á lo más cinco

Digitized by Google

ducados de sueldo al día, é hiciesen al lado de los ricos y magnates con quienes trataban el papel de pordioseros, teniendo que gastar las ropillas llenas de zurcidos y aun con algún que otro remiendo.

Esto afectaba á la honra de la patria, á la honra del pueblo, á la honra de las letras y las ciencias, é imposibilitaba á veces que uno de aquellos hábiles y sabios diplomáticos que no fueran más que doctores ó licenciados pudiesen reemplazar á los grandes ó títulos en las embajadas. No era posible tolerar que ante el fausto ostentoso de la Inquisición se colocase un magistrado viviendo con la modestia de un alguacil del Santo Oficio, ni que la embajada de Roma, cuando prestaba tan inmensos servicios al Gran Capitán, se compusiera del embajador Jerónimo de Vich y el secretario Antonio Serón, con cuatro ducados de sueldo el primero y uno el segundo, ni que un Diego de Avila fuese embajador en Milán con cuatro ducados.

Las Cortes no rechazaban la modestia de la vida, que alguna vez nos hacía muy superiores en virtud y en respetabilidad á los extranjeros; pero se lamentaban de la comparación con quien «valía mucho menos y tenía mucho más».

Por otra parte, aquel no era el lujo moderno, que se limita á satisfacer las necesidades de la vida con toda comodidad y á vivir halagando los sentidos con los placeres y refinamientos del arte y la industria. Era un lujo bárbaro, que consistía en derrochar el dinero sin beneficio para nadie y en privar al modesto ciudadano de los medios de trato y aun de vida, favoreciendo una desigualdad social que siempre condenaron nuestras Cortes. Consistía aquel lujo en unas comidas, cuyo número de platos llegaba á treinta y cuarenta, en un vestuario cuyo número de prendas no posee el más fastuoso de nuestros elegantes, en un abuso del oro, de la plata y de las piedras que llegaba á lo ridículo, en una distracción del capital en estos objetos, mientras las demás atenciones de la vida, la

Digitized by Google

circulación del dinero y su aplicación á objetos útiles, yacían completamente abandonadas, ó devoradas por la usura.

En nuestros tiempos el sencillo frac nivela todas las clases sociales en los actos de mayor solemnidad; las necesidades y aun comodidades de la vida se satisfacen con cierta igualdad; y estamos seguros de que si hoy pudieran existir estos gravísimos males, si el pobre no pudiera caminar en tren de vapór como el rico, si un ostentoso coche tirado por seis caballos insultase la miseria del que caminara á pie sin el recurso del tranvía y del coche de alquiler, los mismos economistas que tan duramente culpan á nuestras Cortes, apelarían en nombre de la dignidad del ciudadano, en nombre del comercio, en nombre de la vida pública á los mismos remedios que acudieron nuestros procuradores, así como los pueblos y los parlamentos de otras naciones.

Sería tarea muy larga, porque habría que reproducir casi todas las actas de las Cortes, enumerar las peticiones en que demostraron su sabiduría, su previsión y algunas veces su instinto profético, adelantándose en mucho tiempo á todas las naciones de Europa.

Conocieron todos los males de la afición á los estudios teóricos, males que hoy todavía estamos lamentando; se condolieron muchas veces de la falta de ingenieros y del excesivo número de doctores y licenciados, y en 1534 pidieron que se limitase este número y que sólo gozaran de privilegios los graduados por examen rigoroso en Salamanca, Valladolid y Bolonia; petición que fué acordada por el rey en 1535, añadiendo á estas universidades la de Alcalá, pero que no llegó á tener cumplimiento.

Conocieron desde mediados del siglo XV la necesidad de la unificación del sistema de pesas y medidas, pidiéndola constantemente, hasta que accedió el rey en 1534. Pero como casi todas las demás peticiones, tampoco se llevó á cabo esta reforma por el poder ejecutivo, ni se logró una

Digitized by Google

ley sobre este punto hasta 1850; conocieron que era un gravísimo mal el excesivo número de fiestas que fomentaban la holganza y perjudicaban á la riqueza pública; y no siendo atendidas, en 1528, pidieron terminantemente, no ya en general, sino concretamente, que «por cuanto por la esterilidad de la tierra y pobreza de la gente común la observancia de las fiestas era muy dañosa al reino, por ende suplicaban se absolviera de la observancia de las fiestas, así votibas como en otra manera, mandadas guardar; exceptuados domingos, pascuas, día de Nuestro Señor, de Nuestra Señora, doce Apóstoles y San Juan Bautista».

En asuntos de no tan general importancia, pero de gran interés para el país, pidieron que se fomentase la cría caballar (1570); que para evitar que los caminantes errasen los caminos ó se perdiesen y extraviasen, se pusiese en la salida de cada pueblo y en todas las uniones y juntas de los caminos señales ó planchas de plomo en que se indicara la parte á que guiaba cada camino (1); que se reformaran las leyes del descubrimiento, propiedad y explotación de las minas; que se activase la estadística general comenzada (2); que se pagase puntualmente en los pueblos todo gasto ó servicio hecho por el ejército.

---

(1) Cortes de 1573, petición 53.

(2) Ante las repetidas peticiones de las Cortes para que se formase una buena y general estadística, Felipe II mandó hacer la descripción del reino, que había de abrazar los puntos siguientes: 1.°, el nombre de cada pueblo, su etimología y nombres antiguos; 2.°, número de casas y de vecinos, y causas de su aumento ó disminución; 3.°, antigüedad, fundación é historia del pueblo; 4.°, sus títulos y jurisdicción y votos en Cortes; 5.°, la provincia y reino á que pertenece; 6.°, distancia á la frontera, puerto ó aduana; 7.°, su escudo ó armas y su origen; 8.°, pertenencia del pueblo y su origen; 9.°, chancillería á que pertenece, y á qué distancia de ella se encuentra; 10, corregimiento ó alcaldía á que pertenece, y á qué distancia está de ella; 11, arzobispado ó abadía á que pertenece y su distancia á la cabecera; 12, si pertenece á alguna orden; 13, distancia al primer pueblo al Oriente y clase de camino; 14, distancia al

Digitized by Google

Al mismo tiempo cuidaban las Cortes de establecer una buena y ordenada organización política, pidiendo el deslinde de las atribuciones gubernativas y judiciales, la limitación de la jurisdicción eclesiástica, la prohibición de que los regidores se ejercitaran en oficios mecánicos, tratos y granjerías con que se desautorizaban, y la incompatibilidad del cargo de procurador en las Cortes con toda remuneración, privilegio ú oficio dado por el rey.

Pero entre este gran número de peticiones, cuya sola indicación ocuparía mucho espacio, debemos fijarnos en dos importantísimas, que demuestran el buen juicio de aquellos varones. Una se refería á la reforma de que los procuradores en vez de cobrar estipendios solamente de las ciudades que tenían voto en Cortes, fuesen remunerados por toda la provincia cuyos intereses representaban en el reino (1576), anticipándose de este modo á la idea

---

primer pueblo, al Mediodía y clase de camino; 15, distancia al primer pueblo al Occidente, y clase de camino; 16, distancia al primer pueblo al Norte y clase de camino; 17, calidad de la tierra; 18, montes y casa del pueblo; 19, dirección de los montes; 20, ríos que pasan por el pueblo ó la distancia á que corren, huertas, puentes y barcas; 21, fuentes y manantiales; 22, pastos; 23, labranza y ganados; 24, minas y canteras; 25, en los pueblos marítimos la distancia de la costa, su descripción y pescados que se cogen; 26, puertos, bahías, desembarcaderos, entradas, etc.; 27, fortalezas, muelles y atarazanas; 28, situación militar del pueblo; 29, castillos, torres y fortalezas de su jurisdicción; 30, clase de edificios y materiales de que se componen; 31, edificios notables, ruinas, lápidas, epitafios, etc.; 32, sitios históricos notables y hechos memorables acaecidos en su jurisdicción; 33, personas notables que vivan ó hayan vivido ó nacido en el pueblo; 34, casas solariegas; 35, modo de vivir general; 36, justicias eclesiásticas y seglares; 37, privilegios y franquezas; 38, iglesias, prebendas, canongías y dignidades; 39, fundaciones, capellanías, obras pías, etc.; 40, reliquias y hechos notables religiosos; 41, fiestas especiales del pueblo; 42, monasterios, conventos y número de religiosos; 43, despoblados, dehesas, etc.; 44, relación de las demás cosas notables no comprendidas en esta nota.

Este trabajo tan importante se comenzó, pero la falta de recursos y el descuido del monarca hicieron que no se terminara, y por desgracia lo que había escrito se quemó en el incendio del Escorial.

Digitized by Google

de representación nacional, y tendiendo á sentar los fundamentos de lo que hoy se llama régimen representativo, que no está cimentado en unas Cortes, producto del privilegio de ciudades, villas, clases ó corporaciones del Estado, sino en la igual representación de las provincias y de los ciudadanos.

La segunda petición á que nos hemos referido tendía al mismo propósito. Las ideas absorbentes de Felipe II, admirablemente servidas por su incansable actividad, le hacían descender á examinar por sí mismo el despacho de casi todos los negocios, á ver todos los papeles y consultas y á informar y decidir sobre los más pequeños asuntos. Las Cortes de 1588, conociendo muy bien los inconvenientes de este gobierno puramente personal, le pidieron que no se ocupase de tantas cosas, que remitiese á los consejos, tribunales y autoridades competentes estos asuntos y los papeles que de ello tuviera, conservando sólo la dirección de los altos negocios de Estado. Era tan justa esta petición, que Felipe II no pudo contestar, sino que lo agradecía y proveería en ello, lo que nunca hizo.

En el siglo XVII las Cortes todavía indicaron al rey sabias medidas que hubiesen podido evitar tantos males, ó por lo menos disminuirlos; pero carecían de aquella energía y virilidad que dieron fama á nuestros antiguos procuradores; de modo que no sólo cedieron ante las pretensiones del monarca, sino que sufrieron humildemente sus reprensiones y aun sus insultos.

Para terminar este punto haremos una observación, que puede servir al mismo tiempo de respuesta á una pregunta que más ó menos claramente han hecho algunos extranjeros y aun algunos escritores españoles.

Los que han estudiado nuestra literatura, los que se han fijado en estas constantes y luminosas protestas, los que han consignado que hubo siempre en España quien de modo tan previsor y patriótico conoció los males que aquejaban á la patria y propuso su remedio, apenas con-

Digitized by Google

ciben cómo aquellas quejas no tuvieron eco y no se impusieron de un modo eficaz.

Para comprender bien esta justa duda, es preciso recordar lo que hemos dicho al hablar en general de las causas de la decadencia. Eran muchas, estaban unidas indisolublemente y su suma formaba un conjunto incontrastable.

Por otra parte, tuvo España la desgracia de que aquel cáncer que empezó á devorarla con la ambición de Carlos V fuera envuelto y oscurecido con glorias y triunfos que provenían de los elementos acumulados por los Reyes Católicos y que exaltaban los sentimientos de una raza meridional, impresionable y entusiasta. El examen y el dolor de los males internos se ocultaba ante el patriotismo para sostener aquellas guerras incesantes y ante los triunfos que conseguían nuestras armas. Y buena prueba de ello es que todas las razones alegadas entonces por los reyes y sus consejeros para defender su conducta, así como todas las que han presentado después los defensores de aquellos tiempos, están fundadas exclusivamente en aquella gloria tan funesta y tan cara.

Además el conjunto de los males era tan grande, que nada podía contra él una serie de opiniones aisladas. Mariana y algún otro jesuita luchaban solos contra el poder de la compañía de Jesús; algún prelado perseguido inicuamente se veía solo contra la Inquisición; los militares que protestaban iban, sin embargo, á la guerra llevados por el deber y el sentimiento del honor; algún fraile, que conocía y denunciaba los vicios de los conventos, se veía débil ante toda una comunidad.

La organización viciosa del Estado en general tenía su apoyo en todas aquellas fuerzas, que nacían precisamente de los mismos vicios, sin los cuales no hubieran podido existir ni el absolutismo, ni la Inquisición, ni la teocracia, ni ninguna de estas grandes fuerzas que constituían el núcleo de aquella sociedad; fuerzas que se auxilia-

Digitized by Google

ban mutuamente por una especie de instinto de conservación, y que fueron estrechando su afinidad hasta formar una espesa red en que quedaron envueltas las Cortes, la justicia ordinaria y aquellos hombres superiores que en los diversos ramos de la vida pública luchaban en nombre de la patria y del porvenir.

En aquel mismo siglo XVII hubo hombres eminentes que explicaron con toda claridad esta ineficacia del esfuerzo aislado. Entre varios documentos que podríamos citar, elegimos las palabras del doctor D. Gaspar Caldera de Heredia, que escribió en 1650 un libro notabilísimo dando consejos á sus hijos, y en el cual con la mesura de un padre y de un patriota que no quiere ni deshonrar á su patria ni exponerse á grandes censuras, pero que pone todo su sentimiento en sus palabras, decía: «Bien sé que este no es mi siglo; pero escribo en él, porque no alcancé otro mejor, lo que también ha sucedido á otros ingenios más relevantes que el mío: con que nos consolaremos cuando nos falte el primor del aplauso con nuestro deseo del útil público..... No todos los siglos son á propósito para las eminencias en el arte ó ciencia que cada uno profesa, y hasta las eminencias son al uso. *¡Infelices los sujetos grandes que nacen en las monarquías cadentes, porque ó no son empleados ó no pueden resistir al peso de sus ruinas, y envueltos en ellas caen miserablemente sin crédito, ni opinión!.....* Esto no es en mí desengaños, desvanecimiento y presunción de relevante ingenio; temor, sí, de un siglo todo entregado á delicias, y en que todo lo serio parece impertinente.»

Digitized by Google

CAPITULO III.

Estado religioso.

El regalismo.—Dictadura de Felipe II.—Sus consecuencias.—Abusos.—Conventos.—Hechizamientos.

La tradicional resistencia de Castilla á las invasiones de Roma y la severa actitud de los Reyes Católicos en este punto, existieron y se movieron dentro de una región determinada, que si bien tenía por fundamento la gran armonía que siempre hubo en España entre la monarquía, la nación y el catolicismo, no pretendieron nunca hacer instrumento á una de estas cosas en beneficio de otra.

Los Reyes Católicos no fueron más allá de la independencia del poder civil, de la defensa de la justicia en la distribución de beneficios por la corte de Roma y de los derechos del episcopado español, admitiendo la Inquisición con ciertas restricciones y simplemente como tribunal de la fe. Carlos V pretendió hacer el papel de protector del catolicismo y del pontificado, sujetando en sus ambiciones el poder temporal; pero Felipe II, dando un nuevo carácter á las cuestiones con el pontífice romano, quiso ser el dictador del catolicismo, hizo de la Inquisición un arma política y llegó al extremo de defenderla contra los papas, que alguna vez conocieron y trataron de remediar los males de este tribunal, como sucedió en el pontificado de

Digitized by Google

Pio V, cuando los aragoneses y catalanes acudieron al papa quejándose de los abusos de la Inquisición.

Creciendo esta ambición despótico-católica de Felipe II, llegó á querer que se le consultaran las decisiones de la corte romana; que el nuncio fuera español y desempeñara y resolviera gratis los asuntos eclesiásticos relativos á España; y, por último, en las elecciones de papa que hubo durante su reinado, pretendió siempre imponer su voluntad, llegando en la de Gregorio XIV á dictar los nombres de los cardenales entre los cuales había de ser elegido por necesidad el nuevo pontífice.

Ahora bien, ¿cuáles podían ser las consecuencias de esta política religiosa? Un regalismo exagerado, que producía efectos tan distintos y tan perniciosos como el constante menosprecio al papa, la invasión de atribuciones de la Inquisición, el predominio del clero, y su ingerencia, no ya en los grandes asuntos políticos y bajo el punto de vista del patriotismo, como en los siglos anteriores, sino en cuestiones de rivalidad, de competencia, de jurisdicción y siempre contra Roma.

Los historiadores españoles se han fijado poco, por regla general, en las consecuencias de esta política, defendiendo muchos con excesiva pasión el regalismo, sin estudiar ni la imposibilidad absoluta de la existencia del papado con estas condiciones, ni el efecto que había de producir en un pueblo esencialmente católico aquel odio constante entre el rey y los papas. Los escritores extranjeros, ajenos á esta pasión, han juzgado tal vez con más acierto este delicado punto de nuestra historia. Un escritor inglés se pregunta qué habría sido de la política europea si los reyes de Francia y los emperadores de Alemania hubiesen tenido siempre los propósitos de imposición de Felipe II, y el alemán Philippson exclama: «Ni los príncipes protestantes osaron nunca tener iguales pretensiones en sus reinos.»

Materia es esta que, de tratarla especialmente, exigiría

Digitized by Google

escribir muchas páginas; pero, limitándonos á nuestro principal objeto, no podemos menos de preguntar también: ¿Qué efecto causaron aquellas cuestiones con Roma de que hemos hablado en el capítulo X del tomo primero, bajo cierto punto de vista?

El escándalo de las conciencias timoratas y de los hombres sencillos ante aquellos insultos al pontífice y á su corte, ante los saqueos de Roma, ante aquellas horribles amenazas y ante aquellas excomuniones, que llegaron en tiempo de Paulo IV á llamar á Felipe II «hijo de iniquidad, sucesor del llamado emperador Carlos, rival y aventajado suyo en infamia (1)»; este escándalo, decimos, sólo podía curarse ó más bien contrarrestarse con un orden de abusos de fatales consecuencias.

El rey, como hemos dicho, tuvo que halagar á la Inquisición, halagar al episcopado, halagar al clero hasta el punto de ver deprimida la jurisdicción real, favorecer sólo á los que defendían su regalismo y premiarlos como agentes políticos en las cuestiones religiosas. Así favorecía á la Inquisición contra los obispos, autorizando aquellas tristísimas persecuciones contra los prelados; favorecía á los obispos contra los jueces ordinarios; á los cabildos contra los obispos, dando origen á aquellas gravísimas cuestiones sobre el derecho de visita, siempre en contra de Roma; favorecía á los frailes astutos y á las ordenes poderosas contra el clero regular, creando una situación dificilísima de juzgar, porque todos llegaron á tener razón; de tal modo que aun los escritores menos papistas se conduelen de la pena con que Paulo IV decía «que él quería ser papa en Roma, dejando á Felipe ser rey en España, y que jamás había sido éste tan maltratado por Roma

(1) Ac iniquitatis filius, Philippus ab Austria, ejusdem Caroli imperatoris natus, pro Rege Hispaniarum se gerens, vestigia paterna insequendo et tanquam cum eo de iniquitate contendens et eum superare satagens, etc.

Digitized by Google

como él por España», y dan la razón á Sixto V cuando decía que su deber era poner la religión sobre las cuestiones con España.

Por estos caminos aquella digna y justa altivez de los españoles ante Roma, aquella nobilísima pretensión de limitar las ambiciones temporales de los papas y de mirar piadosamente por las buenas costumbres, vino á convertirse en la absurda pretensión de mandar en Roma y en el pontífice, sometiéndose, sin embargo, á una teocracia que con razón ha sido comparada á una llaga cancerosa que invadió toda España.

Todo esto creó un estado religioso difícil de comprender, si no se examinan bien sus antecedentes. La lucha personal con los papas pasó desde las enérgicas pero dignas protestas de Gonzalo de Córdova ante Alejandro VI, á los horribles saqueos de Roma y á las amenazas soberbias é indignas alguna vez de Felipe II, al mismo tiempo que por una necesidad, inevitable consecuencia de aquella política como hemos dicho, se acrecentaba el poder de la Inquisición y se entablaba en España una lucha de competencia, no ya respecto del riguroso cumplimiento de las virtudes cristianas, sino de obediencia sumisa ó violenta á jurisdicciones determinadas que, aunque fuesen rivales entre sí, tendían á un mismo fin.

Así día por día fué perdiéndose aquella robusta y sincera fe de nuestra época de grandeza, que vivía en corazones templados para todos los grandes sentimientos, y llegó á predominar el culto sobre la religión, la hipocresía sobre la virtud, la exterioridad devota sobre la pureza de la vida; se relajó la disciplina eclesiástica buscando el predominio y el triunfo por medios profanos; se hizo el convento un refugio contra otras invasiones para convertirse en asilo de holgazanes, y España se entregó á la superstición, á las preocupaciones, á las mojigaterías que llegaron hasta el mismo trono, teniéndose por hechizado el último rey de aquella desgraciada dinastía, y convir-

Digitized by Google

tiéndose aquellos valerosos españoles en unos seres harapposos, sin derecho alguno, solicitando la comida en la puerta de un convento.

A aquella sobriedad que nuestros grandes teólogos de la escuela de fray Luis de Granada y fray Luis de León recomendaban en la práctica de la confesión y en general de la penitencia, sucedió un abuso que trajo la inmoralidad á las familias y á los individuos, anteponiendo el trato con el confesor y las prácticas devotas á todos los demás deberes de la vida, sin comprender, como habían comprendido aquellos grandes varones, que la frecuencia excesiva de este augusto sacramento, dado el carácter del corazón humano, conduce inevitablemente á perderle el respeto y á creer que la mancha del pecado en el alma no dura más que las horas que median entre una y otra confesión, y que por tanto es breve el tiempo de temor, contando con un confesor complaciente ó de aquellos que se llamaban «de manga ancha». Fenómeno que por sí sólo basta para explicar cómo coexistían la relajación de la vida, los vicios más arraigados y aun los crímenes, con la frecuencia de la confesión y el consejero eclesiástico ó el director de la conciencia al lado.

Un respetable escritor ha dicho acerca de este punto las siguientes frases, que creemos dignas de fijar la atención de los hombres pensadores: «La vida inmoral de Felipe IV y otros reyes y potentados, frecuentando el sacramento de la penitencia y oyendo diariamente á los directores espirituales, demuestra cuando menos un desprecio á sus consejos, á sus exhortaciones, á sus palabras de autoridad que no indican nada bueno acerca del respeto á la religión y á sus más augustos dogmas y sacramentos, dado que no es posible admitir la tolerancia en el consejero espiritual sin suponer al clero en un estado imposible á todas luces.»

Desnaturalizado de este modo el prudentísimo y sapientísimo precepto de la Iglesia, que no exige que se acu-

Digitized by Google

da al santo tribunal de la penitencia más que una vez al año en las circunstancias normales de la vida, se hicieron el confesor, el tribunal y la religión cómplices y escudos de todos los vicios, naciendo de aquí los escándalos en los conventos y la corrupción en el confesionario, sin que bastara á extinguir tan graves males la dureza y aun la crueldad con que la Inquisición los condenaba, como puede verse en sus célebres causas, cuya publicación sería hoy un motivo de escándalo inaudito.

El rumor público, que en la vida de las naciones es preciso escuchar como juicio de la opinión, como medio de que el vulgo se vale para emitir sus sentimientos y sus creencias, como sombra y reflejo de algo oculto, de algo que existe, aunque no sea detalladamente conocido; el rumor público, que jamás se había atrevido á culpar ni á Fernando el Católico, ni á Carlos V, ni á Mendoza, ni á Cisneros, ni al mismo feroz Torquemada, de inmoralidades repugnantes cometidas al amparo de la religión, acusaba á Felipe IV, á los inquisidores y á los obispos, de provocar y mantener la depravación de costumbres en el claustro, de escenas torpes en los conventos de monjas, y á Carlos II de misterios supersticiosos en el secreto de la celda.

De aquella época datan los milagros más ridículos (1), las tradiciones y leyendas de aventuras deshonestas, amorosas la mayor parte, de los conventos, las anécdotas, cuentos y chascarrillos de cierto carácter, debiendo notarse la diferencia radical que existe entre ellos y los de épocas anteriores, en cuyo fondo dominaba casi siempre la

(1) Parece increíble el número de milagros que nacieron en esta época con relación á épocas pasadas. Casi todo el siglo se escribieron obras sobre la aparición milagrosa de la Virgen de Guadalupe, punto debatido brillantemente por el académico de la Historia D. Juan Bautista Muñoz, hasta demostrar que la tal aparición fué inventada en este siglo, sin que hubiere dato alguno sobre ella en el anterior.

Digitized by Google

violencia ejercida desde fuera y la virtud ó el inmediato y puro arrepentimiento desde dentro, hasta el punto de perderse la idea de aquel antiguo convento, asilo sagrado de la mujer ante los peligros del mundo, refugio del hombre desengañado en las batallas de la vida, remedio contra el suicidio, plantel de generosas virtudes y de elevadísimos pensamientos, para convertirse en lugar de holganza, de comodidad, de intrigas y de todo género de vicios.

La confusión de lo religioso y lo profano llegó á un punto que lindaba con lo impío, con lo ridículo y con lo bufo. Para asentar las primeras piedras del Escorial hubo una cabalgata ó mascarada indigna y repugnante; en los mismos solemnes y terroríficos autos de fe se hacian extremos propios de una mojiganga, así como en las procesiones y funciones religiosas (1).

El número de frailes y de conventos llegó á una cifra tan excesiva, que se asombraban los mismos sacerdotes ilustrados. Gonzalez Dávila exclamaba: «Sacerdote soy; pero confieso que somos más de los que son menester..... En este año que iba escribiendo esta historia tenían las órdenes de Santo Domingo y San Francisco en España treinta y dos mil religiosos, y los obispados de Calahorra y Pamplona veinticuatro mil clérigos. ¿Pues qué tendrán las demás religiones y los demás obispados?»

A este número excesivo del clero, que por sí solo era un grave mal, hay que añadir la descripción que de sus costumbres hacían casi diariamente multitud de escritos, pintando á los frailes como hombres groseros, llenos de vicios, como cobardes que huían del servicio militar y holgazanes que huían del trabajo, y proponiendo que el rey formase un ejército con la gente de los conventos y «se conseguiría á lo menos que, si no lograban victorias, por-

(1) Véase el capítulo sobre las costumbres.

Digitized by Google

que no eran para ello, ganasen el cielo peleando con los herejes y dejasen á la tierra en paz y con mantenimiento para los demás (1).

Felipe II con su carácter duro, con la fuerza de su genio, con los recursos heredados, pudo sostener aquel ruinoso y falso equilibrio entre el poder real y la teocracia; pero sus sucesores, sin aquella fuerza personal, no pudieron conservar más que la devoción, sometida ya á la influencia de los elementos clericales que había protegido Felipe.

---

(1) En el largo reinado de los Reyes Católicos se crearon en Madrid tres conventos, que fueron: el de la Concepción Jerónima (1504), el de la Concepción Francisca (1511) y el de Santa Catalina (1510).

Durante el reinado de Carlos V se crearon cinco: el de Atocha, de dominicos (1528), el de los monjas bernardas ó de Vallecas (1535), el de los hospitalarios ó San Juan de Dios, el de los agustinos de San Felipe el Real (1547) y el de las monjas descalzas reales en 1557.

Durante el reinado de Felipe II se crearon diez y siete, que fueron: el de los jesuitas, en San Isidro (1560), el de las monjas agustinas, la Magdalena (1560), el de los mínimos en la Victoria (1561), el de la Trinidad (1562), el de la Merced (1564), el de los Angeles (1564), el de San Bernardino (1570), el del Carmen Calzado (1570), el de Santo Tomás (1583), el Carmen Descalzo (1586), el de Santa Ana (1586), el de las monjas bernardas ó de Pinto (1588), el de Santa Isabel (1589), el de Doña María de Aragón (1590), el de los agustinos recoletos (1595), el del Espíritu Santo (1594), el de San Bernardo (1596).

En el breve reinado de Felipe III se crearon catorce: el Noviciado (1602), el Caballero de Gracia (1603), San Gil (1606), Santa Bárbara (1606), Jesús (1606), La Carbonera (1607), San Basilio (1608), Capuchinos del Prado (1609), Don Juan de Alarcón (1609), Trinitarias descalzas (1609), Mostenses (1611), la Encarnación (1611), el Sacramento (1615), Capuchinas (1617).

En el reinado de Felipe IV diez y siete, que fueron: Comendadoras de Calatrava (1623), San Plácido (1623), Maravillas (1624), el Rosario (1632), Afligidos (1635), La Pasión (1637), San José (1638), Capuchinos de la Paciencia (1639); Porta-Cœli (1643), Agonizantes (1643), Monserrat (1642); San Cayetano (1644), Comendadoras de Santiago (1650), Baronesas (1651), San Felipe Neri (1660), Góngora (1665).

En el reinado de Carlos II, tres, que fueron: San Fernando (1676), San Pascual (1683) y Santa Teresa(1684).

Digitized by Google

La devoción sencilla de Felipe III pasó por la devoción hipócrita y corrompida de Felipe IV para venir á parar á la devoción estúpida de Carlos II, que no fué como han indicado algunos escritores, un defecto personal ni un hecho nuevo y aislado, sino consecuencia necesaria de sus precedentes.

Ya en 1662 se trató de hechizar á Felipe IV y de hacerle representar el mismo papel que á Carlos II. Pero los tiempos no lo permitían aún, y en breves días fueron castigados los impostores.

Mas apoderados del ánimo de Carlos, confesores y frailes indignos comenzaron á representar farsas repugnantes, carteándose con el demonio por medio de varias monjas, que se prestaban á ello y que indicaban cada vez nuevos hechizos y nuevos remedios. De nada bastó que algunos obispos venerables, como el de Oviedo, D. Tomás Reluz, se negara á estas indignidades y supercherías, diciendo que el rey «sólo necesitaba medicina y buenos consejos que fortalecieran su cuerpo y su espíritu»; porque se salvaba la jerarquía eclesiástica tratando directamente con las monjas y con sus vicarios, y enviándoles desde Madrid cartas para que, metiéndoselas en el pecho, acudiera allí el demonio á contestarlas. Llamáronse exorcisadores de toda España y hasta de Alemania; sometióse al rey á todo género de pruebas, con lo cual se persuadía cada día más de que estaba hechizado, y, por último, penetró en palacio una tarde del mes de Septiembre de 1699 una mujer rota, desgreñada y frenética, que se decía poseída del demonio, y llegó hasta el rey llevada en hombros de muchas personas por las galerías de palacio, confirmando al monarca en sus hechizos y tal vez acelerando su muerte.

Apartemos avergonzados la vista de estos escándalos para considerar solamente á lo que había venido á parar la grandiosa política de los Reyes Católicos, y para llamar la atención del lector sobre las consecuencias naturales de

Digitized by Google

aquellos gérmenes que había sembrado Felipe II, y que encontraron un campo á propósito en la funesta educación que recibieron sus hijos y sus nietos.

La gran herencia de los Reyes Católicos fué una riqueza inmensurable que vino á parar á manos desgraciadas: los sucesores de doña Isabel fueron hijos pródigos que abusaron de cuanto les dejó, gastando y triunfando primero, deslumbrando con tales recursos y pagando después con la miseria, con la degradación y hasta con las enfermedades sus locuras y sus extravíos.

Digitized by Google

CAPITULO IV.

La Inquisición.

Resistencia que encontró la Inquisición en España.—Competencias con la jurisdicción ordinaria.—La Inquisición y la ciencia.—Sus abusos en el siglo XVII.—Autos de fe.—Confiscaciones.

La Inquisición, que parece ha contribuído á fijar principalmente el carácter de nuestra nación, según el juicio de los extranjeros, no habría tal vez penetrado en España sin las repetidas instancias de Italia y sin el ejemplo de Alemania.

Se introdujo en Aragón el siglo XIII en tiempo de D. Jaime I, y fué rechazada constantemente en Castilla, no sólo por el espíritu público y por las Cortes, sino por los reyes. Las excitaciones de los inquisidores sicilianos en 1477 y los reiterados consejos, peticiones y aun intrigas del nuncio Nicolao Franco, que se mezclaban á las más profundas cuestiones políticas y encontraron un auxiliar más ó menos interesado en fray Alonso de Ojeda, consiguieron después de muchos esfuerzos y oposiciones la bula de 1478, que creaba la Inquisición en España. Esta bula halló, sin embargo, tales dificultades para su cumplimiento, á pesar de las exigencias de alguna parte del clero, que los primeros inquisidores no fueron nombrados hasta el 17 de Septiembre de 1480, redactándose entonces las primeras instrucciones, que fueron casi copiadas de las que había escrito Eymerich á mediados del siglo XIV.

Digitized by Google

Aunque el tribunal de la Inquisición se presentó halagando el sentimiento nacional de los españoles y su orgullo de raza en contra de los moros y judíos, y como arma política, que había de contribuir á la unidad de la patria, desde el primer momento encontró una resistencia que, comenzando por representaciones y súplicas, concluyó por motines y asesinatos de los inquisidores y sus auxiliares.

Los tribunales, las autoridades y los particulares tuvieron constantes y agrias cuestiones con la Inquisición y acudieron al papa protestando contra aquel tribunal, que comenzaba por perseguir á nuestro mismo clero y á los obispos más virtuosos y queridos del pueblo, como los de Avila y Calahorra (1).

Las perturbaciones públicas contra el odiado tribunal llegaron á ser muy graves, especialmente en Córdoba, donde el inquisidor Lucero, no menos feroz y más inicuo que Torquemada, provocó las iras del pueblo, auxiliado y apoyado por el marqués de Priego, salvándose casi milagrosamente del furor de los amotinados, que rompieron en tumulto las puertas de la Inquisición y penetraron en los calabozos dando libertad á los presos. Ante estos hechos, los reyes suspendieron á todos los inquisidores de Córdoba y Sevilla y á los individuos del Consejo de la Suprema, comisionando para que formaran el oportuno expediente á Garcilaso de la Vega y á Andrea del Burgo, que pusieron de manifiesto crímenes, horrores y crueldades que hoy parecen increíbles.

La misma doña Isabel tuvo que resistir constantemente la invasión de atribuciones, si bien estando aquella institución en su origen y siendo tan grande el poder de los

(1) Apenas murió Doña Isabel, fué perseguido su confesor, el virtuoso Hernando de Talavera, arzobispo de Granada, porque favorecía á los cristianos nuevos. Talavera escribió al rey una carta en que pedía que le manifestasen la acusación "para salir al lobo al encuentro„.

Digitized by Google

Reyes Católicos, fué fácil á éstos triunfar de aquella osadía. En 1501 declararon los Reyes Católicos con toda energía que la Inquisición no podía usar de jurisdicción alguna, empleando las célebres palabras: *todo es nuestro;* y en 1504 les fué preciso oponerse á una nueva invasión con motivo de pretender eximir de la justicia ordinaria á un familiar de la Inquisición, comunicándose al abad de Valladolid una real cédula redactada en severos términos que decía entre otras cosas: «e agora diz que se querían escusar ó salvar diciendo que son vuestros familiares, é somos de ello maravillados, porque allende que derecho no gozan por ser vuestros familiares, no debiades vos favorecerlos.»

En 1535 el emperador tuvo que suspender á la Inquisición en el ejercicio de la jurisdicción temporal, durando esta suspensión diez años, hasta que se la volvió imprudentemente Felipe II.

Desde esta época, si bien los reyes declararon en 1553, 1580, 1582, 1597, 1606, 1608 y 1633 que la jurisdicción temporal era propia de la corona, tales declaraciones, hechas siempre para aquietar los ánimos ante conflictos populares ó ante competencias con los jueces ordinarios, y dictadas á petición de hombres enérgicos ó de los consejos, nacieron muertas, porque el Santo Oficio se había impuesto ya de tal modo, qne no cumplía las órdenes del rey ó buscaba subterfugios para eludir su cumplimiento.

En 1598 la Inquisición, con motivo de cuestiones nacidas en las exequias de Felipe II, excomulgó á la Audiencia, siendo preciso mandar á los inquisidores por cédula de 22 de Septiembre que levantasen las censuras; en 1622, con motivo de haber procedido el corregidor de Toledo contra un carnicero del Santo Oficio porque cometía fraude en la venta, fué encarcelado el alguacil que le prendió y perseguido el corregidor, á quien, después de encerrarle en la cárcel secreta, le hicieron salir, quitado el cabello y barbas, descalzo y desceñido, obligándose á san-

Digitized by Google

tiguarse en presencia de los inquisidores. El rey, ante la agitación de la ciudad, consultó al Consejo de Castilla: este cuerpo contestó en términos fuertes, pintando los abusos de la Inquisición y diciendo entre otras razones: «y es cosa dura que la prisión corporal que aflige al cuerpo no la haga la jurisdicción real en los ministros de la Inquisición, y que ella tenga esta ventaja de afligir, como lo hace, el alma con censuras, la vida con desconsuelos y la honra con demostraciones.»

En 1634 hubo que desterrar á un notario del Santo Oficio de Toledo y apercibir con pena de las temporalidades al inquisidor; pero ya el rey no aprobó esta sentencia del Consejo de Castilla. Poco después, en la ciudad de Córdoba, la Inquisición pretendió salvar á un criado suyo, condenado á muerte por asesino; y aunque el Consejo de Castilla acudió cuatro veces al rey y éste mandó otras cuatro que volviese el reo á la jurisdicción ordinaria, la Inquisición se resistió, y por último, ante la severa actitud del Consejo, facilitó la fuga del criminal.

De este modo fué imponiéndose la Inquisición, hasta que en tiempo de Cárlos II, los mismos perseguidos se negaban á reclamar, á pesar de las excitaciones y consejos de los jueces ordinarios, y se entregaban sumisos á los inquisidores ó huían si les era posible, prefiriendo alguna vez la muerte á ir á las cárceles de la Inquisición. Entre los muchos hechos de este género que podríamos citar, recordaremos, porque consta en consultas dirigidas al rey, el de una pobre mujer de Granada, que, habiendo tenido unas ligeras palabras con un secretario del Santo Oficio, se arrojó por una ventana en 1682 para no ir presa á las cárceles de la Inquisición.

Sería formar un catálogo inmenso de motines, tumultos y rebeliones y de competencias entre las autoridades y tribunales, ir enumerando las manifestaciones populares que hubo contra la Inquisición, ya directamente contra su existencia, sus actos y sus costumbres, ya en favor de an-

Digitized by Google

tiguas libertades y privilegios, como la sublevación de Zaragoza en 1592, porque Antonio Pérez fué llevado á sus cárceles, consiguiendo que fuera sacado de ellas para ser entregado al poder civil.

Sin embargo, muchos documentos, sobre todo los de carácter popular, en que constaba el odio del pueblo á la Inquisición, fueron destruídos por ésta con una constancia inquebrantable, hasta llegar á imponer aquel terror que ha llegado á convertirse en un refrán: «con la Inquisición, chitón».

El mismo cardenal Cisneros, tan respetado en España, no se libró de ser censurado en las populares coplas tituladas *Quejas de Castilla,* en términos que expresan gráficamente la obra de aquel horrible tribunal:

O tú vienes engañado
O piensas que somos bobos
Trayendo por perros, lobos
Que nos matan el ganado.
.....
¿Para qué quieres las tierras
Pues que matas el ganado?

La opinión pública formó también ese juicio terrible de Lucero, de Torquemada, de Pedro Arbués y de otros inquisidores, juicio que ha llegado hasta nuestros días, y que expresa hoy el horror de las generacionos acumulado sobre la memoria de aquellos hombres feroces y crueles, en quienes la historia no ha encontrado motivo alguno de disculpa.

La lucha entablada desde luego contra las costumbres españolas fué tan tenaz, que su solo estudio daría motivo á una obra voluminosa de utilidad inmensa. La Inquisición sostuvo agrias cuestiones con la jurisdicción real; arrebató á las universidades el derecho de censura de los libros, y llegó á inspeccionar su enseñanza; aspiró á ser una especie de tribunal universal que conociera de todo género de crímenes; pretendió ejercer en todas partes la autoridad

Digitized by Google

suprema, descendiendo en este punto hasta mandar que, cuando algún inquisidor fuese al teatro ó á los toros y pidiese agua, se le sirviese con dulce y azucarillo; quiso que la entrada en su tribunal sirviera de indulto y purificación á los criminales ordinarios; consiguió que los productos de las penas impuestas fuesen propiedad del mismo Santo Oficio; llegó á mandar que se impusiese hasta la pena de muerte á los que ofendieran á sus ministros; quiso expurgar la biblioteca del Escorial y prohibir á los reyes que leyeran libros prohibidos; consiguió en 1625 que fueran expulsados de España los ingleses y escoceses, y pidió poco después que, además de los judíos, fueran expulsados también todos los cristianos nuevos; trató de convertir las artes, y especialmente la pintura, en oficios mecánicos; inventó compensaciones para la pérdida que tuvo en sus entradas con la expulsión de los judíos; pensó apoderarse de toda la correspondencia y tener fuero para penetrar en los sitios más reservados, guardando el secreto de sus procesos, no sólo á la autoridad real, sino á la del papa..... y, por último, ideó suplicios completamente nuevos, fuera de la costumbre y de las constituciones, entre ellos el aplicado en Cuenca á Juan Rodríguez, que consistió en suspenderle de las partes genitales y apalearle hasta producirle la muerte (1).

Las personas ilustradas de todas posiciones protestaban con frecuencia contra los autos de fe y pedían su extinción ó suspensión, consiguiendo alguna vez esta última, como sucedió en Sevilla en 9 de Noviembre de 1604 (2).

---

(1) El que quiera comprender toda la crueldad á que en el tormento llegó la Inquisición puede consultar el formulario de don Gonzalo Bravo, hecho á últimos del siglo XVII, en el cual se especifican uno por uno los tormentos, incluso para los quebrados y las embarazadas, y las consultas á los médicos, y se aconsejaba que no se dejase nunca de darle, como hacían algunos inquisidores, por debilidad ó flaqueza del reo.

(2) La Inquisición cuidaba de destruir todos estos documentos

Digitized by Google

Sin embargo, la historia misma de la Inquisición en España demuestra lo adelantado que nuestro país se hallaba en materia de ciencias. Aquel tribunal que despobló algunas provincias, que cometió todo género de abusos y que se ensañó hasta la ferocidad en tantos infelices, no persiguió apenas la ciencia en España, y cuando intentó hacerlo, tuvo que retroceder ante la misma energía de los acusados y la opinión pública. Sirva de ejemplo la denuncia formulada ante la Inquisición por los enemigos de Nebrija, en que este atrevido reformador impuso silencio con frases como estas: «¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? ¿Qué tiránica dominación es ésta que tanto oprime los ingenios?..... No basta, no, que yo cautive mi entendimiento en obsequio de la fe, sino que en materias en que se puede hablar sin ofensa de la piedad cristiana no se me permita publicar lo que estoy viendo. ¿Qué digo yo publicar?..... pero ni aun pensarlo, cuanto menos escribirlo á puerta cerrada y para mí solo. ¡No puede llegar á más la esclavitud!»

Francisco Sánchez, el Brocense, sostenía en sus explicaciones que la Biblia tenía errores de traducción, que él había descubierto examinando el original, y que no había reconocido nunca la autoridad de ningún maestro sólo por ser maestro, sino que ponía en duda cuanto le habían enseñado para irse cerciorando por sí mismo. El fiscal del Santo Oficio dedujo de aquí que cuando el maestro le ha-

---

contra sus ferocidades; sin embargo, se han conservado algunos y se conocen otros por referencia.

Respecto del que hemos citado, escribió una carta Bernardino de Escalante, hermano mayor del Santo Oficio de Sevilla, en que dice: "Ayer ciertos hombres graves de España, debajo del nombre de gente honrada della, compusieron un discurso moderando el ánimo de los estatutos..... y yo escribí contra él y se mandó recoger su tratado..... fuí de opinión, y la dí á D. Fernando de Acevedo (el inquisidor) que tomasen todas las cartas de la estafeta, hoy 9 de Noviembre, y las abriesen, y detuviesen las que menos decentes hablasen deste caso.,

Digitized by Google

bía enseñado las verdades religiosas las había puesto en duda, y como consecuencia fué encarcelado en Valladolid. Declaró que no se había referido á la religión, sino á las ciencias, y se le puso en libertad, muriendo al poco tiempo en casa de su hijo el doctor en medicina Lorenzo Sánchez. Corrió por la universidad la noticia de que la Inquisición pensaba prohibir sus honras fúnebres, y su hijo acudió con un memorial en que da cuenta del escándalo y tumultos que habían producido los estudiantes amotinados contra la Inquisición.

Sin embargo, hemos de hacer una observación, que tal vez sirva para explicar en algún modo la fama de ferocidad que en toda Europa nos dió la Inquisición.

Este tribunal fué ante todo cruel en España, y si, como no podía menos de suceder, dado su poder y la fragilidad de la naturaleza humana, sirvió algunas veces de instrumento para crímenes y de medio para que los individuos del Santo Oficio pudieran satisfacer sus pasiones y sus vicios, preciso es declarar que fué en general el tribunal más puro de su clase en Europa, y tal vez también el más ilustrado, durante el siglo XVI.

Si hubiera continuado con el furor de sus primeros tiempos, después de exterminar la nación se habría exterminado á sí mismo; porque no fué un tribunal corrompido como en otras naciones y especialmente en Italia, ni un medio de aumentar el poder del clero con horribles castigos y no menos horribles imágenes, ni una hipocresía repugnante oculta bajo el hábito del inquisidor, ni un tribunal ignorante que promulgara sentencias de que hoy se burla justamente el sentido común, como fué en Francia. No. En España fué una encarnación de un principio equivocado en caracteres que con facilidad se veían arrastrados al fanatismo y á la intolerancia, y sobre todo á la expresión del odio contra los que nos habían arrebatado la patria por espacio de ocho siglos. La intransigencia y la crueldad de Torquemada asustaron al mismo papa, que

Digitized by Google

dictó varias disposiciones para disminuir hábilmente su poder.

De esta observación ha nacido la opinión de respetables escritores de que España es el país donde debe aprenderse lo que era la Inquisición. Nuestra patria con su poderoso realismo, con su seriedad, con su verdad, con su pureza, con aquellos caracteres inflexibles que ponían siempre el honor y el deber sobre la vida y todas sus comodidades, aplicó sinceramente, dice Mateo Mazzo, los principios de la Inquisición, y demostró en breve tiempo que, aplicados estrictamente, convertirían el mundo en un desierto de cenizas.

La mayoría de nuestros inquisidores en el siglo XVI fueron hombres sinceros, hombres creyentes, que no tomaban á juego ni como instrumento las terribles leyes que habían de cumplir. Por eso no transigían nunca y condenaban lo mismo al pobre y al rico, al obispo y al seglar.

El tiempo, sin embargo, fué aminorando esta enérgica oposición, así por el enervamiento de los caracteres, que produce inevitablemente el absolutismo y la teocracia, como porque la Inquisición no olvidaba ni perdonaba, y perseguía después rudamente á las familias de los que tomaban parte en estas protestas, hasta llegar el caso de tener que elegir entre ser carne ó carnicero. Por otra parte, la protección que la dispensó Felipe II, y el carácter político que tomó en este reinado contribuyó poderosamente á todos sus abusos, y á una ingerencia que hacía imposible la vida en sus manifestaciones públicas y hasta en el seno de la familia y en las relaciones sociales.

Estos abusos llegaron á un punto, que el mismo Carlos II nombró una Junta compuesta de individuos de todos los Consejos para que informase acerca de los excesos del Santo Oficio, la cual emitió su dictamen el 21 de Mayo de 1696 (1).

(1) Formaban esta Junta el marqués de Mancera, el conde de

Digitized by Google

Esta Junta, después de un prolijo y minucioso estudio, puso de manifiesto tal número de abusos, aunque limitándose á la competencia de jurisdicción, que el mismo rey se aterró, y muchos hombres previsores anunciaron que estaba próximo el descrédito de aquella institución. La Junta, exponiendo recuerdos históricos, afirmaba que si Felipe II hubiese comprendido adónde iba á llegar la Inquisición, seguramente no le habría concedido los privilegios que habían dado origen á tan sensibles abusos. Citaba casos de delincuentes que eran protegidos por la Inquisición, sustrayéndose á la justicia común; describía el triste estado de los tribunales, chancillerías y autoridades, perseguidos en cuanto querían hacer cumplir las leyes respecto de favorecidos por los inquisidores; demostraba la imposibilidad de continuar con una organización política, administrativa y judicial que acababa con toda noción de orden, y proponía que se privase de sus privilegios á los inquisidores; que para reprimirlos se emplease la fuerza, y que volviese la jurisdicción temporal que gozaba el Santo Oficio á la corona y á las autoridades competentes.

Entre otras cosas decía esta Junta: «No hay especie de negocio, por ajeno que sea de su instituto y facultades, en que con cualquier flaco motivo no se arroguen el conocimiento. No hay vasallo, por más independiente que sea de su potestad, que no lo trate como á súbdito inmediato. No hay ofensa casual, ni leve descomedimiento contra sus domésticos que no le venguen y castiguen como crimen de religión. No les basta eximir las personas y las haciendas de los oficiales de todas las cargas y contribuciones públicas, pero aun las casas de sus habitaciones quieren que

---

Frigiliana, D. José Soto, D. José de Ledesma, D. Francisco Comes, D. Juan de la Torre, D. Antonio Jurado, D. Diego Iñiguez de Abarca, D. Francisco Camargo, D. Juan de Castro, D. Alonso Rico y el marqués de Castro-Fuerte.

Digitized by Google

gocen la inmunidad de no poderse extraer de ellas ningunos reos. En la forma de sus procedimientos y en el estilo de sus despachos usan y afectan modos con que deprimir la estimación de los jueces reales y ordinarios, y aun la autoridad de los magistrados superiores; y esto no sólo en las materias judiciales y contenciosas, pero en los puntos de gobernación política y económica ostentan esta independencia y desconocen la soberanía.

»Reconoce esta Junta que á las desproporciones ejecutadas por los tribunales del Santo Oficio corresponderían bien resoluciones más vigorosas. Tiene V. M. muy presentes las noticias que de mucho tiempo á esta parte han llegado, y no cesan de las novedades que en todos los dominios de V. M. intentan y ejecutan los inquisidores, y de la trabajosa agitación en que tienen á los ministros reales. ¡Qué inconvenientes no han podido producir los casos de Cartagena de las Indias, Méjico y la Puebla, y los cercanos de Barcelona y Zaragoza si la vigilantísima atención de V. M. no hubiera ocurrido con tempestivas providencias! Y aun no desisten los inquisidores, porque están ya tan acostumbrados á gozar de la tolerancia, que se les ha olvidado la obediencia.»

La Inquisición de Nápoles, establecida con tantas dificultades, no era menos temible, ni estaba menos corrompida que la de España. Basta á nuestro propósito copiar las instrucciones del duque de Medinaceli á su sucesor:

«Pero advertille he que se verá en muchas pesadumbres con las cosas de sus familiares, porque demás que son en muy demasiado número, como la Inquisición procede ordinariamente no *ex abrupto* en los delictos criminales, no se hace jamás justicia dellos, y son los desórdenes y delictos que hacen increíbles, porque en el reino no hay mejor privilegio ni que en más estimen que éste, ni vale tanto ser de corona en Castilla, porque no solamente los que lo alcanzan están libres de venir á la cuerda y de la jurisdicción real, pero pueden traer armas prohibidas, y

Digitized by Google

traen escopetas y escopetones, á cuya causa no hay delicto extraordinario y enorme en que no intervenga familiar de la Inquisición, cosa cierto harto indecente de tan excelente y necesario oficio; están seguros del medio solo que en este reino hay para probarse y castigarse los delictos, que es la cuerda; por lo cual yo he suplicado diversas veces á S. M. que mande hacer la provisión necesaria.

»Hay otro inconveniente deste abuso, y es que en las tierras del reino dan este fuero á los más facultosos dellas, los cuales V. S.ª hallará que comunmente son usureros, y no sólo queriendo ser exemptos de los empréstitos para la corte es de mucho inconveniente en sus necesidades, y cargaría sobre los pobres, y no se podría sacar un real, pero con este favor si antes los desollaban, después los chupan y tienen supeditados de manera que no osan chistar; y son cosas las que hacen que no bastaría un año para escribirlas (1).»

Los autos de fe, que habían sido primero simplemente ejecuciones crueles, pero conformes con el espíritu de los tiempos, con el rigor de las leyes, con la penalidad ordinaria en toda Europa y con cierta necesidad hija de un odio de raza, explicable si no disculpable, fueron en tiempo de los Felipes fiestas públicas con que se celebraban todos los sucesos, guardando los reos y la ejecución de las sentencias para estos casos, gozando, según dice un escritor de la época, los mismos privilegios que las corridas de toros; y llegaron á ser en los tiempos de Cárlos II manifestación pomposa, cruel y ridícula del poder de la Inquisición en aquel gran auto de fe celebrado en la Plaza Mayor de Madrid el 30 de Junio de 1680, que el Santo Oficio creyó iba á inmortalizar el reinado del infeliz Carlos II.

Anuncióse este auto por solemne pregón durante un

(1) El primer auto de fe se celebró el 6 de Enero de 1481 y hubo seis condenados á muerte.

Digitized by Google

mes; acudieron á la corte los inquisidores de toda España; se alistaron como familiares del Santo Oficio ochenta y cinco grandes de España y títulos de Castilla, que la víspera de la función recorrieron las calles haciendo salvas, y colocaron la cruz en el quemadero, donde habían de ser sacrificadas tantas víctimas. Se formó una compañía llamada de *soldados de la fe*, compuesta de 250 hombres, cada uno de los cuales llevó un haz de leña en procesión desde la puerta de Alcalá hasta Palacio, donde se presentaron al rey, que elogió sus armas y lujosos trajes. Allí el duque de Pastrana entregó al capitán de la compañía otro haz de leña, diciendo estas palabras: «S. M. manda que la llevéis en su nombre y sea la primera que se eche al fuego.» Se levantó en la plaza un magnífico teatro, con multitud de escaleras, corredores, balcones, departamentos, tribunas, altares, púlpitos y solio; se colgó toda la plaza con las más ricas y vistosas tapicerías y se cerró con un gran toldo, en cuyas obras se gastó muchísimo dinero, con el objeto de «hacerse temer y venerar el Santo Oficio empleando cuanto pudo discurrir la ostentación de los hombres».

Llegado el día, salió la procesión en que iban ciento veinte reos, todos los tribunales, corporaciones y consejos, y, por último, la familia real. Al llegar á la plaza, el inquisidor general tomó juramento al rey en los siguientes términos: «¿V. M. jura y promete por su fe y palabra real que »como verdadero católico rey, puesto por la mano de Dios, »defenderá con todo su poder la fe católica, que tiene y cree »la Santa Madre Iglesia Apostólica de Roma, y la conser»vación y aumento de ella, y perseguirá, y mandará per»seguir á los herejes y apóstatas contrarios de ella, y que »mandará dar y dará el favor y ayuda necesaria para el »Santo Oficio de la Inquisición y ministros de ella, para »que los herejes, perturbadores de nuestra religión cris»tiana, sean prendidos y castigados conforme á los dere»chos y sacros cánones, sin que haya omisión de parte

Digitized by Google

»de V. M., ni excepción de persona alguna, de cualquier »calidad que sea?» Contestando el rey: «Así lo juro y pro»meto por mi fe y palabra real.» A esto añadió el inquisidor: «Haciéndolo V. M., así como de su gran religión y »cristiandad esperamos, ensalzará nuestro Señor en su »santo servicio á V. M. y todas sus reales acciones, y le »dará tanta salud y larga vida como la cristiandad ha »menester;» palabras que parecen una burla sangrienta de aquel desdichado monarca.

La noche anterior al auto se comunicó á los reos con gran solemnidad y aparato la sentencia, diciendo á cada uno: «Hermano, vuestra causa se ha visto y comunicado »con personas muy doctas de grandes letras y ciencia, y »vuestros delitos son tan graves y de tan mala calidad, »que para castigo y ejemplo de ellos se ha hallado y juz»gado que mañana habéis de morir: preveníos y aperci»bíos; y para que lo podáis hacer como conviene, aquí que»dan dos religiosos.»

Duró aquel auto hasta las nueve de la noche, es decir, doce horas, durante las cuales el rey y la reina comieron dos veces «algunos bodigos», mientras se leían las sentencias y eran condenados los ciento veinte reos que iban con sambenitos y corozas, con velas amarillas en las manos, y algunos con sogas en la garganta y mordazas en la boca.

Aquellos infelices fueron después llevados al magnífico brasero que se había levantado fuera de la puerta de Fuencarral. Era de sesenta pies en cuadro y siete de alto; se subía á él por una escalera de fábrica del ancho de siete pies. Le coronaban los soldados de la fe, que guardaban también la escalera, y «fuéronse ejecutando los suplicios, dando primero garrote á los reducidos, y luego aplicando el fuego á los pertinaces, que fueron quemados vivos con no pocas señales de impaciencia, despecho y desesperación, y echando todos los cadáveres en el fuego; los verdugos le fomentaron con la leña hasta acabarlos de con-

Digitized by Google

vertir en ceniza, que sería como á las nueve de la mañana».

Entre aquéllos desgraciados hubo algunos que quisieron arrojarse al fuego, deseando morir cuanto antes; pero fueron contenidos para que «no hiciesen gala de un desprecio de la vida que había de ser penado con la condenación eterna». Entre ellos también hubo algunas infelices niñas de quince y diez y seis años que, aterradas ante aquel horrible espectáculo, lanzaban ayes lastimeros, que eran tenidos «por gritos de condenados».

Nos hemos detenido algún tanto en la descripción de este auto, cuidadosamente narrado por el familiar José del Olmo, porque puede servir para dar á conocer, no sólo el poderío de la Inquisición, sino el conjunto de errores, de monstruosidades, de perversiones del sentimiento y de las ideas á que se llegó en aquellos desdichados tiempos. ¡Y parecerá increíble que tres meses después se celebrara un nuevo auto, y que diez años más tarde las revelaciones de una monja acusaran al rey de ser causa de los males públicos porque descuidaba la celebración de autos de fe!

Las confiscaciones eran seguramente un gran atractivo para que la Inquisición condenara á personas bien acomodadas. Los mismos reos lo conocieron á veces, y entre otros ejemplos podríamos citar el de Baltasar López, coletero de cámara de S. M., que fué acusado de haber ejercido el judaísmo en Bayona de Francia y condenado á garrote en el auto de fe celebrado en Cuenca el 29 de junio de 1654. Por el camino del suplicio iba diciéndole un fraile que diese gracias á Dios que le preparaba el cielo de balde, á lo que replicó: «*¿De balde? Padre, doscientos mil ducados me cuesta en la confiscación, y aun así no está seguro.*»

El mayor número de condenados por la Inquisición en España fué de judaizantes; fenómeno que á primera vista parece extraño y no ha encontrado explicación satisfactoria en algunos escritores, que no comprenden cómo en esta

Digitized by Google

nación, tan cristiana siempre, podía haber tan grande simpatía por los judíos.

La explicación, sin embargo, no es difícil. En ninguna nación de Europa habían merecido los judíos por su ciencia y por su industria el respeto y la consideración que en España. Muchos de nuestros reyes los favorecieron extraordinariamente elevándoles á altos puestos en palacio, en la corte y en la administración pública; los consultaban como médicos y como hacendistas; D. Alfonso el Sabio les encargó el principal trabajo en las Tablas astronómicas y les permitió tener academias y sinagogas, siguiendo las huellas de San Fernando.

El clero no miró nunca con buenos ojos esta protección, y se entregó con frecuencia á predicaciones fanáticas, que ocasionaron tantas inocentes víctimas. Sin embargo, fuera de estas persecuciones, que á veces recorrían la Península como una tormenta desencadenada contra esa pobre raza, la condición general de los judíos en España era muchísimo mejor que en las demás naciones, donde se les sujetaba á leyes, ordenanzas y costumbres tan feroces, tan horribles y tan humillantes, que no hubiera podido concebir siquiera un español.

Aquel respeto á la ciencia hebrea, que en mayor ó menor grado sentían los españoles de alguna ilustración, el trato exento de preocupaciones por nuestra parte, la posesión y el uso de libros judíos, el comercio con ellos, prescindiendo de su religión, el más pequeño elogio á su ciencia, y sobre todo, el dinero que poseían sus herederos ó corresponsales, eran causa bastante para que la Inquisición descargase su furor sobre inocentes que jamás pensaron en judaizar.

En las demás naciones se persiguieron las creencias en brujas, duendes, etc., la astrología, la alquimia, las ideas científicas; pero en España el Santo Oficio rarísima vez penetró en el terreno de la ciencia, porque su misión principal era una especie de expurgo de moros y judíos.

Digitized by Google

Así se explica el extraño fenómeno de que al mismo tiempo que se celebraban aquellos autos de fe, cuyo solo recuerdo atormenta el espíritu y estremece el cuerpo, mientras perecían en el brasero millares de infelices, la Inquisición española tuviera cierta tolerancia con la ciencia, con las ideas más atrevidas y aun con todas aquellas especies heréticas que no se rozaban para nada con el judaísmo ni con los judíos.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO II.

ESTADO SOCIAL.

CAPITULO V.

Desorganización social.

Ruptura de la organización social.—Jurisdicciones, competencias y escándalos.—Testimonios contemporáneos.—Inmoralidad política.—Bandoleros.—Intranquilidad de la vida.

La organización social llegó á resentirse de tal modo en el siglo XVII, que se perdió la noción de la armonía entre los diversos círculos y jurisdicciones que la componen. En aquel naufragio de las justas ideas de los Reyes Católicos cada cuerpo tiró para sí, formando una excepción para vivir á la sombra del fuero, del privilegio y del monopolio, desapareciendo la unidad niveladora que había hecho nacer en breve tiempo Doña Isabel, y creando una época de verdadero feudalismo sólo para el mal, sin ninguna de las ventajas que tenía la organización de la Edad Media.

En ésta los fueros de los pueblos y de las familias eran garantía contra los abusos del señor feudal; los derechos de éste, muralla ante la tendencia absorbente del monarca y las atribuciones á veces arbitrarias del rey, un moderador de la inquietud de los pueblos y de la soberbia de los grandes. Esta organización, que tal vez nadie

Digitized by Google

comprendió mejor que San Fernando en los siglos medios, era por tanto útil para mantener el equilibrio social y político, y fué por consiguiente un gran elemento de bienestar y de progreso, á pesar de los males que entrañaba.

Pero en el siglo XVII, rota la balanza de la justicia y perdida la unidad, se crearon entidades sociales, que sólo vivían arrebatando cuanto era posible al Estado y á la nación. El clero formó un estado presidido por la Inquisición, que arrebató al rey hasta las atribuciones más innatas á la antigua soberanía; los conventos arrebataron las tierras y la riqueza pública, como arrebataban los brazos al servicio del Estado y hasta el aire, la luz y el sol á los vecinos, no permitiendo elevar casas sino de un piso en su derredor. El consejo de guerra se hizo casi independiente y protector de todos los desmanes de los militares; y una y otra clase social, rechazaron como un entrometimiento la justicia civil y criminal, apelando no sólo á su influencia, sino á las armas, á los tumultos, á los ataques á la cárcel y á los representantes de la autoridad, para arrancar de sus manos los reos de los delitos más repugnantes y premiarles con la impunidad y con actos en que iba envuelta una cruel injuria á la administración de justicia y á la misma majestad real (1).

---

(1) Los avisos de Pellicer, las cartas de D. Jerónimo Barrionuevo, las relaciones de sucesos de aquella época y otros muchos documentos auténticos, contienen casi diariamente hechos que demuestran cuanto vamos diciendo.

"Amaneció hecho un garrote en la plaza, para dar garrote á "D. Antonio de Amada..... ordenado de corona y grados y con un "beneficio ó capellanía..... iban los alguaciles con carabinas en los "arzones y las espadas desnudas; metiéronle luego en la plaza, su-"biéndolo tan aprisa al cadalso que unos á otros se atropellaban, "turbándose el verdugo de suerte que dieron lugar..... á que llegase "un obispo de anillo en un coche y cosa de veinte clérigos que, sal-"tando en el tablado, le quitaron la argolla de hierro de la gargan-"ta..... le metieron en el coche y á paso descompuesto y muy largo, "azotando á las mulas, partieron de carrera por la calle de Toledo,

Digitized by Google

Las universidades se emanciparon y rechazaron también la invasión de la autoridad civil, apedreando y haciendo correr por las calles á magistrados, corregidores y alguaciles, y practicaron con frecuencia la célebre fórmula: «Obedézcase y no se cumpla», llegando su osadía á no contestar ni por atención á las más corteses cartas de los reyes.

Los pueblos pugnaban contra todas estas clases y autoridades, y acudían á motines casi diarios en que solían ser muertos los representantes del poder civil, tomándose á veces la justicia por su mano, como hicieron en Málaga y otros puntos: rebelóse Portugal y adquirió su independencia; rebelóse Cataluña y produjo una de las guerras más crueles que registra la historia; rebeláronse Nápoles y Sicilia, y trató Andalucía de hacerse independiente.

Rompióse de tal manera todo vínculo de respeto, que una de las cosas más notables es el análisis de las causas de aquella época, el número de asesinatos en las calles, en los portales y en las casas, las reyertas entre los magnates y sus más ínfimos criados, entre magistrados y alguaciles, entre clérigos, mujeres y soldados. El condestable de Castilla mató á un criado y empleó á los demás contra un alcalde de corte; el marqués de Cañete fué muerto por un lacayo; el cochero del duque de Pastrana pegó á su amo

---

"metiéndole por una puerta falsa de la casa del Cardenal, que le "abrasó en llegando y le sacó bizcochos y vino."

"Ha espantado en la corte, pues al paso que el condestable mató "á su criado y quitó los presos al alcalde de corte, con la insolencia "acostumbrada de señor, permite Dios que otro criado venga á ma-"tar á su ama, y que al quererle justiciar, se le quiten de las manos, "sacándole de ellas, sin tener valor de volverle á la cárcel. 14 de "Agosto de 1654."—(Cartas de D. Jerónimo de Barrionuevo.)

Al ser trasladado el célebre duende de palacio se tramó una conspiración con soldados reformados para librarle de manos de la justicia. Culpóse de este hecho al capitán D. Pedro Barahona, á quien se mandó llevar un pliego cerrado al gobernador de Cartagena, en el cual le mandaba cortarle en el acto la cabeza, no atreviéndose á encausarle en Madrid.

Digitized by Google

y se declaró igual á él, y todos estos crímenes engendraban competencias ruidosas y cuestiones graves entre las autoridades ó entre las clases del Estado.

Muchos escritores, sobre todo jurisconsultos, defendieron la supremacía de la autoridad real y del derecho civil ante esta ruptura de una buena organización, afirmando y comentando aquellas notables palabras del padre Mariana, que con la superioridad de su talento y su patriotismo hizo tantas profecías: «El derecho común es como el camino real, que por hallar en otros senderos barrancos ó despeñaderos, de común consentimiento se tomó por el mejor camino.» Pero cuando la autoridad judicial con sus agentes y su jurisdicción no tenía fuerza para resistir las invasiones de los demás fueros, menos podían tenerla escritos que estaban sometidos á la censura del clero y de la Inquisición, la cual sólo dejaba pasar lo que le favorecía, produciendo alguna vez quejas de los Consejos al rey, porque permitía publicar doctrinas absurdas, respecto del derecho público, en las cuales se desconocía la autoridad real y los derechos de la corona y del pueblo.

El Consejo de Castilla, que en sus peticiones y dictámenes demostró alguna vez ciertas ráfagas de independencia y de gran patriotismo, manifestó también en varias ocasiones las funestas consecuencias de haberse perdido aquel gran pensamiento de los Reyes Católicos de suprimir todas las jurisdicciones, reforma profundísima á que tal vez se debió la gloria de España.

Al mismo tiempo que de esta manera se perdían las ideas de justicia, variaba radicalmente el concepto de las relaciones entre la corona y las Cortes, á las cuales Felipe II había tratado todavía con el mayor respeto, considerándolas como la representación del reino. Felipe IV, que á medida que veía disminuir su poder y su verdadera grandeza, exageraba las más ridículas formas de autoridad, llegó á amenazar á las Cortes de Aragón y Cataluña

Digitized by Google

diciéndoles: «que su deber no era discurrir, sino obedecer ciegamente y que á toda costa quería ser obedecido», mandándoles votar la quinta y el presupuesto (1). Además adoptó una frase desusada para pedir lo que creía necesario, añadiendo siempre á la petición: lo haréis *so pena de traidores*, y prorrumpiendo en exclamaciones indignas de un monarca, lamentándose, cuando algún diputado se oponía en las votaciones, de que no le dieran de puñaladas, y diciendo que merecía garrote el que había votado en contra (2).

Así muchos escritores de aquella época pintan á los procuradores con frases tan duras que llegan al insulto, describiendo su ignorancia, su bajeza, su insensata ambición por cosas miserables, y las humillantes y hasta ridículas peticiones que dirigían al rey, «tan ajenas al bien público como indignas de un representante del pueblo». Entre ellas podremos citar la de un adulador del segundo D. Juan de Austria, que propuso al reino que se pidiese al rey que para honrarle le convidase á su mesa una vez por semana.

Había también procuradores «que en vez de ponerse de acuerdo con las ciudades para pedir en Cortes cosas justas, andaban detrás de los magnates y cortesanos para concertarse con ellos y no pedir sino lo que á sus deseos conviniera». De modo que las Cortes se sometieron en general á los mandatos del rey y de sus consejeros, y cuando

(1) Carta de Felipe IV á las Cortes de Aragón y Barcelona, en 1.° de Mayo de 1626.

(2) Habiéndose opuesto á la votación del servicio en Valencia D. Miguel Cervellón, el rey escribió una carta diciendo: que no tenía vasallos nobles, cuando no le habían dado allí mismo de puñaladas. En las mismas Cortes, el rey aprobó las palabras de su ministro D. Jerónimo de Villanueva, que, al dar cuenta de que D. Francisco Milán había votado en contra, añadió: "Merecía que le dieran garrote.„

Digitized by Google

hacían uso de su iniciativa demostraban más á las claras su estado de postración y aun de ignominia.

Podríamos llenar muchas páginas con citas y documentos de aquella época para dar á conocer el triste estado de la nación. Pero no cansaremos al lector sino con algunas terminantes.

D. Gaspar Caldera, á quien ya hemos citado, describía con su habitual prudencia la situación de España en estos términos: «Ocho siglos de trabajos costó la restauración de España, perdida en ocho meses de inadvertido descuido... Ya se pasó el tiempo del César Carlos V, que premió las armas; de Felipe II el Prudente, que premió las letras; que aunque hoy se premian, es á sólo á los dichosos que los lleva en brazos la fortuna... En la turbación confusa de una monarquía y en la corrupción general de costumbres, que suele acarrear un gran imperio, en cuyos movimientos necesita el que vive entre estos hombres ajustarse á su modo de vida y de costumbres; pena de no hacerlo así, de pasarse á vivir á los desiertos y á ser ciudadano de los montes... Los ingenios muy entregados á la especulación de las ciencias solas, ni son buenos para sí ni para los demás, porque son tardos en el obrar y tímidos en resolver. Las ciencias se dan las manos y hacen un círculo como en el coro de las nueve musas.» Palabras todas que encierran bajo circunspecta forma la censura tal vez más juiciosa y exacta de aquel siglo.

El marqués de Mancera, en 6 de Agosto de 1694, dando su parecer al rey, le decía:

«La gravedad es sin duda superior á cuantas se han tratado desde que el señor rey D. Pelayo empezó á restablecer esta monarquía. La caducidad inevitable de ella ni es oculta á V. M. ni remota. Su impotencia universal en todas partes y miembros se viene á los ojos por falta de cabos, por defecto de habitadores, por inopia de caudal regio y privado, por entera privación de armas, municiones, pertrechos, fortificaciones, artillería, bajeles y, lo que

Digitized by Google

es más, disciplina militar, naval y terrestre; por el universal desmayo, desidia y vergonzoso miedo á que por nuestros pecados se ve reducida la nación, olvidada de su nativo valor y generosidad antigua... No á paso ordinario, á precipitada carrera va despeñándose esta monarquía al abismo de su perdición total.»

Tristísima pintura que completaba Portocarrero diciendo: «Si hubo un tiempo dichoso en que se aseguraba con toda verdad que el sol no se ponía nunca en los dominios del rey de España, llega otro tiempo en que no encontrará resquicio por donde alumbrar un palmo de tierra.

En las Cortes de Aragón, que juraron á Carlos II, un noble no encontró más medio de defender el gobierno del monarca que empleando estas razones: «Ahí está el señor Felipe III, en cuyo tiempo vendieron dos caballos en la plaza de Córdoba para dar de comer á los de sus reales caballerizas. Ahí está el señor Felipe IV, que comía el año que murió la renta que caía cinco años después. Ahí está el señor Felipe II, que perdió los Países Bajos. Ahí está el señor Felipe IV, que perdió á Portugal y Cataluña, y aunque nos armamos contra los enemigos, jamás contra el gobierno, y nuestras armas tomaron el camino de Lérida, pero nunca el de Madrid; y ¿queremos que una menor edad no haga pérdidas ni deshonores?»

La inmoralidad política y administrativa, denunciada por las constantes quejas del pueblo, llegó á ser tan grande que el rey nombró en 12 de Enero de 1622 una Junta llamada de «Reformación de Costumbres», mandando al mismo tiempo que se registraran las haciendas de cuantos habían sido ministros desde el año 1592.

El 12 de Agosto de 1677 se mandó á los Consejos que dieran relación de todo el dinero que se había gastado, de los libramientos expedidos y de su orden y efectos, desde 17 de Septiembre de 1665, ampliando esta orden al ayuntamiento de Madrid, lo cual fué graciosamente calificado de *revolver una piscina*.

Digitized by Google

Así un escritor describía aquel estado con las siguientes palabras:

«Las plazas son golfos de piratas; los tribunales golfos de foragidos; los ministros patronos y defensores de los delitos; sustenta la república á pocos buenos y á muchos malos, y los malos son señores de los buenos. Si os pidieren la capa, soltad el fiador y dejádsela llevar.»

Se hablaba tan descaradamente de la inmoralidad, que D. José Pacheco, encargado de repartir las audiencias, oyó decir cuánto llevaba por cada una, y se vió calificado públicamente de «grandísimo ladrón». Las declaraciones en la sumaria de Valenzuela son verdaderamente escandalosas y demuestran que no se hacía una merced sino por dinero ó regalos: «Estando con D. Juan de Austria el duque de Osuna, entró aire por una ventana y levantó algo los papeles, y para que no los llevase sacó el duque un reloj muy rico de diamantes y lo puso sobre ellos. Viólo su alteza y tomóle en la mano alabándole, y dijo al duque:—¿Es esta de las muchas alhajas que han dado á V. E. porque aquí algunos memoriales éntre V. E.? Y se los mostró y leyó.»

Las órdenes militares, que habían conservado cierta pureza, la perdieron también, haciéndose merced de los hábitos por servicios repugnantes en la corte ó por dinero á los mismos que huían de servir en el ejército; de tal modo que el rey, por decreto de 4 de Septiembre de 1692, tuvo que reconocer el mal y ponerle remedio, prescribiendo que no se propusiera para un hábito á nadie que no hubiera servido en la guerra y tuviera otras condiciones notorias; decreto que al poco tiempo fué violado, vendiéndose un hábito á un arrendador de tabaco, que no pudo tomar posesión porque había sido perseguido por los tribunales.

La degeneración era tan universal que, según dice un escritor, «la corte se componía de grandes sin grandeza, de magnates sin magnanimidad y de nobles sin nobleza»,

Digitized by Google

de los cuales se burlaba el pueblo poniéndoles los motes más grotescos y repugnantes, haciéndoles muecas en la calle, promoviendo constantes tumultos y desatándose en sátiras y cantares que apenas pueden publicarse (1).

Las cuadrillas de ladrones estaban organizadas y cubrían el país: componíanse de soldados viejos, acostumbrados á la guerra, que no hallaban ocupación en la corte y no querían someterse al trabajo; de labradores arruinados; de jóvenes que huían del servicio militar; de perseguidos por la Inquisición ó la justicia, y en general de aquella multitud que en una mala organización política tienen quejas y resentimientos contra los abusos de la autoridad.

Los pueblos protegían á estos bandoleros unas veces por temor y otras por simpatía, pues habiendo entre ellos muchos llevados á esa vida, no por perversidad de corazón sino por causas sociales, solían ejercer actos de ver-

---

(1) Decía uno de estos cantares:

Rey inocente,
Reina traidora,
Pueblo cobarde,
Grandes sin honra.

De esta época es *La gran comedia de la Torre de Babel y confusión de Babilonia, que se representa en Madrid*, cuyos papeles eran: la Majestad Cautiva, el Rey; la Ambición y el Poder, la Reina Regente; la Nobleza ultrajada, la Reina Mariana; la Púrpura y la Ignorancia, el Cardenal; el Todo y la Nada, el Condestable; la Experiencia más inútil, Mancera; el Antecristo en España, el Confesor; la Reunión é Ignorancia, el Consejo de Estado; la Paz octaviana, el de Guerra; la Injusticia solapada, el de Castilla; la Lástima y Compasión, el de Aragón; el Vicio apetecido, el de Flandes; el Vicio ilustrado, el de Italia; la Sinrazón más impía, el de Hacienda; la Gala sin la milicia, el de las Ordenes; la Rapiña más cruel, la Sala de Alcaldes; la Estafa establecida, el de Indias; el Mayor mérito, el Oro; el Robo permitido, el Cordón para el contrabando; el Teatro, el Orbe; la Esperanza del Remedio, la Sucesión; terminando con estas palabras, verdadero resumen de la situación: "La Monarquía acabada y la Comedia también."

Digitized by Google

dadera justicia y protegían la pobreza y aun la inocencia, formándose de este modo la idea de aquel bandido que todavían cantan nuestros romances. Vivían en cuevas ó chozas del campo y otras veces en las mismas poblaciones; trataban de potencia á potencia con las justicias de los pueblos y llegaron muchas veces á poner en peligro hasta la autoridad de los virreyes.

En 1612 había en Cataluña más de diez cuadrillas de estos bandoleros, pasando algunas de cien hombres: en Junio de 1613 dieron muerte al conde de la Bastida y en Enero de 1614 sorprendieron una conducta de dos millones de reales. En Castilla y Andalucía tenían cogidos los caminos reales y se atrevían á descolgar y enterrar piadosamente las cabezas y los miembros de sus compañeros, mandados poner allí por la justicia.

La intranquilidad de la vida llegó á un extremo que contrista y asusta leer día por día los temores que cercaban á todo el mundo. No eran sólo aquellos que se referían á la vida pública, á las guerras, á las grandes calamidades nacionales, y á todo género de desgracias y contratiempos, que dieron origen á supersticiones que recorrieron toda la Península, sino que esta intranquilidad penetraba en la vida doméstica. La inseguridad de todos los destinos, que apenas duraban más de lo que tardaba en gastarse el dinero que habían costado; los destierros, que hubo un período en que fueron diarios; la frecuencia de los asesinatos; el número de espías que indagaban, no ya lo que se hacía, se hablaba y se escribía, sino lo que se pensaba; el temor por la honra de los que la conservaban, producía una vida tristísima, que, mezclada con lo bufo y lo burlesco, era verdaderamente como la definía un escritor: una gran tragicomedia.

La conversación en todas partes, desde palacio á la casa más miserable, no salía de estos términos: amanecía cada día con una nueva de lo malo que había de suceder. Ya era el asesinato de una autoridad ó de un magnate; ya el

Digitized by Google

incendio de palacio ó del teatro del Retiro; ridículas invenciones sobre envenenamientos ó hechizos; anuncios y profecías de muertes de todo género (1); señales milagrosas que se veían en el cielo ó en la tierra; cuentos y anécdotas, que si bien tomaban una forma absurda, llevaban en su fondo la gran verdad del malestar social.

Como consecuencia de todo esto, se tomaban grandes precauciones para la salida de los reyes aun á paseo; el conde duque de Olivares estuvo en casa dos días ante el temor de un pasquín; los anónimos hicieron rodearse de guardias otro día á Valenzuela; D. Juan de Austria fué una tarde desde su casa al Retiro con la espada desnuda, temiendo por su vida; el alcalde Ronquillo llegó á no moverse sino rodeado de alguaciles, y no había día que no se temiera un motín.

(1) Entre estos rumores debemos recordar el de que el duque de Lerma había de morir de unos polvos; el conde duque de Olivares después de una comida; D. Fernando Valenzuela de mano de un pretendiente ó de una mujer y D. Juan de Austria de la de una tapada, que había de darle un carabinazo.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO VI.

Miseria pública.

Origen de la miseria.—Influencia del descubrimiento de América.—La plata.—Olvido de las disposiciones de Doña Isabel.—Medidas absurdas.—La expulsión de los moriscos.—Apuros de los reyes.—Donativos forzosos.—Desaparición de la marina.—El lujo.—Calamidades.

La nación que al advenimiento al trono de los Reyes Católicos estaba consumida, dominada por la miseria y el desorden hasta el punto de que parecía próxima á desaparecer entre unos cuantos magnates ambiciosos, no podía dar de sí en un solo reinado para sostener guerras costosas en casi toda Europa.

El poder y la ostentación de España en Italia y en las demás naciones tenía mucho de ficticio, porque estaba fundado solamente en el valor de sus soldados, en la pericia de sus generales, en una cultura que había de ser aniquilada por los mismos esfuerzos empleados para sostener sus conquistas y en cierto orgullo fanfarrón propio del carácter español.

Faltaba á España la base principal, los medios de producción, la riqueza pública, que venía tan á menos como era necesario después de tantos sacrificios. Nuestra patria se desangraba, se despoblaba, se empobrecía por todas partes hasta venir á ser un cadáver cubierto de oropeles.

Digitized by Google

La expulsión de los judíos y de los moriscos sin haber reemplazado sus brazos en el trabajo, la intolerancia de la Inquisición, que contribuía al aislamiento de España, la emigración á América y las guerras en el extranjero nos privaban de los brazos más útiles y consumían nuestro tesoro.

Así es que, á pesar de las esfuerzos de los Reyes Católicos, que trataron siempre de mejorar el estado social, obrando con cierta prudencia y con su cuenta y razón en las guerras exteriores, la creación de la gran monarquía española con la Casa de Austria, lejos de haberse señalado con un aumento en la riqueza pública, con un estado más floreciente de la industria, con una gran extensión y perfección en el cultivo de los campos y con aquel bienestar que tenían derecho á gozar los españoles después de reconquistar tan heroicamente su patria, nos trajo por el contrario un verdadero retroceso, ó por lo menos un estancamiento en todos los gérmenes de riqueza, originando el tristísimo estado de que más adelante hemos de hablar, y haciendo incomprensible, al juicio de algunos historiadores, aquel bienestar fugaz, que brilló como un relámpago, para ser sustituído por todo género de tinieblas.

El descubrimiento de América, que hubiera debido ser el principio de una era de felicidad y de riqueza, vino á ser con el tiempo causa de muchos males. Doña Isabel, después de procurar que se introdujera en aquella región ante todo la religión y las buenas costumbres, así como el buen trato á los indios, procuró llevar allí los bienes de la civilización europea. En el año 1501, á los nueve del descubrimiento, se cultivaban en América el trigo, el arroz y todas las semillas alimenticias de España; se habían introducido las aves domésticas de nuestro suelo, los ganados lanar, de cerda y cabrío; el buey, el asno, el caballo ayudaban al hombre en las faenas del campo, donde antes trabajaba solo; prosperaba la vegetación de la caña dulce; pagaban ya diezmos el fruto de la viña y del olivo,

Digitized by Google

la seda, el lino, el cáñamo y otras culturas llevadas de la Península.

Pero apenas murió aquella reina, comenzaron todo género de abusos: los repartimientos de indios con el nombre de encomiendas, tan censuradas por los comuneros en 1520, porque convertían á los indios en esclavos; la frecuente emigración de gente aventurera y perdida; la ambición sólo de gloria y de dinero, no contenida por un gobierno previsor, y otras causas, que todos conocen, vinieron á hacer casi estéril el nacimiento de aquel rápido comercio que debía haber sido origen de nuestra riqueza.

Los descubrimientos de Méjico y el Perú inundaron á España de plata y oro, á cuyos metales, por un error crasísimo, se dió tal importancia que durante dos siglos se reprodujeron constantemente las órdenes prohibiendo su extracción; lo que trajo un estancamiento de la riqueza en que al mismo tiempo que había quien, como mosén Malferite, gastaba en su caballo herraduras de plata y clavos de oro, el pueblo se moría de hambre; habiéndole comparado un eminente escritor al rey Midas, que por todas partes tocaba la plata sin tener qué llevar á la boca.

Este error, unido á otras ideas económicas, acarreó, como era de necesidad, la subida de precios de todos los objetos de comercio, contra los cuales no encontró nunca la Casa de Austria más remedio que su conservación en cada pueblo, prohibiendo duramente la extracción no sólo al extranjero sino de provincia á provincia dentro del reino. Derogáronse todas las sabias disposiciones de los Reyes Católicos, y especialmente las de 1480, que establecían la libertad del paso de ganados, mantenimientos y mercaderías.

Nació el contrabando, que es siempre inmoral, costoso al Estado y destructor del orden público, aproximando el contrabandista al bandido, y se hizo un grave daño á la unidad de la vida nacional, pretendiendo que cada comar-

Digitized by Google

ca viviera de lo suyo propio, hiriendo de muerte el comercio.

Como consecuencia de estos males cayeron no sólo en el olvido, sino en el desprecio, las prescripciones de los Reyes Católicos, que tendían á crear una organización completamente distinta. Así es que las ideas de desamortización, de circulación de los capitales, de nivelación del comercio, de igualdad de legislación, de franquicias y de pesos y medidas llegaron á ser incomprensibles y á verse duramente combatidas, aumentando todos los males públicos los remedios que ideaba el gobierno.

Por otra parte, al mismo tiempo que se cerraba la puerta á la extracción se cerraba también á todos los extranjeros, y, por tanto, á las mercaderías y á la ilustración que con ellos venían, llegando este extremo hasta el punto de que causaba espanto la sola lectura de las disposiciones de Doña Isabel para facilitar que los extranjeros llevasen mercaderías españolas, y sobre todo, la cédula de 1484, por la cual se eximía de todo pecho y tributo á cuantos extranjeros vinieran á residir por espacio de diez años á los reinos de Castilla.

Las sabias ordenanzas de los Reyes Católicos sobre montes y plantíos, y especialmente la de 22 de Diciembre de 1518, cayeron en completo olvido, y nuestros bosques llegaron á verse despoblados, faltando la madera aun para los usos más necesarios de la vida. El Estado, los pueblos y los particulares abandonaron los bosques, porque no tenían medio de defenderlos contra los ladrones; y muchos pueblos se dedicaron á vivir en la holganza cortando y robando sus maderas, produciendo, según un informe de 1628, una gran inmoralidad, porque los hombres «que se llamaban labradores y nada labraban» vivían robando en una noche para vivir muchos días sin la sujeción del trabajo, entregados á vicios poco cristianos.

Ya en 1562 para la armada de Barcelona hubo que traer árboles de Flandes y remos de Italia: sólo de Vizca-

Digitized by Google

ya pudieron sacarse 4.000 picas; y á principios del siglo XVII, después de la expulsión de los moriscos, era tal la carencia de madera, que varios pueblos representaron al rey pidiéndole que permitiera traerla libremente del extranjero, «donde había comercio de esta materia y más se cuidaban de los árboles».

La expulsión de los moriscos fué una de las mayores calamidades para España. Ya en tiempo de los Reyes Católicos hubo algunos fanáticos que se propusieron y trabajaron por esta expulsión, encontrando un grave obstáculo en la reina Doña Isabel; en 1529 tuvo que ser depuesto el arzobispo de Sevilla por trabajar demasiado activamente en esta empresa, y durante todo el reinado de Felipe II se agitó esta cuestión; pero sólo pudo cometerse tan grave error en la época tristísima de Felipe III.

La gran responsabilidad que la historia debe exigir á aquel monarca, á sus consejeros y á sus antecesores consiste en no haber protegido los intereses materiales para dar estabilidad y tranquilidad en la vida á aquella raza acostumbrada al trabajo, y no haber tenido ni fuerza, ni tacto, ni prudencia para someter aquella raza rebelde, que había vivido en España en tiempos en que los odios eran más intensos y más vivos entre conquistadores y conquistados.

La exageración de los tributos, el desprecio al trabajo, la persecución religiosa, los abusos de la Inquisición excitaron los ánimos, que se encontraron con un gobierno débil é imprevisor, de modo que le fué necesario acudir á aquel extremo remedio.

Los historiadores y políticos que han defendido la expulsión de los moriscos, unos por sostener los errores de escuela y otros por hacer gala de ingenio, defendiendo malas causas, ó queriendo poner la política y la autoridad por cima de la nación, han cometido, por regla general, una falta gravísima no atendiendo más que á la necesidad del momento para disculpar aquella medida. Aunque se

Digitized by Google

admita su necesidad política en nombre de la paz y de la tranquilidad pública, que ha servido de escudo á tantos errores y aun á tantos crímenes, no es posible olvidar que aquella triste situación había sido creada por los desaciertos del poder, que se veía en el cruel dilema de arrojar de España á los moriscos ó verse impotente ante sus constantes rebeliones.

La falta de estos brazos en los trabajos agrícolas y en muchas artes y oficios; el desprecio con que los españoles miraban no sólo aquella raza, sino su laboriosidad; la rapidez con que se verificó esta pérdida y la imprevisión del gobierno, que no trató de reemplazar de alguna manera su trabajo, y el aumento de contribuciones y otras gabelas que hubo que repartir sobre el pueblo español para compensar lo que los moriscos pagaban al Estado, fueron tal vez la causa más rápida de la miseria.

Algunos historiadores han hecho curiosas investigaciones para determinar el número de los expulsados. No les seguiremos en este punto, porque nos parece cuestión de escasa importancia. Muchos ó pocos, eran, por consecuencia de las guerras y otras causas, los únicos que trabajaban, y, por tanto, su salida del reino había de producir un grave conflicto.

Con tales elementos la miseria interior del reino llegó á un punto tan increíble que no había con quién compararla ni aun en los pueblos más abatidos de la tierra, mientras la corte se entregaba todavía á ostentosas fiestas, y brotaban de la boca de Felipe IV fanfarronadas que no se hubiera atrevido á decir Carlos V ni Felipe II.

El procurador Lobón decía que la mitad de los españoles se alimentaba con la hierba de los campos, disputándosela á hambrientos ganados. Las rentas públicas estaban todas empeñadas; las familias abandonaban su casa cuando se aproximaban los cobradores de impuestos; los conventos se veían rodeados de mendigos, que tomaban vez durante la noche para esperar la inmunda sopa; na-

Digitized by Google

cían en todas partes innumerables arbitristas sutilizando para sacar dinero ó remediar la pobreza.

De nada sirvieron para hacer frente á la miseria pública y mejorar el estado del erario las gravísimas resoluciones que en diversas épocas de los reinados de Felipe IV y Carlos II se tomaron, entre ellas empréstitos forzosos, la economía de la tercera parte de todos los sueldos, la suspensión de todos los pagos de libranzas, juros, rentas, pensiones, viudedades, etc., la venta de hábitos, destinos, mercedes, honores, la legitimación de hijos espurios y de los clérigos, la duplicación del valor de la moneda y otras medidas, que aumentaban la miseria y eran objeto de todo género de invectivas y de sátiras, naciendo por tanto ya desacreditadas.

Quedaba un solo recurso, el de tomar la plata y oro de las iglesias y monasterios; medida salvadora á que se había acudido en otros tiempos con menos motivo, y especialmente en el de los Reyes Católicos. Felipe IV lo intentó así; solicitó y obtuvo un breve del papa para inventariar, pesar y vender estas alhajas; pero ya no eran aquellos los tiempos de doña Isabel: el clero, poderoso, influyente y egoísta, no sólo hizo una oposición tenaz, acusando al rey de usurpador y de enemigo de la religión, hasta que consiguió la revocación del edicto, sino que no imitó aquellos generosos donativos con que los antiguos prelados habían auxiliado á los reyes en sus empresas, ni la conducta noble y patriótica de parte de nuestro clero en la Edad Media, sobre todo en el reino de León, que apenas podía celebrar los oficios por falta de recursos, y andaba casi descalzo y desnudo por darlo todo para las necesidades y la reconquista de la patria, mientras los guerreros daban su sangre en el campo de batalla. En cambio pudo el rey obtener y negociar un breve pontificio para absolver de todos los delitos contra la fe á los judíos portugueses por el precio de un millón y ochocientos mil ducados.

Digitized by Google

La situación personal de los reyes era verdaderamente lastimosa. Felipe II se cansaba la mano de firmar memoriales negando socorros y poniendo la fórmula: «Diga de dónde lo he de sacar,» y tuvo que acudir en 1575 al papa rogándole que mandara á los prestamistas genoveses que no le cobraran por sus deudas más interés que el 7 por 100.

Felipe III se vió sin poder pagar á sus criados; y Felipe IV llevó su miseria hasta el último extremo de la humillación, mandando que se colocara en la puerta de las iglesias un cepillo pidiendo dinero para sus necesidades; y hubo quien echó allí la moneda más pequeña, exclamando: «Quiero que se sepa que yo he dado limosna al rey de España.»

No podía dar un paso sin que le acosaran las peticiones de deudas ó de limosnas, y fué víctima por su carácter personal de los caballeros y las damas de la nobleza, que no le dejaban reposar, dirigiéndole cartas, pidiéndole socorros con una humillación que habría sido incomprensible para los altivos españoles de gran parte del siglo XVI. En el Archivo notarial de Madrid se conserva un tomo de estos memoriales, que contiene cartas curiosísimas de muchas señoras de la nobleza, que no desdicen de aquellas en que las señoras romanas pedían dinero y cenas al papa y á los cardenales.

Carlos II no recibía á nadie que no fuera á pedirle dinero; de tal modo, que con su sencillez exclamó un día: «Jamás he visto más deudas y menos dinero para pagarlas: si esto sigue así me veré obligado á no dar audiencia á los embajadores.»

Los donativos forzosos que se sucedían con frecuencia, no daban resultado alguno, porque los ricos ocultaban su caudal, se ausentaban del sitio donde debían pedírselo, y algunas veces hacían ostentación de una pobreza repugnante, que los delegados del gobierno llamaban «sórdida avaricia en contra de las necesidades de S. M». En 1677 se pidió uno de estos muchos donativos, aunque

Digitized by Google

con el nombre de voluntario. Tenía por objeto principal comprar grandes cantidades de harina para que bajara el precio del pan. Ningún acaudalado quiso contribuir, y fué preciso para recaudar algún dinero emplear unos comisionados de apremio de un género completamente nuevo. Los ricos redujeron ante esta petición todos los gastos de su casa y despidieron á los criados, originándose en Madrid una crisis ó una huelga peligrosa, como se diría hoy. A todo proveyó aquel sapientísimo gobierno de un modo gráficamente expresado en las siguientes palabras de un cronista de aquellos días: «La forma con que esto se hace es llamar un consejero á cada persona de caudal; y si lo niega, le hace ir acompañado á su casa con cuatro guardas que le asistan con el salario de cuatro ducados cada uno hasta que vomite el oro.»

Ante el desequilibrio del consumo y de la producción, el desdichado gobierno de Felipe IV no halló nunca más que remedios empíricos tan ridículos que hacen asomar la risa á los labios. Fué el primero y más absurdo de todos el empeño de disminuir la población, que venía ya diezmada por todo género de calamidades.

Felipe IV llegó á mandar que fueran expulsados del reino todos los extranjeros «porque comían mucho pan», y en su tiempo llegó á pedirse que salieran todos los soldados para Flandes. El clero por su parte, dando á estas peticiones carácter religioso, veía con gusto que se despoblase la nación, suponiendo que al mismo tiempo se poblaba el cielo (1); y en algunos escritos y representaciones se echa de ver el deseo de que murieran muchos españoles para que á los que sobrevivieran les quedase con qué mantenerse.

---

(1) En la relación del auto de fe celebrado en Valladolid el 22 de Junio de 1636, se decía: "Grande España que, á medida que se despuebla, va poblando el cielo de santos y el infierno de condenados.„

Digitized by Google

Los puertos de mar, que habían sostenido un comercio tan extenso y tan activo, y donde se hacían á la vela aquellas escuadras poderosas para Italia, para Oriente, para Inglaterra y para América, quedaron desiertos y silenciosos, hasta el punto de que un escritor decía que se había olvidado en España que el mar servía para navegar y que en los arsenales se hacían buques.

Era cosa extraordinaria ver un buque español en los puertos extranjeros; de tal manera, que un escritor flamenco se burlaba de la bandera española, suponiendo que al llegar á un puerto todos se preguntaban de qué nación era aquel buque, y después de acudir á la administración de la marina y á los registros de los pabellones, se averiguaba que procedía de España, exclamando entonces admirado todo el mundo: «*¡Todavía tiene un buque esta nación!*»

Pero mucho más se decía y se pensaba en España, donde se aseguraba que nuestros marinos se habían metido tierra adentro para convertirse en bandoleros, y se pedía con insistencia que volvieran á la mar, aunque se hicieran piratas, para que no contribuyeran á acabar con los mantenimientos y porque ya nada nos quedaba que perder en los mares.

La desaparición de nuestra marina fué tan rápida en los últimos tiempos de Felipe II y en el reinado de Felipe III, que ningún historiador ha podido explicarla satisfactoriamente, habiendo coincidido muchos en decir que sólo de propósito hubiera sido posible acabar en tan breve tiempo con nuestra armada.

Pero cuanto escribiéramos respecto de este punto sería pálido al lado de los informes oficiales, que contenían datos numéricos que llamaban las lágrimas á los ojos de los buenos españoles.

Un consejero de la guerra decía en 1611 dirigiéndose al rey:

«Y que esto sea verdad no lo negarán los que agora veinticinco años (en 1586) conocieron y vieron en España

Digitized by Google

más de mil naos de alto bordo de particulares della, que en sólo Vizcaya había más de 200 naos, que navegaban á Terranova por ballena y bacalao y también á Flandes con lanas. Y agora no hay ni una. En Galicia, Asturias y Montañas había más de 200 pataches que navegaban á Flandes, Francia, Inglaterra y Andalucía, trajinando en sus tratos y mercadurías, y agora no parece ninguno. En Portugal siempre hubo más de 400 naos de alto bordo y más de 1.500 carabelas y carabelones, no hallándose agora apenas una sola nao de particulares en todo aquel reino, sino algunas carabelas de poca consideración. En el Andalucía teníamos más de 400 naos, que más de las 200 navegaban á la Nueva España y Tierra Firme..... E ya todo se ha apurado y acabado como si de propósito se hubieran puesto á ello (1).»

Las pocas naves que después de esta época nos quedaron fueron víctimas de todo género de desgracias. La inexperiencia y falta de ánimo de los marinos se estrellaba ante los huracanes y las tempestades, y la mala organización de la marina de guerra hacía caer á nuestros buques en manos de los piratas ó huía de su encuentro, dejando que se perdieran los galeones que venían de América cargados de plata.

Ante tanta desgracia se llegó al mayor de los absurdos que pudo concebir jamás la inteligencia: á proponer el presidente del Consejo de Castilla, conde de Castrillo, que se suprimiera la armada porque de nada servía, siendo un gasto inútil, y porque no tenía fuerza para resistir los ataques de los piratas.

A esto quedó reducida aquella gran marina creada por los Reyes Católicos (2). Tales fueron los inmediatos

(1) *Arte para fabricar, fortificar y aparejar naos, por* THOMÉ CANO, capitán ordinario del rey y de su consejo de guerra. Sevilla, 1611.

(2) Varios historiadores han llamado la atención sobre la rarí-

Digitized by Google

y rápidos efectos de prohibir la exportación y de nuestro aislamiento.

En medio de esta miseria pública vivían los favoritos y algunos magnates con un lujo que era un verdadero insulto á la mayoría de la nación. La falta de movimiento en la industria y el comercio, y por lo tanto en la circulación del dinero, producía un estancamiento en la riqueza, que no tenía más salida que el extranjero, de donde venían la mayor parte de los objetos de lujo.

Del mismo modo que en aquellos desdichadísimos tiempos de D. Juan II y D. Enrique III, el pueblo se moría de hambre presenciando suntuosas fiestas con las cuales parece que se quería ocultar la miseria pública, deslumbrando al que intentase estudiarla. Sin embargo, hubo algunos extranjeros que comparando aquellas cabalgatas y aquellas mascaradas con la pobreza y abandono de las mismas calles y sitios públicos que recorrían, hicieron notar este desequilibrio de la vida, origen siempre de tantos males.

La corte, sobre todo, tenía empeño en demostrar una magnificencia reñida con el estado de la nación. Los embajadores, los extranjeros eran obsequiados con una prodigalidad sin ejemplo, suministrándoles el Estado la comida con una abundancia, que era justamente objeto de públicas censuras en que resaltaba la pena de clases hambrientas (1).

Los casamientos y nacimientos de los reyes se cele-

---

sima coincidencia de que la armada que reunieron los Reyes Católicos para acompañar á Doña Juana á Flandes tuviera el mismo número de buques que la *Invencible*.

(1) Al embajador francés que vino á tratar de los matrimonios de los hijos de Felipe III con el delfín y madama Isabel, que se aposentó en la calle del Sordo, se le suministraban diariamente para su comida:

Días de carne: ocho pavos.—Veintiseis capones cebados de leche.—Setenta gallinas.—Cien pares de pichones.—Cien pares de tórtolas.—Cien conejos y liebres.—Veinticuatro carneros.—Dos

Digitized by Google

braban con fiestas suntuosas que dejaban empeñados el erario, el municipio y la nobleza. Cuando nació Felipe IV en Valladolid hubo quince días de continua fiesta, con saraos, toros y cañas, mascaradas y convites de 1.200 cubiertos con el servicio de oro y plata, llevándose el almirante inglés Carlos Howart gran cantidad de alhajas, que le obligaron á manifestar por escrito su admiración ante tanta magnificencia (1).

---

cuartos traseros de vaca.—Cuarenta libras de cañas de vaca.—Dos terneras.—Doce lenguas.—Doce libras de chorizos.—Doce perniles de Garrovillas.—Tres tocinos.—Una tinajuela de cuatro arrobas de manteca de puerco.—Cuatro fanegas de panecillos de boca.—Ocho arrobas de fruta; cuatro frutas á dos arrobas de cada género.—Seis cueros de vino de cinco arrobas cada cuero y cada cuero diferente.

Día de pescado: Cien libras de truchas.—Cincuenta de anguilas.—Cincuenta de otro pescado fresco.—Cien libras de barbos.—Cien de peces.—Cuatro modos de escabeches de pescados, y de cada género cincuenta libras.—Cincuenta libras de atún.—Cien de sardinillas en escabeche.—Cien libras de pescado cecial muy bueno.—Mil huevos.—Veinticuatro empanadas diferentes.—Cien libras de manteca fresca.—Un cuero de aceite.—Fruta, vino, pan y otros regalos extraordinarios, como en el día de carne se dice.

(1) Hubo como siempre en estas fiestas quien se lamentó de aquellos gastos y de lo que se daba de comer á los extranjeros. Entre estos escritos fué notabilísimo el siguiente soneto de Góngora:

Parió la reina, el luterano vino
Con seiscientos herejes y herejías,
Gastamos un millón en quince días
En darles joyas, hospedaje y vino.
Hicimos un alarde ó desatino
Y unas fiestas que fueron tropelías,
Al ánglico legado y sus espías
Del que juró la paz sobre Calvino.
Bautizamos al niño Dominico (*),
Que nació para serlo en las Españas;
Hicimos un sarao de encantamiento;
Quedamos pobres, fué Lutero rico,
Mandándose escribir estas hazañas
A Don Quijote, Sancho y su jumento.

(*) Se pusieron á Felipe IV los nombres de Felipe, Dominico, Víctor de la Cruz.

Digitized by Google

A tantas desgracias en que intervenía la voluntad de lós hombres y el mal gobierno, se añadían otras muchas calamidades públicas, que siguen siempre á la mala administración. No quiere decir esto que nosotros veamos en esas calamidades un inmediato y teatral castigo de la Providencia, como veían en aquel tiempo muchos escritores, ni que sigamos la costumbre de la política moderna, guiada por la pasión, que achaca al gobierno la causa de todas las desgracias, así colectivas como particulares. No. Lo que sucedía entonces, y lo que sucede siempre, es que estas calamidades, cayendo sobre una nación empobrecida y con un gobierno inhábil, son más sensibles, no encuentran remedio, y sus huellas son tan desastrosas que se perpetúan alguna vez.

Desde últimos del siglo XVI venía España siendo víctima de todo género de calamidades, que no sólo producían pérdidas inmensas del momento, sino tesoros de mayor importancia en el porvenir. No sólo la incuria, sino robos, incendios, tempestades é inundaciones parece que se declararon contra esta desgraciada nación. La magnífica biblioteca y gabinete de ciencias de Salamanca se desplomaron, salvándose sólo algunos libros; las inundaciones destruyeron los pueblos y arrebataron las cosechas, desparramándose los habitantes de las comarcas inundadas por toda España para «pedir limosna y abandonando sus tierras, por no poder esperar la nueva cosecha sin morirse de hambre, atendiendo á que no encontraban recursos para subsistir mientras tanto»; las tempestades destruyeron nuestra marina, sobre todo en el huracán de Cadiz de 1671, en que se perdieron más de sesenta naves; el incendio del Escorial, que duró quince días, hizo perder á España riquezas inapreciables, y causó no menos espanto que el de la plaza Mayor de Madrid, que estuvo ardiendo cuatro días, llevándose como remedio para apagarle el Santísimo Sacramento de las parroquias de Santa Cruz, San Ginés y San Miguel y las imágenes de las Vírgenes

Digitized by Google

de mayor devoción, y diciendo misas en medio de las llamas. Hubo también en este tiempo gran número de pestes, que provenían en mucha parte de la miseria pública, del desaseo de la vida y de la falta de higiene y de policía urbana, así como un recrudecimiento notable en las enfermedades, especialmente en las mentales y en las de pecho, causado, sin duda, por la intranquilidad de la vida.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO VI.

—

Costumbres.

Principio y desarrollo de la inmoralidad.—Los conventos.—El Escorial.—Las mujeres tapadas.—El Buen Retiro.—Las calles.—Cortesanos.—Comediantes.

Durante el reinado de Carlos V las grandes empresas militares, las ideas caballerescas y los principios de moralidad y justicia que habían infiltrado los Reyes Católicos, contribuyeron poderosamente á impedir la degeneración de costumbres. Pero en tiempo de Felipe II comenzó á desarrollarse la inmoralidad, que había de llegar á su colmo en los últimos tiempos de la dinastía austriaca.

No debemos penetrar en ciertos hechos de aquella degeneración de las antiguas costumbres castellanas, ni pintar cómo la coincidencia de la miseria pública, el lujo, el atraso ó falta de las pagas, la esclavitud que engendraba el sombrío despotismo de los tribunales y de las autoridades, el temor á una delación al Santo Oficio y la necesidad de sucumbir á los deseos y pasiones de los poderosos, vinieron á variar aquella hidalguía castellana, que hacía del hogar doméstico un templo, y que traía de Italia, aun bajo la pena de muerte por delito de deserción, á los padres, á los hijos y á los hermanos á vengar las ofensas hechas á sus hijas, á sus madres y á sus hermanas ó las que éstas hicieran contra el honor de la familia.

Digitized by Google

El aumento de los conventos, el estancamiento de la vida pública en muchas de sus manifestaciones y la equivocada vigilancia del gobierno, que, según dice un escritor, prohibía la entrada en el reino á las elevadas discusiones religiosas y abría las puertas á la gente más perdida en punto á moralidad, crearon costumbres nuevas en España y dieron al vicio un carácter que no había tenido nunca en nuestra patria.

No queremos entrar en detalles de lo que sucedía al lado de los conventos de frailes, ni del nuevo carácter que tomó el confesionario, ni menos detenernos á explicar cómo empezó entonces la intrusión de los frailes en la vida doméstica. Si lo hiciéramos, nuestro libro tomaría un tinte pornográfico de que queremos huir.

Nos bastará consignar que la mayoría de las personas que entraban en los conventos eran llevadas allí por causas muy ajenas al sentimiento religioso. Entraban las mujeres por costumbre, por castigo de sus familias, por horribles cuestiones de herencia, tan frecuentes en aquella época, por disgustos de familia, por amores contrariados, por ocultar alguna vez la pobreza de alguna casa linajuda que no podía conservar su rango, por dejar mayor libertad á los individuos de alguna familia, y por otras causas más reservadas, que provenían de la influencia personal del clero.

Iban los hombres al convento por huir del servicio militar, del trabajo, de las contribuciones, y en busca sólo de comodidad y regalo, tratando alguna vez de satisfacer su ambición por un camino llano que les abría todas las puertas y les permitía por medios insidiosos llegar á los primeros puestos y aun dominar las conciencias de los poderosos, vistiendo con astucia é hipocresía su tosco hábito.

Así, faltando la vocación religiosa, que habría podido ser base de la virtud, y exaltadas todas las pasiones, como sucede siempre en el claustro, fueron los conventos, no asilos tranquilos y de paz, sino centros donde fermentaba

Digitized by Google

la vida con sus ambiciones y sus vicios mucho más que en el resto de la población.

Mas como nos hemos propuesto pasar sobre este punto como sobre ascuas, nos vamos á limitar á decir solamente, como ejemplo, lo que sucedía en el Escorial, en aquel monumento erigido por la piedad de Felipe II, y en que este monarca quiso dejar consignados sus profundos sentimientos religiosos. A los frailes y á los trabajadores siguió un verdadero pueblo de mujeres perdidas que inundaban las casas recién construídas, los caseríos cercanos, el campo y los huecos de los cerros y canteras, hasta el punto de compararse su estancia á «la invasión de un ejército de zorras y aves de rapiña». El año 1580 llegó á tal extremo este escándalo, que Joseph Molecio lo consignó en sus efemérides, diciendo: *Committentur in hoc anno luxuriæ prœter consuetum et legem, et meretricum numerus augmentabitur*, y fray Juan de San Jerónimo, describiendo el mismo año en sus Memorias del Escorial, decía: «En cuanto á las mujeres vagamundas y rameras andaban por esta sierra muchedumbre dellas por la Herrería, que era lástima de verlas y de oirlo decir. Dellas azotaron y avergonzaron y desterraron, que la justicia no las podía echar.»

Cundiendo la inmoralidad y elevándose á las clases acomodadas y aristocráticas, pero luchando todavía con el sentimiento público y con los recuerdos de la honradez castellana, buscó formas nuevas para encubrir el vicio, introduciéndose la costumbre de salir las señoras tapadas ó con disfraces. Ultimo esfuerzo de la virtud quebrantada y de la honra atesorada en las familias ante una corriente invencible.

Respecto de esta costumbre nos bastará recordar las peticiones de las Cortes, y especialmente la que hicieron en 1586: «Ha venido á tal extremo el uso de andar tapadas las mujeres, que dello han resultado grandes ofensas de Dios y notable daño de la república, á causa de que en aquella forma no conoce el padre á la hija, ni el marido á

Digitized by Google

la mujer, ni el hermano á la hermana, y tiene la libertad y tiempo y lugar á su voluntad, y dan ocasión á que los hombres se atrevan á la hija ó mujer del más principal como á la del más vil y bajo, lo que no sería si diesen lugar, yendo descubiertas, á que la luz discirniere las unas de las otras; porque entonces cada una presumiría ser y sería diferentemente tratada, y que se viesen diferentes obras en las unas que en las otras, demás de lo cual se excusarían grandes maldades y sacrilegios que los hombres vestidos como mujeres, y tapados, sin poder ser conocidos, han hecho y hacen.»

Estas palabras, redactadas con aquella prudencia que siempre tuvieron nuestras Cortes, pueden dar idea de los abusos que en este punto se cometían. El rey no pudo menos de acceder á esta petición, y dispuso que las mujeres no pudieran salir tapadas de su casa, bajo pena de tres mil maravedís por cada vez que lo hicieran; pero nada se consiguió más que variar por algunos días los disfraces, y que algunas señoras sucumbieran ante los agentes y jueces encargados de cumplir esta orden.

Pero poco á poco fué haciéndose innecesario el disfraz, la máscara y el manto y llegó á convertirse en gala el vicio, haciéndose ostentación de él en todas las clases sociales; de tal modo que, en vez de llamar la atención y recibir aplauso en la corte, según dice un cronista, las grandes hazañas de la guerra y el número de batallas en que se habían realizado hechos heroicos, sólo merecía la admiración el que sostenía con sus rentas, con sus trampas ó con sus engaños mayor número de concubinas.

En tiempo de Felipe IV se desarrolló además el depravado gusto de las chanzonetas, conversaciones y palabras menos cultas, penetrando en los salones de la aristocracia y en el mismo palacio las costumbres y el lenguaje de las más ínfimas clases sociales.

El rey no sólo se aficionó á los dichos y costumbres de la gente baja, sino que contagió de este mal á la reina,

Digitized by Google

que gozaba extraordinariamente con ver remedar las escenas de las plazuelas, las riñas de mujeres y de chulos, hasta el punto que en el teatro del Buen Retiro los soldados y gente de la ínfima clase social insultaban á las mujeres para que éstas riñesen y se pegasen delante de la reina, «echando por la boca lo que no parecía que estaba hecho para los oídos de S. M. (1).»

Nada más inmundo que el cuadro que presentaban muchas calles de Madrid, habitadas por aquellas infelices que salían á recibir á alguna compañía de tropa cuando llegaba á la corte y que después «á puerta de calle» se disputaban á los soldados, produciendo escándalos sangrientos, que la autoridad no podía evitar ni reprimir; habiendo en este punto tal debilidad que los alguaciles se alejaban de aquellos sitios, dejando el campo libre á la deshonestidad y á las pendencias. Calderón con su gráfico estilo nos ha dejado una exacta descripción de aquellas

---

(1) Avisos de 14 de Febrero de 1640:

"Los reyes se entretienen en el Buen Retiro oyendo las comedias en el coliseo, donde la reina, nuestra señora, mostrando gusto de verlas silbar, se ha ido haciendo con todas, malas y buenas, esta misma diligencia. Asimismo para que viese todo lo que pasa en los corrales, en la cazuela de las mujeres, se ha representado bien al vivo, mesándose y arañándose unas, dándose vaya otras y mofándolas los mosqueteros. Han echado entre ellas ratones en cajas, que abiertas saltaban; y ayudado este alboroto de silbatos, chiflos, y castradores, se hace espectáculo más de gusto que de decencia. El rey, nuestro señor, reparte los aposentos á grandes por sus turnos."

Para estas fiestas se pedía dinero á crecidísimo interés á los célebres *ginoveses*, tan maltratados por Quevedo, y se empeñaban las rentas de la corona, censurándose este abono hasta en pasquines, que decían:

Y cuanto el decreto encierra
¿Se ha de aplicar á la guerra
O á comedias y jornadas?

Digitized by Google

escenas, de que puede formarse idea consultando otros muchos autores clásicos (1).

El mal fué en aumento y creció de un modo escandaloso en el reinado de Carlos II, del cual dice un escritor contemporáneo, que no se daba una merced sino por influjo de cortesanas de la más baja estirpe, solicitadas por hombres á su vez tan bajos que las buscaban y parece no podían vivir sin ellas. Los grandes, los altos empleados, los ricos tenían públicamente damas, cortesanas, gitanas, amigas, queridas, concubinas con quienes derrochaban sus haciendas, celebrando orgías ó dando escándalos públicos que no se atrevian á corregir ni castigar los alguaciles que lo presenciaban, ni los jueces y corregidores que lo sabían y toleraban (2).

---

(1) Un soldado llama á la puerta de *La Casa Holgona:*

Con el fieltro hasta los ojos,
Con el vino hasta la boca
Y el tabaco hasta el galillo,
Pardo albañal de la cholla,
Columpiando la estatura
Y meciendo la persona.

Las damas contestan desde dentro:

¿Quién llama á la puerta, hallándola abierta?
¿Quién llama? ¿Quién viene, que así se detiene?
¿Qué quiere, qué busca en este lugar?
¿Por qué se retira, pudiéndose entrar?
Entre si quiere y se podrá holgar.
¡Ay, qué clavado y suspenso está!
Que si la casa es holgona,
Los dueños que tiene lo son mucho más.

(2) "D. Juan de Austria mandó azotar, rapar y llevar á la galera á las gitanas del Almirante, sin dar lugar á más intercesión. A la del duque de Alba se le quitaron los azotes, y lo demás se ejecutó con toda publicidad y asenso de la corte, por ser la puta de las buenas costumbres este género de gente, á cuyos embelesos se rinden los más continentes. También á las damas que llaman cortesanas por más educación y corren por cuenta de algunos señores mozos, las multan en quinientos ducados á cada una." —*Diario de noticias de 1677 á 1678*, por D. Juan Antonio de Valencia Idiáquez. Miércoles 8 de Septiembre.

Digitized by Google

Nada puede dar idea más exacta del estado moral de aquellos tiempos que los comediantes, clase social que, mal mirada por las leyes y costumbres, llegó á tener gran importancia y á conseguir de los reyes cédulas y decretos en honor de sus familias.

Censurábales la antigua rigidez de costumbres, predicábase contra ellos y contra las comedias en el púlpito y en los libros; y, sin embargo, la familia real llegó á representar comedias y entremeses; Felipe IV vivía entre comediantas y bailarinas, llegando al escándalo sus amores con la Calderona (1); los nobles armaban pendencias entre bastidores; el almirante de Castilla arrebataba en la calle su mujer á Alonso Olmedo, y los poetas, los estudiantes y los artistas envidiaban aquella vida, y muchas veces formaban parte de las compañías, llegando á confundirse los nombres de cómico y de autor.

Los comediantes reprodujeron en España aquella vida libre y licenciosa de los literatos y artistas que hemos descrito al hablar de Italia. La aplicación del ingenio á la gracia, á la sátira y al vicio encontraba apoyo y protección en los poderosos y aplauso en el público, autorizando el descaro y la libertad de los cómicos y del auditorio, que llegó en el Buen Retiro á un punto pasmoso. El comediante Osorio un día censuró á los que no sabían más que el papel de memoria, y comenzó á contar amores y aventuras escandalosas de las damas de la corte que estaban presentes. Juan Rana otro día vuelto al balcón en que estaban sentadas acaso dos princesas (grandes), dijo: «Con-

(1) Entre los hijos bastardos conocidos de Felipe IV se cuentan: D. Juan de Austria; D. Francisco de Austria, que murió de edad de ocho años; Doña Margarita, monja que fué en la Encarnación de Madrid; D. Alfonso de Santo Tomás, obispo de Málaga; D. Fernando Valdés, general de artillería; D. Alonso de San Martín, obispo de Oviedo, y D. Juan Corso, que, con el nombre de Juan del Sacramento, se hizo célebre predicador.

Digitized by Google

siderad, os ruego, aquella pintura: ¡cuán bien, cuál al vivo están pintadas aquellas dos viejas: sólo la voz les falta; creyera que estaban vivas, si hablaran. En nuestro tiempo ha llegado la arte de pintar á suma perfección.»

Aquellos tiempos confundieron de un modo lastimoso la vida religiosa, la vida civil en sus más altas posiciones y la antigua gravedad española con las costumbres de los cómicos, pasando éstos de la iglesia al teatro y de la escena al claustro.

El fraile agustino Felipe Velasco rompió los hábitos y se casó con la célebre Ana de Barros, recogiendo con ella los aplausos del público; el jesuita Francisco Sánchez hizo profesión de cómico y murió asesinado (1667); el agustino Miguel de Castro y Marcos Garcés, sacristán de Valencia, salieron igualmente á las tablas; José Jimeno, agustino también, fué descasado por orden de la autoridad eclesiástica después de obtener muchos triunfos; el canónigo de Sevilla Pedro de Flandes abandonó el coro por las tablas y se casó también; D. Pedro Antonio de Castro, alguacil mayor de la Inquisición, se asentó en una compañía; Antonio Acevedo se hizo ermitaño, lo mismo que Gregorio Bautista Fernández; Sebastián Prado cantó misa después de haber sido la delicia del público; Francisco Blanco entró en los carmelitas, José Soler en los jerónimos, Juan de Villegas en los franciscanos, Pedro Guzmán en los benitos, Pedro Lave pasó de la escena á mayordomo del arzobispo de Granada, Bernardo López Estrada á corregidor de Galicia y José Pavía á catedrático de retórica.

Reprodujéronse también en España aquellas escenas de violencia y de sangre que promovían todos los días desafíos y muertes, y en que ya se veía á un Murillo, á un Quevedo fugitivos por causa de un duelo, ó á un Calderón entrar con la espada desenvainada en un templo y en un convento. Iñigo Loaysa murió degollado en la calle, «representando al vivo esta escena»; Diego Rodríguez fué

Digitized by Google

perseguido por haber dado muerte á un portugués; Juan Cano de Mendieta tuvo que huir de Córdoba, donde querían matarle, lo mismo que Juan España de Lisboa; Luis Medina recibió una cuchillada estando representando; Juan Sequeira y Juan Antonio Torres fueron perseguidos por la Inquisición, habiéndose quemado los huesos de éste último; Matías Tristán vió morir envenenada á su mujer; José Verdugo fué paseado en un borrico de noche entre hachas encendidas; Martín Salinas fué condenado á galeras por haberse casado dos veces.....

Entre esta gente brillaba la María Besón, que «vino de Francia tan cargada de escudos como de enfermedades»; la Micaela Fernández, «que así vestía de hombre como de mujer», á pesar de las órdenes que la prohibían «este revolver de sexos»; la Mariana Romero, que, asustada de sus propios devaneos, entró de novicia en un convento y á poco le abandonó por la libertad del mundo; Clara Camacho, que sobre el tablado de la escena hizo repentinamente voto de castidad y se metió monja; y Manuela Escamilla, hija del célebre actor «más dueño de su papel que de su hija, y más enterado de su profesión que de su casa».

No queremos detenernos más en ciertos detalles de aquella vida: sólo diremos, respecto de la moralidad, que si en Italia había habido una Tabelina que usaba sábanas de raso blanco, en Madrid hubo una Antonia Infante que las usaba de tafetán negro; «cosa sin ejemplo, dice un escritor, entre las cortesanas de Grecia y de Roma, que deificaron el placer en pueblos en que Venus y sus misterios tenían un culto público».

Muchos de estos comediantes llegaron á tener riquezas que con otro género de vida habrían sido fundamento de un porvenir para sus familias: Petronila Jibaja enseñaba públicamente sus vestidos y alhajas; Cosme Pérez, Sebastián Prado, Pedro de la Rosa y otros reunieron gran capital y aun fincas, y Agustín Manuel Castilla se distin-

Digitized by Google

guió por el lujo y la prodigalidad con que afrentaba alguna vez á la nobleza.

De este modo, con el ingenio y con otros elementos que les ponían á la altura de las clases más respetadas (1), llegaron á intervenir hasta en asuntos políticos, en las intrigas de la corte y de los conventos, con los cuales tenían siempre relaciones, como con el clero en general, merced á aquella confusión de la vida, á la necesidad de contemporizar, por lo menos, con una clase tan poderosa, y á la afición decidida de los sacerdotes y religiosos al teatro, por la cual unas veces escribían comedias y otras asistían disfrazados á los espectáculos, y aun andaban entre bastidores. Así se explican hechos que parecen incomprensibles: los cabildos asistían solemnemente al entierro de los comediantes; éstos hallaban un refugio en las iglesias y conventos cuando se veían perseguidos (2), y algu-

---

(1) Una sátira de aquella época ponía en duda si las comediantas eran más señoras que las señoras de la corte, y decia que á lo menos los cómicos fingian alguna vez la virtud.

Otra decia que, mientras duraban aquellas funciones, fuera del coliseo "no se encontraba una p... por un ojo de la cara.„

(2) Estas costumbres originaron cuestiones unas veces graves y otras ridículas, que fueron muy frecuentes en España desde últimos del siglo XVI. Elegimos como ejemplo el siguiente:

"*Acaescimiento en la villa de Madrigal.*

„En Madrigal se hizo una obra de la remembranza, donde entraron muchos personajes, y entre otros un Cristo y un Judas, y San Pedro. E subcedió que el que habia de representar el Cristo estaba retraido en la iglesia por deudas; y ansí como era buen representante el Cristo, é no se podia hacer la obra sin él, se determinó en concejo que se hiciese el tablado á la puerta de la iglesia, de manera que la mitad estaba en sagrado y la mitad fuera. El alguacil de la villa que andaba con gran cuidado ó desvelamiento por coger al Cristo, sabiendo que representaba, concertóse con el Judas, que representando diese un rempujon al Cristo que le echase fuera del tablado, y que él luego estaría junto é le prenderia. Estando representando el Cristo en la parte del tablado que estaba en sagrado, llegó Judas, y da un empujon tan grande al Cristo que lo

Digitized by Google

nos frailes consultaban sus sermones con los cómicos, como hizo fray Lorenzo de Segura, para preparar y asegurar el efecto sobre el público. Así se explica, que asistiendo el aplaudido Roque de Figueroa á un sermón en la iglesia de San Sebastián, y viéndose acometido de un síncope el predicador, Figueroa se pusiera sus mismos hábitos y subiera al púlpito continuando el sermón, recibiendo por ello del público y del clero los mismos plácemes que en el teatro.

De este modo los españoles perdieron la integridad que les distinguió en tiempo de los Reyes Católicos, la caballerosidad de la época de Carlos V y la austeridad del reinado de Felipe II, conservando sólo, dice un autor extranjero, aquello que nadie podía arrebatarles por existir en lo más recóndito del alma, su ingenio, su viva imaginación, y ciertos sentimientos de altivez que contribuían á desacreditar á los gobiernos, y que eran un elemento constante de rebelión y de indisciplina social.

---

echó fuera del tablado, hacia donde estaba el alguacil, el cual luego agarró dél fuertemente. Viendo San Pedro que llevaban preso al Cristo, traía un gran cuchillo, y arremete contra el alguacil, é derríbale las narices y parte de las quijadas de una gran cuchillada, y vuélvese al Judas é dióle tan gran cuchillada que le abrió la media cabeza. Vieran sus danzas é farsas todas arrevueltas, y un alboroto tan grande que fué cosa notable por eso. El Judas por la bellaquería que había hecho, sentencianle á dar doscientos azotes y galeras en el lugar, y al Cristo que le vuelvan á la Iglesia, y al San Pedro, porque defendió bien al Cristo le dieron por libre. Paresciéndole á Judas que le habían hecho agravio, cuando sanó de la cuchillada, apeló para Valladolid donde vieron el proceso y dieron por muy bien dada la sentencia de la villa, é mandaron que el Cristo se tornase á la iglesia, y dieron al San Pedro por libre é al Judas le enviaron á galeras. Esta es la suma deste negocio é proceso ansi en realidad de verdad.„

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO TERCERO.

CIENCIAS, LETRAS Y ARTES.

CAPITULO VIII.

Enseñanza pública.—Ciencias.

I. Daño que causó la política de la Casa de Austria.—Aislamiento de España.—Resistencia á que se encargaran de la enseñanza los frailes y los jesuitas.—Cuestiones en Madrid, Salamanca y Zaragoza.—Opiniones de algunos hombres doctos.—II. Efectos de la enseñanza clerical.—Decadencia de la universidad de Salamanca.—Otros establecimientos de enseñanza.—Ignorancia general.—Disciplina escolar.—Costumbres de los estudiantes.

I.

El poderoso impulso del renacimiento científico y literario del reinado de Doña Isabel apenas pudo arraigarse en la esfera oficial de la Casa de Austria, ya porque la atención de los monarcas estuviese concentrada principalmente en la guerra, ya porque faltasen los recursos necesarios, ya también por otro género de obstáculos que iremos analizando.

Cuando el ejército que sostenía nuestras conquistas y la honra de nuestro nombre á muchas leguas de su patria carecía de lo más necesario y recibía tarde y con merma su sueldo, no era posible que los reyes dedicasen grandes cantidades á los ramos de ciencias y de letras.

Digitized by Google

Se habría necesitado para esto no cometer el grave error de emprender tantas aventuras en el extranjero, y haber imitado la conducta de aquella prudentísima reina, que aun tratándose de un asunto tan colosal como el descubrimiento de un nuevo camino á las Indias, no quiso ni aun tratar de él hasta que concluyó con los asuntos interiores, unificando la patria.

Pero sus sucesores, lejos de imitar esta conducta, desoyeron constantemente la voz de sus consejeros, de los mismos á quienes comisionaban para proponer reformas, de las Cortes, de los municipios y de muchos particulares que se dirigían al rey pidiéndole, proponiéndole y aconsejándole reformas, que, si hubieran tenido cumplimiento, habrían puesto á esta nación á una altura extraordinaria.

Muchos hombres eminentes se atrevieron á manifestar claramente á los reyes lo equivocado de su política, y alguna vez á obrar por sí solos prescindiendo de las ideas dominantes en los que así nos arrastraban á una ruina cierta.

Cuando D. Fernando el Católico fué á visitar la universidad de Alcalá, creada por la constancia del cardenal Cisneros y la protección de la reina, el cardenal le dijo públicamente estas palabras, que envolvían todo su sistema de gobierno: «Señor, mientras vos formáis capitanes, yo trabajo por formaros hombres que honren á España.»

Pero no era fácil encontrar muchos cortesanos que tuvieran energía y autoridad bastantes para realizar de este modo sus pensamientos; así es que la mayoría de tantos útiles consejos eran verdaderas voces en el desierto, que quedaban como un generoso intento sin consecuencia alguna en la práctica del gobierno.

Cuando Europa se encontró con el riquísimo tesoro que España é Italia principalmente habían acumulado, se dedicó á estudiarlo y á aplicarlo, y produjo aquel progreso inmenso del siglo XVII, fundamento de todas las ciencias modernas. Los conocimientos orientales comuni-

Digitized by Google

cados por ambas naciones, el desarrollo de las artes, el descubrimiento de América, la vertiginosa actividad del siglo XVI en todas las manifestaciones de la vida en que tuvimos los españoles una parte tan importante, permitió á los filósofos y matemáticos del siglo siguiente establecer un nuevo orden científico, fundado sobre observaciones generales y sobre descubrimientos aislados, que no había habido tiempo de sistematizar.

España, que debía haber seguido esta senda gloriosa, cayó en el abandono y el aislamiento. Las fuerzas de la nación se consumieron en guerras de defensa; el espíritu español fué vencido en la lucha con la teocracia; y la enseñanza quedó sometida á los frailes y jesuitas, que nos trajeron la ignorancia científica.

En toda España hubo durante el siglo XVI constante resistencia á que los frailes, y especialmente los jesuitas, se encargaran de la enseñanza, que los Ayuntamientos, con gran previsión, querían conservar en su mano hasta que los jóvenes ingresasen en la universidad.

En muchos puntos se promovieron cuestiones ruidosas, cuya minuciosa relación no es del caso, porque no estamos escribiendo una historia de la instrucción pública en España, por lo cual vamos sólo á decir pocas palabras sobre Madrid y alguna otra población importante, con objeto de completar nuestro pensamiento en lo que se refiere al propósito de este libro.

En Madrid existía, por lo menos desde mediados del siglo XV, el estudio de gramática y humanidades, regentado por un profesor y dos ó más bachilleres, según exigían las necesidades de la enseñanza. Tenían estos profesores un sueldo fijo, casa, los honorarios de los alumnos que no eran pobres y algunos gajes variables, según consta, entre otros documentos, por una carta dirigida en 1483 al arzobispo de Toledo para que diese alguna cantidad al profesor de Madrid, como se la daba al de Guadalajara.

Solían ingresar en el estudio los profesores que lleva-

Digitized by Google

ban algún tiempo enseñando en su casa ó en una academia particular, y eran nombrados por oposición, que se anunciaba por cartas y edictos en Madrid y Alcalá, celebrándose los ejercicios en lugar á propósito hasta el 14 de Septiembre de 1517 en que se mandó que se celebraran de allí en adelante en el mismo local del municipio.

Los frailes en general y los jesuitas no miraban con buenos ojos estos estudios, y pretendieron siempre absorberlos, oponiéndoles una enseñanza, que aunque muy inferior en calidad y extensión, era gratuita, y se solicitaba por todos los medios de que el clero podía disponer, desde su influencia sobre las madres de familia hasta sus consejos en las casas de los grandes y en palacio.

En 1495 establecieron los frailes un estudio gratuito en el convento de San Francisco, pretendiendo llevarse la juventud á sus aulas. El ayuntamiento lo recibió muy mal, y después de muchos disgustos, que alguna vez alteraron el orden público, anunció por pregón en las calles el 22 de Octubre de 1512 que sería multado con pena de 2.000 maravedís el vecino cuyo hijos no asistiesen á los estudios de la villa por ir al de los frailes. No siendo esto suficiente, el 23 de Noviembre de 1513 acudió al rey, obteniendo una provisión en que se mandaba que los vecinos de Madrid enviasen sus hijos al estudio público; y por último en 16 de Noviembre de 1521 consiguió el ayuntamiento una nueva real provisión, prohibiendo que se enseñase gramática públicamente en ningún estudio que no fuera el de la villa.

El establecimiento de los jesuitas vino á aumentar y favorecer las pretensiones del clero respecto de la enseñanza, de tal modo, que siendo profesor el maestro Venegas en 1560 hubo ya cuestiones con la compañía, y el 2 de Abril de 1566 comisionó el ayuntamiento á dos regidores para que conferenciasen con el rector de los jesuitas, que estaban dispuestos, con tal que se les entregase la enseñanza, á darla gratuita y sostener dos profesores públi-

Digitized by Google

cos con el mismo sueldo de 25.000 maravedís, que daba la villa; pero no llegó á aceptarse esta proposición, porque el pueblo de Madrid se opuso de un modo enérgico á la enseñanza de los jesuitas, los cuales se quejaron amargamente muchas veces de estas contrariedades y de esta enemistad, declarando por boca del P. Rivadeneyra que «su enseñanza tenía muchos contrarios, que levantaron gran polvareda».

Todos los profesores que tuvo el estudio de Madrid fueron hombres notables, como Francisco de Gomara, el maestro Cedillo, Alejo de Venegas, el licenciado Jerónimo Ramiro, el licenciado Francisco del Bayo y el maestro Juan López de Hoyos, cuya justa celebridad salió fuera de España, y á quien por su mérito y su celo en la enseñanza, certificada por diversos informes y visitas de inspección del ayuntamiento, se aumentó el sueldo á 30.000 maravedís, además de darle, como á sus antecesores, casa, dos reales al mes por cada estudiante pobre y un cahíz anual de trigo.

A tan ilustres profesores y literatos aludía el P. Mariana cuando comparaba su erudición y buena enseñanza con la ignorancia y escasos frutos de la de los jesuitas.

Estos, fundados en una bula de Pío V de 10 de Marzo de 1571, por lo cual se les permitía establecer colegios de enseñanza á que asistieran estudiantes seglares á puerta abierta, y en otra de Gregorio XIII autorizándoles para conferir grados académicos, se dedicaron á perseguir todo género de estudios laicos, pontificios y reales, creando sus colegios para sustituirlos, con objeto de apoderarse de sus rentas é inculcar la enseñanza de sus máximas en la juventud.

Comenzaron esta guerra por las demás naciones, haciendo suyas las universidades de Alemania, excepto la de Colonia y las de Cracovia, en Polonia, y Praga, en Bohemia, luchando por apoderarse también de las de Dola y Lovaina. Esta última, que tenía una gran vida propia, se

Digitized by Google

dispuso á resistir enérgicamente y nombró un comisionado que viniera á España, á tratar con nuestras universidades, y especialmente con Salamanca, para que se opusieran á tal invasión. El comisionado, que fué el doctor y catedrático Cornelio Jansenio, llegó á la docta ciudad española, y fué recibido en claustro pleno el 26 de febrero de 1627. Presentó sus credenciales, autorizadas por la universidad y por el municipio de Lovaina, y pronunció una enérgica y elocuente oración latina contra la enseñanza de los jesuitas, siendo aplaudido por nuestros doctores.

La universidad, que obraba con la mayor prudencia en todos sus actos, acordó nombrar una comisión compuesta del doctor D. Pedro de Vega, el maestro Basilio de León, D. Martín de Revilla, el doctor Paulo de Maqueda y el maestro Félix de Guzmán, los cuales propusieron al claustro, reunido en 20 de Abril, que se contestara á una carta que había ya escrito sobre este punto la universidad de Alcalá, poniéndose de acuerdo con ella y con las demás del reino para resistir la influencia jesuítica; que se comisionase en Madrid al doctor D. Alvaro de Oca para que se impidiera que continuaran abiertos los estudios de San Isidro, cuya creación había causado tantos escándalos; que se acudiera á Su Santidad, á la infanta y á los consejos, y que se publicara un memorial contra la enseñanza de los jesuitas.

El rey llegó á vacilar ante tan enérgica oposición; y aconsejado indudablemente por los mismos jesuitas dirigió una atenta carta á la universidad de Salamanca, diciendo que no quería creer que aquel memorial le hubiese escrito la misma universidad; que ésta recogiese con la mayor diligencia todos los ejemplares y los remitiese al presidente de su Consejo, asegurando en cambio que los estudios hechos en San Isidro no tendrían efectos académicos.

Llevaba esta carta la fecha de 24 de Mayo de 1627, y recibida por la universidad se la aplicó aquella gran frase con que nuestro pueblo resistía las órdenes de los reyes

Digitized by Google

cuando le parecían injustas: «Obedézcase y no se cumpla.» Guardóse, pues, sin dar ni aun respuesta; de tal modo que en 4 de Agosto, creyéndose deprimida la autoridad real, el presidente del Consejo escribió una nueva carta diciendo al claustro que extrañaba mucho su silencio, y dándole consejos envueltos en amenazas; carta que tuvo la misma suerte que la del rey (1), continuando mientras tanto los

(1) He aquí estas dos cartas:

"Venerables Rector, Maestre escuela y Claustro de la Universidad de Salamanca: Hanme dado en vuestro nombre un memorial sobre los Estudios generales, que tengo mandado instituir en esta corte en el colegio de la Compañía de Jesús, para que la juventud de los muchos hijos de Grandes, Títulos y Caballeros que aquí se crían y otras personas tengan ocasión y camino seguro de saber, no sólo las letras humanas y historia y lenguas, sino también otras artes necesarias y convenientes para mi servicio y el bien de estos Reinos, sin cátedra ninguna de curso, ni en que se pueda agora ni nunca cursar, por condición asentada y expresa de la misma instrucción. Y porque en el modo del memorial se conoce bien que no ha salido de una universidad tan grave y docta, y á quien mis Progenitores y yo hemos favorecido tanto, y juzgarlo de otra manera el mundo recibís tanta ofensa y agravio, para acudir al remedio de todo se tratará de lo que conviniere hacer con quien semejante testimonio os hubiese ocasionado. Y agora os encargo y mando que todos los memoriales, así de la primera como de la segunda estampa, que pudiéredes recoger (haciendo para ello toda la diligencia posible) los recojais de mano de cualesquier personas que los tengan, y los hagais entregar luego al Cardenal de Trejo, presidente de mi Consejo, advirtiendo que se hará demostración con cualquiera que quedare, porque no quede memoria de cosa que tan mal os estaría se creyese ser Vuestra. Y en lo demás cumplireis lo que el mismo Cardenal Presidente os ordenare de mi parte, y para lo de adelante quedará muy á mi cargo favoreceros y mirar por Vuestro bien, conservación y acrecentamiento, como siempre lo he hecho. De Madrid á 24 de Mayo de 1627.—Yo el Rey. —Por mandado del Rey Nuestro Señor, Pedro de Contreras."

La carta al presidente del Consejo decía:

"Todos los sujetos de esa Universidad estimo como es justo y particularmente al Doctor Balboa, que es de partes tan aventajadas; espero al padre Basilio de León, y en llegando procuraré se despachen ambos con toda brevedad; pero admírome mucho que el memorial que se dió diga Vm. que es suyo, habiendo tenido carta de S. M. en que dice que no cree que lo fuese; ni yo me lo puedo persuadir, sino que lo hace Vm. por defender á sus autores; y me ha hecho

Digitized by Google

jesuitas trabajando en silencio y cerca del monarca, apoderándose poco á poco de las rentas de los estudios de latín y humanidades, y dedicándose después á recoger y destruir cuanto se había escrito en contra suya; de tal modo, que sólo se conserva lo que se guardó en las universidades, donde no lograron penetrar, ó algún papel que se libró de sus iras en manos curiosas.

Entre los muchos documentos raros que podríamos citar, elegimos una representación de las varias que se hicieron y que se conserva impresa en la Biblioteca de San Isidro de Madrid, habiendo escapado sin duda á la destrucción por pertenecer esta Biblioteca á los jesuitas. Se refiere principalmente á la supresión de la Academia de Ciencias, cuyos libros y útiles pasaron á los jesuitas.

Contiene cuarenta y nueve párrafos, en los cuales se hacen las observaciones siguientes:

«Que á la institución de las cátedras de la Academia de ciencias, obligó la importancia de estos estudios por no haber apenas arte en la república ni ministerio en la paz ni en la guerra que no se funde en las ciencias;—Que se instituyeron estas cátedras en el mismo palacio para que acudieran los nobles con facilidad;—Que estas cátedras no podían darse en instituto religioso ni en colegios ó escuelas adonde acudieran muchachos, porque dejarían de asistir los caballeros, soldados y artífices;—Que la vida religiosa se oponía al aparato y manejo de instrumentos para las prácticas y observaciones de día y de noche;—Que para enseñar la marina y el arte de la guerra, era

---

mucha novedad no hayan respondido Vmds. á la carta de S. M., y holgaría que la respuesta fuese tan acertada que remediase lo que se ha errado en ésta; porque deseo sumamente se encaminen todas las cosas con mucho acierto, y como conviene, y temo mucho que algunas acciones, que pudieran excusarse, no lo estorben; y me parece que lo que le puede estar á Vm. mejor es que no se crea que son suyas ni hechas con su autoridad. Guarde Dios á Vm. muchos años.»

Digitized by Google

conveniente haber practicado estas materias;—Que para servir en este punto á la república y al rey era necesario que los profesores se dedicaran exclusivamente á la enseñanza y pudieran comunicarse á todas horas con sus discípulos ó con quien quisiere consultarlos;—Que engañan mucho en estos estudios con sus apariencias los hombres teóricos, que parecen muy doctos y luego en la práctica se encuentran ignorantísimos;—Que los profesores de otras materias literarias, aunque sean afamados, no entienden de estas ciencias;—Que no corresponde esta enseñanza y calificación á los que por su profesión ó instituto no tratan de estas facultades, ni las entienden;—Que no puede privarse el bien público de la elección de profesores, viéndose obligado á recibir los que le dé una comunidad, tal vez por particulares intentos;—Que siendo tan especiales estos conocimientos, es inconveniente suponerlos ó aplicarlos á una congregación determinada, cuando deben elegirse en todos los estados;—Que vinculándose á una comunidad estos estudios cesará el fin del premio y oposición á las cátedras, y no habrá ya quien se aliente á su estudio;—Que de mil años atrás había habido siempre en España matemáticos y escritores de ciencias que habían dado á las naciones extrañas mucha luz;—Que los profesores de la Academia habían sido todos hombres insignes;—Que había en las universidades y en Castilla hombres que enseñarían con gran ventaja sobre los jesuitas;—Que S. M. debía mandar hacer concursos y oposiciones entre unos y otros;—Que los estudios científicos desdicen del estado religioso, como lo prueba el no conocerse ninguno de éstos que haya escrito sobre tales materias;—Que si alguno de ellos sabe algo será por casualidad, y puede engañarse á sí mismo y engañar á los demás al llevar á la práctica sus teorías;—Que los de ese instituto religioso no han escrito más que curiosidades poco útiles para no estar ociosos en la celda, como cosas de calendarios, espejos y relojes;—Que su enseñanza es sólo propia para muchachos;—

Digitized by Google

Que hay en la corte seglares que servirían las cátedras sin estipendio alguno y mucho mejor, sólo por la reputación de su patria;—Que si á los religiosos les mueve la caridad en la pública instrucción, enseñen en su casa sin privar que enseñen los demás;—Que habiendo ofrecido traer de otras naciones maestros, los propuestos no tenían ni experiencia, ni nombre, ni lengua, ni magisterio, ni teórica, ni práctica, como había de demostrar la experiencia.—Termina este papel con varias consideraciones y estas palabras: «La primitiva Compañía de Jesús, la examinó el Señor y uno le vendió.»

Distinguióse en esta oposición la ciudad de Zaragoza, que no permitió á los jesuitas establecerse en ninguna de tres casas que tomaron el año 1555; y cuando dos años después consiguieron que un vecino les regalara una suya y trataron de hacer la dedicación de la iglesia, hubo tales escándalos, que ni el virrey, ni el vicario general pudieron dominarlos. «Se les excomulgó, se mataron candelas, se cantó el salmo de *la Maldición*, se puso fuera del gremio á los que siquiera los tratasen, hasta el extremo de echar por esta causa de las iglesias á personas principales; se huía de ellos como de gente apestada, se les pintaba acompañados de demonios en cedulones fijados hasta en las puertas de las iglesias, se les silbaba, perseguía y apedreaba por los muchachos, y en nadie encontraban favor, ni en el prelado, ni en las religiones, ni en el pueblo.»

Ante esta resistencia tomaron el partido de abandonar la ciudad con el pretexto de ir á la conversión de moriscos, oyendo las silbas y zumbas de los muchachos (1).

---

(1) Les cantaban entre otras cosas:

Ya se acabó su poder;
Ya todos se les atreven;
A nadie quieren valer;
Ellos todos se lo beben, etc.

Digitized by Google

Sin embargo, con su habitual tenacidad volvieron y abrieron escuelas de latín y de pupilaje en 1580; pero éstas fueron cerradas al año siguiente y aquéllas en 1588 á petición de los jurados de la ciudad. Continuaron á pesar de esto sus constantes trabajos, y habiendo conseguido un gran legado para enseñar humanidades, volvieron á abrir sus aulas, hasta que en 1618 la ciudad mandó cerrarlas.

A consecuencia de la circular de Salamanca á las demás universidades del reino contra los jesuitas, la de Zaragoza les prohibió de nuevo la enseñanza en 1637; les puso un ruidoso pleito al año siguiente; se levantó en queja contra la mala enseñanza de latinidad y humanidades que daba la Compañía, y previno que los estudiantes de la universidad no pudieran nunca asistir á ninguna clase de los jesuitas.

Estas cuestiones se llevaron con tal tenacidad, que duraron hasta la misma expulsión de la Compañía (1).

---

(1) Son bastantes los documentos que se conservan de esta guerra á los jesuitas. Habiendo tenido "la desvergüenza„ de hacer oposición á una cátedra el jesuita Raulín, se describieron sus ejercicios de la manera siguiente:

Subió Raulín como él mismo,
Plantóse como acostumbra,
Empezó con su aforismo
Una venía que deslumbra,
Y no dijo un silogismo.
. . . . . .
A un matemático en dudas
Conquistó la Compañía
Con el dinero y ayudas;
Que sabe su tiranía
Sacar de amigos un Judas.
Este Eúclides en embrión,
Este Isopo en la figura,
Llevado de la ambición
Pretendió tener hechura
Para deshacer la unión.
. . . . . .

Digitized by Google

En Valencia la población y la universidad se opusieron también á la enseñanza de los jesuitas, produciéndose cuestiones muy graves, llegando á prohibirse rigurosamente que «ningún estudiante, bachiller, ni maestro, cursase materia alguna en convento, colegio ni otra parte que no fuese la universidad y con los maestros de ella; y que ni aun repasos de filosofía ó artes pudieran tenerse fuera, salvo en los colegios de Corpus Christi, Santo Tomás, Villena, Na Monforta y Mosén Rodríguez», que reconocían por madre legítima á la universidad. Hiciéronse diversos convenios en que alguna vez, para dirimir pleitos y cuestiones ruidosas, se llegó á permitir á los jesuitas que enseñaran «á las horas y de las materias que la ciudad les señalara».

Con el Rector no me canso,
Ni me pongo á razonar,
Porque es un hombre tan manso,
Que siempre que llega á hablar
Habla por boca de ganso.
. . . . . .
"Presente Raulín sus pruebas„
Fué el dictamen de los más,
Y con estas buenas nuevas
Fué el buscarlas por demás,
Pues no valieron dos brevas.
. . . . . .
Desistió al punto Raulín
Viendo mal parado el juego:
Dió vueltas como Arlequín,
Que la sangre y aquel fuego
Pasaron con este fin.
Por fiarse del sombrero
El zamarrazo llevó:
Que escarmiente el majadero,
Que el olio y obra perdió,
Esto es, cátedra y dinero.
Dicen que el padre Monreal
Le ofrece sombrero verde;
Con que no le estará mal
Por cátedra que aquí pierde
Ganar silla episcopal.

Digitized by Google

Sin embargo, no pudo impedirse que hubiera con este motivo constantes tumultos y «*escopetades de una y altra part, inquietant la pau pública*», que duraron hasta muy entrado el siglo XVII.

No queremos amontonar textos cuyas palabras son tan horribles que tal vez mancharan nuestro libro: creemos bastante citar la opinion de un jesuita tan ilustrado como Mariana, que creía justo que, vistos los efectos de la enseñanza de la Compañía, se les prohibiese enseñar por decreto público, calificando cuando más de remendones y siempre de ignorantes á los profesores jesuitas, y culpándoles de que los demás españoles no se dedicasen, como antes, al progreso y perfección de los estudios.

«Hanse encargado, dice, los nuestros de enseñar las letras de humanidad..... leen de ordinario dos ó tres años lo que no saben, ni quieren aprender. Enseñan á los oyentes impropiedades y barbarismos, que nunca pueden olvidar. No hay duda sino que en España hoy se sabe menos latín que hace cincuenta años. Creo yo, y aun antes lo tengo por muy cierto, que una de las causas más principales de este daño es estar encargada la Compañía de estos estudios; que si la gente entendiese bien el daño que por este camino se hace, no dudo sino que por decreto público nos quitarían estas escuelas, como se ha empezado á tratar. Veamos si sería buen gobierno que en los otros oficios se permitiesen los enseñasen los remendones con color de que son hombres de bien y enseñan virtud á sus aprendices..... Antiguamente los preceptores, como gastaban toda la vida en aquel oficio, unos sabían preceptos, otros poesía, otros erudición; entre los nuestros apenas hay quien sepa de esto. Los seglares por ver los puestos ocupados no se dan á estas letras y profesión..... ningún premio tiene la Compañía para las letras. De la misma manera tratan al letrado que al ignorante..... Hay falta de predicadores señalados..... lo mismo se puede decir de la erudición eclesiástica y letras humanas, que están muy

Digitized by Google

caídas. No las honran, antes bien las tienen en poco.»

Otros muchos textos análogos á éste, pero no tan contundentes por la autoridad de su autor, pudieran demostrar la desfavorable opinión que en España tuvo la enseñanza de los jesuitas, combatiéndoles unos por su ignorancia, otros por su organización, éstos por su no necesidad, y aquéllos por el exclusivismo con que pretendían apoderarse de la juventud y de las rentas propias de la enseñanza pública. Fray Diego de Carvajal, en su *Arte de gramática latina*, impreso en Valladolid el año de 1582, se lamentaba amargamente de que la Compañía quisiera la exclusiva de la enseñanza de la juventud: «Esta Compañía, dice, fué instituída para enseñar á los hijos de la república y para suplir la falta que hobiere, pero no para estorbar á otros que enseñen. Tampoco para ocupar los salarios; y éste fué el intento del que les mandó que no se pudiesen oponer á cátedra alguna.»

Fray Sebastián de Padrón en 1585, en su *Información de costumbres y maldad de los tiempos*, decía á este propósito: «Vinieron (los jesuitas) con intentos de matar las enseñanzas pasadas, y con el pretexto de dar lección gratuita acabarán con lo que queda de la nobleza de las artes con bárbaros ejercicios en sus cátedras.»

Lamentábanse otros de la falta de interés en la enseñanza científica, anteponiendo los intereses de la Compañía; de que no se les presentasen como modelo más que nombres de jesuitas, haciendo caer el olvido sobre los nombres ilustres, ajenos á la Compañía; y, por último, un juicioso escritor del siglo pasado decía: «Ninguna cosa hizo más daño que un estudio particular de una clase, que cuidaba de sus propios intereses más que de los generales.»

Colocada de este modo la enseñanza en segundo lugar por los mismos que debían practicarla con entusiasmo, vino á ser la instrucción pública y la misión del profesor escudo, no sólo de granjerías, sino de vicios. Cualquiera

Digitized by Google

enseñaba con tal de vestirse un hábito sacerdotal ó de una orden monástica, y con este pretexto entraba en los palacios de la nobleza y se encargaba de educar á los jóvenes de las casas grandes, llamando pomposamente ciencia un conjunto de devociones y vulgaridades, y confundiendo los austeros deberes del maestro con las complacencias del ayo y aun del ayuda de cámara, en la degeneración de lo que llama humildad la doctrina cristiana.

Y se defendía este derecho del clero y este exclusivismo de la enseñanza recordando é interpretando las palabras de Jesucristo: «Id y enseñad á las gentes»; hasta el punto de que hubo fraile dominico que sostuvo que sólo el clero era el depositario de la ciencia y del arte, y que bastaba para resolver los problemas científicos el juicioso y prudente conocimiento de las Escrituras. Así decía el P. Fernández Navarrete, autoridad nada sospechosa por cierto, hablando de este asunto: «Había muchos clérigos mendigos, ignorantes y vagos, que á título de maestros de gramática, que ignoraban, acudían con esa capa á ministerios serviles, indignos del estado sacerdotal.»

II.

Apoderados los jesuitas de la enseñanza, suprimidos los estudios de latín y humanidades, que llegaron á tener tantas rentas en España, y que favorecieron tanto la cultura y la ilustración pública; alejados de la enseñanza los profesores particulares, que tan buenos recuerdos dejaron en las ciencias y en las letras; erigidos los seminarios, que ofrecían una enseñanza, aunque barata y con porvenir, impropia para los que no se dedicaban á la Iglesia; perseguidas hasta su supresión las academias y los estudios especiales, y heridas de muerte las universidades por la triple enemistad y desconfianza de la corona, de la Inqui-

Digitized by Google

sición y de los jesuitas, la instrucción pública cayó en un abandono y en unos vicios que crearon la ignorancia de que no hemos salido todavía.

Perdiéronse en absoluto los estudios científicos; se olvidó nuestra propia ciencia hasta el punto de resucitarse los errores y preocupaciones de la Edad Media, que nuestros sabios habían combatido en el siglo XVI. El claustro, asilo de las ciencias, refugio tranquilo de los hombres estudiosos, lugar de meditación tras procelosa vida en servicio de la patria, se convirtió en asociación de holgazanes, ignorantes y viciosos, donde solamente algunos ingenios corrompidos para huir de la ociosidad escribían libros empalagosos de ridículo título, mereciendo por ello con frecuencia el nombre de pozo de ciencia y abismo de sabiduría los hombres más estúpidos y los que más se separaban del estudio de la naturaleza, que habíamos emprendido en el siglo anterior.

Nuestra patria retrocedió dos siglos, creándose bajo aquella enseñanza una juventud llena de vicios en el cuerpo y en la inteligencia.

Perdióse aquel empeño con que todas las clases de la sociedad querían, según una frase muy repetida, expulsar la propia ignorancia, y del cual puede servir de ejemplo el cabildo de Badajoz, que, observando en 1497 la ignorancia de los beneficiados dispuso que todos los años fuesen comisionados cuatro de éstos para estudiar en las universidades españolas y en las de París, Bolonia y Pavía, sin que pudiesen tener allí más ocupación que el estudio, ni quedarse en ninguna parte, sino cumplir la obligación de volver al seno del cabildo para difundir su ilustración y su ciencia.

El fondo de la enseñanza llegó á ser tan ridículo, que no salía de un ergotismo estéril, de problemas tan extraños, que hoy hacen asomar la risa á los labios, y de un casuismo que, abarcándolo todo solamente en el terreno especulativo, encerraba el mundo y la ciencia en una

Digitized by Google

serie de proposiciones, alejándose cada vez más de la naturaleza y de la verdad (1).

La ciencia, que había hecho tantos descubrimientos y había tenido tan admirable previsión, como hemos dicho en el tomo primero, cayó en un estado de miseria y ridiculez que apenas puede concebirse. Su análisis no corresponde verdaderamente á nuestro propósito y exigiría un estudio especial de gran extensión. Baste para nuestro intento resumir algunos de los problemas que se proponía aquella filosofía y en cuya discusión se empleaban tomos enteros. Proponíase si las aguas, las piedras y las plantas podían tener sentido; si podían parir los metales; si podían concebir los machos y tener una mujer trescientos sesenta y cinco hijos en un año; si era posible que el hombre tuviera los ojos en el colodrillo ó en el vientre; si podía el hombre convertirse en mujer. Y se discutían todas las cualidades del demonio, examinando si podían aplicársele todas las virtudes y defectos de las personas y de los ani-

(1) Una juiciosa escritora de aquella época protestaba de este modo contra aquella tiranía de la vida, que lo preceptuaba todo, contra aquel casuismo: "¿No sería necia prudencia de un rey que mandase á cincuenta sabios escribir á su hijo, nieto y biznieto todo lo que en vida han de hacer y decir por sus horas en cada hora y en cada día, y en cada semana, y en cada mes, y en cada año de toda la vida; y estos cincuenta sabios cada uno le escribiese muy grandes volúmenes, que así eran menester, y que su hijo y descendientes fuesen obligados á mirar aquellos libros todos de los sabios, y buscar cada hora lo que habían de hacer y seguir al que mejor dijese? Con razón dirían el hijo y nieto al rey: "Padre, mayor trabajo es buscar entre tantos libros lo que tengo de hacer á aquella hora y ver lo que todos dicen para tomar lo mejor, que no hacerlo; y después de tanto trabajo, lo mismo ó mejor lo hiciera yo á mi juicio.„

"¿No sería providencia necia de uno que tiene una heredad y edificio cerca, digna de ser vista, y gastarse mucho papel en describirla con palabras hasta cada hoja del árbol y su fruto, pudiendo sin este trabajo llevarlos á que la vean por vista de ojos, y no por la descripción que lo pone más oscuro y dificultoso de entender?... y no te dejarán para la vista de ojos sin trabajo nada, porque pensaron que no habías de tener entendimiento como ellos.„

Digitized by Google

males. Se discutía si la imagen reflejada por el espejo podía pecar, si tenía pecado original el que no había nacido de mujer, llevando estas cuestiones á un camino que no comprendemos cómo formalmente se podía escribir sobre ellas (1).

La universidad de Salamanca, que había llegado á declarar ilimitado y libre el número de cátedras de matemáticas, vino á tal pobreza en este punto, que en el siglo XVII no había ninguna; y cuando en 1700 se creó una, los profesores y el claustro se oponían, preguntando: «¿A qu é bueno esa cátedra?» Anunciáronse los ejercicios para proveerla; presentóse á ellos D. Diego de Torres Villarroel, y no pudo encontrarse en toda la universidad un libro de matemáticas para que el opositor, según costumbre, picara en él abriéndole para explicar sobre el punto que indicara la página.

Pero nada mejor que las mismas palabras de Torres, pueden pintar el estado de aquella universidad.

«Hallé, dice, en esta madre de la sabiduría á este desgraciado estudio sin reputación, sin séquito y en un abandono terrible, nacido de la culpable manía en que estaba el mayor bando de los escolares, así de éste como de las demás escuelas. Porque unos sostenían que la matemática

(1) Respondiendo á la pregunta de si un hombre puede concebir, y si pudiendo, puede parir por el muslo, el Rdo. P. Fray Pedro de Alba, de la regular observancia, en su *Nodus primus in communi, ex doctrina et stientia*, asegura que sí, y cita el caso de un hombre llamado Luis Rosel, que tuvo en el muslo derecho un dolor intolerable, y haciéndosele un tumor, que cada día crecía más y más, después de nueve meses salió de dicho muslo, con admiración de todos, un niño vivo, el cual fué bautizado, y se llamó Luis como su padre.

Parecerá extraordinario el hecho; pero todavía lo son mucho más las razones filosóficas con que se defendían tales desatinos. Una de ellas era negar la necesidad del útero para concebir y la de que el útero estuviese en su sitio ordinario, discutiéndose si la Virgen tenía útero ó si concibió en el corazón.

Digitized by Google

era una cuadernillo de enredos y adivinaciones, como la jerga de los gitanos, la charlatanería de los titiriteros y los descubrimientos de los Maese Corrales, y que todos sus sistemas y axiomas no pasaban de los cubiletes, las pelotillas, las estopas y la talega con su Juan de las Viñas. Otros, menos piadosos y más presumidos, sospechaban que estas artes no se aprendían con el estudio trabajoso como las demás, sino que se recibían con los soplos, los estregones y la asistencia de los diablos..... Otros, finalmente, aseguraban que no podía el matemático poner con el compás sobre sus pliegos un ángulo, un óvalo ó polígono, sin untarse de antemano todas sus coyunturas con el adobo en que dicen se remojan los brujos y las hechiceras cuando pasan los campos de Ciernígola, los desiertos de Barahona y el arsenal de Sevilla á recrearse con sus conciliábulos y zaramagullosas. Estas corrompidas imaginaciones, casi increíbles en la doctísima fama de tan grandes teatros, me acreditó también el silencio y la desnudez de la soberbia y anciana librería de la universidad de Salamanca, pues en sus andenes y en sus rincones no vi la rebanada de un globo, el arco de una esfera, el fárrago de una carta geográfica, la zanca de un compás, la astilla de una regla, ni rastro alguno de que hubiese pasado por algún tiempo en aquel salón ni en aquellos patios un pequeño ejercicio de práctica ó especulativa..... En este estado estaba la universidad de Salamanca y su librería cuando yo vine á ser su maestro, que fué el año de 1726; y hoy, que estamos á últimos de Junio de 1752, está del mismo modo, huérfana de libros é instrumentos, y muchos de sus hopalandas todavía persuadidos á que tiene algún sabor á encantamiento ó farándula esta ciencia, y nos miran los demás licenciados como á estudiantes inútiles y ruines.»

Aquella Casa de contratación ó universidad de mareantes de que habían salido tantos hombres ilustres, y que exigía estudios y exámenes rigurosos, aquella escuela

Digitized by Google

de ciencias creada por los Reyes Católicos, cuyos mapas y consultas eran recibidas con respeto en Europa, vino á un estado tan lamentable, que en 1650, según el testimonio del licenciado Francisco Ruesta, exigía sólo para ser piloto «saber leer en el Regimiento de navegación y firmar con letra clara!»

Y sin necesidad de aumentar textos nos bastará decir que D. Juan Gutiérrez Tello, maestre de campo y jefe de la guarnición de Sevilla, se lamentaba en 1650 de la ignorancia de sus tiempos, y decía: «Con igual sentimiento de ver el grande descuido que ponen muchos generosos españoles en buscar un buen picador para sus caballos, y pocos ó ninguno en buscar un buen maestro para la educación de sus hijos.» Y el doctor D. Luis Crespi de Borja, catedrático de Valencia, decía en la misma época: «Ya pasaron los tiempos en que era nobleza el estudio de las ciencias..... Hoy no se da mérito más que al arte de hacer comedias que provoquen á la deshonestidad..... Y esto se hace sin estudios, por donde se ve que todos huyen de la universidad y del maestro, habiendo venido el reino á perder la justa fama que le dieron tantos varones en los venturosos tiempos de los reyes pasados.»

Fuera de España sucedía lo mismo donde imperaba nuestro nombre. Ya no se intentaban ni menos se llevaban á cabo en Flandes empresas como la Biblia políglota, ni nuestros embajadores eran agentes literarios ni científicos en toda Europa, ni nuestros soldados asistían á las cátedras y á las academias en Italia. Por el contrario, cesaron del todo este género de vínculos, y el libro italiano dejó de ser popular en España. Nuestra voz enmudeció en las universidades extranjeras y nuestra lengua perdió la universalidad en ciencias y artes, conservando sólo el nombre en la literatura y especialmente en la dramática. La sed de oro de un pueblo hambriento, la desmoralización é ignorancia del ejército, la codicia de los jefes y gobernadores se sobrepusieron á las antiguas virtudes y al

Digitized by Google

entusiasmo por las ciencias y las letras. Compárese el juicio que sobre la universidad de Nápoles hemos insertado en otro lugar de este libro, tomándolo de Tiraboschi, con el que hizo Origlia en los tiempos de que vamos hablando, que es tan vergonzoso que no queremos traducirle á nuestra lengua (1).

El desprecio á la enseñanza y las universidades, producido por el odio que las profesaban los frailes y por la extensión de la ignorancia, llegó á tal punto, que en 1682 el fiscal de hacienda propuso á Carlos II la incorporación á la corona de las rentas de las universidades y la supresión de éstas. Y verdaderamente, hemos dicho en otra parte, aquella supresión que parece un atentado horrible contra la cultura y la ciencia, tenía, ó por mejor decir, tiene á nuestros ojos una disculpa, porque la enseñanza había decaído tanto, que las universidades eran una rémora para el progreso, y así como en los siglos XV y XVI nuestros más grandes hombres en todos los ramos de la vida pública se gloriaban de haber estudiado en ellas, los genios del siglo XVII como Lope, Calderón y otros muchos, tenían por principal mérito no poseer apenas grados académicos, y si hubieran cursado muchos años bajo la dirección de aquellos profesores estúpidos é ignorantes, habrían perdido la fuerza y la gala de su ingenio en ridículas cuestiones escolásticas.

En todas las universidades, y especialmente en Salamanca, la disciplina escolar estaba resentida desde el rector al estudiante. El carácter tradicional y austero de

(1) Quelli spagnuoli proposti al governo..... mettevano ogni lor cura piuttosto in cacciar dalle loro viscere somme rilevatissime d'oro, ed impingnarsi col sangue de nostri che in pensar di promovere le lettere et le scienze..... Avevano in sospetti ogni genere de novità. Venero, egli è vero, di tempo en tempo da Spagna alcuni nobili spiriti..... ma quel tanto, che di buono durante il lor governo si faceva, era poscia dá lor successori distrutto e guasto.—GIAN GIUSEPPE ORIGLIA, *Storia dello studio di Napoli.*

Digitized by Google

aquella grave asamblea de la ciencia se había transformado en un cuerpo viciado é invadido por la relajación de las costumbres. Comenzó aquella larga serie de rectores, que eran elegidos sólo por ser hijos de grandes de España, y que forma una lista de cuarenta y siete nombres de hijos de condes ó duques (1), que sucedieron, sin más tí-

(1) He aquí la lista de aquellos rectores, que no solían tener más mérito que el título de nobleza.

1610.—D. García de Haro, hijo del marqués del Carpio.

1611.—D. Melchor de Moscoso y Sandoval, hijo del conde de Altamira.

1614.—D. Vicente Pimentel, hijo del conde y duque de Benavente.

1615.—D. Diego Pacheco, hermano del marqués de Villena y duque de Escalona.

1616.—D. Gaspar de la Cueva, hijo del marqués de Velmar.

1617.—D. Juan Pacheco, hijo del marqués de Cerralvo.

1619.—D. Manuel Enríquez, nieto del marqués de Toral.

1620.—D. Enrique de Haro, hijo del marqués del Carpio.

1621.—D. Carlos Gonzaga, príncipe de Bódoli.

1622.—D. Antonio de Luna, hijo del marqués de Salvatierra.

1623.—D. Enrique de Guzmán, hijo del marqués del Carpio.

1624.—D. Claudio Pimentel, hijo del conde de Benavente.

1625.—D. Vicente de Calatayud y Toledo, conde del Real.

1626.—D. Claudio Pimentel, hijo del conde de Benavente.

1628.—D. Claudio Pimentel, hijo del conde de Benavente.

1629.—D. Lope Pimentel, hijo del marqués de Tobara.

1630.—D. Francisco Sarmiento de Luna, hijo del conde de Salvatierra.

1631.—D. Antonio de Benavides, hijo del conde de Santisteban.

1632.—D. Pedro de Deza y Aguila, hijo del conde de Fuente del Sauco.

1633.—D. Gaspar de Velasco y de la Cueva, hijo del conde de Siruela.

1634.—D. Juan de Bernui y Mendoza, hijo del mariscal de Alcalá.

1635.—D. Antonio de Córdova y Aragón, hijo del duque de Cardona y Segorbe.

1636.—D. Francisco de Borja y Aragón, hijo del duque de Villahermosa.

1638.—D. Pascual de Aragón, hijo del duque de Cardona y Segorbe.

1639.—D. Diego de Zúñiga, hijo del duque de Béjar.

1641.—D. Alvaro de Luna, hijo del conde de Montijo.

Digitized by Google

tulos que su blasón aristocrático, á los antiguos y respetabilísimos doctores, jefes del claustro por su saber, su doctrina y sus virtudes; rectores que, como casi todos los demás nombrados para adular á familias poderosas, no tuvieron fuerza ni prestigio para conservar el lustre de la universidad ni aun para mantener su disciplina.

Las casas de estudiantes, tan respetadas antiguamente, que Felipe II en 1543 había dirigido un *ruego* á la

---

1642.—D. Fernando de Moscoso y Osorio, nieto del conde de Altamira.

1643.—D. Fernando Bazán, hijo del marqués de Biso.

1645.—D. Baltasar de la Cueva, hijo del duque de Alburquerque.

1646.—D. Gaspar de Guzmán, hijo del duque de Medina Sidonia.

1647.—D. Antonio Manrique Zúñiga y Sandoval, hijo del marqués de Villamanrique.

1648.—D. Melchor del Moscoso y Bejar, marqués de Leca.

1649.—D. Ambrosio Spínola y Guzmán, hijo del duque de San Lúcar.

1650.—D. García de Hurtado de Mendoza, hijo del conde de la Corzana.

1651.—D. Antonio Calatayud y Toledo, hijo del conde del Real.

1652.—D. Vicente de Calatayud y Toledo, hijo del conde del Real.

1653.—D. Juan Bautista Ayroldo, hijo del conde de Lezo.

1654.—D. Gabriel Manrique, hijo del marqués de Aguilar.

1655.—D. Juan Jacinto Manrique, hijo del marqués de Aguilar.

1656.—D. Baltasar de Rosales, hijo del conde de Valle.

1658.—D. Antonio Ladrón Vélez de Guevara, hijo del conde de Campo el Real.

1659.—D. Pedro Sarmiento de Toledo, hijo del conde de Gondomar.

1660.—D. Beltrán Ladrón Vélez de Guevara, hijo del virrey de Cerdeña.

1661.—D. Jacinto de Andrade y Castro, hijo del conde de Maceda.

1662.—D. Jaime de Palafox y Cardona, hijo del marqués de Arisa.

1664.—D. Rodrigo Jerónimo Portocarrero, hijo del conde de Medellín.

1665.—D. Pedro de la Cerda y Trejo, hijo del marqués de la Rosa.

1667.—D. Francisco Adda, marqués de San Juan.

1670.—D. Gaspar Márquez de Prado y Bracamonte, nieto del conde de Peñaranda.

1692.—D. Luis de Aragón y Benavides, hijo del conde de Santisteban.

Digitized by Google

universidad pidiendo permiso para que por una sola vez sirviesen de alojamiento á los grandes que le acompañaban, habían venido á ser asiento y lugar de todos los vicios y motivo perenne de escándalos, sin que los rectores tuvieran fuerza bastante para poner remedio ni para hacer que se cumplieran las órdenes de la superioridad. Deseando ésta atajar tan grandes males había dictado severas providencias, cuyo estudio podría decir más que una pintura directa cuál sería el estado de la moralidad en aquella escuela á que concurrían todavía cerca de 8.000 estudiantes y estaban agregados 27 colegios y 25 conventos (1), cuyos alumnos rivalizaban entre sí, no ya en la ciencia y en la disciplina, sino en aventuras, riñas, desafíos y galanteos.

Hubo que mandar que se cerraran con llave las puertas de las casas donde vivían estudiantes á las siete de la noche desde 1.º de Octubre hasta 1.º de Marzo, y á las diez desde este día hasta fin de Septiembre; se prohibió que los estudiantes jugaran más de dos reales y que se les prestase dinero sino para enfermedades, calzado, papel y tinta; fué necesario recomendarles que asistieran á cátedra y á misa y recibieran los sacramentos; se les prohibió jurar y blasfemar, que admitiesen en su casa mujeres sospechosas y que estuviesen de huésped en casa de casado, imponiendo por faltar á este último precepto diez mil maravedís de multa y destierro al dueño de la casa, y treinta días de cárcel al estudiante por la primera vez y destierro por la segunda.

Eran frecuentísimos los desórdenes públicos: en 1644

---

(1) El número de estudiantes de Salamanca se presta á estudios curiosos como los que se han hecho respecto de otras universidades extranjeras, examinado en relación con los sucesos políticos.

En el siglo XVI llegó á 7.882, y en el XVII comenzó á disminuir, de modo que hubo años en que no llegó á 2.000 y en su segunda mitad no pasó nunca de 3.000.

Digitized by Google

hubo un grave tumulto, trabándose luchas sangrientas en que murieron D. Diego Suárez de Solís y D. Lope Pimentel, colegial mayor de Oviedo, siendo herido el corregidor. Durante el curso los estudiantes no pensaban en coger un libro, de tal modo que, según un informe oficial, no se presentaban en la universidad sino para matricularse ó para tomar parte en los motines y asonadas.

En Zaragoza hubo que prohibir en 1593 el uso de espadas, dagas, pedreñales y arcabuces. La votación de catedráticos produjo grandes tumultos en 1671, 1672 y 1679, teniendo que prohibir de nuevo en 1684 el uso de armas y el andar en cuadrilla por la calle. En 1596 y 1679 hubo en el templo escándalos tan atroces, la primera vez en presencia del virrey y la segunda en presencia del arzobispo, que se llegó á ofrecer doscientas libras al que descubriese al cabecilla.

Respecto de la moralidad y costumbres de los estudiantes, llegó á decir un obispo que no había diferencia alguna entre los cursantes de las casas más nobles y los rufianes más deshonestos.

En aquella horrible y repugnante confusión de lo religioso y lo profano, «empezaban por hacerse amigos, jurando no obedecer nada *licitis et honestis;* se llamaban graduados en el arte *pro pane lucrando,* que era el de la baraja; juraban por el *Ahí va* del caballo de copas; iban á la sopa del convento y disputaban á golpes sobre quién había recibido más *de profundis*, armando cuestiones ó pelotèras *de clamavis* por una tajada, que alguna vez jugaban después á las cartas, terminando con un *Miserere* (riña á navajadas). Decían que no querían más oración que el *Salve Domina:* celebraban sus fiestas con las palabras de Moisés: *Sederunt biberi et surrexerunt ludere;* contestaban que el lema de su carrera era buscar en todas partes *charitas bonitas*, que traducían *caritas bonitas;* comparaban sus más torpes vicios con los misterios de la religión de un modo que no nos atrevemos á repetir; llama-

Digitized by Google

ban á los hijos que tenían con las patronas *filius espiriti*, y al emborracharse *clarificare Dominum;* hacían á los padres silogismos en *barbara,* y á las mujeres argumentos en *celarem,* echándolas maldiciones cuando no les contestaban en *darii;* se encomendaban en sus picardías con las palabras *tu-nos ab hoste protege*»..... Tal era la moralidad y la vida de aquellos estudiantes de teología.

Tantos escándalos y tan frecuentes cuestiones con los vecinos movieron á Felipe IV á autorizar á la universidad de Salamanca para trasladarse á otra población (1).

En muy pocos años, y á medida que descendía la ciencia, se desarrolló otro grave mal: el lujo, que comenzando por suntuosos trenes en los rectores, había invadido hasta los más pobres estudiantes. Ya no eran aquellos aplicados é ingeniosos jóvenes que vivían con penuria gastando un solo traje en toda la carrera, vestidos con modesta uniformidad, que nivelaba el origen y las familias. Muchos iban seguidos de elegantes criados, vivían suntuosamente, pasaban la vida de sarao en sarao y de banquete en banquete, contrayendo enormes deudas; sin que hubiese servido de nada la real provisión dada en Valladolid el 30 de Agosto de 1608 prohibiéndoles rigorosamente andar en coche ó á caballo, usar colgaduras de seda, vestir con lujo inusitado y tener criados que no fueran los antiguos fámulos, estudiantes también. Pero esta misma provisión que proscribía el lujo, estaba ya contaminada del vicio de la corte, mandando usar á los estudiantes el ferreruelo de los cortesanos.

---

(1) D. Vicente Lafuente en su *Historia de las Universidades*, hace notar que igual autorización se había concedido otra vez en los tiempos no menos calamitosos de Enrique IV.

Digitized by Google

CAPITULO IX.

Literatura.

I. Principio de la decadencia.—Literatura ascética.—Costumbres de la corte.—Influencia de la teocracia.—El púlpito.—Literatura dramática.—II. La imprenta.—Sus vicisitudes.

I.

La literatura, que había comenzado á desarrollarse, según hemos dicho, con tan poderosos medros en el reinado de los Reyes Católicos, abarcando todas las manifestaciones de la vida intelectual y floreciendo en todos los ramos del saber humano, fué viéndose restringida en su inmenso campo, día por día, bajo la suspicacia de Felipe II.

Enemigo éste de las letras humanas en cuanto no conspirasen á la defensa del catolicismo, y no diesen un resultado práctico inmediato, una aplicación material; temeroso de que las teorías científicas tuviesen puntos de contacto con la revolución religiosa, y queriendo desde el trono marcar un camino recto, estrecho é invariable á las ciencias y al pensamiento humano en general, alejó de sí á los literatos y sometió á muchas y diversas censuras todos los escritos, ayudándole maravillosamente en esta empresa la Inquisición; de tal modo que año por año se ven crecer al frente de los libros las censuras, las aproba-

Digitized by Google

ciones, los informes y hasta las tasas y la fe de erratas autorizada, para que, ni con el pretexto de una equivocación de la imprenta, pudiera decirse nada que fuera contrario á aquel tenebroso sistema religioso y político.

Así el campo de las letras fué limitando sus horizontes, y cuando murió Felipe II y le sucedió su devoto hijo, quedó ya asegurado en España el sistema de represión; pero sin las grandes ideas que, aunque equivocadas, tuvo con frecuencia Felipe II, sin aquel pensamiento absurdo pero grande de resistencia, sin aquella unidad activa para dirigir los espíritus por una sola vía y concentrar sus miras en un solo punto, sin aquella prudencia, inspirada muchas veces por un sentimiento personal de justicia, que no puede negarse tuvo Felipe II.

Hubo en este rey, cuyo carácter es todavía un problema para los historiadores, un grave error; pero hay que reconocer en él condiciones distinguidas que no tuvieron ninguno de los sucesores de su familia. Felipe II con otras ideas, con otros móviles, con otro objeto final, habría podido ser el mayor monarca de España, el complemento de los Reyes Católicos, el fundador de una nación tan poderosa y tan sabia que hubiera eclipsado á las demás de Europa y continuase hoy todavía su grandeza.

Pero si es preciso reconocer en él estas grandes cualidades personales, por eso mismo y ante las consideraciones que acabamos de hacer, debe ser más duro el juicio histórico, porque hay que exigirle mayor responsabilidad en todos sus actos y del conjunto de una política que abría en el porvenir un abismo para la nación.

Sus tres sucesores dotados de un espíritu apocado, sometidos á favoritos, y, por último, á la superstición y á las preocupaciones, incapaces de comprender la gran misión de un rey ni aun el pensamiento de Felipe II, se vieron esclavizados desde luego por todas aquellas trabas que había creado para los demás y que él manejaba y dirigía desde la altura de su omnímodo poder.

Digitized by Google

Entregados á la devoción, como Felipe III, á los placeres y á la disipación, como Felipe IV, y á la mojigatería y á los consejos del clero, como Carlos II, sólo dieron protección y vida á las obras que podían halagar estas aficiones, que se infiltraron y dieron carácter á la vida de la corte.

La literatura, perseguida en las grandes empresas de la filosofía y de la ciencia, despreciada y desatendida en caminos nuevos ó no trillados, no encontró más puerta abierta que la de la religión y el teatro, y por ella se precipitó anhelante con aquel brío que todavían atesoraban los españoles del último tercio del siglo XVI.

En la senda religiosa se encontró con los obstáculos de la Inquisición y del propio temor á parecer que defendía en algún modo la libertad del pensamiento, y por tanto incurrió en todos los ridículos defectos que han sido y serán por mucho tiempo motivo de las más acres y satíricas censuras (1). Se alejó de aquel grandioso campo abierto por nuestros teólogos y literatos, de la elevada erudición y poesía de fray Luis de León, de la profundidad filosófica de fray Luis de Granada, de la severidad de doctrina de Arias Montano, Melchor Cano, Pereira, Soto y otros tantos que nos habían dado inmensa gloria y se habían impuesto en Roma y en los concilios, y vino á caer en una serie de conceptos ridículos y pobres, en una erudición empalagosa, en una relación de milagros fingidos ó estúpidos, en una multitud de escritos cuyo sólo título es hoy motivo de risa, y que habían de llegar con

(1) Es muy curioso el juicio de Tomás Raynal sobre la lengua castellana y su estado en el siglo XVII: "Es resplandeciente como el oro puro y sonora como la plata; el giro y estilo de ella es grave y medido, como el baile de su nación; noble y decente, á manera de las costumbres de la antigua caballería..... Luego que haga enmudecer á la Inquisición y á sus universidades, se elevará la lengua por sí misma á ideas grandes, á las verdades sublimes á que la llama la presunción y orgullo natural de la nación que la habla.

Digitized by Google

el tiempo á donde no podría sospechar la imaginación más fantástica y burlesca, dejando muy atrás los títulos con que tan graciosamente bautizaba D. Quijote á los caudillos que veía al frente del rebaño de corderos.

Así llegaron á escribirse aquellas obras tituladas «Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo», «Ensalada hecha con hierbas del huerto de la Virgen», «La buenaventura que dijo un alma en traje de gitana á Cristo», y otras por el estilo que no queremos citar, porque respetamos el buen gusto de nuestros lectores (1).

Las leyendas, que tanta importancia habían tenido en nuestra literatura desde Berceo que las recogió, y que bien analizadas eran grandes lecciones encerradas en forma poética, vinieron á ser en esta degeneración literaria cuentos ridículos, que nada enseñaban, que nada preceptuaban, y que sólo conseguían llenar la cabeza de un pueblo ignorante de estúpidas creencias y su corazón de miserables temores.

La poesía ascética no pudo desarrollarse más que en manos de frailes vulgares y groseros; de modo que, lejos de ser una serie de meditaciones sobre el fin del hombre y la nada de la vida, y de tender á una gran profundidad filosófica, se convirtió en una colección de décimas ó coplas monótonas ó ridículas, que habían de terminar por necesidad en las *saetas espirituales* que cantaban los fran-

(1) Puede servir de muestra el siguiente:

"Asaltos al oscio; con que en diversos ratos perdidos dió bateria á la Pereza el cañon de Francisco Joseph de Aldana Tirado Q. L. D. O. Y. C, á la más Pura candida y rutilante Aurora que en su primer albor amaneció tan diáfana al Dia de la Gracia sin pasar las lobregueces de la Noche de la culpa que (hallándola preservada del común contagio de la primer inobediencia) por copiar los rayos de sus luces se adocenaron en corona las estrellas, se entretejió para vestirla el Sol, y se formó argentado chapin la barra de plata de la Luna, á María Santísima Madre de Dios Omnipotente en su soberana imagen milagrosa de Nuestra Señora de los Reyes. O. S. C. S. M. E. C. R. Año 1692.„

Digitized by Google

ciscanos en sus misiones y después los postulantes de la ronda del *pecado mortal.*

El abuso del nombre de Dios, de la vida monacal, de las comparaciones religiosas y de una educación empírica, crearon un gusto extraviado, que penetró no sólo en la literatura, sino en los mismos actos religiosos, mezclándose en todos ellos lo sagrado y lo profano, de modo que llegó á repugnar á las personas que conservaban algún sentimiento discreto.

Celebrabánse en los templos comedias y entremeses, que habían degenerado hasta el punto de que el concilio de Toledo de 1565 dijo que «estas fiestas no se permitirían en los sitios más viles y disolutos»; y aunque fueron prohibidas terminantemente varias veces, no fué posible desterrarlas; de tal manera que muchos hombres graves é ilustrados siguieron lamentándose de su celebración, y el P. Mariana las describe de este modo: «Se introducen en las iglesias mujeres de mala vida, y se representan allí cosas que los oídos se horrorizan de escuchar, y que no es posible repetir sin sonrojo.»

Cantábanse en las iglesias villancicos, seguidillas y motes de un género tal, que uno de nuestros literatos se pregunta asombrado: «¿Qué fin se propondrían sus autores y los que mandaban escribir tales obras?»

No queremos abusar del buen gusto y de los sentimientos religiosos del lector recordando algunos de estos villancicos sobre los puntos más delicados de la religión; pero como débil muestra citaremos el estribillo que se cantó después de la Epístola en las solemnes fiestas celebradas por la Inquisición de Granada en la canonización de Pedro Arbués (1664), según la relación escrita por el mismo comisario del Santo Oficio:

Manden rezar la oración
Del Santo, á quien una noche
Mató la hebrea nación;

Digitized by Google

Y manden á troche y moche,
Que yo rezaré á trompón.

—

Tome un cuarto, devoto, y rece
De Pedro sagrado la vida y la muerte.
Oigan, pues, que las coplas empiezo,
Y yo me las canto y yo me las rezo.

Eran también muy comunes canciones religiosas que se acomodaban al metro y á la música de cuentos, cantares populares y juegos de niños ó de prendas, degenerando casi siempre en una forma ridícula y en pensamientos vulgares y prosaicos, impropios de una religión tan digna, tan filosófica y tan delicada como la cristiana.

Sobresalió en este género, que hoy nos parece bufo, Alonso de Ledesma en sus *Juegos de Noches-buenas*, en las cuales cantó la virginidad de María al son del juego

¿Qué es cosicosa
Que pasa por el mar y no se moja?

Y su protección maternal al de

Luna, luna, que reluces
Toda la noche me alumbres;

empleando en sus canciones estos mismos estribillos, y convirtiendo la poesía sagrada en glosa de acertijos, jeroglíficos y charadas hasta un punto que sería difícil comprender, si no se leyeran semejantes irreverentes despropósitos.

El examen de conciencia, hecho por los diez mandamientos, le inspiró el cantar que termina:

Dime ¿cuántos de estos diez
Pones en ejecución?
De codín, dé codón,
¿Cuántos dedos tienes en tu corazón?

Digitized by Google

El juego de

¿Conoces á Pero Gil
El que tiene la boca así?

le inspiró la canción de la fealdad del pecado.

El de

Hon, hon
Vente á mi rincón

le sirvió para explicar la creación de los conventos y los frailes.

El de

¿Dónde pica
La pájara pinta?

la influencia del Espíritu Santo.

El de

Quiquiriquí
Calla, bobo, que no es para tí,

le aplicó á la negación de San Pedro.

Y el de

Arráncote, nabo,
Que buen azadón traigo,

le sirvió para poner estas palabras en boca de Jesucristo, salvando al pecador.

Además aplicó á los misterios de la religión y á la vida de Jesucristo otros muchos juegos, como el de la gallina ciega y el escondite, suponiendo en este último que el alma *se queda* y Cristo *se esconde*.

Se aplicaban las palabras de la Biblia y de Jesucristo, así como los misterios más sagrados, á los hechos vulga-

Digitized by Google

res y aun repugnantes de la vida; resultando de aquí una serie de impiedades de que hoy se avergonzaría el hombre más incrédulo y de peor educación social.

Todo el mundo sabe que cuando nació D. Juan de Austria, fruto de los escandalosos amores de Felipe IV con la Calderona, se aplicaron sacrílegamente al recien nacido estas palabras: «*Johannes vocabitur nomen ejus, et in nativitate ejus multi gaudebunt.*»

En la cámara de Felipe IV se representaban comedias burlescas sobre asuntos religiosos, en las cuales no había personaje del antiguo y del nuevo Testamento que no fuera puesto en ridículo, ni misterio que no fuera profanado, buscándose consonantes para que cayeran los poetas en palabras obscenas, hasta el punto de que Calderón, siendo poeta cesáreo y tan favorecido por el rey, tuvo que abstenerse de asistir á tales fiestas, creyendo que no podía autorizarlas con su presencia.

Uno de nuestros primeros literatos describe así una de estas diversiones: «Hallábase una tarde cansado el príncipe de jugar á la pelota; rodeábanle sus juglares y criados, y aburriéndole el despacho de los negocios y el oir tristes nuevas de las rebeldes provincias de Portugal y Cataluña, quiso divertir melancolías con una comedia improvisada. El coliseo del Buen Retiro, á punto, brindaba con magnífica decoración de selva, á quien supo dar vida el célebre ingeniero Cosme Lotti. Dispusiéronse á obedecer los servidores, señaló por argumento el monarca la creación del mundo y se distribuyeron los papeles. El de Padre Eterno tocó al septuagenario Luis Vélez de Guevara, uno de los mejores cortesanos de España, ujier de la cámara de Su Majestad, á quien dieron singular nombradía sus agudos sazonados chistes, y más de cuatrocientos dramas, sorprendentes por el rumbo, el tropel, el boato y la grandeza. La parte de Adán, por su edad lozana, estuvo á cargo de D. Pedro Calderón; desempeñaría la de Eva algún otro escritor no menos autorizado; de Abel hizo Mo-

Digitized by Google

reto. Calderón había hurtado á Luis Vélez algunas golosinas, y entre ambos se entabló en la comedia el siguiente diálogo:

ADÁN.

Padre Eterno de la luz,
¿Por qué en mi mal perseveras?

PADRE ETERNO.

Porque os comisteis las peras;
Y juro á Dios y á esta cruz
Que os he de echar á galeras.

Adán soltó después la taravilla en su defensa; mas como no acabase nunca, exclamó el Padre Eterno:

Por el cielo superior,
Y de mi mano formado,
Que me pesa haber criado
un Adán tan hablador.

No fué menos oportuno Moreto. Siguióse animada escena de galán y dama, en que nuestros primeros padres se decían muchas ternezas, á este modo:

ADÁN.

Eva, mi dulce placer,
Carne de la carne mía.....

EVA.

Mi bien, mi dulce alegría.....

Moreto, que estaba impaciente por salir del teatro, concluyó la copla con libertad insufrible hoy á nuestros oídos. Pero no nos sorprenda en el alcázar de nuestros reyes, cuando en aquellos siglos no causaba extrañeza que en la profesión de una monja se leyesen y cantasen versos llenos de voces y alusiones verdes y coloradas, cuanto menos en un coliseo y en el trato familiar.

Digitized by Google

Estas costumbres llegaron á formar un verdadero sistema, por medio del cual se excitaban las pasiones de la carne en los conventos de monjas, arrastrando á aquellas infelices á los más horribles extravíos del vicio y algunas veces á la locura.

A este mismo fin contribuían también las artes, llevando al claustro pinturas de santos y mártires desnudos, de robustas y bellas formas; abuso que fué combatido y censurado en diversas obras.

Así se explican aquellos horrores repugnantes que aparecían en las causas formadas por la Inquisición, que con frecuencia tomaban el carácter de heréticas, porque no se descubría sólo en ellas el resultado de un vicio ó de un acto inmoral, sino un conjunto de ideas monstruosas, de interpretaciones deshonestas de la Sagrada Escritura, y de teorías religiosas que aprobasen los pecados más nefandos y las profanaciones más repugnantes.

Enseñábase á aquellas pobres reclusas, encerradas la mayor parte violentamente y en temprana edad, que les eran permitido los pecados carnales, con tal de no tener sucesión; que el sacerdote podía absolverlos y tolerarlos; que había en ellos una verdadera penitencia; que eran una compensación á su fe y á su clausura; que el capellán reemplazaba á Jesucristo en el matrimonio que celebraban al llamarse esposas del Señor, y que era idéntico el amor divino y el amor humano, dedicando éste al clero.

Así hubo causas en que se descubrió que las monjas llamaban al Espíritu Santo el *Quemón*, porque abrasaba su sangre al ponerse en contacto con el confesor, y así también puede observarse que resultaban siempre condenados éstos ó los frailes no por una sola falta, á que podría servir de disculpa la flaqueza humana, la ocasión ú otra de las muchas causas que pueden atenuar una caída, sino por multitud de abusos del mismo género. El P. Capa fué sentenciado en Toledo por haber tenido estas comunicaciones con cuarenta y dos monjas; el

Digitized by Google

P. Chamizo con veintitrés y el P. Parra con treinta y cuatro (1).

Escribíase la vida de Jesucristo, la de la Virgen y de los santos en tono de burla, empleando comparaciones indignas, con frecuencia obscenas, y usando un lenguaje lleno de equívocos y de sutilezas malsonantes; escuela que terminó por el *Poema de San Benito de Palermo,* que comienza por el bautizo de este Santo, comparándole con un huevo:

Diéronle con gran cuidado
El bautismo consagrado
Donde la gracia se fragua,
Y al irle á pasar *por agua*
Vieron que estaba *estrellado.*

Se glosaban los cánticos de la Iglesia y las oraciones, aplicando unos y otras á los hechos más vulgares y repugnantes de la vida; y aun las glosas en que el autor se proponía un objeto moral, eran groseras en la forma.

Fr. Luis de Escobar glosó el *Miserere* y el *Ora pro nobis*:

Los ambiciosos y malos
De soberbia y vicio llenos,
Tratando mal á los buenos
Los quieren mandar á palos.
Miserere nobis.
Cuando suele acaescer
Que digamos una misa,
Decímosla muy de prisa
Por irnos pronto á comer.
Miserere nobis.

(1) No permite el carácter de este libro descender á pormenores, que el lector curioso puede ver en las causas de la Inquisición. Los dos últimos casos que citamos pertenecen á la Inquisición de Llerena. El auto del P. Parra se conserva en el Escorial. Se descubrió aquel conjunto de horrores por la delación de una monja que se vió desairada en momento inoportuno por el P. Parra.

Digitized by Google

Los nombres de Dios y de la Virgen, de las cosas y ceremonias sagradas, así como de los rezos y oraciones más respetables, se aplicaban á las bromas y cuchufletas más vulgares. Conocido es el epigrama á una mujer que se cerraba en su casa al anochecer y recibía á un fraile á las altas horas de la noche:

¿Qué importa al recato vuestro
Que cerréis, señora mía,
La puerta al *Ave María*
Si la abrís al *Padre nuestro?*

Tales cosas se escribían, con otras que no queremos citar, después de haber escrito Santa Teresa con su arrobamiento místico, San Juan de la Cruz con su ternura y Fr. Luis de Granada con su profundidad; después de haberse llamado Fr. Luis de León humilde discípulo de estos tres santos escritores.

La influencia de estas costumbres se dejó sentir de un modo tan funesto, que todavía no ha desaparecido de nuestro pueblo (1), acostumbrado á mezclar lo sagrado con las mayores obscenidades, á usar los nombres de Dios, de los misterios, de la Trinidad y de las más respetables ceremonias como interjecciones combinadas con otras repulsivas á los oídos cultos; tristísimo espectáculo público que no ofrece ninguna otra nación y que no pudieron desterrar ni aminorar las horribles penas que se inventaron para castigar el juramento y la blasfemia, y que aún están consignadas en las ordenanzas, ni los muchos escritos contra estas costumbres, ni que se fundaran en Madrid diversas cofradías para evitar y perseguir la blasfemia,

(1) Cervantes censuró esta costumbre con una prudencia admirable en nombre del cristianismo: "mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento„.

Digitized by Google

como la *Cofradía para evitar la costumbre de los juramentos,* que un poeta de la época pinta de este modo:

Los niños ¡oh! gran dolor
Apenas saben hablar
Cuando les veréis jurar,
Y aun blasfemar, que es peor.
Juran, blasfeman, maldicen,
Y en vez de reprendello
Los padres pasan por ello
Y que son muchachos dicen.
¿Pero cómo enmendarán
Estos malaventurados
En sus hijos los pecados
En que ellos también están?

Así es que un respetable escritor y literato decía: «El tratar las cosas sagradas en estilo burlesco con equívocos y ridiculeces es un vicio muy común en algunos de nuestros poetas, pero muy reprensible. Los asuntos de mayor majestad en que tiene más lugar la sublimidad, por nuestra desgracia se tratan en el estilo más despreciable con juguetes de palabras y conceptillos irrisibles que justamente deben causar indignación á todo el que tenga verdaderas ideas de la majestad de nuestra augusta religión y de sus venerables misterios.

»¿Quién será tan insensato que no se indigne al ver ridiculizados los más sagrados misterios de nuestra creencia en tanta multitud de villancicos, ovillejos, romances de que están llenos los escritos de más de un siglo á esta parte? La majestad de nuestro lenguaje poético, las más bellas y grandes imágenes, todas las galas de la buena poesía se han de reservar para los asuntos amatorios y otros poco menos frívolos, y para celebrar los héroes de nuestra religión, los sacrosantos misterios, las verdades más tremendas y magníficas se ha de emplear siempre un estilo de taberna, bufonadas insípidas, lenguaje bárbaro,

Digitized by Google

conceptos y equivoquillos frívolos y ridículos? Tan divinos asuntos ó se han de reservar intactos á nuestra meditación, ó se han de tratar con la majestad correspondiente, se han de tratar con aquella sublimidad con que fray Luis de León celebra la Ascensión del Señor, con aquella gravedad y altura con que los Argensolas ensalzan á San Lorenzo y otros Santos. Lo demás es profanar con la mayor irreverencia los asuntos más sagrados; y es menos malo perder el tiempo en bagatelas amorosas que burlarse en materias tan respetables.»

El púlpito, que se había conservado en España á gran altura, presentando modelos de elocuencia y dando ejemplo á otras naciones, á pesar del fanatismo de algunos y de la grosería é ignorancia de otros, decayó hasta el punto de que no puede tenerse por exagerado el juicio que hizo de los oradores religiosos el autor del célebre *Fray Gerundio de Campazas*. Los predicadores subían al púlpito á sostener temas ridículos, á mezclar lo sagrado y lo profano, á referir anécdotas ó cuentos ó milagros bufos, á sacar á relucir los vicios personales ó á pronunciar oraciones retóricas de pésimo gusto, en que á veces alternaba la prosa y el verso, como hizo aquel célebre franciscano Gregorio de Santillana predicando el sermón contra la tentación del casto José, diciendo:

Pero volvamos á aquella
Señora, digo, mujer,
Que no puede ser señora
La que deshonesta es (1).

Otro defecto del púlpito fué que, haciéndose eco de la vida pública, entregada sólo á hablillas del peor género, arrastró á los predicadores á llevar á la cátedra sagrada

(1 Lo refiere D. Gabriel Fernández de Rozas en sus *Noches de invierno*. Madrid, 1662.

Digitized by Google

estas miserias de una sociedad corrompida, y continuando por esta senda, llegaron á convertir los sermones en discursos políticos, halagando á uno ú otro partido con las terribles armas que les prestaba la influencia religiosa, lo cual ocasionaba frecuentísimos destierros, amonestaciones y otros castigos.

«Los predicadores, escribía un cronista, dicen notables y ridículos desatinos en orden al gobierno; sólo los padres de la Compañía de Jesús las dicen á dos visos, y pocos las entienden, aunque todos las admiran.»

El mal gusto penetró en todas partes. Citaremos sólo como ejemplo, ya que anteriormente en el capítulo del ejército hemos hablado de este asunto, la esgrima, en cuyos tratados se introdujo un gongorismo, un ergotismo y una terminología tan ridícula, que Cervantes, Quevedo, Mendoza, Carmona y otros muchos llegaron á ridiculizar con la más cruel sátira, recayendo estas censuras, no sólo sobre la forma de aquellos escritores, sino sobre el mismo arte, que llegó á verse deshonrado y aun convertido en objeto de risa.

Hemos dicho que el ingenio de nuestros escritores, perseguido en todas las manifestaciones de la vida, se precipitó por la puerta del teatro. Y en efecto, la gran afición de nuestro pueblo á este espectáculo, el favor con que era mirado por los reyes y la corte, la tolerancia con que en la escena se oían cosas que en otro sitio hubieran sido condenadas duramente y la riqueza y variedad de la forma para expresar el pensamiento, velado hasta cierto punto, constituía un atractivo que no podía menos de influir poderosamente en el desarrollo de este ramo de la literatura.

Así es que, como hemos dicho ya en el tomo I, en él brillaron los españoles creando un teatro que no ha tenido rival, y adonde han acudido todas las naciones á buscar reglas, tipos y escenas. Esta gloria duró hasta que también el exceso del mal público, la ignorancia general, la

Digitized by Google

falta de buen gusto, el abatimiento y miseria del pueblo y el estado general de la nación, llegaron á hacer imposible el mismo teatro y á mirar con desconfianza las obras clásicas de nuestra literatura.

Algunos historiadores tributan elogios á la Casa de Borbón, que nos trajo con Felipe V una especie de renacimiento literario y científico. Verdaderamente entre la densa oscuridad á que llegamos en los tiempos de Carlos II y la luz viciada y artificiosa de los primeros años del siglo XVIII, es preferible esta última; pero la cultura francesa, nunca bien infiltrada en nuestra patria, vino á continuar bajo cierto punto de vista la obra desastrosa y deletérea de la Inquisición y del absolutismo, pretendiendo variar radicalmente nuestro carácter y nuestro modo de ser, y borrando una gloriosa existencia anterior, una civilización nacional.

Todavía la persecución encarnizada del Santo Oficio encontraba ánimos resueltos que la combatieran; todavía en el fondo de la miseria, de la pobreza, de la degradación del último tercio del siglo XVII, existía el pueblo español, capaz en un momento dado de restaurar sus pasadas glorias y adquirir otras nuevas; pero la invasión de las costumbres francesas, haciéndose de moda, acabó de desterrar todo lo español, que, si estaba extraviado y sometido, tenía mucho bueno.

La guerra de sucesión fué tan destructora de nuestras artes y nuestras ciencias como el Santo Oficio, y la paz de Felipe V, trayéndonos gustos y modelos completamente ajenos á nuestro carácter, ahogó los gérmenes de vida propia en una etiqueta miserable, raquítica y exótica, hasta el punto de prohibirse la representación de todas las obras clásicas de nuestro teatro y de enseñarnos que éramos un país bárbaro, que debíamos aprender solamente á traducir el francés y á reconocer que Francia era la maestra de las naciones y sobre todo de España.

Digitized by Google

II.

La libertad de la imprenta fué rudamente combatida por la Inquisición, que poco á poco fué venciendo la resistencia que sus exageradas pretensiones encontraban en las personas ilustradas y en el pueblo. El 8 de Julio de 1502 se estableció la necesidad de la licencia para imprimir un libro, si bien dejando una gran libertad en esta concesión, sin imponer más pena que la pérdida del libro fraudulento (1).

---

(1) La propiedad de los libros se promulgaba con una solemnidad extraordinaria en tiempo de los Reyes Católicos: puede servir de ejemplo la real cédula de 7 de Octubre de 1511, en que se concede al monasterio de San Pedro de Cardeña la venta por cinco años de la crónica del Cid, impresa por el mismo monasterio.

En virtud de esta cédula se dió en Burgos el siguiente pregón:

"En la muy noble e leal cibdad de Burgos, cabeza de Castilla, Cámara de la Reina nuestra señora, á nueve dias del mes de marzo, año del nascimiento de nuestro Señor Jesu Cristo de mil quinientos y doce años, el honrado Bachiller Gonzalo de Hevia, alcalde de la dicha cibdad de Burgos por el muy noble caballero Francisco de Lujan, corregidor en la dicha cibdad por la Reina nuestra señora, mandó á Alonso de Vivar, pregonero público en la dicha cibdad, en presencia de mí el escribano e testigos iusoescritos, que apregonase una cédula del Rey nuestro señor escrita en papel e firmada de su nombre Real e de su secretario e en las espaldas señalada de dos señales de dos de los del Consejo Real, cuyo tenor se sigue.

„E luego el dicho Alonso de Vivar, pregonero, pregonó públicamente en la plaza del Mercado de la dicha cibdad la dicha cédula á altas voces en presencia de mucha gente, asi de la corte como de la dicha ciudad que estaban presentes; de lo cual especialmente fueron testigos Juan de Curiel, e García de Castro, e Antonio de Campos, escribanos públicos y vecinos de la ciudad de Burgos. Y yo P. de Setien, escribano público del número de la dicha ciudad de Burgos por la Reina nuestra señora, e su escribano e notario público en la su corte, y en todos los sus Reinos e señoríos, fuí presente en uno con los dichos testigos á lo que dicho es: y por pedimento e ruego de Fr. J. de Velorado, Mayordomo del dicho Monasterio de Sant Pedro de Cardeña, este testimonio escrebí e fice aquí este mio sino que es atal en testimonio de verdad.„

Digitized by Google

En 1554 la pragmática de la Coruña dispuso que sólo concediera licencias de imprimir el presidente del Real Consejo, y en 1588 Felipe II introdujo por primera vez en materia de imprenta la pena de muerte y la confiscación de bienes, que los españoles habían visto con horror en otras naciones, y que no hubieran podido comprender en el último tercio del siglo anterior.

Por esta pragmática se exigía á los impresores que colocaran al principio de los libros los privilegios, licencias y tasa; se reservaban á los prelados y diocesanos los libros de rezo y de gramática; se extendían las atribuciones de los inquisidores; se prescribían visitas domiciliarias en las librerías y bibliotecas, y, por último, se creaba la fiscalización de los manuscritos, prohibiéndoles circular sin licencia y mandando que se quemaran los que no la tuvieran.

A tan horribles y absurdas disposiciones, cuyo objeto era no sólo impedir el libre vuelo del pensamiento, sino destruir cuanto se hubiese escrito ó impreso contra la Inquisición, siguieron todavía, aunque parezca imposible, otras prescripciones mucho más duras, llevando la suspicacia hasta exigir la devolución del original manuscrito después de impreso, y someter también á la censura la fe de erratas, por si, con pretexto de alguna, pudiera el ingenio soltar una sola palabra inconveniente.

Por otro lado, la censura era mucho más rigurosa respecto de las obras extranjeras, en cuya lengua creía ver siempre la ignorancia de los inquisidores, que tenían el poder en sus manos, y de los jesuitas, que manejaban la enseñanza, herejías y ataques á la religión, á las instituciones y á las costumbres, precediendo en realidad nuestro aislamiento científico y literario al aislamiento político á que nos llevó la suma de tantos errores.

Ante estas dificultades los españoles acudieron al procedimiento de imprimir sus libros fuera de España, lo cual produjo la casi pérdida del arte tipográfico; de tal

Digitized by Google

modo, que al comenzar el reinado de Felipe III apenas había en España más de ocho ó diez imprentas en la corte y tres ó cuatro en Sevilla. Acudióse al rey pidiendo que se prohibiera la introducción de libros impresos por españoles en el extranjero, y Felipe III, que manifestó cierto cariño á la imprenta, según demostró en varios actos de su vida, dió la pragmática de 4 de Junio de 1610, por la cual se prohibía que ningún español pudiese enviar á imprimir libros en ninguna lengua, so pena de pérdida de la nacionalidad, de todos los honores y dignidades y de la mitad de los bienes, incurriendo también en las mismas penas los que los introdujeran ó vendieran en España.

Sin embargo, no pudo corregirse este mal, porque á consecuencia del escaso número de imprentas que habían quedado, y de los impuestos sobre el papel y demás materias necesarias para la impresión, resultaban mucho más baratas las que se hacían en el extranjero.

Por otra parte, la actividad é industria de los impresores de otros países facilitó los tratos para imprimir en éstos, enviando con frecuencia comisionados á España que hacían asientos y contratos con los autores, llevándose el original, burlando la vigilancia de las autoridades é introduciendo después los libros como contrabando. Esta situación vino á agravarse por haber mandado Felipe IV que quedaran sujetos al pago de alcabala los libros y todas las pinturas que no fuesen imágenes de Dios, de la Virgen ó de los santos.

Esta disposición produjo una serie de reclamaciones enérgicas y curiosísimas de la real congregación de abogados, de las universidades, de los hombres doctos y de los libreros, y un pleito ante el Consejo, que al fin tuvo satisfactoria solución el 16 de Julio de 1636, mandándose que no se cobrase la alcabala y se devolviesen los libros embargados para su cobro.

Fueron tan notables estas reclamaciones, que su re-

Digitized by Google

producción íntegra sería hoy mismo leída con gusto (1). En ellas se trataba de los privilegios concedidos á los libros; de la conveniencia de que se trajeran libros extranjeros; de la exención en las ejecuciones por deudas; de las donaciones de libros hechas á los hijos, sin obligación de traerlos á colación con sus hermanos; de los peligros para la ilustración pública, que había de ocasionar la falta de libros, y, por último, de la imposibilidad de cobrar este impuesto, ante el cual abandonarían su comercio los libreros. El doctor Blas González de Rivero demostró que, computando lo que pagaba el papel, el pergamino, el becerro y los demás materiales, así como la obligación de dar un ejemplar á cada consejero, en cada edición ó variación de precio, resultaba que el libro pagaba el 50 por 100 de contribución, con el peligro de que después fuese denunciado por el Santo Oficio y mandado recoger, quedándose el librero pobre de la noche á la mañana. Además consignaba los males que se seguían de los privilegios dados á las comunidades religiosas para la impresión y encuadernación, y afirmaba que por esta causa no había en España la mitad de las imprentas que hacía treinta años.

Sin embargo, la imprenta, por causas generales de que ya hemos hablado, siguió arrastrando una existencia angustiosa, por más que se la tributasen elogios desmedidos y hasta ridículos alguna vez, y se concediesen ciertos privilegios propios de la época á los mercaderes de libros, como sucedió en 21 de Mayo de 1692, exceptuándoles de la pragmática sobre reformación de trajes, y permitiéndoles usar vestido entero de seda.

Desgraciadamente no está estudiada en nuestro país la historia de la imprenta, y no podemos por tanto hacer

(1) El distinguido y afamado impresor D. Alejandro Gómez Fuentenebro publicó en 1882 un extracto de este pleito.

Digitized by Google

una comparación exacta entre la importancia de las publicaciones durante los siglos XV y siguientes. Los trabajos parciales que sobre este punto se han hecho demuestran todos una gran decadencia desde Felipe II. De Salamanca se sabe que «se perdió el arte de imprimir y fué grande la ausencia de copistas y oficiales». El ilustradísimo D. Fermín Caballero publicó en 1869 un libro titulado *La imprenta en Cuenca*, y de él resulta que, después de haber tenido el arte tipográfico cierto desarrollo en aquella ciudad durante todo el siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII, no tuvo una sola imprenta en los últimos años de éste ni en todo el XVIII.

En Toledo, donde el arte tipográfico rayó á gran altura, arraigándose en determinadas familias castellanas, se han registrado veintinueve imprentas en el siglo XVI, no habiendo noticias más que de ocho imprentas durante el XVII.

Además, en muchas poblaciones de menor importancia en que se imprimieron libros durante la centuria décima sexta, no hay noticia de que se imprimiera nada en la siguiente.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPÍTULO IX.

Artes y oficios.

Causas del abandono de las artes.—Soldados, frailes y abogados.—Desprecio á los artesanos.—El verdugo.—Holganza pública.—Fiestas.—Estado de algunas industrias.— Policía urbana.—Estado de Madrid.

Un ingenioso autor del siglo XVI escribió un libro cuyo título resume admirablemente cómo se había ido limitando el campo de la actividad humana con el abandono de la agricultura, de las artes, de la industria, del comercio y de las ciencias, describiendo exactamente la vida de aquellos españoles. Titulábase este libro: *Los seis aventureros de España, y cómo el uno va á las Indias, el otro á Italia, el otro á Flandes, el otro está preso, el otro anda en pleitos y el otro entra en religión. Y cómo en España no hay más gentes de estas seis personas sobredichas.*

Cuanto hemos dicho y cuanto nos queda por decir sobre este punto, está perfectamente expresado en este solo título, que resume los males de aquella época.

Seguramente no puede haber mayor virtud en el ciudadano que servir á su patria con las armas, acostumbrarse á la vida de soldado, viajar por lejanos países, recibir aquella educación propia de una época guerrera y cruel, asistiendo á triunfos y saqueos, y volver después á su patria y entregarse tranquilamente al diario trabajo de un arte ó de un oficio, viviendo con modestia y humildad.

Digitized by Google

Esto era posible bajo el cetro de Doña Isabel, que quiso dar al ejército un carácter especial, de modo que el soldado sirviera á su patria sólo para cumplir un deber de cindadano, haciendo compatible el servicio de las armas con la vida pacífica del industrial, del labrador y del hombre de letras, para lo cual ideó el armamento nacional, imbuyendo siempre la idea de que la profesión de las armas era propia de todo español con objeto de defender y engrandecer su patria, pero unida á los medios propios de vida de cada uno. Así aquellos soldados que con tanta gloria habían peleado en Italia á las órdenes del Gran Capitán, vuelven á sus casas; y cuando Gonzalo de Córdova se dispone á ir de nuevo á Italia abandonan voluntariamente sus oficios, dice un cronista, y la quietud de la vida, para ir á cumplir con lo que creen un deber.

Pero convertida en sistema la guerra en toda Europa, perdido este carácter del ejército, desarrollada la ferocidad y relajada la disciplina, era muy difícil que aquellos veteranos, acostumbrados á una vida libre y licenciosa, á la holganza, á la imposición de su voluntad sobre los infelices pueblos, á frecuentes motines y á todo género de vicios, se sometieran á la normalidad de una vida ordenada y laboriosa.

Cuantos iban á la guerra eran hombres perdidos para la vida civil, y si regresaban á su patria se convertían en pretendientes, en criados de altos señores, en bandidos, y cuando más abrazaban alguna de esas profesiones en que se gana sin trabajar, y cuyo abuso es un indicio seguro de gran inmoralidad. Enganchábanse muchos, según varios documentos, para servir de escuderos perdonavidas á elevadas damas, á galanes ó á personajes de la corte, y descendían otros á rufianes de la más ínfima clase de cortesanas; dedicábanse los más osados á cobrar el barato en los juegos ó se agregaban como mosqueteros ó aplaudidores en las compañías de comediantes. Otros ejercían un sinnúmero de oficios, de artes y servicios que no consti-

Digitized by Google

tuían ninguno estable, siendo una especie de vagos ó alquilones de quienes se echaba mano en cualquier momento, y así trabajaban, cuando la necesidad les obligaba, en levantar un tablado para una fiesta pública como en auxiliar la entrada de un contrabando.

A esta repugnancia á la sujeción se mezclaba cierto desprecio con que su orgullo militar miraba el trabajo modesto del artesano, de tal modo que aquellos mismos que ejercían por una miserable propina los oficios más repugnantes, creían denigrado su honor sometiéndose á la honradez del trabajo.

El clero y los frailes, por muy distintos caminos que los soldados, venían á parar al mismo punto. Erigidas la holganza, la ociosidad de la celda y el egoísmo en reglas de la vida, se originaba necesariamente no ya el desprecio, sino el odio al trabajo, imbuído con el ejemplo más pernicioso. Veía el hijo del artesano la dificultad del aprendizaje, la sujeción y pobreza de la vida, lo despreciado del oficio, las molestias de la familia, y comparaba estas desventajas con la profesión monástica, que de la noche á la mañana sin trabajo alguno, y librándose del servicio militar con sólo entrar en un convento, le daba posición social y el respeto de todas las clases, además de un bienestar verdaderamente envidiable.

La facilidad de adquirir los títulos académicos, y especialmente el de abogado, produjo un número de letrados tan extraordinario «que había cientos de ellos para cada pleito.....» Unos se dedicaban á hacer creer en ilusorias herencias á pobres infelices, á quienes consumían su hacienda; otros pululaban al rededor de las chancillerías y tribunales embrollando los más sencillos asuntos; muchos se dedicaban á pretendientes, y algunos ejercían cargos tan odiosos como consejeros de prestamistas, rufianes y tramposos, llegando á ser llamada España «monarquía de abogados y pleitistas».

Los estudiantes de derecho llenaban las cátedras de

Digitized by Google

las universidades y salían de ellas llenos de orgullo, aficionados á la holganza y sin más ciencia que la de echar unos cuantos latines por la boca. Con razón decía un escritor: «¿Qué Babilonia es que entren quinientos estudiantes en un aula y seiscientos en otra á oir leyes?..... Si estuvieran en romance no eran menester estudios, ni cátedras, ni gastar sus patrimonios en estudiar leyes tantos estudiantes, que mejor estuvieran en su tierra algunos arando y hallárase trigo.» Y la misma autoridad, lamentándose de que se dedicaran á estudiar leyes los hijos de los labradores no estando preparados para ello, añadía: «Había de haber orden de examinadores de los ingenios para entrar en las facultades, que algunos van á estudiar que no nacieron más para letras que los bueyes para volar. Y el que no fuese para estudiar, que se vuelva á su tierra á arar ó á otro oficio en provecho de la república..... los más honrados y favorecidos deberían ser el labrador y el pastor. Ahora vemos lo que pasa y cuán pocos son los que echan mano á la esteva del arado..... y el rey D. Alfonso decía que él haría que los labradores tuvieran la reja de plata.»

¿Qué consecuencias habían de producir necesariamente estos géneros de vida? El abandono de los medios lícitos de ganársela por el trabajo, y el desprecio á las artes y oficios, lo cual había de engendrar á su vez la pobreza de la nación y una gran inmoralidad pública.

En efecto, desde el último tercio del siglo XVI comenzaron á abandonarse las artes y los oficios, abriéndose la puerta á multitud de artesanos extranjeros, que llegaron á surtir á los españoles de lo más necesario para la vida, hasta el punto de que los tahoneros, carpinteros, zapateros, carboneros, albañiles, vidrieros, etc., eran todos alemanes, italianos ó franceses.

Muchos escritores patriotas, y especialmente las Cortes de Castilla en tiempo de Felipe II, habían señalado previsoramente este mal, así como el de que, no dedicándose

Digitized by Google

los extranjeros á la agricultura, sino solamente á hacer un capital vendiendo objetos para llevársele después á su patria, y no dedicándose los españoles tampoco al cultivo de la tierra, había de venir por necesidad una miseria ocasionada por la doble causa de la extracción del dinero y la falta de producción.

Pero estos males que entonces comenzaban, fueron acrecentados de un modo extraordinario por la expulsión de los moriscos y el aislamiento comercial decretado por Felipe IV, que dió origen á aquel contrabando que, á pesar de ser perseguido tan duramente, fué el único comercio que quedó á España. Hubo que cercar las poblaciones de gente armada para evitarle; en Madrid se creó un cuerpo de quinientos caballos para tener acordonada la corte é impedir que entrara el contrabando; pero con estas fuerzas, en que se alistaban muy voluntariamente los mismos que huían de tomar las armas para la guerra, sólo se consiguió aumentar los precios del comercio y favorecer extraordinariamente la inmoralidad pública, porque, como dice un escritor, se hizo contrabando del contrabando, llegando el caso de que las bujerías de menos valor se pagaron al precio de las alhajas de oro y plata, único arte que se había conservado algo en Madrid (1).

Por este camino la profesión de las artes, aun liberales, llegó á ser mirada con el mayor desprecio; de tal

(1) Hubo contra esta provisión, ideada por el alcalde Ronquillo, famosos pasquines y sátiras, de que pueden servir de modelo los siguientes versos:

Lo cierto es que al buen Ronquillo
No le ha de estar mal su ardid,
Y el cordón para Madrid
Será para su bolsillo.
Va que se enoja de oillo,
Y nos quiere persuadir
Que esto puede producir
Para conquistar á Argel,
Y va que me c..... en él.

Digitized by Google

modo, que los que las seguían eran llamados «viles artesanos» y los pocos que perseveraban en su oficio pugnaban por vivir con todos los vicios de los caballeros. «Los carpinteros, silleros y demás trabajadores sacrificaban la comida y la educación de sus hijos para vestir rasos y terciopelos; y al mismo tiempo que huían cobardemente del servicio militar, gastaban espada y puñal, sirviéndoles sólo para riñas en las tabernas y en las fiestas.» A lo cual añade un respetable escritor que el nombre de artista ó artesano servía sólo para tener libertad de tañer la guitarra por la noche y para encubrir una porción de oficios é industrias reprobadas, ó bien para dedicarse á servicios de mal género con la facilidad de entrar en todas las casas y especialmente en las de la nobleza.

Era tal el desprecio á las artes y al trabajo, que hubo muchos largos y ruidosos pleitos entre padres é hijos por casarse éstos con familias de artesanos, naciendo de este modo aquella clasificación de oficios viles, que tuvo que abolir Carlos III, y que fué uno de los mayores obstáculos para el fomento de nuestra riqueza.

Los antiguos gremios de artífices y artesanos se convirtieron en cofradías, que no se ocupaban más que de tener un buen lugar en las juntas con objeto de figurar en las fiestas religiosas: sus rivalidades nacían de la presidencia en éstas y del sitio que ocupaban en los autos de fe, para los cuales inventaban trajes, estandartes y pendones costosos y ridículos, que solían producir después ruidosas pendencias y odios entre clases y gremios. Unido este género de vida á los errores económicos, hicieron de los gremios uno de los mayores obstáculos para el desarrollo artístico é industrial.

Al mismo tiempo que las artes caían en este abandono y que los artesanos eran mirados con tal desprecio, adquirían crédito y honra los oficios más denigrantes.

Los alguaciles de justicia llegaron á ser personas de influencia y consejeros de los mismos jueces y magistra-

Digitized by Google

dos, sirviéndoles de intermedio en sus faltas y de instrumento para conservar su cariño entre el pueblo, generalmente por medios poco decorosos; los del Santo Oficio lograron la inviolabilidad; nació la repugnante clase de espías, y los nobles trataban mano á mano con los matuteros y contrabandistas para evitar el pago de derechos á la Hacienda.

Aumentándose día por día esta degradación llegó á perder su odiosidad el oficio de verdugo, de tal modo que descendieron los comisarios de la Inquisición á celebrar contratos con él, poniendo su firma al lado mismo de la del ejecutor, como puede verse en el celebrado el 15 de Abril de 1653 en Ciudad Real con el verdugo Andrés de Alcalá para que fuera á Toledo, cuyo ejecutor parecía á los inquisidores de poca satisfacción.

El gran número de sentencias hacía productivo este oficio; y muchos verdugos tuvieron en este siglo posada, ó se dedicaban á la usura prestando á los nobles y magnates, como hizo varias veces el de Valladolid. Si se escribiera una historia crítica y comparativa de este sombrío cargo, sería curiosísimo fijar el carácter que tomó en el siglo de que vamos hablando, en el cual, extremándose todo el horror de la muerte, el verdugo no pudo adquirir la terrible, pero bajo cierto punto de vista grandiosa significación, que tuvo en los tiempos de Alfonso XI y de D. Pedro el Cruel, y que quiso darle De Maistre al llamarle el primer consejero de un gran príncipe. En esta época adquirió una porción de privilegios; y gozando cierta inviolabilidad, cometió todo género de abusos, algunos de los cuales se impusieron por mucho tiempo, pudiéndose citar entre ellos el de ser mantenido y asistido de balde en sus estancias en los viajes y el de apoderarse de las caballerías que estuvieran fuera de puertas los días de ejecución, lo cual constituía una renta no despreciable, y una costumbre que llegó hasta los tiempos de Fernando VII en nuestro mismo siglo.

Digitized by Google

El abuso de la pena de muerte, el horrible espectáculo de los autos de fe y la degeneración de los sentimientos contribuyeron, no sólo á que se desconociera la idea de la inviolabilidad de la vida humana, sino á que las ejecuciones fuesen fiestas públicas del carácter más repugnante.

La archicofradía de la Paz y Caridad, que tantos servicios prestó verdaderamente bajo el punto de vista cristiano, recibió grandes privilegios; y en una de sus funciones, el 12 de Mayo de 1618, Felipe III distribuyó á los pobres por su mano en largas mesas colocadas en el pórtico de la iglesia, pan, queso y vino. Sin embargo, el gusto que las corporaciones religiosas y las comunidades manifestaban por asistir á estos terribles actos llegó á tal exceso que produjo varias competencias, y en 12 de Noviembre de 1707 hubo que mandar por orden de S. M. que sólo asistiesen los religiosos ó clérigos precisos.

La hermandad de ciegos titulada de San Hermenegildo, establecida en el convento de carmelitas, hoy parroquia de San José, tenía el privilegio de recibir copia de las sentencias y de imprimir romances que se vendían al pie del patíbulo, ocasionando escándalos y riñas de que alguna vez salían nuevos reos.

Además había una porción de jóvenes y chicuelos que «en vez de ir á la escuela ó trabajar en un oficio» vivían de llevar las campanillas y las cajas para la limosna, y eran conocidos con el nombre de muchachos del trabajo ó de *chillones*, porque recorrían las calles gritando: «Hagan bien, para hacer bien, por el alma del justiciado: quien pueda por el amor de Dios.» Francisco Santos, en su *Día y noche de Madrid*, nos dejó una descripción de estos pécoras. Dice que su habitanza era debajo de las armas reales de la Plaza Mayor con otros muchos de su porte, maestros del dos de bastos (1), á quienes no faltaban com-

(1) Tomadores del dos.

Digitized by Google

pañeros para hacer saltar la taba y sustentar sus personas en el ínterin que había panaderos tontos, fruteras descuidadas y compradores divertidos; pero lo que más les engordaba era un día de ejecución, en que, acudiendo mucha gente que gustaba ver tales desgracias, apretándose unos con otros no sentían que estos inocentes les degollasen las bolsas. Se los vestía para este acto con una túnica verde, llevaban las cajas del petitorio y los crucifijos y prestaban otros servicios.

Sin embargo, alguna vez faltaron muchachos para este desempeño, que era bien retribuído, y hubo que echar mano con todo rigor de otros jóvenes, obligándoles á este servicio bajo pena de cárcel; todo lo cual produjo tales escándalos, que en 24 de Febrero de 1684 hubo que mandar que llevaran los crucifijos solamente sacerdotes, á petición de los mayordomos de la Paz y Caridad y del piadoso cura de Santa Cruz, D. Simón Fernández Molinillos.

Todas estas costumbres engendraban aquella horrible complacencia en cuanto se refería á la pena de muerte, que sólo podría encontrar semejanza en los sombríos dominios de Dahomey; la suspensión del trabajo los días de ejecuciones; las romerías, riñas y meriendas en el sitio donde se ejecutaba la sentencia; las cuestiones de competencia entre los vecinos de los portales de *degollados* y *ahorcados* en la Plaza Mayor (1); la nueva fiesta que se organizaba al anochecer al dar sepultura al cadáver del reo, fiesta á que llegaron á asistir alguna vez novecientas

(1) El sitio de las ejecuciones fué la Plaza Mayor hasta el 2 de Diciembre de 1765, colocándose el patíbulo delante del portal de pañeros, si el suplicio era de garrote, frente á la Panadería, si era de horca, y frente á los portales de las carnicerías para los degollados á cuchillo ó con hacha. El 27 de Marzo de 1805 se comenzaron las ejecuciones en la plaza de la Cebada; los franceses las trasladaron á la Plaza Mayor; en 1815 volvieron á la plaza de la Cebada, hasta 1835, en que se trasladaron á las afueras de la puerta de Toledo, y desde aquí en 1850 al Campo de Guardias. En 1814 se levantó también el patíbulo en la plaza de Santo Domingo.

Digitized by Google

personas con hachas encendidas, que no podían abrirse paso entre la multitud; el horrible espectáculo de reos muertos ó suicidados en la capilla, y que, sin embargo, eran llevados al patíbulo montados en el burro para no prescindir de esta fiesta, y otros muchos horrores que no queremos citar, y en cuyo fondo se descubre que el objeto principal era rendir un tributo repugnante á la sombría deidad de la muerte, á la Bobahnia del absolutismo y de la teocracia, entre ellos el de que los reos, cuando eran varios sorteasen la pena de muerte, aplicándose á cada uno la que le tocaba (1).

Las ejecuciones, los autos de fe, los desafíos, los asesinatos en las calles y en los portales, la exposición de cadáveres para su identificación, eran, según un escritor, asuntos que ocupaban gran parte de la vida. Se repetían las escenas violentas en el camino ó al pie del patíbulo, unas veces por la resistencia á la justicia, y otras porque se suscitaban tenaces competencias. De lo primero hemos citado ejemplos al hablar de la desorganización social; y

(1) El último ejemplo de este caso fué el 10 de Febrero de 1776 con los reos Andrés Fuirst, Federico Rote y José Carlos de Grana. A la vista del patíbulo y sobre un tambor jugaron los reos á los dados el género de muerte, siendo arcabuceado el primero y ahorcados los otros dos, por decidirlo así la suerte.

En 1632 cambiaron dos reos la pena, y en muchísimos casos en el ejército se ejecutaba á un villano ó maltrapillo en vez del criminal.

Como dato curioso, aunque horrible, consignemos que en nuestro siglo se reprodujo el abuso de la pena de muerte de un modo que causa horror. Durante la dominación francesa hubo en los años desde 1809 á 1812 un aumento de ejecuciones notable, como indican los siguientes números: 1809, 57 ejecuciones; 1810, 31; 1811, 48; 1812, 88; habiendo día de 12 ejecuciones, como el 26 de Mayo.

El gobierno absoluto volvió á reproducir con extraordinaria frecuencia este repugnante espectáculo en los años desde el 24 al 33; hubo ocasiones en que la horca estuvo levantada todo el día, y en que los vecinos de la plaza de la Cebada presenciaron espectáculos tan horribles como el del 15 de Junio de 1829, en que la ejecución de ocho reos duró tantas horas que no pudo celebrarse la misa por las víctimas hasta las cuatro y media de la tarde.

Digitized by Google

respecto del segundo caso, recordaremos la pretensión popular de que el reo debía ser perdonado cuando se rompían los cordeles ó por otra causa se retrasaba ó imposibilitaba la ejecución, como sucedió el 14 de Enero de 1650, trabándose una lucha entre el clero, el pueblo y los alguaciles para salvar al reo, que fué conducido de nuevo á la cárcel y allí muerto, colocándose al día siguiente el cadáver en la horca.

Nacían también muchas cuestiones sobre la categoría del suplicio, sobre el derecho de la familia á enlutar el tablado y sobre la posesión del vestido del reo, dando todo esto origen á leyendas, cuentos y tradiciones repugnantes (1).

La holganza por una parte y la afición natural del pueblo á las fiestas, fomentada y protegida por la corte, redujo de tal modo los días de trabajo, que hubo año en que apenas llegaron á ciento.

En estas fiestas padecía rudamente la moralidad y sólo ganaba el clero, porque la mayor parte tenían un pretexto religioso. Se agregaron á los domingos las pascuas, las vísperas, las fiestas de los patronos y de las parroquias, las octavas, los autos de fe, las novenas, las procesiones, las fiestas religiosas con cualquier pretexto, aunque fuera una derrota del ejército, los días de los reyes, las fiestas de la corte, y aquel sinnúmero de romerías y verbenas desde Mayo á Septiembre, y las fiestas de familia, que comenzaban con la de Todos los Santos y terminaban con la de San José, romerías que un escritor tan grave como Guevara llamaba *ramerías*.

Sobresalían entre todas aquellas fiestas las octavas, y

(1) Los hijosdalgo iban al suplicio en mula cubierta de negro, y sus familias enlutaban el cadalso y ponían blandones. Los villanos iban en burro. Los primeros llevaban hopa negra y los segundos blanca con birrete azul, suministrando aquélla la Villa y ésta la Paz y Caridad, siendo propiedad del verdugo.

Digitized by Google

especialmente la del Corpus, y más que todas las célebres noches de la víspera de este día, que se pasaban en el campo «mezclados todos los hombres y mujeres en la oscuridad de la noche, fuera y dentro de los corrales, sin luces ni fuerzas de la justicia; entre aquellas damas, que se retraían del concurso con mal disimulada ufanía y seguían los pasos del señor superintendente ó de los regidores, á quienes, como directores de las fiestas, obsequiaba la villa con perniles y bollos de leche en ración no tan escasa que no pudiera repartirla con algún amigo.»

Y como si estas fiestas fueran poco, comenzó entonces la costumbre, que todavía hemos alcanzado en las escuelas, de hacer media fiesta el jueves en las semanas en que no había ningún otro día de holganza.

Con estos antecedentes, la ruina y la pobreza fueron tan rápidas, que, á no estar conformes todos los datos y todos los documentos que tienen mayor carácter de autenticidad, se negaría la imaginación á creer una decadencia de este género. Según el censo hecho en Salamanca, en 1600 había en aquel obispado 80.384 labradores con 11.745 yuntas de bueyes. Y, según el censo del mismo obispado, en 1619 había sólo 14.135 labradores y 4.822 yuntas de bueyes, más de ochenta lugares despoblados y los demás con muy poca población. Igual descenso hubo en todas las demás provincias, y en alguna, como Murcia, la riqueza quedó reducida en veinte años á la vigésima parte, habiéndose cortado todas las moreras, porque, lejos de dar algún provecho, no bastaba su producto para pagar los impuestos (1).

El término de Utrera, que, según Rodrigo Caro, había venido produciendo «en años en que la cosecha no era buena» 350.000 fanegas de pan, 240.000 arrobas de vino y de cuarenta á 50.000 de aceite, y en el cual había labra-

(1) Gil González Dávila, *Historia de Felipe III*, cap. 85.

Digitized by Google

dores que tenían trescientos bueyes de arado, llegó á últimos del siglo á verse casi sin población, porque faltaban los mantenimientos para sustentarse.

La industria de lienzos y tapices, tan floreciente á principios del siglo, llegó en el último tercio á un estado de postración lamentable, de tal modo que se suspendió el trabajo en muchos telares, se cerraron gran número de fábricas, y aquel comercio que sosteníamos con Europa, quedó reducido á la exportación de lanas, azúcares y armas para Italia, comenzando á recibir las telas del extranjero.

La industria de la seda, que había llegado á tener en la jurisdicción de Toledo 60.000 telares, y que en tiempo de los Reyes Católicos producía al Estado sólo en Granada 181.500 ducados de oro, hizo perder al Erario de un solo golpe siete millones de reales en tiempo de Felipe III, y en 1651 no quedaban en Toledo más que cinco mil telares que apenas trabajaban (1).

Del mismo modo se perdió la industria de la madera, de los instrumentos de música y de todo género de útiles, que comenzaron á venir de Francia: en la misma espadería, arte tan español, nos quedó sólo el trabajo de las hojas, usándose guarniciones extranjeras.

Sólo se salvaron de este general naufragio aquellas bellas artes, que, como la literatura, viven de lo que nadie podía arrebatarnos, del ingenio; pero aun en ellas, como en la pintura, se usaban materiales extranjeros.

No creemos necesario amontonar más datos numéricos. Nos limitamos á recordar lo que hemos dicho sobre la miseria pública y á reproducir lo que las Cortes de 1594 decían al rey: «La verdad es que no hay ni se puede poner duda, en que el reino está consumido y acabado del todo, sin que haya hombre que tenga caudal ni crédito ó casi

(1) Italia fué nuestra heredera en la industria de la seda. Recientemente ha llegado la producción en el Piamonte sólo á 88 millones de pesetas, exportándose para Francia, Suiza y Alemania.

Digitized by Google

ninguno: y el que alcanza no es para granjear, negociar, ni tratar con él, sino para recogerse á otra manera de vida la más estrecha y escasa que halla, con que pueda conservar pobremente lo que tiene, ó sustentarse de ello poco á poco hasta que se acabe..... De donde viene la universal pobreza y necesidad que hay en todos los estados..... En los lugares de obrajes de lanas, donde se solían labrar veinte y treinta mil arrobas, no se labran hoy seis, y donde había señores de ganado de grandísima cantidad, han disminuído en la misma y mayor proporción, acaeciendo lo mismo en todas las otras cosas del comercio universal y particular. Lo cual hace que no haya ciudad de las principales de estos reinos ni lugar ninguno de donde no falte notable vecindad, como se echa bien de ver en la muchedumbre de casas que están cerradas y despobladas, y en la baja que han dado los arrendamientos de las pocas que se arriendan y habitan.»

Las obras públicas, en que según hemos dicho, había gastado enormes sumas Felipe II, empleando el dinero principalmente en el extranjero y en los trabajos de fortificación, no contribuyeron de modo alguno á la riqueza y al bienestar de España; de manera que no sólo vinieron á aumentar la ruina de las artes, sino que privaron á las poblaciones de edificios propios para la vida social; de tal modo que no se elevaron más que suntuosos conventos para los jesuitas y ermitas, iglesias y monasterios de monjas, notables sólo por la ruindad y falta de gusto en sus fachadas y disposición artística.

A esto se agregó el descuido de la policía urbana, que describe admirablemente un hijo de Madrid, admirador y cronista de su patria, en los siguientes términos:

«La capital del reino, fiel trasunto y emblema en todas ocasiones del estado próspero ó adverso del país, presentaba el aspecto más triste y deplorable. Su administración embrollada y nula, su población menguada por la miseria, su vitalidad amortiguada y embrutecida por el fanatismo

Digitized by Google

y la ignorancia, destruída y aniquilada su riqueza ó sumergida en el abandono y la desidia de un pueblo estúpido é indolente. Ofuscadas las artes ó corrompidas por el mal gusto que difundió su dañada semilla por todos los ramos del saber, sólo ofrecía Madrid espectáculos ominosos, edificios mezquinos y escritos extravagantes. Muy contados edificios civiles de alguna importancia; multitud de conventos de ambos sexos, más notables en general por su extensión que por su mérito artístico; escasos y mal dispuestos establecimientos de beneficencia, de instrucción y de industria y dos míseros *corrales* para representar los inmortales dramas de Lope y Calderón.

»Bajo el punto de vista de la comodidad del vecindario y de la policía urbana, todavía aparece más deplorable aquel cuadro: las calles tortuosas, desiguales, costaneras y en el más completo abandono; sin empedrar, sin alumbrar de noche y sirviendo de albañal perpetuo y barranco abierto á todas las inmundicias. La salubridad, la comodidad del vecindario y el ornato de la población desconocidos absolutamente; la misma seguridad amenazada continuamente en medio de un pueblo belicoso, altanero y siempre armado que en todas ocasiones fiaba al acero y al valor la razón más concluyente.»

Y en cuanto á la población, si hemos de creer el testimonio de todos los escritores, merecía justamente tener por paseos los *prados* que cercaban la villa, y que fueron objeto de tantos epigramas por parte de nuestros poetas; entre ellos Lope de Vega y Villamediana, que decían:

«Los *prados* en que pasean
Son y serán celebrados;
Bien hacéis en hacer prados,
Pues hay bien para quien sean.»

«Llego á Madrid y no conozco el *Prado;*
Y no lo desconozco por olvido,
Sino porque me consta que es pisado
Por muchos que debiera ser pacido.»

Digitized by Google

Un extranjero que vino á Madrid en 1671 decía que sólo estaban cerradas las puertas de las tiendas y talleres, y que los oficiales que debían estar trabajando se pasaban la vida en la calle, durmiendo la siesta ó sentados en la puerta de sus casas. Pero más gráfica es la descripción de la vida urbana que hace el P. Navarrete.

«Es cosa digna de reparar, decía, el ver que todas las calles de Madrid están llenas de holgazanes y vagabundos, jugando todo el día á los naipes, aguardando la hora de ir á comer á los conventos y las de salir á robar las casas; y lo que peor es, el ver que no sólo siguen esta holgazana vida los hombres, sino que están llenas las plazas de pícaras holgazanas, que con sus vicios inficionan la corte y con su contagio llenan los hospitales.»

Habiendo mandado por este tiempo el corregidor don Francisco de Herrera poner faroles en las fachadas de las casas, á imitación de París, decía uno de los pasquines tan frecuentes en aquella época: «la corte no puede hacer este gasto sino quitándolo de la comida, cosa inútil porque los faroles no alumbrarán más que picardías y obscenidades.» Otro papel decía: «para encender estas luces hay que apagar las de las chimeneas y dejar las cenas en claro. Anda hermano, que hay mucha diferencia; que faroles en Francia fueron prenuncios de las muchas luminarias que habían de encenderse de sus victorias; pero estos faroles no han servido más que de prevenir linternas para dar la extremaunción á la monarquía.» Otro dijo que eran «los lamparones de la monarquía.»

Esta era la villa de quien decían los españoles: «Sólo Madrid es corte;» la capital de España en el siglo XVII.

Digitized by Google

LIBRO IV.

EJÉRCITO.

CAPITULO X.

Organización del ejército.

Degeneración del ejército.—La artillería entregada al clero.—Santelmos.—Pérdida de la disciplina.—Miedo á servir en el ejército.—Abundancia de jefes y falta de soldados.—Compañía de Portugal.

Al brillante cuadro de nuestro ejército que hemos trazado en el capítulo I del tomo II, tenemos que oponer ahora una pintura tan horrible que, si sólo oyéramos la voz del sentimiento personal, la suprimiríamos de buen grado.

Día por dia fué degenerando el ejército, y puede asegurarse que, después del triunfo de Pavía, comenzaron á germinar los males del nuevo sistema de gobierno; á pesar de que todavía quedaron encubiertos ó eclipsados por la serie de triunfos y de heroicidades personales de nuestros soldados. Comenzó entonces el divorcio entre la nación y el ejército: los soldados fueron más bien del César que de España; en el extranjero empezó á llamárseles imperiales en vez de españoles, y se abrió la puerta á una serie de traiciones y de horrores que habrían sido incomprensibles en los tiempos del Gran Capitán, y bajo el cetro severo pero maternal de Doña Isabel.

El marqués de Pescara, el héroe de tantas jornadas,

Digitized by Google

descendió, ante la ingratitud de Carlos V, al tristísimo papel de traidor y delator; aquellos generales, tan unidos como hermanos, llegaron á ser rivales y enemigos; nuestro ejército fué mandado por el traidor Borbón; á los triunfos siguieron orgías, saqueos y violaciones; más adelante la insubordinación vino á ser el estado normal y los grandes hechos de las guerras anteriores se convirtieron en una serie de intrigas y de falsedades en que intervinieron los reyes de España y Francia, los papas y nuestros generales y embajadores.

Los soldados españoles, admirados en su nación y en el extranjero y considerados como «columnas que sostenían la monarquía y espejos en que se retrataba la gloria de la patria», llegaron á ser llamados, lo mismo en España que en Flandes, *papafueros;* nombre denigrante con que ya los designaba el mismo Argensola (1), y que resume el sentimiento y la opinión de los pueblos amigos de sus libertades.

Todos los escritores militares desde últimos del siglo XVI se lamentan de lo que había perdido el ejército, buscando muchas veces la causa, como hizo Jorge Basta, en la falta de comodidad y descanso, y otros, por el contrario, en la dureza de los castigos que hacían perder la dignidad individual. Pero resalta siempre que el mal estaba en el nombramiento de oficiales y jefes que «ofendían la justicia y la razón, de modo que viene el servicio á ser duro cuando, no por él, sino por otros respetos y contemplaciones, se da la honra y provecho..... y así poco á poco se ha ido perdiendo la esperanza; y no sólo no acuden á la profesión militar nuevos soldados, mas aun desean dejarla cuantos en su buen tiempo vinieron á ella», dice Londoño.

Algunas veces los escritores se lamentan de la ignorancia literaria de los capitanes y hasta de su desconoci-

(1) Carta de 25 de Enero de 1615.

Digitized by Google

miento del arte militar, llegando á decir Francisco Valdés en 1591: «Siendo la milicia tan notable como es, ha de tener sus reglas y preceptos, de donde sale el arte militar; y como no se permite usar en público del ejercicio de médico, ni letrado, ni teólogo al que no ha estudiado en dichas facultades y sea docto en ellas, tampoco será bien que mande y gobierne el que no fuere docto en la disciplina militar. La cual disciplina sirve de leal consejero, de luz en medio de tinieblas, de guía en camino dudoso y dificultoso, principalmente si estribase en los generales fundamentos de prudencia y fuese acompañada con las artes liberales.»

La misma opinión tenía el capitán Barahona, que en carta dirigida al rey en 1562 le decía:

«Todo el daño nace de ahí, que no veo hombre de los que juzgan nuestro negocio que sepa ni entienda qué cosa es guerra, ni cómo se pelea; no hay hombre de experiencia, todos parece que hablan en sueños; y á las veces admiten mejor la razón del cobarde que la del valiente, porque viene quizá más apercibido para persuadir lo que quiere, no trayendo mucha confianza de sus servicios; y el que sirvió bien le parece que viene harto acompañado con la satisfacción que tiene de sí.»

A todos estos defectos había que agregar que en el siglo XVII comenzó á darse á los nobles, á imitación de Francia, una serie de títulos honorarios, de donde dimanan los grados en el actual ejército, ante cuyo profundo mal exclama un escritor militar: «¡Que les fuesen con grados *honorarios* á Navarro, Paz, Zamudio, Paredes, Leiva, Alarcón, Urbina, Valdés, Romero, Dávila, Portocarrero! La mayor parte ni el *don* usaban; ¿y para qué lo querían?»

Todo esto originó una degeneración, que comenzaba por las grandes ideas militares y abarcaba hasta la situación personal del soldado en la compañía.

Sería un estudio curiosísimo la comparación de las campañas en Italia, y la previsión, seguridad y admirable

Digitized by Google

táctica del Gran Capitán y del marqués de Pescara, con los planes militares en las guerras de Cataluña y de Portugal en tiempo de Felipe IV; guerras notables sólo por la sucesión de generales y los infinitos proyectos para sostenerlas, que forman un conjunto de absurdos y de miserias capaz de abochornar á cualquier español.

La organización general del ejército cayó en una confusión que rompió la unidad, y los estudios especiales sobre las diversas armas quedaron reducidos á una servil imitación, cuando no á las consultas al clero y á los confesores del rey.

La artillería, que después de la primitiva oposición que encontró en España, y de que ya hemos hablado, había llegado á tener una buena organización, cayó en tal abandono, que á principios del siglo XVII puede decirse no existía.

En 21 de Enero de 1602 acudió por segunda vez el general conde de Villalonga al rey, haciéndole presente la necesidad de aumentar y conservar las escuelas de artillería, así como de traer fundidores de otros países para la construcción de cañones. El devoto Felipe III remitió el asunto á una junta que había de reunirse en casa de su confesor, y éste opinó que «aunque lo de las escuelas era forzoso, porque faltaban artilleros, le parecía que por ahora no debería hacerse ese gasto».

Y en efecto, no se hizo. La instrucción de los artilleros quedó poco después confiada á los jesuitas y en general á los curas, dando su enseñanza en los Estudios de San Isidro el buen P. Camasa, maestro de Felipe IV en esta arma, al P. Ricardo y á otros que ostentaban el título de generales de artillería. De este modo llegaron los tiempos en que no hubo en España más que una sola escuela dirigida por el P. Afflitto, á la cual asistían *ocho* alumnos, que seguramente no oirían jamás el estampido del cañón.

Por otra parte, con el siglo XVII comenzó la suspicacia del poder, de tal modo que se prohibió la publicación

Digitized by Google

de las obras que contenían principios nuevos ó progresos, por temor á que los conocieran los enemigos que nos rodeaban por todas partes. Así sucedió con Firrufino, catedrático que había sido de la Academia de matemáticas de Madrid, al cual se prohibió primero la inserción de varias reglas y principios en su obra de artillería, y luego se le vedó la publicación de la *Teoría y práctica de artillería* por orden del Consejo de Estado.

La severa disciplina que nos había dado tantos triunfos y tanta gloria en Italia; aquella disciplina que habían puesto á tanta altura el Gran Capitán y Antonio de Leiva, llegando á conseguir que nuestros soldados resistieran heroicamente todo género de penalidades, el hambre y la desnudez, marchando serenos y confiados á la muerte ante la voz de sus jefes; aquella disciplina que después del triunfo sabía hacer que los soldados españoles rivalizaran en galantería y finura con los caballeros franceses, desapareció por completo, para ser reemplazada por una serie de motines é insubordinaciones en que la soldadesca deponía á los jefes, y diputaba con el nombre de *electo* un compañero, que no siempre sabía conservar el respeto y la moral.

Fueron alejándose los nobles de las filas á medida que las quintas eran reemplazadas por las levas de gente perdida, que corrompía el ejército. Aquellos caballeros que honraban las filas llegaron á desdeñarse de hacer el servicio militar y se convertían en *santelmos*, palabra que se introdujo entonces en el uso, y que no creemos poder explicar mejor que copiando las curiosísimas frases de un escritor militar: «El duque de Osuna, siendo virrey de Nápoles, habiendo pasado una muestra (revista), y haciéndole relación de ella le dijeron: «Tantos son los soldados efectivos y tantos los santelmos.» Respondió el duque: «¿Cómo santelmos? haciéndose el desentendido, ¿pues hay más de un Santelmo en Nápoles?» Dijéronle entonces que eran ciertos hombres que tenían plaza y no eran de servi-

Digitized by Google

cio. Dijo les quería ver, y que al hacerle otra muestra le avisasen. Hallóse en ella, y teniendo persona que le mostrase los santelmos, que eran los mozos de mejor talla y vestido, los fué mandando arrimar á otra parte de la gente del tercio, y acabada la muestra, vió que pasaban de seiscientos, y juntándoles otros cuatrocientos, formó un tercio de mil hombres, y sin dejarlos salir del Taracenal, los mandó embarcar y envió á Flandes, donde hicieron servicios señalados.»

D. Diego Duque de Estrada, hablando de estos santelmos, dice que «se fingían enfermos por quedarse con sus mujeres ó damas, ó por ser gallinas». Y Eugenio Salazar los pinta de este modo: «En tocando al arma andan los Guzmanes por la ciudad ardiendo como fuego de estopa, y en saliendo al campo para ir al puesto acábase la llama de estas estopas, y quédanse escondidos por los barrancos y quebradas de la tierra.»

Así no tiene nada de extraño que el mismo Felipe IV se lamentase de que los soldados hubiesen perdido la estimación por la falta de disciplina: «Por cuanto la disciplina militar de mis ejércitos ha decaído en todas partes de manera que se hallan sin el grado de estimación de los tiempos pasados (1).»

Los ascensos, base y sostén de la jerarquía militar, que se daban antes al valor, á la virtud y á los muchos servicios, comenzaron á ser premio de favores personales, ajenos á la guerra, privilegio de los hijos de sangre ilustre y motivo de recomendaciones y de intrigas en que todo intervenía menos la justicia, según dice un escritor militar.

El ya citado capitán Barahona, examinando el mal estado del ejército, hallaba una de sus causas en la impericia de los jefes: «¡Válgame Dios! ¿Qué puede ser que sien-

(1) Ordenanzas de 1632.

Digitized by Google

do los españoles de su naturaleza la gente más robusta, más belicosa y más codiciosa de honra de todas y que con más lealtad hayan servido á sus príncipes hasta hoy, la vemos ahora la más delicada, la más amiga de holgarse y la que más huye del peligro y trabajo, haciendo cada día más faltas en los que les toca? Yo os diré. Hanse quitado la honra y el premio á los virtuosos y valientes, y dádola á los viciosos y cobardes.»

. . . . . .

«Digo que el perder ó ganar consiste mucho más en el gobierno de los capitanes que en la fuerza de los soldados, lo cual se podría probar por muchos ejemplos antiguos y modernos; y jamás se ha visto ni oído que los españoles dejasen de pelear teniendo capitanes que los supiesen gobernar é ir adelante; y hase visto infinitas veces pelear los españoles y ganar fuerzas sin ayuda de capitanes con sola su valentía y presteza, y sin duda ninguna si, como son los españoles belicosos y codiciosos de honra, tuviesen capitanes que los supiesen entender y guiar fácilmente, sojuzgarían el mundo. No ha habido gente que no haya temido el pelear con los españoles, ni que tanto se enciendan con la sangre como ellos, y así duran peleando más que todos.»

Y añadía estas terribles palabras:

«No sé qué me diga de tan gran mal como éste, sino que cuando Dios quiere castigar un pueblo por pecados de todos, priva de juicio á sus gobernadores.»

Jerónimo de Urrea en sus *Diálogos sobre la verdadera honra militar*, al comenzar el último tercio del siglo XVI, se lamentaba ya de lo que había perdido nuestro ejército, diciendo que se peleaba flojamente, como consecuencia de la mala organización de las tropas, de lo mucho que habían perdido los jefes, de la relajación de la disciplina, del predominio del favor sobre el mérito en los nombramientos y ascensos, «siendo imposible que el título haga sabio al que no lo fuere», y proponiendo como único re-

Digitized by Google

medio que «el rey nombre buenos capitanes y que sea rigoroso el ascenso de soldado á caporal, de caporal á sargento y de sargento á cabo de escuadra y á alférez».

Estas palabras, escritas en 1566, indican ya que el ejército español no era lo que había sido en los tiempos del Gran Capitán, pero que aún estaba muy lejos de ser lo que fué en los tiempos de Felipe IV y Carlos II, cuando nadie se hubiera atrevido á proponer como remedio y como medida general que de aquella soldadesca salieran por riguroso ascenso los alféreces y capitanes.

De aquí resultaba una organización viciosa. Las compañías se componían en 1598 de tres clases de soldados, llamados *maltrapillos* ó *pícaros*, *ordinarios* y *particulares*. Los primeros «no tenían cuenta de su persona ni honra, ni menos de sus armas»; procedían de levas, y servían «cuando había algún desorden para poder ahorcar un bellaco y no un hombre honrado». Los ordinarios eran honrados, rudos y de poca habilidad, sin más pretensión que ganar su sueldo, y los particulares eran nobles, según la descripción que se hace en la *Doctrina militar*.

Faltando mozos que se alistaran voluntariamente y huyendo casi todos del servicio militar, unos entraban en los conventos para eximirse de él, «poniendo en oposición la causa del rey y lo que llamaban causa de Dios»; muchos se asentaban con otro nombre y edad como cocheros de los grandes señores, prefiriendo este oficio al de soldados (1), y otros eran reclutados por medio de engaños, por la fuerza y por tan extraordinarios procedimientos, que su narración podría formar unos curiosos anales en la historia de los secuestros. Los capitanes, unidos para este

(1) Para comprender bien esto, téngase presente que ante la inmoralidad que solían representar los coches, y que tan claramente indican Quevedo y muchos autores dramáticos, el oficio de cochero en Madrid, desempeñado primero sólo por moriscos, era mirado como vergonzoso y despreciable.

Digitized by Google

fin á la gente más perdida, á las mujeres públicas, á los alguaciles y á otras personas, engañaban á los jóvenes llegados á la corte, les seducían con promesas, les comprometían á servir al capitán, resultando de aquí su alistamiento, los embriagaban haciéndoles firmar el compromiso del servicio, los asustaban con penas horribles, los secuestraban hasta que se afiliaban en una compañía (1), y los obligaban á cometer faltas y delitos que no eran perdonados sino entrando en el servicio.

En 1642 Felipe IV apenas pudo encontrar soldados que le acompañaran á Cataluña, y el conde duque de Olivares no pudo reclutar más que doce hombres para su compañía coronela. Las compañías y los tercios se vieron en cuadro, hasta el punto de que en 1655 había compañía que sólo contaba veintiocho hombres armados; en 1662, según datos publicados por el conde de Clonard, catorce tercios no tenían más que 1.553 hombres y en 1664 la compañía de Diego de Almazán no tenía armas más que para sesenta hombres y no había á quién dárselas, porque sus individuos servían á los jefes ó á sus queridas ó llenaban los hospitales, no siempre con motivo, puesto que hubo representaciones al rey contra los holgazanes que dejaban las filas y pedían ir al hospital para descansar y comer á su gusto, evitando peligros y penitencias al cuerpo (2).

De aquí nacía un número exorbitante y desproporcionado de capitanes y jefes que apenas tenían soldados que mandar, de tal modo que se olvidó por completo la orden

(1) Todos estos hechos constan en escritos, causas y reclamaciones de aquella época. Pellicer, entre otros casos, dice el 16 de Agosto de 1689: "Azotaron aquí una mujer de buena cara, que ayudaba á cierto capitán, su galán, á buscar soldados. Conducía esportilleros con cosas de comer de la plaza, cerrábalos con arte en una cueva, dejábalos sin comer hasta que sentaban plaza y tomaban paga, y de este modo tenía ya remitidos infinitos."

(2) La frase *poner una pica en Flandes*, que ha quedado como un refrán, indicaba la dificultad de llevar un soldado á aquella guerra.

Digitized by Google

dada por Carlos V de que se consumiesen todas las vacantes de capitán hasta conseguir que cada compañía tuviera trescientos hombres justos, y llegó á haber en la corte y en el ejército muchos capitanes que pedían hombres que mandar.

El ejército de Portugal, al mando de D. Juan de Austria, que no llegaba á 6.000 hombres de infantería, constaba de un generalísimo, tres capitanes generales, dos tenientes generales, un maestre de campo general y once maestres de campo.

En aquella misma desdichadísima campaña, según la relación de la gente que había en el ejército, que se conserva en el archivo de Simancas, el tercio del conde de Escalante tenía siete soldados, el de D. Baltasar de Urbina cuatro, el de D. Francisco Tello nueve, los de D. Alonso Feijóo y de D. Alonso Múgica trece, el de don Francisco de Araujo diez y nueve, contando el que más cuatrocientos noventa y tres.

En la misma relación se dice que «de mil cincuenta hombres que salieron de Granada, se huyeron en el camino cuatrocientos uno, y que se tiene noticia de haber huído otros muchos de los del marqués de Aguila Fuente, que eran mil ochocientos».

El dean de Évora describía así este mismo ejército: «Los holandeses los tienen por menos que sujetos, el alemán los desestima, el italiano los desprecia y los ingleses y franceses los tienen en tal estrecho, que sin duda triunfarán muy presto de lo poco que les queda. Los mares del Mediterráneo y Océano, de que han sido absolutos dueños por más de cien años, hoy están desiertos de su armada, sin que en tan anchuroso piélago se halle ni rastro de lo que fueron.

»La mayor fuerza de su ejército se compone de gente afeminada, criada en delicias é inexperta, viciosa y sin género alguno de disciplina militar; sólo tratan como mala hembra de la gala, afeite y compostura del cabello..... bi-

Digitized by Google

soños no de la nobleza, sino de la infame plebe, que no pudiendo la provincia sustentarlos, los ha echado de sí al robo y á la insolencia.»

El contador del ejército de Extremadura, en carta dirigida al secretario de la Guerra, describía en 17 de Mayo de 1647 desde Badajoz el estado de las tres compañías de dragones mandadas formar por el marqués de Leganés, y decía que contaban sólo setenta y ocho soldados, que no habían sido montados sino para el gasto de la cebada y que no se empleaban más que en molestar al país con color de ir en busca de soldados huídos.

Podríamos citar otros muchos textos que dieran á conocer el estado de aquel ejército; mas para no fatigar al lector nos bastará decir que D. Juan de Austria, al dar cuenta de la derrota de Estremoz, dice que indudablemente fué por causa de sus pecados, y declara, para mayor conocimiento de que Dios ha querido envilecer los ánimos, que el primer batallón que volvió las espaldas fué el de sus arcabuceros.

El Sr. Estévanez Calderón, que historió la conquista y pérdida de Portugal, pone de relieve el estado de nuestro ejército, pintando con dolorosa frecuencia sus fugas, su miedo mujeril, su vil temor, el abandono en que se veían los oficiales y la conducta criminal de aquel villanaje y no ejército, que se dedicaba al robo y al saqueo mientras debía estar peleando.

Los hechos que acabamos de referir pertenecen al reinado de Felipe IV; pero todavía el mal fué creciendo hasta el punto de haber mayor diferencia entre los ejércitos de Carlos II y Felipe IV, que entre los de Felipe IV y el Gran Capitán.

Llegó un momento en que los mozos se ponían al servicio del Santo Oficio ó entraban en los conventos, quedando sólo uno de cada veinte en disposición de ser soldado. Ni los reclutamientos, ni las levas daban resultado alguno; de modo que el año 1690 no fué posible sacar más que

Digitized by Google

trescientos soldados en toda España. Formóse una junta llamada de Tenientes para reclutar gente para la guerra, y empleando los medios más ejecutivos, sólo pudo conseguir que entraran en filas uno de cada diez soldados. Los nueve décimos restantes desertaron, siendo encubridores de los prófugos las justicias y concejos de los pueblos, los oficiales mismos encargados de hacer la entrega y los capitanes, que por dinero favorecían la deserción; de modo que la banda de capitán llegó á mirarse más bien como «granjería que como señal de plaza de guerra». Los bosques, las cuevas, las casas de los inquisidores y de los grandes, los templos y monasterios se convirtieron en asilo de desertores; y era tal el terror de ir á la guerra, que los mozos preferían los más duros castigos y hasta recibir la muerte á palos antes que entrar en el ejército.

A este miedo vergonzoso é indigno de nuestra raza vino á parar aquel ejército que conquistó tantas glorias en Italia y en el cual faltaban plazas para alistarse todas las clases de la sociedad, desde el pechero hasta el magnate.

Digitized by Google

CAPITULO XI.

Inmoralidad y ferocidad del ejército.

Inmoralidad del ejército.—Las mujeres en el ejército.—Inválidos.—Pérdida de todas las virtudes.—Indisciplina y ferocidad de los soldados de Flandes y Cataluña.—Escándalos en Madrid.

No hubo manifestación de la inmoralidad del ejército que no llegara á un punto verdaderamente deshonroso y que hoy parece increíble. A la severidad con que Gonzalo de Córdova evitaba que las mujeres, «nunca buenas cuando se empleaban en estos oficios», anduviesen cerca del ejército, fué reemplazando poco á poco una negligencia que fué causa de muchas desgracias y de un número considerable de bajas que llenaban los hospitales (1). Seguía á los tercios una muchedumbre de mujeres perdidas de todas las naciones, mezcladas con la turba de merodeadores que iban en aquella época, y también ahora, detrás de los ejércitos, y que extremaban las violencias de los saqueos y desnudaban y robaban á los rezagados, muertos y heridos, hasta el punto de que el conjunto de aquellas mujeres llegó á llamarse el «mercado», á causa de las muchas prendas y armas que siempre tenían en venta.

Este abuso llegó á tal punto, que el severo duque de

(1) En 1560 el ejército estaba consumido "por las bubas y el mal francés, á más de los daños que hacía la borrachera."—URREA.

Digitized by Google

Alba, cuando mandó, en 1568, escribir á D. Sancho de Londoño el *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar á mejor y antiguo estado*, le hizo poner que cada compañía de los tercios no tendría más que «*un capellán y un harén de ocho mujeres para cada cien plazas*». ¡A tal inmoralidad tuvo que prestarse el duro, el rígido, el llamado feroz disciplinista, el duque de Alba!

La marcha de aquel ejército ha quedado consignada en muchos documentos. Un testigo ocular describe al duque de Alba al frente de sus cuatro tercios ó sesenta compañías de un modo que no queremos traducir á nuestra lengua: «*Plus y avoit quatre cens courtizanes à cheval, belles et braves, comme princesses et huit cens à pied, bien en poinct aussi* (1).»

A éste desorden se agregaba el de un número inmenso de servidores no sólo de los jefes, sino de los soldados nobles, de los santelmos y de estas *señoras*, lo cual parecía tan natural que el mismo Londoño dice: «Y porque »entre la infantería anda siempre mucha gente noble y »principal, no se les debe impedir el tener á lo menos doce »caballos por ciento (por cada cien plazas), en que pueden »caminar los tales y ayuden á los cansados y vayan ex»peditamente á cosas que requieren más diligencia de la »que puede hacer gente de á pie. Para entretener los tales »caballos y otros doce bagajes por ciento..... De manera »que de quitar tales comodidades, se seguiría faltar la »nobleza, que es el nervio de la infantería española.»

Los generales no se movían sino con un séquito asombroso de coches, caballerizos y ayudantes, llevando gran número de arcas con vestidos y joyas, y los mismos capitanes tenían una corte y servidumbre de soldados «más

(1) Las mujeres de los tercios, decia el embajador en Flandes, hacen mayores daños á la causa de España y cometen más robos, excesos y sacrílegas acciones que los soldados.

Digitized by Google

amigos de aprovechar la comodidad que de pelear en el campo».

Llamábanse estos criados *entretenidos*, cobraban mayor sueldo y tenían más ventajas y gajes que los demás, hasta el punto de quejarse un escritor de que «el que sentaba plaza de entretenido cobraba más desde el primer día que el maestre de campo después de muchos años de servicio», llamaban la atención por su lujo y por el uso de armas fuera de facción, llenaban las antesalas de los jefes y eran motivo constante de disgustos.

La nación esquilmada no tenía recursos para sostener aquellos ejércitos y aquellas guerras. En 1632 los apuros llegaron á tal extremo, que se dispuso que se contasen los meses por cuarenta días para retrasar diez la paga del soldado. Después se inventó el sisar soldados de las compañías con el nombre de *plazas muertas*, cuyo sueldo cobraba el capitán. En la guerra de Cataluña tomaron estas plazas el nombre de *soldados de clavo*, y habiéndose hecho una revista por orden del rey, se encontraron 3.000 soldados de este género.

Con todo esto no sólo el ejército pasaba grandes necesidades, sino que los soldados quedaban como acreedores del Estado é iban cobrando paulatinamente, llegando muchas veces tarde los socorros, cuando aquellos veteranos habían muerto de hambre, mendigando de puerta en puerta ó en un hospital, si no habían sentado plaza en alguna cuadrilla de bandoleros, pasando á ser el terror de los caminos reales.

Durante las primeras guerras de Italia el desinterés y el patriotismo de los jefes salvó situaciones muy difíciles, que hubieran podido poner en peligro la honra de la patria. Los capitanes hacían donación de parte de sus caudales ó vendían sus joyas, y aun sus vestidos de gala, para pagar á los soldados, como hicieron antes de la batalla de Pavía; pero después sólo pensaron en arrebatar cuanto podían, dando con esto un triste ejemplo al soldado,

Digitized by Google

que acudía á todo género de excesos (1), no sólo apremiado por la dura necesidad, sino porque se creía con derecho para abusar cuando sus jefes no compartían con él la escasez y las privaciones, y cuando veía que el dinero se gastaba en lujo y en aquellas mujeres que seguían al ejército, y que se disipaban en manos de éstas ó en el juego las alhajas y preseas que formaban parte del botín en los triunfos. Reclamaban atrevidamente sus pagas, insultaban á sus capitanes, reñían con ellos «por cuestiones en que solía haber una moza de por medio», y á sus razonamientos y á sus palabras, alguna vez elocuentes en nombre de la patria y del rey, contestaban pintando la miseria en que vivía aquélla, é intimando á sus jefes que dijeran á éste que comparara «el peso de la sangre derramada con el del oro que se les debía».

De tal manera llegó España á verse convertida en una especie de hospital de inválidos hambrientos, que pedían limosna en las calles y en los caminos, acudiendo al robo y al bandolerismo cuando sus fuerzas se lo permitían, ó vendiendo su ferocidad y su valor para todo género de rebeliones y de atentados contra las órdenes de la justicia.

De nada sirvieron las órdenes de Felipe IV y Carlos II, persiguiéndoles unas veces, acudiendo á remedios extraordinarios, empíricos ó ridículos otras, ni los sacrificios de algunos pueblos atemorizados y los de algunas instituciones religiosas, que llegaron á repartirles la sopa á domicilio.

Como era natural los atrasos de estos infelices eran motivo de granjería, de usura y de especulaciones, lo cual,

(1) Marcos de Isaba, que había servido cuarenta años en el ejército, escribió un curiosísimo libro, titulado *Cuerpo enfermo de la milicia* (1594), en que describe con sencillos pero rudos colores el estado del ejército, y lo que eran aquellos capitanes que estaban de acuerdo con los contadores.

Digitized by Google

agregado á la desmoralización de los asentistas, que se enriquecían en medio de tanto apuro, creaba una situación verdaderamente lastimosa. En 1561 Doña Beatriz Silveira, ya condolida de la suerte de aquellos desgraciados, ya por un deber de conciencia, recordando que sus pingües rentas habían sido adquiridas por su marido siendo asentista del ejército, fundó en Madrid un asilo de inválidos con 12.000 ducados anuales; pero ni esta fundación, ni otros socorros particulares instituídos á favor de soldados viejos, podían cortar ni aun aminorar un mal tan grande.

En el último tercio del reinado de Felipe II fueron muchas las representaciones que se le hicieron, algunas de ellas tan previsoras que anunciaban las desgracias del porvenir pintándole la situación del ejército.

«No he visto soldado que deje una sábana con que enterrarse cuando muere, aunque haya tenido los más principales y preeminentes cargos que hay en la guerra. Pues siendo así esto y viendo ser pobreza la cosa más abatida y más infame que á los que aventuran sus vidas en pago de sus trabajos, con esto pierden todos el ánimo de servir bien, aunque haya de padecer mayor miseria en otro hábito; y el que no puede apartarse de ella procura á lo menos apartarse de los peligros, viendo que no ha de merecer nada buscándolos.

»Yo prometo á V. M. que está todo esto que digo tan trillado y que se trata tan desvergonzadamente entre toda suerte de soldados, que no sólo se platica, pero lo ponen hoy agora entre los hombres.

»Por cierto es V. M. obligado á pagar al que se perdió peleando en su servicio todo el tiempo que estuvo preso ó impedido sin poder venir á servir *Jure postliminio*, la cual ley quiere que el que murió en la prisión se juzgue muerto desde primero día que perdió; el que saliere della y volviere á su estado, goce de toda aquella ausencia como si estuviera presente.»

Digitized by Google

En los últimos días de Felipe II el número de inválidos era ya tan crecido que llamó la atención de los escritores, y en 1598 el protomédico de las galeras de España, D. Cristóbal de Herrera, presentó un proyecto para la fundación de una casa de inválidos, movido á ello por haber visto pedir limosna en las calles á algunos soldados que habían perdido los brazos ó las piernas en la guerra. El proyecto consistía en levantar un edificio donde fueran acogidos los soldados estropeados ó viejos, dándoles habitación, alimento y una pensión de doce mil maravedís, en jubilar á los soldados á los cuarenta años de servicios, y en crear cien pensiones de cuarenta, ochenta y ciento veinte mil maravedís para oficiales beneméritos estropeados en campaña ó inútiles para llevar las armas por su edad ó por las enfermedades. El autor del proyecto proponía también los recursos para sostener este establecimiento y hasta los distintivos del uniforme, que habían de ser una banda roja con fleco de oro para los oficiales y con fleco de seda para los soldados.

Sin embargo, este proyecto, que fué muy elogiado, no llegó á realizarse por el abandono y la ingratitud de monarca, y los veteranos é inválidos quedaron abandonados.

En 1632 quiso el rey poner algún remedio y creó para toda España sesenta plazas de inválidos, divididos en dos categorías, con el socorro respectivamente de doce y cinco ducados para los soldados estropeados en la guerra, que contasen más de sesenta años de edad; remedio estéril y casi ridículo ante el número de los que se morían de hambre después de haber servido á su patria.

El mal era tan grave que no hallaba remedio, y en los últimos tiempos de Carlos II, dice un escritor, había veinte mil soldados hambrientos que componían todo nuestro ejército, y la mitad de la población de España de inválidos y pordioseros. Felipe V se encontró con esta miseria, y mandó que cada provincia y cada pueblo man-

Digitized by Google

tuviese á sus naturales, con lo cual se aminoró un poco el mal.

Aquellas guerras que sosteníamos en toda Europa, sólo ya para defendernos, desangraban el país estérilmente, arrancaban los brazos útiles á la agricultura, á las artes y á las ciencias, aflojaban los vínculos de familia, y nos devolvían aquellos jóvenes llenos de vicios, ignorantes, convertidos en unas fieras, rebeldes á toda organización civil, acostumbrados á solventarlo todo á golpes, y empedernidos ante los horrores de unas guerras crueles.

Así es que el carácter español se fué haciendo cada vez más feroz y sanguinario. Los generosos caballeros de la guerra con los moros; los gentiles soldados de las guerras de Italia; la nobleza con el vencido, origen de tanto romance y de tanta leyenda; aquel respeto á las damas, á los ancianos y á los niños, que era prenda segura del soldado español y garantía de sus enemigos; aquella cultura y dignidad de un campamento como el de Granada, en que vivían la reina y las damas de la corte; aquellas campañas de Italia, en que el Gran Capitán llevaba consigo á su queridísima hija Elvira, exponiéndola, sí, á los peligros de la guerra, pero no á la inmoralidad y á las ferocidades de la soldadesca, se convirtieron en las guerras de Flandes, en que la heroicidad, el valor más inaudito, la táctica más admirable quedaron manchadas con todo género de violencias.

Habíamos dado á Europa los mayores ejemplos que el mundo había visto de gloria militar; habíamos causado la admiración con nuestros triunfos, dignos de ser contados por un Homero, venciendo con un puñado de hombres sabios, galantes y disciplinados á los ejércitos más numerosos y aguerridos y á los pueblos más valientes, y después, arrastrados por esta exageración propia de nuestra raza, que nos lleva fácilmente de uno á otro extremo, dimos también ejemplos inauditos de ferocidad.

Aunque bajo cierto punto de vista tenga defensa el sa-

Digitized by Google

queo de Roma, bueno es recordar aquí que Gonzalo de Córdova entró en la ciudad eterna, se dirigió á la morada del pontífice Alejandro VI y le reprendió duramente ante la corte y el consejo de cardenales, pero ni uno de sus soldados cometió el menor desmán. Así no dejan de ser justas aquellas amargas exclamaciones y quejas de los romanos cuando decían que los excesos de las tropas del emperador habrían sido imposibles con Moncada ó con Gonzalo, que trataron más duramente á los papas. Y no es tampoco muy exagerado el siguiente juicio de un escritor: «Alarico, Genserico y Odoacro mandaban pueblos bárbaros que, arrojados de las selvas, venían como extraños á la civilización latina á realizar una misión histórica; pero el ejército imperial y de Felipe II, sin esta misión y sin estas circunstancias, eclipsó las hazañas de aquellos bárbaros, que fueron destructores de una sociedad, pero no de las casas, las familias y las personas.»

Los horrores cometidos en las guerras de Flandes causaron al principio cierto espanto y gran temor en los hombres previsores; pero al fin se acostumbraron á ellos, endureciéndose los sentimientos (1). Los mismos embajadores y secretarios en los Países Bajos protestaban de las órdenes más crueles, y escribían al rey dándole cuenta de las violencias que por todas partes cometía el ejército, en tales términos que si hoy se publicasen estos documentos oficiales dirían en rudo y patriótico lenguaje más que cuanto han escrito los extranjeros y los mismos

(1) Causa verdaderamente asombro la indiferencia con que el duque de Alba daba cuenta de las sentencias de muerte y se quejaba de que se discutiese el castigo.

En carta dirigida al rey el 13 de Abril de 1568 decía: "El día de la ceniza se prendieron cerca de quinientos. He mandado justiciar todos estos, y no basta haberlo mandado por dos ó tres mandatos, que cada día me quiebran la cabeza con dudas de que si el que delinquió de esta manera merece la muerte ó si el que delinquió merece destierro, que no me dejan vivir.

Digitized by Google

flamencos contra los feroces soldados del duque de Alba y contra el sistema de destrucción y de pillaje seguido en aquellas guerras.

El secretario Esteban Prats, en 30 de Noviembre de 1572, y D. Francés de Alava, comunicaban al rey tal número de crueldades, que su lectura conmueve el ánimo más insensible; y el primero decía que «en las guerras de Italia jamás se habían visto aquellos saqueos, aquellos robos, agravios, contribuciones, concusiones, extorsiones, violencias, raptos y otras maldades y bellaquerías, que han dado principal ocasión, y no la herejía, como algunos lo quieren atribuir, á tan triste situación.»

Muchos españoles representaban al rey sobre estas ferocidades, que les obligaba á veces á solicitar que salieran de las poblaciones determinados cuerpos, para que se olvidaran sus excesos ó para «evitar su dureza con todo género de gentes, sin excluir á los mismos servidores del rey».

Arias Montano, con aquella gran influencia que tenía sobre Felipe II, le propuso varias veces que se entablasen nuevos géneros de relaciones íntimas y pacíficas entre flamencos y españoles. Quería que se crearan vínculos comerciales y artísticos, que se dotaran en Flandes cátedras de lengua castellana, y becas para flamencos en Alcalá y Salamanca, esperando por estos medios conseguir más que con la guerra para terminar ó calmar aquellos odios.

En 1569, diez compañías españolas causaban tales disgustos en Bruselas, que la universidad, adicta á Felipe II, decidió pedir al duque de Alba que las sacase de allí. Fué en esta comisión Montano: el orador ó ponente pronunció una larguísima oración que el duque de Alba oyó de pie con gran cansancio, porque se acababa de levantar de la cama, después de veinte días de enfermedad; y Montano, queriendo aprovechar aquella circunstancia, dijo: «Señor, yo también soy de la universidad, y me han

Digitized by Google

encomendado que si V. E. no acude á la petición, éste mi compañero repita toda su oración.»

Marcos de Isaba, en su *Cuerpo enfermo de la milicia española*, pinta de este modo las hazañas de los capitanes de aquella época: «¿Dónde se ha visto, oído, ni leído que un capitán de campaña de los de agora, que paga S. M., no se ocupe, ni trabaje, ni emplee en otra cosa, sino que con la gente que se le paga vaya á correr la campaña, así amigos como enemigos, y traiga 25 ó 30 vacas y otros 50 carneros, los carros de heno y paja, y que dé y ponga salvaguardias en los casares para que cada día contribuyan con el vino, cebada, gallinas y tanto dinero para el maese de campo?»

Cuando nuestros tercios y compañías volvían de Flandes los pueblos huían á su aproximación, y preferían dejar las casas entregadas al saqueo y perder la hacienda á perder la vida y la honra; enterraban el dinero y las alhajas, y enviaban sus hijas y mujeres á los conventos, que no siempre se vieron libres de estos foragidos.

Las Cortes se lamentaron enérgicamente de estos escándalos. Las de 1583 reprodujeron las peticiones acerca de la indisciplina y desenfreno del ejército, diciendo: «que »los soldados como van juntos y en capitanía se atreven á »hacer tantos desafueros, mayormente en lugares peque»ños, que en muchos de ellos se ha visto que por no los »sufrir los vecinos han desamparado los lugares y dejado »casas y haciendas y recogídose en montes y otras par»tes, y quieren más perder sus haciendas y bastimentos »que tienen en sus casas, que ver las insolencias y desafue»ros que hacen (1).»

En una representación hecha al rey en 1643, se consignan multitud de hechos de los capitanes en la guerra de Cataluña; se describen los abusos cometidos por los

(1) Petición 39.

Digitized by Google

jefes, y todavía se añade: «No se representan otros infinitos agravios ó hechos ó presiones, insolencias, estupros y homicidios, porque ya falta el aliento para contarlos (1).»

La degeneración de los sentimientos nobles y generosos, los terribles ejemplos de la Inquisición, la frecuencia de los castigos ante los desórdenes de la indisciplina y el descontento constante de los soldados en las filas, engendraron gran parte de estos males. Las guerras de Flandes y de Cataluña, donde no hubo exceso que no se cometiera, acabaron de borrar en el ejército los sentimientos humanos. Los soldados venían acostumbrados á levantar la horca ó encender la hoguera en todos los pueblos donde penetraban (2), á entrar en los hospitales y matar á los enfermos y heridos, á asesinar impunemente á inermes ancianos, pobres mujeres y honrados campesinos; á saquear las casas y á hacer pasto de sus brutales instintos las familias enteras; de tal modo, que para los pueblos era exactamente igual que entraran como amigos ó como enemigos.

En Madrid mismo, residencia del rey, de la corte y del consejo de la guerra, la entrada de una compañía aterrorizaba á la población hasta el punto de que los vecinos no se atrevían á salir á la calle; quedaba ésta á merced de los borrachos y camorristas; en algunos barrios se armaban los hombres para defender su casa y la honra de sus mujeres é hijas; y por último, sin fe alguna en la autoridad, ni en los jefes, ni menos en la justicia, que

---

(1) *Mem. hist. esp.*, tomo 17.

(2) El Capitán Alonso en el *Sitio de Breda*, decía:

Oh! ¡qué maldita canalla!
Muchos murieron quemados,
Y tanto gusto me daba
Verlos arder, que decía
¡Perros herejes, ministro
Soy de la Inquisición Santa!

Digitized by Google

estaba atemorizada, acudían al cielo, hacían rogativas y novenas en las casas y en las iglesias y el clero sacaba el Santísimo Sacramento al teatro de tales horrores, sin conseguir más que oir las horribles blasfemias de aquel ejército con quien jamás se atrevió la Inquisición, aun siendo públicas las más repugnantes profanaciones (1).

Derramábanse aquellos soldados por las calles, llenaban las tabernas, tomaban parte en todas las cuestiones públicas y servían de auxiliares á todos los crímenes y á las autoridades unas contra otras, favoreciendo á todos

(1) Entre otras citas que pudiéramos aducir, léanse los siguientes avisos de Pellicer tomados al acaso:

"24 de Marzo de 1639.

„La noche antecedente mató un capitán sobre el juicio de cierta suerte á D. Pedro de Vega, caballero del hábito de Santiago, y el mismo día á D. Alfonso de Ayala, alférez de la armada, sobre unos cintarazos que dió á un cochero, castigando el haberle salpicado.

„26 de Abril de 1639.

„En Madrid han muerto atrozmente en quince días setenta hombres, y están heridas en los hospitales cuarenta mujeres: hazañas todas de soldados.

„31 de Mayo de 1639.

„No hay mañana que no amanezcan ó heridos ó muertos por ladrones ó soldados: casas escaladas y doncellas y viudas llorando violencias y robos: tanto puede la confianza que tienen los soldados en el Consejo de guerra.

„16 de Octubre de 1640.

„Esta semana pasada, el jueves, quemaron un hombre... y al día siguiente, 12, ahorcó el Consejo de guerra un soldado (alférez dicen que era), porque cometió uno de los mayores delitos que supo inventar el horror. No queriendo consentir en sus torpezas una doncella honrada, la mató, y después de muerta, cometió una y otra vez el delito que ella no quiso consentir estando viva; perdiendo primero la vida que la virginidad: caso atroz y apenas visto sino entre bárbaros.

„22 de Julio de 1642.

„El viernes 18 entró aquí una compañía de Antequera con ciento ochenta hombres, muy lucida, y por capitán D. Diego de Castro: alojáronla junto á Antón Martín. Hoy se han trabado unos soldados de ella con los del tercio de Madrid, porque sobre una gallega mataron un andaluz. Queda actualmente revuelto Madrid, porque se han acometido unos á otros más de doce veces, y ha sido preciso sacar el Santísimo Sacramento de San Sebastián.„

Digitized by Google

los que se oponían á las órdenes de la justicia. Ayudaban á escalar los conventos y las cárceles y libraban á los reos del suplicio. Sobre todo por la noche cometían tales excesos, que llegó el caso de no formarse ya causa por los muertos que se recogían todos los días en la calle, encomendando á los hermanos de la Paz y Caridad que los enterraran cristianamente.

En 1626, en tiempo de paz, hubo en Cataluña y Aragón una compañía que se llamaba á sí misma de la *Ira de Dios*. Penetraba en los pueblos, levantaba la horca, asesinaba á los vecinos, saqueaba las casas y cometía «tal número de robos, excesos, adulterios, estupros, blasfemias contra Dios y los santos, violaciones de objetos sagrados y todo linaje de crímenes, algunos no conocidos hasta entonces», que los pueblos se armaron contra ella y comenzaron á tomarse la justicia por su mano ahorcando soldados. El conde de Monterrey negó el permiso para que las milicias de los pueblos enfrenasen á aquellos foragidos; y habiendo cundido el ejemplo, reclamado las Cortes y recibido el rey constantes quejas, se sometió á un consejo de guerra á D. Jerónimo Marqués, jefe de estas fuerzas, ¡y fué absuelto! Hubo que traer aquellas compañías á Castilla, donde cometieron los mismos atropellos, de tal modo que fué preciso dividirlas y enviarlas á la frontera de Francia.

En todas estas hazañas sobresalían los más valientes, que lejos de ser como en tiempos pasados los más pundonorosos, ejercían cierta superioridad sobre los demás, superioridad semejante á la de los cabos de vara de un presidio ó á la de un capitán de bandidos.

Los jefes, maestres de campo y generales, sin aquellos antiguos y honrosos vínculos que los unían á los soldados, abandonaban las tropas fuera del momento del combate, y quedaban como únicos jefes los capitanes, cuya mayor parte eran aventureros, protectores de todos los desórdenes, y que cuando pertenecían á familias distin-

Digitized by Google

guidas, seguían el ejemplo de los generales, dejando el mando á algún alférez capaz de tratar con la soldadesca. Tomaban como cuestión de honra y de cuerpo la defensa de las hazañas de sus soldados, y alguna vez repetían con exceso sus tropelías en los mismos que iban á quejarse (1). El consejo de la guerra, tocado del mismo mal, defendía á los soldados, creyendo que los actos de la justicia eran sólo «entrometimientos de otro cuerpo y de otra jurisdición», y los jueces y tribunales estaban atemorizados, soltando á los reos de los mayores delitos á la menor petición del consejo ó de un general. ¡A este punto había llegado la organización dada por Doña Isabel al ejército!

Consignemos, sin embargo, como una honra para nuestra patria y para nuestro nombre, que hubo constantemente varones justos y juiciosos que condenaban estos excesos, y que, como dejamos dicho, hasta los mismos representantes del poder reclamaban contra ellos.

Nuestros poetas tienen muchos pasajes en que condenan duramente tales costumbres, en que pintan con horror el placer con que encendían la hoguera para los enemigos, y sobre todo Calderón resumió en su *Alcalde de Zalamea*, drama á que el pueblo varió el título para llamarle *El garrote más bien dado*, la condenación no sólo de tanto crimen, sino de todo privilegio, defendiendo la supremacía de la autoridad civil.

Por otra parte, si bien la indisciplina y la falta de todo respeto á las leyes de su patria y el destierro de toda idea de justicia, no tienen defensa alguna en la nación que tan sabiamente había organizado su ejército, preciso

(1) El 17 de Septiembre de 1641 unos soldados de la compañía de Francisco Aldama maltrataron y robaron á una vendedora. Su marido fué á quejarse al capitán acompañado de un alguacil, y Aldama, auxiliado de un sargento, apaleó al alguacil é hirió de una cuchillada al vendedor, sin que ni uno ni otro se atrevieran á dar parte á la autoridad.

Digitized by Google

es reconocer que algunos extranjeros se contagiaban de nuestra ferocidad, y la excedieron á veces. Entre muchos ejemplos podríamos citar el de aquel maestre de campo italiano, Chapín Viteli, que, oyendo lamentarse á Arias Montano con lágrimas en los ojos de los horrores cometidos en el saco de Amberes en 1574, y diciendo: «¿Cómo quiere V. S. que no me fatigue cuando entre tantos daños han malparido por estos alborotos más de trescientas mujeres?», respondió no sólo sin pesadumbre, sino con gracejo Viteli: «Eso no importa nada, porque á trueque de ello quedarán más de seiscientas preñadas.»

Sólo se conservó en esta degeneración el tradicional valor español, lo cual prueba que el mal estaba en la organización, en las costumbres, en algo extraño á esta noble raza y que provenía del desconcierto general de la política.

Nuestro ejército supo morir heroicamente y desaparecer en Rocroi, formando aquellos cuadros, «cuya resistencia, dice un historiador francés, parecerá increíble á los siglos venideros»; supo extinguirse allí y lanzar el último adios á sus glorias, de modo que cuando preguntaron á uno que quedó vivo cuántos compañeros tenía, contestó orgullosamente: *Contad los muertos.*

La batalla de Rocroi fué el término necesario de aquel ejército, porque el valor sólo, la temeridad, los hechos feroces, el desprecio de la vida, no son suficientes para conservar la organización de un ejército ni para salvar una sociedad.

***

Aquí terminamos por ahora nuestro trabajo, que, como hemos dicho al principio, y como puede conocer el lector que haya tenido la paciencia de hojearlo, podría extenderse hasta hacer de cada capítulo una obra voluminosa. Si la salud y otras circunstancias nos ayudan, continuaremos

Digitized by Google

estos estudios, ya ampliándolos á otras épocas de nuestra historia, ya profundizando sobre los mismos puntos que abraza este libro.

Pero antes de dejar la pluma, nos parece conveniente resumir en breves frases cuanto hemos escrito y cuanto, á nuestro juicio, queda suficientemente probado.

Los Reyes Católicos con su sabiduría, su prudencia y su amor á la patria con la cual se identificaron, crearon la nacionalidad española y elevaron nuestro pueblo á tal altura en todas las manifestaciones de la vida pública y privada, desde las guerras á la moralidad y desde las letras á la agricultura, que dejaron á su muerte un tesoro, único fundamento del poder y la gloria de Carlos V y de los primeros tiempos de Felipe II. Pero estos monarcas, variando el modo de ser propio y tradicional de nuestra patria, introduciendo el absolutismo, menospreciando las Cortes, gastaron locamente aquel rico tesoro en aventuras ajenas al bienestar de la nación; dieron aliento á la teocracia y á la Inquisición, en contra de los mismos sapientísimos principios de la doctrina católica; arrancaron los brazos al trabajo pacífico y productivo; descuidaron todos los gérmenes de riqueza, y ocasionaron por tanto todos los males y desgracias que son consecuencia horrible y necesaria del absolutismo personal, de la falta de justicia, de los errores económicos, de la holganza, de la pobreza y de la hipocresía.

Felipe II, que exageró más que ningún otro monarca el absolutismo, acabó de consumir el tesoro legado por los Reyes Católicos, y á su muerte aparecieron de pronto todos los males, de tal modo que aun los historiadores más ingeniosos y profundos que no han tenido en cuenta estos antecedentes, no pueden explicarse aquella decadencia rapidísima, que nos dejó en breves años sin un buque en los mares, y rodeados de la miseria dentro de España y de la humillación en todas partes.

Al mismo tiempo que de este modo, clarísimo á nues-

Digitized by Google

tro entender, hemos presentado las causas de la decadencia, hemos tratado de poner en su justo lugar las glorias de nuestra patria y lo mucho que la civilización del mundo nos debe, ya que hoy es moda copiar de los extranjeros la única parte de nuestra historia que conocen, que es la segunda mitad del siglo XVII, es decir, la época de mayor decadencia, cuyas desgracias, que corresponden naturalmente á triunfos extraños, describen no sólo con placer, sino con grave inexactitud, aplicando á otros tiempos anteriores y posteriores el criterio con que deben juzgarse aquellos tristísimos días. Pero dejamos también consignado que aun en tales momentos hubo en España una resistencia honrosísima y una previsión tan admirable, que sólo la enorme suma de dificultades, presiones, horrores, gastos y desgracias acumulados de una manera fatal, pudo humillar nuestro carácter; de modo que los historiadores y filósofos extranjeros que se fijan en estos elementos de cultura y de vitalidad de nuestra patria, no pueden explicarse ni aun la superioridad relativa que adquirieron otras naciones.

¡Dios quiera que este ligero trabajo fije la atención de los hombres estudiosos, ahora que renace la historia en nuestra patria, y contribuya á deducir del pasado las grandes lecciones que nosotros hemos apuntado!

FIN.

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

PARTE TERCERA.

DECADENCIA DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

POLÍTICA Y RELIGIÓN.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la decadencia de España en general.

Págs.

I. Necesidad de estudiar las épocas de desgracia de las naciones.—Antigüedad de la libertad en España.—Grandiosos proyectos de los Reyes Católicos.—II. Juicios sobre la decadencia de España. Imposibilidad de que continuara su dominación.—Observaciones sobre los reyes de la Casa de Austria.—III. Grandes y fundamentales errores de la política española.—Degeneración de los reyes de la Casa de Austria. 7

Digitized by Google

CAPÍTULO II.

Quejas y protestas.

Págs.

I. Previsión de nuestro pueblo.—Muerte de los tres Felipes.—Ingratitud de los reyes.—Quejas constantes.—Documentos curiosos.—El Escorial.—II. Quejas de las Cortes.—Peticiones notables.—Violenta disolución de las de 1538.—Se anticipan al porvenir en sus peticiones.... 29

CAPÍTULO III.

Estado religioso.

El regalismo.—Dictadura de Felipe II.—Sus consecuencias.—Abusos —Conventos.—Hechizamientos..... 57

CAPÍTULO IV.

La Inquisición.

Resistencia que encontró la Inquisición en España.—Competencias con la jurisdicción ordinaria.—La Inquisición y la ciencia.—Sus abusos en el siglo XVII.—Autos de fe.—Confiscaciones..... 67

LIBRO SEGUNDO.

ESTADO SOCIAL.

CAPÍTULO V.

Desorganización social.

Ruptura de la organización social.—Jurisdicciones, competencias y escándalos.—Testimonios contemporáneos.—Inmoralidad política.—Bandoleros.—Intranquilidad de la vida..... 85

Digitized by Google

CAPÍTULO VI.

Miseria pública.

Págs.

Origen de la miseria. — Influencia del descubrimiento de América.—La plata. — Olvido de las disposiciones de Doña Isabel.—Medidas absurdas.—La expulsión de los moriscos.—Apuros de los reyes. — Donativos forzosos.— Desaparición de la marina.—El lujo.—Calamidades.... 97

CAPÍTULO VII.

Costumbres.

Principio y desarrollo de la inmoralidad.—Los conventos.— El Escorial.—Las mujeres tapadas.—El Buen Retiro.— Las calles.—Cortesanos.—Comediantes..... 113

LIBRO TERCERO.

CIENCIAS, LETRAS Y ARTES.

CAPÍTULO VIII.

Enseñanza pública.—Ciencias.

I. Daño que causó la política de la Casa de Austria.—Aislamiento de España.—Resistencia á que se encargaran de la enseñanza los frailes y los jesuitas. — Cuestiones en Madrid, Salamanca y Zaragoza.—Opiniones de algunos hombres doctos.—II. Efectos de la enseñanza clerical.— Decadencia de la universidad de Salamanca.—Otros establecimientos de enseñanza.—Ignorancia general.—Disciplina escolar.—Costumbres de los estudiantes..... 125

CAPÍTULO IX.

Literatura.

I. Principio de la decadencia.—Literatura ascética.—Costumbres de la corte.—Influencia de la teocracia.—El púlpito.—Literatura dramática.—II. La imprenta.—Sus vicisitudes..... 151

Digitized by Google

CAPÍTULO X.

Artes y oficios.

Págs.

Causas del abandono de las artes.—Soldados, frailes y abogados.—Desprecio á los artesanos.—El verdugo.—Holganza pública.—Fiestas.—Estado de algunas industrias.—Policía urbana.—Estado de Madrid. 173

LIBRO CUARTO.

EJÉRCITO.

CAPÍTULO XI.

Organización del ejército.

Degeneración del ejército.—La artillería entregada al clero.—Santelmos.—Pérdida de la disciplina.—Miedo á servir en el ejército.—Abundancia de jefes y falta de soldados.—Campaña de Portugal. 189

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

FOURTEEN DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED

LOAN DEPT.

This book is due on the last date stamped below, or on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

25Aug'56 GC

REC'D LD
AUG 15 1956

DEC 23 1968 06
RECEIVED
DEC 18 '68 -4 PM
LOAN DEPT.

JAN 3 1986
April 5 86
RECEIVED BY
MAR 24 1986
CIRCULATION DEPT.

D 21-100m-2,'55
(B139s22)476

General Library
University of California
Berkeley

Digitized by Google

YB 59198

GENERAL LIBRARY - U.C. BERKELEY

B000941933

238283

Digitized by Google

Digitized by Google